

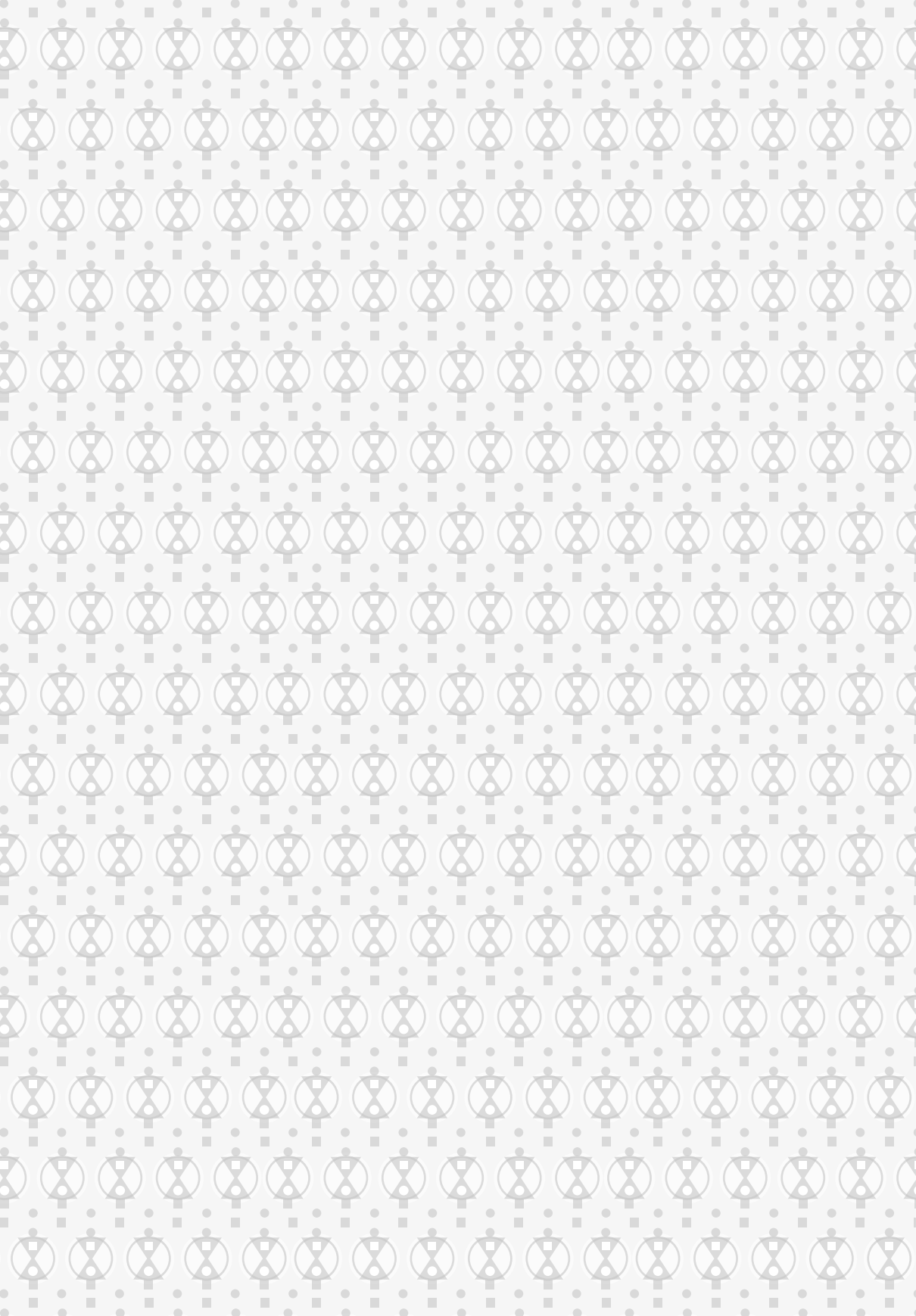
Circulación de vidas precarizadas

El Refugio Casa del Migrante, Tlaquepaque, Jalisco

MANUELA CAMUS



Universidad de Guadalajara



Circulación de vidas precarizadas

El Refugio Casa del Migrante, Tlaquepaque, Jalisco

Primera edición, 2021

D.R. © Universidad de Guadalajara

Centro Universitario de Ciencias Sociales y Humanidades

Unidad de Apoyo Editorial

Guanajuato 1045

Col. Alcalde Barranquitas

44260, Guadalajara, Jalisco, México

ISBN: 978-607-571-371-7

Editado y hecho en México

Edited and made in Mexico

MANUELA CAMUS

Circulación de vidas precarizadas

El Refugio Casa del Migrante, Tlaquepaque, Jalisco

Universidad de Guadalajara
2021

Índice

El Refugio Casa del Migrante y el Cerro del Cuatro	13
Mi acercamiento al albergue	18
Las dinámicas de El Refugio	21
<i>Los albergues-casas de migrantes</i>	25
<i>El gobierno de la precarización de la vida</i>	31
<i>La composición diversa de los expulsados centroamericanos</i> <i>y los retos a El Refugio</i>	37

PARTE I

Las vidas precarizadas de los expulsados centroamericanos

Capítulo 1. Clandestinos por México: el viaje en “La Bestia”	49
Encadenamientos de movilidades y de violencias	54
Subirse al tren	57
<i>Relaciones intensas y fugaces</i>	62
El cuerpo mercancía	64
El espacio del tránsito como zona gris	67
<i>El habitus migrante</i>	69
<i>Grupos criminales y la supremacía masculina violenta</i>	72
Los albergues como zona gris	76
Los buenos momentos	77
Las mujeres en el camino	80
El mundo social y el poder: las narrativas y los chismes	83
<i>Los efectos del poder</i>	84

<i>Las narrativas y el ficcionar</i>	86
<i>El chisme</i>	88
Capítulo 2. Los orígenes: insostenibilidad de la vida	93
Centroamérica: el peso de la colonia, las repúblicas bananeras y el neoliberalismo extremo	94
<i>Las guerras de los 80 y una posguerra neoliberal</i>	95
Las colonias rojas en Centroamérica y la violencia cotidiana	101
<i>La violencia intrafamiliar</i>	104
<i>Los feminicidios</i>	106
Las pandillas y su masculinidad exacerbada	107
<i>Recursos y grupos criminales según países</i>	113
El despojo histórico de los recursos en el ámbito rural	115
La insostenibilidad de la vida	117

PARTE II

El albergue y los albergados

Capítulo 3. El tránsito de las personas migrantes en una iniciativa católica popular	123
El sistema ferroviario de México y las rutas de “La Bestia”	123
Guadalajara y la ruta occidente	126
Otros albergues de Guadalajara	129
El escenario del albergue: la colonia Cerro del Cuatro	133
Parroquia, comunidad y albergue	139
<i>Los inicios de la Parroquia: el Padre Uribe</i>	140
<i>La parroquia actual: el Padre Alberto</i>	143
<i>El Refugio Casa del Migrante y la comunidad</i>	148
Capítulo 4. La fase épica: 2012-2016	155
<i>Aprendizajes de doña Raquel</i>	159
<i>La comunidad y los muchachos</i>	161
<i>Comienzos de Sarahí</i>	165

Capítulo 5. Un equilibrio inestable: 2016-2017	169
Cambios en el albergue	170
La comunicación y la confianza con las personas migrantes	176
Yaneth: unas relaciones especiales	183
<i>William, un muchacho con el pie amputado</i>	187
<i>Raúl, el gay</i>	188
<i>Yasmin, la amiga</i>	190
El cotidiano	192
<i>El albergue como extensión de la zona gris: los infiltrados</i>	196
El albergue como “la pecera del amor”	198
<i>El bache con Eloy</i>	200
Habitantes satelitales a El Refugio	202
<i>Eder el Sonora</i>	202
<i>Hugo el Pollero</i>	205
<i>Otros asiduos</i>	205
El Refugio se adapta (I):	
la Casa del Refugiado y las primeras caravanas	206
<i>El viacrucis migrante</i>	208
<i>La construcción</i>	212
Tapachula: las canalizaciones informales	213
<i>Sara, la mujer de las pupusas</i>	215
<i>María Inés: una monja abogada</i>	217
<i>Otoniel: la imposibilidad de rehacer la vida</i>	218
El Refugio se adapta (II):	
el Refugio Hábitat o “Las Casitas”	230
Capítulo 6. 2018: la Casa del Refugiado en marcha	
y de pronto... las caravanas	231
El albergue como casa de vecindad (I) (hasta mayo de 2018)	235
<i>La traída</i>	235
<i>Las rencillas</i>	246
<i>Los desenlaces temporales</i>	247

El secuestro de la familia de Yasmin	250
<i>Jueves: una noticia dramática</i>	251
La caravana de abril	253
En la órbita del albergue ¿una comunidad incipiente?	258
<i>Los que entran y salen del albergue</i>	262
El albergue como casa de vecindad (II)	263
<i>La crisis de “los tóxicos”</i>	264
<i>Las desavenencias</i>	272
<i>Lorena: su versión de los enredos migrantes</i>	275
<i>Desenredos</i>	280
Ambiente previo a las caravanas masivas	281
<i>Hobos y otros profesionales del camino</i>	283
<i>Los consejos de Noé, militar experto en sobrevivencia</i>	286
<i>El grupo de Santa Bárbara</i>	288
<i>La impostura de El Jarocho</i>	290
<i>Dorotea y Grecia, historias de coyotaje</i>	293
La caravana de octubre	295
La vida sigue	302
<i>Jacob e Israel, juventud e inestabilidad</i>	303
<i>Enganchadoras</i>	304
Deby y su familia (I)	305
 Capítulo 7. 2019: las caravanas. El desborde y la reinención	 309
Las caravanas de febrero de 2019	312
La situación de El Refugio Casa del Migrante	317
<i>Desajustes en el equipo: “el albergue está embrujado”</i>	318
La llegada de las caravanas a Guadalajara	320
<i>El primer contingente</i>	321
<i>El segundo contingente</i>	325
Efectos de las caravanas (I). El plan de desarrollo institucional	326
<i>Un diagnóstico: ventajas y problemas del albergue</i>	327
<i>El apoyo del ITESO: los PAPS y el festival de la hospitalidad</i>	332
<i>ACNUR: estacionar migrantes en México</i>	334

<i>El servicio jurídico del albergue</i>	335
Efectos de las caravanas (II). Destinos evenenciales	337
<i>Intentos de asentamiento</i>	350
Las mujeres que arriban con las caravanas	362
<i>Rossana y Omar en el Estado de México</i>	367
Tensiones en el cotidiano del albergue:	
los que se quedan y los que están de paso	370
<i>Una estancia alargada</i>	371
<i>El abandono de los expulsados del sistema de asilo:</i>	
<i>los no refugiables</i>	376
<i>Los habituales</i>	388
<i>Los de paso</i>	393
Capítulo 8. 2020: la pandemia de coronavirus	397
Siempre en la urgencia	398
Continuación de historias evenenciales	401
<i>Historia de Deby y su familia (III)</i>	403
Las huellas por México: trayectorias revueltas	404
<i>Los insólitos</i>	407
El empoderamiento del territorio de la espera	409
<i>Federico el argentino</i>	410
<i>Las tres hermanas hondureñas y la violencia de género</i>	414
Crónicas del confinamiento en El Refugio Casa del Migrante	416
<i>El virus y la movilidad de las personas</i>	418
Etapa 1. El confinamiento en El Refugio:	
“primero fue el miedo” (marzo-junio)	419
Asegurar la convivencia: atención hacia dentro	422
<i>El “equipo de abajo”: el comedor popular y bazar</i>	426
<i>La campaña y las donaciones</i>	427
Dinámicas principales	429
<i>El albergue y las “fugas”</i>	429
<i>La atención hacia afuera</i>	434
<i>La formación del campamento</i>	436

<i>Conflictos en las orillas del albergue</i>	439
<i>Los asentados en el entorno</i>	441
<i>La ruptura del confinamiento estricto</i>	441
Etapa 2. La nueva normalidad (julio-octubre)	444
La entrada a la normalidad en el albergue	446
<i>Los nuevos proyectos</i>	448
<i>El adentro</i>	449
<i>Las Casitas</i>	452
Etapa 3. Estalla la “normalidad” con nuevas circunstancias (noviembre-enero)	453
La contradictoria institucionalización	454
Los trámites jurídicos	455
<i>Los vuelos con deportados</i>	458
La cambiante situación de El Refugio	459
<i>El largo confinamiento y las apropiaciones del espacio de la espera</i>	460
<i>El fin del campamento</i>	463
<i>El puesto de pollos</i>	466
Reflexiones finales	471
Las nuevas situaciones del albergue	471
El régimen humanitario: los refugiables y los no refugiables	473
El abandono: la condena a la inseguridad	477
La infiltración de la zona gris	481
Bibliografía	485
Anexo	503

El Refugio Casa del Migrante y el Cerro del Cuatro

Este libro recoge las historias de quienes hacen El Refugio Casa del Migrante en la colonia del Cerro del Cuatro, Tlaquepaque, Jalisco. Este albergue forma parte del complejo pastoral de la Parroquia del Refugio que convoca al vecindario y a los que se acercan a buscar el apoyo de este espacio en una peculiar combinación de actividades, actores, proyectos. “El problema de la migración” y “el problema de los migrantes” son hoy grandes desestabilizadores del sistema que se resuelven en el Cerro del Cuatro en el trajín de quienes, con sus errores e imperfecciones, acogen en las orillas de la metrópolis de Guadalajara a los expulsados de Centroamérica y otros lugares.

En este escenario del sur empobrecido y trabajador de la ciudad conviven vecinos, pandillas, familias hondureño-mexicanas, la fábrica de “La Cementera”, personas migrantes, jóvenes y viejos catequistas, lavacarros, empleadas domésticas, “La Siguanaba” y “El Sombrerón”, escolares, deportados mexicanos exresidentes en Estados Unidos, “la plaza”, familiares de desaparecidos, tiangueros, drogadictos. Es una población que está lejos de ser moralmente impecable o políticamente correcta, parte de una sociedad subordinada y precarizada, sujetos y familias que sobreviven con dificultades, y en su cotidiano abundan los conflictos muchas veces entre ellos. Mexicanos y centroamericanos se muestran ambos defectuosos y abandonados.

Imagen 1.El Refugio Casa del Migrante



En el contexto de la Parroquia de El Refugio, las personas se vinculan a través de su catolicismo vivido y practicado, un referente simbólico fuerte que se acomoda a cualquier circunstancia de la vida. Pertenecer a una comunidad religiosa en un entorno popular les ofrece a sus pobladores un sentido de vida y de cobijo, pero también les motiva a la acción y a mantener su relación y demandas con la o las divinidades a través de sus servicios en una particular economía moral con su ética de la subsistencia (Scott, 1976). Así, su práctica religiosa supone participar en las actividades religiosas y rituales que se infiltran en su cotidiano entre comidas, rezos, imágenes, visitas, música, y colaborar con la Parroquia con su trabajo u apoyos, con dar y recibir cuidado o donaciones o recursos, actos que son imprescindibles en sus fragilizadas vidas y en las de los demás.

Los relatos que siguen dan vida desde mi mirada y mi interpretación a personas, acciones, hechos, signos, gestos, silencios en este escenario hasta finales del año 2020. Este es un esfuerzo por reflexionar descifrando entre múltiples indicios del fluir de la vida cotidiana con su magia, su

complejidad y sus comportamientos inexplicables. Dentro y alrededor del albergue y de la Parroquia confluye un torbellino de eventos que reflejan estados de ánimo, angustias, regocijos, miedos, fantasías y se produce un río de dimes y diretes que no pueden certificarse como información veraz pero que son la base de este escrito. Como trasfondo se encuentra La Perla Tapatía: una ciudad conflictiva, violenta y cruda.

Se trata de historias sin resolución, revueltas y enredadas, con grandezas y bajezas, miserias y dichas, llenas de telarañas que entorpecen la acción de los sujetos muchas veces creadas por ellos mismos. Historias que, en el caso de las personas migrantes, muestran la riqueza de sus interacciones y su capacidad para cruzar y conectar países, sociedades y culturas a pesar de los bloqueos de las políticas migratorias.

Además, en esta corriente de sucesos desde el Cerro del Cuatro el elemento surrealista de la vida barrial y de las dinámicas del albergue y sus integrantes es clave y permite abrir la ventana a otros saberes, disfrutes, compartires en medio de la inestabilidad de las vidas.

Esto es un poco lo que quiero contar: el albergue como un punto de observación de la circulación de vidas precarizadas entre vidas precarizadas donde el perro del cura se llama Tranquilino Peña Nieto y donde se habla con sentencias concluyentes como “pueblo chico, mitote grande”, “le faltan veinte para el tostón”, “quieren pasar sin tocar baranda”, “todos coludos o todos rabones”.

Quisiera transmitir el ambiente donde se filtran las “problemáticas” y los ejes de análisis que se esperan de un trabajo académico, donde se encuentren las teorías y las hipótesis porque se encarnan y toman vida de tal forma que, por ejemplo, no se requiera explicitar la apuesta por la interseccionalidad: que las desigualdades por género, raza, clase, nacionalidad, edad se combinan de forma única en cada persona y en cada situación y al mismo tiempo exponen ese déficit compartido que establece y reproduce la diferencia. Me gustaría que a lo largo de la narrativa se filtre mi posición respecto a las violencias, la precarización de la vida,

el cotidiano, la zona gris y el abandono, la movilidad humana y el desplazamiento forzado...

Las leyes de los diferentes Estados nación ilegalizan y abandonan a los expulsados de Centroamérica, mientras ellos exponen lo mezquino de las etiquetas nacionales;¹ que sean mexicanos o salvadoreños puede llegar a ser intrascendente en muchas de las relaciones sociales, lo que resalta en este escenario son las circunstancias de vida que han llevado a unos y otros a confluír aquí. Sin embargo la enfatizada diferencia nacional-cultural –ser hondureño, centroamericano, guatemalteco– que los medios de comunicación y el Estado construyen para socializar una categoría de estigma básico los reprime no solo en el cruce de fronteras, sino en la (im)posibilidad de reconstruir un proyecto de vida digna en este país. El poder de la categoría “migrante”, y crecientemente la de “refugiado”, que debieran describir una situación de vida y/o una asignación administrativa temporales, les constituye una identidad terminal que fomenta su precarización y la justifica (Epstein, 1978).²

¹ La producción legal de “migrantes ilegalizados” es una propuesta conceptual, metodológica y epistemológica de De Genova (2002) para analizar y denunciar el papel de los Estados nación en la construcción del “problema de la migración”. Mientras que Yerko Castro expone cómo la crisis de migrantes es una crisis de orden político que afecta al orden social y cómo la frontera norte de México con Estados Unidos es una frontera jurídica que sume en el *apartheid* legal a importantes sectores de población del sur global, así la ley ocupa un lugar central en la matriz de exclusión de las personas migrantes convertidas en “criminales sin crimen” (2020).

² La identidad terminal es aquella que integra al resto de identidades, roles, estatus, de manera que todas pasan por ella, siendo intensa en su inclusión y exclusión (Epstein, 1978). Darcy, salvadoreño y unido con una joven salvadoreña, expresa de forma contundente en su exilio la condena de ser “migrante”: “yo y mi esposa somos migrantes, mi hijo ya nació migrante, pero ¿por qué nació migrante mi hijo?” (FM4, 2018: 74).

Imagen 2. Inodoros adornados para celebración



Este largo relato de relatos es una invitación a mirar con otros ojos las movilidades del sur global –protagonizadas aquí por los centroamericanos– tan estratégicas y globales, también tan rebeldes frente a las políticas y prácticas antimigratorias de Estados Unidos y México, y a comprender a esta población en su lucha por vivir desde sus ambigüedades, límites, potencialidades, resistencias, como lo hacen los vecinos de la Parroquia del Cerro del Cuatro. En estas dinámicas vemos cómo se contrastan las macropolíticas de la migración con sus grandes orientaciones desde la legislación internacional y los acuerdos y los tratados para el control bionecropolítico de la población,³ con las prácticas cotidianas o micropolíticas que operan en el encuentro cara a cara en el apoyo de

³ Con el término bionecropolítica incorporo simultáneamente los dispositivos biopolíticos en la generación y regulación de cuerpos dóciles (Foucault, 2007) y la necropolítica de administración de la muerte, dirigida a las multitudes y de acción más indiscriminada creando mundos de muerte y “vida en el dolor” (Mbembe, 2011: 73).

las necesidades y solicitudes de las personas migrantes. También cómo afectan las primeras en la vida vecinal local.

Resulta significativo que estas acciones micropolíticas se producen en dos colectivos que se encuentran en los márgenes del poder institucional: los sujetos habitantes del Cerro del Cuatro y los sujetos móviles irregularizados, ambos confluyen y hacen posible el trabajo de atención del albergue hacia las personas migrantes y su dignificación dentro de un ambiente sociourbano de periferia excluida y envuelta en una acumulación de violencias. Quienes han operado y operan el día a día de este espacio realizan acciones extraordinarias de forma ordinaria. “Frente a la violencia estructural perpetrada en nombre del neoliberalismo, el sur global produce y exporta modelos ingeniosos y altamente creativos de supervivencia, y mucho más que eso” (Comaroff y Comaroff, 2013: 41). Este albergue es un ejemplo de ello.

Mi acercamiento al albergue

Hace ya más de diez años que llegué a vivir a Guadalajara y a trabajar como profesora investigadora en la Universidad de Guadalajara. Previamente había residido en esta ciudad durante la etapa de estudios del doctorado en antropología social ofrecido por el CIESAS Occidente y la Universidad de Guadalajara. En este reingreso tengo la oportunidad de hacer investigación en el Centro de Estudios de Género sobre la vida en los cotos o fraccionamientos privados como expresión de la colonialidad tapatía y su vivir “a gusto” (Camus, 2015). El regusto amargo por estas formas del privilegio social y espacial me llevó a regresar a mis querencias. Mi formación como investigadora la había realizado en Guatemala en diferentes temáticas y espacios urbanos de su capital, aunque los últimos años –principios de este siglo– me habían llevado a Huehuetenango, departamento fronterizo con Chiapas, México, donde seguía el impacto de la migración internacional en sus comunidades (Camus, 2007, 2008 y 2012). Y en Guadalajara veía pasar todos los días por la avenida Inglaterra al kilométrico tren que se dirigía hacia el norte y a las personas encaramadas en él que bien podían ser parte de las familias que había conocido en Huehuetenango.

El acercamiento a los albergues de Guadalajara era inevitable. Así conocí la iniciativa de FM4 Paso Libre desde que daban alimentos a la par de las vías cerca de la Avenida Washington, y tuve el privilegio de entrar a formar parte de su equipo de investigación con quienes realizamos los informes desde el 2013 hasta el 2019 (FM4 2013, 2014, 2017a, 2017b, 2018, 2020). También fue todo un emocionante e intenso aprendizaje mi participación como voluntaria durante varios meses en 2016, cuando se iniciaba la atención integral a personas migrantes y FM4 Paso Libre ya se había constituido como albergue.

Fue en la inquietud por saber de otros proyectos que me acerqué por primera vez con Heriberto Vega –entonces investigador de FM4 Paso Libre–, al Cerro del Cuatro a conocer El Refugio Casa del Migrante. Aquí era donde entonces FM4 Paso Libre canalizaba determinadas personas que iniciaban procesos jurídicos y requerían posada cuando esta organización aún no contaba con los servicios de alojamiento. En el Cerro nos recibió su coordinadora, Raquel Suárez, y con ella estuvimos platicando y observando por unas buenas horas la dinámica mañanera de la Casa.

Con el tercer informe de FM4 se documentaron las acciones hacia la población migrante en tránsito en la ciudad y, de nuevo, consideramos integrar la historia de El Refugio Casa del Migrante a través de las palabras del Padre Alberto Ruiz, su director (2017a). Desde este momento, Heriberto Vega –ahora como profesor investigador de la Universidad de Guadalajara Unidad Tonalá– y yo nos fuimos ligando a su acontecer, en principio como acompañantes y simpatizantes con el interés de realizar investigación social.

Por el carácter fugaz del paso de los centroamericanos por los albergues no es fácil captar sus experiencias y es arduo mantener conversaciones ni acompañamientos más profundos y sostenidos en el tiempo.⁴ Se trata de

⁴ Aludiré a centroamericanos en genérico en una extrema reducción, puesto que la mayoría de las personas migrantes proceden de Honduras, Guatemala y El Salvador, países del norte de Centroamérica. Por otro lado, distinguiré a los sujetos por nacionalidades por tratarse de un homenaje, no por su significancia analítica, excepto cuando ésta la tenga.

espacios específicos y condicionados y son demasiadas historias y demasiado heterogéneas. Desde 2017 tomé notas de cada una de las visitas que realicé y ellas son la base de los recuentos que presento. Además, incorporo entrevistas que hicimos, seguimientos de algunas personas que conocí cuando estaban hospedadas en el albergue y que continuaron su camino con las que mantuve una relación de amistad, la participación en actividades y equipos de trabajo y materiales diversos que se han producido por otras iniciativas en estos años: notas de prensa, materiales de los Programas de Aplicación Profesional del ITESO, documentos de la Comisión Estatal de Derechos Humanos de Jalisco.⁵ Aprovecho también diversas publicaciones mías que han abordado este campo de los desplazados forzados de Centroamérica por México y Guadalajara, entre ellas los informes de FM4 Paso Libre en que colaboré. Se trata de un material ecléctico y fragmentado que utilizo con la intención de transmitir y conectar con un mundo popular alejado de formalismos y correcciones, lo que quizás aleja a lo escrito de lo esperable como “producto académico”.

El papel que he tenido en el albergue a lo largo de estos años es *sui generis*. Junto con Heriberto, conformamos el equipo de investigación, pero no logramos ejercer como tales por las dinámicas cambiantes y las urgencias que se producen: hay que resolver la limpieza del patio; atender unas visitas; trasladar a alguien al hospital; quien se iba a entrevistar salió a trabajar o a las vías; surge una reunión sobre asuntos apremiantes; es preciso elaborar proyectos o comunicados de prensa o hay que intermediar entre voluntarios o personas del equipo que han entrado en susceptibilidades y enfrentamientos.

Ahora, Heriberto y yo, somos parte de un comité de asesores en el proceso de institucionalización de El Refugio, y participamos en las reuniones semanales del equipo. El mío es un acompañamiento cercano pero externo, no estoy involucrada en la operación cotidiana del albergue. Ante las decisiones del día a día sobre las situaciones de las personas

⁵ Los nombres de las personas migrantes y refugiadas no corresponden a los originales.

tengo poco arresto y manejar un espacio tan delicado que involucra a tantos hombres, mujeres, niños, familias requiere de sensibilidad, pero también de capacidad y autoridad.

Las dinámicas de El Refugio

El Refugio Casa del Migrante se construye sobre una comunidad reunida en torno a su Parroquia gracias a una acción pastoral integradora a lo largo de los años y ahora continuada por el Padre Alberto Ruiz con su carisma social-familiar-comunitario y una forma personal de entender la vida y la práctica religiosa. Los servicios pastorales: catecismo, grupos juveniles, grupos familiares, liturgia, etc., están insertos en la vida comunitaria, de manera que la dimensión social no ha sido una acción accidental sino un eslabón en el tejido social de la colonia. Para el Padre “una iglesia sin acción social no sirve”. Como veremos, no significa que los problemas de violencias, de drogadicción y otros estén ausentes o controlados, sino que en medio de ello se ha logrado una comunidad solidaria como una red de seguridad y ese aire de economía moral que ha facilitado la atención a las personas migrantes.

Esto hace que la experiencia del albergue sea una original y creativa que, a golpe de iniciativas intuitivas, le permiten adaptarse a las circunstancias con sentido del humor y con valentía ante los retos. El Padre y los vecinos de la colonia aceptan a los migrantes como son y como son ellos: conflictivos, sentimentales, trabajadores, desheredados.⁶

El Refugio Casa del Migrante no recibe fondos ni de empresas privadas, ni de gobiernos, ni del Alto Comisionado de las Naciones Unidas para refugiados, ACNUR, ni de otras instancias u organizaciones no gubernamentales. El bazar que se celebra todos los miércoles ha sido una fuente significativa de financiamiento y enseguida mostraré cómo funciona. Pero, sobre todo, son bienhechores católicos (empresarios, asociaciones,

⁶ La mayoría de las familias tienen miembros en Estados Unidos que han migrado en las mismas condiciones que los centroamericanos: cruzando la frontera de forma irregular.

individuos de clase media, comerciantes, vecinos...) los que con sus donativos sostienen el proyecto del albergue, del comedor popular hacia los vecinos necesitados y de las despensas a hogares de la colonia. Y, por ejemplo, llegan ingresos aleatorios gracias a las bendiciones que el Padre –también arquitecto– Alberto realiza en las construcciones –bungalows, cotos, residencias– de sus colegas arquitectos.

Imagen 3. Colaboradoras de El Refugio Casa del Migrante



Para las actividades de la parroquia, un cierto orden legal lo provee la Asociación Civil Promotora de Vivienda y Acción Social (PROVIASO A.C.) que ya existía previo a los inicios de la labor pastoral del Padre Alberto en el Cerro del Cuatro.⁷ Ahora él es el Presidente. La Asociación permite arropar, impulsar y conseguir ofrendas para la Casa del Migrante y el

⁷ Esta A.C. de apoyo a la construcción de vivienda era una iniciativa que se encontraba en Cocula operada por Jorge Luis Cuevas, cuñado del Padre Uribe, precursor del Padre Alberto en la acción social por la colonia. Ante la necesidad en la colonia en este aspecto,

comedor popular, pero no es una asociación civil donataria y ello dificulta solicitar y obtener financiamientos. El albergue apenas cuenta con cuatro empleados con seguro social –logrado a través de distintas vías–. Estas irregularidades ahora constituyen un problema porque la administración del Estado y la Secretaría de Administración Tributaria reclaman una mayor claridad y orden en las cuentas, en la procedencia de los fondos sean monetarios o en especie, en los recibos y facturas, en las cuentas bancarias. Por ello el albergue se encuentra desde 2019 en un proceso de redefinición y formalización de su administración y en la creación de una nueva A. C. que sea donataria: “El Refugio. Espiritualidad y Acción Social”.

La construcción del albergue y sus añadidos es como un Frankenstein en el sentido de que las ventanas del espacio del comedor han sido desechadas de una construcción o la puerta que ya no era útil al señor empresario encuentran su acomodo aquí. Además, el Padre se preocupa de dirigir los espacios pensados para la convivencia barrial: por eso el corredor que media entre la edificación de la Parroquia y la que ocupa el Albergue y sus anexos –que cubren una cuadra– es un espacio peatonal donde hay bancas y jardineras con arbolitos y flores. La gente se sienta a platicar, ponen sus puestos de ventas de segunda mano, los niños juegan a las escondidas, se dan clases de catecismo en las gradas y los chuchos ladran y pelean.

El Padre es la figura a la que todos recurren: personas migrantes, vecinos, bienhechores. Este protagonismo genera tensiones en los intentos del equipo por desarrollar una institucionalidad como Casa de Migrante ya que su voto cristiano le lleva a ampliar el concepto de albergue. Por ello este proyecto no es encasillable, ya que a pesar de los esfuerzos en el tiempo por reglamentarlo, siempre se desbordan las normas, las convenciones, los protocolos. En ocasiones, cuando se ha expulsado a alguien del albergue, el Padre lo recibe y lo aloja en la sacristía o en salas de la

ambos se la traen al Cerro del Cuatro y será el paraguas de los proyectos sociales de la Parroquia aquí.

Parroquia. O mantiene cientos de conejos en la azotea de la Iglesia y cría a un buen número de gallinas a la par de la cocina del albergue, contraviniendo toda la normativa de Protección Civil. O entrega un equipo de soldadura móvil a un muchacho salvadoreño que se ha instalado en la colonia y que le hace trabajos de herrería cuando lo necesita. O les guarda los ahorros a las personas migrantes. O atiende al hondureño que quiere que le ayude a recuperar a su joven mujer mexicana porque la madre de ella les ha separado con brujería. O se le ocurre montar con Hábitat El Refugio o “Las Casitas” un barrio centroamericano con unos 30 departamentos como puente para su inserción social en la ciudad. O cuando ocurrió que, con la cuarentena y el confinamiento que provoca la pandemia de COVID-19, las personas en movimiento llegaban y no podían ser atendidas al interior del albergue se solicitaron baños y duchas móviles a la municipalidad de Tlaquepaque, al gobierno del estado de Jalisco y a ACNUR que se perdieron en sus burocracias, entonces el Padre Alberto abrió un boquete en la pared del albergue y construyó un pequeño baño con un inodoro y un lavamanos, mientras las duchas se facilitaban con una manguera en un patio exterior.

Y estas transgresiones son parte de las formas del Padre, pero veremos que esta amplitud de miras se replica también entre los encargados y voluntarios del albergue, haciendo del mismo un lugar “desordenado” que fluye con sus iniciativas, sus preferencias, sus arrebatos, sus errores. Más si pensamos que tantos gestos aparentemente mínimos de parte de quienes conforman la comunidad, la Parroquia y el albergue del Cerro del Cuatro efectúan el trabajo que los Estados nacionales con todas sus políticas, proyectos de desarrollo, relaciones multilaterales, no realizan hacia la sociedad más vulnerable. Sus pequeñas-grandes acciones dan la vida a las personas migrantes, las dignifican y se dignifican. Son políticas alternativas que resuelven y palian las crudas realidades de desigualdad y violencia, en este caso de migrantes en tránsito, deportados, desplazados, pero también de indigentes y ancianos enfermos y familias y niños sin recursos de su comunidad. ¿Asistencialismo? Quizás, pero se encuentra

una solidaridad con naturalidad, lo que es una joya en estos tiempos neoliberales.

Los albergues-casas de migrantes

Frente a la perversa pasividad de los sucesivos gobiernos mexicanos ante el drama de la expulsión de los centroamericanos, la sociedad mexicana civil y religiosa responde con su atención y apoyo a esta población. La primera Casa de Migrantes se instala en Tijuana en 1987 para atender a los mexicanos que querían cruzar a Estados Unidos o llegaban deportados; al año se abre otra en Ciudad Juárez. El albergue de Belén, en Tapachula, se funda 10 años después ya dirigido a la población centroamericana que entra irregular a México con la tolerancia del Estado mexicano, que entonces los entendía como ilegales. A partir del 2010 estas instancias proliferan a lo largo de las vías del tren en un corredor humanitario para cubrir a la población que cruza México en la forma más vulnerable y con menos recursos.⁸ La Ley de Migración de 2011 lo facilita ya que institucionaliza la aceptación de esta labor y, más que esto, crea espacios santuario donde los agentes del Estado no pueden intervenir dentro de los albergues, además de asumir legalmente el cruce clandestino como una falta administrativa.

Una Casa de Migrantes es un lugar de protección, seguridad, asistencia y descanso. Supone cierta recuperación del intenso desgaste del difícil camino, donde se ponen en acción éticas del cuidado y trabajo emocional (Montes y París, 2019). Quienes llegan a los albergues después de una travesía en el tren están agotados y vienen con golpes, insolación, enfermedades bronco respiratorias (tos, gripa, fiebre), malestares e infec-

⁸ Se contabilizan 96 casas del migrante, albergues y comedores en México según el directorio realizado por BBVA (2020). Mientras en el recuento de El Colegio de la Frontera Norte (Coubès *et al.*, 2020a), solo en las ciudades principales de la frontera norte hay 90 casas de migrantes, comedores, albergues, muchos de ellos aparecen hace menos de 5 años respondiendo a nuevas necesidades generadas con las caravanas (2018-2019) o con el Protocolo de Protección al Migrante impuesto por Estados Unidos en 2019.

ciones estomacales.⁹ En ellos se ofrece a los sujetos móviles comida, cama, ducha, llamadas a sus familias, cobro de dinero, ciertos servicios de salud. Por un momento vuelven a ser personas: “Ahorita me siento como nuevo, con ropa limpia ya se siente mejor. Con ganas de salir adelante” (Aurelio en FM4 2017a: 26). Mientras Erasto, experto en el camino, señala que “Una casa del migrante es una bendición para nosotros, es lo que nos ayuda a uno, porque hay muchos como yo, que viajan sin dinero, y es lo que le hace fuerte a uno... sales con fuerza” (en FM4 2017a: 64).

Imagen 4. Día de tianguis en el corredor de la parroquia



Los modelos de atención y las constituciones de las Casas de Migrantes son muy diferentes. Las promovidas por parroquias “están respaldadas por una labor pastoral de mediano o largo plazo” (París, 2017: 227), como

⁹ En El Refugio han atendido a personas migrantes con VIH, a personas en silla de ruedas, a mutilados, a mujeres embarazadas, a bebés recién nacidos, y se ha intermediado para lograr operaciones quirúrgicas y acompañar en su recuperación.

ocurre en el caso de El Refugio, lo que facilita la relación y convivencia con el vecindario.¹⁰ Incluso la Casa de Saltillo se concibe como “polo de desarrollo social” para mejorar la colonia e integrarse a las actividades comunitarias (París, 2017: 225), y esto lo encontramos en El Refugio con esa simbiosis entre los proyectos que se realizan hacia los migrantes y hacia el vecindario. Son varias las Casas que han tenido que cerrar por la oposición de la población local, por ejemplo en Huehuetoca o Tultitán (estado de México). Es un rechazo que en parte tiene que ver con que las Casas son espacios delicados donde se dan infiltraciones del crimen organizado, venta de droga, trata laboral y sexual de personas, presencia de polleros y enganchadores, donde –como mostraré más adelante– las mismas personas migrantes pueden formar parte de estas actividades. Por esta misma infiltración dirigida a reclutar migrantes hay sujetos que prefieren evitar los albergues, mientras las Casas se han preparado con crecientes medidas de seguridad: cámaras de seguridad, prohibición de celulares al interior, registro de los ingresos (Candiz y Bélanger: 2018).

Los albergues en México han pasado por un proceso de transformación de sus funciones. En sus inicios, a fines de la década de 1980, privilegiaron la dimensión de provisión de servicios y bienes de primera necesidad, la caridad o el asistencialismo para evolucionar a inicio de este siglo en la atención de las personas migrantes como víctimas de las autoridades y de delincuentes. Entonces desarrollan la ayuda humanitaria junto a la defensa de Derechos Humanos de las personas migrantes con acciones de incidencia, registro, denuncia, acompañamiento. Más tarde derivan hacia la acción humanitaria, donde se pondrá énfasis en el acompañamiento jurídico con la constitución de equipos específicos para ello por una creciente demanda de parte de las personas migrantes de procesos de solicitud de visas humanitarias, refugio y regularización migratoria. Recién se añade una faceta de defensoría de los defensores

¹⁰ Son varios los referentes en la defensa de migrantes desde la fe católica: Pedro Pantoja, Raúl Vera, Alejandro Solalinde, Miguel Concha, Flor de María Rigoni, Fray Tomás González, Las Patronas.

por las presiones a la seguridad en este trabajo humanitario (Vega, 2018) y hoy convergen en ellos agencias internacionales y organizaciones de desarrollo con programas y proyectos de “integración” e “inclusión” dirigidos a población en procesos de refugio.

En muchos albergues estos aspectos no se han dado procesualmente, se puede decir que El Refugio supera una acción de caridad, asistencia o socorro, y también la consideración del migrante como una víctima, pero no logra establecer una acción humanitaria sistemática e integral. Al mismo tiempo desborda estos parámetros por lo inclasificable de sus relaciones con las personas migrantes y se encuentra en constante redefinición, como en una permanente carrera de obstáculos, al responder a los efectos de las leyes y prácticas migratorias de Estados Unidos y México que modifican los perfiles y requerimientos de los flujos, que es a lo que doy seguimiento en este texto.

Además, un albergue es un espacio de convivencia entre las personas migrantes y sus múltiples experiencias y expectativas compartidas, produciéndose una intensa comunicación entre ellos al transmitirse consejos, informaciones, testimonios que les van a facilitar desenvolverse en el camino. Para Candiz y Bélanger (2018) son “territorios de espera” que participan en la gestión de los flujos migratorios a través de la regulación de esta espera. Se trata de una espera activa ya que los contactos e información que obtienen las personas migrantes les permiten influir y hasta estructurar sus trayectorias. De manera que las Casas favorecen la movilidad e influyen y dan forma a sus itinerarios, finalmente “el proyecto migratorio evoluciona junto con la trayectoria” (Candiz y Bélanger, 2018: 5). El territorio de espera del albergue simboliza la suspensión de tiempo y espacio en el recorrido de las personas migrantes: un hogar que no es hogar, en que se comparte, convive y colabora entre desconocidos que se encuentran en tensión entre el pasado y el futuro, que es efímero y donde sus señas de identidad son evanescentes.

Hoy en día los albergues son territorios de la espera en otro sentido: el creciente número de personas que solicitan el reconocimiento de

refugiados u otro tipo de papelería les introduce a largos procesos burocráticos donde las casas de migrantes son claves para su sostenimiento (Brito, 2019).¹¹ Este aumento que se daba por las crecientes medidas de contención en México y Estados Unidos, que hacían que los trayectos se alargaran y dificultaran, se ha hecho exponencial con la externalización de la frontera y el asilo, cuando el control fronterizo de Estados Unidos —el poderoso imán que atrae migraciones de todo el mundo— se traslada a su vecino del sur, México, algo que se implementa de forma contundente desde inicios de 2019 con el programa Quédate en México.¹²

Habitar los territorios de la espera es un ejercicio que deben enfrentar y administrar los albergues. Como señala Musset (2013) es significativo el hecho de que se constituyen como territorios porque, más que lugares de espera, generan estructuras para la actividad de la vida cotidiana y pueden darse apropiaciones sobre el espacio y formas de sociabilidad entre el poder institucional que lo gestiona para su control. Para este autor contienen una dimensión ontológica porque dan sentido a las acciones y al ser en el mundo de los sujetos en estado de espera, llegando a generar identidad en lo individual y lo colectivo. Cada persona maneja la espera según su historia propia, sus capacidades, sus aspiraciones de futuro (esperar es conservar la esperanza).

¹¹ Otros trámites son la solicitud de constancias de nacionalidad, reposición de visas humanitarias o condición de visitante por razones humanitarias, el retorno asistido, procedimiento de apátrida...

¹² El Programa Quédate en México o MPP —*Migration Protection Protocols*— supone el desmantelamiento del sistema de asilo de Estados Unidos y su extraterritorialización a través de considerar a México como el espacio donde relocalizar forzosamente a las personas solicitantes de refugio. Quienes llegan por México a su frontera norte buscando protección internacional en Estados Unidos deben esperar la resolución de sus casos en territorio mexicano lo que dure su procedimiento; anteriormente, en 2016, Estados Unidos había delegado a México la administración de listas de espera para poder cruzar a solicitar refugio (París y Díaz Carnero, 2020).

Describiré cómo se produce este habitar los territorios de la espera en las condiciones que se dan en El Refugio y sus albergados, cuando la espera, ese estado forzado de movilidad suspendida, genera una fuerte incertidumbre y angustia existencial porque el proyecto de vida queda en un *impasse*, aplazado. El Estado delega los costos al “esfuerzo emocional” de las personas migrantes (Wurz, 2018) provocando un creciente deterioro de la salud mental de las personas y al esfuerzo de sostenimiento y reproducción de los albergues en una estrategia que busca tanto la renuncia de migrar al Norte como el desistimiento del proceso de refugio. Mostraré cómo los espacios de la espera como El Refugio se transforman en “casas de vecindad” por estas convivencias estrechas y alargadas en el tiempo donde se expanden los chismes, las quejas, el cansancio y los enredos en la competencia por pequeños privilegios.

Es impensable además que los procedimientos jurídicos de regularización migratoria se desarrollen por la acción de los mismos sujetos. Las exigencias y requerimientos procesales suelen ser gestionados por los equipos jurídicos de las casas de migrantes que manejan sus lógicas especializadas y facilitan que puedan llegar a resultar exitosos. Ello supone superar las trabas del Estado y sus agentes para quienes las personas solicitantes de refugio son sospechosas y aprovechadas que deben domesticarse y demostrar la legitimidad de su reclamo. En estas operaciones, los “abogados” capacitan a las personas migrantes en la construcción y coherencia de su narrativa como víctimas, en su comportamiento y gestos para superar, por ejemplo, la definitiva entrevista de elegibilidad para obtener el refugio. En este sentido las voces y las experiencias de los actores se estandarizan y pasan por un procedimiento estético, su agencia se reduce, se desubjetivan y pierden su personalidad por ganar un incierto proceso y obtener “los papeles”.

Hay una discusión sobre el juego que hacen los albergues al Estado mexicano. Es la paradoja de sus acciones como resistencia a la situación de violencia sobre las personas migrantes que provoca el Estado o la de ofrecer la cara amable de este Estado frente al drama de “los indocumentados” al realizar las funciones que le corresponderían, ahora como

contenedores de “la espera”. Su posición es difícil ante las diferentes y contradictorias dimensiones del Estado. A la vez que opera la violencia institucional con las leyes y prácticas de contención migratoria y que su actuar es intrincado y poco fiable respecto a las organizaciones de derechos humanos de las personas migrantes, las casas de los migrantes le reclaman al Estado por justicia o en el reconocimiento de abusos. Así simultáneamente le temen, desconfían, requieren, necesitan, colaboran con él. Para los albergues posicionarse críticamente exige un trabajo político que no todas pueden realizar ni comparten.¹³

Con todo, estos espacios de reparación y producción de vida son “todólogos” en la diversidad de servicios y actividades, desde su trabajo afectivo y de cuidados, el acompañamiento jurídico, su papel de lobby político y de denuncias o su creciente articulación en redes.

El gobierno de la precarización de la vida

En los albergues se practica una ética de cuidados y esto se vincula con la fragilidad de sus atendidos. La vulnerabilidad de la vida humana es algo constituyente, la vida es por definición precaria: “La condición de precariedad compartida implica que el cuerpo es constitutivamente social e interdependiente” (Butler, 2010: 53). El ser humano está siempre en manos de otros, aunque no los conozca: “No hay vida sin necesidad de cobijo y alimento, no hay vida sin una dependencia de redes más amplias de sociabilidad y trabajo, no hay vida que trascienda la dañabilidad y la mortalidad” (Butler, 2010: 46). La vida, porque es precaria, requiere del cuidado y de los trabajos de reproducción y esto queda arropado desde la perspectiva religiosa y la católica. En el Cerro la vulnerabilidad común es bien entendida, la vida de Jesús y su muerte en la cruz es un buen ejemplo de esto, y la comunidad parroquial acciona la atención a los demás, por

¹³ Ariadna Estévez señala otro nudo semejante respecto al discurso de los derechos humanos: cómo puede ser una herramienta de lucha y resistencia y, al mismo tiempo, disfraza y es parte activa de la administración políticamente correcta del sufrimiento de las víctimas del capitalismo neoliberal (2017).

sus valores y por sus sentimientos, que saben clave para su propia existencia y la de sus seres queridos. Se identifican con el dolor de los otros, también con el de las personas migrantes.

Esta precariedad existencial o condición precaria se acompaña e intersecciona con la vulnerabilización que se sucede en la trayectoria de vida social y política.¹⁴ Nuestro cuerpo está expuesto a un modelado y forma de carácter social. “La precaridad designa esa condición políticamente inducida en la que ciertas poblaciones adolecen de falta de redes de apoyos sociales y económicas y están diferencialmente más expuestas a los daños, la violencia y la muerte” (Butler, 2010: 46). Hay una serie de condicionantes económicos, políticos, sociales que provocan que las condiciones de vida sean aceptables o sostenibles o que limiten las posibilidades de recursos para la existencia. En este sentido, la precaridad se ve influida por la acción del Estado (y por normas y organizaciones sociales y políticas) que maximizan la precaridad para unos y la minimizan para otros; es decir, se obtiene seguridad y protección para unos pocos a costa de muchos otros.

Las nuevas lógicas de producción del capitalismo corporativo imponen unas políticas neoliberales que, entre otras medidas, desmantelan la función del Estado moderno de la redistribución del ingreso y de construcción de servicios sociales e instancias protectoras –aunque no fueran generalizadas– y priorizan la defensa del mercado antes que la vida humana. Suponen un giro hacia lo que Lorey llama gobernar la precariedad o la precarización como gubernamentalidad: un régimen de gobierno, una forma de regulación y poder cuyas condiciones inducen a la precariedad y la indigencia como un modo de vida (2010). Su hegemonía se relaciona con la securitización y la defensa contra supuestas amenazas de “formas de enfermedad, contagios sexuales, olas de criminalidad e

¹⁴ Judith Butler diferencia entre dos conceptos-sentidos que se interseccionan entre sí: precariedad –precariousness– y precaridad –precarity– (2010). Yo me referiré a precariedad y precarización de la vida en este sentido de mayor exposición e incertidumbre de la vida, más allá del uso sociológico referido a la inseguridad laboral.

invasiones posibles de muchos tipos” (Butler, 2016: 15), ante los que hay que inmunizarse que van de la mano de la expansión de tecnologías de control, armamento, militarización, movilizandando fuertes intereses corporativos.

El clima de miedo e inseguridad nos hace vulnerables a la explotación y a aceptar el control social, pero el gobierno neoliberal ya no se legitima desde la protección a sus ciudadanos, sino mediante la regulación del mínimo de protección social, de manera que “El arte de gobernar consiste hoy en equilibrar ese umbral” (Lorey, 2016: 18) que exige normalizar y establecer como modo de vida la precarización, el miedo a ser sustituidos, la incertidumbre y la inseguridad.

La precarización de la vida humana se acompaña de intensos desplazamientos de los expulsados del sistema que rompen los marcos de lo que analizábamos como clases sociales o como pobreza (Sassen, 2015).¹⁵ Wacquant habla de un “conglomerado compuesto... de individuos y de categorías heterogéneas entre ellas y *definidas negativamente* por la privación social, la necesidad material y el déficit simbólico” (2007: 198). Como ejemplo de la dificultad de nombrar las situaciones de estos colectivos, solo en el campo de las movilidades humanas nos referimos a migrantes, pero también a desahuciados, deportados, refugiados, desnortados, nuevos nómadas, desarraigados, desplazados, expulsados, exiliados, desterrados, atrapados en la movilidad. La proliferación de etiquetas es muy expresiva

¹⁵ Saskia Sassen revisa la idea de desigualdad al referirse a “expulsiones” del campo social, político, medioambiental. Hay un crecimiento enorme de personas, empresas y lugares despedidos de los órdenes centrales de nuestro tiempo gracias a que se imponen unas nuevas lógicas que organizan los sistemas en dominios tan diversos como el ambiente y las finanzas a nivel global (2015). Expulsiones y desplazamientos son también los provocados por la guerra global “contra el terror” de Estados Unidos: desde 2001 hasta el presente se calculan entre 37 y 59 millones entre refugiados y desplazados internos (https://watson.brown.edu/costsofwar/files/cow/imce/papers/2020/Displacement_Vine%20et%20al_Costs%20of%20War%202020%2009%2008.pdf visitado el 29 de octubre del 2020).

del desconcierto que nos generan la diversidad de tipos, escalas, condiciones de movibilidades por despojo que desbordan las categorías administrativas que típicamente han producido las limitadas figuras del migrante laboral o económico (migración voluntaria) y la del refugiado (migración forzada) (Domenech, 2020).

Reyna Carretero y Emma León refieren como “indigencia trashumante” la experiencia social de errar por el mundo despojados material, social y subjetivamente (2009: 23). Son “personas cuya vida transcurre entre la pobreza material y los desplazamientos forzosos, como consecuencia de los modelos económicos excluyentes, de las hambrunas, de las guerras por conflictos políticos, religiosos y raciales, así como por las persecuciones, invasiones y despojos territoriales por ambiciones públicas y privadas” (2009: 11). Esta errancia siempre ha existido, pero ahora es una condición predominante del mundo contemporáneo, donde las personas se encuentran en el desgarramiento del horizonte cotidiano.

Las prácticas de regulación y control de los desplazamientos espaciales por la gubernamentalidad neoliberal incorporan numerosas estrategias: ilegalidad, deportabilidad, criminalización, securitización, racialización y estigmatización (Sanjurjo *et al.*, 2020: 16). Didier Bigo afirma que la vinculación entre seguridad y migración después de la guerra fría se utiliza para generar una problemática amenazante hacia la soberanía nacional y el bienestar ciudadano al buscar la movilización emocional a través de una imagen social desde profundos prejuicios de raza y clase sin problematizar la inmigración, ni explicar nada, ni buscar una solución política (2002). De hecho, la securitización de la inmigración no es la causa sino el resultado del desarrollo de tecnologías de control y vigilancia que posicionan en el poder a los profesionales de la gestión del malestar: militares, policías, servicios de inteligencia (Bigo, 2002: 73). La creación de figuras y etiquetas amenazantes al orden social o a la nación facilitan categorizaciones y jerarquizaciones socioculturales y relaciones segmentadas de violencia y desigualdad, de exclusión y de deshumanización de poblaciones. Estas poblaciones indeseables están expuestas a la “deportación, el desplazamiento forzado, el aprisionamiento y, en el

límite, a la muerte violenta y la desaparición, según clivajes de clase, raza, género, territorio de residencia y proximidad con mercados categorizados como informales/ilegales/ilícitos” (*Ibid*: 20).

La espera es parte de estas tecnologías del poder precarizador neoliberal que impone a las personas vulnerabilizadas la sumisión y dependencia al orden arbitrario del Estado (Auyero, 2011), en la necesidad, hoy por hoy, de las personas móviles de regularizarse y “legalizarse” en tortuosos procesos burocráticos. En el campo del desplazamiento forzado y en el marco de una crisis humanitaria, la espera es “una experiencia relacional de sufrimiento arbitrariamente impuesta por el ejercicio regulador del poder estatal e intergubernamental que estratifica y categoriza” (Córdova, 2017: 87), y en efecto es una dimensión cotidiana de la exclusión que se vive en los albergues de México (Wurtz, 2018; Guevara, 2018; Brito, 2019).

Los expulsados del sistema se enfrentan a un control selectivo cuando se buscan la vida atravesando fronteras. La resistencia a este régimen se dificulta porque los precarizados son dispares y se encuentran dispersos y fragmentados. Su aislamiento se profundiza al tener que ocuparse en sobrevivir. Enseguida mostraré que las luchas sociopolíticas en Centroamérica siempre fueron duramente penalizadas por sus Estados y gobiernos y la región manifiesta un desgaste muy fuerte en su tejido social y político, y siempre una capacidad estatal y privada de represión implacable que cuenta con el apoyo intervencionista de Estados Unidos y que ha provocado la atomización de las experiencias de sus expulsados a pesar de su carácter masivo.

Además, las aspiraciones de los “migrantes” no son necesariamente liberadoras en sentido alternativo, el poder simbólico, cultural y aspiracional del “sueño americano” incorpora la inserción subordinada a sus mercados laborales (Camus, 2019). Como trabajadores disponibles, su meta es alcanzar Estados Unidos, el icono del imperialismo, el poder que aportó a su vulnerabilización y que destruyó sus formas de vida expulsándoles del territorio. En la paradoja de que desde allí, con su tenacidad y

su trabajo, sostienen a sus familias, a extensos sectores sociales, a la estabilidad económica de sus países de origen.

Imagen 5. Esculpiendo a San José Isabel Flores, 2019



Ocorre una contradicción semejante entre los vecinos del Cerro. En su caso, como feligreses, su conformación católica se vincula más con movimientos conservadores en este sentido (De la Torre, 2008). La pastoral de El Refugio tiene un marcado sello social, pero dentro de la institución eclesial y no como parte de la teología de la liberación o de movimientos activistas de izquierda. La función política de movilizar demandas y llamar la atención al Estado y a la sociedad no se ha constituido en una actividad privilegiada aquí, pero la comunicación y reparación que se realiza día a día entre el colectivo del albergue enfrenta esa distribución diferencial del dolor y la violencia que marca la desigualdad en “lo humano”: qué clase de sujeto merece un duelo y qué clase de sujeto no o, en este caso, qué personas importan o qué anónimos son prescindibles (Butler, 2006: 16-17). La ética informal del Cerro del Cuatro es capaz de

identificar este sufrimiento social estructural y cobijarlo para recuperar la vida, el humor, la esperanza. Y, al mismo tiempo que encontramos este espacio de compromiso que en 1997 albergó al Comandante zapatistas Marcos, la parroquia de El Refugio es desde 2019 un santuario dedicado a San José Isabel Flores, mártir de la guerra cristera beatificado por el Papa Juan Pablo II.

*La composición diversa de los expulsados centroamericanos
y los retos a El Refugio*

Se calcula que un tercio del total de personas migrantes utiliza los trenes de mercancía para trasladarse por México (de Rodríguez Chávez *et al.*, 2011 en Candiz y Bélanger, 2018: 7) –algo que habría que revisar en la actualidad. El perfil de los viajeros en el tren –que son quienes arriban a El Refugio– era el de transmigrante centroamericano, hondureño, masculino, relativamente joven, esperanzado y de iniciativa individual que se dirigía con prisas hacia la frontera norte. Con todo, la diversidad de sujetos y situaciones era fuerte. Un día cualquiera pasaban por el albergue todo tipo de personas, grupos, estatus migratorios: un Salvatrucha que dejó la pandilla y quiere resarcirse divirtiéndose a la gente como payasito; un padre, campesino de Santa Bárbara, Honduras, que acompaña a su hijo en este peligroso viaje; los hermanos y cuñados que se la avientan juntos a probar suerte; un veracruzano de más de 40 años que tuvo que salirse del puerto por presión de la mafia; una mujer trans con su pareja y su perrito que va hacia Tijuana; el chapín que huye de la familia de su novia a la que dejó embarazada; el taxista que vio arder su carro en San Salvador por no pagar la renta o extorsión; personas que han sido deportadas hasta por nueve veces de Estados Unidos y de México; mujeres que se infiltran para reclutar a otras mujeres para trata...

Si esta era hace apenas unos años la riqueza de situaciones y de sujetos y grupos, ahora es mayor la heterogeneidad. Con el tiempo las cada vez más afinadas políticas y prácticas de contención, deportación y seguridad aplicadas por Estados Unidos y México hacen más difícil el cruce y el

estar en Estados Unidos.¹⁶ A ello se suman las crecientes dificultades de sobrevivir y la violencia sistémica en Centroamérica y en el mundo que expulsan a su población. Desde que soy testigo presencial en El Refugio, de 2016 a 2020, se observa esta ampliación que incluye a: población sin rumbo, viajeros impenitentes hacia el Norte, deportados mexicanos y centroamericanos mayores y cansados, desplazados internos, grupos familiares, solicitantes de “papeles” para el refugio o la visa humanitaria, mujeres con niños, jornaleros mexicanos y centroamericanos moviéndose a la pizca, muchachos “primerizos”, personas de regreso a su país, menores no acompañados, otros en la aventura o irregulares que esperan asentarse en un incierto México. Y los diversos actores –que son nacionales y extranjeros– se están traslapando, son colectivos que están en proceso de metamorfosis e hibridación. Esta complejidad creciente implica también una mayor complejidad en la atención particular que requiere cada uno de estos segmentos en los albergues: mujeres, menores, deportados, solicitantes de asilo.

Se puede decir que en estas recomposiciones de los movimientos en El Refugio de Guadalajara predominan poblaciones crecientemente varadas, en desarraigo y desvinculadas de redes familiares y sociales, quienes alargan su estancia hasta donde pueden en el albergue en un proceso que ya se identificaba desde 2017. Elizabeth Juárez se refiere, en esta coyuntura histórica, a una movilidad circular intermitente porque las restricciones para ingresar a Estados Unidos hacen que se desplacen de un territorio a otro en un movimiento que se interrumpe y prosigue cada cierto tiempo de manera reiterada, con altos costos personales, económicos y sociales para las personas (2021).¹⁷ Con la metáfora de “atrapados en el movimiento” que propone Sabine Hess se refuerza esta idea

¹⁶ Según Rodríguez (2016), en 2014 solo lograba pasar el 11%, una fuerte caída en comparación con el periodo 1995-2005, cuando alcanzaban a cruzar con éxito el 24% de quienes lo intentaban.

¹⁷ Así esta autora destaca las diversas formas de desplazarse en el espacio con varias idas y venidas, paradas temporales, interrupciones obligatorias o voluntarias y el uso

cuando señala –para los transmigrantes en las orillas de Europa– que el significado de estar en el camino se ha extendido a la espera, a formas suspendidas de existencia en el tránsito o provisionales de asentamiento (Hess, 2012: 435).

Se puede decir que la suspensión de tiempo, espacio, derechos, es ya una condición de vida de un enorme sector de población que, insisto, incluye población de nacionalidad mexicana. Y son estas personas las que predominan en este recuento: sujetos y colectivos más desgastados y conflictuados, menos ilusionados y con profundas dificultades de generar proyectos de vida –incluso entre aquellos que son solicitantes de asilo o han logrado tener su reconocimiento como refugiados– y en una atomización de las experiencias, lo que les impide identificarse como un colectivo.¹⁸

Las diversas formas de movilidad que pueden darse en la vida de las personas que observamos en los albergues –de tránsito, solicitantes, deportados, estacionados, desplazados– nos expresan las dificultades que tienen para reconstruir sus vidas y la tenacidad por lograrlo mientras se hunden en una progresiva precariedad. México no era el país a donde se quisiera llegar, era un territorio de tránsito que ha derivado a uno de circulación por las crecientes dificultades de cruzar la frontera de Estados Unidos y las extremas penalizaciones por hacerlo de forma clandestina (Juárez, 2021), y que a su vez se está convirtiendo en un país de acogida “forzada”.

de distintos tipos de recursos que pueden encontrarse de manera dispersa en diferentes redes sociales y/o a través de actores distintos (Juárez, 2021).

¹⁸ Yaatzil Guevara, que estudia la espera en el albergue La 72, en Tenosique, Tabasco, se refiere a la inmovilidad forzada, también a atrapamiento, inmovilidad existencial, inmovilidad involuntaria, encontrarse varados, movilidad suspendida, y distingue tres sentidos en ello: una fase distintiva de la migración; un estado de privación de derechos; y una situación de vida donde se modifica el panorama existencial con sentimientos de confusión, desubicación, incertidumbre prolongada (2018: 61-62).

Atravesar México en el tren de carga es un camino donde los protagonistas son los hombres, ellos también son quienes acuden a los albergues que se establecen para atenderles. Las mujeres que se avientan a esta experiencia son muchas menos, aunque su presencia en El Refugio se siente con más impacto por su misma especificidad, más cuando se trata de tiempos largos de estancia. Trataré de hacerlas presentes dentro de esta situación general masculinizada.

Para los centroamericanos atrapados en la movilidad pareciera que la salida que se les propone institucionalmente hoy es su regularización a través de la solicitud del refugio –algo que criba a buena parte de estas poblaciones que no cumplen ciertos requisitos para entrar al trámite–, como si conseguir esta condición fuera la panacea, cuando es un proceso viciado y exigente, como expondré. Más adelante me detendré en estos procesos jurídicos o “tortura burocrática” (Córdova, 2017) cuya tendencia mayoritaria es el fracaso de esta posibilidad por no considerarse justificable su huida o por el abandono de los trámites por parte de los solicitantes perdiendo la posibilidad de construir su vida legal en México. Se puede decir que con esta reacción se rebelan a la subordinación y humillación –la violencia simbólica– que impone la espera, pero alimentan al mismo tiempo los enormes sectores de personas condenados a permanecer en el limbo jurídico. Lo que planteo que se está dando es la transformación y/o suma de la producción de sujetos ilegalizados (De Genova, 2002; Castro, 2020) a la producción de sujetos no refugiables que son proscritos.¹⁹ Ambos hechos enfatizan esa dimensión política en que el Estado establece la relación con las personas desplazadas, en este caso desde la construcción de la migración como un problema con su ilegala-

¹⁹ Mostraré cómo para algunos sujetos migrantes solicitar un proceso de protección por razones humanitarias o de refugio son estrategias de dilación mientras cambian los tiempos y las voluntades políticas, son formas de protegerse de la deportación y de contar con un tiempo para asentarse y sobrevivir temporalmente. En ese sentido, son respuestas de resistencia frente a las medidas implacables de Estados Unidos y de México.

lización y negación de opciones. Los sujetos migrantes se ven tocados y arrasados por las leyes, quedando como rehenes de los Estados.

Imagen 6. Cola de beneficiarios del comedor popular



Por otro lado, los intentos de inserción de algunas personas y grupos familiares en los alrededores de la Parroquia de El Refugio no se consolidan por las frágiles situaciones en que se mantienen. Por ello se enfrentan a un destino evenencial y desdibujado (Morin, 1982). Evenencial porque en cualquier momento modifican sus perspectivas de vida por una oportunidad o una casualidad que les lleva a otro lugar a reanudar el esfuerzo persistiendo en un “tránsito” alargado donde el proyecto migratorio ha quedado difuminado, quedando en el sobrevivir día a día (FM4, 2019), mientras el retorno al lugar de origen es poco viable. Se encuentra una combinación entre procesos de estabilización y readaptación y situaciones evenenciales: esos caminos que pueden tomar en un momento dado sin una explicación clara. De manera que estas existencias suspendidas se vinculan con la evenencialidad de sus trayectorias y la potencia. Más adelante

recalcaré la vinculación entre desplazamiento forzado internacional –también a nivel nacional y local– con las cadenas de desplazamiento o re-desplazamientos ante los esfuerzos fracasados de asentarse y lo que supone en cuanto a precariedades crecientes en el tiempo (Winton, 2018).

Para El Refugio estas vidas precarizadas constituyen fuertes retos por estas permanencias dilatadas en la incertidumbre donde se crean dependencias y estallan las expectativas, las adicciones, los traumas, el desencanto y donde empiezan a producirse intentos de asentamiento que también se acompañan. El Refugio Casa del Migrante se ve envuelto en estos problemas que asume y enfrenta.

Quienes colaboran en el albergue comprenden que su trabajo se dirige también a la comunidad. De hecho me refiero al “albergue”, pero hay que entender que está simbiotizado con el comedor popular, el bazar, esas despensas que se entregan mensualmente a los vecinos, las misas y tantas otras actividades. La mayoría de sus “trabajadores” son gente de la colonia o procedentes de otros espacios populares: Nena, Rosita, Marín, Maye, Yaneth, Bryan, Raquel, las Hermanas Misioneras de la Eucaristía... y tantos que llegan sistemáticamente a dar cenas, a cortar el pelo, a regalar el pan. Son personas que lo hacen voluntariamente. Como decía, tiene que ver con la idea, ética y práctica católica del servir, pero lo que llama la atención es la alegría y la naturalidad con que lo realizan, como movidos por una voluntad de hacer sociedad en el sentido también de chismear y ser parte de los chismes y/o de verse beneficiados con despensas, por ejemplo. No se encuentra aquí la mística activista por la lucha migrante, sino la consideración como iguales necesitados y vulnerables. Por eso, como iguales, se participa en envidias, riñas, chistes, abrazos entre vecinos, ancianas, niños, familias, chapines, deportados, alcohólicos locales... Veremos la preocupación de Nena en la cocina por guardar el queso adobera para usarlo cuando no hay otra cosa que comer y desmoronarlo para que cunda; o a doña Raquel Suárez, pensionista de la Secretaría de Educación Pública, agente de la Pastoral Social y primera coordinadora del albergue, que se desvive por atender a los migrantes recopilando arpillas de latas de estaño para ello.

Imagen 7. El bazar de ropa



En la cruda etnografía de Scheper-Hugues (1997) sobre las brutalidades institucionalizadas en un barrio del nordeste brasileño donde los niños mueren de hambre, ella rescata los talentos que tienen estos pobladores de la exclusión para la vida a través del *jeito* –habilidad– y el *malandragem* –ser aprovechado, vividor–. A pesar de sus sufrimientos, los vecinos mantienen un espíritu placentero y alegre para la vida y la creencia de su derecho a estar vivas. Aunque su vida cotidiana se restringe al estrecho margen que deja el Estado y los intereses de los poderosos, salen adelante con su astucia, su habilidad, su maña y se saltan las normas y se aprovechan de situaciones, personas, instituciones. Es la picaresca, el arte para la vida, la destreza de engañar a otros, de aliarse si es preciso con los poderosos e influyentes. “La flexibilidad es un prerrequisito de la supervivencia” (Scheper-Hugues, 1997: 455). Lo suyo no es la resistencia, sino la existencia a través de estrategias de supervivencia ingeniosas (Scheper-Hugues, 1997: 509). Esto es algo que se puede aplicar entre quienes confluyen en el Cerro del Cuatro, incluso con la fuerte

huella católica que permea las acciones de los vecinos respecto a la población migrante. Un ejemplo persistente son los “enredos migrantes”, como denomina con cariño el equipo operativo del albergue a los comportamientos insospechados que echan por la borda el proyecto supuesto de vida de estos sujetos en un giro barroco que sorprende a la racionalidad esperada.

Imagen 8. Clase de catequesis en las escaleras del corredor



Esta misma autora se refiere a las dificultades de los investigadores sociales al introducirnos al mundo popular porque nos implica la “puesta en suspenso de la ética”. El relativismo moral y la primacía de lo ético no aplica donde la violencia, el horror, la locura, la enfermedad son el cotidiano de las personas, cuando nos encontramos ante la voluntad y el deber de sobrevivir. Al interesarnos como investigadores en víctimas de guerra, de hambre, de esclavitud... o en desplazados transfronterizos clandestinos se nos producen dilemas morales ante sus decisiones perturbadoras y es que sus acciones deben ser “entendidas dentro del contexto polí-

tico y económico mayor del Estado y del orden (moral) mundial que ha puesto en suspenso la ética en sus relaciones con estas mismas personas” (Scheper-Hugues, 1997: 33).

El libro consta de dos partes que resultan desiguales. En la primera sección son dos capítulos. En el inicial abordo el difícil caminar de los centroamericanos como clandestinos por México. Para ello propongo algunas herramientas que permiten exhibir la extrema precarización a que son sometidos los expulsados de Centroamérica y los efectos que tiene al entender un escenario de zona gris de sobrevivencia y violencia que cubre los países de origen, pero también México y Estados Unidos. Estos escenarios tienen efectos en las formas narrativas de las personas migrantes y en la desacreditación de sus voces, lo que impide que se les tome en cuenta por inconfiables en espacios: migratorios, de asilo y protección, laborales, ciudadanos; al mismo tiempo rescato la proliferación de chismes en la convivencia y en las competencias cotidianas del albergue, más cuando se convierte en un territorio de la espera. En el capítulo 2 me refiero también a la insostenibilidad de la vida en Centroamérica que provoca la huida, tratando de describirla de una forma más plástica y de enfatizar la impronta del rígido carácter patriarcal y colonial que marca las identidades y los desajustes de su población.

La segunda parte contiene 5 capítulos. Inicia focalizándose en la ciudad de Guadalajara y en las ofertas de atención a personas migrantes que aquí se encuentran, para continuar en una secuencia anual de los flujos que hacen espejo a las medidas de las políticas migratorias y exponen cómo se produce la vida colectiva dentro del albergue de El Refugio con sus cotidianidades, sorpresas, expectativas, posibilidades. Hago un seguimiento de los mecanismos que pone en marcha la Casa para la asistencia y cómo trata de profesionalizarse e institucionalizarse entre urgencias, retos y giros que provocan soluciones intuitivas que a veces funcionan, otras no. La extensa última parte recoge la experiencia de El Refugio durante el 2020 y la pandemia como la culminación del abandono de los no refugiados.

Estos capítulos que suponen el grueso del libro recogen un cúmulo de historias, de personas, de situaciones que pueden parecer un desbarajuste y lo es. La idea es que quede cierta huella de las mismas, de esos retazos de vidas que confluyen en El Refugio Casa del Migrante.

Las reflexiones finales abarcan la crítica al régimen humanitarista que facilita la existencia de los ilegalizados y los no refugiados y las dificultades del cuidado en los albergues por ser parte de la zona gris y contenedores de sufrimiento social en la circulación de vidas precarizadas. En la esperanza acentúo lo que me ha enseñado el albergue: las capacidades proteicas del hombre y de las personas migrantes.

PARTE I

Las vidas precarizadas
de los expulsados centroamericanos

CAPÍTULO I

Clandestinos por México: el viaje en “La Bestia”

En este apartado quiero exponer las condiciones bajo las cuales se mueven por México hacia Estados Unidos, el mayor corredor migratorio del mundo, los sujetos que han sido expulsados de sus países de la región norte de Centroamérica (ver Anexo). Hay muchos trabajos sobre estos procesos y contextos en la historia. Yo me voy a centrar en algunas herramientas analíticas que me han permitido comprender el escenario de sobrevivencia extrema y la presión y el sufrimiento social que produce y, al mismo tiempo, trataré de acercarme a las experiencias de estas personas desde sus palabras.

El paso irregular por México de centroamericanos de Honduras, Guatemala y El Salvador ha sido un fenómeno persistente a partir de los años 80 y difícil de cuantificar por su clandestinidad.¹ Las dinámicas migratorias de cada país son muy distintas y no se deberían considerar los tres en conjunto. El Salvador se caracteriza por tener a un cuarto de su población en Estados Unidos y unas redes de migración maduras (Heredia y Durand, 2018). Guatemala tiene una intensa relación histórica con Chiapas y un dinámico mercado transfronterizo desde las independencias en el siglo XIX. En ambos países las guerras de la década

¹ Hay diferentes estimaciones. Para Rodríguez Chávez hasta 2016 el flujo de los centroamericanos no autorizados a través de México alcanza en 2005 un volumen anual estimado de 418.000, su punto más alto (2016).

de 1980 empujaron a parte de su población a desplazarse o exiliarse a México, Estados Unidos y Canadá. En el caso de Honduras, la escapada migratoria es más tardía provocada por el huracán Mitch (1998) y el crecimiento de las pandillas, y es más vulnerable por la falta de redes y de recursos.

Para Heredia y Durand:

Centroamérica se ha convertido en un laboratorio para el estudio de la migración. Los diferentes flujos y tipos de migrantes se suceden uno a otro y se encadenan en una vorágine imparable, hasta convertirse en uno de los procesos más dinámicos, complejos y conflictivos del planeta. (2018: 6; ver Durand, 2020)

Sus dinámicas migratorias son parte del sistema norte-mesoamericano y para el siglo *xxi* destacan en el mismo la confluencia de procesos de salida, tránsito, deportación y retorno, aunada a un nuevo tipo y modelo de migrante, “el desarraigado que resulta de la articulación de pobreza, violencia y debilidad institucional” (2018: 5).² El desarraigado es el que ya no tiene nada que perder. Estos autores enfatizan el factor de la violencia sistémica como motivo de expulsión y no la movilización por demanda de trabajadores y atracción de los salarios. Dolores París plantea también que los tres países centroamericanos comparten hoy un perfil de

² Las guerras en El Salvador y Guatemala provocaron procesos de exilio y refugio que permitieron un conocimiento más extenso del camino y la creación de redes migratorias en México, Estados Unidos y Canadá. En la década de 1990, pese a la firma de los acuerdos de paz, la corrupción de los gobiernos civiles, los problemas socioeconómicos acentuados por la entrada de las políticas neoliberales, las violencias sistémicas, los huracanes Mitch (1998) y Stan (2005) y el terremoto en El Salvador en 2001 fomentan la continuidad de los flujos. Honduras se suma entonces a estos flujos.

flujos mixtos ligados tanto a “situaciones de violencia generalizada como a modelos de desarrollo excluyentes” (2017: 12).³

La historia de los centroamericanos y otras personas transmigrantes en su paso por México hacia el Norte en este siglo se ha caracterizado por un ingreso migratorio no autorizado, sin acceso a derechos ni a protección, pero también sin las penalizaciones de cárcel que encuentran en Estados Unidos. De 1995 al 2005 la salida de centroamericanos atraviesa una etapa de crecimiento hasta la fase de desaceleración producida con la crisis financiera en Estados Unidos entre los años 2006 y 2009, pero el ritmo de la huida no tarda en reestablecerse y en aumentar para 2012.⁴

La laxitud de México ante la entrada clandestina de centroamericanos cambia drásticamente después de 2006 por la presencia del crimen organizado en que se identifica al migrante como objeto de lucro y aprovechamiento al coincidir su ruta con el corredor de la droga. Esto se produce en asociación a la guerra contra el narcotráfico y la crisis de derechos humanos en el gobierno de Felipe Calderón (2006-2012). Hasta entonces el asedio sobre las personas migrantes se producía por asaltos y por la corrupción de agentes de seguridad con sus “mordidas”; ahora aparecen nuevos actores que sistematizan el lucro sobre el cuerpo migrante: lo que cambia no es “la práctica de la extorsión por agentes privados o funcionarios públicos, sino los vínculos entre estos dos tipos de actores” (París, 2017: 148). El golfo de México (Tabasco, Veracruz y Tamaulipas) será una región de secuestros masivos de migrantes operados por el Cartel de Los Zetas. Pobres, extranjeros, clandestinos y anónimos serán objeto de abusos, extorsiones, secuestros, violaciones, trata, reclutamiento como cargadores o “mulas” o trabajadores forzados y podrán ser asesinados con impunidad por grupos criminales, fuerzas de seguridad, delincuentes. El escándalo público nacional e internacional salta con la aparición en 2010

³ Saskia Sassen incide también en que el nuevo tipo de migrante escapa del “desarrollo” (2020).

⁴ El cálculo es de 206.000 personas en tránsito en 2012, 261.000 en 2013, 392.000 en 2014 y 377.000 en 2015 (Rodríguez Chávez, 2016).

de 72 cuerpos de migrantes ejecutados por Los Zetas en el municipio de San Fernando, Tamaulipas, por no querer sumarse a sus filas. Este hecho simbolizará el horror de esta época (Varela, 2017b).⁵

La presión de las organizaciones civiles y de Derechos Humanos impulsa una nueva Ley de Migración en México en 2011 que protege la asistencia a las personas migrantes y entiende su cruce clandestino como una falta administrativa, sin embargo, no se van a mejorar las condiciones de protección en su tránsito porque la política migratoria mexicana fortalece el vínculo entre la estrategia de seguridad nacional y la migración como amenaza incrementando el control migratorio, lo que les lleva a las personas en tránsito a arriesgar más en su paso y a reiniciarlo una y otra vez.

Lorenzen (2018) identifica –basado en datos sobre detenciones en Estados Unidos y México– que desde 2011 se producen flujos mixtos de las personas irregulares centroamericanas, tanto por las características, aparecen más menores de edad no acompañados y madres acompañadas de hijos, como por los motivos de salida, que son múltiples y entremezclados entre 2014 y 2016. Como señalaré, habría que añadir a estos factores el de la movilidad, que ya no será solo unidireccional hacia el norte. Es en este momento de diversificación y aumento de los flujos que El Refugio Casa del Migrante abre sus puertas en enero del 2012, en principio hacia quienes llegan en “La Bestia” del sur a una ciudad en mitad del trayecto hacia la frontera norte.

La llamada “crisis de los niños” de 2014 supone un punto de inflexión. Entonces llegan a la frontera norteamericana más de 52.000 menores

⁵ En su análisis de este y otros episodios semejantes París señala “que es difícil de creer que el secuestro sistemático y las masacres en un territorio patrullado por diversas agencias de policía, el ejército y la marina pudieran cometerse sin la colusión de estas agencias de seguridad” (2017: 185). En enero de 2021, en la matanza y calcinamiento de 19 personas en Camargo, Tamaulipas, la mayoría migrantes guatemaltecos, se identificará a 20 servidores públicos del Instituto Nacional de Migración y de la Policía Federal como involucrados.

no acompañados y más de 61.000 miembros de familias que colapsan su sistema de atención (Rodríguez Chávez, 2016: 3). Este fenómeno expone los urgentes procesos de reunificación familiar, pero también el nivel de expulsión de los países centroamericanos que incluyen a los más vulnerables: menores, mujeres y grupos y fragmentos de familia. También muestra el aprovechamiento de las oportunidades de la legislación norteamericana para el refugio sensible a la protección de los menores y la familia (que después se modifica para restringir el acceso a este derecho). De hecho, las cifras de mujeres han ido en aumento según los registros de la Red de Documentación de las Organizaciones Defensoras de Migrantes que señalan que de suponer un 7% dentro de los flujos de 2013, pasan a un 11% en 2015 y en 2019 suman un 16% (REDODEM, 2020).

México se ve obligado de nuevo por Estados Unidos, de forma sistemática y operativa, a sumar esfuerzos en la contención de migrantes. El Plan Frontera Sur y la Iniciativa Mérida se establecen para la seguridad y la protección de las personas migrantes, pero instalan la detención y deportación de personas en tránsito irregular de forma contundente, superando a su vecino del norte en ello. Es parte del proceso de externalización de la frontera por parte de Estados Unidos. Las detenciones y deportaciones ejecutadas por México superan a partir de entonces las de la patrulla fronteriza de Estados Unidos (París, 2017: 113). También desde entonces empezará el ascenso de los reclamos de refugio en un México donde las personas residentes procedentes del norte de Centroamérica son muy pocas: entre el 2000 y el 2010 aumentan de 33.000 a 50.000, la mayoría son guatemaltecos en el sur del país (Pedernizi *et al.*, 2015). En este país hay una escasa presencia de inmigrantes, el INEGI contabiliza en 2010 un 0.85%, la mayoría de origen estadounidense.

Para 2017 México se está convirtiendo en país de destino (Lorenzen, 2018; REDODEM, 2017), y es en este año que El Refugio se dispone, con nuevas instalaciones, a atender a esta población que incorpora otro tipo de necesidades. Coincide además con la subida al poder en Estados Unidos de Donald Trump y su implacable política supremacista blanca de tole-

rancia cero que contribuye a forzar la tensión entre dos fuerzas opuestas.⁶ Una es la expulsión por insostenibilidad de la vida de las personas del norte de Centroamérica que alcanza su expresión más desesperada con las caravanas de 2018 y 2019.⁷ Y, del otro lado, la cruel obstaculización a su movilidad con las políticas antiinmigrantes de Estados Unidos y de México.

Encadenamientos de movilidades y de violencias

La conclusión de Dolores París Pombo sobre la gestión migratoria del tránsito irregular en México es tajante: “lo que predomina es la violencia bajo diversas formas”: violencia física directa, violencia estructural en racismo, xenofobia y discriminación, violencia simbólica que se impone como normal en la defensa de la seguridad nacional la persecución y el sometimiento, violencia institucional ejercida con encarcelamientos, traslados forzados, coartación de la movilidad y deportación (2017: 111).

La rutinización de la violencia se mantiene en el camino. Médicos Sin Fronteras ha documentado para 2017 y hasta hoy un “patrón de desplazamiento violento, persecución, violencia sexual y repatriación forzada muy similar al que se puede encontrar en los conflictos armados más agudos del mundo” (2017: 4 y 2020). En el paso por México, ahora territorio de circulación (Juárez, 2021), se configura todo un dispositivo de abusos y

⁶ Con él se toman medidas políticas como la ampliación del muro, la separación de familias, el desmantelamiento del sistema de asilo y su externalización, las deportaciones exprés y sin protocolos sanitarios con la pandemia siguiendo el Título 42, una directiva impuesta por Trump que permite la expulsión expedita por motivos de salud pública (ver París y Díaz Carnero, 2020).

⁷ El informe de REDODEM (2019) recoge el incremento del 27% de personas en movilidad en 2018 respecto al año anterior. También aumentan las solicitudes de refugio: un 102% respecto a 2017, aunque a inicios de 2019, el 80% de las solicitudes siguen a la espera de su resolución. Por otro lado, es en estos años cuando se manifiesta de forma rotunda la presencia de otros expulsados en este corredor migratorio: caribeños, africanos, asiáticos se suman a la tragedia de estas dinámicas.

violencia contra la población centroamericana facilitado por su situación de anonimato y desprotección y por la confluencia con los circuitos del narcotráfico donde grupos criminales disputan el territorio con la aquiescencia del Estado. También impactan en el sur de México los intereses económicos que generan los proyectos de desarrollo: las Zonas Económicas Especiales y el corredor transoceánico del gobierno de Peña Nieto y el proyecto del tren maya en el gobierno López Obrador. Iniciativas que suponen alianzas estratégicas con las ferroviarias y un mayor control sobre los amenazantes transmigrantes.

Tantas víctimas por desastres políticos, económicos, “naturales” pierden su existencia social –casa, tierra, normas, trabajo, vínculos– y deambulan por las inhóspitas geografías de otros países. El desajuste y la inconstancia que incorporan estas poblaciones violentadas implica mayor dificultad para la inserción social, al encarnar en sus cuerpos los miedos e inseguridades que los acompañan en su deambular desde los márgenes, entre los márgenes y a los márgenes de la exclusión (Rivas, 2011). Pero también manifiestan su fuerza de lucha por la vida, la capacidad de rehacerla, imaginación y esperanza.

Y al movimiento tenaz hacia el Norte, se añade el movimiento expedito hacia el sur cuando se dan las deportaciones de irregulares por Estados Unidos y por México. De nuevo estas expulsiones nos reiteran el encadenamiento de los procesos de movilidad en una circularidad intermitente (Juárez, 2021).

En el caso de Estados Unidos el proceso de la maquinaria de la detención-deportación recluye a los arrestados en los complejos de la industria carcelaria donde son sometidos, según el número de reingresos y otros delitos, por semanas, meses y hasta años, a tortura física, mental y emocional. Los irregulares detenidos son un negocio de empresas como Grupo Geo y Corrections Corporation of America. Cuentan con una asistencia mínima, son encadenados, sometidos a las hieleras o cuartos fríos, reciben comida en mal estado e insuficiente, trabajan por bastante menos del salario mínimo y sin prestaciones y sus procesos jurídicos se

manejan desde el engaño: un trato inhumano que busca la disuasión del paso de la frontera (FM4 Paso Libre, 2018).⁸

Y cuando hablamos de deportados –mexicanos y centroamericanos– es preciso matizar que las deportaciones se producen en situaciones y con consecuencias muy distintas según se trate de removidos (*removals*) o de devueltos o retornados (*returns*). La orden de remoción se produce entre sujetos que ya cuentan con un proceso de inserción en la sociedad estadounidense. Su salida y las penalizaciones que se imponen a su reingreso provocan una ruptura violenta de la persona con su contexto, su familia, sus redes de apoyo, su forma de obtener ingresos. Es un corte drástico de sus vidas y deben enfrentar la incertidumbre en el país de origen, donde pueden llegar sin documentos y donde quizás pueden no encontrar el apoyo de familiares o conocidos, tampoco del Estado. Los deportados por Estados Unidos entre 2012 y 2014 (725.000 mexicanos; más de 100.000 hondureños; 141.000 guatemaltecos; 67.000 salvadoreños), eran en una tercera parte residentes en el país (Pedernizi *et al.*, 2015: 25).⁹

Mientras, los que son devueltos desde la frontera que recién han atravesado, enfrentan el reto de la pérdida de la inversión que han hecho en el cruce y el esfuerzo realizado para llegar; si la huida ha sido por amenazas, su retorno puede amenazar su vida, pero en general en sus lugares de origen aún conservan el contexto y el escenario de donde proceden. Unos y otros regresan como fracasados, porque así es como suelen ser catalogados socialmente.

Como mostraré, las revueltas trayectorias de muchas personas implican la acumulación de deportaciones. En 2019 el 16.5% de las personas

⁸ En México los detenidos pasan a las Estaciones Migratorias de los que hay numerosas denuncias (ver Barja Coria, 2015).

⁹ Siguiendo las deportaciones de mexicanos desde el interior de Estados Unidos, antes de 2007 los removidos eran minoría entre los deportados (6% en 2006), pero para 2011 fueron casi la mitad. A partir de ese año hubo un descenso y en 2016 nuevamente fueron minoría (25%). En 2017 este porcentaje aumentó a 38%, un incremento de 93% respecto de lo registrado en 2016 (Calva y Alarcón, 2018).

registradas en los albergues de la REDODEM tenían varias experiencias de deportación (2020). En el caso de FM4 Paso Libre se encuentra que casi dos terceras partes de sus registrados tienen dos o más viajes (2018: 16). Esta imposibilidad de encauzar un proyecto de vida va de la mano con la acumulación de fragilidades en sus condiciones de vida y en el deterioro de su salud mental, ya que pierden el control sobre sus vidas y les desbordan los problemas sin poder actuar en consecuencia (Pinillos, 2020). Como señalaba un entrevistado con este perfil en FM4 Paso Libre “nomás los planes no salen” (2019: 67). Mientras Leonel que acumula tres años fuera de Honduras y que es deportado de Estados Unidos después de residir allí un año asume que “no cualquiera cumple la meta de llegar adonde quiere llegar” (*Pez Nocturno*, 2020).

Este es el sino que se les impone a los sujetos que vemos en el albergue sobre quienes las políticas se hacen cuerpo.

Subirse al tren

El tránsito migratorio por México es un desafío permanente, apenas se ingresa por la frontera comienzan una carrera de obstáculos continuos y crecientes. No hay descanso en ningún punto del camino, salvo en algunas casas de migrantes donde reciben ayuda humanitaria o cuando alguna familia o persona solidaria les acoge. No es extraño que se refirieran a algunas de las geografías atravesadas como “lugares diabólicos”. Como propone Oslender para explicar el impacto de la violencia sobre los desplazados afrocolombianos, se conforman geografías del terror que entre otros efectos suponen dramáticas transformaciones en el sentido de lugar para las poblaciones que las habitan y para quienes las cruzan (2008).

En este caminar “lo contingente es la norma” y esto define sus trayectorias (Rivas, 2011). Las personas migrantes deben adaptarse a las circunstancias de un cotidiano de emergencia con continuos acomodados y reacomodos. Entre los acomodados se encuentran las naturalizaciones de las violencias ya que, pese a la tragedia de las agresiones que sufren, en sus relatos casi no mencionan problemas que en “condiciones normales” se

percibirían como muy graves. No se da importancia al pasar hambre, sed, calor, frío, y tampoco a las enfermedades, si no es porque pueden constituir un peligro, retrasar el viaje o ponerlo en riesgo. Hay que aguantar mientras se llega a la meta, donde se confía encontrar condiciones para poder “olvidar”. Las diferentes condiciones, estrategias de viaje y nivel de recursos de las personas migrantes pueden facilitar su adaptación: ser hombre o mujer, joven o adulto o niño, tener una planeación de la travesía, viajar bien acompañado ofrecen más o menos oportunidades de avanzar sin quebrarse física y psíquicamente.

Los trayectos son cambiantes. El camino aprendido, la memoria de la ruta con sus espacios seguros, sus personas de confianza, el transporte adecuado, se han podido modificar por las presiones de las políticas migratorias y sus medidas obstaculizadoras como son la militarización y los retenes, obligando a arriesgar en rodeos desconocidos, más largos y más peligrosos.

El viaje iniciático primero es recordado con mucho detalle y emoción. Es un periodo de impactos y de aprendizajes del vivir en la exposición cuando aún se conserva la inocencia y la esperanza. A lo largo del trayecto y en la misma frontera norte el peligro sigue presente, como si se renovara a cada tramo. Y, por otra parte, las personas migrantes se van agotando física y psicológicamente, de ahí que se pueda hablar de una vulnerabilidad que aumenta conforme se avanza por el país. Si se han producido otros intentos de cruce, entonces, los lugares, hechos, tiempos se confunden y el tono se hace más cínico.

El tren, que es el medio prioritario tomado por las personas que llegan a El Refugio, es un servicio de carga movido por locomotoras y conformado por diversos tipos de vagones: tolva granelera, tolva cementera, tolva abierta, góndola cubierta y abierta. El ferrocarril ha sido protagonista en la historia de México con su heroica marcha cargando tropas en la Revolución. Después de la privatización de su servicio como carguero de mercancías a finales de la década de 1990, se ha convertido en el riesgoso transporte para quienes no tienen otra posibilidad de movilizarse.

Es inolvidable la primera vez que se enfrentan a “La Bestia” y se suben a sus vagones. Son muchos los reportajes, libros, documentales, películas que se centran en esta máquina y son trágicas las cifras de personas dañadas y mutiladas por esta “serpiente de hierro”. En todos los relatos de quienes la han cabalgado se cruza e impone su figura, su ruido, también la fascinación por el poder de un motor capaz de cargar kilómetros de vagones con mercancías sobre los rieles. Todos le guardan respeto.

En la representación simbólica, el tren es identificado como “un monstruo”. Es clásico que digan “con la Bestia no se juega”. Ubaldo expresa: “cuando uno lo mira con la propia realidad, con los propios ojos, mira un animal que dum dum dum, tiembla la tierra. Por primera vez no lo agarras porque estás nervioso. Es como pánico” (FM4, 2017a: 39). El solo hecho de tener que subir al tren genera miedo y angustia; el tren encarna y materializa los riesgos vividos en el camino, es un símbolo de peligro y de vulnerabilidad, también de aventura.

Durante el trayecto y en las estaciones de carga, el tren es custodiado por la seguridad privada de las empresas concesionadas y controlado por “los garroteros” o trabajadores del tren. Ambos cometen múltiples agresiones y delitos contra las personas migrantes, por ejemplo al imponer su “cuota” por subir al tren con la connivencia de la empresa: Ferromex, en el caso de Jalisco. Esta situación muchas veces obliga a los sujetos migrantes a tomarlo cuando está en movimiento, lo que puede costarles la vida.

Acomodarse a este transporte no es fácil. No saben cuándo va a parar o cómo estará el clima. Han de moverse con poco peso y al mismo tiempo cargar alimentos y agua y llevar repelentes para los mosquitos, como el ajo y el limón que se untan. Deben prepararse para las necesidades fisiológicas básicas del cuerpo, como para obrar: “Cuando está parado [el tren] pues busca uno un monte para ahí hacer del baño y si no pues arriba, uno va caminando buscando un vagón que esté solo, muchos agarran bolsas y ahí, y ya luego lo amarran y lo tiran, así es como uno lo hace” (José Aurelio en FM4, 2017a: 31), o bien se preparan para aguantar. Las chispas que se provocan con las rozaduras del hierro son delicadas para los ojos, las ramas de los árboles pueden tirarles si se despistan.

Las personas migrantes utilizan el tren por necesidad y porque permite evitar los operativos de migración en las carreteras. Las vías-líneas sirven de guía, son una manera de orientarse dado su desconocimiento del camino: “Yo siempre voy preguntando en cada pueblo si en el siguiente hay Migración... si me dicen que sí hay Migración, busco la línea del tren, entonces yo sé que por la línea del tren es más fácil porque hay monte y puedo correr, pero en la carretera no” (José Aurelio, FM4, 2018: 34).

Y viajar en la máquina no exime de largas caminatas. Todos se refieren a lo cansado de caminar y caminar por horas y por días en las filosas piedras de las vías del tren o las “piedrillas como rifles”, como describe una mujer. Es peligroso estar en él con hambre o sin dormir porque se corre el riesgo de caer, para que no ocurra se amarran con el cincho o cinturón. También se duerme, en el tren o en tierra, con los zapatos puestos y calcetines grandes que agarren el pantalón. Dormir, nunca duermen tranquilos, tratan de mantenerse en duermevela, pero el sueño termina venciénolos: “Hay veces que si ya le doma a uno el sueño”, dice Pedro. En tierra hacen pequeños campamentos con palos, nylon, ramas para meterse dentro. Cuando hay frío se ponen bolsas cubriendo sus pies. Pueden pasar muchos días con el tizne del tren en el cuerpo. Para asearse compran agua, utilizan los ríos, alquilan el servicio de baños. Y es que México es un país muy diverso, con una geografía cambiante a la que hay que adaptarse.

Como señala Parrini (2016) en el abandono y la intemperie que sufren las personas migrantes en su camino a través de las vías, se produce una fuerte relación con los objetos, lo físico, la materialidad. Su cuerpo es su principal recurso, de él dependen. Pero el símbolo principal de la condición móvil es la mochila, ese pequeño fardo donde los migrantes acumulan sus escasas pero preciadas pertenencias. El uso estratégico que tiene para cargar lo imprescindible, hace que se convierta en el fetiche del migrante y que su figura se represente en simbiosis con ella, como la caracola para un caracol:

La mochila pues, como todos los otros inmigrantes, es mi casa, es todo lo que tengo. Creo que nunca había dado valor a una mochila hasta que me la puse y ahí ando cuidándola porque es todo lo que tenemos. Aquí traigo pasta, cepillo... vale más que mucho... uno la cuida, yo nunca había cuidado una mochila tanto como lo que he estado haciendo. Le digo, hasta que no –como dicen allá en Centroamérica– te pones la mochila y eso significa un viaje que nadie sabe si vas o no vas a regresar, o sea tiene un significado yo creo para nosotros... el tener una mochila yo en la espalda me hace recordar de dónde vengo y por qué salí de mi país, por qué dejé a mi familia. No lo hacemos con gusto, no salimos y nos venimos felices. Todos los días cuando me pongo la mochila me acuerdo de dónde vengo, de quién soy y de dónde vengo. (José Aurelio, FM4, 2017a: 36).

Por su importancia, es común la estrategia de policías, garroteros y asaltantes de dañarlos y vulnerabilizarlos expropiándola: “Traía en la mochila un cambio de ropa, traía loción, traía calceta, bóxeres, y pues la perdí en Palenque en un retén de migración. Porque cuando uno se les corre deja la mochila y se lleva la mochila los de migración con las pertenencias de uno” (Olegario en FM4 2017a: 21).

Mientras, para las mujeres con hijos, las mochilas no son livianas. “Yo siempre en la maleta cargo cobijas, toallas, de todo, por el niño. Uno nunca sabe, allá abajo estaba caliente, pero no sabemos arriba”, cuenta Marta que viaja embarazada y con un niño de tres años. Mientras otra señala: “llevo cobijas, chamarras para el frío, short, pantalones, crema para algún piquete, pastillas para el dolor”.

También el camino es tardado porque a veces buscan obtener recursos materiales. Todo el colectivo que se encuentra en esta situación de clandestinidad y de urgencia por el caminar son personas trabajadoras y, muchos, proveedoras de sus familias. A veces reciben ayudas para el viaje con pequeños envíos a Elektra, Oxxos o por otras vías; realizan pequeñas chambas estacionales y, sobre todo, muchos recurren a mendigar o “charolear”, algo inédito para ellos que en un inicio supone vergüenza porque se sienten vistos como “vagos”. Pedir dinero les pone a prueba sus

valores morales deformados para el esfuerzo. De hecho, siempre insisten, hombres y mujeres, dentro de su falta de capacitación educacional formal, que son cuerpos disponibles para el trabajo y “que le hacen a todo”.¹⁰

Relaciones intensas y fugaces

En el arduo camino son claves las amistades y el acompañamiento:

En el tren viene mucha raza de uno que ya conoce allá, y pues uno ahí se va. Más bien conmigo van cinco... Aunque somos muy unidos todos, si consigue uno pues es como pa' que consigamos los cinco. Ayer llegamos aquí, íbamos a agarrar el tren pero no lo agarramos porque un compañero estaba enfermo y como vamos juntos somos bien solidarios. Nos venimos para que lo revisaran, entonces ya lo revisaron y hoy ya se siente mejor. Venía hasta con calentura él, bien enfermo. Nosotros ahorita no traemos dinero, en las farmacias se necesita dinero, por eso visitamos las casas del migrante para que lo atiendan. (Olegario en FM4 2017a: 23).

Son amistades intensas y normalmente fugaces por las mismas circunstancias del viaje, porque se pierden entre sí al no poderse subir alguien del grupo al tren, por detenciones, por despistes... Saben que no deben moverse en grupos grandes porque la mafia que lleva el control del paso puede pensar que van con un coyote y entonces están forzados a pagar la extorsión. El grupo es importante para la autodefensa, “es más seguro venir acompañado”, dice Wilfredo, y cargan con piedras u otras armas, hacen turnos para descansar, comparten la comida y se apoyan si uno se enferma. Es interesante también cómo se da un mantenimiento de los vínculos en el tiempo gracias al Facebook.

¹⁰ Se puede añadir que casi la mitad de las personas de 15 y más años trabajaba en el sector primario en sus países de origen, es decir, se trata de población campesina (REDODEM, 2019).

Imagen 9. Hombres jugando en el patio



Cuando una mujer mixteca narra las dramáticas vicisitudes en el cruce de la frontera a Estados Unidos reconoce a las personas que estuvieron con ella. “Todo se da sin esperar nada a cambio, pues el cruce indocumentado propicia vínculos fugaces pero no necesariamente superficiales. Zoila no reencuentra a ninguna de las mujeres que recibieron sus favores ni tampoco a quienes le dieron algo” (Espinosa, 2012: 290), pero muestra una “cadena de solidaridades... un valioso recurso de sobrevivencia en las situaciones límite que comparten transitoriamente” (*Ibid.*: 290).

Como señalé, las Casas del corredor de ayuda humanitaria sirven como “territorios de espera” porque influyen en las trayectorias migratorias de las personas migrantes que confluyen en ellas. Allí establecen relaciones sociales y obtienen información para “saber-migrar” (Candiz y Bélanger, 2018). Es común que sean un espacio propicio para la formación y recomposición de “grupos de viaje” que aumentan “las posibilidades de obtener recursos, compartiendo comida, dinero, información o sostén emocional” (*Ibid.*: 11). El camino se viene dificultando y fragmentando, ante nuevas circunstancias y, quizás, súbitos peligros, y los sujetos deben

ofrecer otras respuestas, modificar sus estrategias y sus trayectorias. Por otro lado, muchas personas no tienen claridad sobre dónde se dirigen, van definiendo el destino sobre la marcha, en buena parte por las dificultades del camino (FM4, 2017a).

Adriana González Arias (2015) se interesa por la capacidad de los migrantes para crear redes desde origen y hasta en destino: de parentesco, paisanazgo, amistad, religiosos, gremiales, institucionales que facilitan financiamiento, información, apoyo moral, cuidado de los hijos. Pero, como Portes y Sensenbrenner (1993) señalan respecto al capital social, éste no siempre es positivo y de ayuda, colaboración o solidaridad. Incluso en grupos de fuerte cohesión como los étnicos, que presuponen la solidaridad y apoyo entre sus miembros, hay fuertes exigencias respecto a la lealtad de sus individuos facilitando así la creación de clanes y mafias. Las personas del colectivo sufren presiones y castigos que pueden impedir su libertad en la toma de decisiones o en el seguimiento de normas si se oponen a ellas, quedando restringidas sus vidas y sus relaciones hacia otros sujetos ajenos al grupo. Es preciso entender estos comportamientos de las personas y sus interacciones donde median intereses, complicidades, aprovechamientos, más si estamos pensando en escenarios extremos de sobrevivencia.

El cuerpo mercancía

La reducción a la materialidad de los centroamericanos clandestinos en su paso por México también se traduce en la “percepción hasta cierto punto generalizada de que el ‘migrante’ es el otro vulnerable del que debe sacarse provecho” (Rivas, 2011: 16): desde el balsero que cobra de más, hasta el asaltante y violador apostado en alguna esquina. “Se trata de una disposición social que también posibilita las conexiones necesarias para conformar una red criminal que paulatinamente fue volviéndose más sofisticada, pasando de estructuras más bien rudimentarias y fragmentarias a verdaderas corporaciones transnacionales” (2011: 16). Los garroteros cobran las cuotas para

subir al tren; los abarroteros cobran el agua a precio de whisky. Es parte de la industria de la migración (Hernández León, 2012).¹¹

Ríos Vargas se refiere a “un corredor comercial compuesto por un conjunto de mercados que distribuyen la mercancía migrante. Desde casas de seguridad, estaciones del tren, estaciones migratorias, colonias, barrios, hospitales e incluso albergues y/o comedores entre otros” a través de una política del miedo y una economía de la violencia (2014: 9-10). Este autor trabaja sobre los mercados ocultos de la economía informal que los vendedores de Huehuetoca han levantado en torno a la migración, donde el costo de los alimentos asciende un 200% si es para centroamericanos o donde se les estafa en los cobros a Elektra, también en transporte, hospedaje y otros servicios.

El cierre de las vías legales de paso por los regímenes de deportación globales llena los bolsillos de traficantes y no traficantes: la migración irregular se convierte en negocio, en una mercancía excepcional. La propuesta de Sayak Valencia (2010) sobre el capitalismo *gore* ilumina el porqué de estos hechos: ese género de cine de violencia extrema y tajante donde prima el derramamiento de sangre y vísceras explícito e injustificable se habría trasladado a la realidad mexicana regida por el narcotráfico y otras empresas entre lo legal y lo ilegal. En este régimen

¹¹ Para Hernández León, la industria de la migración “es el conjunto de empresarios, negocios e infraestructuras que, motivados por la búsqueda de ganancias económicas, prestan servicios que facilitan y sostienen la migración internacional”. Incluye actividades legales, ilegales, formales e informales como el financiamiento de la migración, el reclutamiento de mano de obra, el ‘coyotaje’ de migrantes y la prestación de servicios de asesoría legal a los inmigrantes, así como los servicios de transporte de migrantes, envío de remesas, la venta y promoción de vivienda en destinos migratorios, entre otros. También la interacción y articulación de la industria de la migración con los actores clave del proceso social de la migración internacional: gobiernos, empleadores, migrantes y sus redes y organizaciones defensoras de migrantes. Sería el “otro” motor de la migración (2012: 41-42). Este autor se refiere a una “industria bastarda” cuando se trata de extorsión, trata de personas o secuestro de migrantes (en París, 2017: 29).

el cuerpo humano se introduce a circuitos de ganancia y de poder, es un negocio rentable, un eje de acumulación, y las contundentes experiencias de violencias sobre el mismo se imponen al tener un carácter vertebrador en la estructuración de las lógicas de este capitalismo donde los cuerpos y las vidas se suman en una condición ultraprecarizada. Y los migrantes en tránsito se constituyen en un mercado perfecto de cuerpos con mínima inversión y máximas ganancias: personas vulnerables, inermes, expuestas a la extorsión, al burreo o cruce clandestino cargando droga, al secuestro, la trata, el esclavismo laboral.

En su tránsito, esta población trabajadora va a ser entendida en otros términos dentro de su aprovechamiento por el capital. El contexto de amenazas sistemáticas combinado con lucro se produce también en el norte de África en la travesía de los sujetos migrantes hacia Europa, como narra Mahmud que cruza desde Dakar a Sevilla y al que se le atraviesan “una pléyade de aprovechados: aduaneros, ganchos, guías, posaderos, patronos, policías, transportistas... a expensas de los más pobres prospera toda una economía... [Los migrantes] Forman una sociedad subterránea y nómada que, expuesta a la rapacidad de unos y otros, forja sus propias leyes” (Traoré y Le Dantec 2012: 8).¹²

Cuando estaba en una remota garita de policía junto a otros tantos migrantes donde les habían robado todo lo que tenían y los habían encerrado por días en un mínimo calabozo donde no cabían ni para sentarse—incluidas mujeres embarazadas, y mientras la policía esperaba para soltarlos que llegara otro convoy, Bianchini reflexiona:

¹² En este libro el testimonio también hace referencia al funcionamiento de redes étnico nacionales que desde jerarquías tradicionales gestionan las casas comunitarias por las ciudades que atraviesan. Tienen un *chairman* con sus ministros y policías, que tramita trabajo temporal y hasta visados y pasaportes falsos. En muchas de esas casas no se paga el derecho de entrada pero sí el de salida. Son un ejemplo de solidaridad étnica confinada al ser clave su grupo en la ayuda pero también en la coerción (Portes y Sensenbrenner, 1993).

Somos mercancía. Nada más que mercancía. Mercancía que se vende, se compra y si conviene, se almacena en un lugar seguro. No hay ninguna diferencia entre este agujero de cuatro metros por cuatro, que se ha convertido en una cámara de tortura, y un depósito de paquetes de alguna agencia postal. Este es el lugar seguro donde guardan la mercancía mientras esperan a venderla o a cambiarla. (2016: 99)

Diversos autores se refieren a “la cacería” de los migrantes (Martínez 2012: 50, 104, Hernández 2013: 129, Bianchini, 2016) por esta mercantilización de sus cuerpos.¹³ Y como ya señalé, las personas migrantes son robadas muchas veces por pobres como ellos, incluso los propios compañeros devienen asaltantes o violadores (Martínez, 2010). Para entender esta situación y las experiencias de las personas migrantes es preciso entender cómo opera la zona gris según Primo Levi (2005).¹⁴

El espacio del tránsito como zona gris

Levi, que fue prisionero en Auschwitz, recurrió a esta idea de la zona gris para mostrarnos que el mundo social del campo de concentración no se puede reducir a la simplificación dicotómica de víctimas y victimarios, prisioneros y funcionarios, justos y pecadores, porque los polos convergen y sus fronteras se difuminan. Al ingresar a la “maraña de contactos” del campo-*lager*: “El mundo en el que uno se veía precipitado era efectivamente terrible pero, además, indescifrable: no se ajustaba a ningún modelo, el enemigo estaba alrededor, pero dentro también, el ‘nosotros’ perdía sus límites, los contendientes no eran dos, no se distinguía una frontera sino muchas y confusas, tal vez innumerables, una entre cada uno y el otro” (2005: 498-499). Para Levi todos pactamos con las autoridades

¹³ Traoré remite en África a la “caza al clandestino” en Libia (Traoré y Le Dantec 2012: 82).

¹⁴ Este es un planteamiento que he aprovechado para explicar situaciones semejantes a la que expongo aquí, véase Camus 2014 y 2019.

del sistema y nos envilecemos en una situación límite sin posibilidades de elección, participando de ese combinado de víctimas y cómplices.¹⁵

De manera que la zona gris es un espacio de interrelaciones humanas ambiguas dentro de condiciones extremas de opresión que facilita la disposición de los oprimidos a colaborar con el poder (Levi, 2005). Este autor resalta las experiencias físicas y las consecuencias de la ruptura de los códigos de convivencia al experimentarse la zona gris:

Habíamos estado viviendo durante meses y años de aquella manera animal, no por propia voluntad, ni por indolencia ni por nuestra culpa: nuestros días habían estado llenos, de la mañana a la noche, por el hambre, el cansancio, el miedo y el frío, y el espacio de reflexión, de raciocinio, de sentimientos, había sido anulado. Habíamos soportado la suciedad, la promiscuidad y la desposesión sufriendo mucho menos de lo que habríamos sufrido en una situación normal, porque nuestro parámetro moral había cambiado [...] Nos habíamos olvidado no solo de nuestro país y de nuestra cultura sino también de nuestra familia, del pasado, del futuro que habíamos esperado, porque, como los animales, estábamos reducidos al momento presente. (Levi, 2005: 533-534).

Mostré cómo el cruzar la frontera sur de México y adentrarse en este país en la ilusión de “*coronar*” el viaje y llegar a Estados Unidos es una travesía extrema para las personas migrantes clandestinas y sin recursos que tienen que recurrir a encaramarse al ferrocarril. Extrema por verse expuestos a la intemperie: al sol, al frío, al viento, a los animales, al hambre y la sed. Extrema porque entran a un orden predatorio de lógicas y valores distintos cuyos códigos estos sujetos deben aprender y manipular para poder sobrevivir.

¹⁵ Para ilustrar las diversas complicidades de algunos judíos con las autoridades y el sistema nazi antes y en los campos de concentración ver Spiegelman (2002), en su vasto comic aparecen figuras como la Policía judía, los Kombinator, los Sonderkommando o los Kapos.

Los clandestinos y anónimos se incorporan de forma subordinada a un territorio en una situación de excepción y circulan por México atravesando “las plazas” –espacios regulados por el crimen organizado– y otros territorios urbanos y rurales disputados por múltiples soberanías. En el contexto actual de violencias extremas donde las funciones de seguridad y justicia del Estado se ven fragmentadas y privatizadas y donde el crimen organizado ha colonizado muchas partes del aparato estatal, existe un caleidoscopio de órdenes legales, cuasi-legales e ilegales, o de soberanías en conflicto o traslapadas (Sieder, 2015). En las rutas de los clandestinos centroamericanos se encuentran delincuentes, bandas criminales, vecinos, maras, agentes del Estado y de los estados, trabajadores del tren (agentes de seguridad privada, maquinistas, garroteros u operadores del tren...) colaborando entre ellos o en confrontación, las soberanías traslapadas nos interrogan sobre la naturaleza del poder, de la dominación, de las posibilidades de garantizar los derechos humanos y la vida misma (Sieder, 2015).

El habitus migrante

Refiriéndose en concreto a los efectos de la zona gris sobre la persona migrante, Heriberto Vega, inspirado por Bourdieu, nos habla del habitus migrante.¹⁶ Éste supone la introyección de los códigos de la sobrevivencia en la experiencia del tránsito para enfrentar las adversidades de movilizarse por un país-frontera como clandestinos en un estado de excepcionalidad. Tendrán que poner a prueba sus habilidades, su astucia, su ánimo, sus creencias y flexibilidad ético-moral, su capacidad de reacción y de estirar y aprovechar sus escasos recursos materiales, modificar su personalidad y su representación. Deberán manejarse estratégicamente entre excesivos lenguajes, máscaras, representaciones o indicios de supuestas realidades donde reina la desconfianza y la puesta en duda: es tratar de ocultar o no la verdad, pasar inadvertido pero en ocasiones es hacerse notar lo más posible, parecer muy necesitado o fingir como no necesitar nada, semejar

¹⁶ *Habitus* como esas estructuras estructurantes que se incorporan a nuestras vidas y las modelan de forma individual pero también social (Bourdieu, 2007).

débil o fuerte. Es una forma de estar en el mundo mientras se está en el camino donde se requieren otras habilidades para salir adelante (Vega, en Informe FM4, 2017).

En el escenario compartido de la zona gris hay una confusión en los límites de las identidades entre víctima y victimario, inevitablemente se dan complicidades que se silencian y se ocultan: “la horrible intimidad del escenario de colaboración” (Nelson, 2009: 163). Estas complicidades son cambiantes y simultáneas según las posiciones. Así entre estos secuestrados en casas de seguridad:

Ahí en la casa estaban unas muchachas migrantes que trabajaban con los secuestradores, haciendo comida y llamando a las familias de los que nos manteníamos secuestrados. Había una mujer que era del mismo lugar que yo, y que me dijo que ella estaba ahí porque la habían secuestrado y ya no había podido salir de ahí. José Ramírez, 22 años, hondureño. (PRODH y CMS, 2011: 29)

A veces, las personas que nos pegaban al mismo tiempo nos pedían perdón, diciéndonos que ellos no querían hacer eso, pero que los Zetas los tenían ahí a la fuerza. Uno hasta se ponía a orar con nosotros, porque es cristiano. Mauricio García, 27 años, hondureño. (PRODH y CMS, 2011: 56)

Como involucrados en la zona gris, la agencia de las personas migrantes se condiciona desde el violentamiento. En su necesaria adaptación a la exposición a un extenso abanico de violencias, les vemos participar o ser cómplices de grupos criminales, aprovecharse de sus compañeros de viaje, abandonarlos cuando lo necesitan, llegar al engaño, al robo o a abusar de mujeres. Un michoacano denunciaba que “*son los trampas mismos que te tumban*”. Muchas personas migrantes tratan de ganar ventajas, a veces victimizándose, manipulando sus discursos, negociando, inventando. Sobrevivir requiere de decisiones difíciles de evaluar desde una posición

externa, hay que poner en suspenso la ética como señalaba Scheper-Hugues (1997).

Para los sujetos en circulación clandestina las equivocaciones al moverse entre actores tan disímiles e indiferenciados pueden ser fatales ¿Cómo saber que la viejita que vende tamales en las vías de Tierra Blanca no es un halcón de los Zetas? ¿Exponen los tatuajes de su exmora o sus antecedentes penales o mejor esconden esa identificación pasada? ¿Han de dar la información veraz de sus datos personales cuando son solicitados por instancias y agentes de gobierno, asaltantes y/o integrantes de bandas criminales, o personas, paisanos y/o compañeros que encuentran en el camino y les llaman a contar sobre sí?

Son muchos los traspiés que se cometen en una zona gris:

encontramos a unos que supuestamente eran coyotes, entonces uno de ellos quería que le pagáramos doscientos dólares para llevarnos hasta Coatzacoalcos y así. Entonces, una mujer se entregó con él, se entregó a él, llevaba una niña. Y más adelante nos dijeron que ese hombre había asaltado a otros paisanos, los había asaltado y que tenía secuestradas a varias gentes. Y, pues la verdad, a esa mujer yo no la volví a ver arriba, ni a la niña, y yo me imagino que tal vez ellos eran unos de los que estaban secuestrando. (Olegario en FM4 2017a: 21)

En las vías los guardias y los garroteros no nos tratan bien. Ellos lo venden a uno: –súbete a ese tren, que ese tren va pa’arriba–, y más adelante ellos mismos lo están esperando para agarrarlo a uno... (Olegario en FM4 2017a: 22-23)

Porque aquí hay varios que dicen que son paisanos y que son inmigrantes, pero no. Porque abajo nos tocó ver uno que decía que era catracho y cuando llegamos a Coatzacoalcos nos dimos cuenta que trabajaba con los Zetas, lo vimos, ya que empezó andar en la vía, ahí viendo a la gente, los iban a levantar en la troca. Por eso aquí no se puede confiar uno. (Olegario en FM4 2017a: 23)

Grupos criminales y la supremacía masculina violenta

La maldición para los sujetos móviles por México es que su ruta se traslapa con el corredor y el flujo del narcotráfico, lo que acentúa su vulnerabilidad.¹⁷ El depredador capitalismo *gore* incorpora el entramado de una economía ilegal –también clandestina– con múltiples actividades, la droga es la principal, pero amplían su abanico con otros ingresos basados en el control territorial: secuestros, extorsiones, trata de mujeres y de personas. En las zonas de trasiego y producción de droga, la violencia es un eje ordenador y permite hablar de una economía política de la muerte o necropolítica donde se instrumentaliza la vida (Mbembe, 2011). Este carácter moldeador de la violencia juega un papel de contención en el proceso migratorio como lo hacen las políticas de control migratorio, como si se coadyudaran (Ríos Vargas, 2014; París, 2017).

Las organizaciones criminales mantienen un dominio que es necesariamente territorial y para su control de “las plazas” instauran su orden a través del ejercicio de la violencia física y expresivo-simbólica –utilizando métodos y rituales de dolor y muerte deshumanizadores– generando una guerra difusa y polimorfa, móvil y fluida. En estas modalidades de guerra sin conflicto bélico se produce lo que Levi llama violencia inútil o violencia provocada de forma gratuita para ejercer dolor y degradación.¹⁸

Las operaciones de producción y trasiego exigen una autoridad y recursos humanos, materiales y simbólicos para dominar las rutas de transporte, el paso de fronteras y la distribución de la droga a pequeña y gran escala. Los grupos criminales controlan la cosecha, los almacenes,

¹⁷ Con el Plan Frontera Sur en 2014 se suman a estas confluencias estratégicas de flujos la protección al plan de desarrollo de las Zonas Económicas Especiales como el corredor del Istmo de Coatzacoalcos-Salina Cruz y Puerto Madero. El ferrocarril se revaloriza con el reforzamiento tecnológico y su custodia por encima de la protección a la vida humana de las personas migrantes condenadas a “La Bestia”. Esto continuará con el gobierno de la Cuarta Transformación.

¹⁸ Rodrigo Parrini se refiere a las zonas de muerte falotópicas (2016); Rita Segato habla de pedagogía de la crueldad (2016).

la instalación de narcolaboratorios, las casas de seguridad, las armas. Requieren corromper a policías, callar a la gente, sistemas de vigilancia, mano de obra desechable.

Imagen 10. Familia hondureña en tránsito



Estos grupos de carácter mafioso son parte del sistema local-regional y suelen diversificar sus inversiones en estos espacios creando empleos en hoteles, restaurantes, tiendas, construcción o comerciando “piratería”.¹⁹ La población se vuelve cómplice a la fuerza porque terminan participando en sus redes y sus actividades. En “las plazas”, el Estado accede a delegar parte de su soberanía y a que se instale un estado de excepción, de suspensión de derechos (Agamben, 2010 II).

El mercado de la droga crea nuevas subjetividades donde la dimensión de género es central (ver Valencia, 2010; Segato, 2016). Los integrantes de las diferentes soberanías traslapadas: instancias estatales, maras, grupos criminales, compañías de seguridad privadas, vecinos se

¹⁹ El “narco” puede definirse como una red de redes de economías criminales organizadas por distintos actores tanto ilegales como legítimos (Aguilar, 2019).

representan y actúan desde la supremacía masculina violenta y feminizada, siendo los encargados de capitalizar los cuerpos (Valencia, 2010).²⁰ En esta lógica Parrini plantea –leyendo desde la dominación sexo-género que ve reconfigurada, fluida, mimética y camuflada en la actualidad– que el mapa de una imposición agresiva de modos de vida se instaure en torno a la diferencia sexual donde las hipermasculinidades se adueñan de forma autoritaria de los espacios públicos y figurales configurando una falotopía (2016). La falotopía es una forma de apropiación y uso del espacio que organiza las relaciones sociales y las subjetividades. Veremos cómo esto se ilustra bien en estas masculinizadas rutas clandestinas de migrantes difíciles de comprender: “Las falotopías constituyen, a mi entender, una red de canales por la que circulan flujos múltiples y diversos. No forman un mapa de coherencias, porque los flujos pueden enfrentarse, entrar en conflicto, arremolinarse o cambiar de dirección. Tampoco tienen un centro, como tampoco responden a un único padre” (Parrini, 2016: 37).

En México los espacios de presencia institucional del Estado como los retenes, estaciones migratorias, centros penitenciarios, hospitales; los hospedajes y las centrales de transporte; los ranchos, fincas y casas de seguridad; las vías, las carreteras y “la calle”; y las mismas casas de migrantes, son parte de la geografía de la zona gris y de ese combinado de víctimas y victimarios e indistinción entre los actores. Además, la zona gris se conforma como un circuito transnacional extendiéndose desde Centroamérica hasta Estados Unidos, incluyendo México, con las especificidades que impone cada contexto nacional.²¹

²⁰ Desde la paralegalidad se refuerzan los sustentos epistemológicos del capitalismo: la rentabilidad y el éxito emprendedor, los estereotipos de género y de macho proveedor y violento. Con ellos el orden clasista es reinterpretado, así como los postulados humanistas (Valencia, 2010).

²¹ Eleana Zilberg se refiere a los paisajes de seguridad neoliberales como una misma geografía política, cultural y de violencia cuando plantea que los cambios en las legislaciones, ideologías y prácticas frente a la migración irregular y la presencia de latinos

Como partícipes de la zona gris, estos sujetos migrantes están involucrados en este ambiente violento y producen mucha violencia y la ejercen sobre ellos mismos y sobre sus iguales, algo que podremos reconocer en el comportamiento de las personas migrantes que pasan por México y por El Refugio. El imperativo de la sobrevivencia y de todos contra todos anula la conciencia de clase.

De manera que el escenario de zona gris es una geografía del dolor y del terror, extensos territorios en paréntesis, donde como señalé las personas migrantes pueden ser asesinados con impunidad por grupos criminales, fuerzas de seguridad, delincuentes. En términos de Agamben, estas personas móviles se convierten en *homo sacer*, en matables²²: “así pasó en Ixtepec, Oaxaca. Un muchacho, como llegaron cansados, lo primero que hizo fue que dejó su mochila bajo un árbol y se acostó a dormir, ahí llegaron a tirarle piedras y lo mataron, él era de Guatemala... se le reventó la cabeza” (José Aurelio, en FM4 2017a: 33). Las vías del ferrocarril son una larga fosa clandestina de cuerpos mal enterrados o no enterrados que cruza México como otra cicatriz de la ignominia (ver Robledo y Garrido, 2017). Ya señalé las matanzas de San Fernando y Cadeyreta (Varela, 2017b) y se calculan entre 72.000 y 120.000 transmigrantes centroamericanos muertos o desaparecidos (Varela, 2016). Las madres del movimiento mesoamericano de migrantes recorren estas geografías y las hacen visibles.

en Estados Unidos se articulan con los contextos de posconflicto en Guatemala, El Salvador y Honduras con la expansión de las pandillas estructuradas en Centroamérica a través de la deportación en la década de 1990 (2005, 2011).

²² *Homo sacer*, ese ser humano a quien el poder soberano puede despojar de derechos y dejarlo anulado y excluido de humanidad o en la *nuda vida* o vida reducida a su condición biológica. Su aniquilación y muerte queda impune y aceptada.

Los albergues como zona gris

Uno de los problemas a que se enfrentan las Casas de Migrantes es la inconsistencia que observan en sus hospedados: “*no sabemos qué tienen en sus cabezas, dicen una cosa y hacen otra*”, dijo una acompañante. Se puede interpretar como ingratitud o malicia que oculten su identidad o recurran al engaño. Es difícil comprender el *habitus* migrante porque desconocemos estos efectos de la zona gris y la necesaria desconfianza que genera. Estas incongruencias es algo que, sin embargo, asumen quienes les atienden: las personas refugiadas, los migrantes en tránsito, los vulnerables, los excluidos, no son por su experiencia de sufrimiento mejores personas, ni más tolerantes, ni más perfectos moralmente (Zizek, 2016).

En la etnografía sobre la frontera sur de Chiapas, Soledad Álvarez analiza el funcionamiento del albergue Belén, en Tapachula, llevado entonces por el Padre scalabriniano Flor de María Rigoni (2016). En el mismo encuentra cómo es parte de una zona de ambigüedad e ilegalidad en estos márgenes del Estado, cómo forma parte del entramado de relaciones de redes de trata sexual, venta de droga, polleros... y, refiriéndose a lo que ocurre debajo de su velo humanitario, cómo sus coordinadores y veladores ejercen violencia simbólica sobre las personas migrantes: “indiferentes frente a la violencia que cargan los migrantes” (2016: 193) y la vuelven parte del día a día. En una entrevista con una coordinadora del albergue, ésta expone las ambigüedades de la zona gris al comentar las dificultades de su trabajo ante los conflictos que se producen en el albergue entre trabajadores del mismo y personas migrantes: “Decimos sí que pobre gente, que pobre migrante, pero también ellos te cuentan tanta historia china que en realidad no sé a quién creer” (Álvarez, 2016: 194). Es decir, el albergue es parte de la zona gris y, como esta autora muestra, en este caso se constituye dentro de las formas que el Estado mexicano opera en lo local, es funcional al mismo.

Para entender estas aparentes contradicciones y entender los sujetos y sus voces desde su enraizamiento social, político, cultural, es preciso desnudar la zona gris, exponerla públicamente y desnaturalizarla (Bour-

gois, 2009). Los sujetos “son constituidos por medio de la experiencia” y es lo que trato de exponer: la experiencia de la zona gris se refleja en las expresiones de las personas en circulación que arriban a El Refugio (Scott, 2001).

Los buenos momentos

Pero también se disfruta en el viaje, las experiencias, tantas veces dolorosas, se combinan con otras alegres, el horror con la esperanza, los placeres con la tragedia... A pesar de las presiones de la zona gris se conserva el sentido del humor y los “*buenos momentos*”. La sensación de cotidianidad también se introduce en la zona gris.

La manifestación de la violencia es flexible y transformativa porque es una dimensión de la vida y su flujo congrega destrucción, miedo, terror, confusión, como reconstrucción, supervivencia, resistencia, creatividad, emociones, rutinas, alegrías (Nordstrom y Robben, 1995). Primo Levi lo constata en su experiencia: “casi nunca tuve tiempo que dedicar a la muerte; tenía otras cosas en las que pensar, encontrar un poco de pan, descansar del trabajo demoledor, remendarme los zapatos, robar una escoba, interpretar los gestos y las caras que me rodeaban. Los objetivos de la vida son la mejor defensa contra la muerte: no solo en el Lager” (2005: 600).

Paula Farías, una trabajadora de Médicos Sin Fronteras con experiencia en guerras y crisis, señala

La guerra ocurre entre los ruidos y las bombas, y las pausas, y sus silencios, y se hace manejable desde lo cotidiano... Tú no puedes estar permanentemente en un estado de intensidad y drama, tienes tus momentos malos pero el día tiene 24 horas y tú estás ahí viviendo. La gente que vive ahí permanentemente el horror lo ha incorporado, pero la vida sigue en un plano muy doméstico. La gente riega las flores en medio de un erial bombardeado. Y al final prevalece la vida. La vida es el día a día, los ratitos. (Entrevista en *La Cueva del Erizo*, 23 enero 2016)

Y sobre las mujeres en el frente de guerra ruso, Alexiévich nos dice

No solo se trata de cargar y disparar, no solo se colocan minas y se desactivan, se bombardea y se hace volar por los aires; no solo se trata de lanzarse al ataque, sino que también hay que lavar la ropa, preparar la sopa, hornear el pan, fregar las ollas, cuidar a los caballos, arreglar vehículos, tallar madera para los ataúdes, repartir el correo, poner tapas y medias suelas a los zapatos, traer tabaco. Incluso en la guerra, la vida se compone de muchas cosas banales. (2016: 197)

Estar en el camino también es ejercer la libertad, hallarse sin responsabilidades. Se disfruta de cosas sencillas: José Aurelio que huye de las miserias y las amenazas de Guatemala lo expresa muy bien, cuando habla con su padre: “Y le digo que aquí me siento como libre, camino yo y me siento bien; allá no, allá sale uno como si alguien viene atrás de uno, y uno es gente de bien, si yo no soy ni ladrón ni así para que yo ande huyendo de... y anda uno así como desconfiado... y aquí no, entonces por eso he salido yo” (en FM4 2017A: 29). Mientras Olegario encuentra el bienestar en unos mangos: “En los pueblos que pasábamos pedíamos, a veces sí comíamos, a veces solo comíamos una vez al día; y ahí pasándola. Abajo casi no sufre mucho uno porque ahorita está la cosecha de mangos y sí come mango uno” (Olegario en FM4 2017A: 24). O “Uno viene en el tren contando chistes de las pasadas, cuando le persigue migración o cualquiera, uno después se queda riendo, ¿no?, ¿y cómo salté?... nomás se queda contando uno después... Se lleva buenos momentos uno de camino” (*Ibid*: 24). También muchos se alivian los sufrimientos en el cruce de México con mariguana, “piedra” o alcohol.

Son muchas las anécdotas que remiten a comportamientos de personas generosas, incluso de parte de garroteros o policías, y más, de vecinos y ciudadanos del camino, de las Parroquias y los albergues. Muchos recuerdan con cariño a Las Patronas: “Ya llegando a Coatzacoalcos ya es mucho mejor, ya hay más ambiente, es una ciudad grande. Uno empieza a pedir y le regalan. Donde es bien bueno es en Córdoba porque hasta unas

señoras salen a darle comida a uno, le tiran grandes bolsadas de pan, de arroz, de atún, de mayonesa y agua, en bolsas se los tiran. Es bien buena la gente ahí en Córdoba” (Olegario en FM4 2017A: 24).

La mayoría de los centroamericanos vienen “*con Dios*” o “*con el Señor*”, lo que es otra estrategia para afrontar el viaje, un recurso simbólico que ayuda a mantener un estado de aparente seguridad en un tiempo de incertezas. Este incuestionable aferramiento a un Dios los acompaña en el “bien caminar” y en él que ponen su cuerpo y alma. En general, las personas migrantes centroamericanas proceden de iglesias neopentecostales cristianas de diferentes denominaciones pero, al ser prácticas individualizadas, en estos trayectos no suponen conflictos con otros credos semejantes como el católico. Finalmente su concepción se caracteriza por su dimensión mágica y protectora compartida: “A mí me dijo un pastor de una iglesia ‘no vayas con el pensamiento de que vas a fracasar, sé positivo y siempre pídele a Dios que te ayude’” (José Aurelio en FM4 2017a: 30). “Gracias a Dios no he tenido problemas, porque pedí a Dios de que me quite todo el mal por el camino, que me ponga gente buena por el camino. Por mí gracias a Dios todo bien... Y cuando abres tus ojos en la mañana, dale gracias a Dios, porque Él te ha dado un día más, porque si Dios no quiere puede pasar una cosa que Ubaldo ya no más llegó” (Ubaldo en FM4 2017A: 40).

Dios está siempre disponible y les va a hacer inmunes a las balas, a los retenes, a los accidentes, a las violaciones. Por ejemplo María del Carmen, una mujer hondureña y mormona de 46 años dice: “pasar la frontera está muy difícil, pero estoy en las manos de Dios, como yo se lo he dicho a Él, ‘Señor usted ábrame puertas, si tiene que cerrar ojos, ciérrelos, si tiene que apagar esos detectores, apáguelos’. Yo confío plenamente en Él”.

David, hondureño, de 23 años, en su primer viaje dice que la fe “Es lo básico, ese es mi motor para caminar. ¡Ah! pues que solo póngase a pensar que usted se acueste en una vía que ya el sueño le bajó y se durmió y usted a otro día amanece tranquilo y mira dónde está, es la bendición de Dios, pura, pura obra de Dios. Le pido, oro, que Dios no necesita que yo le grite, él escucha, tan solo en mi mente él me escucha”. La fe se

combina con otras formas de pensamiento mágico. David mismo expresa a la pregunta de si se ha sentido triste: “cuando me acuerdo de mi familia, por lo mismo trato de pensar mucho en ellos, si porque acuérdesse que la familia... de uno no puedo tenerlos cerca pero... si yo lloro ellos sienten”. Así también la misma María del Carmen reclamaba la ayuda no ya a Dios, sino a sus hijos y nietos: “cuando veníamos caminando, yo ya no podía caminar, porque caminamos y aquel solazo, yo ya no podía... yo decía: ‘Azbel, Karen, José Domingo –se llama mi hijo–, Yahaira, Scarleth, Astrid, jálénme’, como yo traía a mis hijos en la mente, ‘jálénme hijos, es por ustedes que estoy aquí, no me dejen sola’. Después no podía, entonces, empiezo a mencionar mis nietos, ‘empújenme, ayúdenme’”.

Las mujeres en el camino

Hombres y mujeres experimentan y construyen de forma diferente los procesos de movilidad. Aunque su cifra sea menor entre el enorme volumen de hombres, las mujeres apenas alcanzaban el 4% en los albergues de Guadalajara para 2017 (FM4, 2017b), se hacen relevantes porque nos destapan historias y problemáticas invisibilizadas y porque las casas de migrantes y otros estudiosos coinciden que se está dando una presencia mayor de mujeres y de familias, más claramente desde el fenómeno de las caravanas.

Las mujeres, como los niños, viajan de forma más clandestina que los hombres. Ellas tienen un guía, coyote, traficante que las acompaña y que, por tratarse de sujetos más “vulnerables”, les cobra más por el “trabajo”. Se estima que más del 65% de las mujeres migrantes contratan a un traficante para pasar México (Díaz Prieto y Kuhner, 2014). Cruzan México combinando camiones o en tráileres o en carro, ellas apenas viajan en el ferrocarril y por ello llegan en menor número a los albergues de migrantes. En este camino del tren muchas mujeres se ven forzadas a escoger un hombre como pareja coyuntural que la “proteja” a cambio de sus servicios sexuales y “domésticos”: les preparan la comida, lavan sus ropas, los cuidan. Pero no se las puede considerar como acompañantes secundarias de los hombres, ellas han tomado la decisión de huir.

Hay varios estudios que trabajan su situación particular en el camino, pero también muestran que el contexto criminal de violencia machista y patriarcal –y su expresión extrema en las falotopías– se extiende como un continuo de terror en su trayectoria por México (Castro, 2010; Willers, 2017; Varela, 2017a; FM4 Paso Libre, 2017b; Camus y Eguía, 2018; Mata, 2019). Para Ana Carcedo nos encontramos desde hace décadas con nuevos escenarios del feminicidio como el de la trata, la explotación sexual, las mafias, las maras, la venganza entre hombres ejecutada sobre el cuerpo de las mujeres, algunos de ellos articulados y facilitados con estas dinámicas migratorias forzadas (Carcedo coord., 2010).²³

Las mujeres madres salen por su deber ser como tales. Ellas realizan un sacrificio por el futuro de sus hijos, pero al mismo tiempo se las reclama como “malas madres” tanto por dejarlos como por llevarlos. Sufren con esta estigmatización propia y ajena un intenso malestar emocional (Asakura, 2013).

Ante la dificultad del viaje o por el hecho mismo de huir por sobrevivencia, las mujeres tienden más que los hombres a tratar de asentarse en el camino ante una oportunidad laboral o al encontrar una pareja, aun cuando pueda tratarse de un proceso no concluido. Estos intentos no suelen resultar exitosos y se ven de vuelta en un transitar que puede derivar en situaciones de calle, haciendo que estas mujeres queden en la indistinción entre la migración, el tránsito alargado y la calle.²⁴ Hoy

²³ Escenarios de feminicidio son “los contextos socioeconómicos, políticos y culturales en los que se producen o propician relaciones de poder entre hombres y mujeres particularmente desiguales y que generan dinámicas de control, violencia contra las mujeres y feminicidio que adoptan o incluyen características propias” (Carcedo coord., 2010: 15). Sus escenarios históricos se encuentran en las relaciones de pareja, la familia, el acoso sexual, el ataque sexual y el comercio sexual.

²⁴ Las mujeres, en su necesidad, se introducen en los segmentos del mercado del trabajo segregado por sexo más marginales, estigmatizados y con condiciones de explotación extrema: trabajo doméstico, en talleres y maquilas. Algunas se ven atrapadas en las redes de trata y en el comercio del sexo.

el proceso de tránsito no se deja describir como un viaje unidireccional en un tiempo más o menos definido, sino que es un camino de circulación intermitente que implica idas y venidas, vueltas y revueltas como mostraré con las mujeres en El Refugio.

En la liminalidad del transitar, “las mujeres se enfrentan a una situación de autonomía limitada por la falta de recursos económicos, capital simbólico y capital social, de modo que las relaciones de género se vuelven más ambiguas y muchos hombres esperan que los favores se paguen con sexo” (Willers, 2016: 181), y ellas utilizan su cuerpo como forma de pago, bien por ellas mismas al normalizar la violencia, bien forzadas a ello (Martínez, 2012; Álvarez, 2016), aunque predomina la segunda situación. Las estructuras desiguales de poder y género se exacerban al alejarse las mujeres del ámbito doméstico porque rompen los esquemas sociales de protección/control por los varones y la jerarquía familiar. Las mujeres que migran, en gran parte madres, transgreden el mandato sobre el cuidado de las familias que pesa sobre ellas y se les disciplina por ello. Ellas se exponen a un “castigo” que puede ser anónimo, ya que cualquier hombre puede atribuirse el papel de encarnar la autoridad cuestionada. El 24% de las mujeres migrantes es víctima de violencia sexual durante el tránsito por México; y las transgénero lo son en un 50% (Díaz Prieto y Kuhner 2016: 86).²⁵ Los riesgos para su salud sexual y reproductiva, con la exposición a contraer VIH o ETS o a embarazarse son obvios, así como los traumas que implica. Por ello suelen enfrentarse al trayecto mexicano con inyecciones anticonceptivas u ocultándose tras un disfraz masculino vistiendo sin llamar la atención, con ropas flojas y masculinas, atándose el pelo...

Todos los hombres son acosadores potenciales, los compañeros de viaje, el personal del tren, las autoridades, los asaltantes, los secuestradores, los polleros (Castro, 2010). El escenario falotópico facilita una mentalidad de género predatoria, la mujer es objeto de deseo sexual que se puede hacer explícito porque la naturaleza masculina es así: “Las mujeres sufren

²⁵ Con las mujeres transexuales la violencia es exponencial (ver FM4, 2017b).

más, pueden ser agarradas y no pueden hacer nada”; “unos hombres vienen potentes y les da por agarrar una mujer, sería mucha la tentación”; “la mujer corre más peligro por motivo de ser mujer, los hombre las desean” Pero la agresión sexual se puede extender a los hombres: “Violaron a una mujer un grupo de asaltantes, su hombre se quiso meter y a él también lo violaron” (FM4, 2017b: 128).

Ellas no se detienen a denunciar violaciones, secuestros, trata, asaltos, es más urgente cumplir con el envío de remesas, y se resisten a buscar justicia por la ineficiencia de procesos alargados y revictimizadores. Al haber vivido entre violencias, las mujeres no reconocen las violencias y naturalizan las agresiones que sufren. Las mujeres interiorizan la criminalización de su condición migrante: “las mujeres no identificaron la extorsión como un tipo de delito, como resultado de la corrupción y la impunidad imperante, sino como pagos necesarios para adquirir su derecho de paso” (Díaz Prieto y Kuhner, 2016: 77). En ocasiones, su adaptación a la opresión puede llevar a reproducirla. Óscar Martínez registra cómo la vida de maltrato y agresión sexual acumulada por las mujeres de los centros botaneros y *table dance* de Tapachula –donde se las identifica como “la mercancía”– las lleva a ser “incapaces de distinguir entre lo que es y lo que debería ser”; el abuso sexual pierde sus dimensiones y en la trata “saben que son víctimas, pero no se asumen como tal. Su lógica es: sí, sé que esto me pasa, pero ya sabía que me pasaría”. Todo el ambiente las hace parecer que están ahí por propia voluntad, “la trata no parece trata” (Martínez, 2010: 91).²⁶

El mundo social y el poder: las narrativas y los chismes²⁷

De último quiero referirme a las narrativas de las personas migrantes, a su acción comunicativa, para destacar cómo se encuentran bajo los efectos del poder y de la zona gris. Los desplazados centroamericanos

²⁶ Y se produce un “efecto espiral” cuando ellas mismas enganchan a otras víctimas prometiéndolas “serás mesera y ganarás bien” (Martínez, 2010: 86).

²⁷ Basado en Camus (2019).

que son parte de sociedades profundamente fracturadas donde su vida se constituye en la emergencia, en su situación es fundamental manejar la máscara y el ocultamiento al darse las interacciones desde unas relaciones de poder y categorizaciones especialmente inferiorizantes. Las personas que habitan en la zona gris –cual sea– son parte de una cotidianidad convulsa y conflictiva donde se normaliza lo no normalizable y el “anclaje del sentido común se pierde” (Nelson, 2009), por ello sus narrativas no se rigen por la razón y la coherencia. En estos escenarios se genera un estado psicótico donde la realidad se esfuma y la racionalidad de nuestras escuchas impide que podamos comprenderlas apropiadamente ni en sus expresiones habladas, ni en las representadas, ni en las prácticas y comportamientos.

Algunas de las narrativas de los sujetos migrantes encajan en los preceptos de lo que se quiere escuchar, otras no y, en general, responden a otras lógicas, voluntades, estrategias, manifestaciones que pueden ser múltiples. La zona gris de la que proceden les condiciona de forma significativa. Para los dispositivos del poder sus voces distorsionadas les deslegitiman y hacen su palabra inconfiable, lo que justifica que no sean considerados como merecedores de asilo, de oportunidades de empleo o de derechos ciudadanos.

Los efectos del poder

En mi presencia en albergues a lo largo de los últimos 9 años siempre me llamó la atención la heterogeneidad de las representaciones, actitudes y narrativas de las personas migrantes que arribaban a estos espacios. Es doloroso escuchar sus “aventuras” y es sorprendente su capacidad de interpretar y reinterpretar acomodando los relatos de forma creativa. Es impactante las veces que te expresan: “solo Dios me da la oportunidad de estar aquí contándole”. Sus historias y formas de narrar nos asombran a quienes operamos en ellos y muchas veces se genera una comunicación distorsionada al no cuadrar con lo que esperamos oír y ver.

Sus relatos reflejan los efectos del poder —y a nosotros como parte de ellos— y los retos al mismo.²⁸ Toda institución pública y privada, también el albergue, establece un régimen de verdad o una política general de la verdad que produce unos requisitos ligados a un derecho que la constituye, con ello no reclama verdad sino verosimilitud dentro de sus parámetros, con lo que supone que en la interlocución, emisor y receptor manejan su posición instrumentalmente dentro de lo que hay que cumplir. La “verdad”, o “verdades”, como ecos de esos efectos del poder son formas condicionadas y situadas (Norsdtrom y Robben, 1996), y esto, en su situación de migrantes irregulares, es extremo porque en su camino tienen que enfrentarse a diferentes actores e instituciones: el Estado, la empresa del ferrocarril, grupos criminales, pobladores malintencionados, casas de migrantes, quienes, con sus códigos propios, exigen su verdad en el camino.

El Estado es uno de los actores de intervención sobre “la verdad” imponiendo un orden burocrático muy fuerte en sus instituciones que se constituyen como sistemas de control biopolítico. En el ámbito migratorio, como señalé, la indocumentación provoca el sufrimiento de las personas porque al carecer de acreditación o no serles aceptados otros papeles, se les puede negar su dimensión de sujeto político y todo servicio público.

Un buen ejemplo de cómo entienden las personas migrantes los requerimientos del Estado mexicano lo expone Sandra Guillot cuando trabajó con menores retenidos en la estación migratoria de Tapachula. Los agentes migratorios sospechaban de los niños migrantes porque éstos viajan por reunificación familiar acompañándose de un pollero y es común que inventen lazos familiares con éste para que las autoridades no los separen construyendo “familias efímeras” (Guillot, 2012: 132). Para ella se provocaba una situación difícil: “los niños me identificaban como una oficial de migración, en una versión rara y divertida, pero que

²⁸ Foucault señala cómo la verdad, como conjunto de reglas que discriminan lo verdadero de lo falso, es parte del poder y sus efectos (1992, 2010). El poder se permite seleccionar su verdad.

hacía que nunca me hablaran con la ‘verdad’. Desde el primer momento percibí que las respuestas a las preguntas que yo les hacía eran formuladas según lo que ellos creen que COMAR [Comisión Mexicana de Ayuda a Refugiados] quiere escuchar. Es decir, en cierta forma las conversaciones conmigo se convirtieron en uno más de sus ejercicios para aplicar sus estrategias de supervivencia en el tránsito migratorio. En ese sentido fui (y no sé si en algún momento lo dejé de ser por completo) un interlocutor con el que los niños practicaban sus discursos frente al Estado” (Guillot, 2012: 17).

Por ello debemos recibir críticamente el testimonio del entrevistado asumiendo que su narración no es impecable, ni verídica, ni inocente y que crean sus propias ficciones y entender su voz desde su enraizamiento social, político y cultural. Los relatos en general –tanto de sus vidas como de la experiencia del tránsito– resultan con incoherencias de tiempo y lugar, saltan las contradicciones, y es difícil dar crédito a sus elaboraciones que ofrecen un aura inquietante de incertidumbre y ambigüedad en un escenario hiperreal y distópico. Y al mismo tiempo la memoria popular es insospechada por su riqueza y su fluidez, también por sus balances y sus procesamientos; incluso ante experiencias más o menos traumáticas (Nelson, 2009).

Sus palabras permiten destantear los efectos de los dispositivos de poder y control, de los regímenes de verdad, de las violencias necropolíticas, sorprendiéndonos las imprevisibles acciones, pensamientos, actitudes de los sujetos. Ellos muestran su capacidad de intervenir e interpretar su vida pero no son héroes, ni sobrevivir es resistir y no siempre transmiten creatividad y solidaridad.

Las narrativas y el ficcionar

Las narrativas de los sujetos migrantes oscilan y combinan simultáneamente los polos de verdad y ficción: son relatos, testimonios, ocultamientos, silencios, chismes. Estas combinaciones responderían a posiciones, intereses, fuerzas, capacidad de creación, exigencias de alguno de los regímenes de verdad. La hipótesis es que desde la zona gris es

difícil encontrar un habla libre por el sometimiento que impone. Este escenario de indeterminación y riesgo les empuja a reinventar su identidad y a reconfigurarse en cada momento, deben seleccionar el recuerdo y el olvido, situar su “verdad”, su mimesis. Y sin embargo al narrar los migrantes nos comunican sus experiencias, se alejan del Testimonio pero dan testimonios de sus vidas.²⁹

La modalidad narrativa, frente a la del argumento lógico, se ocupa de las acciones humanas, es decir, enfrenta la condición humana y contiene drama, comicidad, absurdo, manejando panoramas simultáneos: acciones, conciencias, procesos y contiene personajes, ambiente, acción (Bruner, 1996). Pero lo más significativo es que se enfrenta a las intenciones de los actores y aparecen los supuestos pensamientos no hablados que podemos interpretar desde afuera. La narrativa hila cotidianidad, empleo, familia, tiempos, decisiones, identidades, así las historias, al contarlas, organizan la realidad y la cargan de sentido. Por eso la importancia de las construcciones narrativas y las creadas por las personas migrantes en tránsito. Al cabo, la zona gris no determina toda la experiencia, por ello las narrativas son siempre ricas.

Las pláticas de las personas migrantes sorprenden por la vitalidad que transmiten con el uso intensivo de pronombres personales y el “te dije” y

²⁹ La voluntad de testimoniar se produce cuando los subalternos quieren que su historia no se pierda y que sea pública. Se trata de una toma de postura política. Testimoniar evidencia los recursos humanos para sobrellevar el sufrimiento, apropiárselo, resignificarlo con la voluntad de crear una relación con el otro que escucha (Ortega, 2008: 43 y 48). El que testimonia es un sujeto moral que se afirma a sí mismo y que al hablar compromete al que escucha que hace posible su discurso, hay una acción y toma de postura política por parte de los dos (Foucault, 2010). Pero el testimonio de algunas experiencias de la zona gris puede ser inenarrable. Entonces el testimonio contiene una laguna de lo que no puede ser testimoniado, contiene la imposibilidad de traducir en lenguaje la experiencia, para Agamben, “el sujeto del testimonio es aquel que testimonia de una desubjetivación” (2010 III: 127). Una laguna que exige “escuchar lo no dicho” (*Ibid*: 10).

“me dijo” que muestran la importancia de la comunicación en la relación social evidenciando el grado de su inmersión social.

Los relatos son historias, apuntes que remiten a sueños y aspiraciones que nos exponen cómo a pesar del despojo de la humanidad en su involucramiento en la zona gris, es posible la reacción, la dignificación y la recuperación de la persona; es el pensamiento mágico con exposiciones fantásticas y ocurrentes que nos remiten a otros imaginarios. Es la protección de Dios y la Virgen, ese motor que impulsa su camino, más cuando no hay proyecto de futuro y no saben por dónde van a ir, ni a pasar, ni a llegar. Y son las narrativas del cotidiano, esa dimensión considerada banal y que nos abre las puertas a escenarios fuera de la zona gris, a añoranzas y nostalgias, recuerdos, memorias gustosas. Pequeñas y grandes cosas que, de nuevo, hacen humanidad al recuperar su pasado, su conocimiento y su identidad en un estado de emergencia.

El chisme

En la intimidad compartida del albergue hay un tipo de interacción verbal en que participa todo el colectivo, es el chismorreó, los bulos, los rumores. Su observación y análisis es sustancial para entender cómo se dan las interacciones en el albergue, un espacio que es un hervidero de dimes y diretes donde están interviniendo niveles de autoridad, poder e intereses diferenciados en disputa y en negociación. En las charlas más informales el chisme se posiciona por tratarse de un lugar de convivencias íntimas bajo los influjos de la zona gris, pero también de la vida común de un escenario popular. Es una expresión comunicativa que se acentúa cuando los procesos de estancia en la Casa se alargan.

En cualquier albergue se establece un sentido común compartido entre sus integrantes dentro de un reglamento de convivencia. Puede ser en la lógica de defensa del discurso de los Derechos Humanos como es el caso de instancias que pertenecen a la REDODEM, donde se solicita sinceridad en sus registros y entrevistas respecto a los datos de la persona y los

agravios sufridos en el camino.³⁰ En El Refugio su régimen de verdad se vincula más con la lógica católica del servicio y se ofrece cuidado y atención dentro de unas normas que aceptan al ingresar, como la prohibición de no introducir a las instalaciones alcohol, drogas o armas o la necesidad de cumplir con los horarios de las actividades, pero no hay mayor presión respecto a sus narrativas. Por ello la interacción aquí se guía, no tanto por el cuestionamiento al pasado y la identidad de las personas, como en el mantener un “buen comportamiento”. Este comportamiento ideal es un elemento del régimen de verdad del lugar que es establecido desde la autoridad de quienes gestionan el albergue en una interacción de cordialidad esperada que da lugar a una gran actividad y riqueza de chismes.

El chisme ha sido infravalorado en las ciencias sociales, al entenderlo como el hablar mal de alguien. Elias y Scotson (2016) lo utilizan en su análisis sociológico de una comunidad urbana inglesa donde el manejo de chismes, prejuicios, discriminaciones se utilizan para mantener la diferencia y el estigma entre los “establecidos” y los “marginales”. Mientras López Rodríguez (2019) analiza y dignifica el chisme. Para esta autora el chisme es una conversación casual que gira en torno a personas que no participan en la interacción. En esta actividad semántica compleja se reflejan muchos de los modos en que concebimos el mundo y nuestra vida en sociedad. En la alusión a terceras personas y la valoración, por lo general peyorativa, de los rasgos de esta persona está implicada la construcción y negociación de identidades sociales; es decir, es una acción

³⁰ La Red de Documentación de las Organizaciones Defensoras de Migrantes integra a más de 16 organizaciones defensoras de migrantes. En las casas del migrante asociadas se maneja una base de datos sobre las personas que acceden a sus servicios, incluye los datos básicos de la persona y sus experiencias de abuso en el viaje. Con ello se generan estadísticas, informes y recomendaciones de acciones políticas, y registros hacia la identificación de personas desaparecidas. Desde la institución y sus voluntarios se espera no dudar de las historias de estos sujetos recogidas en un escenario protector y seguro. Cuando los migrantes llegan a estas Casas tendrán que enfrentar cómo se da en ellas el régimen de verdad.

significativa en el desarrollo de las relaciones interpersonales. Los chismes contribuyen a fijar atributos culturales, producir significados y a sancionar acciones o actitudes de otros para, a través de ello, posicionarse y auto-concebirse, identificarse o diferenciarse, entrar en alianza o en conflicto como miembros de un grupo.

Esta forma de interacción verbal no es una práctica trivial, sino que permite socializar, evaluar actitudes o acciones ajenas y propias, administrar conocimiento, negociar creencias y reglas culturales. Los chismosos brindan información sobre la realidad en la que actúan e interactúan, pero también sobre cómo conciben esa realidad y cómo se conciben a sí mismos y a los otros en ella. En un chisme queda plasmado el universo simbólico al que pertenece el que lo emite, los sistemas que le son significativos, las características de las instituciones que reconoce, los roles que identifica, los modelos culturales y las representaciones sociales que le han sido transmitidos y que reproducen y el modo en que internaliza, procesa y modifica individualmente todo ello, en suma, su identidad.

El chisme contiene un posicionamiento discursivo, tiene intencionalidad y ejerce control social. Puede ser usado por los individuos para proteger sus intereses particulares, como arma de manipulación, para generar tanto cohesión como exclusión. Con su poder ideológico produce, reproduce y sostiene las relaciones de dominación en términos de clase, género, edad, estatus y su reproducción o cuestionamiento; también puede ser una forma de crítica a las mismas.

El chisme cotidiano se intensifica en entornos de fuerte convivencia como puede ser el albergue y su complejo entramado sociocultural. Como señala Sarahí, una de sus responsables: “Pueblo pequeño, mitote grande”. Veremos que aquí se desnudan las relaciones de poder desiguales y la competencia entre los involucrados en este espacio por posicionarse y obtener consideraciones, también por controlar a los demás desde la construcción de los valores del albergue y “el buen comportamiento” que es el universo simbólico en que se inserta y sobre el que actúa quien emite el chisme o lo reproduce. En el día a día del albergue de La 72 en Tenosique, Guevara observa lo mismo: cómo se producen prácticas de

exclusión y relaciones desiguales de poder entre las personas migrantes. En las treinta mujeres que ocupan un dormitorio, “la defensa del espacio y de los objetos era una lucha diaria fundamental para establecer jerarquías sociales entre sus ocupantes”, tejiéndose “lazos sociales volátiles” (2018: 67). Pero estas interacciones bizarras muestran “la importancia del sentido de pertenencia en este lugar” (*Ibid*: 67); esto también se expresa con el chisme y el rumor.

Imagen 11. Solicitante de asilo de El Refugio en el mural del comedor



Veremos cómo también aparecen estos usos de exclusión y de desprecio dentro de coordenadas de género, nacionalidad, edad, educación que están en constante negociación, transformación y actualización según las circunstancias y los sujetos. En la propuesta de “el sufrimiento étnico”, donde los grupos subalternos reclaman su reconocimiento a la nación que les ha excluido entrando en la competencia respecto a otros igual-

mente subalternos, puesto que como trabajadores han dejado su “sangre” y su vida en la historia nacional; hacen con ello el juego a las oligarquías dominantes y al Estado-nación, los poseedores de “la blancura”, quienes se aprovechan de “la sangre” de los demás (Williams, 1989). La disputa entre las personas migrantes puede llegar a ser igualmente encarnizada y de desvaloración hacia los otros por la obtención de consideraciones.

Lo presentado muestra la riqueza de expresiones en la población migrante centroamericana que no permiten el encasillamiento de sus palabras, aunque su habla no sea libre por los efectos de la zona gris. ¿Hay que descreer lo que dicen? Hemos visto cómo las narrativas y su propia actuación se encuentran en la indistinción verdad y mentira, realidad y ficción por proceder de la zona gris de la sobrevivencia extrema, y vimos que se producen resistencias y reacciones tangentes a los órdenes que quieren imponerse. Sus palabras son ecos de esa zona gris que no queremos ver ni escuchar, detrás de ellas hay gritos, gestos, miedos, intrigas, engaños, alegrías, sueños; detrás de ellas personas se están jugando la vida ante una faramalla de poderes que los acechan —que provocan sus palabras, pero también las sancionan—, y que tienen las de perder.

CAPÍTULO 2

Los orígenes: insostenibilidad de la vida

Para entender las dificultades de las personas migrantes centroamericanas en México, es preciso remontarse a sus trayectorias de vida y a los condicionamientos previos a su huida, pues en sus lugares de origen también están inmersos en escenarios de zona gris y de violencias. Entre otras razones, porque así como en México, está la omnipresente presencia de grupos criminales que se disputan entre ellos el territorio por tratarse del corredor de la droga y de otros productos primarios.

También por factores históricos. En Centroamérica se estructuró una sociedad desde la desigualdad, el patriarcalismo y la diferencia étnico-racial, territorial y de clase. Hoy las y los centroamericanos huyen de la violencia de las políticas neoliberales y extractivistas en sociedades ya vulnerables y empobrecidas que quedan desmanteladas ante la apertura al mercado y las privatizaciones. Esto es algo que penetra todos los ámbitos de su vida cotidiana, acrecienta las desigualdades y generaliza el uso de la violencia.

De manera que en la expulsión de estas poblaciones se suman persistentes y sistémicos factores de desigualdad y su renovación en el tiempo, sus precarizadas vidas tienen pocas opciones para sobrevivir. Para cubrir el complejo de estas situaciones extremas me refiero a la insostenibilidad de la vida, que defino al final del capítulo.

Centroamérica: el peso de la colonia, las repúblicas bananeras y el neoliberalismo extremo

Centroamérica se compone de pequeños países ubicados en el estratégico “cinturón de América” que conecta norte y sur y que, por su estrechamiento, hace factible la comunicación transoceánica este y oeste.¹ Se trata de países complejos por su diversidad ecológica y por su composición multicultural con la presencia de pueblos indígenas, afros y otros.²

La vinculación de Centroamérica con México tiene una profundidad histórica, como parte del virreinato de la Nueva España conformaba el Reyno de Guatemala, y lo que hoy conocemos como Chiapas también estaba integrado a este Reyno. Así México se mantiene entre diferentes definiciones identitarias. Puede verse, según el criterio –político, cultural, geográfico– que se privilegie, como parte de Norteamérica, de Mesoamérica y hasta de Centroamérica en partes de su enorme territorio.

En este Reyno, la riqueza para la metrópoli se encontraba en la mano de obra de los numerosos pueblos indígenas y en la tierra, unos y otros fueron tomados como botín en la colonia y se desarrollaron unas élites blancas que han reproducido su poder desde el racismo, el patriarcalismo y la violencia. La violencia fundacional de la colonia es un eje constituyente de estas sociedades, de ahí la persistencia de esta huella en Centroamérica.

El desarrollo colonial desigual –por ejemplo entre el poblamiento denso en la vertiente del Pacífico y el más abandonado de las tierras bajas atlánticas– provocó la diversidad regional y la fragmentación socio-económica con intereses encontrados. Esto desencadenó unos procesos

¹ América Central o Centroamérica incluye a Belice, Costa Rica y Panamá, pero aquí la entiendo reducida a Honduras, Guatemala, El Salvador y, en ocasiones, Nicaragua. Los países del norte de Centroamérica comparten una situación de desigualdad y violencias que Costa Rica y Panamá no sufren con la misma intensidad. Belice, al haber sido colonia británica, ha quedado invisibilizado y desconocido: tiene una composición étnica compleja, altos niveles de violencia e intensidad de movilidades.

² Un buen trabajo sobre la historia de Centroamérica es el de FLACSO (1993).

de independencia que dejaron, después de años de enfrentamientos entre liberales y conservadores cruzados con los de unionistas o federalistas frente al centralismo de Guatemala, un territorio dividido de múltiples pequeños países.

Sus configuraciones como países exportadores de materias primas se establecen con el café y el plátano. Cultivados en regiones distintas serán los productos ordenadores de la acumulación capitalista y la modernización liberal al acompañarse con la creación de puertos, ferrocarriles, bodegas, ingenios. El café, impulsado en buena parte por alemanes; el plátano, por las compañías de enclave norteamericanas en las tierras calientes de Guatemala, Honduras y Costa Rica. Así se conforman como repúblicas agroexportadoras que requieren de suelos, lo que se traduce en la privatización y el despojo de las tierras de los pueblos originarios.

Desde principios del siglo xx, Estados Unidos irá imponiendo su hegemonía en la región en defensa de sus inversiones y sus intereses geoestratégicos. La creciente dependencia a esta nueva potencia imperial se expresa de forma cruda en la denominación de repúblicas bananeras que enfatiza su subordinación.³ La fuerza de esta relación de intervención es tan intensa que Estados Unidos ejercerá de imán cuando “la bomba de la población” se devuelve contra los países del “primer mundo” (Bauman, 2005). Las repúblicas bananeras acudirán a la cuna de la “Mamita Yunay”.⁴

Las guerras de los 80 y una posguerra neoliberal

Estos países centrados en la agroexportación de monocultivos sufrirán la crisis de 1929 y la prolongación de la misma hasta la segunda guerra mundial. Después se dieron procesos de modernización y desarrollismo,

³ Jorge Durand afirma que hay una continuidad discursiva de la denominación peyorativa para América Central como repúblicas bananeras de fines del xix y principios del xx con la actual de Triángulo Norte, aunque ésta hace referencia a la selección de los tres países e incorpora la figura amenazante del migrante irregular (2020).

⁴ “Mamita Yunai” es la novela del costarricense Carlos Luis Fallas de 1941, una crítica de las plantaciones de banano de la *United Fruit Company* en Costa Rica.

de expansión de la frontera agraria y revolución verde en que ciertas capas burguesas urbanas y rurales –también indígenas– entran a procesos de ascenso social y reclaman otras reglas de juego en el orden político para una mayor participación. Pero el enquistamiento de sus élites ante estas transformaciones sumergió a la región en luchas fratricidas.

Guatemala, El Salvador, Honduras se vieron envueltos además por el contexto de la guerra fría. El conflicto se generalizó en la región con la guerra de tierra arrasada en Guatemala y el levantamiento del Frente Farabundo Martí en El Salvador, mientras en Honduras no hay una guerra interna reconocida, pero la contra se organiza desde aquí frente a la Nicaragua sandinista.⁵ Es una Honduras militarizada donde coinciden tres fuerzas: la hondureña, la estadounidense y la contra.

Las guerras contrainsurgentes de inicios de la década de 1980 obstaculizaron la movilidad social. Estos enfrentamientos sangrientos y las consecuencias sobre sus poblaciones son cruciales para explicar las salidas de centroamericanos hacia otro futuro en Estados Unidos, en especial guatemaltecos y salvadoreños, aunque ya se venían dando previamente. Los primeros también salieron en masa buscando refugio en México, en ese entonces se hicieron presentes las redes nacionales e institucionales y se dio cierto apoyo y reconocimiento internacional a ambos países, que no ha vuelto a producirse.⁶

A finales de la década de 1980 se vislumbra el cambio de paradigma del modelo político y económico. En 1992 se firmaron los Acuerdos de Paz en El Salvador y en 1996 lo hacían en Guatemala. Pero los procesos

⁵ Nicaragua no alcanza los niveles de violencia de Honduras, El Salvador y Guatemala, seguramente por el peso de la Revolución Sandinista que dejó ciertos marcos organizativos, la reforma de la policía, el sistema jurídico y el decomiso de armas; además la experiencia migratoria de los nicaragüenses se dirige a la vecina Costa Rica y no tanto a Estados Unidos.

⁶ México recibió a más de 40.000 personas que tuvieron que cruzar su frontera con Guatemala durante la guerra de tierra arrasada desarrollada por el General Ríos Montt en 1982.

de pacificación y de instalación de democracias formales no llegaron a enfrentar los pendientes que provocaron las guerras que van a quedar irresueltos. La transición política y el recurrente sueño de un futuro promisorio fueron un despropósito porque el proceso de paz coincidió con la apuesta de las élites por la apertura a la globalización y se abandonan los esfuerzos por la independencia judicial y la desmilitarización de la “seguridad”.

Los procesos de paz pronto derivaron en un posconflicto armado. Según se retoma cierta “normalidad” de democracia formal con presidentes civiles, las luchas ideológicas se diluyen pero la violencia represiva del Estado se transforma en una violencia “social” y en guerras territoriales en un contexto de continuidades de estructuras de poder.

Los países de Centroamérica emergen como una región más integrada a Estados Unidos y articulada a su mercado, también más dependiente y alineada políticamente (Morales, 2007). Su inserción subordinada a la globalización les mantiene como economías exportadoras, ahora también de cuerpos de trabajadores migrantes que entran a una lógica perversa con el sacrificio de sus ciudadanos, mientras sus países reciben remesas y logran con ellas la estabilidad macroeconómica (ver Cuadro 1).

En la región se aplican las recetas neoliberales al extremo. A nivel mundial se producen medidas de ajuste estructural y el patrón de sustitución de importaciones en América Latina es traslapado por el de inserción al mercado global desde la exportación de materias primas y recursos naturales: una penetración incontenible del desarrollismo neoextractivista y sus megaproyectos (FM4 Paso Libre, 2017; París, 2018).⁷ Este modo de

⁷ La gubernamentalidad neoliberal se refiere a un orden económico y político donde los países de Latinoamérica regresan a la exportación de productos primarios, a ser “exportadores de naturaleza”. La lógica de acumulación conlleva la dinámica de desposesión de tierras y de recursos y la planeación de macroproyectos para el traslado de las materias primas con puertos, corredores de carreteras, aeropuertos, o la instalación de grandes servicios para el turista. Las corporaciones transnacionales monopolizan este protagonismo y un poder incuestionable sobre los Estados nacionales, que gestio-

producción provoca la fragilización de la tierra que los expone a consecuencias devastadoras con el paso de huracanes y otros “desastres naturales”. El contexto neoliberal facilita el desarrollo de los nuevos rubros económicos propios del capitalismo gore (Valencia, 2010): secuestros o asaltos, prostitución, robo de vehículos, narcotráfico, tráfico de armas, contrabandos, transas variadas, industrias de despojo como la maquila, las mineras, las hidroeléctricas o agroindustrias como el azúcar, algodón y la extensiva palma africana, también el turismo entendido como depredación, generando nuevos sectores enriquecidos y en la disputa que muchas veces requieren su autoprotección armada y, con ello, la proliferación de agentes armados legales e ilegales.

Cuadro 1. Indicadores seleccionados por país de la región norte de Centroamérica (de Nájera y Rodríguez, 2020)

Indicadores demográficos			
	Guatemala	Honduras	El Salvador
Población 2015	16 252 429	9 112 916	6 325 124
Edad mediana	21.3	22.5	25.7
Porcentaje población en edad laboral	57.1	59.8	60.7
% de población dependiente	42.9	40.2	39.3
Esperanza de vida al nacer	72.4	72.9	72.6
Saldo neto migratorio	-0.649	-0.35	-7.707

Fuente: CELADE/CEPAL y World Population Prospects, en Nájera y Rodríguez (2020: 35).

naron su complicidad con este proyecto capitalista neodesarrollista (ver Svampa, 2012 y 2013). Así los territorios son claves, están en la mira de las corporaciones y, con ellos, los cuerpos que habitan en estos espacios.

Indicadores económicos			
	Guatemala	Honduras	El Salvador
PIB per cápita en dólares (promedio 2015-2017)	4 270.2	2 406.3	3 788.5
Porcentaje de remesas en el PIB (promedio 2015-2017)	10.3	18.1	19.3
Tasa de participación laboral (promedio 2015-2017)	60.8	58.2	62.1
Tasa de desempleo (promedio 2015-2017)	3.5	11.1	5.2

Fuente: con base en información de CEPALSTAT y CEPAL, en Nájera y Rodríguez (2020: 45)

Indicadores sociales			
	Guatemala	Honduras	El Salvador
Porcentaje de población en pobreza ⁸	67.7	74.3	41.6
Porcentaje de población en pobreza extrema	46.1	50.5	12.5
Coefficiente de GINI	0.54	0.48	0.42
Porcentaje de analfabetismo	18.7	11.0	11.9
Promedio de años de estudio de la PEA	6.1	7.0	8.1
Tasa de homicidio –por cada 100 000 hb- (2017)	26.1	42.8	60.0

Fuente: con base en información de CEPAL, en Nájera y Rodríguez (2020: 52)

⁸ Para Guatemala y El Salvador los datos son de 2014; para Honduras de 2013.

Se facilita también la corrupción por saqueo del dinero público. Las renovadas fuerzas capitalistas producen otras articulaciones, políticas, relaciones, geografías, culturas. Las medidas de *laissez faire* favorecen la debilidad institucional y la injerencia y participación más directa de la élite económica y otros grupos emergentes en estructuras partidarias y estatales, dejando como resultado un (des)equilibrio enorme, que coloca al Estado en el centro de las disputas, especialmente a partir de las infinitas modalidades de canalizar privilegios y recursos para el beneficio particular.

Es la omnipresencia del “Mercado Libre” en países sin sectores sociales amplios que pudieran incorporarse al consumo. Mientras hacen su aparición los centros comerciales más glamurosos y hay crecimiento económico, la mayoritaria población queda subordinada a las políticas de austeridad y exclusión, sin acceso a empleos dignos, condenados a las listas de espera en salud y a la falta de medicamentos, a procesos de descampesinización, al desmantelamiento de la ya precaria educación pública.

En un análisis en que se enfatiza la importancia de los factores demográficos de la emigración centroamericana, Nájera y Rodríguez (2020) resaltan que ya no es un perfil tan explosivo en cuanto al crecimiento de su población y que se trata de una población joven económicamente activa (15 a 64 años) con menos menores y menos adultos mayores. Esto, que podría suponer una oportunidad como “bono demográfico”, se convierte en una “pesadilla demográfica” por su escasa capacitación y educación—menos de 8 años de escolaridad— y la precariedad del mercado laboral extensamente informal, lo que les lleva a salir para buscar mejores condiciones de vida. Además señalan la persistencia de la concentración de la riqueza y de las condiciones de pobreza (ver Cuadro 1).

Seguramente Honduras es el país que habría que explicar mejor por su claro protagonismo en las actuales expulsiones. Es el que representa de forma más clara la dependencia persistente como “república bananera” con gobiernos corruptos y alineados, una economía limitada de exportación de productos agrícolas básicos y unas élites que concentran la riqueza. Su descomposición acelerada es más tardía quizás por la misma

presión y mando de Estados Unidos en este territorio militarizado donde las fuerzas armadas mantienen un enorme poder; al mismo tiempo, es calificado como un narcoestado en que su clase política está involucrada en el tráfico de droga, como es el caso de “Tony” Hernández, hermano del actual presidente Juan Orlando Hernández, preso en Estados Unidos y ligado al Cártel de Los Cachiros.⁹ El narcotráfico es un protagonista central en el entorno criminal hondureño desde la década de 1980, cuando se financiaba la guerra antisandinista y contrainsurgente. Hoy Honduras es la ruta de paso del 90% de la cocaína que se dirige a Estados Unidos.

El golpe de estado del 2009 contra el presidente Manuel Zelaya, apoyado por Estados Unidos, cierra de forma abrupta sus gestos reformistas, su acercamiento a la alianza bolivariana y a la posibilidad de contemplar la reinserción social de las pandillas y sume al país en la violencia política. Con los gobiernos de Porfirio Lobo (2010-2014) y de Juan Orlando Hernández desde 2014 hasta ahora se refuerza un modelo militar de seguridad ciudadana al mismo tiempo que aparecen grupos paramilitares y la represión social se acentúa.

Se puede decir que en la región norte de Centroamérica se establece una condición de precariedad extrema como una experiencia generalizada y normalizada dentro de un insoportable régimen de violencias consecuencia de la creciente desigualdad y de esa metamorfosis de los poderes armados que permiten su reproducción y la de las élites.

Las colonias rojas en Centroamérica y la violencia cotidiana¹⁰

Los programas de ajuste estructural van a profundizar procesos de exclusión social y de pobreza al aterrizarlos en las ciudades fracturadas de Latinoamérica (Koonings y Kruijt, 2007; Camus, 2015). Los escenarios populares son parte de la geografía de la violencia como áreas “rojas” de crimen y marginalidad por la “retirada combinada del Estado y del

⁹ Ver los múltiples reportes sobre esto de Insigth Crime.

¹⁰ Basado en FM4 (2017a).

mercado” (Auyero, 2001: 21). Son lugares donde se exhibe la distribución desigual de la violencia (Savenije y Eekhoff, 2003).

La violencia política de los 80 –y previa– se ha transformado en una violencia criminal armada donde las víctimas y victimarios son, principalmente, jóvenes varones. Sobre el sector juvenil se hace recaer la fuente de todos los males, son vagos, mareros, drogadictos, delincuentes..., aunque no todos los actos de violencia se puedan achacar a este grupo de edad. La juventud ha pasado de ser la esperanza de la sociedad a ser la amenaza: de ser identificadas con el comunismo pasan a serlo con el marerismo. Entre los efectos de esta condición de sobrevivencia y destitución social se encuentra el generarse identidades desacreditadas (Valenzuela, 2015).

La vida cotidiana en las “zonas rojas” de la hiperurbanización es invivible por producirse en un proceso acelerado y extenso. Es una convivencia hacinada, en la competencia por el espacio vital, en el abandono por parte de un estado desmantelado. En ella la exclusión de todo ámbito –político, sociocultural, económico– facilita la estigmatización de toda su población. Por otro lado, el *apartheid* de los barrios zonas grises pasa por su racialización que “justifica” la comprensión de sus habitantes como contaminados, estigmatizados, focos rojos que hay que aislar y reprimir (Auyero, 2001).

El fuego cruzado, las ventas de narcomenudeo, los muchachos tomando y drogándose, las persecuciones, ejecuciones y linchamientos en las calles, los tiros en la noche, los robos y asaltos frecuentes, las borracheras, las violaciones, las extorsiones, los gritos y golpizas, son parte del día a día en los espacios de las “orillas” de las ciudades. También lo son los camiones de agua, el deficiente transporte, el lodo y el polvazal, la basura regada, la lejanía de los hospitales, las escuelas desvencijadas... Hay miedo al vecino, al desempleo, la falta de transporte, el secuestro, las balas perdidas. Muchas personas sufren de stress, insomnio, angustia, el sonido de una moto les genera pánico al asociarlo a robo de celulares y a asesinatos.

Estos territorios son zonas de guerras, de alambres de espinos, de tiendas y viviendas enrejadas, de sacos terreros y tambos de cemento

obstaculizando el paso. Diversos actores de violencia que son grupos masculinos armados, como las pandillas, policía, vecinos empoderados y armados, grupos delictivos locales, vendedores de crack, mariguana o coca, han forzado a la población a la reclusión y el encierro. También las fuerzas de seguridad y paralelas y vecinos en connivencia se ocupan por temporadas de razzias de “limpieza social” –que son ejecuciones extra-judiciales– y utilizan estas periferias, muchas veces de barrancas y de basureros abiertos, como botadero de cadáveres. Además, se han dado programas de militarización de las colonias, pero solo para que continúen apareciendo cuerpos y se mantengan las extorsiones. La desconfianza hacia la policía es total, su corrupción y las implicaciones de sus agentes en los mismos grupos criminales y de extorsión hacen peligroso llegar a las comisarías a denunciar.

Ailsa Winton señalaba que en la violencia de Centroamérica se observa como “una amplia gama de instituciones y grupos violentos –estatales, privados, civiles, formales, informales, criminales– están *inter-conectados* a diferentes escalas y del *arraigo sistémico* se relaciona con la *permanencia* y la *consolidación* de estos grupos en un contexto local de altos niveles de violencia institucional” (2011: 114).

El sufrimiento, la violencia, la sangre, los cadáveres botados en las vías públicas, las cintas amarillas que circundan la escena del crimen se han naturalizado de tal manera que para muchos no provocan compasión ni solidaridad. Con el tiempo, los pocos espacios públicos: parques, baldíos, planchas, esquinas, han sido tomados por los jóvenes pandilleros que, de alguna manera, los han privatizado. La población tiende a recluirse en sus viviendas y se sale a lo imprescindible. La violencia omnipresente hace que se respire un aire enrarecido y denso, cunde la desconfianza entre el vecindario y los centros de socialización se ven desolados. Iglesias y escuelas, que serían espacios de protección, solidaridad y socialidad, se encuentran sin herramientas ni recursos para enfrentar los efectos de la violencia sobre feligreses y estudiantes (Dary, 2016). En las tardes noches no hace falta toque de queda oficial: el tránsito es inexistente y la

oscuridad por falta de luminarias acompaña aún más la impunidad. Las colonias de las ciudades centromericanas parecen convertirse en “comunidades imposibles” por la sospecha interna, el miedo y la inseguridad.

En el escenario de “las periferias” de las ciudades centroamericanas la ortodoxia y lo políticamente correcto no son pertinentes. Son espacios complejos donde sus habitantes y otros actores e instituciones se mueven, emparentan, cruzan, intervienen, vadean, transmutan, entre diferentes circunstancias y papeles que son difíciles de evaluar éticamente. Hay una convivencia e imbricación entre delincuentes, victimarios, viudas, huérfanos, funcionarios, extorsionadoras, trabajadores, sicarios, amas de casa, policías, y de articulaciones capilares entre diversos grupos armados oficiales y no oficiales. Por todo ello, son también parte de ese escenario de zona gris que exponía para México, aquí con ciertas especificidades, como la presencia de las pandillas y su régimen de extorsión, y también similitudes, como las que introduce la economía política del narcotráfico.

La violencia intrafamiliar¹¹

Estas violencias comunitarias en el exterior de los escenarios de la exclusión se mantienen en simbiosis y en un continuo con un complejo “adentro de lo social”, la violencia doméstica en el ámbito privado es un “secreto” a voces, donde nadie del vecindario se anima a entrar. El caso es que no hay lugar seguro, las viviendas pueden constituirse como el peor infierno por la violencia masculina dentro de la familia: sea sobre la madre o mujeres, sobre menores o ancianos.

La composición familiar es una realidad de arreglos diversos con hijos de diferentes padres y madres, entenados, poligamias, orfandades, o abuelas, hijas y nietas en convivencia. Las familias son enredadas y llenas

¹¹ Violencia intrafamiliar serían “los actos u omisiones que atentan contra la integridad física, psicológica, sexual o moral de cualquiera de los integrantes de una familia; conlleva: 1) que sea recurrente y/o constante, 2) que sea intencional, 3) que implique un acto de poder: control, dominio o sometimiento, y 4) que exista una tendencia a mayor gravedad de las lesiones infligidas (Herrera y Molinar 2010: 213-214).

de tensiones, pero se crean fuertes lazos afectivos basados en la sangre que permiten, por ejemplo, reconocerse como hermanos, a pesar de ser de padres o madres diferentes; identificar a un ancestro, que tiende a ser el abuelo, suficientemente cercano y lejano; dándose una preocupación por los apellidos que muestra que existen una conciencia y un deseo de referencia.

El fuerte impacto del “abandono” en sus miembros se mantiene por la persistencia de las consuetudinarias prácticas masculinas de la prostitución, la bigamia, la infidelidad y la cantina. También se mantiene por otras circunstancias desgarradoras como las diásporas familiares por el contexto político que llevó a la violencia política con exilios, desapariciones, secuestros y persecuciones o la emigración a Estados Unidos. Así la inestabilidad del núcleo familiar es intensa. Dentro de ello es importante destacar el papel de la mujer por las responsabilidades que ha debido asumir y que, de hecho, asume.

Todos los integrantes se ven involucrados en conflictos a lo largo del ciclo familiar. Los niños son un enorme sector afectado, no pueden salir a jugar a la calle, ni a hacer recados a las tienditas ni a recoger las tortillas, y llegan a las escuelas escoltados por sus parientes. Muchos de ellos se ven encerrados mientras sus padres, o la madre –son muchos los hogares monoparentales– salen a trabajar o están ausentes porque salieron –normalmente el varón– a probar suerte a Los Estados. Como las mujeres, también pueden encontrarse en el centro de la violencia masculina intrafamiliar.

La fuerza de la ideología de la supremacía patriarcal sobre hombres y mujeres parece dificultar la constitución de relaciones de pareja medianamente horizontales y equitativas. A los hombres les cuesta escaparse de los estereotipos de género y muestran una misoginia profunda y una gran incapacidad e ignorancia para ver y entender a las mujeres fuera de unos esquemas que ya no aplican. Aunque, la precarización del trabajo y el desempleo masculino hacen que las mujeres asuman más responsabilidades movidas por el ideal de mujer y de madre, ellos siguen queriendo imponer el poder que les otorga su papel como proveedor económico

que les confiere los derechos al interior del hogar, prestigio al exterior y les permite abusos relacionados con ser hombres como: “la infidelidad, no dar cuentas de sus actos, limitar el ingreso o gastos personales de las mujeres, disponer del tiempo de los demás, dar permiso para visitar a los parientes, e inclusive, en un caso, el abuso sexual a menores es visto como algo normal o natural” (Herrera y Molinar, 2010: 226).

Para los adolescentes, la presión es fuerte porque ahora las pandillas buscan reclutar más miembros para sostener su sobrevivencia y la de sus allegados. Los muchachos desde muy temprano están en su mira y, si son reclutados o se brincan –pasan el ritual de acceso a la pandilla–, entrarán a ejercer de halcones o a cobrar las rentas o extorsiones. Las muchachas, como veremos, sirven como botín sexual y para otros servicios.¹² No todos los jóvenes están metidos en pandillas, pero conviven con ellas y los pandilleros pueden ser sus vecinos, sus primos, sus compañeros de escuela o de deporte.

Los feminicidios

A pesar de los avances en materia de marcos legales para penalizar la violencia contra la mujer, Honduras, El Salvador y Guatemala se encuentran en una escalada de muertes violentas de mujeres (Carcedo *coord.*, 2010). Los datos son alarmantes. Según el Observatorio de Igualdad de Género de América Latina y el Caribe de la CEPAL en 2018, las tasas más altas de feminicidios por cada 100.000 personas se producen en El Salvador (6.8); Honduras (5.1); Bolivia (2.3); Guatemala (2.0); México tendría un 1.4.¹³ Los crímenes sexuales son expresiones de una estructura simbólica profunda, de un imaginario de género compartido que busca expresar poder y expropiar a la víctima de su voluntad y del control sobre su espacio-cuerpo (Segato, 2016). Los asesinatos de mujeres no contienen una motivación pasional sino de odio y poder, con vejaciones, crueldad y saña que resultan impunes por la desidia y la negligencia en la recogida

¹² Ver “Yo violada” de Roberto Valencia, 2014.

¹³ <https://oig.cepal.org/es/indicadores/feminicidio> (recuperado el 7 de octubre de 2020).

de las pruebas. Como estamos viendo, en este ambiente se reafirma el sistema sexo-género de la masculinidad violenta y las mujeres se han de mover en un espacio de vida de apartheid de clase, étnico-racial y sexual.

Las mujeres están saliendo de la región norte de Centroamérica por múltiples y traslapados motivos, pero también por la violencia sistemática de género que existe en todo nivel y en todas las relaciones sociales. Las violencias son de carácter físico, emocional, sexual, material o simbólico, en algunos casos todas juntas, y éstas se continúan en el tránsito-éxodo-fuga hacia, supuestamente, una vida más digna. En FM4 se observaba que el patrón más repetido es la fuga por la violencia pandilleril y/o por ser mujeres (FM4, 2017b).

Los victimarios de las mujeres suelen ser personas de sus círculos cercanos, como esposos, novios y otros familiares, y también jóvenes pandilleros, hay que analizar cuáles son los detonantes y cómo operan estos sujetos: violencia intrafamiliar, la cosificación de la mujer y los celos; las maras y sus “rituales”, venganzas y competencias sexuales; incluso generación de psicosis social y miedo para el control de la población y la justificación de políticas de seguridad y militarización; de desestabilización política de parte de los “poderes ocultos” o del aprovechamiento de negocios como el narcotráfico, el tráfico de armas, la trata de personas o la prostitución.

Las pandillas y su masculinidad exacerbada

A finales de la década de 1980, las pandillas juveniles de esquina se juntaban para escuchar música, bailar break dance, chupar, hacían pequeños robos, vendían y consumían algo de droga. Como otros jóvenes de las colonias urbanas centroamericanas combinaban la lógica del trabajo con la del robo, ya que los canales tradicionales de integración y movilidad se mantienen limitados y se diluyen las fronteras entre el trabajo legal e ilegal. Su cambio cualitativo se produce con las deportaciones de pandilleros desde Estados Unidos con el gobierno de Bush (1989-1993) que les dan un cuerpo cultural y organizacional. A partir del 2002 se produce otro salto cualitativo cuando se generalizan las leyes antimaras en Centro-

américa. Los operativos represivos llevan a muchos jóvenes a prisión y estos centros se convierten en cuarteles generales. Las organizaciones salen fortalecidas y profesionalizadas. En su encarcelamiento masivo, los *hommies* requieren de recursos para su mantenimiento en la prisión y el de sus familias, por ello las presiones por incorporar más miembros y por aprovechar a sus cercanos son fuertes (Savenije, 2009).

El énfasis de las políticas estatales en combatir su naturaleza criminal, obvia cómo los pandilleros son parte de las colonias e involucran a importantes porciones de sus pobladores con distintos grados de dependencia económica hacia ellos.¹⁴ La creciente presencia de menores y mujeres involucrados en las acciones de las pandillas –cobro de extorsiones, venta de droga, traslado de armas, vigilancia– muestra su poder de infiltración sobre la población. Y es que “brindan espacios de preparación profesional para sectores cautivos de la población, superan la oferta de las empresas, de los programas asistencialistas, de la buena voluntad de las organizaciones no gubernamentales y se disputan la capacidad de cooptación con los centros religiosos”: son una opción de vida (Reséndiz, 2017: 125).

Las pandillas y sub pandillas se crean como un otros dentro de un nosotros excluido, pero su cultura –como la música del rap, el reguetón y el hip hop, los tatuajes y grafitis, el lenguaje– y las relaciones y vinculaciones a su interior son profundas, por eso es una dinámica de fuertes ambigüedades y contradicciones. Tienen sus leyes, códigos, cultura, lenguaje, formas de accionar y generan una gramática novedosa de exceso y ritualidad con una dimensión expresiva en la violencia que ejercen.

Su mundo de vida se encuentra limitado a ciertos territorios que son la base de sus recursos disputando el mismo sobre las otras pandillas que se localizan en sus límites. El objetivo vital de las clicas, a pesar de

¹⁴ “Las pandillas no se van. Son parte del entramado social, viven ahí, son hijos de unas mujeres que viven ahí y hermanos de hombres y mujeres que viven ahí. Son padres, tíos, amigos de alguna gente que vive en esas zonas. Las pandillas son parte de El Salvador. Las pandillas están tan arraigadas a su barrio, a su colonia, como la tienda de la esquina” (Martínez, 2016: 229).

momentos de tregua, es el enfrentamiento a muerte con las pandillas “enemigas” –para quienes lo vemos desde fuera es una guerra a muerte entre indistinguibles–, la clásica es la Mara Salvatrucha o MS 13 y el Barrio 18, con pandillas menores y subgrupos locales.¹⁵ La división territorial entre ellas es fluida pero radical. Los pobladores son considerados enemigos si atraviesan esas fronteras invisibles, algo que han de hacer si quieren trasladarse a cualquier parte.¹⁶

En sus “reinos” imponen su ley sobre la despreciada población de la que viven y a la que pertenecen. Es una dinámica de poder violento sin proyecto social, de amenaza e intimidación, son omnipotentes y todopoderosos en estos espacios de autoexclusión. “Los pandilleros se afirman, resisten y se ganan ‘respeto’ a través de actividades de trasgresión a la legalidad y de violencia” (Reséndiz, 2017: 117).

También en su rígida y jerárquica estructura la violencia está integrada a las relaciones y al control que se ejercen entre sí. Entre sus integrantes deben probarse continuamente en osadía para ser reconocidos, tienen que mostrarse temibles y comportarse fríos y despiadados.¹⁷ Introducidos en

¹⁵ En El Salvador hay una división interna entre Barrio 18 sureños y Barrio 18 revolucionarios.

¹⁶ “La instrumentalización de la violencia como herramienta de control social por parte de las maras y su voluntad de ocupación del espacio físico y social dan lugar a lo que se conoce como ‘fronteras invisibles’. Ante la falta de presencia estatal en ciertos barrios, las pandillas actúan como autoridad de facto. Se crean así barreras dinámicas y complejas, originadas por la rivalidad entre las diferentes bandas, que limitan los movimientos de la población... En ocasiones, estas fronteras invisibles pueden limitar que la población pueda cruzar una calle o desplazarse a unas pocas cuadras de distancia desde su casa” (MSF, 2020: 13).

¹⁷ El Malvado del Barrio 18 expone al periodista porqué ejerció tanta violencia sobre el cuerpo de una mujer de la Mara Salvatrucha en Guatemala: “Me dice que cada quien tiene que demostrar lo cruel que era. Que es malo demostrar que todavía se tiene corazón. Quitá méritos, te hace un blanco de sospechas. Me dice que ver salir la sangre de la jaina de dos letras [mujer de pandillero perteneciente a la Mara Salva-

una espiral de violencia, la descargan sobre las comunidades donde se insertan, sobre las pandillas rivales, sobre sus propios integrantes, sobre las fuerzas de seguridad del Estado y, como veremos, contra las mujeres. Los pandilleros entienden a la mujer como parte del sistema y no como parte de “la calle”, por ello, al vincularlas a las tareas domésticas, el hogar, la familia, deben reproducir los roles de servicio asignados a la mujer en cualquiera de sus facetas de madre, novia, amiga, puta (Escobar y Orantes, 2004).¹⁸

Las descripciones aportadas por Escobar y Orantes de los jóvenes guatemaltecos internos en los centros de reclusión de menores son crudas en exponer los niveles de sufrimiento social que han pasado y que ejercen (2004). Entran y salen de los centros con fluidez, roban furgones, reparten almuerzos, venden ropa, desnudan a homosexuales por diversión, secuestran a miembros de su propia familia, ultrajan a trabajadoras de maquila a las que pueden matar por no dejarse, se meten de porros –infiltrados violentos– en protestas de la calle, asaltan camiones, asesinan a otros pandilleros, violan niños por venganzas de otros, chupan y se drogan con los cuates.

La extorsión aparece a principios del siglo, se va institucionalizando y hoy se vive bajo un régimen de extorsión sistemático y extensivo impuesto por las pandillas (Fontes, 2016). Funciona a través de la amenaza a la vida, implantando un régimen de terror implacable y cotidiano: para los pandilleros “no hay feriado”, incluso cobran bonos navideños y otros pagos o servicios adicionales. Las “rentas” sobre los mínimos negocios que los

trucha] después que le rebanaran los pechos mientras estaba viva, después de romperle la tráquea con un machete, y después de dispararle veinte veces, era como si cada quien se saciara con ella. Como que cada quien desahogara con ella todo lo que ha vivido” (Valencia Caravantes, 2014a: 188).

¹⁸ Una expresión de supremacía de la virilidad machista criminal de un pandillero la recoge Escobar y Orantes: “dice haber practicado la violación de mujeres junto a sus amigos: la mayoría de ellas trabajaba en una maquila cercana a su casa y algunas fueron asesinadas por oponerse y lastimar a alguno de sus violadores” (2004: 40).

vecinos instalan y sobre otros formales: papelerías, herrerías, tortillerías, abarroterías, llanteras, talleres diversos, panaderías, hacen insostenible la subsistencia de sus propietarios y familias, boicoteando y quebrando el mercado de pobres para pobres.

Pero las maras son una mafia de pobres que no salen de la pobreza, ni van a llevar una vida de lujos aunque les publiciten como estructuras terroristas transnacionales. Las pandillas que han convertido a El Salvador en la capital mundial del homicidio no son sofisticados carteles internacionales. Cálculos basados en cifras oficiales llevan a concluir que los millones que acumulan esas organizaciones no alcanzan ni para que coman todos sus miembros (Martínez *et al.*, 2016).¹⁹ Es impresionante su fuerza para doblegar a la población con el cobro de la extorsión o para paralizar el sistema de transporte en las capitales de Centroamérica, sin embargo, sus inversiones son en taquerías, prostíbulos, restaurantes, ventas de carros usados, puestos callejeros...

Muchas mujeres son reclutadas a la fuerza por las clicas —entre otras razones para fungir como esclavas sexuales—, quizás cada vez más, pero muchas otras lo hacen por su cuenta.²⁰ Ellas, como hacen los hombres, permiten que la violencia conduzca su identidad y buscan instrumentalizar la misma porque les da cierto poder y ventajas al obtener recursos simbólicos y materiales para sobrevivir y por ser un mecanismo de defensa personal. Pueden refugiarse en ella y fortalecerse frente a las agresiones

¹⁹ Los ingresos anuales de la Mara Salvatrucha parece rondar los 31.2 millones de dólares y si se divide por partes iguales entre sus 40.000 miembros, cada pandillero recibiría 15 dólares a la semana y 64 al mes, la mitad de un salario mínimo en el campo. Además los ingresos se usan para otras necesidades: pagar servicios funerarios, abogados, armas y municiones y mantener a los que están en prisión y a sus familias. “Su economía es de subsistencia delictiva” (Martínez *et al.*, 2016).

²⁰ Al brincarse a la pandilla pueden optar por dos rituales: la violación por diferentes mareros o *trenecito*, o los golpes, como los reciben los varones. La primera es asumir su papel como mujeres cuerpo, la segunda supone ponerse a la par de ellos, demostrar que son fuertes y que pueden producir violencia (Reséndiz, 2017).

de su entorno, muchas veces provocado por las mismas pandillas. Para Reséndiz al incorporarse al grupo resignifican las agresiones que han sufrido previamente (2017: 68).

Imagen 12. Pareja de jóvenes huidos de las pandillas



Ellas rompen estereotipos de género, transforman su devenir, rechazan lo que la sociedad asigna y toman el espacio público, pero en esta dinámica ellas son sujetas y no actrices (Reséndiz, 2017). Al entrar a las pandillas asumen también su subordinación al rígido y hasta atávico sistema patriarcal que los pandilleros manejan y cooperan con sus reglas de violentar y con la dominación masculina.

Además de las labores como mujeres de cuidado, reproducción doméstica y de compañeras eróticas, las pandilleras tienen funciones y responsabilidades operativas. Ellas han de ser osadas, pero no las remuneran ni les dan reconocimiento como a sus pares masculinos. Ocupan un lugar secundario y no alcanzan puestos altos en la jerarquía, apenas se sabe de

mujeres palabreras; no pueden tener parejas que no sean de la clica, mientras los hombres sí tienen jainas o parejas no pandilleras. Intervienen en operativos contra otras mujeres –feminicidios– en sus violaciones, sus secuestros, homicidios; además pueden servir de mulas, participar en robos y en cobros de extorsiones... Al revés, los cuerpos de las mujeres –pandilleras o jainas u otras– sirven para la venganza de las pandillas entre ellas, o entre los miembros de la misma pandilla para imponerse respeto.

El siguiente testimonio es una buena síntesis de lo expuesto: “Yo me gané el sitio dentro de las filas. Era ruda y valiente. En general, a las mujeres nos toca hacer casi lo mismo que a los hombres: robar, vender drogas, armas, organizar algún secuestro y asesinar, claro [...]. En el barrio era parte de la rutina, de la forma de socializar, de sobrevivir. A mí nadie me dijo que era bueno o era malo. A los 12 años aprendí a ser una asesina, pensaba que era la mejor forma de defenderte, de ser del grupo fuerte y no del débil” (Pérez Domenech, 2015).

Recursos y grupos criminales según países

Las pandillas o maras tienen una naturaleza flexible y compleja, según su manejo del territorio, la organización y la forma de obtener recursos. Pero hay diferencias entre el comportamiento y el accionar de las pandillas según los países (basado en Argueta, 2016). En Honduras las clicas se mueven en torno al narcomenudeo, pero su poder y su constitución armada son tan sólidas que se permiten negociar con los cárteles grandes de trasiego de droga. Quizás el país donde se ve más claro estas conexiones entre cárteles narcotraficantes y pandillas locales es en Honduras. Aquí están ampliando sus inversiones como empresarios en otros campos económicos: transporte, panaderías, licorerías, incluso algunos miembros están alcanzado estudios superiores.

En Guatemala los recursos son más diversos –droga, extorsiones, sicariato, contrabandos, asaltos, robo de tráileres– y las pandillas tienen que disputarlos con otros actores armados, desde delincuentes locales hasta mafias de exmilitares que tienen un amplio y riguroso control sobre cual-

quier tipo de economías paralegales. Son pugnas que se desarrollan en los barrios, en el territorio nacional y en el control de los penales.

Por último, en El Salvador, el trasiego de droga no es tan productivo porque no forma parte del corredor del narcotráfico, en su territorio las pandillas se centran en el cobro de las extorsiones, sus disputas territoriales son encarnizadas y monopolizan y protagonizan el centro delictivo que son las cárceles.

En todos estos países, en sus centros capitalinos y ciudades medias, la vida cotidiana barrial se ve profundamente afectada por la presencia e imposición de la lógica pandilleril. La vía de escape a esta vida de pandilleros es muy difícil, quizás la conversión religiosa como evangélicos y su dedicación a la misma o la fuga a Estados Unidos. Una acción radical de violencia y despojo por parte de las pandillas es la expulsión de los propios miembros de la comunidad a la que pertenecen todos (ver Martínez, 2016). La relación de estos ambientes con la migración forzada es evidente y dramática para sus vecinos. Las maras han provocado el desplazamiento de personas que salen hacia otras colonias de las ciudades o, como veremos, a probar suerte hacia Estados Unidos (Winton, 2018). De manera que los vecinos deben optar por el encierro o por el destierro.

Las pandillas y otros actores masculinos armados intervienen en generar un ambiente de canibalismo social donde opera la ley del silencio como estrategia de sobrevivencia: ver, oír y callar, pero también la necesidad de someterse a la extorsión, y, junto con instituciones del Estado y del poder político y económico, provocan una sociedad de víctimas por las violencias múltiples, donde se resienten los defectos políticos de la corrupción, incompetencia, brutalidad e impunidad.

Y de estos espacios de zona gris, de confusión entre víctimas y victimarios, de abusos sobre las mujeres y feminicidios, de ejecuciones de jóvenes, de exceso de muerte, proceden buena parte de los migrantes en tránsito. Muchos han sido parte y/o cómplices y/o vecinos y/o víctimas de estos grupos ya que sistemáticamente buscan sonsacarlos desde niños para introducirlos a su familia, sus *hommies*, sus lógicas.

El despojo histórico de los recursos en el ámbito rural

Quizás sea en las áreas rurales donde con más claridad encontramos la expulsión del territorio por las nuevas lógicas económicas (Sassen, 2015) y con ello las diásporas y la destitución de la pertenencia y de la vida social históricamente construida.

El actual estado de dismantelamiento de los territorios y sus poblaciones exige retomar la narrativa histórica. El drama del desplazamiento de la población rural en los países del norte de Centroamérica es parte de un proceso que viene de siglos, más en el caso de los pueblos originarios que sufren el despojo de sus tierras y progresivas limitaciones en el manejo de sus recursos.

La dramática actualidad en las áreas rurales y comunitarias se acompaña por la sombra de los traumas y heridas de las guerras recientes y la militarización antes y ahora, el cambio climático y la crisis crónica del campo que provoca migración interna y la salida masiva hacia Estados Unidos; y, recientemente, por los efectos de las estrategias de división y complicidades de las empresas extractivas. El campesino minifundista se ha visto obligado a sembrar en laderas inaccesibles, a ser rentista de sus tierras para grandes compañías agrícolas de exportación, a sembrar sus semillas mejoradas o a ser parte de los asalariados y jornaleros de estas corporaciones.

En los albergues vemos pasar a muchas personas de extracción campesina. La mayoría de los entrevistados comentan las dificultades que sufren por las afectaciones de la roya en el café en sus terrenos, por la sequía implacable o las inundaciones por huracanes, pero no los identifican como un hecho concreto y es que la pérdida de tierras y de cosechas han sido producto de procesos largos.²¹ Como señala Lorenzen, hay que distinguir entre las causas subyacentes y las inmediatas: “la causa subyacente de la migración de una persona podría ser la existencia de un

²¹ “Se estima que en 2018, las condiciones de sequía de Centroamérica causaron la pérdida del 82% de los cultivos de maíz y frijoles en Honduras, dejando a casi 3 millones de personas expuestas a la inseguridad alimentaria” (OIM, 2019: 112).

conflicto político violento en su lugar de origen, aunque la causa inmediata podría ser la pérdida de los medios de sobrevivencia (el negocio familiar u otro) y la separación familiar a raíz de ese conflicto, por lo que ese evento de migración en realidad tendría motivos políticos, económicos y familiares” (2018: 721). Aquí las causas subyacentes serían esos despojos de larga data.²²

Por otro lado, Nájera y Rodríguez señalan entre las múltiples causas de migración de Centroamérica la exposición de la región a las consecuencias geológicas y climáticas por encontrarse entre dos sistemas oceánicos. Así entre 1930 y 2011 ha sufrido 291 eventos graves entre terremotos, ciclones, huracanes, sequías, erupciones volcánicas, deslizamientos, desbordamientos de ríos, que han afectado a millones de personas (2020).

Recientemente, en noviembre de 2020, la tormenta Eta y la Iota en mitad de la persistente pandemia de COVID-19 y después de una estación lluviosa copiosa terminó de anegar las tierras de buena parte de Centroamérica desde Costa Rica al sur de México acabando con vidas humanas, viviendas y enseres, animales, cosechas, carreteras y puentes y con comunidades enteras arrasadas por los derrumbes y deslizamientos de tierras. La depredación y deforestación provocada, entre otras causas, por la expansión de la palma africana, la ganadería extensiva, las hidroeléctricas, los proyectos de minería han facilitado la destrucción del paisaje y la degradación ambiental con sus consecuencias en forma de deslaves. Los “desastres” no son naturales y podemos imaginar los efectos que va a

²² Dos ejemplos son el de los pueblos mayas en la Sierra de Los Cuchumatanes en Guatemala y el del pueblo garífuna de la costa de Honduras (Ver Bastos y Camus, 2020 y FM4, 2020). El pueblo garífuna sobresale en los registros de los albergues respecto a otros pueblos originarios de Centroamérica (REDODEM, 2019: 25), mientras los pueblos q’anjobalanos no aparecen de una forma tan marcada en las Casas de Migrantes porque tienen otras estrategias para cruzar México. Ambos expresan la enorme diversidad ecológica y de la construcción histórica de los países que hoy conforman el norte de Centroamérica.

suponer para estas poblaciones que estaban ya insertas en los procesos de descampesinización y desterritorialización.

La insostenibilidad de la vida

Los sujetos centroamericanos invisibilizados que encontramos en México provienen de una constelación de factores violentos que se explica por un contexto histórico de precarización y violencias y el actual capitalismo *gore* y de acumulación extractivista. La vivencia en la contingencia del día a día no solo se produce en el tránsito, en los países de origen se sobrevive en situaciones límites e imprevisibles. Se podría pensar que su experiencia se constituye en un *habitus* desajustado, fruto de ejercerse unas violencias extremas sobre las personas, sus capitales, su ethos de clase, su hexis, y el desplazamiento y el desarraigo continuarán incidiendo en esta línea ya profundamente afectada que tiene una proyección histórica. En términos de Giddens, su seguridad ontológica, ese sentimiento de confianza en las personas cercanas, la familia, el lugar de vida, el trabajo, las rutinas y las tradiciones que nos ofrece seguridad y estabilidad en el cotidiano y que constituye al sujeto, se produce en Centroamérica de forma tortuosa, facilitando la individualización y la competencia (Giddens, 1997).

Juegan en su contra la presión y desestructuración histórica sobre sus vinculaciones sociales y territoriales que impiden un sentido como colectivo de su éxodo y esos cúmulos de desajustes que les dificulta distinguir las múltiples causas de salida. La extensión de formas violentas que se infiltran y se naturalizan en la vida cotidiana y se encarnan e incorporan en los cuerpos es sistemática en la región, sea en contexto rural o urbano.

Los “migrantes” no son necesariamente conscientes de estar inmersos en territorios en disputa y, como Bourgois (2009) señala, hay una problemática invisibilidad de las violencias que fluyen a nuestro alrededor y de sus combinaciones y articulaciones.²³ Sin embargo, si la violencia no

²³ Estas violencias, problemáticas en su visibilidad, fluyen a nuestro alrededor castigando de forma desproporcionada a los sectores vulnerables de la sociedad. Las mismas se

es explícita –persecución de las maras, extorsiones implacables, violencia sexual contra las mujeres– es difícil que los sujetos identifiquen las múltiples razones de la expulsión, esas fuentes de su sufrimiento social sin una guerra declarada, y asuman que salen en busca de empleo y mejores condiciones de vida.²⁴ Esto es interpretado institucionalmente en automático como “migración económica”, una que no es considerada por los protocolos de refugio y asilo, sí por los de deportación. Como dice Parrini, el transmigrante “quizás no conoce los procesos históricos que han marcado su vida, pero los encarna en viajes, huidas y expulsiones, en sueños fallidos y deseos” (2018: 334). Además se encuentra una inocencia en el afrontar el viaje como iluminados porque les va a ir bien, porque Dios está con ellos. Todo lo resuelven, bien o mal, por sí mismos.

La contundente presencia de las violencias provoca un aumento en el desplazamiento de la población que nos permite dimensionar la existencia de otras movilidades en juego.²⁵ Ailsa Winton prefiere denominar este desplazamiento como huida porque se produce por un peligro inminente (2018). Esta autora señala que se produce a nivel local (a otra colonia, o incluso a otra casa en la misma colonia), intra-nacional (a otra ciudad o departamento del mismo país) e internacional (desde El Salvador y

extienden en articulaciones capilares a través de espacios impregnados de poder donde se permean jerárquicamente unas sobre otras, al mismo tiempo que se traslapan horizontalmente, reproduciéndose a sí mismas y a las estructuras políticas de desigualdad que las fomentan e impulsan (Bourgois, 2009).

²⁴ Los académicos insisten en que “el fenómeno de la violencia, de múltiples capas, que afecta a toda la sociedad, desde la gobernanza nacional hasta la vida cotidiana, ha hecho cada vez más difícil reducir su explicación a una simple ecuación de causa y efecto” (de Pécaut, 2000 en Oslender, 2008: 78). Además recordemos la distinción de Lorenzen entre causas subyacentes y causas inmediatas (2018).

²⁵ Además de las movilidades forzadas en que no se cruzan fronteras, debemos tener en cuenta dinámicas intranacionales regionales, las temporales agrícolas y otras.

Honduras hacia Guatemala y desde el Centroamérica hacia México y/o Estados Unidos). Cuando se trata de un desplazamiento internacional el impulso tiende a ser la amenaza, en el caso de desplazamiento interno predomina la extorsión y el reclutamiento forzado. Otra característica significativa es que la mayoría de los desplazamientos fueron evasivos y no planeados. Ya respecto a los perfiles de los desplazados, en los internos resalta la alta proporción de familias de madre y/o padre e hijo(s) (60%) en comparación con personas solas (25%), parejas (10%) y otros grupos (5%). En cambio, el grupo con mayor presencia en el desplazamiento internacional son personas solas (39%), seguido por familias de madre y/o padre e hijo(s) (30%), otros grupos (21%) y parejas (9%) (Winton, 2018: 13).²⁶ Daré seguimiento a estos aportes vinculados estrechamente con las personas que veremos llegar al El Refugio.

Propongo la insostenibilidad de la vida como una forma de abarcar las extremas precarizaciones del mundo contemporáneo sumadas a procesos históricos de despojo y sufrimiento social que arrojan a los sujetos a situaciones límite donde la elección posible se limita a la huida, el exilio, el desplazamiento. Con este término se trasciende conceptos previos como migraciones o desplazamientos forzados que tienden a remitir a causas de salida por violencias explícitas, donde no caben las violencias históricas, las simbólicas, las sistémicas, las climáticas.²⁷ La paradoja a resolver

²⁶ Hay pocos datos sólidos con los que analizar los desencadenantes, impulsores e impactos del desplazamiento interno, movimientos transfronterizos o retornos en el norte de Centroamérica (IDMC, 2010: 55). Para El Salvador se calculan 454.000 nuevos desplazados en 2019 por amenazas, extorsiones y asesinatos perpetrados por grupos criminales; para México el número de desplazados internos por conflictos políticos y territoriales y actividades de grupos armados lo estiman en 345.000 (IDCM, 2020: 56 y 115).

²⁷ Alexander Betts propone el término semejante –quizás más limitado– de migraciones por sobrevivencia, refiriéndose a la situación de países africanos como Congo, Zimbabue o Somalia donde están afectando la crisis medioambiental, la inseguridad alimentaria,

es la hegemonía del norte global en un sistema económico-político global que expulsa a poblaciones del sur global por insostenibilidad de la vida y que, de forma simultánea, impide la vida de los expulsados en otros espacios (Sassen, 2015).

la fragilidad estatal: son las personas que están fuera de su país de origen por amenazas a su existencia para lo que no tienen acceso a un recurso o resolución interna; critica el limitado marco del refugio hoy (2013: 23).

PARTE II

El albergue y los albergados

CAPÍTULO 3

El tránsito de las personas migrantes en una iniciativa católica popular

En este capítulo sitúo la experiencia de El Refugio dentro de lo que es la ruta occidente del ferrocarril junto a otras iniciativas de asistencia y protección a las personas migrantes en el Área Metropolitana de Guadalajara. Luego expongo el entorno en que se produce la constitución de El Refugio Casa del Migrante y las especiales características que se conjuntan y lo marcan hasta ahora: la pastoral social de su parroquia, su vecindario de sectores populares, su cercanía con las vías.

El sistema ferroviario de México y las rutas de “La Bestia”

El tren es un transporte fundamental para las mercancías que hila los puntos significativos de producción y distribución del país. Puertos, pasos fronterizos, ciudades industriales, regiones de agroindustria, son nodos para este tránsito de alto impacto en todo sentido, incluido el cultural. El Estado mexicano ha sido el constructor de las vías del tren y tuvo, en los años posteriores a la revolución, el control absoluto del ferrocarril. A partir del sexenio del gobierno neoliberal de Ernesto Zedillo (1994-2000) se comenzó el proceso de privatización del servicio ferroviario y se dieron ciertos tramos en concesión a diferentes empresas para la carga de mercancías acabando con el servicio a pasajeros.¹

¹ Actualmente solo hay tres rutas de pasajeros que son turísticas y no coinciden con las rutas migratorias: El Chepe que va de la ciudad de Chihuahua al puerto de Topolo-

124

Circulación de vidas precarizadas

rando de ciertas zonas y, recientemente por la vigilancia extrema y represiva del gobierno mexicano para impedir su uso a partir del Programa Frontera Sur implementado en julio de 2014.

Las empresas ferroviarias cuentan además con guardias privados que custodian los trenes y vagones, así como los diversos patios de operaciones, y con los garroteros o trabajadores del tren y de las vías. Ambos son agentes de fuerte violencia contra las personas migrantes. Muchas personas migrantes testimonian que unos y otros los han golpeado, disparado, robado, extorsionado en puntos de la ruta, así que se constituyen en un obstáculo más en el complicado tránsito por el país que hasta ahora ha quedado en la impunidad.

La población migrante en tránsito ingresa a México por múltiples espacios de la franja fronteriza del sur, sobre todo por los estados de Tabasco y Chiapas, colindantes con Guatemala; en ambos se encuentran corredores ferroviarios con estaciones de carga. Por Tabasco, en el municipio de Tenosique, es donde inicia una ruta que continúa hasta Coatzacoalcos en el sur del Estado de Veracruz, para seguir su trayecto hacia la ciudad de Medias Aguas. En el extremo suroeste del estado de Chiapas se encuentra la ruta que nació en la ciudad de Tapachula, pero que fue arruinada por el huracán Stan en 2005. Ahora las personas en tránsito deben recorrer la costa chiapaneca hasta la ciudad de Arriaga, a unos 300 kilómetros, en donde inicia el movimiento ferroviario. Desde aquí pasarán por Ixtepec, Oaxaca, para encontrarse con la otra ruta en Medias Aguas, Veracruz.

A partir de este punto, el eje ferroviario se dirige hasta el Distrito Federal y el Estado de México, en donde se dividen los caminos para dar pie a tres rutas básicas: dos que salen por el centro del país y la del “Pacífico”, también nombrada como la de “Occidente”. Después de Veracruz, el tren pasa por Puebla, Tlaxcala, Estado de México y en Querétaro se divide en dos. Una vía sube a San Luis Potosí y llega al estado de Nuevo León, desde donde se puede optar por alcanzar Piedras Negras (Coahuila) o Nueva Laredo y Reynosa en Tamaulipas. El ramal central

recorre Guanajuato, Aguascalientes, Zacatecas, Durango, Coahuila y Chihuahua para llegar a Ciudad Juárez.

En la ciudad de Irapuato, Guanajuato, se desprende la ruta del Pacífico o de Occidente, que corre paralela a la costa y cruza por los estados de Guanajuato, Jalisco, Nayarit, Sinaloa y Sonora vinculando centros significativos como Tepic, Mazatlán (puerto), Culiacán, Guaymas (puerto), Hermosillo. En Santa Ana se bifurca y se dirige hacia Nogales, Sonora, o hacia Mexicali en Baja California Norte. Es el camino más largo con 4.137 kilómetros hasta esta última ciudad, suponiendo casi el doble de distancia en relación con las otras dos rutas mencionadas.²

En esta ruta, una vez que se pasa Guadalajara, hay una menor presencia de ayuda humanitaria hasta llegar a las ciudades de la frontera norte.

Guadalajara y la ruta occidente

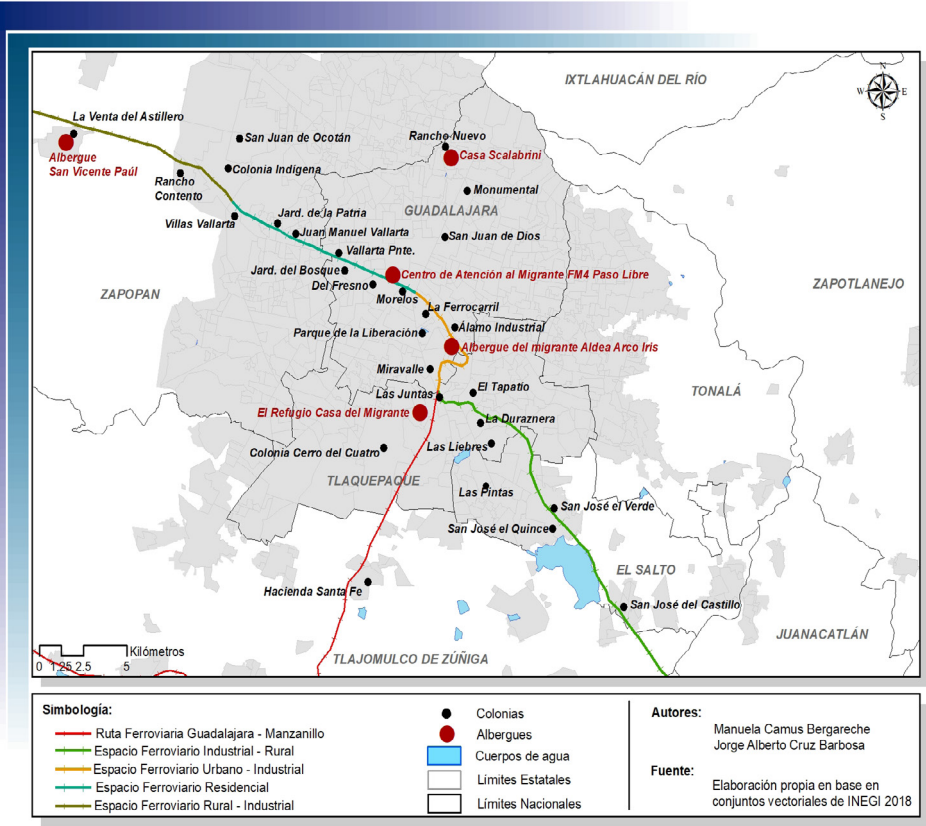
La metrópolis de Guadalajara puede parecer excéntrica a los polos “calientes” que son las fronteras con Estados Unidos y la frontera con Guatemala. Pero esta situación intermedia también tiene implicaciones geoestratégicas y políticas, Guadalajara es un punto entre las dos franjas fronterizas con personas y problemáticas específicas. Como otras ciudades del Bajío mexicano es una zona industrial con ciertas oportunidades laborales y hasta ahora relativamente amable con los migrantes: es un espacio de confluencia de población y de producción. Históricamente ha sido un lugar estratégico como ruta de paso y como centro de un *hinterland* con muchos recursos.

La Zona Metropolitana de Guadalajara es atravesada a través de 40 km por el ferrocarril que es parte del Corredor occidental y se sitúa a mitad camino del trayecto hacia el Norte. La vía del tren divide a la ciudad de este a oeste. Llega desde Irapuato por el municipio de El Salto, hasta Las Juntas, ambos en Tlaquepaque. Aquí sale un ramal por Tlajomulco con destino al Puerto de Manzanillo, Colima, mientras que la continuación se dirige hacia Guadalajara y Zapopan con destino a Tepic, Nayarit, y

² Sobre esta ruta de occidente ver González Arias y Aikin, 2017.

el norte del país. Las entradas y salidas de las vías de comunicación a la metrópoli se salpican de pequeñas, medianas y grandes industrias y bodegas: aceite, harinas, cemento, que incluso tienen carriles propios para cargar y descargar.

Mapa 2. Zona Metropolitana de Guadalajara:
vías del ferrocarril y albergues de atención a personas migrantes



Las Juntas supone el final para sus “pasajeros” que tienen que descender del tren porque éste entra a cocheras privadas de la empresa Ferromex, aunque a veces policías y garroteros hacen bajar a las personas migrantes muchos kilómetros antes por gusto o para asaltarlas.

Una característica de esta ruta es la presencia en ella de poblaciones muy diversas. Desde hace más de 40 años, según los testimonios de quienes viven cerca de las vías, hay personas que han usado el tren de carga para transportarse, campesinos jornaleros y trabajadores se han aupado a los vagones para trasladarse a fincas, puertos, la frontera norte, el Bajío y tantos otros lugares. La figura de “los trampas” es común desde mucho antes que los centroamericanos protagonizaran el subir en los lomos de “La Bestia”, que vimos existe como tal desde 1997 con la privatización del ferrocarril.

Es importante recordar que este corredor enlaza estados y regiones tradicionalmente expulsoras de población a Estados Unidos como Michoacán, Guanajuato, Jalisco, que la han utilizado en su movilidad en ambas direcciones. Además atraviesa importantes regiones de producción agroindustrial, por lo que atrae a una importante población jornalera temporal de Chiapas, Oaxaca, Guerrero, Veracruz a sus campos de tomate, *berries*, uva, pepino, espárrago, nuez, papa, chile en Jalisco, Sonora, Sinaloa, Baja California. Las dinámicas de las cosechas y las fincas movilizan en distintas direcciones a estos trabajadores.

Por otro lado, desde que en la primera década de este siglo se exacerbó la violencia en el este de México: Tabasco, Veracruz, Tamaulipas, que conforman un trayecto más corto, aumentaron los flujos que vienen hacia el oeste buscando una ruta más segura.³ En ese contexto, el fenómeno de la migración en tránsito no es un tema reciente en las complejas dinámicas que se desarrollan en la Zona Metropolitana de Guadalajara (ZMG), pero sí lo es de cara a su visibilización por la población.

³ En Jalisco el control de las vías lo tiene el Cártel Jalisco Nueva Generación que se encuentra en disputa con el Cártel de Sinaloa y se especializa en la fabricación de drogas sintéticas, metanfetaminas, cristal que se mueven a través de los puertos de Manzanillo y Mazatlán a donde llega el tren. Hasta ahora no ha hecho del cuerpo migrante un objeto de secuestro como lo hicieron los Zetas en la franja este de México y otros cárteles en la frontera norte.

Como a tantas otras ciudades y pueblos de México, el tren ha marcado vidas en esta metrópolis. Son diversas colonias las que han crecido directamente vinculadas al tren: la del Ferrocarril, Pueblo Quieto, Las Juntas, El Castillo, y familias de varias generaciones cuyos padres, trabajadores del tren, se instalaron como paracaidistas a las orillas del mismo. Un vecino de las vías en El Salto resume de forma expresiva su experiencia sobre el ferrocarril y lo que ocurre en su entorno:

Ahora [desde su casa a las orillas del tren] visualizo todo lo que está ocurriendo alrededor. He visto cómo bajan de los vagones a los trampas y les destruyen sus cosas, su ropita, sus cobijas, sus pocos recuerdos que valoran ellos. Me ha tocado ver cómo hay individuos desalmados, mafias también, circulando alrededor de las vías en zonas donde saben que pueden cooptar a esa mano de obra regalada para manejarla. Conozco toda la podredumbre que se mueve alrededor de ese ferrocarril y cómo pululan sociedades que viven del ferrocarril. Hay más feria, pues sobreviven robando granos, soya, trigo, semilla de mostaza.

Otros albergues de Guadalajara

Cada albergue en el espacio geográfico de México cobra un sentido diferente para las personas migrantes según la posición que ocupa en la larga ruta hacia la frontera norte, que a su vez los encuentra en una situación anímica distinta ya que se van agotando en el avance del trayecto. Como recoge Heriberto Vega, los semblantes de las personas expresan cómo el camino y las experiencias vividas los van moldeando: de la candidez y frescura que manifiestan en Tapachula, donde aún no se han separado del olor a jabón de su casa y guardan muchas expectativas y esperanzas, a la reserva, desconfianza y a veces miedo que quienes alcanzan puntos intermedios como San Luis Potosí o Guadalajara, ya afectados por la dureza del trayecto; o hasta Saltillo, cuando, exhaustos, deben prepararse para el arriesgado y deseado paso (Vega, 2018). En el Área Metropolitana de Guadalajara ya acumulan muchos desencantos y aún les queda un largo viaje. Como la mayoría de las Casas de Migrantes,

también en Guadalajara actúan de forma autónoma respecto a los poderes políticos que no se han hecho responsables de esta situación.

Guadalajara ha sido hasta ahora relativamente amable con los migrantes. Hay parroquias e iglesias vecinas a las vías con sensibilidad hacia estos transeúntes y son muchos los tapatíos que se acercan por su cuenta a los raíles a ofrecer en directo ropa, comida y otros útiles. Por ejemplo, la señora Margarita López Vega y su esposo tienen un puesto de tacos en el cruce hacia San Martín desde El Verde, allí suelen llegar algunos transmigrantes que quieren juntar plata para poder seguir viaje. Les ofrece de comer porque “todos pasamos tantas desgracias”.

La ciudad cuenta con tres albergues activos. El primero funciona actualmente de una forma muy precaria porque quienes lo han impulsado por más de 30 años no logran encontrar reemplazo. Aun así sigue abriendo en las noches. Son un grupo de mujeres, la mayoría de ellas abuelas, quienes forman parte de las Voluntarias Vicentinas (Asociación Internacional de Caridades), un movimiento internacional inspirado en la vida y obra de San Vicente de Paúl (1581-1660), sacerdote católico francés que tuvo una especial sensibilidad para promover el servicio a los más pobres. Se encuentran en La Venta del Astillero en el municipio de Zapopan, Jalisco, una población aledaña al Bosque de la Primavera, a las vías del tren rumbo a Tepic y cruzada por la autopista a Vallarta.

Su experiencia de servicio comenzó en 1982 a partir de unas misiones realizadas por padres vicentinos. De ahí surgió el compromiso de atender a personas con necesidades, especialmente a migrantes. El actual albergue, el primero en la ZMG, ha sido fruto de muchos años de trabajo. La sorprendente persistencia del albergue en manos de unas pocas mujeres tiene que ver con su dedicación al servicio por mandato religioso, pero también con la colaboración de las familias y la comunidad. El terreno fue donado por la comunidad de La Venta a los padres vicentinos y ellos a su vez se lo traspasaron a las voluntarias en el año de 1985, de forma que su construcción y el mantenimiento de sus actividades ha corrido por cuenta de ellas: “De rifas y tamales hemos hecho esto... Y con poquitas ayudas que

nos mandan. Desde mucho antes, desde siempre” (Hermanas Vicentinas en FM4, 2017a: 128).

Como también ocurre en El Refugio Casa del Migrante: “La gente de la comunidad se involucró en la construcción... Lo que hacíamos eran jornadas de trabajo, invitábamos a albañiles y nosotras los ayudábamos y les traíamos de comer. Y aquí hacíamos la comida para todos, el apoyo de la comunidad ha sido siempre porque a todo lo que hacemos nos responden muy bien. Nos procuran los tamales, nos compran las rifas, los calendarios, todo vendemos para la misma [causa]” (Hermanas Vicentinas en FM4, 2017a: 129).

El segundo albergue es el de FM4 Paso libre que funciona como tal desde 2016. Se trata de una organización civil que es parte de la REDODEM, red promovida por el Servicio Jesuita Migrante. El Centro de Atención al Migrante, CAM, es el espacio más visible del quehacer de FM4 Paso Libre. La organización surgió en 2007 a partir de jóvenes universitarios que habían tenido experiencias en Casas del Migrante, en especial en la Casa del Migrante de Saltillo. El primer punto de encuentro con las personas migrantes se dio en las vías y en equipo con pobladores de la zona que ya daban ayuda a los migrantes. Para mayo de 2010 se abrió el primer Centro de Atención al Migrante, ubicado en la Av. Inglaterra. Consistió en un comedor en el que se buscó dar servicio diario en la tarde. Ahí se brindaba alimentos, ropa, se ofrecía espacio de aseo y descanso, así como atención médica muy básica. En julio de 2015 se tuvo que cerrar este primer CAM por razones de seguridad y durante tres meses se dio atención a las personas migrantes haciendo recorridos en las vías.

El 26 de octubre de 2015 entra en operación el nuevo Centro de Atención al Migrante, ubicado ahora en la calle Calderón de la Barca 468-A. Este lugar ofrecía una estancia de día, aumentando el tiempo de asistencia de las 9 de la mañana hasta las 7 de la tarde, hasta que en diciembre de 2016 se hizo la inauguración del albergue donde ya las personas pueden pernoctar, comer, asearse, realizar llamadas y además se tiene una atención profesionalizada en acompañamiento jurídico y psicosocial. De manera que se caracteriza por su atención integral, también por

su capacidad de generar redes nacionales e internacionales: desde 2018 desarrolla el Proyecto de inserción de población refugiada en la ciudad con ACNUR.

Otro proyecto de apoyo a personas migrantes es el de los Misioneros de San Carlos que se instalan en Guadalajara para 2016.⁴ Ellos, por un lado, desarrollan el Centro Scalabriniano de Pastoral Migratoria donde realizan seminarios y talleres de sensibilización al tema para funcionarios, docentes y otros sectores dentro de una perspectiva de reflexión cristiana. Y, por otro, siguiendo la tradición de su orden, establecen una Casa del Migrante dirigida en este caso a la atención integral a migrantes mexicanos deportados de Estados Unidos. Desde diciembre de 2019 estos sujetos vienen llegando por vía aérea a Guadalajara. Los scalabrinis han hecho un convenio con el Instituto Nacional de Migración, INM, y tienen un módulo en el aeropuerto donde ofrecen sus servicios. Han rehabilitado un espacio en su seminario y, para la pandemia, lo han ampliado y adecuado contando con espacios de confinamiento. Trabajan cerca de El Refugio y del Padre Alberto colaborándose entre ambos proyectos.

Para 2018 se instala en la zona industrial de la metrópolis (calle Metalurgia, Tlaquepaque) La Casa Arcoiris, por el Padre Flor de María Rigoni, misionero scalabriniano, quien ha sido un importante promotor del corredor humanitario de albergues en México. Inauguró el albergue Belén de Tapachula en 1997 y recientemente las Aldeas Arcoiris se inician en la Ciudad de México replicándose en Guadalajara. Este proyecto de un misionero Scalabrini es paralelo y autónomo del anterior y se dirige a población refugiada y deportados mexicanos para capacitarlos e integrarlos al mercado laboral. Sus instalaciones son nuevas, con oficinas, salas y talleres, habitaciones de albergue, ludoteca... Sin embargo no ha logrado poner en marcha estas promesas, ni posicionarse en Guadalajara

⁴ La Congregación de Misioneros de San Carlos fundada en 1887 por Juan Bautista Scalabrini se dirige a mantener la fe católica en los inmigrantes italianos, de ahí su labor se ha especializado en el apoyo a los inmigrantes y refugiados y los scalabrinianos se encuentran en casas de migrantes o centros de atención de derechos humanos.

quizás por sus exigentes requisitos. El Padre Flor de María Rigoni sale de México en 2020, aunque la Casa se mantiene.⁵

El Refugio Casa del Migrante y del Refugiado en Tlaquepaque, a las orillas de la ciudad, es otra iniciativa más de acompañamiento a las personas migrantes. Se realiza como parte de la pastoral social de la Parroquia del Cerro del Cuatro dirigida por el Padre Alberto Ruiz, recibe personas migrantes desde el 2012. En él se centra este trabajo.

El escenario del albergue: la colonia Cerro del Cuatro

El Refugio Casa de Migrantes se ubica en la calle Constitución no. 350. Perteneció a la colonia Cerro del Cuatro que desciende desde el alto de este antiguo volcán por la cara oriente –del que toma su nombre– a través de calles adoquinadas hasta dar con “La Cementera” y topar con las vías del tren que la limitan ya en el valle.

El Cerro del Cuatro es un referente en el horizonte de la metrópolis porque es su punto más alto (1,770 metros) y por ello se corona de muchas antenas de transmisión y medidores de contaminación. Nos identifica el empobrecido sur y un entramado de colonias grises que se encaraman al Cerro empujadas por el espacio ya abarrotado de los valles. En su rededor la cruzan diferentes vías de comunicación que fluyen hacia y desde la ciudad. Por la avenida Gobernador Curiel se viene el Macrobús; la avenida 8 de Julio se acompaña por la línea 1 del tren ligero; el Periférico flanquea el sur del Cerro separándolo del territorio original de Toluquilla al que estaba integrado; y hay que añadir la cicatriz urbana creada por las vías del ferrocarril que atraviesa la ciudad y que encuentra

⁵ Casa Arco Iris se vincula con una línea más cercana al oenegismo, en el sentido de que son especialistas en gestionar donativos y financiamientos bajo el prisma del humanitarismo. En su página web señala: “mantenemos una perfecta sinergia con el INM (Instituto Nacional de Migración), COMAR (Comisión Mexicana de Ayuda a Refugiados) y ACNUR (El Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados). Por los que nuestros alumnos estarán bien respaldados en sus trámites en cuestión” (<http://casasca-labrinigdl.co/>; septiembre 2020).

en la vecina Las Juntas, el lugar de la unión entre la ruta que arriba de Irapuato y El Bajío y el ramal que comunica con el puerto de Manzanillo, Colima. Industrias, bodegas, comerciales, talleres, colonias de autoconstrucción, tianguis, cotos “huevitos” y multifamiliares de vivienda social, se entretejen en un escenario populoso, complejo y sobrepoblado.

Imagen 13. Obras de ampliación del albergue,
al fondo el Cerro del Cuatro



El amplio entorno del Cerro es un espacio de asentamientos irregulares, de paracaidistas, de especulación de tierras y de peligro para las precarias construcciones en la pendiente. Las colonias que lo forman son famosas por su lucha urbana que en la década de 1980 exigían regularización de tierras, acceso a servicios, infraestructura, y que hasta ahora mantienen numerosos conflictos por la ausencia de regulación, de infraestructura y servicios básicos.

Dentro del escenario del Cerro y sus alrededores, “La Cementera” es un punto significativo y reconocible. Esta fábrica es responsable de que

el Cerro forme parte de un área de fragilidad ambiental por los contaminantes que se concentran aquí. Como se instaló antes del arribo de sus pobladores, a pesar de la fuerte contaminación y las enfermedades que genera con el polvo que produce, no ha podido ser trasladada a otros espacios más periféricos. En ella trabajaban muchos de los hombres de la colonia, tanto en la construcción de sus edificios como en la carga de camiones.

Y sin embargo en el Cerro del Cuatro se siguen edificando fraccionamientos como Las Nubes, Las Terrazas, Pedregal del Bosque y Terralta, lo que ha sido denunciado por los vecinos que ven que se terminan sus áreas verdes con fraccionadoras como Inmobiliaria y Desarrolladora Dynamica Casas, Inmobiliaria Habicasa e Inmobiliaria y Desarrolladora Tierra y Armonía. Algunas de ellas denunciadas ya no solo por sus efectos ambientales sino por la mala calidad de la construcción y los problemas por la mala compactación del terreno.

Se trata además de una zona con agudos problemas de violencia urbana y social: robos, violaciones, ejecuciones, venta de droga, pandillas, que la estigmatiza. Crecientemente el entorno del Cerro del Cuatro, es decir, las colonias de este sector de la metrópolis se encuentran bajo el dominio del crimen organizado.⁶ “El cártel controla el Cerro del Cuatro”, afirma Danielle Strickland (2019: 17).⁷ Para muchas de las personas migrantes que llegan al albergue significa que vuelven a encontrarse en parecidos contextos de delincuencia, criminalidad y violencias de los que salieron. Para los vecinos supone vivir en el miedo. “La plaza” reemplaza

⁶ El polígono del Cerro del Cuatro está formado por 56 colonias de Guadalajara, Zapopan y Tlaquepaque (Strickland, 2019: 80).

⁷ La investigación de Strickland (2019) se realiza en tres colonias de la parte alta del Cerro: Buenos Aires, Francisco Madero y Francisco Madero (segunda sección), de la vertiente oeste del mismo, pero la situación que describe es similar a las colonias donde se ubica El Refugio, al este. El Cártel que rige es el Jalisco Nueva Generación, que desde 2008 ha logrado la hegemonía en el país especializándose en la fabricación y tráfico de la metanfetamina, una droga artificial.

Mapa 3. Ubicación de El Refugio Casa del Migrante



La economía del narcomenudeo es implacable, es muy competitiva y la disputa por sus recursos ilícitos, basados en el control por los territorios y sus cuerpos, hace imprescindible la violencia que es un eje ordenador de sus relaciones. En la colonia sus habitantes han visto cómo proliferan las tienditas de venta de cristal y las casas de tortura o “de seguridad” y cómo disminuyen las peleas, los asaltos y los robos, mientras aumentan las disputas por la droga y los homicidios que se justifican como parte de la “protección” que ofrece “la plaza”. Su poder es tal que tiene infiltradas a la policía y otras instituciones de seguridad, justicia o municipales.

Como ejemplo: en el inicio del 2020, el día 6 de enero se abandonó un cuerpo frente a la primaria de Miravalle y en la tarde fueron baleadas cinco personas en el Fovisste, de las que murieron tres. Para marzo se encontró el cadáver de un hombre en un departamento donde al parecer se vende droga; el 7 de abril aparece un cuerpo descuartizado en Miravalle, mientras el 12 de abril se abandona un cuerpo de mujer en una carriola a cuadra y media del albergue, en la avenida de Las Américas; el 11 de septiembre son ejecutados dos hombres y dos mujeres enfrente del Billar, en la misma zona. Estos hechos son parte de un largo historial de esta zona del sur de la metrópolis que continúan hasta hoy como una maldición.

Por último señalar la escasez de zonas verdes en el área, de lugares de esparcimiento, de presencia y acción de ACs, de establecimientos educativos y de salud. En 2019, la municipalidad de Tlaquepaque ha otorgado 55 hectáreas del área natural del Cerro para crear un Centro Universitario de la Universidad de Guadalajara.

Como señala una vecina de la Parroquia, “los pobres nos vamos siempre a la orilla”, pero dentro de esta orilla la colonia del Cerro del Cuatro conserva ciertas señas de identidad que se fomentan desde la acción de la Parroquia de El Refugio. El señor Marín, quien es parte fundamental del albergue como encargado de día por muchos años, cuenta que llegó a la colonia aun bebé, su padre compró terrenos a 10 pesos el metro cuadrado

en 1968.⁸ El promotor del fraccionamiento, Jaime González, no ofrecía servicios urbanos. Entonces “no había nada y estaba lejos”, apenas eran unos ranchitos sin agua ni luz, sin machuelos o empedrados. El espacio de la colonia se ubicaba entre dos arroyos, ahí se lavaban y bañaban en los primeros años. Después, narra Marín, su madre los llevaba una vez por semana a unos lavaderos en el canal de Toluquilla, donde ella aprovechaba para lavar ropa. Los pobladores bajaban donde ahora estaciona el Macrobús porque había dos pocitos para recoger agua potable.

Las Juntas era el centro para esta población y donde llegaban los autobuses; era el fin de la ciudad, aun no existía Miravalle ni la mayoría de las colonias que hoy se extienden por las laderas del Cerro. Allí compraban petróleo para alimentar sus aparatos de luz, también se encontraba el molino de maíz. Todavía era un espacio arbolado y verde, donde “iban al bosque a por leña”.

“Estábamos en la miseria”, dice el señor Marín. La pobreza de los primeros pobladores les llevaba a pepenar en el tiradero de basura de Las Juntas y a aprovechar lo que encontraban para su reutilización en las familias: pelotas, ropa, herramientas, tablas... Esta población tenía sus animales: chivas, puercos, gallinas y guajolotes, y los niños se la pasaban en las calles jugando choya, changas, escondidas. La situación de “miseria” provocaba que los pobladores de Miravalle los corrieran a pedradas cuando bajaban a los camiones, así marcaban la diferencia entre supuestos “ricos” y “los pobres” del Cerro.

El ex-volcán es un escenario propicio para la aparición de una y mil leyendas compartidas que también indican el nivel de identificación de la población. Los bandidos enterraban sus robos en estas afueras de la ciudad y se dan apariciones de la Siguanaba, el Cadejo, el Sombrerón o los duendes. El carpintero de la esquina de la Parroquia evoca cuando uno que estaba cuidando la feria y dormía con su mujer en el tráiler, ella

⁸ Arturo Navarro es llamado Marín, así le pusieron desde niño cuando jugaba al fútbol como portero. Entonces Miguel Marín “El Gato”, arquero argentino en el Cruz Azul en los 70s, era un héroe popular.

se fue a acostar y él quedó afuera fumando, en eso pasó una “muchachona” y, por la lujuria, la siguió. Ella se metió a un baldío y cuando él lo hace le saltó un perro con los ojos rojos. También rememora cuando dos amigos vieron a una viejita flotando por la vereda, por ello uno de ellos se enfermó “bien malísimo”. O como en Semana Santa la familia de Don Beto salió al rancho y él en la tarde vio pasar a una mujer por Miravalle y la llamó “¡muchacha, muchacha!”, cuando ésta se volteó su cara era “pura calaca”, luego se arrepintió: “cómo no me fijé que iba flotando”. Otros, quizás duendes, jalaban de las greñas a una mujer en la noche; o se daban visitas que llegaban y se desaparecían; o hubo quien escarbando un aljibe debió encontrar un tesoro de centenarios porque “luego luego” levantó dos casas a sus hijos.

Parroquia, comunidad y albergue

El albergue de El Refugio llama la atención por ser parte de un asentamiento reconocido por sus niveles de exclusión que, sin embargo, desarrolla un esfuerzo tan generoso como la atención a migrantes en tiempos de regímenes de deportación, violencias y xenofobia (Peutz y De Genova, 2010). Frente a otras Casas de Migrantes, esta experiencia del Cerro del Cuatro de parte de la Parroquia del Refugio, tiene circunstancias y orientaciones esenciales que le ha permitido funcionar hasta hoy y que la hacen un experimento interesante: la solidaridad y simbiosis de este proyecto con la comunidad que, ligada a un trabajo pastoral mantenido en el tiempo, ha generado fuertes identificaciones colectivas y logra hacer al albergue parte de sus señas de identidad.

La Parroquia ha tenido la capacidad de conectar con la feligresía católica de sectores populares que habita en este espacio: “es un tesoro tener a la comunidad de nuestro lado”, dice el Padre Alberto. Como ocurre con las Hermanas Vicentinas, su vocación católica de servicio supera su atención exclusiva a la población migrante que se extiende a otros vulnerables, así en estos albergues reciben a mujeres violentadas, personas desahuciadas, ancianos enfermos. Así se imbrican los apoyos y solidaridades que recibe y gestiona esta Parroquia con la población de la colonia, con las

personas migrantes que arriban al albergue y con quienes llegan a trabajar y/o apoyar al mismo. Es decir, atiende tanto a la comunidad como a “los de afuera”. Veremos que además de una atención pastoral, se reparten despensas y medicinas entre los necesitados, se visita a los enfermos y discapacitados, se ofrece comida a ancianos y a niños, mientras son vecinos quienes tienen a su cargo tareas fundamentales en el albergue o la población migrante resulta activa montando y cargando las despensas de los ancianos, participando en obras comunitarias y actividades parroquiales, de la misma manera que lo hacen voluntarios y trabajadores en el albergue que no pertenecen a la colonia. El mural del Teatro Hundido, a la par de la Parroquia, dice: “porque tuve hambre y me diste de comer, porque tuve sed y me diste de beber, fui forastero y me recibiste, estaba desnudo y me vestiste, enfermo y me visitaste” (Mt 25).

Los inicios de la Parroquia: el Padre Uribe

Al inicio, la Parroquia fue una Capellanía de la Parroquia de Ntra. Sra. de Guadalupe (Las Juntas). El templo dedicado a Nuestra Señora del Refugio se terminó de construir en 1970 y se erigió en Parroquia en julio de 1992, escindiéndose de Las Juntas y atendiendo tres colonias: el Cerro del Cuatro; Guadalupe Ejidal y Miravalle. Tiene dos capillas: San Felipe y Guadalupe.⁹ El primer Padre que se hace cargo de acompañar a esta comunidad del Cerro del Cuatro es Rafael Uribe quien desde adolescente estaba conectado con la colonia y quien se ha mantenido presente ahí hasta su muerte en 2020. Su padre tenía una tienda en Ahualulco donde vendía, abarrotes, telas y material de construcción. El cemento y la cal se traía de La Cementera en el Cerro del Cuatro y Rafael acompañaba de muchacho a su padre en la troca en esta labor. Recuerda que entonces no había calles y, extrañado que otros jóvenes no hubieran hecho la primera comunión, él les enseñaba catecismo en la sombra de “las ramaditas”. Después estudia Ingeniería Civil y al terminar la carrera entra en el

⁹ La Parroquia del Refugio pertenece al Decanato de Miravalle y cubre las colonias Cerro del Cuatro, Guadalupe Ejidal y Fovissste Miravalle.

Seminario. Su preocupación por la población del Cerro del Cuatro se mantuvo y siempre llegó a dar clases de doctrina o, ya prefecto de estudios del Seminario Menor, a dar misa los fines de semana y a bautizar en Las Juntas. Solía desplazarse para ello en una bicicleta de carreras.

En esas actividades su vida se cruzará con la de Miss Cuca, María del Refugio García Brambila, reconocida como una de las fundadoras y bienhechoras de esta colonia.¹⁰ Ella mantenía una obra de acompañamiento y apoyo espiritual: daba clases de catequesis, traía maestros, seminaristas y apoyaba a los niños para que pudieran hacer su comunión. Además recuerdan que celebraba buenas posadas en que ofrecía comida, tacos y juguetes. Con su pensión se las arregló para comprar el terreno donde está la Parroquia y, aunque la capilla inicial se dedicó a la Virgen de Guadalupe, el nuevo templo hace honor a su nombre: Nuestra Señora del Refugio. Es decir, la Parroquia está dedicada a su promotora doña Cuca y no al hecho de que acoja a refugiados, en una coincidencia más propia de los prodigios del lugar.

Doña Cuca hizo grandes esfuerzos por empezar su construcción, mientras también los vecinos se organizaron para pedir aportaciones en los cruceros. Como ingeniero civil el Padre Uribe era parte de la Comisión de Arte Sacro de la Arquidiócesis y, desde ahí, se hizo cargo del diseño del templo y su levantamiento. Luego sería capellán y quedaría ligado de diferentes formas a la historia y desarrollo de esta Parroquia.¹¹ Varios años después de levantar el templo, compraría el terreno de enfrente, donde hoy se ubica la Casa del Migrante.

El trabajo del Padre Uribe se orientó a la obra social hacia una comunidad en la precariedad que buscaba un lugar en las orillas de la ciudad. Él es clave en el despliegue de proyectos, en 1984 acoge a la Promotora de Vivienda Social A.C. (PROVIASO) con la cual se da apoyo al levanta-

¹⁰ Miss Cuca nació en Ayutla en 1908, se jubiló del ámbito educativo público en 1968 y murió en 1992.

¹¹ El Padre Uribe no era el párroco de El Refugio. En esta Parroquia estarán el Padre Salvador Arellano y el Padre Ignacio Virgen, después entrará el Padre Alberto Ruiz.

miento físico de la colonia sirviendo como estructura legal del albergue y para muchas otras actividades hasta ahora. El Padre organiza un sistema de acopio y distribución de materiales de construcción: varillas, cemento, láminas, cal y de facilidades de pago para los pobladores, incluso se contaba con una trituradora de piedras. También impulsó la Mutual de Difuntos Esperanza y Vida y la compra de un carro funerario para la colonia –que se encuentra en funcionamiento– y una cooperativa de consumo.

El Padre Uribe inició procesos de promoción humana con una serie de talleres de carpintería, electricidad, computación, corte y confección, inglés, formación cristiana y humana. Mientras las mujeres recibían talleres de su hermana Aurora y la Asociación Mexicana de Superación Integral de la Familia (AMSIF), “muchacha gente se capacitó en talleres –dice el Padre Alberto–, el Padre consiguió becas para los maestros y para los alumnos y les daban un documento que avalaban que eran técnicos en computación, en electricidad, en fontanería, en fin, diferentes oficios y con ese documento podían ir a una empresa”.

Las personas migrantes de la colonia en Estados Unidos agradecen esta formación porque les facilitó encontrar empleo en este país. Estas mismas gentes fueron parte de la obra pastoral del Padre Uribe, que extendió su acompañamiento y su obra pastoral hasta Los Ángeles, Seattle, Houston... donde pasaba unos dos meses al año. Él dice que era “un apostolado ilegal entre los ilegales” porque oficiaba bautismos y primeras comuniones sin el consentimiento de la iglesia de allí.¹² Servía de intermediario entre las familias transnacionales: con una camarita grababa los mensajes de los pobladores del Cerro del Cuatro y de sus familiares en Estados Unidos, en las convivencias allí y en la Parroquia mostraba las películas de los encuentros y los mensajes de unos y otros que eran momento de mucha emoción. Estos vecinos de la colonia migrantes

¹² Expresión utilizada por el Padre Rafael Uribe ante la negativa de los obispos de Estados Unidos para autorizarle celebrar sacramentos en sus templos, razón por la que decidió acercarse a los espacios de los trabajadores migrantes mexicanos a quienes visitaba anualmente.

en Estados Unidos aportaban dólares para su viaje y para sus proyectos en la colonia.

En 1987 organiza un comedor para niños que llegó a atender 300 menores. El proyecto no se ha abandonado y, retomado por el Padre Alberto, se ha ampliado a los ancianos de la colonia. Mostraré cómo funciona a la par del albergue.

El Padre Uribe, junto con Miss Cuca, logran generar un fuerte sentimiento identitario entre sus feligreses hacia la colonia que se mostraba en las festivas peregrinaciones y misa que se realizaban en la cima del Cerro cada 3 de mayo, algo que se abandonó con su progresiva urbanización.¹³

La Parroquia actual: el Padre Alberto

La llegada en 2006 del Padre Alberto Ruiz a la Parroquia de El Refugio supone el fortalecimiento de las obras sociales siguiendo las directrices del Padre Uribe y sus propias inquietudes. Antes de ser sacerdote, Alberto estudia arquitectura en la Universidad de Guadalajara de donde egresó en 1990. En 1993 entró al seminario y se influenció de su director espiritual que era lector de Leonardo Boff.¹⁴ “Yo leía junto con él a escondidas en el seminario porque era prohibidísimo leer teología de la liberación”. Este conocimiento moldeó la forma de entender su actividad religiosa. Se ordena sacerdote en el 2003.

Su especial sensibilidad por la población en movimiento tiene que ver con sus orígenes familiares, sus primeras experiencias de párroco y la misma cercanía de la Parroquia con las vías del tren. Desde niño estuvo inmerso en el ambiente del tren.

¹³ El Padre Uribe mantendría hasta el final su íntima conexión con la población de la Parroquia del Refugio adonde acudía cada semana a dar misa. Fallece el 13 de mayo 2020, con 82 años, en plena pandemia.

¹⁴ Leonardo Boff es un teólogo brasileño quien es considerado una de las figuras más representativas de la teología de la liberación latinoamericana, en la cual se conjugaba el sentido religioso y del evangelio con el compromiso por la justicia social y una opción preferencial por los pobres.

Mi infancia la viví en Sonora, mi padre era ferrocarrilero, entonces desde que me acuerdo estoy involucrado con las vías, el ferrocarril y los trampas... Mamá y papá vivían en un vagón de ferrocarril acondicionado como si fuera una casa... Llegué a estar en Nogales, viví en la estación del ferrocarril; viví en Hermosillo, en Empalme, en Obregón, en Caborca... mi papá era obrero de las vías del ferrocarril, [nos movíamos constantemente], llegaba la máquina y a toda la cuadrilla de trabajadores había que cambiarlos a otro lado y nos enganchaban. Yo soñaba con ser ferrocarrilero. Entonces para mí oír las vías con los trenes es una nostalgia y una alegría. Aquí está presente el tren. Ver a los migrantes, ayudarlos. Yo vi que mis abuelos, mis papás lo hacían, los migrantes llegaban y tocaban la puerta y pedían que un taco.

Eran jornaleros oaxaqueños o chiapanecos, así como centroamericanos, que acudían a los campos de Sonora, pero también a cruzar la frontera.

Como seminarista participó en una práctica de diseño y urbanización de una comunidad rural en la comunidad de La Capilla, municipio de Ixtlahuacán de los Membrillos, donde también cruza el tren. Allí fue importante su reencuentro con personas migrantes e iba a catequizarlos en las vías. Encontró que “la gente, cuando tiene que cosechar, les da trabajo, les da hospedaje a los migrantes, a veces ocupaban muchos trabajadores porque tienen máquinas trilladoras y la máquina va cambiando de una familia campesina a otra, a otra y otra”.

Cuando llegó a la Parroquia de El Refugio en 2005, el Padre Uribe le avisó: “En el Cerro quedas encerrado, nadie viene a disputar esta Parroquia”. También le enseñó la importancia de la acción social. Y le insistía: “una iglesia que no tiene obras sociales no sirve. Una fe sin obras es una fe muerta. Entonces es muy importante que una iglesia tenga siempre una acción social” (FM4 Paso Libre , 2017a: 115).

En 2020 ya tiene 17 años de estar en el Cerro del Cuatro cuando venía solo por dos meses. En sus primeros años en la Parroquia del Refugio se dedicó intensamente a trabajar con los jóvenes y con la prevención de adicciones. En un momento dado aprovechó las instalaciones del ahora

albergue para acomodar una casa de rehabilitación de drogadictos, el Centro de exdrogadictos “Soldados de Cristo”. Pero se daban muchos problemas entre ellos, al mismo tiempo que la presencia de las personas migrantes era rotunda por la cercanía con Las Juntas donde son obligados a bajarse los furtivos del tren. Así, las personas migrantes “se desbajaban”, dice Juanita de la notaría de la Parroquia, y llegaban a la casa para dormir, bañarse y descansar, junto con los adictos en rehabilitación. También aparecían en las actividades deportivas de la casa cuando se jugaba fútbol.

“Entonces un sacerdote scalabriniano me dijo que no era conveniente eso, que era mejor tenerlos separados”, cuenta el Padre Alberto. El ver a los migrantes “como ovejas sin pastor” le hizo decidirse por dedicarse a ellos a pesar de no haber un mandato del obispo o ni siquiera aparecer esta obra en el proyecto pastoral. La experiencia con la rehabilitación de drogadictos le será muy útil para comprender y asumir el comportamiento de muchas personas migrantes también adictas al alcohol o a algún tipo de estimulantes y con problemas de salud mental, siente que se parecen a los drogadictos y a sus recaídas, que necesitan ayuda personalizada, especializada y rehabilitación.

En un primer momento, el Padre Uribe y el Padre Alberto trataron de montar una casa del migrante directamente en las vías, sin embargo los terrenos no fueron cedidos por el ejidatario aun cuando habían iniciado la construcción. Así que se decidió trasladar el centro de rehabilitación a otra parroquia cercana que ya realizaba esta función. A finales del 2011 se abre El Refugio que entra en funcionamiento para el 2012. Sin recursos y “como Dios me dio a entender” reformó el espacio para atender ahora a la población de personas migrantes en tránsito.

El Padre Alberto tuvo que idear algunas estrategias para dar a conocer la Casa y generar en torno a ella un ambiente de confianza. Se pintaron murales indicando cómo llegar a ella, se dieron volantes a comerciantes de Las Juntas y a los vecinos se les animó a que canalizaran a las personas migrantes hacia la Parroquia. Fue a La Capilla, en Atequiza, donde hizo sus prácticas, y pidió a los vecinos más cercanos a las vías que informaran

de la Casa a los migrantes en tránsito para que se acercaran a ella por hospedaje y comida cuando llegaran a Guadalajara.

Imagen 14. Padre Alberto dirigiendo la construcción del Hábitat El Refugio



Y los padres scalabrinianos le recomendaron: “evangeliza a la gente en las misas, comenta las citas bíblicas que hablen sobre la migración, aprovecha y ve concientizando que el hecho de ayudar al migrante no es un capricho tuyo, sino un mandato bíblico para que la comunidad se involucre y los acepte” (FM4 Paso Libre, 2017a: 112-113). Hoy la asesoría de los Misioneros Scalabrini es continua y están invitados a hablar en las misas. El Padre recuerda a los parroquianos lo que dijo Cristo: “Yo era forastero y tú me hospedaste” y les asegura que las personas migrantes son una oportunidad para alcanzar el cielo y que Jesús siempre compartió con otros. Les muestra que su camino es de los más peligrosos del mundo, en Europa y aquí, pero más cerca, en la Casa del Migrante de la Parroquia “lo vemos y nos toca a esta comunidad, esta realidad toca la comunidad”.

La actividad del Padre Alberto ha sido febril. Entre otras actividades cada mes se hace reparto de unas 300 bolsas de despensas a las fami-

lias más vulnerables y el comedor popular ofrece de comer diariamente a unas 100 personas: niños, discapacitados, hombres y mujeres, llevándose raciones a los enfermos en sus casas. Para sus proyectos sociales desde la Parroquia ha sabido generar toda una red de solidaridades, de pequeños y grandes aportes. La filosofía de “toda ayuda es buena” que practica el Padre Alberto es clave para entender este complejo y, al mismo tiempo, simple funcionamiento. El Padre ofrece cabida a todas las instancias o movimientos eclesiales como la Renovación Carismática o las Comunidades Eclesiales de Base. Trata de que se dé un proceso de “nucleación”, de hacer que trabajen unos junto a otros. Encontramos apoyando a la Parroquia al Movimiento Familiar Cristiano, al Grupo de Cristo Sacerdote, María Misión Oficial, a los Scalabrinianos, a Parroquias como San Juan Macías, Sta. Rosa de Lima (Las Águilas), San Pablo Las Fuentes, San Alfonso María de Ligorio, Sta. Clara de Asís, Ntra. Señora del Sagrario, la comunidad de San Egidio, los Misioneros Guadalupanos, Misioneras de la Eucaristía, a seminaristas jesuitas...

Imagen 15. Donaciones de Fundación Stella Vega de Laboratorios Pisa



El albergue se sostiene con donaciones de estas instancias católicas. La Comunidad de Cristo Sacerdote supone buena parte de los ingresos y alimentos que se obtienen en el albergue, así como atiende una escuela informal para niños los lunes. La señora Ashida mensualmente dota con despensa de una abarrotería de abastos por unos 20.000 pesos: arroz, frijol, aceite, detergente. La Fundación Stella Vega aporta medicamentos y sueros; también despensa a granel y despensas para los vecinos. La Comunidad de San Egidio colabora con desayunos y con voluntariado. Hay una señora Lolita, a la que nadie la conoce, que desde hace muchos años envía un taxi con verduras de su puesto del mercado puntualmente cada dos martes, el albergue paga el transporte que no ha modificado su precio en todo este tiempo. Vecinos y allegados a la Parroquia se turnan para ofrecer la cena en los distintos días de la semana. Y siempre aparecen los “donantes hormiga” que se dejan caer en todo momento a contribuir con diferentes apoyos.

El Refugio Casa del Migrante y la comunidad

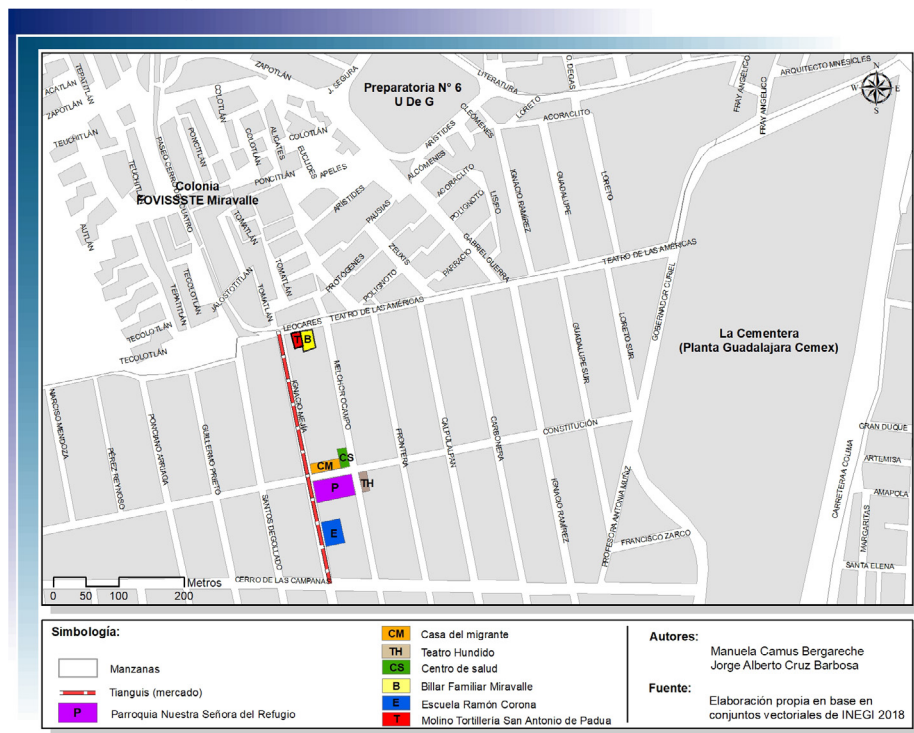
Lo que encontramos en El Refugio es un peculiar contexto de recepción hacia las personas migrantes por su nivel de marginación y pobreza y, al mismo tiempo, por su empatía hacia los centroamericanos (Portes y Böröcz, 1989). A pesar de la situación de desarraigo, de ansiedad, tristeza y soledad que cargan las personas migrantes (Achotegui, 2009), el escenario adonde llegan no es muy diferente del que proceden, si no eran ciudadanos en sus países de origen, tampoco lo son los habitantes del Cerro del Cuatro. Vivir en la irregularidad y la informalidad es lo común en esta parte de la metrópolis.

Según datos del Padre, el territorio parroquial (colonias Cerro del Cuatro, FOVISSSTE y Guadalupe Ejidal) contiene unos 20.000 habitantes. Es un espacio donde abundan las vecindades en cuyas habitaciones se encuentran familias con unos seis miembros de media. Afirma que abundan los adultos mayores en situación de abandono.

El espacio que ocupa El Refugio, enfrente de la Parroquia, pertenece a PROVIASO A. C., lo que le permite erigirse como un proyecto autónomo

de la jerarquía y decisiones eclesísticas. Es una construcción de block que se ha ido haciendo por fases y a golpes de oportunidad, según se ha ido necesitando y según han llegado las ayudas. El Padre expresa esto como “la Divina Providencia”. Los espacios se han ido modificando y utilizando en diferentes funciones.

Mapa 4. Alrededores de El Refugio Casa del Migrante



El Refugio cuenta con dos puertas de entrada de frente a la Casa Parroquial: una arriba y otra abajo por encontrarse la calle en pendiente. La primera es la de recibida donde hay una salita de estar y, a un lado, un cuarto de registro para las personas migrantes y, del otro, una sala de reuniones y una oficinita para el acompañamiento jurídico. De aquí se pasa a la sala de estar donde se encuentran unos sofás, la televisión y varias

computadoras, hay un espacio de ropería y para guardar las mochilas y al fondo a la izquierda los baños de hombres. De aquí se sale al patio donde se encuentra el área de lavandería y confluyen las habitaciones para la población de tránsito: los cuartos de hombres –que se encuentran en dos niveles– y uno para mujeres que cuenta con baño propio, hay un pequeño dispensario y a la derecha del patio se llega a un módulo para quienes se encuentran en solicitud de refugio. Este primer jardín tiene su bugambilia y otras flores que alegran el espacio. Encima del módulo de refugiados se encuentra el comedor y la cocina. Enfrente se abre la cancha de fútbol, un espacio abierto y amplio. La otra puerta de entrada es una grande de cochera que abre al área del bazar, de bodega, de reparto de despensas y del comedor comunitario y su cocina. El interior de estas dos grandes áreas está comunicado a través del patio abierto y la cancha.

Para el Padre es importante crear espacios de comunicación e intercambio en la colonia y en el albergue. Así el corredor entre la Parroquia y la Casa de El Refugio fue diseñado como un “ágora” y le puso árboles y bancas para que la gente se siente, se utiliza también como anexo del tianguis.

Los servicios que ofrece el albergue son comunes a los de otras casas de migrantes: comida, ropa, materiales para aseo personal, cama y techo para descansar, llamadas telefónicas a sus familiares, servicio de internet. Como albergue dirigido a personas en tránsito de estancia rápida, en principio el límite de estancia es por tres noches. Otras atenciones requeridas para una atención integral, como salud y salud mental, acompañamiento jurídico o apoyo a opciones laborales, son servicios que no se han logrado sustentar y profesionalizar en el tiempo.

Pero esto es una descripción formal. Se trata de un espacio popular entre sectores populares, donde puede no llegar el agua, cortarse la luz, estropearse las computadoras, haber goteras, ratas, chinches, moscos. Hay paneles solares, como hay en el patio unos montajes metálicos de juegos de niños y un fulbito todo chueco, están las pilas de lavar y varias lavadoras, bodegas con cantidades ingentes de ropa apolillada. El espacio interior permite jugar escaramuzas de fútbol, de básquet, o celebrar las

posadas que organiza el grupo de Cristo Sacerdote: una para las personas del albergue y otra para los ancianos de la colonia donde se rompen piñatas y se reparten comida, bolos, regalos. Se convive con un gallinero que previamente también ha contenido conejos, son huevos y carne que sirven de alimento en ciertos momentos.

Además, el albergue y el vecindario en general es profuso en perros-chuchos, animales que se comportan como tales, pero que se estiman como a personas. Se persiguen y pelean, juegan, los machos se hacen jauría con la brama, ladran rabiosos cuando alguien no les parece, se orinan sin problemas en cualquier pared. La relación de las personas migrantes con estos animales es peculiar: hay una intensa identificación y preocupación por ellos.¹⁵ El mismo encariñamiento se produce con el personal del albergue. Frida –perra de tamaño medio y de pelo corto canela– y Duquesa o Pulga –una pequeñita de pelo largo gris y enmarañado– son dos mil leches que tienen varios años de ser parte de la vida cotidiana de la Casa; acompañadas en ocasiones por Tranquilino Peña Nieto cuando se escapa del patio de la casa parroquial. Ellas entran y salen de sus espacios, son bravas con las ratas y ratones, también con las personas que no les gustan; entran en celo y se tenían en encierro hasta que fueron esterilizadas después de alguna camada; son mimadas por todos y se permiten dormir debajo de la mesa de la cocina o en las butacas de la sala de recibida sin que nadie se altere por ello, se les abriga en invierno con ropa de Santa Klaus. Solo los de la Comisión Federal para la Protección contra Riesgos Sanitarios, COFEPRIS, pusieron el grito en el cielo en sus revisiones de higiene del Programa del Comedor Popular. También las

¹⁵ Como señala Sara Makowski, los menores que viven en calle suelen tener acompañantes perros con los que se identifican por ser abandonados como ellos (2010: 72). En el proceso de quedar varados en algún espacio urbano de México es común cómo esta situación se simboliza en la convivencia con algún perro. Veremos que para la pandemia, en el 2020, algunas personas migrantes reaparecen en El Refugio haciendo vida con sus chuchos como Deyvi y Polo; otros optan por hacerse cuidadores de Tranquilino como Yahir.

identificaciones se producen del revés, la perra Duquesa quedó deprimida cuando se fueron unos niños que pasaron meses en el albergue.

En fin, el albergue es un escenario revuelto que se trata de mantener ordenado, donde las cosas entregadas por donadores diversos: puertas, marcos de ventana, una casita de madera, inodoros, se han ido acomodando según se han necesitado o han visto su oportunidad. Esto lo hace reconocible y familiar para sus usuarios y exige un esfuerzo de parte de quienes lo llevan día a día, que de vez en cuando deben montar operativos de reordenamiento y limpieza.

Su surrealismo lo hace entrañable. Los gorriones entran a las habitaciones y picotean el pan al fondo del comedor. Para Rossana, una mujer refugiada, eso es porque no hay malas energías. Los niños de la colonia, cuando hubo cursos de verano, disfrutaban de los juegos y el patio, también de los colchones de las personas migrantes que eran usados como resbaladilla cuando se encontraban oreando. En la visita de unas personas que venían a conocer el lugar empezaron a aparecer huevos entre los colchones de las literas del cuarto nuevo de los refugiados: “ahivá!!! Un huevo!!!... y ahivá!!! otro huevo!!!”. Los fantasmas en la cocina del comedor popular son algo continuo y Maye, la cocinera, les pone veladoras para que se tranquilicen. Piensa que es don Felipe, el primo del Padre Uribe, que por años estuvo encargado del comedor. Otra transformación sorprendente es la siguiente: En octubre de 2017, el Padre decidió quitar un cuarto de hombres y hacer una capilla. Puso unos reclinatorios que tenía y un Cristo en la cruz esculpido en madera, lo acompañó con una imagen del fundador de los Scalabrinis y de Santo Toribio Romo, y en las esquinas colocó dos esculturas, una de ellas era una Dolorosa. En la pared: “Nadie os ama más que yo”. Nunca funcionó como tal y pronto volvió a ser dormitorio ante la necesidad de lugares. Se convirtió en el espacio de los graffitis, placazos y mensajes de despedida de las personas migrantes, se puede decir que lo desacralizaron o, más bien, potenciaron su sacralización.

Imagen 16. Pintas en el muro de la habitación de oración



CAPÍTULO 4

La fase épica: 2012-2016

La fase épica del albergue recoge los inicios de su operación protagonizada por doña Raquel Suárez, donde se ponen las bases de su funcionamiento a futuro. Ella es una vecina de la colonia, se separó de su esposo por su comportamiento violento y tiene a sus hijos ya independientes. Vive en los departamentos de Fovissste de la colonia Miravalle y su misión desde que se jubiló de su largo trayecto de educadora dentro de la Secretaría de Educación Pública es trabajar desde la Pastoral Social para la comunidad que la rodea. Guapa y elegante, de pelo corto y cano, va impecablemente perfumada y vestida con su blusa blanca y una falda larga celeste, por ejemplo. Como veremos, tiene un carácter fuerte y decidido con criterios propios.

Ella se había involucrado en el Centro de Rehabilitación con la población drogadicta, pero con este grupo de trabajadores desesperados que eran carpinteros y albañiles “se sentía incómoda porque son muy agresivos, no dejaban de drogarse ahí dentro y había muchos problemas”. Cuando el Padre decide a enfocarse sobre los migrantes, ella continúa en el reto de enfrentarse como mujer a dirigir hombres. Su coordinación por más de tres años fue una fase épica, ella puso en marcha la Casa y la sostuvo con muy pocos recursos y personal, mucha inventiva y “la Divina Providencia”. Se rodeó de un equipo de colaboradores de su círculo religioso que la apoyaban con la limpieza, la comida, los turnos de recibir. El

señor Rubén Ramírez era la mano derecha de Raquel en la operación del albergue, tenía su horario y recibía un pequeño estipendio por ello.

En el inicio de recibir a las personas migrantes para que tuvieran su baño y su cama no había cocina, poco después les donaron una estufa y doña Raquel puso de su parte un cilindro de gas que solía prestar a los ancianos necesitados de la colonia. Ella acarreo las ollas y cazuelas que ya no ocupaba,

me llevé de aquí todo lo que se iba necesitando y con parte de lo de mi pensión empecé a darles que huevo, que frijoles. En ese tiempo llegaban como de 40, 50, y yo me la pasaba cociendo frijoles y guisándoles huevo y haciendo cazuelas de sopa. Y empecé a pedir a las tiendas que si me daban tortillas o que la botella de aceite, y no sé explicar cómo es que empezó a fluir para darles algo de comer. Se les daba nada más una comida porque yo no podía.

En esta tarea de aprender a operar un albergue y, como reconoce, a volver a ser mamá, doña Raquel fue poniendo las bases de su sostenibilidad aprovechando sus redes religiosas. Pidió “a la señora Viviana de la Fundación Stella Vega que si podían ayudarme extra porque ya me daban despensas para la comunidad. Le dije lo que estábamos haciendo y me empezó a mandar aparte frijol en costales a granel, aceite y todo, dejé de batallarle en ese aspecto. Ya luego la señora Estela me mandaba una caja de huevo cada mes, no faltaba huevo, arroz, frijoles, lentejas, aceite y eso fue desenvolviéndose cada vez más”. Además esta Fundación asociada a Laboratorios Pisa les dona hasta ahora antibióticos, antigripales, gasas, guantes, sueros. Raquel se vincula también con los catequistas de la Parroquia, con el Movimiento Familiar Cristiano, con Cristo Sacerdote, que no dudan en apoyar con comida, cobijas, jabones o lo que se precise.

Una más de las estrategias de doña Raquel para obtener recursos es el bazar que funciona hasta hoy en los miércoles en la mañana. Consiste en aprovechar las “cositas” que personas, fundaciones e instancias donaban y sacarlas a vender a la comunidad por precios asequibles. En el bazar

las personas encuentran medicinas, alimentos como avena, frijoles, arroz, juguetes y ropa usada. El dinero que se obtiene se invierte en los apoyos económicos de los trabajadores más fijos o en otras necesidades del albergue o de la Parroquia.

Esta mujer entregaba de su dinero a las personas migrantes para tomar el bus a la siguiente etapa al norte, que es Tepic, Nayarit, les curaba de sus heridas, conseguía leche, pañales y ropa a familias con niños pequeños, y hasta les pagaba rentas de cuartos para que se fueran instalando.

Yo vendía aluminios en la mañana, me iba con una bolsa a juntar latas de aluminio, chatarra, cartón, para tener para darles de comer, pedía y muchos me decían que no. Pero sí pude hacerlo, la Casa estuvo funcionando a mi manera por años, el tiempo que estuve se hizo todo con amor y se dio por amor y mucho sacrificio, todo fue con la Gracia de Dios.

En esta fase es característico el paso de personas migrantes jóvenes en dirección sur-norte que se dirigen al desierto de Arizona donde las asociaciones criminales controlan férreamente la estratégica frontera norte. La tecnificación del control migratorio y la construcción del muro en el área oeste por Tijuana modificó las rutas y empujó a las personas migrantes a arriesgarse por terrenos más inhóspitos y peligrosos como este desierto. Buena parte de quienes transitan por Guadalajara buscan llegar al norte a pueblos “mochileros” para el paso de Caborca-Sonoyta-Phoenix o Altar-Sásabe-Tucson. Allí hay hospedajes y venta de equipamiento para el cruce como alimentos enlatados o bidones de agua. Hay quienes ya tienen organizado su viaje habiendo pagado coyote y quienes buscan la oportunidad de burrear o cargar mochilas de droga. Y es que en este control del derecho de paso por el crimen organizado o “la maña”, éste recurre al secuestro para el cobro del rescate y adiestra cuadrillas de 10 a 20 personas para burrear cargando al menos 20 kilos de droga. Los visten con ropa de camuflaje y botas con suelas planas para no dejar huellas y protegen, guían y alimentan para transportar droga a través de la frontera hasta donde se reciben estas mochilas ya en el lado norteamericano. Son

viajes de entre 4 y 10 días. Esta es la manera de poder cruzar sin pagar coyotes, aunque es un boleto de entrada a Estados Unidos muy riesgoso. Antes las personas migrantes cobraban por ello, ahora es más bien al revés, pagan por guardar su turno para el cruce con la mochila. No hay quien pueda atravesar el territorio sin pagar su cuota.

En el caso de Altar se trataba tradicionalmente de un lugar de paso de mercancías y personas, un recurso común para los lugareños. Desde principios de siglo ya se daba el traslado de droga a través de la burreada, pero a partir de 2005 el acceso a la frontera pasa a ser explotado y dominado por los cárteles y su estructura centralizada. Esta región se transforma en un lugar conflictivo donde se instala un orden social dependiente de la violencia y de la existencia permanente de un cuerpo de sicarios, cobra cuotas y vigilantes o puntos donde participan muchas personas migrantes que necesitan obtener dinero para el cruce. Es un proceso de cartelización por el monopolio del tráfico de drogas y de personas con la administración de la violencia (Mendoza, 2017).

Pero además de estos jóvenes que se dirigen hacia la frontera norte, en estos años hay algunos pocos que buscan quedarse en el albergue más tiempo lo que, como veremos, genera problemas de convivencia con la comunidad, con lo cual doña Raquel optará por intensificar la estrategia de un tránsito fluido. Como mostraré este es el proceso que reta al albergue a lo largo de estos años: la población que discurre del paso rápido al tránsito alargado y a los intentos de asentamiento.

En un acercamiento sobre la poca información cuantitativa que se produce en estos años sobre la población que pasa por el corredor de occidente, el informe de FM4 (2013) recoge el perfil de quienes se atendieron en un primer comedor que instalaron a la par de la vía del ferrocarril en la zona centro de Guadalajara. Son 10.587 cuestionarios entre mayo de 2010 y mayo de 2013. Se observa un aumento del flujo por esta ruta, en el primer año del 400% y en el segundo del 150% con tendencia ascendente (2013: 30). Se trata de una población masculina (94%), joven y adulta (68% entre 18 y 35 años) porque la significativa presencia de mexicanos (30%) recoge unos sujetos más mayores que hacen que la media

de edad quede en 31 años. Predominan ya claramente los originarios de Honduras (43%), después de Guatemala (15%) y El Salvador (10%), que manifiestan dirigirse hacia Estados Unidos.

Aprendizajes de doña Raquel

En los primeros meses doña Raquel sufrió por su inexperiencia y su entusiasmo. “A las 4 de la madrugada me levantaba, ponía mi día en la presencia de Dios y ya me iba. Normalmente llegaba a las 5 de la mañana a ver los que había afuera para meterlos, ponerles el café, la canela o lo que hubiera, o lo que yo tuviera”. Y cuenta que las personas migrantes la sorprendían con su comportamiento “apasionado” y sus costumbres.

Si eran mujeres, sus culturas son diferentes a las nuestras, ellos son muy liberales. Yo al principio me sorprendía porque llegaban grupo de mujeres y grupos de hombres y venían juntos, decían ellos que se habían empatado en el camino. Pero ya ahí decían ellas ‘ya lo voy a cambiar porque aquí conocí este y este es mejor que el que yo traigo y a lo mejor me va a proteger más que él’. Y yo me sorprendía porque uno tiene muchos prejuicios morales. Y se metían al baño y ahí se iban quitando la ropa en el patio ‘¿pero qué estás haciendo?’. Estaba el montón de hombres y ‘crees que no han visto mujeres ¿o qué?’, ‘sí pero...pero no es lo correcto, aquí hay estas reglas’. Pues algunas se enojaban, otras se reían y se metían a bañar... sería mi inexperiencia.

Un Padre scalabrini mostró a doña Raquel lo expuesta que, según él, estaba, cuando un día:

eran las 11 de la noche y yo estaba ahí y en eso llegaron unos migrantes y les dije: ‘espérenme tantito’. Les estaba haciendo una sopa de arroz y dijo el Padre: ‘¿está sola usted aquí?’. Había muchos migrantes, hombres y mujeres. ‘Sí’, le dije. ‘No puede hacer esto, usted está en peligro ¿Qué no se ha dado cuenta? Que no son ni puros, ni buenos, ni sanos, usted está aquí en mucho peligro’. ‘Bueno, deje que me lleven a mi casa’, había unos que tenían ya más

días. ‘Es lo peor que puede hacer, no los lleve a su casa, no les diga donde vive’. Yo estaba feliz sirviendo y llegaban y se iban contentos.

Poco a poco doña Raquel se fue curtiendo e imponiendo su autoridad, “sencillamente imponía las reglas ahí”. Su lucidez es sorprendente: “Y pues llegaban muchos migrantes, claro que llegaron asesinos y coyotes y todo, pero aprendí a conocerlos y a no juzgarlos, a verlos con una necesidad. Siempre hubo problemas, pero en esa Casa se hicieron cosas buenas por los demás”.

De hecho una anécdota donde se ve esta práctica de no juzgar es la siguiente:

Una experiencia que viví que me cambio mi humanidad... cuando vuelve uno a abrir el corazón al amor, a la calidez, pues le vuelve a uno la vida y yo me abrí. Volví a saber lo que era compadecerme. Recuerdo que fue de primeros tiempos que llegó un muchacho de la Mara Salvatrucha todo tatuado. Traía unas cicatrices como de quemaduras, venía deshidratado. Y yo fui a encontrarlo y se cayó ahí, como que se desvaneció, y vi que traía una mochilita y dije, ‘sí, sí es migrante’. Y ya voltió y me miró con esa mirada de ansiedad de que alguien viera por él y yo le contesté sin que él me hablara y le dije: ‘sí, sí puedo ayudarte, vámonos’. Y me lo llevé, lo metí a un rinconcito, era un cuartito donde guardaba unas gallinas que me habían regalado, un patitío chiquito, era como un bañito, y ahí yo había puesto un catrecito y ahí lo metí y ahí lo atendí por 15 días. Sin pararse lo llevaba al baño, le daba sueros, agua, comida, sopa y lo que pude.

A los 8 días empezó a hablar y a quererse ir, tenía miedo de que lo vieran los compañeros. Y dice doña Raquel que uno de los albergados preguntaba:

‘joiga madre ¿está alguien aquí que sea de la Mara Salvatrucha porque lo andan buscando en todos los albergues?’. ‘¡Ah! –le contesta- tu ocúpate de lo tuyo y no vengas a investigar de lo que no te interesa’; y en otra ocasión ‘a

quién tiene ahí?’, ‘ahí no tienen que meterse, no es asunto de ustedes’. Les digo ‘es una persona que está enferma, pero no sabemos qué enfermedad’. Yo era muy enérgica en muchas cosas, tuve que aprender, pero a mí me sirvió mi trabajo porque yo fui prefecta en la secundaria entonces tiene uno que ser muy preciso en sus indicaciones”.

Y el chico le platica a doña Raquel que había matado 40 personas para entrar en la mara:

y nomás le faltaba una para culminar su entrenamiento, ‘y yo siento que si fallo me van a matar y si mato a la última persona, siento que ya no voy a tener ningún otro camino más que ahí y yo no quiero eso. Ahora que llegué con usted me habla de Dios. Yo no me quiero condenar, me voy a ir y tengo miedo. Me dicen que me andan buscando, ya andan muy cerca y a usted no la voy a exponer’. Entonces le llevé de mi pensión, ‘te voy a comprar un pasaje para que te vayas a Tepic’. A las 5:30 de la mañana lo saqué y lo puse en un taxi y lo llevaron a la terminal que hay allá en Zapopan y le di el dinero al taxista para comprar su boleto. Aquí todos los del taxi en Fovissste me conocen. Y él me dijo ‘si no me matan, voy a volver un día’. Nunca más volví a saber de él.

La comunidad y los muchachos

Es importante entender lo que doña Raquel insiste: “nunca desatendí la comunidad porque la comunidad es lo que me tenía a mí ahí”. Esto es algo que veremos reiterado en el trabajo y los trabajadores en el albergue y en la comunidad parroquial. Ella tuvo que enfrentarse a tensiones que se dieron con los vecinos. “Empezaban a arrimarse los vendedores de droga y ellos a comprar droga. Muchas veces los fui a buscar porque andaban drogándose allá a la vuelta, era como un perrito detrás de ellos viendo que no se drogaran, que no provocaran a la comunidad. A mí me incomodaba que la comunidad estuviera en peligro. Un día dijeron que habían llamado a la policía y que se los iban a llevar porque estaban drogándose ahí, y que eso era culpa mía porque yo era la responsable de la Casa”. Así

que salió, los recogió y los escondió adentro ya que también le preocupaba que los deportaran. En estos cuidados también vigilaba que no llegaran las pandillas de arriba de la colonia a golpearlos.

Otro problema que se va a repetir en el tiempo con la población de la colonia era “que chulearan a las mujeres”. Precisamente con “el chuleo” se dieron problemas que se solventaron con la intervención de doña Raquel. “Porque un muchacho enamoró a un chica que al principio decían que era menor de edad” –contaba 21 años–. Esto se producía cuando los jóvenes tenían días de estancia porque entraban a algún trabajo de albañilería y se tomaban ciertas confianzas, “tenían dinero y empezaban a salir a las calles y empezaron a hacer novias”. Este joven embarazó a la chica y los padres llegaron a quejarse con doña Raquel que trató de exponer que el albergue no era responsable de lo ocurrido. El caso es que los vecinos se conmovieron. Y al rato el problema fue con “un galancillo, muy buen albañil, que se quedó mucho tiempo. Se metió con una casada, fue todo así a la par. De hecho vinieron a avisarme que venía el muchacho con pistola para matar al migrante. Y me enseñaron los videos que le mandaba el muchacho al esposo retándolo, o sea, no fue un chisme, yo los vi”. Habló con el Padre y “lo corrieron”. Tuve que hablar con algunas personas ‘miren siempre por hacer un bien surgen cosas malas’, pero nadie ha hecho nada a la fuerza, deben entender que son bendiciones para la comunidad. ‘Estas situaciones son cosas positivas y aparte de qué se asustan –les digo–, si estamos rodeados aquí en la comunidad de todas estas cosas’. Fue difícil ¡eh! Pero se calmaron, pasó todo y la Casa es una bendición para los migrantes. Algunos ya tienen parejas aquí que los veo por ahí y sucede hasta en las mejores familias ¿verdad?’. De ahí doña Raquel acortó la estancia en el albergue hasta tres días y ya.

Son muchas las iniciativas de los vecinos que se dan a diario desde entonces. Desde el señor que viniendo de su trabajo en la tarde les deja algo de pan y de Coca Cola y hasta chucherías, o esa gente que viene “y trae su bolsita de medicinas y ‘tengan para que la vendan’ y encaminan su bolsita de ropa o nos llaman y ‘¡ah vengan por un donativo!’”; o regalan dos bolsitas de plátanos. Hasta quienes encuentra a los migrantes abajo,

cerca de las vías y los traen al Albergue: una vez un vecino trajo a un grupo de trece, los dejó y volvió a aparecer con pan, leche y otras cosas para ellos y cada poco aparecía a preguntar cómo estaban. Así muchos llegan con migrantes, “me los encontré”, comentan. Antes de que se ofrecieran llamadas, el ciber de la vuelta les permitía hablar. La tienda les presta los envases, las personas compran papaya y otras cositas –hasta hotcakes– y las dejan para el albergue o el comedor. Doña Raquel era consciente de que a las personas migrantes les gusta tomar Coca y se las traía y le dejaba a señor Rubén unos \$100 pesos para que en la tarde “les compres burundangas, más que nada chucherías pues”.

Hay abastecimientos más o menos continuos: las tortillas las mandaba hasta hace muy poco una señora con tortillería, durante muchos años tenía listos todos los días, a las 12:30, diez kilos para el comedor comunitario de ancianos y niños y diez kilos para el albergue; la pollera les entrega el pollo sobrante al final del tianguis del miércoles; el señor Nacho dona cada semana cinco kilos de cerdo para el albergue y diez kilos para el comedor; la pastelería Marisa trae hasta este recóndito lugar las tartas, bizcochos, pasteles que se van a echar a perder, lo que hace la alegría del vecindario que celebran su iniciativa. Hay personas que llevan el pan que no se vendió.

Una historia muy significativa del funcionamiento de los vecinos de la colonia es la del trailerero. Doña Raquel cuenta,

no sé cómo se enteraban pero ya sabían ellos que había un trailerero. Iban con el trailerero que se los llevaba. En una ocasión les pregunté: ‘¿Por qué se los quiere llevar? pónganse listos, a lo mejor les hace algo en el camino, los vende, ustedes no se confíen’. Y me decían: ‘no, ya nos llevó’, ‘que ya nos avisaron que sí llegaron bien’. Ellos toman sus precauciones, los migrantes se comunican. Y un día un joven medio molesto me dijo: ‘oye Raquel ¿me tienes desconfianza?’, ‘¡Ay Dios! ¿de qué?’, ‘Yo soy el trailerero’. Era un ex-alumno. ‘¿Cómo? ¿tú eres el del tráiler? Sí mmm pues no eras muy buena ficha ahí en la escuela’, de broma le dije yo. ‘Sí pues, por eso me hice trailerero, pero yo quiero ayudar’, ‘¿No tienes compañero?’. ‘Sí –dijo–, pero nada más es uno

y sí cabemos, ahí los puedo meter y los puedo pasar, no hasta el otro lado ¿verdad?'. Sus viajes eran a Tijuana, a Tecate. Hay gente buena”.

De lunes a domingo diferentes personas del vecindario ligadas a la Parroquia se encargan de traer la cena, la sirven, comen con ellos y platican y conviven un rato: Blanca, Chayito, Rebeca, el señor Ramón y sus hijos, el señor Marcial con el grupo Contacto. Mary, que es panameña, les prepara el bistec en ese momento y trata de hacerles comidas más cercanas a lo que conocen. Los domingos en la mañana se turnan entre La Comunidad de San Egidio y familiares del Padre Uribe para el desayuno. Es un día especial porque al ser feriado se encuentran todos los migrantes; la comida se lleva para ser preparada allí y el objetivo es que se dé un intercambio. Se reparten galletas de granola para los migrantes, especialmente a quienes van a continuar en el tren, cada una lleva un mensaje de ánimo.

Todos estos grupos que se organizan para turnarse en llevar las comidas, con el tiempo, cuando se van cansando, se van alejando, pero aparecen otros para sustituirlos.

Otra clave para el buen funcionamiento del albergue y donde la participación de la comunidad es esencial, se encuentra en la disposición de la misma para introducir a los migrantes en actividades laborales: albañilería, pintura, mudanzas, carpintería. Esta contratación temporal surge ante la necesidad de los migrantes por generar recursos para seguir su viaje o enviar dinero a su familia en su país de origen. En ello hay una acción del Padre: “Ha surgido con la gente en las misas, les decimos, si ustedes necesitan un trabajador, que pinte o un albañil o un peón o alguien que les ayude a mover muebles, plantar un terreno, aquí están los migrantes que son muy trabajadores. Y como han visto que andan trabajando conmigo les tienen la confianza, mándeme alguien que sea seguro y que trabaje y les mando los que ya tengo probados”.

Hay que insistir que quienes hacen posible el albergue en el día a día son vecinos de la comunidad y eso es una clave también en la comunica-

ción íntima que corre de uno a otro espacio. Sorprende la presencia de las mujeres, que son catequistas de la colonia y la Parroquia, en este escenario masculino de personas en tránsito.

Comienzos de Sarahí

Para el final del periodo de doña Raquel, cuando ella y Rubén ya estaban cansados y más mayores, aparece un nuevo equipo de trabajo. En esos principios de 2016 entra Sarahí Ruiz, psicóloga recién graduada y sobrina del Padre que se hará cargo de la coordinación, Joel León licenciado en salud pública y novio de Sarahí que poco a poco se encarga del abastecimiento y los donativos, y otros vecinos de la colonia: el señor Marín, en la operación de la mañana, y su mujer Nena que entra a hacerse cargo de la cocina del albergue, así como Maye lo hará en el comedor comunitario de ancianos y niños.¹

Cuando Sarahí llegó no conocía la Casa. Su tío la invitó a colaborar mientras encontraba otro trabajo.

Para ese entonces no se recibían tantos migrantes. Era la cuestión de servir comida, calentar, atenderlos... Empecé a registrarlos, a recibirlos, donde me voy dando la sorpresa de que llegaban y llegaban y llegaban, entonces ahí sí hubo un enganche con ellos. Entonces cuando ellos llegaban yo les quería dar todo. Llegamos a tener hasta 60 personas en un solo día, tratábamos de cubrir las necesidades de la Casa. Y el Padre no hallaba de donde sacar cosas para venir y traer. Era como 'vénganse todos' y entonces nos empezamos a llenar, ya no se querían ir. Como unos dos o tres meses que duraban. Entonces empecé a ver esta parte de que nos enganchábamos demasiado y a mí se me empezó a hacer pesado.

¹ El señor Marín se mantiene hasta hoy, es uno de los pilares del albergue a pesar de su modestia. Tiene la confianza del Padre pero, sobre todo, de la comunidad de la que es originario. Es sacristán, delegado de la Palabra y da consultas homeopáticas a quien las requiera.

Y le ocurre a Sarahí lo que ya le había ocurrido a doña Raquel en sus inicios que se agota emocional y físicamente y busca a un terapeuta; además llega a apoyarla su pareja, Joel, que decide entrar como voluntario: “al entrar él y yo cederle empecé a detectar varios problemas que no había podido ver. Cuando me ayudaba a proporcionarles cosas era: ‘dame, dame, dame’. Me salí por un momento del círculo y ‘ok, estamos funcionando mal como albergue, les estamos dando esto de más, estamos dándoles hasta lo que no tenemos’”. Y empieza a plantearse una institucionalización y profesionalización de las funciones: “tiene que haber una persona propia para hacer eso, tiene que haber otra persona como para llevar el control, las reglas eran un relajo”. Afirma Sarahí: “la casa tiene una ventaja, la comunidad acoge y acoge muy bien”, las familias de alrededor aceptan la Casa como una obra que forma parte del vecindario.

Cuando doña Raquel se conflictúa por un asunto que involucra a la fiscalía del Estado, dejará la atención del albergue y dirigirá su actividad hacia los discapacitados de la colonia, a quienes reparte despensas, y a la dimensión religiosa, como ministro de comunión. Cuando la visité en su casa, con Heriberto, en 2018, nos consultó sobre qué hacer con una familia a la que ella ha apoyado desde años: Carmencita es una mujer drogadicta con 8 hijos, la mayor tiene 12 años. El niño menor –que no tiene cerebro– no está con ella porque el DIF le ha retirado su custodia. Viven pepenando la basura. Todos van sucios y están desnutridos. Su primera hija es fruto de una violación del padrastro, de los demás padres ninguno se hizo cargo, muchos eran adictos como ella. Sin embargo los niños son “una piña” entre ellos y ninguno de los menores habla mal de la madre. Doña Raquel desea que los niños vayan internos a la escuela y les ordenen un poco la vida mientras la madre pasa a desintoxicación.

Este proceso de construcción del proyecto de la Casa del Migrante de El Refugio se concibe dentro de un servicio católico por parte de una mujer fuerte a cargo de su operación, pero también del resto de los colaboradores y vecindario. Un servicio que es complementario al trabajo por la comunidad. Vemos también que la fascinación por las personas migrantes

y el drama que cargan en su caminar le llevan a doña Raquel a financiar sus necesidades con su pensión. Con el tiempo se va templando desde el pragmatismo que imponen los límites de medios en un albergue pequeño, modesto en sus servicios y posibilidades. El caso de doña Raquel llama la atención, pero es algo generalizado en todo aquel que se involucra en este tipo de contacto íntimo con las personas migrantes, que le lleva a su “no juzgar” y atender y entender a todo aquel que llega de forma –más o menos– ecuánime intuyendo de alguna manera las tensiones que genera las zonas grises de donde proceden estos sujetos, sus habitus migrantes. Y, sobre todo, es parte de la trayectoria del albergue el sentido del humor que se filtra en todo el actuar y que facilita atender situaciones tan dramáticas y difíciles.

CAPÍTULO 5

Un equilibrio inestable: 2016-2017

En este tiempo se produce mi inserción a las dinámicas del albergue. Entonces encuentro unos sujetos móviles que ya no encajan con el muchacho joven dirigido a alcanzar la frontera norte, sino que sus trayectorias son de reincidencia y muchas no son unidireccionales. Estas circulaciones diversas se reflejan en la aparición de personas “satelitales” al albergue que tratan de asentarse en sus cercanías y en la habilitación de una “Casa del Refugiado” en el mismo albergue que capta las transformaciones de los flujos de personas migrantes al vaivén de las arbitrariedades de las políticas migratorias de México y Estados Unidos. Esta aceptación a solicitantes de refugio –veremos que algunos huyen de la olla a presión que es Tapachula–, asume conformar un acompañamiento jurídico profesional que es problemático en el tiempo y el que se instale una nueva dinámica de estancias alargadas que trae sus complicaciones en la convivencia y en la reproducción de los colectivos de albergados.¹

Se apunta el inicio del estacionamiento de los expulsados por insostenibilidad de la vida en México.

¹ Antes El Refugio había colaborado con FM4 Paso Libre, cuando aún no contaba con sus instalaciones actuales de albergue inaugurado en 2015, hospedando a sujetos que llevaban procesos jurídicos ante el Instituto Nacional de Migración.

Inicio el capítulo con las modificaciones al sencillo modelo de atención del albergue basado en una persona encargada, como vimos a doña Raquel, y algún o algunos ayudantes y apoyos de la comunidad y de las fundaciones. Ahora se establece en torno a un modelo familiar donde la gestión se realiza por parientes del Padre Alberto. Es decir tenemos la impronta de una autoridad eclesiástica junto a un círculo cercano de parientes. Ambas características junto a la falta de sostenibilidad económica para constituir un equipo y contar con profesionales de diferentes campos, marcan hasta hoy al albergue. El Refugio se mantiene en el tiempo en un equilibrio inestable en la lógica popular de adaptarse a los cambios según vienen las cosas, mientras se esfuerza por alcanzar una mayor institucionalización y profesionalización de su atención. Veremos que los equipos se componen y se descomponen con el tiempo y los acontecimientos.

Cambios en el albergue

Los cambios que producen las nuevas formas de gestionarse el albergue y de producirse los flujos migratorios se pueden observar en los datos del registro de personas migrantes.²

² En un inicio, el registro de las personas que arriban al albergue se realizaba a mano en un cuaderno. Para 2014, gracias a la colaboración de un alumno del ITESO, se contará con una computadora y una hoja de Excel donde se inscribe a los sujetos anotando nombre, sexo, edad, nacionalidad y lugar de nacimiento, día de entrada, día de salida y lugar de destino. Después un ingeniero de la colonia desarrolla un programa de base de datos. En 2020, alumnos del PAP del ITESO generan una nueva base de datos que capta los datos de las anteriores, facilita el acceso a la información y amplía la información con nuevas preguntas.

Cuadro 2. Registro de personas en El Refugio Casa del Migrante según sexo, nacionalidad y grupo de edad, 2016-2017³

		2014	2015	2016	2017
Población	Total	863	759	1891	1373
Sexo	Hombres	817 94.6%	737 97.1%	1822 96.3%	1322 96.2%
	Mujeres	46 5.3%	20 2.6%	69 3.6%	51 3.7%
Nacionalidad	Hondureña	46.5%	52.3%	65.3%	62.8%
	Salvadoreña	10.5%	13.0%	9.6%	7.8%
	Guatemalteca	9.6%	10.9%	7.5%	10.2%
	Mexicana	27.5%	20.9%	15.0%	17.4%
Grupo de edad	De 0-a-9	10.2%	1.6%	0.6%	2.4%
	De 10 a 19	11.5%	9.4%	13.1%	15.3%
	De 20 a 29	37.7%	45.6%	47.9%	43.6%
	De 30 a 39	24.9%	24.9%	25.1%	23.0%
	De 40 y más	15.7%	18.5%	13.3%	15.7%

Fuente: Registro de El Refugio Casa del Migrante. Elaboración propia.

Como vemos en las cifras del cuadro 2, durante 2016 y 2017 se da un aumento significativo respecto a las recepciones anuales del periodo anterior que ahora se elevan por encima de las mil. La presencia de mujeres se mantiene en unas proporciones bajas semejantes a las encontradas en el albergue de FM4 Paso Libre en Guadalajara, aunque como veremos

³ El descenso en 2015 puede deberse a los efectos del Plan Integral Frontera Sur que obstaculizó el paso a las personas migrantes en el sur de México. En 2017 se observa otro descenso en los registros aunque se atienden dos caravanas de unas 300 personas cada una que no aparecen en ellos.

el impacto de su presencia es muy marcado.⁴ La sensación de parte de quienes operan el albergue es que llegan más mujeres y más familias, seguramente por su impronta en la vida colectiva de la casa. La población procedente de Honduras es el grupo claramente mayoritario y en ascenso; mientras los mexicanos descienden levemente quedando por debajo del 20%. Los procedentes de Guatemala y El Salvador se mantienen en una décima parte. Por grupo de edad los mayoritarios son las personas entre los 20 y los 30, pero es importante visualizar la presencia de menores, especialmente de adolescentes que alcanzan el 15% en 2017. Y también seguir la pista de personas mayores de 40 años que tienen la misma proporción. Mujeres, menores, adultos son quienes rompen la norma y quienes modifican el ritmo de vida que se había desarrollado previamente.

Cuando doña Raquel se retira del albergue para ocuparse de otra población necesitada de la colonia, Sarahí Ruiz queda como la administradora y coordinadora del albergue. Se sumarán como fijos el señor Marín, vecino de la colonia y encargado de día del Albergue, y su mujer, Nena, en la cocina de la Casa del Migrante; Alejandra Ruiz –hermana de Sarahí y recién licenciada en salud pública–, apoya primero los domingos y luego se hace cargo de los procesos jurídicos en el acompañamiento a refugiados y de organizar el voluntariado; y Joel, el novio y después esposo de Sarahí, que estará a cargo de los donativos y la organización del bazar. Por último se añaden dos voluntarios muy entusiastas de la colonia o cercanías que son estudiantes y que se harán imprescindibles: Octavio y Fabián.

El nuevo equipo toma conciencia de los errores: “La gente que está aquí es por amor al arte –dice Sarahí en una entrevista realizada en este periodo–. No se puede estar así todo el tiempo, llega un punto en el que truena. No podemos ser chile, mole y pozole, no nos ajusta, tenemos que buscar recursos porque sí se necesita” y modifica el horario, busca provee-

⁴ En 2014 el índice de feminidad –relación del número de mujeres con respecto al número de hombres– en población migrante que se registra en FM4 es de 4 en 2015; 2.5 en 2016 y 2.9 en 2017 (FM4, 2017b: 47).

dores, revisa las reglas, incorpora más personas. El ideal de este grupo más juvenil que se está conformando es:

que se pueda brindar todo el servicio profesional y de salud, también mental, que estén los médicos, los enfermeros, los psicólogos, los trabajadores sociales, los abogados y que esté funcionando para bien de ayudarlos y facilitarles un proceso de inserción social de los migrantes. Esperemos que en unos 3 años con voluntarios suficientes la Casa funcione bien, que no sea un trabajo pesado que solamente en unos.

Sin embargo, éste va a continuar siendo el pendiente de La Casa del Migrante y del Refugiado hasta ahora.

Imagen 17. Parte del equipo de El Refugio Casa del Migrante



El equipo de trabajo sigue siendo temporal, además de por la falta de salarización porque los voluntarios van y vienen. Llegan estudiantes de las distintas universidades: Universidad de Guadalajara; Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente (ITESO); Universidad del Valle de Atemajac (UNIVA); Universidad Tecnológica de Guadalajara,

(UTEG). La cifra de colaboradores ha ido en aumento, desde personas vinculadas a instituciones religiosas, como estudiantes nacionales o de intercambio que realizan prácticas o servicio, vecinos, médicos que pasan consulta o solo por el gusto de cooperar. Un médico ginecólogo llegaba los martes a hacer consulta. Los seminaristas jesuitas dan capacitación los domingos. El profesor de salsa da su clase los domingos cada dos semanas. Unos hacen la comida, realizan limpieza, dan talleres de todo tipo para el equipo y para las personas albergadas, se encargan de organizar las medicinas, de poner la base de datos del registro, actualizar el reciente Facebook. Pero son grupos y personas que se acercan por momentos.

Alejandra Ruiz se incorpora al albergue desde mayo de 2016, cuando había que cubrir a las personas que habían salido con doña Raquel. Llega el día domingo cuando el resto del personal estaba de descanso:

me venía todo el día desde la mañana para dar desayuno, para dar la comida y para dar la cena. Me dejaban preparada toda la comida, nada más venía a calentar y a servir y a estar al pendiente. En los comienzos era un caos porque se me olvidaban pasos en el registro: no les tomaba la foto, no les tomaba la huella, o se me quedaban las llaves encerradas en las bodegas con seguro. Poco a poco me fui familiarizando.

Y como nos ha pasado a todos los que nos acercamos a colaborar a un albergue: “La verdad me enamoré de esto y ni me pesaba perder mi domingo por venir aquí”. Alejandra comparte y transmite su buen humor y su conocimiento de las picardías de las personas migrantes.

Ella modifica los horarios:

se levantaban a las 6 de la mañana, desayunaban a las 7 y a la 1 andaban arañando las paredes porque ya tenían hambre y con justa razón. Ahora se levantan a las 8, después desayunan como a las 8:30, lavan su platito, continúan con el aseo, hay quien ya se acomode a sacar la basura porque no todos salen a trabajar, cuando llega material, ‘chicos ya llegó la arena ¡órale!’. Y, con

tal de andar en la calle salen hasta gustosos, pero estoy muy al pendiente, porque ya nos ha tocado una vez que íbamos a meter las despensas y uno se me desvió y cuando llegó venía bien loco, bien mariguaneado.

O bien se le escurren de afuera hacia dentro, Ale se ríe cuando recuerda a un gay de un barrio vecino que quiso ser atendido en el albergue y que le dieran ropa de mujer, cantaba karaoke y les hizo reír a todos, para él era “el Paraíso” con tanto hombre. Alejandra luego le dio jalón a su casa.

Alejandra trató de formalizar un protocolo y de que se diera una carta de compromiso para establecer un programa de voluntariado con un reglamento con los requisitos y las condiciones. Quería capacitarles que no deben entrar en “noviazgos” con las personas migrantes y exponerles: “no des tu teléfono, ni tus cuentas personales’, y también venir vestida decente ¿por qué? porque andas de un lado a otro y pues por tu comodidad mejor tu pantaloncito, tenis, zapatos, ropa cómoda porque podemos tener varias actividades, cargar, agacharse”. No llegó a concretarse, como siempre lo imprevisible del voluntariado impide que se formalice.

Así veremos que, a finales de 2017, Alejandra, que estaba involucrada en el albergue y en los pequeños pasos que se daban en el acompañamiento jurídico, pasa a ocuparse del comedor popular que ha logrado ser considerado en un programa del gobierno. Esta reorientación se relaciona con esa simbiosis de actividades entre el comedor comunitario, el bazar y el albergue. Con el programa la calidad de la comida mejora mucho: ¡se dará carne tres veces a la semana!, pero supone un aparato burocrático de cuentas y facturas, control sobre las personas que deben dar su foto y fichar con huella digital todos los días en un programa especial de la computadora, incluso los ancianos y niños deben hacerse estudios socio-demográficos y sacarse la Clave Única de Registro de Población o CURP. Algo que absorbe a Alejandra y la alejará del quehacer del albergue.

En este tiempo se mantiene de parte del albergue un creciente trabajo e interacción con otras instituciones de las redes de atención a migrantes como el Programa de Asuntos Migratorios del ITESO –PRAMI–, FM4, los misioneros Scalabrini, Las Patronas, la 72 en Tenosique, aunque el

albergue no llegará a formar parte de la REDODEM.⁵ Además se está en contacto con las instancias de gobierno, desde migración a salud –especialmente el Instituto Jalisciense de Asistencia Social (IJAS), y el Instituto Jalisciense para los Migrantes, (IJAMI)–, las municipales, y las diferentes universidades de Jalisco.

Los logros del albergue hay que medirlos con otros patrones. La ontología del proyecto católico familiar en una colonia popular se encuentra en la práctica del cuidado con su “desorden”, su “irregularidad”, su “surrealismo” y su capacidad de conectar con quienes arriban, que le ofrecen su toque específico. Un caso que ilustra esto ocurre para el domingo 15 de enero de 2017 que el Padre celebra con una misa y otras actividades a las personas migrantes. Entonces había tres familias de hombres, mujeres y niños. A dos de ellas les habían detenido en Chiapas como por un mes y como disculpa las autoridades les habían otorgado un pase de entrada al país. Venían en camión a base de pedir en el camino y solo les quedaban cuatro días de plazo para llegar a la frontera. Se hizo el presupuesto del gasto del camión para todos ellos hasta Sonoyta y salía en unos 12.000 pesos. Para lograr el pasaje salían a pedir limosna. En estas tribulaciones estaban cuando una señora se baja de un carro y le ofrece al Padre que le solicite cualquier favor. El Padre le cuenta el problema de estas familias y su necesidad de dinero para los pasajes. La señora le hace un cheque con el costo. El Padre no sabe quién es ni cómo se llama.

La comunicación y la confianza con las personas migrantes

A continuación presento los vínculos y relaciones que se establecen en el lugar entre vecinos colaboradores y personas migrantes que muestran el corazón del albergue y esos logros que hay que medir con otro rasero.

⁵ Recordar que la Red de Documentación de las Organizaciones Defensoras de Migrantes es el producto del esfuerzo de la sociedad civil y la inspiración del Servicio Jesuíta al Migrante por generar un trabajo articulado y mantener una base de datos común sobre las personas que acceden a los servicios de las Casas del Migrante.

En esta fase encontramos de nuevo a una mujer al frente de las decisiones en un ambiente de mayoría masculina. Sarahí, como doña Raquel, es una mujer fuerte con un humor ácido y agudo.

La persona que está enfrente debe tener un carácter, no ser una persona grotesca ni tampoco exagerada pero sí tu carácter, más porque somos mujeres, desgraciada o afortunadamente. Poner tu raya, no dejar que te coman, la decisión bien firme, así cuando hay que sacar a alguien.

Decíamos que buena parte de quienes hacen posible el albergue en el día a día son vecinos que facilitan la comunicación con la comunidad, y a ellos se suma el que en todas las dinámicas los migrantes se van a ver involucrados de una u otra manera: ayudando en el bazar, cuidando los animales, cargando materiales, alimentándose de la comida del Comedor Popular, yendo a traer las tortillas. Todas las actividades que se van a realizar están articuladas, lo que hace que este colectivo de acciones se desarrolle permitiendo una interesante simbiosis con los vecinos de la colonia y la pastoral de la Parroquia.

Nena, mujer pequeña de modales suaves y de apariencia frágil, fue una pieza imprescindible que por varios años aportó a este escenario su desbordante actividad. Además de ser la cocinera del desayuno y la comida, Nena se ocupaba del aseo, realizaba un operativo de sábanas, cobijas y fumigaciones de éstas y de los cuartos una vez a la semana, ponía las lavadoras, iba a Elektra a cobrar envíos de dinero que llegan a las personas migrantes de sus familias, como enfermera controlaba los horarios de los medicamentos de los enfermos y ponía inyecciones. Es difícil comprender cómo hacía para abastecerse y tener listos los desayunos, los lonches para los que trabajan y la comida al día. Además los sábados por las tardes daba catequesis y en otros momentos charlas prematrimoniales con el señor Marín, su esposo. Se multiplicaba porque también tenía sus hijos y cuidaba a su madre de 90 años, hipertensa y enferma del corazón, por lo cual dejara el albergue para dedicarse a ella a principios de 2018. Ella contaba cómo su día comenzaba a las 4:30 de la madrugada, entraba

en el albergue a las 6:30 y salía a las 3 de la tarde, para las 9:30 de la noche ya no podía más. A ella le preocupaba que no faltaran los frijoles o el café en las mañanas: “la olla de café, que no falte, porque casi me fusilan cuando no hay café”. Nena se angustiaba cuando no había comida, pero lo poco que hubiera trataba de multiplicarlo. Cuando le llegaban quesos de adobera los congelaba y guardaba para cuando no hubiera, entonces: “los desmorono y los hago rendir”.

Al inicio, como otras colaboradoras, llegó con miedo ante un escenario de “puros hombres”. “A mí de recién, a mí no me daba hambre de verlos cómo comían”. Se conmovía cuando les veía tan avorazados o cuando se sentaban en las sillas después de haber pasado 15 días sin estar en un lugar cómodo, “decían ‘qué a gusto se siente el estar aquí’. Me empezaban a platicar de ellos, cómo sufrían”. Aprendió que “son como uno, es de respetarlos y que te respeten, no hay que tener miedo”. Aunque siempre se llevó sus sobresaltos, a veces le ha tocado registrar las mochilas de los migrantes y les solicitaba que sacaran las cosas y que los punzocortantes se los entregaran para ser guardados; a uno “le saqué un cuchillo, unas tijeras y un picahielo... y ‘acá traigo un carnicero’. Me quedé así... ‘pues también te lo guardo’”.

Axel, joven hondureño, se ganó la confianza de quienes manejan el Albergue y se levantaba de madrugada solo para acompañar a Nena y que no estuviera sola. Y Nena también se refiere a Yesenia con cariño, una joven trans seropositiva. Ella “me ayuda demasiado”, le gusta hacer “lo que hace una dama”. Yesenia lavaba la ropa de los muchachos y la pagaban por ello y en el día salía a unas oficinas a hacer el aseo. Nena se fija cómo “habla con dificultad, como que se cansa” y se preocupa por ella.

Alejandra se apoyó también en Axel, que entonces estaba en proceso de regularización apoyado por FM4 Paso Libre. En sus primeros domingos,

fue cuando estaba Axel, era como mi apoyo. Él estaba presente cuando recibía a alguien y me decía, ‘este no parece catracho, este te está diciendo mentiras’. Era él quien me guiaba y me instruyó en ese momento. Siempre ha sido el fin de semana de llegar mucho migrante a solicitar el apoyo, era de

que llegaban hasta diez personas y yo sola, Axel era el que me ayudaba como a darles toallas, jabón. Él tenía una bodeguita afuera que le surtíamos todos los domingos porque en las noches prácticamente era quien se quedaba.

Mientras Sarahí se encariña con Dayana, una mujer garífuna de San Pedro Sula,

ella llegó aquí y a mí me tocó recibirla y platicar, venía con un primo, ‘yo me le pegué a mi primo, pero ya no me quiere’. Y el primo literal, llegó y dijo: ‘aquí se las dejo y yo ya me voy. Esta mujer nomás trae problemas, uno no puede traer mujeres en las vías porque lo amenazan a uno’. Llegó comió, se bañó y se fue. Era una mujer garífuna hondureña, venía devastada por su historia. Ella fue nuestro primer caso que dijimos se queda y hay que buscarle ayuda. La llevamos a FM4 y se armó todo un proyecto para conseguir papeles para ella. Aquí la tuvimos mucho tiempo. La empecé a involucrar en cosas de la casa, ocupaba un poquito de empoderamiento ‘Dayana hay que hace esto’. La jalé al bazar, iba y trabajaba y se ganaba un dinerito. Ella fue avanzando en su proceso y la psicóloga de FM4 venía y trabajábamos las dos. Se le fueron dando ciertos derechos sobre la casa, en ausencia de personal pues hay que estar al pendiente de la puerta y ‘ten, mira’. Hubo la confianza. Ella me sirvió mucho porque llegaba alguien y me decía: ‘este tiene finta de marero’, los distinguía perfectamente, entonces le preguntaba ¿oye y cómo me doy cuenta de un marero?, ‘No, pues un marero habla así y así y te dice así y tienes que buscarle los tatuajes los traen aquí o aquí, las lágrimas son las personas que han matado’. Ella me empezó a abrir los ojos de todo lo que pasa en Honduras, en El Salvador. Entonces fue mis ojos y ella me abrió mucho las experiencias porque conocía, yo fui agarrando experiencia.

Con estas palabras vemos el reconocimiento del otro y del aprendizaje mutuo.

Pero en este caso, como en otros, se hacen presentes los resortes de la zona gris, del habitus migrante, de unas experiencias “ocultas” y de unas

lógicas difíciles de conocer y de entender por la complejidad de las vidas de las personas migrantes y desplazadas.

Dayana consiguió la visa humanitaria e inició el trámite del refugio. Pero los tres hijos que había dejado con su madre la presionaban mucho porque por teléfono la madre dice que no quiere hacerse cargo de ellos. Quizás fue eso, y el saber que uno de ellos se accidentó en la cabeza al caer del bus y necesitar dinero para estudios clínicos, que desapareció sorpresivamente del albergue perdiendo el seguimiento a su trámite de migración. Y con este hecho explotaron los chismes y las múltiples versiones según la posición de cada emisor:

- que en calidad de refugiada podría traer sus hijos, pero que perdió los papeles de refugio porque en el fondo quería ser independiente y temía la posibilidad de tener a los menores.
- que si se fue a Lagos de Moreno a trabajar en un restaurante, pero la patrona no la daba dinero y no la dejó venir ni llamar a Guadalajara.
- que si al necesitar con urgencia dinero, dejó todo y por dinero vendía su cuerpo. Se rumorea trabaja en un “hotel” del centro –Central Vieja– con muchas habitaciones –dice 60 cuartos y 1 baño– y de a 100 la noche, para unos lo que hace es prostitución y no limpieza del hotel como ella cuenta. Otras voces la sitúan en la Nueva Central Camionera.

La necesidad y las presiones la hicieron tomar decisiones chocantes para los que la rodeaban y protegían. Al cabo de unas semanas apareció, recogió sus cosas y se fue.⁶

⁶ Muchos meses después se tendrán noticias de que se encuentra en Monterrey siempre tratando de traer sus niños; más tarde se dice que ha conseguido entrar en Estados Unidos y que tienen a sus hijos –o a alguno de ellos– con ella.

También fue un reto el caso de Dylan, que puso a prueba a Sarahí:

¡ay los menores! a mí es una cuestión que me ha costado mucho y me genera mucho conflicto. Con los adolescentes trato de ser muy maternal, es la única manera que ellos pueden hablar. Dylan era un pandillero de la Mara 13. Traía una cuestión de urticaria, era una alergia que no se le quitaba y no se le quitaba, era un temor y no sabía por qué. Pienso que él traía una cuestión de que había matado a alguien y como que la culpa no lo dejaba porque le brotaban ronchitas y era un ‘dame pastillas’, y ahora un paracetamol y ahora ocupo una diclofenaco, y ahora esto... Y yo le decía ‘¡Dylan párale! porque aquí se nos va acabar la farmacia’. Nunca se animó a hablar, nunca dijo nada, era mucho de ‘¿me dejas salir?’, y yo terapéuticamente decía ‘sal y dale una vuelta a la manzana camina, piensa, analiza, despabilate y vienes’. Le dejaba salir y era un total desastre, se perdía, llegaba a las mil horas, y le decía: ‘¿a ver Dylan qué está pasando?’. O ‘ponte a trabajar’, ‘no, ocupo dormir’, ‘ok, duerme’. Pues dormía todo el día y en la noche estaba a todo lo que da con la música, ‘¡a ver Dylan!’. Tenía 16 años, un chavo vivido a más no poder. Él era espía de los Mara, él refiere que lo agarraron como de a fuerzas, entonces cuando él ya no quiso. Él a mí nunca me dijo que perteneció. Llevaba tatuajes ocultos todo el tiempo, entonces un día en eso de que ‘mira mis ronchas’, entonces ‘a ver, enséñame tus manos’, pues lo que ocultaba era un trece. Él quería solicitar refugio [venía amenazado de muerte], yo le platiqué que por pertenecer a esta banda delictiva no le iban a dar, y más porque empecé a sospechar que él traía una cuestión más... Él me había dicho que había visto cómo habían matado a una persona, pero no me explicaba el trauma. Ver y hacerlo es muy diferente, un abismo, aparte que él era hasta cierto punto muy frío. Él tenía una personalidad que no pude ni dudar dos minutos: lo pudo haber hecho. Se fue con Leonel a Estados Unidos, y pasó y está viviendo con Leonel que se está haciendo cargo de él, están trabajando.⁷

⁷ Los menores en los albergues suponen un problema jurídico, el protocolo obliga a comunicar su presencia a la Procuraduría del Menor, aunque luego no se hagan cargo de ellos.

Este Leonel fue otra de tantas personas que hizo historia en el albergue, era albañil y había estado viviendo ahí por un año: se fue llorando y llorando cuando lo despidieron del albergue. Esa vez se fueron Leonel, José, Carlos, Dylan, Jonathan. Sarahí recuerda: “Ya cuando se iba, iba con un maletón que parecía que se iba a ir en el avión, ‘Dylan, ¿qué le vas a pedir la parada al tren y se va a parar y te va a subir, o cómo?’”. Él nunca había ido a Estados Unidos, entonces, me preocupaba que iba a hacer en el camino si siempre tiene que echarse como cinco pastillas. Yo la verdad no pensé que fuera a pasar, estaba muy delgadito, no comía. Se fueron cinco y pasaron cuatro. Pasaron con mochila. Dylan pasó, cargó su mochila de 10 kilos”. En el grupo que iba uno quedó perdido en el desierto y a otro Leonel tuvo que cuidarlo y abrazarlo para sacarle de la hipotermia.

Allí en Estados Unidos los esperaba Axel, el muchacho hondureño que apoyaba en el manejo de la Casa. Lo vimos que había estado largo tiempo en el albergue “peleando papeles” cuando estaba Dayana. Trabajó de soldador por el centro de la ciudad hasta que los compañeros le robaron el celular y protestó al jefe. Todos le hacían la vida imposible. El jefe le secuestró sus documentos y la visa humanitaria que tanto le había costado obtener, y lo hacía trabajar fines de semana y domingos y festivos; los trabajadores le buleaban y agredían. Se cansó y se fue y pasó la frontera. Y ahora iba a ayudar al grupo: les estaba esperando en Phoenix.

Lo que vemos son unas personas que llegan a El Refugio dañadas por sus experiencias y encuentran a unos vecinos y encargados del albergue que se acercan a ellos sin estudios ni capacitación en contención y primeros auxilios psicosociales –solo Sarahí tiene formación en psicología–, pero con naturalidad y empatía. Por otro lado vemos que poco a poco se instalan las diferencias entre quienes son de tránsito y quienes empiezan sus procesos jurídicos. Éstos últimos pasan a ser como residentes y muchos van a buscar pequeños trabajos, también se dan muchos casos en que las estancias se alargan sin un propósito definido. Las experiencias laborales tienden a ser difíciles y abusivas, como vemos

con Axel, algo que se mantiene hasta ahora. Para quienes se ocupan, los domingos tienen libre y “pueden salir hasta las cinco e ir al centro a pasear, a comprarse su desodorante, su pizza...”, señala Ale, en la idea que ganen una creciente autonomía que les permita independizarse a la larga y pasar a ser parte de la sociedad mexicana. Aunque no lograban sostenerse en la ciudad.

Estas relaciones naturales de confianza se han repetido a lo largo de la historia del albergue y generan tensiones invariablemente porque quienes se ganan la confianza alcanzan pequeñas parcelas de autoridad y poder provocan competencias y disputas por estos “privilegios”. Entonces aparecen como las armas en la disputa el chisme y el rumor, pero también acciones más violentas y directas, desde insultos a amenazas y golpes. Esto lo vamos a ver acentuarse en el tiempo, por eso entiendo que el albergue es parte del escenario de zona gris, aunque juegue simultáneamente como un oasis dentro del mismo, y las personas migrantes cargan también dentro del mismo su *habitus* migrante. Quienes los encontramos y acompañamos cargamos nuestro desconocimiento de los códigos de sus experiencias y su inmersión en la zona gris, nos movemos con intuiciones, sentido común y empatía.

Yaneth: unas relaciones especiales

Pero seguramente las relaciones más estrechas y duraderas con “los muchachos” son las que mantiene Yaneth, conocida, como veremos, como la coyote del Cerro, aunque en estos inicios aún no se la reconocía como tal, más como seguidora de Candy Candy. Se trata de una mujer joven y exuberante, de pelo chino y güero, su cara redonda es de fácil sonrisa. Es también una mujer de carácter, buena narradora y rockera de corazón. La llegada de Yaneth por el albergue se dio a través del Facebook: el Cerro es un espacio de encuentros impredecibles y hasta mágicos.⁸

⁸ Los testimonios de Yaneth se recogieron en entrevistas en enero y agosto de 2018.

Eso fue en el 2016. Yo tenía un amigo que era guatemalteco, lo conocía por un grupo de Face de fans de Candy Candy.⁹ Es como Heidi, la historia de una niña. Y en el grupo de Face veíamos las cosas que pasaban con esa historia. Es que la escritora se peleó y nunca hubo un desenlace y nosotros compartíamos los finales posibles. Y resultó ‘ah, pues yo soy de Guatemala’ y así. Entonces hicimos buena amistad. De repente él desapareció del grupo y como medio año después me contactó y me contó que había tenido un problema con las autoridades en Estados Unidos y lo deportaron a Guatemala. Como él ha vivido una vida así de libertinaje, la mamá no lo quiso apoyar a regresar a Estados Unidos. Que le dijo ‘Tú tomaste la decisión cuando hiciste eso, entonces ahora busca la manera de regresar’. Y así quedó. Él después me comunica y me dice ‘Estoy aquí en una casa de migrantes’. Yo no sabía absolutamente nada de migrantes, nada de Casas, nada de nada. Pero él me manda la dirección. La busco por el Google Maps y me doy cuenta que está muy cerca de donde vivo. Como a 20 minutos o menos. Y ya vine a verlo a él.

Era junio y Sarahí la recibe en la casa, Yaneth se encuentra con su amigo y otros tres conocidos de camino, salieron a caminar y les compró unos cigarrillos. Al día siguiente les acompañó a agarrar el tren a las vías de la avenida Washington y les llevó agua y comida, incluso a uno le regaló su camiseta de AC/DC. “Me quedé con la espinita del trabajo que hacían aquí en el albergue”.¹⁰

En ese entonces estaba casada, tenía dos hijos y seguía un curso de enfermería en contra de la opinión de su esposo, “una persona que vive en la mediocridad”. Estudiaba por una motivación sentimental: su tío gay falleció a los 32 años porque su familia lo marginó y se murió de una

⁹ Yaneth escoge su pseudónimo por el personaje de Terri Grandchester, actor de teatro, y la bonita historia que representa de amor ideal por Candy Candy, que en esa parte, como Yaneth, era estudiante de enfermería.

¹⁰ Después sabría que lograron cruzar por el desierto con “la mochila” y que el guatemalteco aún anda por allá.

pulmonía por depresión y por hambre sin que ella pudiera hacer nada. La situación con su pareja se puso tensa a raíz de que empieza a prestar su servicio social en el albergue, y ella tomará la decisión de irse de la casa. Los hijos prefieren quedarse con el padre. Le pide oportunidad al Padre Alberto y empezó a quedarse de veladora y a conocer “la cruda realidad de lo que se vive con la migración”.

Para mí esto me cambió la vida. Esto me ayudó a no caer en depresión. Porque dejar a dos hijos, no ha sido fácil. Yo creo que Dios me ha dado más humildad aquí. Me ha enseñado a valorar todo. La familia, la salud, el techo, la comida. Todo.

Al principio sufrió las pequeñas competencias que ocurren en estos espacios: quienes estaban encargados de ciertas tareas, entre ellos un migrante, no la aceptan y hasta le cierran los refrigeradores con llave tratando de defender sus posiciones. Ella tiene que batallar con unos y otros, pero el Padre los puso “como palos de gallinero” y se va acomodando.

Imagen 18. Yaneth y la perra Frida



También, como a todo sujeto que se acerca a trabajar con personas migrantes, “yo me enganchaba con las personas y sus historias, se iban y lloraba, de todo lloraba”.

Yaneth se quedaba a dormir con las personas migrantes hospedadas. Ella les abría en la noche cuando sonaba el timbre y despertaba a alguno para que la acompañara a la puerta: “Había veces que llegaban hasta diez, quince personas. Estuve hasta con 50 personas y yo sola. Si tratas bien a las personas, ellos mismos llegarán a defenderte si alguien se quiere pasar. Entonces, gracias a Dios, nunca nunca pasó eso”. Ella los atendía si llegaban con heridas o golpes.

Entabla unas relaciones tan especiales que tiene los celulares de más de 50 personas y familiares de quienes han pasado en estos años por el albergue. Tan fuertes son estos vínculos que en febrero de 2020, varios años más tarde de conocer a Dylan —el muchacho conflictivo que acabo de mencionar—, recibe en la madrugada la llamada de una prima de él. Dylan ha muerto después de caerse de un andamio y hacerse un coágulo en la cabeza. Vivía con una familia cristiana que lo había acogido y estaba contento trabajando en Houston. Incluso esta prima vuelve a llamarla una semana después cuando repatrian el cuerpo y la familia le está esperando en el aeropuerto de Tegucigalpa, dice Yaneth que escuchaba el llanto de su madre. De la aventura de Dylan con Leonel y los compañeros en el desierto guarda una foto que le envió donde aparece en el desierto vestido de camuflaje que le dieron los narcos para burrear, con las botellas negras de agua a su alrededor y con un M16 apuntando al suelo. No se mira su cara, tampoco se ve la mochila de droga.¹¹

En la devolución de los favores, curaciones, consejos, escuchas, el sacar dinero de los Oxxos... también ella recibe sus favores y sus insistencias amorosas de vuelta.

¹¹ “Los muchachos ahí estaban todavía —recuerda Yaneth—. Axel, él está allá, en Nebraska. Pues sé que Carlos sigue en Texas, y luego Leonel está en Carolina de Norte, trabajando también. José, ese está en Oklahoma”.

Tengo a muchos en el Face, la mayoría son personas que les he sacado dinero y se quedan con el dato de mi nombre, y me buscan por Facebook. Por eso ahora ya le cambié un apellido. Hay muchos que me prometen matrimonio y andan molestando ahí. ‘Y cuando esté en la frontera’ y ‘es que yo te quiero’, ‘es que eres bien buena persona y tienes buen corazón’, y yo les digo que pura mentira. Algunos, ya que están en Estados Unidos me contactan y me mandan 30 dólares, 20.

William, un muchacho con el pie amputado

La primera tarea que se le encomendó a Yaneth era ocuparse de hacerle la cura a William.

Me acuerdo de William, un muchachito de 20 años, hondureño. Llegó aquí con una amputación del pie. Él ya tenía tiempo como un mes que le habían amputado y hecho la sutura. Pero como que nunca le hicieron curación con la familia que estaba. Así que llegó con el pie muy infectado. Yo le empecé a curar todos los días hasta que su herida sanó. Él se entregó a migración y se regresó a su país. Pero él sufría mucho en las noches. Porque en las noches se escucha perfectamente el tren cuando va pasando, y pues él se despertaba y entraba en pánico con el tren. Él gritaba, y cuando él se controlaba, me platicaba que recordaba todo perfectamente. O sea, el sonido del tren era volver a vivir el accidente.

William venía con sus amigos pero todos pudieron subir al tren, excepto él. Y los amigos vieron y lo dejaron ahí. Y eso para él era mucho dolor. Era la despedida de su extremidad, pero era de que ‘mis amigos me dejaron’. Él estaba con ese trauma, ese dolor, esos sentimientos. Él salió de su país también por peligro de muerte. Pero él sentía como ya fracasado, ya sin nada.

Él vino al principio con silla de ruedas, luego con muleta. Pero él se fue muy a lo tonto de aquí, la verdad. Nadie lo corrió ni nada. Un día llegaron unos salvadoreños jovencitos, le lavaron la cabeza y se fue a la calle. Un día me lo encontré y le dije: ‘¡vente para la Casa!’. Andaba de vago con las muletas y

los otros muchachos. Me dice que los otros muchachos le iban ayudar, y le dije ‘No William, ellos no te van a ayudar. Vas a ver, se van a enfadar y te van a botar por ahí’. Eran salvadoreños los otros. Y así pasó, se enfadaron y lo dejaron. Ellos charoleaban por el Coppel, por el centro y si sacaban pues rentaban un cuartitos, si no, en la calle. Por la Central Vieja rentaban los cuartos y mismo ahí se drogaban y todo. Y ya un día que me lo encontré y me dijo ‘Me voy a entregar a migración’. Le digo que se fuera al Cerro, me dice que ‘No, me da vergüenza con el Padre por cómo me salí’. Le respondo que pidiera otra oportunidad, pero aun así prefirió entregarse a Migración. Y ya no supe nada de él.

Raúl, el gay

Raúl el salvadoreño, llegó recién bajado del tren y todo muy sucio. Lo que quería era hablarle a la mamá, y cuando empiezo a platicar con él, me doy cuenta de que él es gay. Le doy la llamada y empieza hablar con ella. ‘No, pero yo le dejé esos 1.000 dólares, usted gásteselos, yo estoy bien, he trabajado en el camino. Cuide de la sobrina’. Al momento que cuelga vi que empieza a llorar como desconsolado. Entonces lo que hice fue abrazarlo. Digo ‘No Raúl, échale ganas’ y no sé qué tanto. Y él aquí duró creo que dos días. Y salió un grupo de personas y a él le habían mandado un dinero. Me acuerdo que él estaba parado y me pidió unos tenis. Yo se los di. Entonces él me abrazó y me dijo ‘Muchas gracias por todo Yaneth. Cuando pueda yo le voy a echar la mano’. Y se fue. De rato me busco las llaves para abrir y vi que me había dado un billete de a \$200, me lo puso en el suéter. Yo le hablé y le dije, ‘¿Por qué me lo diste Raúl? Tú necesitas el dinero’, ‘No Yane, yo te los quise dar’.

El grupo que lo llevó lo botó por ser gay, no sé dónde lo dejaron tirado. Y pues él luchó, subió hasta Sonora. A él lo estaba ayudando una amiga desde Estados Unidos que había conocido por Facebook también. Incluso ella le iba prestar dinero para pagar coyote porque él no quería pasar mochila. Él llega a Sonora y empieza a buscar contactos para un coyote. Pero como no tiene experiencia, los que buscan gente para cruzar mochilas quieren llevár-

selo a la fuerza para que cruce con ellos. Él entra en pánico. Entonces le contactan un coyote y se va a la casa del supuesto coyote, hacen el trato y las amigas le mandan el dinero. Y nunca lo sacan de ahí. Pasa una semana, dos, tres. Él lo que hace es ganarse la confianza de ellos y se pone a trabajar. Le presionaban para que las amigas le mandaran más dinero. Un día se va de trabajar y se les va, agarra el tren y se va hasta Tijuana. Ya en Tijuana dice que ahí molesta mucho la policía: les extorsiona, les quita el dinero. Él ahí duró un mes. Trabajaba en un carwash. Dijo que ahí anduvo indagando de cómo cruzar sin coyote. Agarra valor y cruza por un lugar que le llaman Nido de Águila. Y dice él caminando a medio camino entró en shock, que ya no podía y se iba regresar. Pero algo le dijo que tuvo que continuar. Y que se metió.

Luego supe que estuvo en San Francisco y que sus amistades le ayudaron. Pero no fue todo de color de rosa. El marido de la amiga no quería que él estuviera allí. Y él lloraba mucho y sufre todavía actualmente. Trabaja cortando las yardas, el césped, gana muy poco dinero y no ha podido juntar para mandar a su mamá. No la ayuda como él quisiera. ‘Yane, ¿tú crees que llegando aquí todo es color de rosa? Tienes que aguantar que la gente te discrimine, porque no hablas el idioma, te pagan lo que quieren, si quieren no te pagan porque no te puedes defender’. Por él, Raúl, y por muchos, sé que estar allá no es que sea algo bonito. Sufren mucho. Y realmente el que hace algo en ese país es porque aguanta de todo. No se divierten, no pueden hacer nada. Porque cualquier error que tengan, van para atrás, los deportan. Él sigue ahí.

Una vez publiqué algo en Face y él me dijo que quería darme las gracias. ‘Gracias a ti yo estoy donde estoy. Porque puede venir uno con todo el entusiasmo, pero realmente te apagas en el camino, te vas apagando. Y cuando alguien se toma la molestia como decir ‘tú puedes, échale ganas, alguien te está esperando en tu país, ten fe, pídele a Dios. Eso le sirve mucho a uno y uno continua’. Al contrario que otras personas les dicen que se pongan a trabajar, que son unos adictos, unos rateros. Porque muchas personas tienen

en ese aspecto al migrante, un delincuente o un drogadicto que viene a perjudicar a las personas de aquí.

Él no tuvo que salir por las maras, sino que por su sexualidad. ‘Imagínate –me dice–, uno viene ocultando realmente la sexualidad de uno porque de por sí uno viene sufriendo, si ellos se dan cuenta es peor’. La historia de él me marcó mucho.

Yasmin, la amiga

Tengo una amiga, Yasmin. Ella llegó aquí con su esposo, su hermano y un primo de ella. Eran cuatro. Y las mujeres hondureñas son muy así, como que tienen una barrera, como ariscas. No platican. Y pasó con Yasmin. Era una mujer muy bonita, de Puerto Colón, de costa. Y empezamos a hablar, se empezó a abrir conmigo, me contó su vida [Yasmin tiene 27 años, Yaneth, 30]. Y nos poníamos aquí en la sala, nos poníamos la tele, comíamos palomitas. Me contó que su esposo y ella se conocieron en Estados Unidos, los dos son de Honduras. Él había hecho su vida encamado con otra mujer, pero se divorció y tuvieron dos hijas. Un día a él lo agarra la migra y lo deportan a Honduras. Ella dice ‘no, yo me voy a ir. Él es papá de mis hijos y me voy a ir’. Estuvo preso un tiempo don Pascual y luego lo mandaron a Honduras.

Sus hijos nacieron en los Estados y se los trajo desde allá. Entonces duraron como tres años. Los niños empezaron a ir a la escuela en Honduras. Luego se vinieron don Pascual y ella, pero dejaron a sus hijos con sus papás en Honduras. ‘Yo voy a hacer todo el recorrido, voy a cruzar de ilegal y todo. Y ya estando en Estados Unidos voy a mandar a traer a mis hijos, pero en avión. Porque ellos tienen papeles’.

Hicimos una muy bonita amistad con su hermano, su esposo, estuvieron una semana aquí. Cuando se fueron, ya te imaginas la lloradera. Pues es que uno como que se hace parte de ellos. Pues estuvieron casi dos meses por la

frontera, hasta que la familia que estaba en Estados Unidos pudo pagarles el coyote. Entonces, agarraron un coyote y cruzaron a Phoenix.

Ya estando en Phoenix, el coyote les cobraba más de lo que habían acordado. Entonces lo que ella hizo fue escaparse del coyote. Se fueron por otro lugar y consiguieron un modo de transporte para moverse a Missouri y ahí ella empezó a trabajar. Y mandó a traer a sus hijos. Y se le puso más difícil con su propio país para que le diera el permiso de traer a sus hijos. Estuvo ella luchando y por fin se los mandaron. Y ahora están todos allá.

Sigo teniendo contacto con Yasmin, con ella hablo casi diario. Me escribe o le escribo. ‘Hola mana’, así me dice. Y todos los días me escribe con Whatsapp. ‘Hola, ya estoy aquí en el trabajo’, porque ella entra a trabajar a las 7 am, pero como su esposo trabaja para el mismo rumbo, la deja como a las 6:30”. Cuando mi hija se puso mala, ella un día me dice ‘dame tus datos’, y me mandó 100 dólares. Yo no sabía la cantidad hasta que los fui a cobrar, pensé que es un día de trabajo de ellos porque ellos andan ganando 80 dólares al día. Y ella me ha expresado su gratitud de muchas maneras. De ella han sido más profundas sus palabras, dice ‘Tú te entregas por completo a las personas, no te fijas quién sea, de qué raza sea, de dónde venga, cómo venga’ Entonces esas palabras son las que me han motivado para seguir aquí.

Como señalé anteriormente: los vínculos fugaces no son necesariamente superficiales y en el caso de Yaneth y quienes laboran en los albergues vemos también esa “cadena de solidaridades... un valioso recurso de sobrevivencia en las situaciones límite que comparten transitoriamente” (Espinosa, 2012: 290). En formas que en ciertos ambientes se caracterizarían como políticamente incorrectas, vemos cómo se actúa con sensibilidad y cercanía, quizás por compartirse el pertenecer a sectores populares y compartir muchos códigos culturales con solidaridades, chantajes, propuestas amorosas interesadas, reconocimientos. Todo ello nos muestra la intensa creación de eficaces redes sociales con la ayuda de medios de comunicación como el Facebook y el Whatsapp, son cadenas transnacio-

nales de amistad que funcionan en el tiempo en la sucesión de golpes de suerte como de desgracias.

El cotidiano

Un amigo decía que lo primero a superar si se quiere colaborar en un albergue es el olor a pies. El albergue es un lugar de reconstitución de las personas que llegan agotados, quemados, sucios, con hambre y, efectivamente, oliendo a suciedad y miseria. Pueden haber pasado varios días a la intemperie y en el azote del aire en el tren sin haberse bañado ni cambiado de ropa, traen quemaduras en la boca, ampollas en los pies, fiebre, gastritis, golpes o heridas por agresiones. Por ello, al arribar a la Casa, lo más deseado es la ducha y el ponerse prendas limpias. El efecto de estas acciones es considerable, a veces es difícil reconocer a los sujetos ya rasurados, peinados, aliviados. Siempre con una ropa desajustada, más si les tocaban las camisetas del Partido Verde que llegaron en una donación por miles y les uniformaban de una extraña manera, haciendo juego con las cientos de mochilas que también cargaban el logo del tucán de este Partido. Para muchos de ellos su tesoro en la mochila es un perfume o un desodorante que les restituye su identidad y su vanidad. Otras acciones importantes del volver a ser personas son el comer y el dormir.

Recibir a las personas que llegan con su breve mochila arrastrando su cansancio y sus dolores es siempre conmovedor. Al Cerro del Cuatro suelen llegar de madrugada, pero también a lo largo del día. Su número depende de las temporadas —en el tiempo de las Caravanas y sus secuelas serán colectivos más grandes de hasta veinte y treinta, normalmente se trata de grupos pequeños de tres a cinco personas.

Al entrar en El Refugio Casa del Migrante se les hace un registro de sus personas rápido y simple y uno de sus pertenencias que tampoco es muy exhaustivo, principalmente se busca que dejen en consigna todo tipo de armas. El celular está permitido. Las mochilas quedan en una consigna que se ha ido mejorando en el tiempo, desde 2020 se han instalado lockers individuales. No se permite la entrada a personas embriagadas o drogadas. Ahora, una vez dentro, las transgresiones más comunes

entre el reglamento y el comportamiento esperado se producen con el consuetudinario consumo de drogas, especialmente marihuana y piedra, y de alcohol. Esto es algo habitual en esta población, como en tantas otras, pero está estrictamente prohibido en los albergues por la supuesta amenaza que supone a la seguridad de los albergados y los trabajadores del lugar si los adictos se ponen violentos. Aunque también se trata de un asunto moral que imponen la sociedad, las autoridades civiles y religiosas de no tomar ni fumar ni drogarse como un deber ser. Esta exigencia es motivo de expulsión del albergue, se dan muchas picarescas para evadirlo, pero el castigo es muy drástico y es un motivo continuo de discusión y valoración por el equipo, más cuando ya no se trata de personas en tránsito, sino con procesos jurídicos en marcha o con intenciones de asentarse en México. A lo largo de los capítulos mostraré cómo se producen estas tensiones y los efectos que tienen.

En definitiva un albergue es un espacio delicado porque siendo de protección, su población se encuentra muy conflictuada y hay casos de difícil decisión. Sarahí reflexiona sobre ciertos cuestionamientos éticos: “es muy difícil tener todo bajo control, aquí la neta es que nos han pasado cosas de ¿cómo? ¿cuándo?, pero es imposible. Estarlos esculcando también es un poquito como meterse con sus... tenerlos encerrados también, acusarlos también, o sea que hay líneas muy delgadas entre una cosa y otra. Y si violas los derechos ya no eres defensor de los derechos. Aquí uno se hace colmilludo, si vas a ser ingenuo no puedes, porque si bien pues ellos no son malos tampoco son buenos”. Es complicado manejar tantas personas que traen vidas problemáticas: quienes estuvieron en prisión en Estados Unidos o Centroamérica, quienes han vivido secuestros, violaciones, asaltos. Muchos no aguantan estar en un lugar con normas sobre la entrada y la salida, se sienten encerrados y es difícil romper con esa sensación y al mismo tiempo cuidar el espacio y sus habitantes.

Como ya señalé, otra característica de El Refugio es que, por intermediación del Padre, se reciben perfiles que rompen con ser “personas migrantes o en refugio”: puede ser un señor que necesita albergue porque es de algún lugar de Jalisco y viene a hacerse unos análisis clínicos; niños

de la colonia que están medio abandonados y para que no estén en la calle. Otros “fijos temporales” que no cuadran en los perfiles y aparecen en noviembre de 2017 son dos mexicanos que el IJAS solicita que sean atendidos en el albergue: uno en silla de ruedas en espera de una operación en la cadera donde tiene dos balazos y otro con problemas psiquiátricos. Una vez que entran, esta institución oficial ya no va a ocuparse de ellos ni con dinero ni con las medicinas ni al menos llamando a interesarse por ellos. Estarán hasta los primeros meses del 2018 cuando los recogen para llevarlos a un lugar muy feo y sin ventanas, entonces el señor de la silla de ruedas, que disfrutaba de colocarse por horas en alguna esquina donde le daba el sol, reaccionó y reconoció que tenía familia, la que se hizo cargo de él.

Al interior del albergue la vida transcurre con las pautas de un cotidiano “normal” cargado de tantos sentimientos que están a flor de piel. Hay elementos que permiten esta cotidianidad, como cuidar el corral de las gallinas y los conejos. A principios de julio del 2017, llegué un día y encontré a Óscar, un salvadoreño con varios días de estancia, afanado en afilar un cuchillo para matar 20 pollos y congelarlos. Le colaboraba una mujer guatemalteca que recién había llegado y que pronto desgranó su historia: es de Escuintla, su esposo trabajaba en un beneficio de azúcar, pidió su finiquito y con ese dinero se vinieron. Los agarró migración empezando México, pero volvieron a intentarlo otra vez. Han dejado tres chiquitos allá. Quieren llegar a los Estados, pero primero van a Monterrey –no buscan pedir “papeles” por lo tardado–, ella tiene miedo de La Bestia, por eso él se encuentra trabajando para poder ir en bus. Aún está nerviosa porque se separaron poco antes de llegar a Guadalajara, él bajó del tren con otro hondureño un momento y la máquina continuó y ni ella ni él pudieron subir o bajar. Se quedaron los dos hombres por Zapotlán medio perdidos, llorando y con miedo. Se conectó con su esposo a través del padre de él y así supo que estaban vivos y que se encontrarían en Guadalajara. Dice que se le partió el corazón al perderlo.

Es también común el rencor de los mexicanos hacia los centroamericanos, muchos consideran que estos son tratados “mejor” que ellos que

están en su país. Por ejemplo, ocurren situaciones como ésta que cuenta Yaneth:

Hace ocho días llegó un mexicano, pero un mexicano que traía el pique contra el centroamericano. Y llegó un hondureño lo saludó y lo dejó con la mano estirada. Señala de huevones y flojos a los centroamericanos, con esas palabras. Y ya ese señor se quedó solo un día, pero habló de mí con todos los hondureños de que discrimino a mi propia gente. Él era de Chihuahua y lo deportaron a Quintana Roo. Estaba muy molesto.

Otro día arriba Randolf con otro tipo de perfil que se va haciendo relativamente común, un salvadoreño que va y viene por el mundo. Ha residido también en Estados Unidos. Ahora llega de Sonora. Trató de pasar la frontera y no pudo y estuvo trabajando en Miguel Alemán en las camaroneras y con el corte de uva. Pero hacía demasiado calor y no aguantaba, además le han salido espolones y no puede caminar mucho, por eso no se animó a pasar el desierto. No quiere volver a El Salvador, lo amenazaron las maras por defender a un vecino.

Un muchacho garífuna, Alexis, aparece en junio del 2017 acompañado de otros hondureños. Viene de Cortés pero vive en Tegus. Se queja de cómo la palma africana ha destrozado Tela. También se queja de sus hermanos que están en Miami que nunca le han ayudado. Su hermana no le mandó dinero cuando se quedó huérfano de niño, y solo mandaba a los hijos “buenos para nada” de su marido. Con el descuido familiar, cayó en una red de trata y pornografía infantil que le tenían en una casa de seguridad. Pero él y otro chico lograron salir y denunciar y fueron tratados como testigos protegidos. El juicio se ganó, pero en el juicio, el juez o un abogado dieron sus nombres y el amigo apareció ahogado. Él sabe que no se mató. La justicia de Honduras lo abandonó, ni lo ayudan ni lo protegen y anda desnortado de un lugar a otro. Ya ha estado un par de veces en Guadalajara, va y viene. No sabe si volverse a entregar, si ir a la Ciudad de México, si sacar papeles. Ahora lleva dos meses en la ciudad, quiere trabajar en cocina que es lo que le gusta.

Mientras, Poncho, un migrante nicaragüense grandote de 33 años, se encontraba en El Refugio cuando se cayó de un árbol que estaba podando dando contra el bordillo de la banqueta y quebrándose la cadera. Se le ingresa en el Hospital Civil porque necesita prótesis –recibirá apoyo monetario del patrón y del Padre– y se queda una larga temporada haciendo la lucha con la andadera. Una vez “se le asustó el corazón” cuando se resbaló en el baño en la noche. A su hueso le costará mucho soldarse. A él le daremos seguimiento más adelante.

Y también pasan por el albergue unidades familiares, algunas de nacionalidad mixta. Una de las parejas estaba formada por un guatemalteco de unos 30 años con una mujer michoacana de 20 años, con niños de 3 y 4 años. Al principio crearon dudas por su conformación, después supimos que se trataba de una pareja que residían en Lázaro Cárdenas y deciden salir a probar suerte a Tijuana forzados por las extorsiones a un pequeño negocio que tienen en su casa. Sin dinero, viajan arriesgando en el tren con los niños. Se puede decir que son desplazados internos. También llegó una mujer muy flaquita y muy joven de Chihuahua, emparejada con un hondureño. Viven en la calle pero ella se enfermó y vinieron al albergue para ser atendidos por el médico que llegaba en esos días. Este caso muestra los límites entre la transmigración y la situación de calle.

El albergue como extensión de la zona gris: los infiltrados

Aunque la inspección de El Refugio no se caracteriza por lo estricto, no está permitido el paso de personas que puedan resultar dañinas al colectivo como enganchadores para la trata de personas migrantes y de mujeres, quienes suelen ser personas inteligentes y engatusadoras. Con ellas la zona gris se instalaría con más contundencia al interior del albergue, lo que a veces logra realizar a pesar de los controles.

A Marlov, un hombre hondureño fornido, con grandes cejas, de 40 y algo de años, lo conocí por diferentes vías. En El Refugio coincidimos porque a principios del 2017 él estaba esperando la analítica para poderse operar en el Hospital Civil de una hernia inguinal. Aquí lo estaban apoyando y estaba residiendo por semanas en la espera. Se presentaba

como alguien maduro y experimentado. Originario de Olancho, llevaba ya unos años viviendo en Los Ángeles con dos hermanas –tiene dos hijos allí, pero no está con ellos–. Acababa de ir a Honduras a cerrar los asuntos que la muerte de su padre había dejado y no quiere volver: a su madre y hermano los mataron las maras por extorsión. Cuando se recuperara, vería la forma de pasar la frontera por Mexicali con alguien que le ayude a cruzar el desierto. Hacía énfasis en su cristianismo y en que quiere dedicarse a hacer el bien. La impresión que deja es la de un señor racional y convincente con un discurso de trabajo.

Pero Marlov tiene otra cara que descubro a través de una investigadora de la migración por Guadalajara. En este caso, su información la ofrece como clandestino porque se refiere a su trabajo de coyote experimentado, aunque en un proceso de conversión religiosa. En estas conversaciones grabadas se muestra más desconfiado sobre el uso de la información y de su persona. Entonces este ex-sargento del ejército hondureño dice tener papeles mexicanos y mujer e hijos del Estado de México. Éstos se encuentran ahora en Estados Unidos y parece que todos cuentan con papeles norteamericanos, él dice estar separado. Tiene además su forma migratoria mexicana y hasta trabajó para la Coca-Cola. Lleva años en el “negocio de la gente” y la aventura por México y se permite dar mucha información sobre las estrategias que se manejan en este tránsito. Ahora “se cansó de hacer el mal” y quiere ser pastor y dar su testimonio. Pero esta conversión no parece ser tan firme, quizás porque como él justificaba “es un vicio del que no puedes salir”. Lo cierto es que desapareció de mala manera del albergue en que estaba, sin realizarse la operación que tanto ansiaba.

Hay cierto tipo de sujetos que parecen tener adicción por espacios como las Casas de Migrante a pesar del peligro que tienen para ellos porque se encuentran perseguidos, con aviso de alerta o con órdenes de captura. En septiembre me encontré de bruces con el Roger el Choco que estaba hablando tranquilamente con otro compañero en el patio del albergue. Lo había visto en unos reportes y no lo dudé un momento, sus ojos estrábicos lo delatan y di aviso. Hablamos con FM4 que nos manda

sus reportes de REDODEM. Su alerta se había dado por un episodio muy triste en que este sujeto raptó a un menor en un albergue y logró escaparse. Era un mentiroso compulsivo, en una primera ocasión en esa Casa al norte de Ciudad de México se hacía pasar por guatemalteco de Petén y hasta solicitaba una visa humanitaria porque se había roto una clavícula al caerse del tren, cuando era de un pueblo cercano a Orizaba, Veracruz. También contaba que tenía un hijo y que la mujer lo dejó. La segunda vez que aparece en ese albergue lo hace con un menor güerito que dice que es su primo y que, como es maya, no habla español. Viéndose algo extraño, se entrevista aparte al niño –quien sufre un retraso cognitivo– que da su nombre verdadero afirmando que es de Veracruz y que van a Monterrey a la pizca. Cuando se carea a El Choco explica que miente porque le persiguen los Zetas y tiene miedo y si dice que es mexicano no se le va a atender. Se les separa, pero en la noche El Choco se cuela donde el niño y se lo lleva de nuevo secuestrado y desaparece. Al cabo de los meses se encontrará al menor, pero de Roger El Bizco no se sabrá más.

Hasta que reaparece en El Refugio. Resulta que dice venir deportado y está pidiendo una carta al Padre para que Cáritas le pague su viaje a su casa de Veracruz. Se ha registrado con su nombre real, al cabo cuando fue lo del secuestro del niño no lo detuvieron, así que no se le está buscando y no se le puede detener. Cuando se le reconoce, se le expulsa y se boletina a todas las instituciones. Nunca se pudo averiguar si este muchacho tenía vinculaciones con el crimen organizado o si era un perseguido por éste.

El albergue como “la pecera del amor”

Yaneth sostiene que estos hombres en tránsito “tienen alma aventurera” y son “bien enamorados”, persistentes y “muy machistas”; a veces no aceptan que les dirija una mujer y reniegan. Aunque también son sentimentales y se emocionan cuando les celebran el cumpleaños y les ponen su pastelito. Como ya había ocurrido en el periodo de doña Raquel, algunos de los problemas que se han tenido se vinculan con las relaciones entre los migrantes y las muchachas de la colonia.

Una vez llegó uno –cuenta Alejandra–, ‘¡Ah es que vengo a reclamar porque le dicen cosas a mi mujer y no la respetan! Y vengo a ver qué va a pasar con ellos o les llaman la atención ustedes o yo los atiendo’, se levantó la camisa y traía una pistola. Ya en eso llegó mi tío pues estaba bien sola. Son las chamaquillas que andan aquí con ellos y ellos con las muchachas y luego vienen y reclaman aquí ‘que los migrantes’ y más cuando llegan así como bien chavitos. Antes se trepaban ahí a la construcción viendo a las muchachillas pasar y a gritarles de cosas, y ya los regañábamos y a llamarles la atención de que los vecinos vienen a reclamar. Parece la pecera del amor, son cuestiones de romanticismos que hay entre ellos. Una vez hasta mensajes nos dijeron que se mandaron con una casada, puras cosillas, cualquier cosa sale que ya anda Fulano con Zutana.

Hace un año hasta en las noticias salió. Él llegó aquí de paso y le tocó en las fechas de semana santa, cuando andan los grupos juveniles con la Pascua juvenil y él pidió permiso para participar. Pero era el galanazo, acá el hondureño medio rubio, grande, la sensación de la Pascua. Hizo las cruces y que esto y lo otro y ya como que empezó con la chava y se enamoraron. Ya de ahí nosotros no sabemos nada. Después vinieron a reclamar los papás de la muchacha, decían que ‘su migrante’ se había llevado a su hija y que no la encontraban. Dijeron que se la había robado. Pero no se la robó, se fueron a vivir a una casa de una tía de ella para seguir su romance y ya. Se pusieron de acuerdo y ya viven con la mamá, se reconciliaron, tienen un niño.

El Padre tomó algunas medidas con el espacio y resituará la sala que daba a la calle porque como señala Yaneth:

a esos muchachos les gustaba quedarse en la ventana conquistando chicas y les iba bien. Hasta que [el Padre] les dijo, ‘ustedes pueden salir muy perjudicados de ir enamorando a las muchachitas. Porque imagínense que a esas muchachitas algo no les parezca de ustedes, al final es la palabra de ellas contra la de ustedes. Y ustedes ni documentos tienen aquí. Y ya pueden decir

que le hicieron y le deshicieron, y ustedes mientras los van a meter a la cárcel o deportados. Sean inteligentes’.

La “pecera del amor” es extensible al interior del albergue, como vemos a continuación con el caso de Yaneth, y se intensificará cuando lleguen mujeres y familias y se desatan las relaciones, las pasiones... y los conflictos.

El bache con Eloy

Eloy es un hondureño que viene deportado de Estados Unidos. Tiene un fuerte liderazgo y sabe imponerse sobre el resto de los muchachos. A Yaneth le resulta atractivo y se enamora, permitiéndole tomar ciertos espacios y romper ciertas reglas. Eloy empieza a verse como un peligro cuando se revisan las cámaras y aparece en las noches donde no debe. Entonces se le expulsa y con él sale Yaneth.

Esos cuatro meses que yo me fui de aquí, yo sufrí mucho. Por respeto a la Casa yo decidí irme. Creo que no es pecado enamorarse de una persona. Tal vez fue una mala decisión, sí. Pero yo no me fui huyendo, no me robé nada, como expresan aquí algunas personas. Nunca perdí la comunicación con Alejandra.

Y me enamoré de este hombre, Eloy. Él estaba peleando papeles aquí. Por lo mismo que uno, como está con sus vacíos, uno no aprende a ver más allá de quién pueda ser esa persona. Se da uno de topes. Pero fue una experiencia.

Lo que pasó es que él me conoció aquí ayudando a las personas y me vio como su barco. ‘Ella me puede ayudar’. A él fue que le pidieron que se saliera de la casa y prácticamente estaba en la calle. Yo me sentí mal por eso. Él es una persona líder, manipulaba a los migrantes y hacía como sus grupos. Entonces fue una experiencia que tuve, pero de ahí aprendí, o sea, no hacer apegos con las personas. Salimos a rentar allá en Tlajomulco.

Eloy había vivido muchos años en Indiana, allí así “como tuvo todo, también lo perdió todo”. Él se dedicaba a la venta de droga y le compró una casa a su madre, pero cae preso, le dan siete años y después lo deportaron a Honduras. Allí habían asesinado a su hermano y empezó a indagar quién había sido, por eso lo empezaron a buscar a él y vino a México a pedir refugio. “Incluso hasta el proceso abandonó, porque usted sabe que los de migración van a hacer lo que sea para que uno abandone el caso. Entonces él se desesperó y lo abandonó”.

Aunque no perdieron la amistad, la relación no funcionó y se separaron. Es interesante que él ya no se aventuró a Estados Unidos, allí le esperarían 15 años de prisión si le agarraba migración. Hizo por integrarse al país y buscar trabajo en su oficio de pintura. Será algo que le cueste mucho por no tener papeles y por discriminación. Además su finta y el estar tatuado en los brazos le llevan a que le estén cucando siempre los que ofrecen droga, algo que rechazaba: “muchas veces en las construcciones donde le daban trabajo de pintura, dice que lo controlaban los que vendían drogas, que las plazas. Que veían su aspecto y le ofrecían vender droga. Y dice que eso siempre le va a perseguir”. Con todo, trabajó con un arquitecto que lo contrató en diferentes obras en los Altos de Jalisco, en Mazamitla, e incluso en la pintura del Palacio de Gobierno donde conoció al entonces gobernador Aristóteles Sandoval. Como señala Yaneth, conoció a “gente gente”. Años más tarde sale de Guadalajara porque se siente perseguido y pasa a la Ciudad de México a empezar de nuevo.

A Yaneth, el dinero que su madre le dio para ayudarla se le acabó y se puso a trabajar. Pero se comunicaba con Alejandra. Cuando sale un video del albergue realizado por un grupo de María Visión con una entrevista que le hicieron a Yaneth como enfermera del albergue, la familia del Padre quiso buscarla y agradecer sus palabras. Y “Dile a Yane que las puertas del albergue siempre van a estar abiertas el día que ella quiera regresar’. Entonces Alejandra me habla y me dice ‘Tú puedes volver cuando quieras’. Así yo estaba, llora y llora por teléfono. Regresé como en agosto. Yo ya no estaba con este hombre”.

De ahí de nuevo son varios los que le hacen “fuchi” y se molestan porque regresaba, incluso la bloquean del Face. A los 15 días un migrante la dice, “oye Yane, es verdad que tú te fuiste con un hondureño. Y así me quedé como qué... ellos qué tienen que saber mi vida. Y yo así de ‘Mira lo que yo haga de la puerta para fuera, es cosa que no les importa’. Y a mí más que darme coraje o risa, me daba vergüenza quizá. Mi autoridad se fue por el drenaje”.

Entonces el Padre convocó una reunión donde aclararon las versiones y los puntos de vista sobre el retorno de Yaneth. Yaneth regresa a trabajar en espacios cercanos del albergue: empieza cuidando a la hija de Sarahí en su casa y viniendo al Cerro a ayudar al bazar los miércoles.

Habitantes satelitales a El Refugio

Hay personas que intentan establecerse en Guadalajara y en la colonia, es decir, en los alrededores del albergue que funge como un espacio de referencia y apoyo importante para ellos a pesar de hacerse autónomos. Un requisito importante para que se den las inserciones en el área es que haya ciertas fuentes de empleo, aun precario y temporal. Las personas de la comunidad llegan a buscar personas al albergue para el trabajo. Esto facilita que se creen ciertas redes e información que pueden permitir el intento de probar a asentarse.

Eder el Sonora

Para ilustrar esta inserción comunitaria, tenemos la historia de Eder que es parte del equipo de albañiles que levantó la nueva Casa del Refugio. Este hondureño de Santa Bárbara llegó en el 2011. Su meta era llegar a Estados Unidos:

todos venimos buscando el sueño americano como lo llama uno, intenté varias veces, pero yo no tengo familiares allá, tengo dos tíos, pero son muy lejanos, muy separados de la familia y nunca me hicieron paro. Le estuve intentando por mi propia cuenta, intenté como unos tres años. Trabajé en Sonora, en los

campos, pues ya ve cuando uno llega a las vías del tren no falta quien sepa una cosa o quien sepa otra y pues uno escucha todo ahí y ahí llegan a traer gente a la estación. Luego trabajé en una empacadora de carbón unos dos años y así que miré que no pude pasar y que me acabó ese trabajo que tenía allá y dije voy a ir al sur para trabajar. La calor estaba muy fuerte y para andar sin chamba y aguantando sed y hambre no, luego los que subían decían ‘para Guadalajara el clima está que hasta llueve’. Eso me motivó a venirme para acá. Escuché en las vías que decían que en el Cerro del Cuatro hay una casa que te atienden bien, seguí las instrucciones y me vine.

Eder llegó en el 2015 y se fue estabilizando aquí porque se ocupó gracias a la Parroquia: “A toda madre trabajando aquí, y ya le dije al Padre que quería alivianarme con un dinerito ¿verdad? y que me diera unos días de trabajo para irme con dinero y así me dio trabajo y me fui quedando y quedando porque había trabajo y mucho”. Vivió en el albergue unos 4 meses, se terminó el trabajo y salió con un maestro albañil que conoció en la colonia “nos fuimos a trabajar afuera, duré un mes”. Luego, de regreso, el Padre le propuso que “me apartara para estar más cómodo, yo ya ganaba mi dinero, y ya me fui a rentar un cuarto aquí abajito y pues ahí estuve viviendo un ratito y luego me cambié para otro y ahí estoy viviendo ahora”.

Por un tiempo Eder cuenta que

tuve una muchacha ¿verdad? Y pues salió embarazada y salí muy mal con ella y con la familia, como que su familia se agüitó, porque a ella nunca le dije que era hondureño, porque de donde la conocí no permitían gente de otro país. Como venía de Sonora me hice pasar por sonorenses ¿verdad? Y es que quería trabajar, y pues no pedían papeles ahí, no ‘pues de aquí soy’. Trabajé casi un año en la construcción, de volada nos hicimos bien acoplados y pues ya nos fuimos a vivir juntos, nos apartamos, hasta me decían el Sonora, todo eso me ayudó. Pero nunca pensé que iba a reaccionar así, no solo la morra, si no que su mamá ‘¡ay! ¡ay!’

Me quitaron a la morra y como iba a tener a su bebé... le bloquearon su Face. Una amiga me lo dijo. Y a esa amiga le dije que le pagaba si me decía dónde estaba porque sé que la morra si ha sentido esas ganas de verme porque ni modo que no ¿verdad? Porque más que todo era su familia la que estaba en contra. Entonces la morra me dijo que la mataban si decía eso y ‘no, no, no así déjalo’. Dicen que las piedras rodando se encuentran y pues es un hijo ni modo que...

Eder está insertado en la vida de la comunidad y de Guadalajara, “ya estoy instalado, tengo como 5 o 6 años aquí, pero pues sin papeles ¡ey!, lo que me gustaría es tener como una nacionalidad para sentirme más a gusto porque así sin papeles a veces quiero buscar un trabajo y nada. Entonces eso me dan ganas de mejor me voy para mi tierra, pero también me la pienso ¡que chingados voy hacer allá! Porque allá no es igual, que aquí le sale y consigue trabajo de cualquier cosa ¿no? Allá hay que buscarle machín”.

Vemos en Eder a alguien que prueba a vivir y trabajar en otras partes y termina recalando en el Cerro del Cuatro, en buena parte por el apoyo que encuentra en los sucesivos trabajos que el Padre le ha ido consiguiendo. Conocido como “El Sonora”, se ha mimetizado como mexicano, apenas tiene acento hondureño, y es parte de los círculos de la colonia, aunque tiene fama de arisco. También la tiene de mujeriego —no se ha estabilizado en este sentido— y buena parte de los conflictos que ha tenido con vecinos de la colonia tienen que ver con este asunto. Y con su consumo de drogas. Eder trabaja bien y duro, pero es un consumidor empedernido de marihuana y cristal. La adicción a la droga y/o al alcohol es algo que se repite con sistematicidad en el perfil de los centroamericanos migrantes —como entre los jóvenes mexicanos del barrio.

Eder también nos permite hablar de los rumores que se mueven en estos espacios populares que son parte de la trama que guía este libro. De él se comenta que nunca tuvo interés en pasar a Estados Unidos o que no es su nombre original o cuando desaparece por temporadas se dice que se

le ha visto de indigente en el San Juan Grande. Lo cierto es que por más de un año, Eder será un albañil de confianza del Padre, alguien que sabe de estas historias y de las debilidades de Eder.

Hugo el Pollero

Conocido con este sobrenombre porque se dedicó por años a la venta de pollos asados en las afueras del albergue, Hugo es un hondureño de 38 años largo, lacónico y de habla gangosa. Del departamento de Morazán, sus padres siembran milpa y tienen café. Salió hace 17 años por ser testigo de un asesinato. Él ha vivido fuera desde entonces: en Guatemala, en El Salvador y en México desde hace ocho años. Aquí ya ha conocido todo, llegó casi a Los Ángeles en dos ocasiones pero lo detuvieron y deportaron; en otra lo secuestraron en Culiacán y mataron a una compañera con la que venían desde este mismo albergue de El Refugio. Él logra escapar de los once sujetos que estaban drogados. También salió con un amigo a probar suerte a Monterrey, pero el amigo mismo le asalta y quita los mil y algo dólares que llevaba. Así son muchos sustos en las vías y parece que ha recalado en este lugar para protegerse.

El Padre le prestó una parrilla y también un toldo, que junto a una mesa y a una vitrina de cristal donde guarda las piezas ya cocinadas, le sirven para instalar su puesto de venta de pollos que durante mucho tiempo será el lugar de reunión de las personas del albergue –aunque Hugo es más bien un hombre solitario, miedoso y reservado–, pero también de los centroamericanos que han alquilado cuarto en las cercanías u otros que aparecen de paso. La venta de su ración de pollo con arroz y tortilla depende de la llegada de las quincenas a los trabajadores del barrio.

Otros asiduos

Hay algunos muchachos que se animan a salir y a alquilar un cuarto en la vecindad, trabajan y llegan de visita en sus descansos o cuando requieren algún apoyo. Edwin era un chico joven, pequeño y guapo, le llamaban “El Pícaro” por su éxito con las mujeres. Tuvo malas experiencias en el camino,

así que decidió abandonar su grupo y probar suerte en Guadalajara. Su grupo –José, Jeffrey, Noel y Denyer– cruzaron la frontera con la mochila. A Denyer lo deportan después y al rato vuelve a regresar por Guadalajara a intentarlo de nuevo. Edwin consiguió trabajos de limpieza en un hotel, en una tostadería del barrio... y pronto buscó rentar un cuarto. Pero, le dice a Yaneth “ya me fijé que aquí en México es difícil salir adelante. Qué difícil, trabajas para vivir, para medio comer porque no te puedes dar un lujo”. Edwin nunca se animó a subir al Norte, regresó a Honduras, su familia cultivaba café y le llamaron porque necesitaban su ayuda.

En la segunda mitad del 2017, se conforma también un grupo de jóvenes que se mantiene por meses haciéndose parte del cotidiano del albergue, a ellos les costó muchos meses salir del albergue y hacerse autónomos. Israel, Jacob y Yeison no llegan juntos pero serán muy unidos. Son morenos y espigados, Jacob es de origen garífuna, no puede volver a Honduras porque parece que mataron a su hermano, algo de lo que se siente culpable. Los tres son muy reservados. Los tres buscan obtener la visa humanitaria y después el refugio que nunca logran. Colaboran mucho al interior del albergue, en este tiempo no quieren salir a trabajar fuera. Les iré siguiendo su pista.

El Refugio se adapta (I):

la Casa del Refugiado y las primeras caravanas

La migración indocumentada por México en dirección a Estados Unidos está cambiando de rostro en los últimos años. Los mexicanos dejan de salir, mientras que la población centroamericana seguirá manteniendo fuertes flujos hacia el norte; además otras nacionalidades aparecen en el escenario de la migración en tránsito. Ya señalé que a los diferentes flujos migratorios de México de origen, destino, tránsito, el temporal de jornaleros y retorno, se suman los provocados por el desplazamiento interno por violencia y actualmente los del rumbo sin rumbo. Si el tránsito de centroamericanos ha aumentado en los últimos años, también lo ha hecho la población varada que se detiene en diferentes ciudades y loca-

lidades del país por tiempos indeterminados. Y todos los movimientos pueden sucederse, superponerse o combinarse. En el albergue, donde se contemplan todos estos movimientos, empiezan a darse muchos reingresos: por deportación, por idas y venidas por el país y la ciudad, también por retornos ante la imposibilidad de cruzar la frontera. Según las reglas no podrían volver a entrar, pero “no podemos ser tan estrictos porque no puede ser un albergue nomás de subida y de bajada no”. Sarahí suavizó este caso y los demás.

Imagen 19. Llegada de personas migrantes a El Refugio



Y la Casa del Migrante de El Refugio con el creciente bloqueo del paso a Estados Unidos se abre entonces hacia otro campo de batalla: el acompañamiento a refugiados pero también en general a procesos de asentamiento –incluso para personas con estatuto migratorio irregular.

El 4 de julio de este año, con las fiestas patronales, se inaugura y bendice esta sección. Un acto en el que es invitada Norma Romero, de Las Patronas de Amatlán, Veracruz.¹²

A partir de este momento empieza a recibirse de forma más sistemática otro tipo de situaciones: quienes entran a solicitar refugio.

En estos momentos preliminares de la creciente necesidad de ese estatus, la burocracia todavía funciona con cuentagotas, más cuando en septiembre de 2017 será el terremoto en el centro de México y COMAR se ve afectado en sus instalaciones y saturado con las solicitudes de refugio, con lo que los tiempos se alargan y los solicitantes se van a desesperar. El albergue será parte de los territorios de la espera en que se convierte progresivamente todo México.

El viacrucis migrante

Otros sucesos de esta época son las primeras caravanas que se reciben. Esta estrategia se utilizó luego de la masacre de parte de Los Zetas de los 72 migrantes en un rancho en San Fernando, Tamaulipas, en agosto de 2010. A partir de entonces, prácticamente cada año se realizó el Viacrucis migrante y, en algunos casos, se hizo un recorrido desde la frontera sur hacia la ciudad de México. En 2014 se extendió hasta Estados Unidos.

En la organización de estos viacrucis/caravanas estuvieron presentes activistas religiosos como el Padre Alejandro Solalinde o Fray Tomás González y organizaciones defensoras de migrantes: “Paso a Paso”, “Hacia la Paz”, “Nuestros Lazos de Sangre”, “Familia Latina Unida”, “Movimiento Migrante Mesoamericano”,¹³ “Albergue Hermanos en el

¹² En este mismo mes se pone en marcha el programa de llamadas de Cruz Roja Internacional, que permite que las personas migrantes se comuniquen a diario con familiares u otros en cualquier parte del mundo. Ha sido y es un importante alivio para todos sus usuarios.

¹³ “El Movimiento Migrante Mesoamericano” trabaja por los derechos de los migrantes mexicanos y centroamericanos en tránsito por México de forma coordinada con organizaciones y con familiares de víctimas de desaparición en el tránsito (ver Varela, 2016).

Camino”, “Alianza Braceros del Norte”, “Albergue Hogar de la Misericordia” y “Pueblos Sin Fronteras”.¹⁴ El Viacrucis es el ritual que recoge el sufrimiento de Jesús camino a su crucifixión, su actualización es una interpretación política en que se asimila la figura de las personas migrantes con Cristo y a sus agresores con los romanos, sus asesinos; esto da autoridad moral a los defensores de personas migrantes y a este colectivo (París, 2017: 222).

El término “caravana del migrante” también se aplicó para paisanos mexicanos que regresaban en vacaciones desde Estados Unidos a sus lugares de origen iniciando hacia 2010 en el sexenio de Felipe Calderón. Implicaba un paso seguro, protegido por la Policía Federal de Caminos.

Además están las Caravanas de Madres Centroamericanas que iniciaron recorridos por las rutas migrantes en busca de los hijos desaparecidos. Este movimiento dio inicio en 2004 y a los diez años, en 2014, se calculaban entre 70.000 a 150.000 desaparecidos en territorio mexicano (*Animal Político*, 1 diciembre 2014). Mientras Amarela Varela identifica entre 72.000 y 120.000 transmigrantes centroamericanos muertos o desaparecidos (2016).

Otra iniciativa transnacional de reivindicación de los derechos de los “ilegales” mexicanos en Estados Unidos y de testimonio de fe por las familias divididas por la frontera es la carrera de la Antorcha Guadalupeña organizada por la Asociación Tepeyac de Nueva York y liderada por

Surge en 2006 con el arribo como deportados a México de activistas por los derechos de los migrantes en Estados Unidos como Elvira Arellano y Rubén Figueroa. Su demanda es “todos los derechos para todos”. Una de sus actividades ha sido acompañar la migración en tránsito por México y se han aliado con las mujeres centroamericanas que buscan a sus hijos desaparecidos en México. También han apoyado el “Viacrucis migrante”.

¹⁴ Organización transnacional de defensa de los derechos de los migrantes fundada en 1987. Formada por personas de diferentes nacionalidades y autofinanciada por campañas de donaciones en Estados Unidos. Es miembro de la “National Day Laborer Organizing Network”, “Red Nacional de Organizaciones de Jornaleros”, realizan acom-

En todas estas caravanas encontramos la activación de ensambles transnacionales tejiendo territorios de solidaridad, reclamando derechos humanos para las personas migrantes, generando comunidades morales ante una realidad compartida, multiplicando los símbolos, produciendo la dramatización de la migración y visibilizando el dolor y la injusticia que conlleva bajo una narrativa teológica y litúrgica como es el camino de Jesús hacia la cruz (de la Torre, 2019).

En Guadalajara, El Refugio es el albergue que atendió los viacrucis migrantes para la semana santa y para diciembre cuando pasaban por Guadalajara un día o dos, desde su inicio en 2016. Desde entonces se volvió ordinario asistirles durante uno o dos días en su camino hacia la frontera norte. Eran caravanas acompañadas por Pueblos Sin Fronteras y su líder Irineo Mujica quienes tenían comunicación directa con el Padre Alberto Ruiz. En 2017, la segunda caravana del año se adelantó y llegó a Guadalajara el 21 de octubre. Entonces el acuerdo con Ferromex facilitaba que las personas migrantes pudieran subirse al tren, pero no salir de las vías. Eran unas 350 personas, entre ellos muchos niños y mujeres, y el personal del albergue pudo entrar por un agujero en la malla que separa la vía para llevarles unas 300 tortas y unos tacos. A pesar del control de Ferromex uno de los caravaneros se quedó en Guadalajara y unas 20 personas que se encontraban en El Refugio se sumaron a la caravana.

Por otro lado no debemos olvidar la situación de violencia que genera el crimen organizado en el área metropolitana de Guadalajara y en los alrededores de la colonia del Cerro del Cuatro. El 10 de septiembre de 2017 se realizó una misa por los desaparecidos donde se citaron unos 20 nombres; también el Colectivo Por Amor a Ellos llega a conectar a las familias. El miedo es fuerte en el Cerro.

En la decisión de atender a esta población de solicitantes de refugio se conjuntaron varios hechos. La presencia en la Casa del Migrante de especialistas en procesos jurídicos en el albergue de Ixtepec, Josué Gómez Guzmán y Gisela Centeno, animaron a dar este paso y el Padre había estado en una reunión de ACNUR en México... “Mi tío ya tenía como el foquito verde ahí encendido –relata Alejandra–, habíamos

tenido refugiados pero los manejaba FM4. Nuestro abanico de opciones para los migrantes eran el albergue, el hospedaje, la comida y vámonos, nunca pasó por nuestra mente que fuera uno de nuestros servicios que ofreciéramos”.

“Se decide porque México ya es país de destino ¿no? —continúa Sarahí—. Y de que todos se empiezan a estancar aquí, lo hemos visto desde que están aquí en tránsito. Ellos tienen un trabajo y están pagando un cuartito aquí, otro allá y otro allá. De repente llegan y te dicen ‘oye ya tengo trabajo pero ¿no me das la comida?’. Entonces vienen, comen aquí y viven allá. No teníamos el equipo para ir y solicitarles papeles y acompañarlos, si no teníamos gente para trabajar en el albergue, menos lo teníamos para andar allá en migración”. Y se avientan para “que puedan estudiar, que puedan trabajar en una empresa, que puedan tener prestaciones de ley, que puedan ser como cualquiera de nosotros”. Y Alejandra se queda en un principio como la coordinadora de la Casa del Refugio: había recibido un curso en Casa Mambré y tenía toda la voluntad.

La construcción

La ampliación y reestructuración de los espacios para mejorar el espacio y crear uno destinado a albergar a refugiados de estancia larga se produce a principios del 2017.

Va a cambiar la entrada al albergue, se va a trasladar la cocina y el comedor a un lugar más amplio encima del nuevo cuarto para los solicitantes de refugio, y en su lugar quedará una sala de estar donde se encuentra la televisión y las computadoras. Enfrente del nuevo dormitorio se sitúan una batería de 4 baños y 4 duchas. La idea es ofrecer un ámbito más autónomo y separado de las dinámicas del movimiento del tránsito. En la concepción del Padre y arquitecto Alberto hay muchos detalles que se quisieron tomar en cuenta: el lugar de la población gay y trans, un espacio de las mochilas, el gallinero, montar un campito con césped artificial para fútbol y baloncesto y otros espacios de esparcimiento, como una azotea grande al aire libre preparada para realizar actividades múltiples, a la que pondría una cubierta. Pensaba también levantar encima de

los cuartos de mujeres un espacio para voluntarios. Se recibieron 50.000 pesos de ACNUR pero, sobre todo, el Padre siempre ha confiado en que las cosas se fueran dando. Todo material donado –puertas, literas, marcos de ventanas...– vale y se recicla buscando su acomodamiento, por eso de nuevo se construye “con la Divina Providencia”.

Pero lo proyectado se cumple a medias. Ha sido muy difícil que los cuartos queden exclusivos de los solicitantes de refugio, es algo que dependerá de las necesidades y veremos que muchos de los hospedados en el albergue tienen estatutos más diversos que el de “de tránsito” o en “solicitud de refugio”, habrá deportados mexicanos y centroamericanos, en solicitud de papeles diversos, de visa humanitaria, inclasificables... Lo importante es que se contó con más espacio y se irá recibiendo no solo más personas sino por más tiempo.

Tapachula: las canalizaciones informales

La situación de Tapachula ha sido caótica casi de forma permanente por el manejo de los gobiernos de la interminable crisis humanitaria con Centroamérica. A mediados de 2018 era especialmente cruda.¹⁵ Los albergues estaban sobrepasados. Para Bernadette Eguía, psicóloga, que había estado trabajando allí para el Servicio Jesuita Migrante: “Tapachula es el infierno”. Ella se refería a una histeria colectiva relacionada con la situación de zona gris. Percibía un miedo social a lo diferente de racismo y xenofobia.

Hay mucha resistencia a la aceptación del migrante. Los medios de comunicación de allá ponen así en gigante ‘Salvadoreño viola a niña’ o ‘Migrante hondureño pandillero de las maras es ejecutado’. Pero cuando ves ‘Niña violada’ y te pones a leer y es un mexicano que violó a una niña hondureña, eso no lo resaltan. Siempre es hablando en contra de los migrantes, de las

¹⁵ Una buena y crítica descripción del funcionamiento de Tapachula como ciudad “global” y el aprovechamiento de la producción de vidas marginales con la industria de la migración es la de Álvarez (2016).

maras, siempre hablando de como en Chiapas va a empezar la militarización de la frontera. Es un ambiente muy hostil, hay una falta de lugares donde ellos puedan estar, ya sea albergues, casas... están en la calle.

Entonces, Tapachula es feo visualmente, es muy sucio, y además ver a tanta gente en la calle hace que sea un ambiente muy tenso. Uno va caminando en la calle y siempre tienes que estar checándote la espalda ya seas migrante, ya seas local, ya seas trabajador. En cualquier rincón se encuentran pandillas, y pues vuelve otra vez este temor y alguien les tiene que dar de nuevo la calma. Hay pandillas que comienzan a cobrar y que no necesariamente son salvadoreñas, a lo mejor son mexicanas. Tapachula no es un lugar digno, ni siquiera de seguridad, las autoridades son corruptas. Están llegando a lugares idénticos. Y mucha gente desiste del procedimiento en Tapachula porque dice que vino a un lugar peor. Al acompañar a la gente, ves que la persona se estabiliza, pero en algún momento sale el agente persecutor. O sea, la violencia en sí, sigue, nunca para, hasta que no los logramos sacar de Tapachula. No tenemos o no estamos ofreciendo lugares dignos para una reinserción o un proceso para trabajar ese trauma [que traen]. Están llegando a lugares idénticos o lugares donde son muy hostiles para recapacitarlo.

Siguen enojados porque sigue un sentimiento de injusticia. Porque el refugio no es la restauración de justicia. La tarjeta no es la reparación del daño. La reparación de daño conlleva identificar qué sí era justo, qué no, conocer los derechos y acceder a ellos. Tener un proceso de integración en un lugar, conlleva muchísimo más que llegar al país destino y tener una tarjeta. Eso lo único que les asegura es tiempo, que es mucho. Ver que estás en un lugar lejano de tu país, eso es un tesoro invaluable. Pero no garantiza que vas a tener una vida digna, mejor de la que estás huyendo.

Esto es lo que veremos repetirse hasta la saciedad en las personas y familias que confluyen en al albergue con y sin “papeles”: la imposibilidad de rehacer la vida digna en un cotidiano. Sin embargo los estados fronterizos son lugares deseables para los desplazados centroamericanos.

A pesar de su inseguridad y de la presencia de pandilleros vigilando, las personas buscan asentarse dentro de la región más cercana a sus lugares de huida (Winton, 2018).

Sara, la mujer de las pupusas

En este panorama, Yaneth, con su genialidad, se lanzó a realizar conexiones con esta ciudad. Ocurrió que Nora, su amiga de Mazatlán, le pidió ayuda para hacer un traslado, pero al final fue Yaneth la que se encargó. Para ello pidió al Padre una carta de invitación para una mujer que cargaba con tres hijos y no quiso esperar todo el proceso en Tapachula, lo que quería eran papeles para subir a la frontera. Y “se subió y se subió”, hasta que en Hermosillo unos policías quisieron extorsionarla con 1.000 pesos por persona por no denunciarlos a migración. De esta mujer, Daisy, ya no se supo nada, solo que estaba en Sonora con unas amigas mexicanas. Pero ella ya había dado su celular a Sara y Fito, también –como veremos– a Celeste.

Sara, salvadoreña, y su familia formada por su pareja nicaragüense, Fito, y sus tres hijos, es el primer grupo que llega canalizado desde Tapachula, inaugurando una vía de llegada al albergue. Fito ya había pasado por la casa:

Él regresó a Honduras, pasó un buen tiempo, y me llama y me dice ‘Yaneth, ayúdeme, estamos iniciando el proceso, pero es que la situación en Tapachula es caótica’. Y yo pensando en cómo podía ayudarles, pues con toda la vergüenza del mundo le hablé al Padre y le pedí que quería un traslado. Y me dieron la carta y los pude traer. Ellos fueron los primeros.

Llegan a finales de julio y se les ubica en un cuarto apartado como familia. Se van acomodando. Los niños casi adolescentes no llegarán a ir a la escuela, aunque lo deseaban, se dedicarán a colaborar en el albergue y será la primera familia en montar un puesto de pupusas de frijol, queso y/o chicharrón gracias a la plancha que les presta el Padre. Ellos acostumbra a la población del Cerro a esta comida que elaboran los miér-

coles de bazar y los domingos de misas, ambos de gran convocatoria en la comunidad. Mientras esperan la visa humanitaria, él entrará a varios trabajos como en el hotel City Express o en obras de albañil y Sara, una mujer “común”, bajita, rechoncha y simpática, se dedicará a cocinar en el albergue con mucho éxito: ella era la cocinera en su familia porque sus siete hermanos decían que era la que tenía más paciencia. Sus sopas de hueso de res y verduras eran muy deseadas.

Pero a finales de octubre se produce “la estampida”, como fue llamada por el equipo. Sara y su familia, ya con sus papeles, salen camino a Mexicali y detrás de ella, salen un buen número de muchachos, algunos con procesos en marcha y con trabajos, como que cundió la angustia y se aventaron. Se interpretó esta salida masiva como una depresión general provocada por la salida de Sara, a quien consideraban como una mamá. Sara les hablaba, aconsejaba, cuidaba y les prometía que cuando llegara a los Estados les iba a ayudar. Se tuvo que hablar uno con uno con los que quedaron para tranquilizarlos de la pérdida de una líder.

Imagen 21. Mujeres haciendo popusas para una celebración en la Parroquia



El golpe vino cuando nos enteramos que en Mexicali habían querido secuestrar a la familia de Sara que se llevan un buen susto. En enero nos llegará la noticia de que en el cruce a Estados Unidos termina deteniéndoles la migra. Ella y los niños quedan en vista para Corte, pero a él le dan diez años de prisión. Ahora Sara necesita unos 10.000 o 20.000 dólares para sacarle de la cárcel y le pide apoyo al Padre. En esos días también habían salido una mujer embarazada, Indira, con su pareja y otra muchacha, de ellos no se sabrá nada, no contestan los teléfonos, y nos quedaremos con la mala espina.

María Inés: una monja abogada

En agosto de 2017 hace su llegada, por intermediación de la familia del Padre Uribe, María Inés, una monja y abogada que ha pedido permiso a su congregación de Hermanas del Divino Pastor para quedarse como interina en el albergue y llevar los casos jurídicos, sustituyendo a Alejandra que va a enfocarse en la gestión del comedor popular. Es parte de los esfuerzos por generar un equipo jurídico propio y profesional.

Esta mujer madura, de tez morena, guapa, elegante y discreta en su vestir, viene con ímpetu organizativo. Ha vivido y trabajado con refugiados guatemaltecos en Chiapas donde aprendió tzetzel, y ahora viene de San Luis Potosí donde dirigía un colegio religioso y obtenía fondos de los empresarios de allá. Le gusta mandar y organizar, quiere “institucionalizar” y utiliza el lenguaje eficientista de las ONG, “proyección institucional”, “sistematizar”, “planeación estratégica”. Insiste en delimitar las funciones a todos, incluso al Padre. Sus formas chocan con las juveniles y más aliviadas del equipo.

No tardará en reglamentar los lunes para las reuniones de equipo y cuestionar las maneras de gestión: la excesiva intervención del Padre, la presencia de familiares en el grupo, la inmadurez del equipo, la falta de voluntarios que se queden más días y más tiempo. Pero ella misma genera problemas cuando pretende separar a las mujeres de sus parejas y llevarlas a dormir con ella para tenerlas bajo control. No le parece que coqueteen cuando sus esposos están trabajando. Pero las parejas quieren su cuarto

propio, así que el ambiente que impulsa María Inés con ella al mando no es distendido.

También empieza a acompañar a los muchachos a migración, aunque de los papeles que se tramitan por ella en la Casa: visas humanitarias, renovaciones, solicitudes de refugio, apenas saldrá la “visa humanitaria” de Sara y su familia.

Queriendo posicionar el albergue entra en contacto con FM4, se empeña en introducirse en la red de REDODEM y también quiere conocer a los cónsules de Honduras y El Salvador en San Luis Potosí para que le faciliten trámites como certificados de nacimiento o constancias de nacionalidad. Ella intensifica las relaciones con el ITESO: les pide diseñar un nuevo logo y un lema que identifique al Refugio: “Juntos caminamos y servimos”. No tarda en trazar la Misión, Visión y Objetivos generales de la institución. Tampoco en acercarse con ACNUR, que llegarán de visita a la Casa el 31 de noviembre de 2017.

Las ambiciones de María Inés van más allá de lo que nadie imagina y para el fin de año el albergue está cruzado por un ambiente conspirativo de maledicencias, chismes, y complicidades de ella con unos y de enfrentamientos con otros. Su objetivo principal es hacerse la coordinadora-directora del albergue. Durante un buen tiempo socava con sus cuestionamientos la legitimidad del equipo del albergue a través de los argumentos tóxicos más comunes de las ONG: los “malos manejos” y la “falta de transparencia” en las donaciones y el dinero porque no hay una “contabilidad” y porque “mucha familia”.

Para enero María Inés se quejará del acoso que sufre y de que se la mira como a una “intrusa”, alegará que la Casa se está “desprestigiando”, tratará de confabular para hacerse con PROVIASO y acusará al resto del equipo de la falta de voluntad por institucionalizarse y de desinterés por capacitarse. Finalmente María Inés tiene que salir al mundo civil a buscarse un trabajo, un cuarto, la vida, porque ya sus Hermanas de la Congregación la han expulsado.

El ambiente tenso que ha creado se irá diluyendo, el albergue seguirá su camino.

Otoniel: la imposibilidad de rehacer la vida

Con la historia de Otoniel presento un ejemplo paradigmático de la sucesión de expulsiones provocadas en la historia de Centroamérica que se mantienen hasta ahora y que, veremos, no han dejado de agravarse, dejando a las personas en la circulación sin fin y la progresiva desvinculación social. Es además un perfil que se repite en el tiempo de sujeto refugiante que no logra ser aceptado como refugiado, que ya no es joven y que tiende a alargar su estancia en cualquier centro de acogida dentro de un proceso de abandono continuado (Bielh, 2005).

Cuando conocí a Otoniel en marzo de 2017 tenía el brazo izquierdo escayolado. Era un hombre bajo, fornido y ancho, de cara rechoncha y pelo muy corto. Su cuerpo estaba marcado por múltiples cicatrices, desde las ocasionadas en la guerra de El Salvador hasta operaciones y golpes. No sé cómo había llegado a El Refugio pero era un profesional de las instancias de apoyo a migrantes de todo México. Siempre estaba “luchando papeles” porque su visa humanitaria debía renovarse cada año. El cónsul de El Salvador sabía de él y conocía su caso, trataba de ayudarlo, pero nunca consiguió documentos de residencia.

Otoniel era habilidoso, sabía de electrónica y de softwares, arreglaba y liberaba celulares, componía y descomponía computadoras, hacía instalaciones eléctricas y siempre estaba trasegando piezas por Amazon u otras mensajerías. Era un especialista del Facebook donde escribía notas y reflexiones. No se le ponía nada por delante, incluso recurría a tutoriales para aprender a programar máquinas de diseño industrial. Por esa familiaridad con la tecnología se hizo un lugar dentro del equipo operativo del albergue: puso al día el equipo de computación, era el encargado de hacer las presentaciones de Power Point para charlas en Universidades o incluso hacia ACNUR, su pericia le permitía arreglar televisores, celulares, equipos de música que luego se vendían en el bazar, y fue él quien instaló el programa para la toma de huellas dactilares que el Gobierno de Jalisco y su programa de apoyo al comedor popular exigía a los ancianos y niños que llegan diariamente al mismo. Le gustaba estar activo y podía pasar horas al sol vendiendo a peso la ropa usada los miércoles de bazar;

acompañaba al Padre a sus obras en la costa para que no se durmiera en el volante; o cuando Poncho, el hombre nicaragüense que se cayó de un árbol en un trabajo y se quebró la cadera, fue operado en el Hospital Civil, era Otoniel quien llegaba a apoyarlo y acompañarlo.

Pero, como tantas personas usuarias del albergue, Otoniel no tenía lugar en el mundo, y encontró su casa en el albergue. Por ello defendía su posición para alargar su estancia buscando hacerse imprescindible como hombre de confianza. De manera que era un activo emisor y receptor de chismes en un mundo de pequeñas competencias por sostener su espacio y su reconocimiento entre todos los involucrados en el Albergue. En estas discordias del día a día, la persona independiente y de un carácter “especial” que era Otoniel no era especialmente querida en el conjunto de almas del lugar. Era autoritario, regañón, “creído” e incomodaba que obtuviera puestos de poder y confianza como ser velador en las noches o tener un cuarto propio y separado del resto. Sus acompañantes más fieles eran las perras Frida y Duquesa. La segunda llegaba a dormir con él y cada noche le ponía el celular en la oreja para que durmiera con música. También se encargó de cuidar los tres cachorros que tuvo Frida.

Otoniel era una persona dañada por un largo historial de agravios que habían derivado en problemas psiquiátricos y físicos. Debía medicarse a diario, tenía problemas de tensión y de diabetes y se cuidaba y se descuidaba según la temporada: su glotonería requería al menos una ración diaria de pan dulce.

Las sucesivas expulsiones

El 24 de junio de 2017, Otoniel nos concede una entrevista a Heriberto y a mí. Este es un resumen de la misma que permite entender como es un ejemplo histórico de la experiencia de la expulsión (Sassen, 2015).

Otoniel “Jimmy” Romero es un hijo de la revolución salvadoreña. Nacido en 1972 su familia de Ciudad Barrios, San Miguel, estaba emparentado con Monseñor Romero –aún se acuerda de sus homilías– y era parte de la población organizada local. A un tío suyo lo mata un franco-tirador en una manifestación en los 80s y él veía con 7 años cómo en el

patio de su casa se hacían bombas de propaganda. Después del asesinato de Monseñor, se agudiza la represión y una noche en 1982 llegan a buscar a sus papás: en la misma casa, violan a su madre y hermanas, los torturan, los matan. A él lo sacan junto con otros niños del barrio y, cuando los están trasladando, estalla una bomba y él y otros salen volando. Queda en la confusión. A las tres horas llegan “los muchachos” que se llevan a los heridos al campamento y los curan. Había quedado traumatado, pero se queda con ellos.

Primero hace labores de correo, los menores debían hacer que estaban cazando garrobos y para ello utilizaban un metate, mientras llevaban los mensajes cosidos en el cinturón. Así caminaba largas distancias por el monte: Morazán, Chalatenango, el oriente. Después ya pasó a una formación militar de combatiente, manejando Galil, M1, AK47 y hasta una pistola Jericó de 9 mm. Llegaba a distintas misiones, como proteger hospitales clandestinos. Pasaba de combate en combate, de entrenamiento en entrenamiento.

El detonante de la decisión militar de la ofensiva final del FMLN, el 11 de noviembre de 1989, “Hasta el Tope”, a la capital de El Salvador fue el bombardeo a FENASTRA –Federación Nacional Sindical de Trabajadores Salvadoreños–, la organización de madres de hijos desaparecidos. Los guerrilleros de la montaña se dejaron venir y se infiltraron de diferentes maneras en la ciudad. Era fin de semana, así que aprovecharon para colarse como aparentes equipos de fútbol; también se celebraron muchas bodas que requerían de grandes regalos. Después de los combates, cuando Otoniel estaba descansando le alcanzaron dos balazos, uno de ellos en el abdomen. Lo llevaron al hospital simulando que era un civil. Tenía 16 años. Decide salir del país y solicitar asilo a Estados Unidos. Una vez allí, quería cobrarse en ese país lo que le habían robado en El Salvador.

Así inicia una larga travesía que Otoniel puede detallar minuto a minuto con una memoria fotográfica. Entonces el tren era el protagonista por todo país en que pasó: desde El Salvador hasta Estados Unidos, pero también su capacidad de caminar por días. Para alimentarse cargaba un bote de miel del que tomaba dos cucharitas al día como le enseñaron en los

cursos de sobrevivencia. Como transmigrante arriba al Distrito Federal y recuerda que había un importante movimiento de apoyo. Incluso llega a la que hoy es la Casa Tochan donde estaban los refugiados guatemaltecos, salvadoreños, nicaragüenses. Pero él no quería quedarse en México y continúa su camino en el tren aprovechando las ayudas que se daban en las Iglesias de comida, ropa, información. Para unos días a San Miguel Allende por la curiosidad de conocer que no se le quitará nunca. Y llegará a Nuevo Laredo. Cruzará el río Bravo caminando sin problemas y ya trae trazado en un mapa de Texas su recorrido, los pueblitos que va a atravesar, el paso del tren. Su objetivo es Houston.

Y allí llega en tren y caminando. Era mucha la gente que estaba en el mismo trayecto y en Houston entra a los procesos de refugio. Su papel de identificación era su acta de nacimiento. Como menor, primero le destinan a un albergue y luego a una familia sustituta.

Su idea era “hacer billetes”. Se dedicó a estudiar y a aprender inglés, siempre de una manera solitaria, venía “escamado” y no confiaba en nadie. Trabajó y trabajó: cortando césped, en pintura, soldadura, piso, plomería, electricidad... un “mil usos”, pero hacer billetes estaba muy difícil porque en vivir se le iba lo que ganaba. Quería hacer una nueva vida, pero no lo logró. Por las noches no dormía, escuchaba balazos, bombas y gritos y lloraba y lloraba. Era un sujeto muy inestable y tuvo que entrar a tratamiento psiquiátrico. Primero, con 26 años, le diagnosticaron epilepsia y trastorno bipolar. Más tarde identificaron que sufría estrés postraumático crónico y tendrá que tomar medicamentos por siempre: eran las secuelas de la guerra. Dice que quedó atrapado dentro del país, era esclavo del trabajo. Su inconstancia lo llevó a recorrer todos los estados y se declaró “alérgico al matrimonio”.

Pero se juntó con una mujer cubana en New Jersey y tuvieron dos hijos. Al cabo de 8 años ella lo abandonó y se llevó a los dos chicos. Y poco después le regresó a la niña porque no se fiaba de su pareja. Otoniel se dedicó a criarla: llevarla a la escuela, darla de comer. Eso le ató por unos años hasta que ella le reclamó de vuelta a la menor.

De Nueva Jersey salta a Miami, aquí pasará 13 años de subidas y bajadas. Durante un año estará interno en el Hospital psiquiátrico Penbroke Pines con crisis convulsivas y terapias que le ayudaron a entender los detonantes de su enfermedad y su difícil y solitaria vida. Conocerá a una hondureña a la que le renta un cuarto en su casa. Ella está angustiada porque sus hijas están amenazadas por la mara en Honduras. En un momento ella le propone casarse con él de manera que ella obtenga la nacionalidad y pueda traerse a sus hijas. Pero “no éramos pareja, no había intimidad” y, cuando los entrevistan para asegurar que no eran un matrimonio por conveniencia, los descubren. El jurado los acusa de fraude y les pide una condena de 15 años de prisión. Por la condición de Otoniel, el juez entiende que puede ser una fuente de problemas en la cárcel, así que le ofrece su deportación. Otoniel acepta. A ella le dan 9 años de condena.

Aterrizan en San Salvador en la navidad de 2015. Un compañero deportado le echa una mano y le invita a su casa en un pueblo. Pero hasta los lugares rurales están infestados de pandilleros que se refugian y entrenan en ellos. Rápido lo identifican como alguien externo, lo golpean y amenazan de muerte. Tiene que salir de allí. Pone la denuncia en la fiscalía y se dirige a Costa Rica a pedir refugio. Pero ya no están las organizaciones de refugio que hubo antes y se decide a probar suerte en México. Ya no trae la idea de cruzar a Estados Unidos.

Las cosas han cambiado desde el primer viaje, las vías del tren ya no funcionan en Centroamérica y en el sur de México están “aterradas”. En el cruce del Suchiate lo asaltan, tiene que denunciar en Ciudad Hidalgo donde llega descalzo. También le asaltan camino al albergue Belén, con lo que entra en convulsión y lo llevan al hospital. Sus denuncias le servirán para solicitar la visa por razones humanitarias, aunque en Tapachula inicia también el proceso de refugio. El refugio no le va a salir, Otoniel se enoja al ver que pandilleros obtienen el documento y a él le recomiendan regresar al El Salvador y asentarse en otro sector del país.

Pero con la visa empieza a moverse por el país viajando en el tren. Venderá paquetes turísticos en Cancún, visitará las ruinas mayas de

Chichén Itzá, pescará pulpos en Campeche, disfrutará de bañarse en diferentes cenotes. Yendo a La 72 de Tenosique se enferma y se medio recupera con Fray Tomás. Llega al DF. Sube hacia Saltillo y de nuevo recae: oye voces porque lleva 4 meses sin tomar los medicamentos, los ruidos del tren le provocan psicosis. Lo evalúan en el hospital de Saltillo donde pasará un mes. Lo envían en bus a Tenosique; sale al Distrito Federal; llega a Huehuetoca.

Sigue recayendo cuando llega a Guadalajara y arriba a FM4. Allí le van a dar mucho apoyo: hay un equipo de Médicos Sin Fronteras, le dan acompañamiento jurídico para renovar su visa; lo llevan a Salme, el hospital psiquiátrico. Pero Otoniel se mantiene muy inquieto, se escapa, sale a Vallarta, se enferma, ingresa en Salme el Zapote –de estancia prolongada–, sale, vuelve a ingresar. Sube hasta Tecate, vuelve a Guadalajara y en ese camino se cae del tren en Mazatlán y se rompe el brazo. En FM4 le envían a CADIPSI –Centro de Atención y Desarrollo Integral para Personas en Situación de Indigencia–, pero solo puede estar en la noche. Conocía de oídos del Cerro del Cuatro, y se presenta aquí. Así le conocemos en el Albergue de El Refugio.

Por un tiempo se estabiliza aquí, recibe sus medicamentos, en FM4 le ayudan con sus papeles y consulta psicológica. Normalmente se comunicaba con sus dos hijos, especialmente con la hija que estaba estudiando en la Universidad de San Diego; su hijo con 19 años en 2017 andaba más dedicado a sus amigos.

Epílogo: el abandono de Otoniel

Las disputas cotidianas entre pequeños grupitos donde se mezclan las personas migrantes en tránsito y en proceso, el equipo operativo –de cocina, de gestión del bazar, de recepción– y de dirección, los voluntarios... de efímeras alianzas y persistentes rencores, le tocaban de lleno. En algún momento, eligió el lugar equivocado y cometió una cadena de errores que le condujeron a su salida del albergue. Así sus últimas semanas en el Albergue fueron tensas y derivarán en su partida y, más tarde, en la

de María Inés. Para muchos María Inés “conspiraba” para hacerse con la dirección del Albergue y Otoniel entró en su órbita manipuladora. Los bulos sobre malos manejos con los donativos, un tema recurrente para sembrar desconfianza en este y tantos albergues e instituciones sociales, eran cada vez más elaborados y contundentes.

El detonante final fue el asalto a su cuarto. Como en todos los hechos y los dimes y diretes que los acompañan, las versiones son múltiples. Lo que anoté el 12-11-2017 es:

Otoniel está muy dolido y va a dejar el albergue. Me cuenta que le entraron a la habitación, rompieron el marco de la puerta y le revolvieron todo. Le abrieron los cajones, le revisaron todo el colchón, se llevaron todo el dinero: 60 dólares y 4.800 pesos de sus negocitos. Se llevaron sus audífonos Iphone, varios teléfonos que tenía, piezas de computadora... Y sabe quiénes son: Jacob y Yeison. Según él dos buenos para nada, que no trabajan y ya les han pillado en varias ocasiones drogándose y bebiendo; tampoco se mueven por sus papeles. Le tienen envidia y ahora se habrían posicionado con Sarahí y con Joel. Según Otoniel, estos están haciendo malos manejos de las donaciones y de las ventas del bazar aprovechando la confianza. Él les habría pillado en inconsistencias y ahora se enfrentan a María Inés que ya les ha cachado, mientras el Padre no termina de tomar cartas en el asunto. Entonces él queda como un testigo incómodo y chivo expiatorio.

Otra interpretación señala que lo que ocurrió fue un autorrobo para llamar la atención; así como estropeaba los aparatos para arreglarlos y culpaba a otras personas. Se señala que Otoniel manipulaba su situación para hacerse ver como necesario, incluso llegaba a no tomarse su medicina.

En noviembre de 2017 Otoniel sale casi vestido de campaña con bermudas y buenos tenis, su cachucha, dos grandes mochilas con sus computadoras y sube al tren hacia Guanajuato. El mensaje de texto que me envía desde allí dice muy emocionado:

¡Solo me falta el fusil, jeje, solo me falta el fusil!, ya con el fusil ya me sentiría así en la gloria, no para dispararle a nadie sino para sentirme como... como soy pues. Ya con mi mochila me siento, de verdad, no por nada, pero me siento a lo guerrillero, no te quería decir esa palabra. Soy guerrillero y toda la vida voy a ser guerrillero. Porque ser guerrillero es una palabra bien profunda, ser guerrillero es luchar por cuestiones, objetivos y una ideología y mi ideología ahora es ahora luchar por los migrantes. Me voy a quedar aquí en Guanajuato, voy a ver qué onda con los migrantes que pasan por aquí y si puedo hacer un palo o algo, y si no me voy para abajo. Porque aquí hay un albergue que lo quieren abrir, llegaron por FM4 para tener información. Si están en ese plan y si no voy a ver cómo me arreglo para darles de comer a todos los que andan pasando por acá. No me importa.

Por último: “Aquí a la guerrillera, para acordarme de mis viejos tiempos con mi mochila bien militar”.

Fuera del albergue Otoniel continuará su destino de desequilibrios psiquiátricos y de soledad profunda, su impulso continuo de huida hacia adelante y de fantasías: hacer vida en Costa Rica, regresar a las playas de Campeche. Pero solo lo llevan de hospital en hospital con fases de estabilización cada vez más breves.

Hombre de izquierdas, católico de la teología de la liberación y exguerrillero, decidió dedicar su vida a decir “la verdad” sobre el sufrimiento de los migrantes en el tránsito por México en “La Bestia”. El problema es que no contaba con la edad ni con el cuerpo que se lo permitiera. Era un hombre enfermo. En Guanajuato sufre una convulsión fuerte, y la libra y también libra sus dos mochilas y su computadora. Luego sale a Tenosique en su seguimiento a los migrantes indocumentados, allí creo que tiene episodios de paranoia porque dice que “le venadea un carro azul”, que cree que es de “la Migra”.

Hasta que le pierdo la pista en enero del 2020, Otoniel pasará por la profundización del proceso de abandono que es su vida. Por sus desequilibrios estará internado en el Centro de Atención Integral de Médicos

Sin Fronteras en la Ciudad de México. Andará por Yucatán, e incluso en pleno invierno llegará en tren a Coahuila con temperaturas de bajo cero y sin buena protección. Finalmente vuelve a recalar a Guadalajara porque es donde se encuentra su historial psiquiátrico y unas ciertas estructuras conocidas de salud.

En agosto de 2018 nos llega la información por Jorge, un enfermero que ha colaborado en el albergue, que vio a Otoniel en la Cruz Verde de Tlaquepaque, le habían dado convulsiones, no se toma los medicamentos debidos y se encontraba con la presión muy alta y, según Jorge, “parecía indigente”. Se escapó del centro y decía que se quería morir.

Después parece que se tranquiliza. Trabaja para un arquitecto y siempre se mantiene además con sus trabajitos de liberar celulares y computadoras. Pasará a vivir en una casita en Tlaquepaque junto a María Inés y otro señor ex-cura. Será un tiempo de cierta estabilidad.

Le encuentro una mañana de marzo de 2019 en el centro de la ciudad. “Se mira guapo, limpio, con camisa cuadritos blancos y morados, más delgado y en sus cabales. Paseamos y vamos a la cafetería Madoka. Me cuenta su vida. Se vino a Guadalajara porque sus referentes y archivos de Salud están aquí y es más fácil la atención. De hecho, luego me cuenta que tiene dos tumores o quistes en la cabeza que cuando hay mucha luz le rafaguean y le aturden y le dan taquicardias. Tuvo que hacerse una resonancia en laboratorios Río que le costó 10.000 pesos. Pero está tomando sus medicamentos y se encuentra bien.

Está contento porque está muy activo. Tiene su chamba fija con un señor arquitecto y discapacitado que conoció hace años en el centro cuando se le había roto un engranaje en la pierna y le ayudó, y ahora, al volver, resulta que se lo encontró en el Parián, lo reconoció y le ofreció trabajo. Hace carpintería, herrería y otras cosas en cotos importantes de la avenida Aviación. El señor hace los proyectos y subcontrata; Otoniel va como su mano derecha y trabaja de todo, hasta soldadura ha aprendido. Le paga unos 1.300 a la semana, a veces le regala 400 pesos más. El resto del tiempo busca otros ingresos: hace tutoriales para aprender a manejar

máquinas CTM que se programan como para tercera dimensión. Además sigue con su compraventa de celulares y computadoras, a veces le mandan a liberar aparatos, ahora están llegando muchos (robados) de Estados Unidos. Y así la pasa. De final confiesa que querría irse a Costa Rica, lo conoce, es fácil hacerse refugiado y hacer papeles. También se refiere a sus dificultades con el trámite de razones humanitarias.

Luego viene de nuevo la escalada de sus crisis: sus problemas psiquiátricos se acentúan y Otoniel entra y sale de distintas dependencias de salud. Para agosto de 2019 alquila un cuarto por el cerro del Tapatío y empiezan los ataques convulsivos y la paranoia. Ya no está trabajando con el arquitecto, sino con un lacador, un señor que le ha ayudado con los medicamentos que necesita. Pero ha perdido sus papeles, aunque tiene su pasaporte salvadoreño, y no puede cobrar en el Oxxo. Además está sin atención médica. Piensa que en octubre se abre un programa de residencia y el Cónsul le va a avisar. Pero cuando su patrón le hace un pago, Otoniel va a ponerse a beber alcohol y de nuevo cae en la paranoia. Me llama cuando se encierra en su cuarto y de nuevo le están rodeando unos carros. A los pocos días decide ir a quitarse la depresión viendo el mar y sale a Puerto Vallarta, pero el calor lo asfixia en el malecón y entra en convulsiones, se rompe el brazo y se golpea la rodilla. Se lo lleva una ambulancia y en el hospital logran nivelarlo, aunque le punzan el pulmón al ponerle un catéter. Sus familiares no le responden. Dice que se va a poner a charolear para poder regresar cuando mejore. Le mando dinero para su regreso a través de una enfermera.

Progresivamente, según pasa sus peores episodios la familia empieza a no responder sus llamadas. Su primo de Ciudad Barrios que le había invitado a irse con él no le contesta; su tía en Estados Unidos le dice que ya no puede ayudarlo. Sus hijos tampoco le toman el teléfono.

No sé más de él en un mes. Luego me llama para decirme que está bien y que está comprándose unas botas para trabajar, y acto seguido se lo llevan en una camilla de la Cruz Verde porque se había desmayado. Allí le remiten al Hospital Civil para que le revisen los medicamentos que toma.

Está muy gordo y tiene la tensión muy alta. Vuelve a su cuarto pero ya desconfía de su casera: cree que le entra a su habitación.

Para octubre me llaman del psiquiátrico de El Zapote, tienen a Otoniel desde hace un mes y están evaluando su salida, me han localizado y me piden si puedo apoyarlo. Hablo con Otoniel que ya tiene su plan trazado. Tiene un amigo pastor en Tlaquepaque que tiene un grupo de alcohólicos anónimos y tiene un espacio donde podría quedarse un tiempo. Quedamos en un lugar y le entrego una vieja computadora y algo de dinero. Anoto: “se le ve bien, le ha crecido algo el pelo y tiene una mejilla superhinchada y moreteada, parece que al salir del hospital ayer un interno le golpeó recio. Las psicólogas y asistentes le recomendaron ir a una Cruz Roja a ver si tenía fractura. Aparece con su mochila y nos enseña su muñeca izquierda chueca a la que tendrían que ponerle un clavo. Está triste, dice que va a ir donde alquilaba para darle la llave a la señora y que luego no vaya a acusarle de robo o algo así. Va a estar unos días con su amigo el Pastor y va a alquilar un cuartito y ponerse “en marcha” y una vez más reconstituir su vida. Será la última vez que lo vea: “No te preocupes –me dijo–, tú sabes que soy todoterreno”.

Otoniel quería dejar huella, buscaba ser escuchado. Como Catarina, protagonista de la etnografía de Joao Biehl, se ve subsumido por la maquinaria de la muerte social (2005). Catarina es una mujer mal diagnosticada con una supuesta enfermedad mental que se ve relegada por funcionarios, familia, administradores de albergues o casas de asistencia, trabajadores sociales, médicos, y entra al peregrinaje entre diferentes instancias para terminar en Vita en una gran ciudad de Brasil, un lugar donde se muere social y emocionalmente cuando ella aún incorpora voluntad de vivir y desea ser escuchada y reconocida. Allí están internados ancianos, discapacitados físicos, enfermos mentales, drogadictos y rehabilitados, población de calle, personas con SIDA que son considerados amenazas a la sociedad. Todos condenados a una muerte silenciosa en la abyección y el abandono. Desde contextos diferentes, también Otoniel y los atrapados en la movilidad caen en una red de desigualdades y exclusiones y entran a un proceso de abandono social.

El Refugio se adapta (II): el Refugio Hábitat o “Las Casitas”

El 8 de diciembre se recibe por primera vez en el albergue a una comisión del ACNUR, entonces todo el equipo, los vecinos, las personas migrantes, monjas y jesuitas voluntarios se esmeran en limpiar y en colocar las mantas de recibida. Llegarán atrasados, más allá de las 7:30 de la tarde. Se preparan unos folletos y un cuadro de los 23 casos que se han llevado de procesos y un organigrama del albergue para entregarles. Las vecinas preparan salsas, carne marinada, hamburguesas de chorizo, frijolitos de la olla, agua de melón. Cuando arriban se les enseñan las instalaciones. El grupo de invitados se detiene en el dormitorio de refugiados y preguntan por habitaciones para mujeres, familias, niños, sobre los servicios que tienen, sobre la salud y horarios, pero sobre todo les interesan los procedimientos para los acompañamientos jurídicos: si han logrado visas, refugios, la gente que abandona el proceso, los que se han quedado a vivir como irregulares en la colonia. En el comedor se hacen diversas presentaciones de las personas del equipo y del trabajo que se realiza y es entonces que el Padre presenta oficialmente por primera vez su proyecto de “Las Casitas”, que se encuentra en la vecina colonia que casualmente también se llama El Refugio. Después vendrá la cena en común.

Y es que no bien ha entrado a funcionar La Casa del Refugiado, el Padre Alberto empieza a impulsar para octubre de 2017 la idea de crear una comunidad de centroamericanos como un proyecto de viviendas en la colonia que sirva de un espacio para facilitar su inserción social. De forma coloquial se llamarán “Las Casitas”, en lo formal será “El Refugio Hábitat”.

CAPÍTULO 6

2018: la Casa del Refugiado en marcha y de pronto... las caravanas

Este año, como los demás, se sucede entre imprevistos.

Para el inicio de 2018 el equipo de trabajo del albergue se ha reconstituido. Nena sale de la Casa a cuidar a su madre que está muy mayor y enferma y también saldrá María Inés con sus entuertos, Octavio y Alejandra van a apostar por su vida profesional y Sarahí se tendrá que hacer cargo por un tiempo de los trámites migratorios. A cambio, entra una mujer que había llegado solicitando apoyo de El Refugio procedente de algún círculo católico conocido por el Padre: Lorena no tarda en quedarse como encargada de tiempo completo porque tiene su habitación dentro del albergue. Ella, en los cuarentas, de ropa deportiva, pequeña y con coleta, le dará una impronta propia en este año. Y Yaneth estará de regreso, llegando un par de días en la semana.

En este año empieza la construcción del proyecto de Las Casitas que se inaugurará el 1 de julio con la visita del obispo de Guadalajara.

En el contexto migratorio de este año se distingue la irrupción de las diversas caravanas masivas. Su atención exige grandes esfuerzos de parte del albergue pero fluyen hacia el norte, algunos de sus integrantes van quedando en su resaca, como la familia de Deby.

La vida cotidiana del albergue se puede considerar marcada por las mujeres y sus familias, pequeños grupos de parejas y mujeres con hijos que al residir en el lugar imponen sus personalidades. En dos partes del año se reproduce la confluencia de fragmentos de familias, familias

recompuestas, mujeres con niños, parejas... que pronto hacen manifestas las implicaciones de la estancia de sujetos maltrechos y con futuros difíciles para la convivencia en el albergue. Desde finales de año llegan tres “familias”, gracias a la intermediación de Yaneth, que han logrado el traspaso de sus procesos desde Tapachula: la hondureña Celeste con su niña pequeña; Lidia, su esposo, Edgar, y tres hijos, salvadoreños; Wendy, Andrés y sus dos hijos, hondureños. Cuando estas personas sigan su rumbo en un segundo momento aparecerán otros personajes: Harri –hondureño– y Lisbeth –guatemalteca– sin hijos, Keisy y Manuel con un niño de dos años, hondureños, y Rossana y Omar: ella venezolana y él nicaragüense. En estos tres casos observamos la construcción de parejas de nacionalidad mixta en los procesos de desplazamiento, que cuentan además con experiencia en las instancias de apoyo a migrantes nacionales e internacionales. Todos ellos tienen papeles que legalizan su estancia en México; los dos últimos son refugiados. Muestran también la dependencia que se crea en los difíciles procesos de asentamiento. Como dice Sarahí, son como “pelotitas de ping pong”, rebotando de lugar en lugar, de albergue en albergue.

Además continúa la diversidad entre quienes pasan puntualmente por la casa con las problemáticas de zona gris que les acompañan. Por otro lado, seguiré la pista de los “habituales” dentro del albergue y en su órbita exterior.

La presencia de mujeres, sus parejas, los niños, las familias, se va a notar en la narrativa de los hechos y en la puesta en acción de los chismes. Esto tiene que ver con que estos grupos son más permanentes en el espacio y en el cotidiano y, como es lógico, provocan más interacciones, tensiones, conflictos, vida. Se muestra de forma contundente cómo los alojamientos prolongados y sus nuevas pautas de convivencia suponen que, en un lenguaje coloquial pero expresivo, El Refugio pase a convertirse en “casa de vecindad” por los conflictos que se producen con la apropiación de los espacios y las competencias entre los grupos que terminan estallando con diferentes “crisis de las familias”.

Cuadro 3. Registro de personas en El Refugio Casa del Migrante según sexo, nacionalidad y grupo de edad, años 2017-2019¹

		2017	2018	2019
Población	Total	1373	2396	3279
Sexo	Hombres	1322 96.2 %	2316 96.6 %	3013 91.8%
	Mujeres	51 3.7 %	80 3.3 %	266 8.1 %
Nacionalidad	Hondureña	62.8 %	70.7 %	72.1 %
	Salvadoreña	7.8 %	6.7 %	6.5 %
	Guatemalteca	10.2 %	11.5 %	9.4 %
	Mexicana	17.4 %	8.5 %	9.6 %
Grupo de edad	De 0-a-9	2.4 %	1.1 %	2.8 %
	De 10 a 19	15.3 %	16.0 %	15.3 %
	De 20 a 29	43.6 %	47.7 %	44.5 %
	De 30 a 39	23.0 %	23.1 %	23.5 %
	De 40 y más	15.7 %	12.1 %	13.9 %

Fuente: Registro de El Refugio Casa del Migrante. Elaboración propia.

Y es que el drama de los desplazados del norte de Centroamérica no termina porque su proceso se caracteriza por la sucesión de cadenas de desplazamiento que conllevan una continuada inseguridad y una creciente precariedad: “estos re-desplazamientos no se tratan de paradas (que serían parte normal de un viaje más largo), sino de intentos fracasados de asentarse” (Winton, 2018: 14). Veremos que en nuestro caso se

¹ En el aumento de personas en 2018 no se contabilizan la caravana de Semana Santa ni la de fin de año; en 2019 continúa el alza y el arribo de grupos numerosos descolgados de las caravanas y de personas independientes.

producen desde el espacio de un posible preasentamiento como funge El Refugio y veremos que los intentos suelen verse frustrados, regresando las personas y grupos al movimiento circular intermitente (Juárez, 2021).

Por los datos vemos que es un año de un arribo muy fuerte de personas, algunos de ellos recalarán por más tiempo; seguirán pululando algunos sujetos ya apuntados previamente, viejos conocidos del lugar, que insisten en intentar arraigarse al lugar. Y, sobre todo, es el año en que se disparan las caravanas y sus secuelas de mini caravanas o fragmentos de caravanas y se intensifiquen los flujos tanto hacia el norte como hacia el sur y otras direcciones por las dificultades en la frontera norte dada la imposibilidad de pasar, las condiciones de vida, y la presión de “la maña”. Hay quienes buscan el retorno a sus países, como hay quienes se mueven de un lado a otro buscando oportunidades.

La caravana de Semana Santa resultará conflictiva, el presidente Trump va a prohibirla y a iniciar la escalada de sus discursos y acciones antiinmigrantes intransigentes y xenófobas. Los efectos de las caravanas —esta y la siguiente de octubre— se van a sentir en este rincón de Guadalajara y se ven muchas personas en las vías. El caminar a Estados Unidos exhibe un fuerte giro obstaculizador.

En febrero 2018, aparece un chapín de Santa Elena, Petén, que habla con muchas incoherencias y fantasías sobre la mafia o las conexiones del ex-gobernador de Veracruz, Duarte, con el presidente de Guatemala Jimmy Morales. Expone sus vagancias desde que sale de Guatemala en 2015 a lo largo de la frontera norte y como sale rechazado de muchos lugares. Pregunta si puede conseguir “papeles” aunque no carga ni la partida de nacimiento, también se refiere a España y cómo ir, está dispuesto a casarse con una española porque son bonitas y güeras. Al final dice algo definitivo que define las situaciones que empiezan a abundar en México: “nomás no se cumplen los planes”. Con ello resume su desesperación por no encontrar un lugar en el mundo, siempre en espera de una solución peregrina que resuelva dónde quedarse. Es el drama de “los atrapados en la movilidad” (Hess, 2012).

El albergue como casa de vecindad (I) (hasta mayo de 2018)

Yaneth, que había regresado a la vida del albergue, continúa en sus labores de nodo manejando sus contactos y sus influencias desde la informalidad. Así, la “Coyote del Cerro”, consiguió traer de Tapachula a Sara y Fito, como vimos, y a una tanda de familias que llegan a fin del 2017. Todos ellos se conocían del escenario de urgencias y desesperación que es Tapachula, quieren conseguir papeles de estancia en México y escapar del “infierno”. “Es que los traslados que han venido los he hecho yo. Y me dice Alejandra, ‘ten, toma todos los papeles y pon tu casa de migrantes’”. Con ellas se produce lo que se conoció como el proceso de albergue de tránsito a “casa de vecindad”.

A continuación expongo cómo se produce la llegada de familias canalizadas desde Tapachula, cómo saltan los conflictos en su estancia y cómo se da el desenlace de sus salidas, que no es el final de sus historias.

La traída

Celeste, la maestra

Celeste llega al albergue con su hija pequeña, dos más –de 11 y 6 años– se han quedado con su madre en Tegucigalpa. Tiene 29 años, menuda, bonita y de modales suaves, Celeste es maestra aunque apenas tiene experiencia escolar porque solo trabajó en una escuela privada de una tía que la pagaba menos que al resto de sus profesores por ser familia. El ambiente de su colonia se encuentra dominado por las pandillas y sus “banderitas” –halcones–, todos pagan renta allí: su hermano, que tiene un taller mecánico, las escuelas, las iglesias. Además la corrupción es tan extendida que “los policías venden sus uniformes a las maras para cuando quieran ir a matar a alguien vestirse de policías”. Pero éste no es el motivo de la expulsión de Celeste.

Su salida de Honduras parece relacionarse con la búsqueda de oportunidades ante el abandono del padre de sus hijas que se encuentra irregular en Estados Unidos y ya no la envía ni los 150 dólares mensuales. Cuenta con protección complementaria, un estatus intermedio temporal que no alcanza las ventajas y seguridad del refugio, pero con el que no pueden

regresarte al país de origen por el riesgo que se corre, que ha conseguido, como Wendy y Lidia, a través de la COMAR de Tapachula. Su argumento para su solicitud de refugio es la persecución política. Celeste dice que es víctima de la política del presidente. A fines de 2018 las elecciones de Honduras volvieron a ser fraudulentas y Juan Orlando Hernández, del Partido Nacionalista, se impuso sobre Salvador Nasralla, de Alianza de Oposición de la Dictadura. Celeste no votó, un acto que es obligatorio en Honduras. Se repetía el golpe de Estado a Manuel Zelaya en junio de 2009. Como Celeste cuenta:

ya llevan dos golpes de estado. El primero con Zelaya, donde Honduras quedó en una extrema pobreza: no había alimentos, no había medicamentos, no había nada, ni fuentes de trabajo. Las empresas se declararon en quiebra, todos se quedaron sin trabajo, no había nada. Se recuperó y ahorita volvió a caer en otro golpe de estado. No hay nada.

Celeste decidió escapar y sale, con su hija menor, hacia Tapachula. Poco después de su escape, en el recuento de votos a principios de diciembre, se decretó el estado de queda de 6 de la tarde a 6 de la mañana: fueron días violentos, de saqueos de tiendas, enfrentamientos, desabastecimiento de combustible...

Como tantas mujeres, Celeste encuentra trabajo como fichera en los bares de Tapachula adonde arriba a mediados de octubre. Le costó llegar porque el dinero se le acabó en Guatemala capital, pero logró apoyos insólitos y siguió el viaje.

La niña tenía dos días sin comer y nos quedamos a dormir en las calles en Tapachula y ahí una señora nos ayudó también y a los tres días nos dijo que ahí no había trabajo, 'aquí los únicos trabajos que hay son en los bares', nos dijo ella. Yo, por darle de comer a mis hijas, me tocó ir a trabajar en los bares. Una atiende a los clientes, se sienta a tomar con ellos. El cliente se sienta le dice a una, 'quiero que tomes a mi ritmo', si él lleva tres, tengo que llevar tres,

si lleva cinco, tengo que llevar cinco. Pues pagan ellos por verlo a uno. Se ponen a llorar, a platicar y todo eso.

Luego consiguió apoyo de una institución que apoyaba a madres solteras a través de ACNUR. Y, gracias a Sara, logró contactar a Yaneth y hacer su traslado.

Su plan es alcanzar Estados Unidos y entregarse, pero las dos tías que podrían ayudarla allí, una en Dallas y otra en California, no han vuelto a contestar sus llamadas.

En febrero, una bienhechora del albergue lleva a Celeste y a su hija a un albergue para niñas internas donde dará clase en la semana, su hija acudirá a las misma escuela y los fines de semana podrá venir a El Refugio. Pero este arreglo no durará mucho.

Lidia y Edgar en busca de refugio

La familia de Lidia y Edgar y sus tres hijos fueron el primer caso del albergue en que se consigue la condición de refugiados. La incuestionable violencia sexual y social recibida por Lidia facilitó la consecución del proceso de refugio, además ella contaba con ciertos recursos que le permitían proyectar un cierto plan de vida hacia el futuro. Lidia, de 26 años, una mujer de pelo rubio teñido, redonda, grande y de carácter, cuenta con una tía residente en San Diego que le va a proporcionar apoyo para que puedan instalarse en Tijuana y poner un negocio de pupusas y Edgar pueda entrar a trabajar en un taller de un pariente.

La historia de Lidia como víctima reiterada de las pandillas y de su primo, jefe de la mara, es truculenta y compleja, no voy a abundar en ella. Pero sí quiero rescatar dos puntos significativos para entender el desplazamiento y sus efectos desestructuradores. Una es la combinación del sufrimiento con los momentos alegres y vitales que acompañan la vida de sectores populares en la pequeña ciudad de Armenia, en Sonsonate, dedicada al comercio y los servicios para la región. Otra son las condiciones de la huida con los niveles de precariedad extrema que se producen y cómo se extienden por la geografía centroamericana.

Una historia fascinante es el protocolo de seducción de Edgar a Lidia. Él trabajaba en una empresa de cubiertos de plástico, pero siempre quiso ser locutor de radio. Un amigo suyo le ofreció incorporarse a una radio chiquita que había montado; al mismo tiempo había puesto un restaurante pared con pared con la radio. Ahí fue donde conoció a Lidia que estaba de cocinera. Lidia:

y como el dueño era el mismo, a veces me ponían a presentar las promociones del restaurante, del menú y los mariscos. Y cuando lo veía me ponía a temblar. Y luego él me dedicaba canciones o me saludaba por la radio.

Edgar:

Yo estaba en la cabina y cuando había una programación de bachata, de cumbia y todo eso, cada tres canciones me tocaba abrir micrófono y aprovechar para mandarle un piropo para ella. Yo me la pasaba en la radio solo por verla a ella.

Lidia:

Y fue lo más controversial de todo. Yo ya tenía los tres niños. Entonces, él me ponía 'Me gusta todo de ti' de Banda El Recodo; y a mí me había ido tan mal en el amor que no quería saber de nada. Entonces yo le mandaba a contestar con la canción 'Dile al amor que no toque la puerta, que no estoy en casa, que regrese mañana'. Y andaba un mesero que nos mandaba los mensajes y me decía 'Que el que quiere a la gallina, quiere a los pollitos'. Y así se mantuvo. Y ya nos casamos por la iglesia y todo.

Lidia, con 26 años, tenía tres hijos de diferentes padres con quienes tuvo relaciones complicadas. Pero era una mujer pilas que estudiaba, sacaba cursos de cocina o de cosmetología, trabajaba en cocina y cuando tenía tiempo salía a vender, además se ocupaba de sus hijos y de llevarles a la escuela. "La necesidad lo hace a uno... ni modo, y yo aprendo rápido".

Ya con Edgar, pronto alquilan una casa, ella se lleva a sus hijos y a su madre y abre una tiendita.

Los problemas se detonan cuando simultáneamente reciben una llamada de extorsión y a su hijo lo amenazan en el colegio. “Nosotros salimos huyendo porque días antes de salir al niño lo invitaron para que se metiera a la pandilla. Dice que hasta lo abrazaron y todo. Y él llegó de la escuela, ‘fíjate mama que esto pasó’”. De ahí empieza la persecución a la familia.

Cabal el 31 de octubre del año pasado cayó la llamada... Nada más contestó él [Edgar], empezaron con las grandes palabras que ellos usan, empezaron a decirle que lo tenían chequeado a la hora que él salía, a la hora que él entraba al trabajo, todos los movimientos que hacíamos. Dijeron que nosotros los habíamos traicionado y que la sangre se pagaba con sangre, que como no habíamos querido dar la sangre de nosotros, entonces ellos iban a cobrarse y le dijeron que ya no era matar al niño. Era una masacre lo que querían hacer con toda la familia.

Sabían que cumplían lo que decían:

Casualmente, el 23 de noviembre desaparecen a dos compañeras de mi hijo de la secundaria. Y hasta este día no están ni vivas ni muertas.

Hasta que a fin de cuentas cometí el error de ir a buscar a uno de la cuadra, de los mismos de ahí, de la 18. Pero a ese yo lo vi desde chiquitío, es un cipote, se llama Andrés, y salí donde él y le dije ‘Fíjate Andrés que nos están llamando’. Y me dice: ‘la mera neta, es que se han clavado con ustedes’.

Y a fin de cuentas quedaron en la conclusión de que querían 5 mil dólares. Y que daban una nada de tiempo.

Y me dijo el Andrés. ‘Mirá –me dijo–, mejor la neta, aquí la única onda es que se vayan. Incluso si les da el dinero se los van a quebrar. Y yo aquí la estoy

cagando, porque a mí me van a pasmar. Y estoy faltando una regla de la mara por estar hablando a usted. Así que si tenés para donde irte, mejor te vayás’. Nos metemos una mudada cada quien en un bolsón y nos vamos, mi mama le habla a mi hermana en Guatemala, y ella ‘Venite’, me dijo. Mi mama no quiso seguirnos. Y yo tengo miedo que le hagan algo a mi mama.

La salida es muy atribulada, mientras los mareros los están llamando cada 15 minutos y ellos les van dando largas, consiguen juntar un poco de ropa en la maleta y salen en una mototaxi a la casa de una hermana de Edgar. La mamá de Lidia se quedará en la casa de ellos, con la tienda y con sus cosas. Antes de salir hacia Guatemala, sabiendo que es un problema viajar con tres niños de diferentes padres y sin pasaportes, su madre madrugará para ir a buscar los registros de nacimiento de los niños.

Al mediodía del día siguiente salen camino a la frontera con Guatemala y buscan pasar por un paraje apartado donde cruzar de forma irregular. Allí los “dueños” del paso tratan de extorsionarlos medio secuestrando al hijo mayor. Serán momentos de pánico e histerismo de los que logran salir corriendo, aunque perdiendo sus celulares. Finalmente cruzan la frontera y toman un bus y llegan iniciando la noche a un crucero previo a la capital de Guatemala donde su hermana los espera.

Es importante conocer la situación de la hermana: “mi hermana había sufrido lo que nosotros habíamos sufrido en esos días tiempo atrás. Mi hermana vivía en Villa Nueva. Entonces tuvo que salir de Villa Nueva, y ahora ni me pregunte cómo se llama dónde está, pero es en un cerro donde ella ha intentado vender lo que sea y no se vende nada y hace un frío...”.

La hermana vive con la suegra “y tenían un negocio las dos, pero no podían pagar lo que les estaban pidiendo. Y les iban a matar a mi sobrino y a la hija de la señora también. Entonces ellas se fueron huyendo y dejaron todo incluso han dejado casas. La señora tiene cuatro casas porque el señor está en Estados Unidos. Y las casas están tiradas, están ahí ellos... Entonces viendo a mi hermana así, ella no me podía ayudar”.

Así, siguiendo una ruta de dolor y duelo por lo dejado y por la incertidumbre de adónde llegar, con el dinero que reciben de la tía de San Diego y su orden de que pasen a México y busquen llegar a Tijuana donde ella les puede ayudar. Toman un bus para Tapachula y pasarán el Río Suchiate, que hace la frontera con México, en las balsas y entre todo tipo de engaños y de cobros injustificados por cualquier transporte, comida, información. Lidia dice que de Tecún Umán a Tapachula “me agarró de llorar y llorar en el camino”. Llegaran a las puertas de la COMAR donde los envían al albergue Belén. A la mañana siguiente se presentan de nuevo en las oficinas e inician su proceso. De ahí los envían a un hotel donde solo pueden llegar a dormir, el día lo deben pasar deambulando.² Edgar encuentra un trabajo en una tienda de zapatos, mientras que ella conocerá a Celeste, que será quien la conecte con Ana, la salvadoreña y, de ahí, con Yaneth y con el Albergue de El Refugio; y con Wendy y Andrés –pareja que describo a continuación–. Su hijo mayor acompañará a Andrés a aprender a charolear y a cuidar carros. Aquí empezaran los agravios que luego estallarán en Guadalajara. Andrés llegará a quitar de mala manera el dinero ganado por el menor que es un mejor reclamo para los transeúntes porque le dan más monedas.

Una vez que se les acaba el plazo de poder estar en el hotel,

no teníamos para dónde agarrar ya, cada cuarto carísimo. Somos 5, no cabemos en cualquier lado. Un día fuimos a buscar un cuarto a una zona que habían pandilleros. El taxista –Don Miguel– nos dijo que ahí ni de locos llegáramos y que nos ofrecía su casa, que era humilde, pero que nos ofrecía su casa, y con todos los miedos del mundo por todo lo que hablan de México nos dio donde estar. A él se le había muerto su mamá y vivía solito. Iba a trabajar en la madru-

² Bernadette Eguía en 2019 explicaba que: “Tapachula está sobrepasado. Existen dos albergues en Tapachula, del cual solo es servible uno, que es el albergue de Belén. Y el albergue del Buen Pastor se ha utilizado últimamente como medio de canalización entre la fiscalía para casos donde ha habido denuncia ahí, o donde ha habido enfermos. Pero es muy poca la gente y muy poco el tiempo de estancia”.

gada y llegaba hasta las 7 de la noche. Tomaba, pero nunca hizo un relajo en el tiempo que estuvimos ahí. Nunca me faltó respeto ni con una palabra ni con nada. Y el señor hasta este día nos ha venido como siguiendo el paso.

Lidia y Edgar pasarán la entrevista de COMAR. Se trata de un “caso especial”, le dijo la licenciada. De ahí le sale el traslado para Guadalajara.³ El tiempo que pasan en Tapachula, es un tiempo de duelo:

No sé, me dio depresión bien feo ahí en Tapachula, un dolor de cabeza que sentía que me iba a explotar la cabeza. Y viera que no era fácil dejarlo todo. Mire, tenía un gallinero con un montón de gallinas, tenía una perrita chihuahua, tenía cinco perritos que habían nacido en octubre y todo. Solo pensar que dejé esto, que me hace falta mi tele, que tenía mi sillón y me sentaba a novelear. Solo me levantaba a despachar. Mi hijo se graduaba el 25 de noviembre, ya había comprado el vestido de graduación para el kínder. Mira, eran muchas fechas importantes. Primero era la graduación de kínder del chiquitín, después venía el cumpleaños de Bryan, el cumpleaños de Erik, después venía mi cumpleaños, después venía el cumpleaños de mi mamá para el 11 de diciembre, luego venía el 24 y luego el 31 de diciembre era la confirmación de mi hijo Bryan. O sea, venían muchas fechas, y todos los planes.

Tomarán un camión barato que hace la ruta directa de Tapachula a Tijuana. En Guadalajara les dejan en una gasolinera en la noche y toman un taxi. Yaneth está esperándoles en el albergue: son las 2 de la madrugada. Aquí, dice Lidia, “el infierno que traíamos de El Salvador se mermó bastante, el estrés, el dolor de cabeza. Ya me empecé a ocupar de ver qué hacía, de ver en qué ayudaba”.

Ahora, con los papeles de refugio, la esperanza es la tía. Ella salió a Estados Unidos con la guerra y allí se casó con un mexicano y se hizo

³ Sin embargo, Lidia es crítica con COMAR porque “trata que la persona se desespere. Porque nosotros en Tapachula nos desesperamos”.

ciudadana y poco a poco sacó de El Salvador a muchos miembros de la familia. Esta tía llegó a visitarlos a Guadalajara, les llevó al zoológico y a comer pizza. Es cantante de rancheras, muy católica y vanidosa: “se ha hecho liposucciones, se operó de todo”. La va a chiquear “solo de ‘mi amor’ me trata” y la va a poner a dieta y “voy a volver a ser el cuero de cuando era joven”. Únicamente le pide a Lidia que no se crucen a Estados Unidos porque allí no les va a ayudar.

Imagen 22. Jugando al fútbol en la cancha



En su estancia de meses en El Refugio, Lidia aprovecha para hacer pupusas y seguir la tradición que implantó Ana de ofrecerlas el día de tianguis y para las misas del domingo, cuando más movimiento de personas se da en el lugar. El Padre les presta la plancha grande y toda la familia colabora en su preparación y venta.

La personalidad dominante y avasalladora de Lidia generó tensiones en la convivencia del albergue, en especial en las relaciones con las otras

dos familias, pero también en las conspiraciones y chismes que se generan en este escenario y que involucran a todos sus actores.

Wendy y Andrés

De la historia de Wendy y de Andrés voy a recoger dos puntos que veo significativos: la infancia de Wendy y el padre ausente que en un tiempo cíclico aparecerá de forma asombrosa, y los viajes a Estados Unidos de Andrés y su deportación, seguida de su expulsión de Honduras por extorsiones de las pandillas.

Ella tiene 34 años, es flaquita, delicada y de modos suaves, nació en Sanaya, Colón. Su padre abandonó muy pronto a su madre y a ella y salió a Estados Unidos. Su mamá se juntó con otro hombre con el que tuvo cinco hijos más y con el que migró a una colonia de San Pedro Sula. Desde los 10 años Wendy trabajaba, como su madre, en el servicio doméstico y cuidaba del resto de hermanos, ya no alcanzó a ir a la escuela.

Con 15 años se abre un parteaguas en su vida que tendrá implicaciones hasta la actualidad. Una tarde: “una señora bien conocida de ahí, que era la única con la que había internet, avisó a mi mamá que había una llamada para mí. Fuimos, recibí la llamada. Era de mi papá”. Resulta que ha regresado a morir a Honduras y quiere verla. Una tía llega a buscarla y la acompaña a verle a Colón: “ni él me pudo decir nada a mí, ni yo le pude decir nada... por la impresión de conocerme y todo, falleció, solo me tomó de la mano, y no sé si dijo ‘hija’ o que diría, porque después que me vio se entregó mucho, en ese momento se murió mi papá”.

A Wendy le dio un ataque de nervios que la lleva al hospital:

ya todo en mi vida era diferente. Yo sentía una tristeza, aunque nunca lo había tenido, pero el saber de qué se había muerto, ya mi esperanza de que algún día iba a conocer a mi papá, platicar, se había terminado. De ahí, en la casa en donde lo estaban velando, conocí a cinco hermanos más, pero solamente en ese momento. Ahora sé que estaban en Estados Unidos, solo que a mí no me han dado información de cómo se llaman, cómo se apellidan, yo los busco por internet por mi apellido y no. Y esta tía que le digo que es la

que sabe toda la información, nunca me dio información. Según hablan en el pueblo de ella, lo criticaban por ser narco, entonces ellos no tienen Facebook, no tienen comunicación, no tienen nada de las redes sociales para ellos. ‘Pero yo necesito tía, yo quiero saber de ellos’. ‘No –me dice–, son muy orgullosos, no han de querer comunicarse contigo porque tienen mucho dinero’.

De vuelta a la colonia de Sula, trabajará en maquiladoras y pronto tendrá una hija que se criará con su madre:

yo creo que llevamos el destino de mi mama, me casé, rapidito tuve una niña, mi esposo me abandonó y mi mami me apoyó bastante. Desde que la niña nació siempre estuvo ahí con mi mama. Yo conseguí trabajo en una fábrica, yo entraba a las dos de la tarde y salía a la una de la mañana, entonces la niña dormía con mi mama. Y casi fue siendo como su mamá y yo casi su hermana.

Ya cerca de los 20 años conoce a Andrés y se embaraza de él, que tiene 14 años. Ambos trabajan en las maquiladoras. Tendrán un segundo hijo y compraran un pequeño solar. A Andrés se le mete la idea de probar suerte en Estados Unidos. Un primer viaje no le funciona y queda en Mexicali. Después prueba otra vez, cruza México sin prisa porque trata de enviar dinero con pequeños trabajos, por ejemplo fábrica “pichinguitos” o chapulines para vender en las calles. Esta vez logra entrar y, con mucha suerte, empieza a obtener trabajos que le permiten enviar dólares con los que empieza la construcción de una casita. “Yo bien emocionada cuando me mandó los primeros ochenta dólares. Entonces hicimos una media cena con mi mamá, con mi suegra y estábamos muy felices porque él había cruzado la frontera. Era un gran logro”. En un momento dado decide llegar a Los Ángeles y en el trayecto lo detienen y deportan.

Con el retorno no les va a ir bien. La pandilla que controla el barrio se ha fijado en su casa y en la llegada de Andrés –ya antes habían pedido apoyo a Wendy–, y de una vez les solicitan 200.000 lempiras que no tienen. De manera que se arriesgan a salir en la noche con los dos niños

y las mochilitas: “Cuando dejamos Honduras, esa deuda pendiente con ellos allá y escaparnos, significa que no podemos volver”.

Cuando llegan a Tapachula, como al resto, les impresiona el clima de desconfianza. Como los demás acuden a COMAR, al albergue Belén y se hospedarán también en los mismos hoteles, un tal San Valentín. Y se encuentran, también como todos, con miedo: “hasta nos podrían venir siguiendo y quién sabe. Y de repente llegaron como tres de nuestra colonia. Ya era un peligro para nosotros porque le dicen a un familiar y..., ya más bien queríamos hasta dejar a la COMAR”. Conocen a Celeste y a Lidia y solicitarán también su traslado a Guadalajara porque en las calles se encuentran con conocidos.

Wendy y Andrés, son tímidos, él tiene una barbita de candado muy cuidada y viste siempre muy deportivo. Se preocupan mucho por sus niños que han dejado de comer, no les gusta la comida, son de pollo frito, frijoles rojos, huevitos. Se sienten seguros y se tranquilizan en El Refugio, él entrará a diversos trabajos desde el albergue.

Las rencillas

Entre las familias de Celeste y Wendy se produce una alianza mientras se enfrentan a la de Lidia. Lidia levantaba envidias por presumir respecto a sus posibilidades y recursos y con su carácter dominante se enojaba abiertamente y buscaba imponerse. Yaneth se posiciona con Celeste y Wendy, y para ella, Lidia como que se puso sus moños:

ahora veo que estando aquí, ya que tienen techo seguro, un plato de comida y su actitud ha cambiado. Ella tiene el ego muy... Ahora que vino la tía de Estados Unidos les trajo cosas, les dio dinero y... Ahí realmente se conoce a las personas. Sí tenían necesidad de subir aquí, ella me contó una historia de lo más terrible, pero ahora me doy cuenta que era una mentira. Todo por la urgencia de salir.

Las mujeres se jalonean a través de Yaneth que fue su bienhechora:

Entonces me dicen que me sienten con ellas a comer. Y yo no puedo hacer de que me voy a juntar contigo, pero contigo no. Hace ocho días la regañé. Hicieron pollo y arroz y el arroz les quedó apelmazado. Entonces ella empezó a quejarse de la comida. Y le digo, ‘mire Lidia, si no le gusta, no se la coma, pero no esté criticando’, ‘es que son mujeres ¿cómo no van a saber cocinar?’. Y le respondí ‘pero no la critique, porque usted nunca se ha subido al tren, porque cuando uno tiene hambre, hasta las piedras se come’, ‘No, es que ni para los pollos es esto’. Entonces me molesté mucho porque yo he visto a los migrantes hasta cortando los limones de acá afuera del hambre que traen, ‘usted no ha tenido necesidad, como los que han venido en el tren. Entonces dele gracias a Dios porque tiene un techo y algo qué comer’. Esa actitud no me gustó pues.

Yaneth observa cómo se han tensionado las relaciones y cómo antes con los migrantes, “los problemas siempre han sido *light*. Los problemas en serio han sido con los que se quedan a pelear papeles. Como ya se ven diario... ahora las familias de Lidia y de Wendy se pelean por el control de la tele, se gritan cosas”. Y señala que los niños no dan tantos problemas, solo que las madres no les dejan jugar entre ellos. “Bien infantiles [ellas] pues, pero los niños se pelean y al rato bien amigos”.

Los desenlaces temporales

Los problemas de orden burocrático de Celeste y de Wendy y Andrés se producen porque iniciaron dos trámites diferentes: el de refugio, que deriva en una protección complementaria, y la visa humanitaria. Tienen que regresar a Tapachula a destrabarlos y ya no regresaran más a Guadalajara.

La comunicación con Celeste y con Wendy por parte de Sarahí y de Yaneth permite seguir los pasos de estas tres familias. Celeste sale hacia Tapachula a arreglar la tramitación doble de sus papeles de visa humanitaria y protección complementaria. Allí se empareja con un hombre

panadero y en un momento dado vuelve a Honduras a recoger a las dos hijas de 14 y 12 años que tiene allí para traérselas a México. Lo que es contado por Yaneth: “Pues en Tapachula se juntó con un muchacho. Que se juntó con un hombre, y sí, porque yo hablé con ese hombre. Es mexicano, es como panadero. Hacen pan y pizzas y cosas así. Él la tenía viviendo rentando y todo eso. Pero ella se fue por sus hijas. Carne para los perros...”. Con el documento de Protección Complementaria Celeste no puede traerse a estas hijas de manera legal, así que opta por introducir las de forma ilegal para solicitar los documentos con ellas ya en México. Después parece que llega hasta Tijuana y hasta Ciudad Juárez a ver si allí le facilitan la documentación.

En los poquitos meses que van de marzo, que salen las familias, a agosto que sabemos de ellas por Yaneth, ocurren muchos cambios en las vidas de Wendy, Andrés y sus niños. Su salida es medio a escondidas porque deben al Padre varios cientos de pesos, que ya nunca devolverán. Wendy, la flaquita, consigue pasar a Estados Unidos con sus hijos, que tenían protección complementaria, algo con lo que Andrés no contaba. Está en Alabama. Cuenta Yaneth que

Ya ve que cuando estaban aquí, la hermana de Wendy, le dijo que la apoyaban con recibirla, que se fuera. Andrés empezó de ‘vete y vete’. Él la presionó mucho para que se fuera. Pues se fue. Ella duró unos días en Tijuana y él la llevó a la garita y todo. Pues rapidito la cruzaron, y en el momento en el que ella entró, su hermana no la pudo recibir porque estaba a punto de dar a luz. Entonces la pusieron en un apartamento, donde tienen a las personas que están pidiendo el refugio ahí en Texas, y dice que ella empezó a trabajar en una tienda de ropa. Y de repente con un primo de Wendy empezaron a platicar ‘no, pues fíjate que tu papá tiene otros hijos... pues búscalos en Facebook’. Y se puso a buscarlos y que fue encontrándolos. Uno estaba viviendo en Alabama y otro en Nueva York. Y los dos rápido le tendieron la mano. Dice que hizo como cuatro días para llegar a Alabama y allí la recibió su hermano. Y él la está apoyando y todo. Los niños ya entraron a la escuela. Pero dice que el problema ahí en la escuela es que nadie habla español. Y

llora mucho Kathy [la hija] porque a ella se le dificulta leer. Al niño dice que no tanto, porque sabe leer y le traduce por medio de la computadora. Y ya tienen como dos meses.

Es decir debió llegar con su hermano en julio del 2018.

Pero los enredos migratorios no concluyen con este “final feliz” para Wendy y sus hijos. Las cosas se complican con Andrés que de repente se encela con este apoyo del hermanastro de Wendy.

Andrés se quedó en Tijuana y haz de cuenta que Wendy, cuando se va con su hermano, pues obviamente le hicieron la bienvenida y todo. Y pues le tomaron unas fotografías y su hermano sale con ella abrazándola. La subieron al Facebook y todo y error. ‘Que ella ya tiene su hombre allá, me engañaste’. La tachó de la peor mujer del mundo. Y él se fue a Honduras sin aceptar explicación. Quiso demoler la casita que tenía con Wendy, vendió las pocas cosas que tenía, o sea, que fue hacer un desorden y allá fue a amenazar a su familia, porque supuestamente Wendy estaba con otro hombre. Y total, que él se volvió a meter a México y empezó a subir gente.

Es decir, Andrés pasa a fungir como coyote, mientras ella –hasta entonces– “sumisa” Wendy simboliza su nueva situación de forma liberadora al enviarle a Yaneth dos fotos de ella con el mismo traje que se llevó de México, una en la que sale con Andrés y otra en la que sale sin él, para ser más exactos como expresa Yaneth: “me la mandó para enseñarme la diferencia de con Andrés y sin Andrés”.

Al día siguiente de la celebración por haber logrado los certificados de refugio en México con Lidia, Edgar y sus hijos con todo y vino espumoso, salen en avión hacia Tijuana donde van a empezar otra etapa de su vida. Al principio estaban contentos, en sus comunicaciones decían estar bien e ilusionados. Con el tiempo Lidia se puso en contacto con Celeste, la que había sido su enemiga en el albergue, la que al mismo tiempo le cuenta a Yaneth: “Sabes, me está yendo mal, con el tío que vivimos pues nos trata

de arrimados. Quitamos la pupusería porque era una mala inversión'. Y que lo que ella quería era cruzar".

Si recordamos, la tan querida tía de Lidia de San Diego ya les había dejado claro que ella no les iba a echar una mano si cruzaban la línea. Y, para ello, Lidia necesita a alguien que la reciba del otro lado. Y dice Yaneth que Celeste le dijo lo que le expone Lidia, "es que yo me quiero ir, yo quiero cruzar Celeste, porque me están llamando mucho de Guadalajara, amenazándome de muerte'. Y yo le digo a Celeste, 'eso es una mentira'. Y dice Celeste 'yo creo que me dijo eso pues para que le diga a mi tía que la reciba más que nada' [Celeste también tiene una tía es los Estados]. 'No Celeste, para qué le buscas problemas a tu familia, mejor dile que no puedes'. Eso fue lo que supe de ella, en más no sé".

El secuestro de la familia de Yasmin

En este punto retomo la historia de Yasmin, la amiga hondureña de Yaneth que conoció en el albergue después de que había sido deportada y vuelve a intentar el paso logrando entrar de nuevo a Estados Unidos con su esposo. Ya están instalados en un pueblo de Mississippi donde ella trabaja en una fábrica de camotes.

Tanto aprecio tiene con Yaneth que en abril de 2018 dos de sus hermanos, Delmi y Yobany, uno con dos hijos, Bryan de 12 y Tuchi de 6, y otro con su hija, Beibis, a punto de cumplir la mayoría de edad, vienen llegando al albergue desde Tapachula, el 10 de abril, solo por conocer a Yaneth porque quieren llegar a Monterrey y de ahí al cruce de Nueva Laredo. Por la fuerza de la amistad cruzan México en zigzag. Aprovechan el jalón de la caravana con la que obtienen en Matías Romero un permiso de 30 días con el que pueden atravesar el país. Su idea es entregarse allí porque tienen familiares en Estados Unidos, llevan menores y quieren solicitar la condición de refugiado en ese país.

El día 11, miércoles, los conocemos Heriberto y yo, están exultantes y al mismo tiempo nerviosos, y revisamos qué tips son buenos para no ser reconocidos como centroamericanos, aunque llevan su permiso de viajar. Son dos hombres jóvenes y los 5 menores vestidos deportivos y

modernos, frescos y coloridos. Beibis, la adolescente, es simpática y sexy, y tiene miedo porque sabe que se pueden dar secuestros y violaciones en el trayecto.

Jueves: una noticia dramática

En la noche salen en el camión a Monterrey donde llegan como a las 8 de la mañana. En la estación de buses debía esperarlos una mujer conocida de Yasmin que les acompañaría a Nueva Laredo para que todos se entregaran en el puente. Les urgía pasar antes de que en esos días Beibis cumpliera sus 18. Como el contacto no había llegado a buscarlos, Delmi –el padre de los niños– manda mensaje de que salían hacia Nueva Laredo y, de allí, avisa que van caminando hacia el puente fronterizo.

En la tarde Yaneth a través de Yasmin da aviso de que la familia ha sido secuestrada.

La tía de Yasmin había recibido una llamada en que le piden 3.500 dólares por cada uno de los 7 miembros del grupo familiar antes de cruzarlos y otros 3.500 ya que estén en Estados Unidos.

A partir de ahí, al haber ocurrido fuera del estado de Jalisco no sabíamos qué protocolo manejar y, en los nervios, se tomaron varios caminos. Por un lado se solicitó el apoyo de FM4 Paso Libre quienes aceptan hacerse cargo si quedan como responsables únicos. Ellos actúan poniendo en aviso a la Comisión Nacional de Derechos Humanos, (CNDH), una demanda que se tiene que ratificar el sábado. Se envían los nombres y las fotos de registro y otras donde aparecen con las ropas con que viajaban, algo que también se subirá al Facebook y se dará aviso a otras casas de migrantes.

Pero desesperados, Yaneth y el Padre deciden ir a la Procuraduría General de la República (PGR), a poner una denuncia. Allí no se la quieren tomar porque no son familiares y el suceso no corresponde a Jalisco. Parece que les piden el contacto de la tía para saber el número de los secuestradores y de la cuenta del banco y ésta no lo quiere dar. Piden apoyo a la Comisión Estatal Derechos Humanos Jalisco (CEDHJ). Con ellos van a la fiscalía especializada en secuestros, donde dejan la denuncia con los datos de las personas secuestradas. El trato es mejor, pero frío.

Se ríen de los nombres “raros” de las personas. Pasarán siete horas en la declaración. De esta fiscalía nunca más se comunicaron ni dieron seguimiento al caso.

Con estas acciones el trámite iniciado por FM4 Paso Libre se corta. Nos contactaremos con Juan Sierra, de la Casa del Migrante de Matamoros, para que nos informe qué se puede hacer. Nos dice que lo más importante es la denuncia a CNDH y nos vincula con el visitador de DH de la zona de Nueva Laredo.

El sábado en la tarde llega la noticia de que la Caravana del Migrante llega el domingo con 500 personas y no hay nada para recibirles: ni agua, ni mantas, ni comida. Parece que todo se complica.

Para el lunes sabremos que liberaron a la familia y que se encuentran en Estados Unidos; una versión de lo que pasó señala que parece que la familia no llegó a salir de la terminal de Nuevo Laredo. Allí mismo les paran unos hombres y les piden la “clave”. Supuestamente les toman a los dos hermanos de Yasmin como coyotes. Delmi y Yobany enseñan sus permisos, pero se los llevan. Los secuestradores llaman a Yasmin que entra en pánico y les suplica que tengan misericordia. Éstos le mandan un número de cuenta para depositar y la permiten comunicarse con sus hermanos, que ella siente tranquilos. Yasmin junta 500 dólares y los ingresa en la cuenta que le han dado.

El domingo los sueltan, los mismos secuestradores los llevan en su auto y los depositan en el puente de migración para que se entreguen. Los hermanos contarán que estuvieron encerrados en una casa de una avenida principal, que había más gente mexicana y centroamericana detenida dentro y que se renovaban por días. Que el trato fue muy bueno y respetuoso, curaron al chiquito de un malestar que tenía y hasta les trajeron pizza para cenar.

En Estados Unidos no tardaron ni tres días en migración cuando los entregan a su familia. Yobany y Beibis se irán con Yasmin a Mississippi, y Bryan y Tuchi con la madre de los niños a Houston. Veremos en fotos la elegante celebración del cumpleaños de Beibis el 29 de abril, con trajes de gala comprados en el outlet, piñatas y enormes pasteles. Lo consiguieron.

El 30 mayo de 2018 Yaneth nos cuenta que el secuestrador de Beibis, “feo y con cara de malo”, se ha enamorado de ella y la está llamando continuamente. Los enredos se producen también más allá de la línea del “sueño americano”.

La caravana de abril

Durante el 2018, se dieron las llamadas caravanas de migrantes, desplazamientos masivos de personas provenientes de diversos países de la región norte de Centroamérica en dos momentos. El primer grupo, de alrededor de 1.500 personas en su ingreso a México, recorrió el territorio mexicano en los meses de marzo a mayo, llegando a Tijuana, frontera con Estados Unidos. Este grupo recibió cobertura de los medios de comunicación nacionales e internacionales, debido a la atención que le prestó el presidente Trump. Allí unos esperaban entregarse a la Patrulla Fronteriza y pedir asilo en Estados Unidos; otros buscaban una oportunidad para internarse de manera irregular. Fue así que transitaron por la ruta occidente-pacífico, realizando una parada en Guadalajara. En el momento que arribaron a la ciudad, el grupo se conformaba de alrededor de 650 personas, quienes fueron acogidos por el albergue El Refugio ya que el grupo se fue reduciendo conforme fueron avanzando. En esta ocasión continuaron entrando contingentes de personas migrantes.

Había señalado cómo en mitad del secuestro de la familia de Yasmin, la caravana iba a arribar pero ya no lo hizo el domingo, sino el martes día 17. La llegada de tantos cientos de personas muy diversas, genera mucho bullicio y mucho trabajo, pero se dieron cita en el apoyo muchas instancias de los distintos niveles de gobierno y de seguridad. Están los cuerpos de sanidad de la Universidad de Guadalajara, policías en las esquinas, son varias las cadenas de televisión que están cubriendo el evento. Era una gran cantidad de donativos que no pararon de fluir y el gesto que supone en los pequeños grandes esfuerzos: recuerdo una joven de la vecindad que entregaba un bote mediado de la leche de fórmula; otra señora con niños que traían sus peluches para otros niños; la ferretería que envía unos 1.600 pesos en agua. Eran personas de la colonia y sus alrededores.

Imagen 23. Caravaneros en abril de 2018



Las filas para dar de comer son largas, son muchas las personas en el salón descansado y viendo la televisión, y muchas queriendo que se les entregue ropa limpia y esta entrega es siempre un caos porque la ropa no está seleccionada previamente, el lugar de ropería es pequeño y abarrotado de bolsas enormes y la gente es muy exigente con las prendas: el que solo quiere pantalones negros de pitillo o gorras estilo béisbol. También porque se requieren tallas pequeñas y medianas y esas tallas siempre son escasas: la envergadura de la población mexicana es mayor. Hay colas para conseguir una llamada, para los baños...

Leslie, la apátrida

Con la llegada de la caravana me encuentro en la cocina del albergue a una mujer guatemalteca de más de 50 años que está cocinando por solidaridad con el Padre y los migrantes. Ella lleva unos días en el albergue y tiene una extraña historia. Leslie, bajita y redonda, de pelo corto rubio mal teñido y ropas deportivas anchas, es reservada y de pocas palabras, desconfiada. Ha pasado la vida en California de donde sale por problemas

personales, pero sobre este episodio no cuenta más aunque sugiere que la busca el presidente Obama, que conoció a Michael Jackson y manejaba grandes carros. Hay siempre una sombra de paranoia en sus narraciones, ella tiene la sensación de que la están persiguiendo vaya donde vaya. La gente dice que habla sola caminando y también en la noche, como que tiene sus fantasmas. Es una desarraigada, una apátrida. No mantiene comunicación con ningún familiar o conocido ni de México ni de ningún lado. Habla inglés, sabe mucho de políticas de migración y tiene confianza en la estrategia de la caravana de llegar a Tijuana y colarse a la frontera y entregarse y entrar a procesos de refugio, más porque es California, un santuario. Parece querer quedarse en Guadalajara, por ahora encontró trabajo de recamarera en el Hotel Mission Carlton del centro de la ciudad gracias a hablar inglés. Hoy le dieron permiso y, por colaborar, está preparando atol.

A Leslie la seguiremos encontrando por temporadas en el albergue. En los meses siguientes, ella buscará hacerse un lugar dentro del mismo y entrará en conflicto con Lorena por su “apropiación” del espacio y de las labores de la cocina. La cocina es un eterno lugar de disputas en los albergues.

Otros transeúntes

Poco después de la caravana de abril, llegan muchas minicaravanas. Entre tantas personas que arribaron llegaron dos tipos de los que tengo apuntes porque me llamaron la atención, aunque se deslindaban de este flujo mayor.

Mientras estamos en mayo platicando en la entrada, aparece un joven estilista del vecindario que suele llegar al albergue en busca de modelos que le sirvan para experimentar su arte. Viene con un salvadoreño al que le ha cortado la barba y rapado el pelo, dice que necesita dos modelos más. Este salvadoreño, que llegó el día anterior, es chiquito, fibroso y muy ágil. Fue militar del ejército de El Salvador desde los 13 años. Hay un patrón repetido de adultos migrantes que han sido ex-militares de cualquiera de los países centroamericanos y de México también. Éste se

comporta con gestos donde presume su entrenamiento militar, se tira al suelo, se pone firme con las manos atrás, lleva gafas como de intelectual y se le ve bien vestido con jeans buenos, playera roja y zapatos negros. Asegura que peleó 7 años contra su propio pueblo humilde y rebelde por las malas condiciones. Se llama Apolonio Guardado, primo de Facundo Guardado, del FMLN. A los 15 años era sargento y el M16 casi era más alto que él; con 17 tenía a más de 100 personas a su mando. Cuenta lo que llevaban en la mochila y lo que pesaba. Es de Chalatenango. Deportado, no quiere volver a El Salvador porque es un “cementerio abierto”. No sabe qué hacer, ha estado en Baja California, pero no se puede vivir allí. Le gusta Guadalajara. Estuvo escribiendo su vida, porque hay que contar la historia “de verdad”, y tenía muchas páginas escritas porque durante nueve meses escribía todas las noches. En Salamanca le bajaron la mochila y se quedó sin sus escritos. Quiere una grabadora. Lloro cuando cuenta lo que ha sufrido. Dice que la guerra fue responsabilidad de los gringos; que les dieron armas viejas porque querían deshacerse de ellas y cómo le pagaban 125 dólares al mes. Se refiere a la figura del Mayor d’Abuissou, lo malo que era, cómo lo “caparon” en Nicaragua y cómo logró escapar. También cómo los guerrilleros recibían entrenamiento en Nicaragua con instructores cubanos, mientras que ellos lo tenían con los norteamericanos e israelitas. Él es un sobreviviente de su familia y lleva un gran tatuaje en la espalda con tres tumbas al estilo de las maras. También una Santa Muerte en el cuello que esconde cuando se percata que hay una hermana religiosa. En el brazo M5s —quizás referido a la estrella de 5 puntas del escudo del ejército salvadoreño—. Estuvo en el albergue un tiempo trabajando, luego se inquietó y siguió su camino.

Unas semanas después llegó con Heriberto al albergue, el ambiente está tranquilo. Hay un grupo viendo la televisión; otro está jugando al dominó. Entre ellos hay uno que dice ser portorriqueño y medio dominicano, discute por la variante del juego en su país, que es la buena. Más tarde coincido con él en el patio y platicamos.

Se llama Nicolás, es cineasta y tiene unos 37 años. Dice que desde hace mucho vivía en Nueva York dedicado al *fashion* y al mundo de la

moda, la publicidad, la fotografía. No queda claro por qué decide abandonarlo todo, salir de ese mundo y regalar su *iphone* de último modelo. Se va a Los Ángeles, ciudad que no le gusta, y decide seguir hacia México en un viaje al revés como de limpia personal (no parece que los migrantes le importen mucho). En Mexicali le roban. Se asocia con el conductor del tren y los garroteros que le permiten subirse al segundo vagón y llega a Culiacán. Pasa mucho frío en Mazatlán.

Viste solo con una rebequita de lana muy fina como de mujer y una bermuda de paño. Su figura es extraña, es muy guapo y pelón, con grandes pompas. Tiene gestos de gay. Es muy seguro y tranquilo, aunque todo lo que hace es muy extraño, dice que él es muy espiritual. Nicolás piensa que el Padre, a través de Leslie que en estos días tiene cierta influencia en el albergue, le va a prestar dinero para llegar a la Ciudad de México. Ahí está su meta, va a ir a un albergue primero y de ahí va a contactar con sus conocidos y a lograr que le financien 5 millones de dólares para su película. Lo conseguirá porque sí, aunque es su primera película. Ya tiene el guion con dos líneas de narración: una mujer de origen inglés y periodista que se casa con un magnate y trabaja en un periódico de Nueva York y, con el tiempo, sufre violencia doméstica y golpes pero no lo manifiesta; la otra es la dramática vida de una brasileña que tendrá SIDA y termina en Nueva York siendo entrevistada por la mujer periodista. Entonces se harán espejo y la periodista caerá en la cuenta de las agresiones que sufre. Piensa trabajar con dos grandes actrices porque la película tiene que distribuirse en el mercado gringo y en el latino. Todo se va a dar en este año y cuando termine la película se va a ir a España donde tiene amigos en Barcelona y en Andalucía, se va a comprar un terreno en una playa sin turistas y va a construir su casa con un diseño propio. Él está contento y feliz, solo ver la bugambilia del patio le hace estar contento y merecerle la pena estar en el albergue. Tiene pasaporte norteamericano.

Cuando el Padre no le financia su salida a Ciudad de México, Nicolás se cambia de albergue y pasa a FM4. Allí estará unos días creando confusión con sus quejas de que le miran mal y le discriminan por ser homo-

sexual. Lo sacarán del lugar porque le descubren vendiendo droga al interior.

Imagen 24. Ordenando donaciones en la cancha



En la órbita del albergue ¿una comunidad incipiente?

Como vimos en la etapa anterior se viene conformando en la colonia del Cerro del Cuatro y adyacentes una comunidad incipiente que se fortalece dentro de su precariedad. Son principalmente hondureños, hombres jóvenes que han llegado “solteros”.⁴ Ellos buscan rentar un cuarto o un departamento y trabajan o buscan trabajo. Algunos hombres encuentran una pareja local mexicana, aunque también se están conformando hogares con mujeres centroamericanas o bien solos o acompañados entre ellos. Son las reconfiguraciones familiares, la fuerza de la vida y de lo social por encima de las situaciones impuestas de exclusión y abandono, algo que profundizaré más adelante.

⁴ “Solteros” porque en general vienen de experiencias conyugales y también con hijos que han dejado atrás.

Todos estos centroamericanos son asiduos de ciertos puntos de reunión en la colonia como el baldío o el puesto de pollos asados de Hugo el Pollero que se ha posicionado bien en el corredor de la Parroquia y en su tianguis de los miércoles. Hugo, flaco y largo de pelo al rape, sigue al frente del tinglado, aunque protesta que la gente no le compra y no puede salir a lugares más concurridos porque no tiene permiso. Se ha juntado con una mujer comerciante de la vecindad de unos 40 años pero no parece querer casarse y hacerse mexicano. Lleva encima un certificado de nacimiento muy viejo al que no ha hecho copia y una cédula donde ya no se ve la foto y no ha vuelto a renovar desde que salió de Honduras.

Se queja de que no le dejan entrar a El Refugio, ni guardar los trastes del puesto allí, ver a sus paisanos, hacer alguna llamada. Centra sus invec-tivas contra Lorena y contra Leslie, a las que acusa de ser drogadictas de cristal. Dice que el Padre no sabe lo que pasa allí dentro del albergue: asegura que los muchachos hondureños le han amenazado de muerte y por eso tiene miedo de encontrárselos en las vías y que esta gente penden-ciera viaja de norte a sur, viven en la vía y asaltan a sus paisanos.

Es un tipo solitario, apenas habla con un hermano y muy poco con sus padres. Aquí en México se mantiene solo, no le gusta salir con nadie, con su mujer menos porque “solo cotorreando con otras mujeres”, no se fía de la gente. Y es que no sabe leer y quizás por eso apenas conoce el centro de la ciudad. Solo sale para hacer compras puntuales. A pesar de vivir con su mujer y su familia no acude a sus fiestas porque se siente “humillado”, tampoco con los chicos que están asentándose como él porque da a entender que son drogadictos. Aunque luego tiene a los centroameri-canos pululando alrededor de su puesto.

Winton Vásquez, don Win, salvadoreño, es un caso peculiar por tratarse de hombre sesentón que se instaló en un cuarto de la vecindad y ser bastante autónomo, como Leslie. Tenía visa humanitaria, IMSS, tarjeta de nómina, prestaciones, trabajaba con un patrón en un gimnasio que conoció con la empresa de limpieza que acepta a todos los centroameri-canos. Era querido por la gente, pero tomaba mucho. Murió de cirrosis en el Hospital Civil Viejo en marzo de 2018, poco antes de la Semana

Santa. Unos trabajadores sociales le visitaban y ayudaron a recoger sus cosas, aunque se quedaron con su celular. Su cuerpo quedó en la funeraria esperando los papeles para su repatriación, algo que gestionó el consulado. Su tarjeta se la quedó el patrón. El albergue dio aviso a su familia, a la hermana le preocupaba lo que había dejado... nada.

El cuarto que rentaba don Win se encuentra en la casa de doña Cristina, una simpática anciana sorda y sin vista que vive con otros miembros de su familia, nietos y biznietos. Ella expresa muy bien por qué ayuda a la gente y a los migrantes: piensa en su hijo que salió hace años a Estados Unidos y que puede estar como ellos sin nada y a la intemperie. El lugar que renta tiene 4 espacitos, dos cuartitos, salita y comedor, y un baño común por 1.500 pesos al mes. Les pide solo un mes de adelanto sin papeles ni contratos. Le gustan las flores y las plantas, los pájaros vienen donde ella y cantan. Su pensión es de 2.200 pesos, por eso renta. Han pasado por su casa muchos centroamericanos como don Win, dice que los mexicanos dan más problemas que “los muchachos”. Hoy en este espacio se encuentran Polo y su mujer, de quienes hablaré más adelante. Ellos también regresarán a Tapachula por trámites y a finales de 2019, regresaran por traslado, ya con un bebé, a Guadalajara y al albergue.

Jacob e Israel continúan en el albergue, con sus 25 años tienen ya meses tramitando la solicitud de la condición de refugiado que les es denegada a ambos. En su búsqueda de referentes, ambos han sido parte de los cercanos a Sara, la salvadoreña, que tenía un fuerte ascendente sobre ellos. El caso es que cuando ella y su familia toman su camino y “los abandonan”, se vienen abajo. Son emocionalmente frágiles y esta conflictividad interna les ha impedido conformar entre ellos mismos unas relaciones más duraderas. En sus arrebatos renuncian a los pocos amarres que han logrado, por ejemplo, a los empleos formales cuando tuvieron la visa humanitaria.

Jacob no tiene interés en llegar a Estados Unidos. En momentos de crisis Jacob llegó a vivir en la calle, se recuperó y regresó al albergue. En su inestabilidad se encuentra con una joven voluntaria y saldrá del albergue a vivir con ella. Con el tiempo tendrán un bebé. En momentos de nece-

sidad regresan ambos al albergue por una ayuda, una despensa, también por visitar a Israel.

En julio, Hugo, Israel y otro compañero hondureño, nos sorprenden con un viaje fulgurante hacia Mexicali y Ensenada. No tardan en regresar. No quieren contar mucho porque terminaron peleados entre ellos. Cada cual echa la culpa al otro. Era idea de los segundos y a última hora se les junta Hugo el de los Pollos, “el llorón”. Fue un desastre de aventura, apenas llevaban dinero y al final les dio miedo intentar el paso. El compañero tiene su trabajo, el otro su mujer y casa e Israel está en El Refugio a la espera de resolver unos inciertos papeles. Sarahí ya les había advertido que no se fueran. A Israel se le ve más flaco, dice que casi ni comieron.

Cuando vemos a Hugo el 27 de julio en su puesto, nos cuenta que ha tenido que pedir de vuelta al Padre el asador de los pollos y el toldo azul. Para el viaje había vendido sus chunches y herramientas. Ahora ha colocado una manta de venta de pollos asados que alguien le ha entregado, donde le ha mal pegado “Pollos Huggs”. Dice que ya estaba incómodo con la familia de la mujer y por eso se tiró al Norte, pero se queja del viaje: que los otros fueron chillones y que tuvieron miedo de subirse al tren en Ensenada. Hasta allí habían agarrado bus. En algún momento les paró un retén pero él se encerró en el cuarto de baño, parece que los otros tenían algún papel. El caso es que ya no quisieron seguir, pero él financiaba el viaje y se le fueron –cuenta con disgusto– 5.000 pesos. Ahora ya no puede regresar a la casa de la mujer y anda buscando cuarto, pero no tiene dinero. Sin embargo, ha logrado que le permitan estar en un espacito que es la peluquería de enfrente del albergue. Vemos que tiene la cortina echada y que al rato pasa un bato y se mete ahí, nos aclara que es su compañero de dormir. No tienen donde bañarse.

En estos esfuerzos de rehacer la vida con autonomía quiero recordar la presencia y el poder de “la maña” en estos espacios periféricos del Cerro del Cuatro. Su influjo flota sobre las vidas de estos sujetos vulnerables y anónimos coqueteando con su atractivo de dinero fácil en el halconear o en la venta narcomenudista. En estos tiempos se dio el caso de un joven salvadoreño que habiendo vivido acogido en el albergue pasa a alquilar

un cuarto en las cercanías. Se le veía bien vestido. Un día lo sacaron de su casa y lo desaparecieron. Su cadáver apareció torturado.

Los que entran y salen del albergue

Otro sector que se mantiene en la órbita y dependencia del albergue son quienes entran y salen de él.

Leslie la apátrida regresa cuando lo requiere y se le echa una mano dándole cuarto mientras consigue estabilizarse en algún trabajo y buscar espacio en alguna parte de la ciudad. Su caso se puede considerar, con todo, de cierta constancia y logro del asentamiento en la ciudad. Leslie desarrolla una mayor autonomía. Ha trabajado en muchos espacios en Guadalajara, principalmente en hoteles y últimamente en seguridad privada y ha pasado por diferentes espacios de renta en la ciudad. Pero siempre encuentra en la Parroquia el lugar de acogida cuando se queda sin trabajo; aquí llega a solicitar apoyo para enseres; duerme en temporadas; y también llega a colaborar cuando arriba una caravana: lo hizo en ésta de 2018, también en las siguientes aparecía por sorpresa y la encontrabas trapeando el templo donde habían dormido cientos de personas.

También Florentino, un guatemalteco de Camotán, Chiquimula, ya mayor, al que le faltan la mano y el antebrazo izquierdo, es parte del albergue, aunque por temporadas pudiera encontrarse en algún trabajo y estancia externa por ejemplo cuando sale a trabajar a una bodega de miel en Tonalá. Él ha solicitado la reposición de su visa humanitaria, y después de eso quiere ver la posibilidad de obtener el refugio. Hará amistad con Lorena ganándola por ser solícito. Él quedará de velador en la primera mitad de año junto a ella, controlando los movimientos nocturnos de quienes gustan fumar o poner música. Florentino tiene un carácter difícil y es muy reservado, pero también es muy chambeador. Como señala Lorena, él “sí les habla fuerte a los migrantes, él quiere que todo sea como él quiere. Es muy individualista, que alguien trabaje con él es difícil”. Salió a los 7 años de su casa. Su contraparte es Juan, mexicano de Chiapas, él estaba en situación de calle y llegó aquí con problemas de adicciones y muy golpeado. Le dicen *El Cholo* y tiene sus buenos tatuajes.

A pesar de su aspecto rudo, es alguien amable que no se mete con nadie, le gusta escuchar su radio y ayudar aquí y allá. En principio iba estar unos días en lo que se reponía de su golpe, pero pronto se puso a barrer, a trapear, y a hacerse útil y se fue quedando. Florentino y El Cholo se sustituyen en los trabajitos del albergue. Ambos están en procesos de desintoxicación y rehabilitación. El estar ocupados les sirve.

El albergue como casa de vecindad (II)

En la segunda mitad de 2018 tenemos de nuevo el arribo de familias que tienen unas características particulares y que suponen la continuación del “maratón de problemas” que suponen que el albergue se convierta de nuevo en una “casa de vecindad”: un espacio de convivencias intensas en tiempos alargados que no tienen una salida fácil para nadie, más bien dolorosa para todos; y la llegada de las caravanas masivas que rompían con la estacionalidad de los viacrucis y su relativo orden bajo Pueblos Sin Fronteras a las que se suman las oleadas de minicaravanas que continúan. Siempre continúan otros flujos más clásicos y otros sorprendentes. Lo que se manifiesta es una diversificación de los sujetos y sus circunstancias y la dificultad creciente de encasillarlo como “migración”, por estar muy lejos de la opción de salir del lugar de origen hacia la consecución de un proyecto de vida.

El equipo se mantiene: Sarahí es la coordinadora del albergue, Marín está a cargo en las mañanas y Lorena lo está prácticamente a tiempo completo. Yaneth llega los miércoles a apoyar en el bazar y sábados y domingos. Además, Joel sigue en la intendencia, los donativos, el bazar. El equipo del comedor popular se modificará a final de año con la salida de Maye, una cocinera que tiene años de trabajar aquí –es una histórica– pero de la que hay quejas por la calidad de su cocina. Su partida se produce en medio de amenazas de su parte: es una mujer autoritaria y de carácter. Entra Araceli, más dedicada y dulce, que llega muchas veces con sus hijos haciendo de la cocina un espacio cálido y familiar. Y siempre están presentes muchos voluntarios, grupos católicos, vecinos que dan su apoyo.

Lorena se verá envuelta, por su presencia y comportamiento, en el centro de los conflictos. Y aparecerá un turbio sujeto, “El Jarocho”, que poco a poco se hará con la “llave” de la entrada.

La crisis de “los tóxicos”

Este episodio de la vida del albergue es bueno para reflexionar. Lo que desnuda son situaciones muy dramáticas que se salen del marco conocido y nos hablan e inquietan sobre lo que encontraremos en el futuro que es hoy. En esta ocasión fueron a encontrarse por diferentes vías tres segmentos de “familias”.⁵ Una pareja de una mujer guatemalteca y un hombre hondureño: Lisbeth y Harri; una pareja más joven de hondureños con su hijo Cristian de dos años –Keisy y Manuel– y una pareja de personas maduras: una mujer venezolana, Rossana, y Omar, nicaragüense. Todos ellos tienen experiencia en el manejo de las instancias de migración y de múltiples albergues: son “profesionales de las ayudas y no saben romper la dependencia”, dice un voluntario. Todos ellos cuentan con papeles legales de estancia, la segunda pareja tiene papeles de residencia y la tercera el refugio. Sin embargo, los encontramos en una “casa de migrantes”.

Primero contaré su procedencia y su historia; luego los conflictos que se sucedieron en la convivencia; y por último, cómo terminan saliendo del espacio de El Refugio. En el caso de Rossana y Omar tengo contacto con ellos hasta el día de hoy y puedo dar seguimiento a su calvario.

Lisbeth y Harri

Lisbeth y Harri no tienen señas especiales, no llaman la atención. Ambos son bajos y redondos. Ella puede estar cerca de los 40 años; él tiene 34. Ella era la colonia Belén, de Mixco, en el área metropolitana de la ciudad de Guatemala; Harri es de La Ceiba, Honduras.

⁵ Las familias en movimiento se redefinen y reconfiguran a su interior, así como surgen nuevas relaciones conyugales. Algo que vemos a lo largo de este recuento de vidas.

Sus historias son complicadas por lo farragoso de sus movimientos y su poca explicación “lógica”. Una vez en México la pareja sabe aprovechar el servicio de los albergues y las instancias de apoyo a refugiados como plataforma para sobrevivir y, tal vez, asentarse. Algo que no logran.

Llevan cuatro años juntos, al inicio como una pareja muy flexible, hasta que “se amarran” como tal en el periplo por México, que empieza cuando por fin se juntan en Tapachula a finales de 2015.

Ella es una persona inquieta, tuvo tres hijos y en su momento se separó de su esposo. Antes que empezaran los problemas de violencia sobre su hijo y esposo por los que se ve desplazada, ella ya había sido deportada de Estados Unidos. En 2011 a su hijo de 12 años lo matan los mareros, y después matan a su esposo en Sayaxché –de donde era su familia–. Son hechos con una narrativa poco clara. Desde entonces sale de la ciudad de Guatemala y ya no ha vuelto por allí.

Trata de irse a Estados Unidos por Matamoros cruzando el río y la migra la detiene; aunque pide asilo, la meten en la prisión por un año y 8 meses y la deportan. Infiero que previo a ello, en el camino, entre 2012 y 2013 estuvo en el albergue de San Luis Potosí, donde pasó un año como encargada del cuarto de mujeres. Regresa a Guatemala y queda encerrada por 6 meses en una casa de seguridad que tienen los misioneros scalabrinis. Sale a Tapachula y estará trabajando en Puerto Madero. Después, pasará por la Casa Scalabrini de Tecún Umán y conocerá a Harri que está de albañil en esta ciudad.

Después se encuentra con una prima recién deportada y deciden salir juntas hacia México para cruzar a Estados Unidos. Esta prima no es confiable y hasta los misioneros la aconsejan no ir con ella. Lisbeth la describe como alguien con malas mañas, tatuajes y adoradora de la Santa Muerte. Pero a pesar de ello, Lisbeth saca sus ahorros del banco, vende sus joyas y logra obtener 5.000 dólares y unos 25.000 quetzales. Harri sigue en la albañilería en Tecún Umán y quedan para juntarse más tarde, mientras ella se va con su prima por la Técnica hacia Palenque. Su prima la traiciona y le toma el dinero y el celular Galaxy que acaba de comprar, incluso contrata a unos hombres para que la tiren del tren. La golpean,

pero no logran botarla. En Palenque, Lisbeth hace su denuncia, pero su prima se escapa y todavía envía a unos hombres –“El Perro”, entre ellos– para hacerla daño en el albergue en donde está –en algún momento dice que fueron los que mataron a su hijo–. Ella inicia su trámite de solicitud de refugio en la COMAR de Palenque, pero ante las amenazas la sacan a Tapachula. Allí se encuentra de vuelta con Harri. Actualmente sabe que su prima se encuentra en Denver, Colorado.

En el viaje de Harri a Tapachula lo asaltan al cruzar el Suchiate, pone la denuncia y logrará, después de tres meses obtener la visa humanitaria. Harri, a su vez tiene también una historia de violencia social ya que con 14 años había sido disparado por pandilleros, lo tuvieron que operar y “la libró”. Luego se fue a vivir con una tía y con el tiempo puso un puestito de comida. Pagaba su renta pero la mara le eleva el pago de repente y cuando se queja le golpean con dureza. Decide salir a Guatemala. Parece, no es claro, que se conocen en la Casa del Migrante de Tecun Umán, ya entonces, dice, “teníamos entendimiento”.

Ya ambos en Tapachula, deciden salir a trabajar a Tijuana y pasarán unos 7 meses allí. A punto de vencer su visa humanitaria, regresan a Tapachula.

Van al albergue del Buen Pastor, de doña Olga, que ahora lleva su hija, una abogada que, según afirman, se aprovecha de las donaciones y no quiere a los migrantes –los llama “baquetones”– y presume de estar en tratos con los Zetas.⁶ Allí él queda encargado de la puerta y ella del aseo en el albergue cercano de Tres Ángeles, que son apartamentos para familias donde ellos tienen su habitación. Pero entran en desavenencias con esta mujer que los despide por no obedecerla.

A ella la aceptaron su solicitud de refugio en COMAR; él tramitaba el juicio de nulidad. El caso es que les dan una visa de seis meses y huyen de Tapachula porque está repleta de mareros: incluso Harri asegura que

⁶ Podemos recordar los comentarios de Soledad Álvarez (2016) en el capítulo 1 sobre el turbio funcionamiento del albergue de Tapachula cuando me refería a los albergues como zona gris.

se encontró con los mareros que le habían golpeado en Honduras, un tal “Lucifer” entre ellos.

Salen al Distrito Federal y estarán en dos casas: CAFEMIN –Casa de Acogida Formación y Empoderamiento de la Mujer Migrante y Refugiada– y Mambré. De la Casa del Refugiado introducen a Lisbeth en una crepería para trabajar. Sin embargo no le va bien, hay otra empleada que la insulta y amenaza, incluso le presenta a unos hombres que la van a golpear si no se sale. Lisbeth prefiere dejar el trabajo porque ya está “cansada de poner denuncias”. De ahí se vienen a Guadalajara, definitivamente la Ciudad de México no les gusta porque es “muy deprisa” y violenta: a él le robaron la cartera en el metro.

En junio cuando les entrevistamos llevan dos semanas en el albergue. Su proyecto es salirse a rentar, arreglar papeles, trabajar: “estabilizarnos”. Por el momento quieren llevar la cocina del albergue.

Para Lisbeth la única familia que le queda es la de su esposo, dice que habla con su madre. Sus hijos lograron llegar con una tía en Nueva York, pero tiene dos años y medio sin comunicación. Ella le dio los poderes a su hermana y la responsabilidad sobre ellos, al principio la hablaban, ahora se cambió de dirección y de teléfono.

En sus confusos recuentos no se puede distinguir si es que se mantienen en una perpetua mala suerte, o en un difícil equilibrio de ocultar lo legal y lo ilegal; lo real y la ficción. En esta indefinición y en la imposibilidad de identificar y más de juzgar, entiendo que tanta ambigüedad e imprecisión se vincula con los efectos de la zona gris, las cargas de violencias recibidas a lo largos de sus historias, sus *habitus* configurados en escenarios adversos: la colonia Belén, en Guatemala, famosa por su protagonismo en la nota roja; el área de Sayaxché en la frontera de Petén con México disputada por diversos cárteles mexicanos; las amenazas constantes, los golpes, robos, traiciones, muertes, extorsiones... A continuación, veremos que la pareja se relaciona con los demás desde la agresión y las acusaciones lo que enturbia la convivencia del albergue.

Keisy y Manuel

En estos días llega al albergue otra pareja con un niño, Ibrahim, de dos años. Llegan después de una aventura en las calles de Guadalajara donde parece que un grupo los retiene y amenaza. Lograran escaparse y con el susto dar con el Cerro del Cuatro. Todos cuentan con residencia permanente. Keisy es una mujer guapa, güera, de ojos miel que siempre está a la defensiva, es agresiva e impone respeto. Él es un hombre moreno, grandón, fuerte, que impone por el físico pero que tiene muy buen trato, es alguien amable. Después de todos los avatares con ellos, se les recuerda con cierto cariño, quizás compasión.

De ellos no tenemos una información sustentable, nunca les hicimos una entrevista, fue un trato cotidiano, conversaciones parciales. Parece que venían de Monterrey, es probable que los problemas psiquiátricos, de relacionarse socialmente y de autodestrucción de Keisy, les lleve a dar vueltas. Para Lorena, ella era bipolar, tan pronto estallaba y agredía verbalmente con violencia, como se levantaba tan tranquila al día siguiente habiendo olvidado el episodio. Para el señor Marín su problema es que no se valora y, con su buen hacer, siempre tratará de consolarla y de animarla: “si no valieras, no tendrías a tu esposo a tu lado”.

Rossana y Omar

Esta pareja llega a fines de junio, ambos rondan ya la cincuentena. Ella es venezolana, mulata, su pelo afro lo tiñe de amarillo, es elegante, tiene buen cuerpo y se cuida mucho física y espiritualmente. Omar es un hombre, por el contrario, amargo. Pequeño y fibroso, trabajador y con afición por la cocina, tiene muchos impedimentos físicos por las heridas de la guerra contra-sandinistas donde fue militar en ambos bandos: una bala le dio en la boca, le quitó cuatro dientes y le entró por la médula dejándolo casi paralítico. Ambos, refugiados, se han conocido y acompañado en los caminos burocráticos y de apoyo de los trámites de refugio. Ella le llama “Robocop”.

Rossana cuenta su historia largo y tendido. Nace en Venezuela pero sus padres colombianos migrantes se regresan al Cauca, a Cali. Crece en

Colombia, su padre muere cuando ella tiene 8 años y son 12 hermanos, así que ella pronto se pone a ayudar a la madre. Desde muy chiquita vende y distribuye las comidas de su madre: empanadas, papa churreada, etc... por los puestos de la galería o tianguis, en el recreo del colegio. Pero su madre la envía a Caracas con su hermana mayor que es gerente en un residencial, ella con 15 años la ayuda a limpiar y estudia. Además acude a la Iglesia Adventista del Séptimo Día, donde medio se ennovia con un príncipe haitiano, pero otro hombre se interpone y una vez que la acompañaba a su casa, le da un refresco con droga y se despertó sin ropa en un cuarto con ajos colgando. Él aparece y la fuerza, luego logra escapar, pero de la violación queda embarazada y en su iglesia quieren que se case con el violador. Su hermana la apoya para que se independice, así que deja de estudiar y se pone a trabajar. El bueno para nada del esposo violador sigue apareciendo y desapareciendo. Ella se dedicará a la venta de ropa interior por ministerios y oficinas y le irá muy bien. Una amiga cristiana pentecostal la ayuda y cobija. Aprenderá de construcción y cocina, de estética y peluquería. El esposo la violará de nuevo sin que ella se dé cuenta porque la duerme con un espray y de esa manera le hace dos hijos más. Ya un día le esperó con un cuchillo y casi le corta los testículos. Además en su casa cobija a una niña a la que luego él engatusa y ambos querrán quedarse con esta vivienda. Rossana se consigue otro señor para que la defienda y se mantiene allí.

A ella le gusta servir porque es la misión del ser humano. Se contacta con María León, del Ministerio de la Mujer, cuando Hugo Chávez es presidente, y recibirá y dará capacitaciones de género, patriarcalismo, feminismo, socialismo. Así se inicia en el proceso revolucionario y enrola a unas 200 mujeres en su comunidad para organizar labores sociales. Ella quedará encargada del Valle del Tuy y Barlovento, en el estado de Miranda.

Trabajó en el ministerio durante mucho tiempo *ad honorem*. Estudiará y llegará a la Universidad: se gradúa en 2008 de la Licenciatura en Educación y Desarrollo Cultural en la Universidad Simón Rodríguez. Trabajarán en el proyecto de dignificación de personas de calle Negra

Hipólita. Y con inteligencia militar irá a resguardar las riquezas de oro, diamantes y esmeraldas a la Amazonia porque se las estaban robando. Será educadora de la calle; venderá cosméticos y distribuirá multinivel con un gran equipo; sembrará papas e iniciará un programa de cría de chivos. Su diezmo lo dedica a montar despensas y repartirlas...

Un sobrino de Estados Unidos que es trailerero la invita a Colombia donde se junta con su madre –de 89 años– porque hace 15 no se encontraban ya que ahora su mamá vive en Estados Unidos; y luego este sobrino la lleva a visitar a su hijo que vive en México y hace 12 años que no lo ve y acaba de tener una hija. Y ya no vuelve a Venezuela porque la acusan de corrupciones y sobornos un grupo que ha matado ya a muchos de sus compañeros; además hay un hombre que aprovecha para estafarla y robarle su inversión en un campo de tomate; y algo pasa con un hijo al que le siembran droga. ¿En quién confiar? Y empieza su viacrucis por México y COMAR.

Para el 13 de octubre de 2017 consigue su constancia de solicitud de refugio, aunque sufrirá con las firmas y el sentir que el trámite no avanza. Vive con su hijo en Tlalpan, pero se dan tensiones y se da cuenta de que sobraba. Quiso poner un masaje con un amigo y con él repartieron tamales en Xochimilco después del terremoto. Dio curso de uñas, vendió baterías de cocina Royal Prestige, hizo encuestas, fue demostradora de Coca-Cola, recibió un curso de hacer chocolates de ACNUR, pero nunca pagaban lo prometido. En el proceso de solicitud de refugio conoce a su ángel de la guarda, Omar, que la viene ayudando en el laberinto de albergues, instituciones, burocracias. Al fin consigue el asilo político para noviembre.

Rossana sufre de fibromialgia, pero, como bruja sabia, siempre tiene un extenso repertorio de curaciones y cuidados para una vida llena de socavones profundos: hierbas, infusiones, tai chi, masajes, meditaciones, ho'oponopono. A lo largo de pláticas que hemos mantenido en el tiempo, Rossana manifiesta su fortaleza y su optimismo. En una ocasión mientras cortaba col para preparar yuca con chicharrón, cuenta cómo fue violada por su padrastro con 8 años y cómo sus hijos no fueron deseados pero

luchó y lucha por ellos. Fue “educada a trompazos”, pero lo ha replicado con amor, cuidados y a través de dar las gracias buscando la reconciliación y el perdón que se dirige incluso a generaciones atrás. Si odió a su ex-marido, ahora se le aparece en sueños con gran sonrisa invitándola a comer: “hay que liberar el karma”.

En su filosofía caribeña de inclusiones y mestizajes maneja un trasfondo mágico. Se sorprende de cómo en los accidentes los zapatos se zafan del cuerpo cuando la persona ha muerto, algo que certifica con unas imágenes de video y con una anécdota personal: cuando con 14 años va en moto con su novio en Colombia y el conductor de la moto de enfrente se corta la cabeza al querer adelantar entre dos camiones y la moto sigue y el zapato sale volando y la cabeza también. O se refiere a la fuerza de la naturaleza y cómo dos de sus hijos nacieron arrastrándolo todo, con el DIU incluido, o de una amiga suya que dio a luz a los 60 estando esterilizada.

Omar tiene una historia también compleja. Es de Estelí. De joven entró al ejército sandinista, lo mandaron a capacitarse a Alemania y Rusia. Durante la guerra de la contra y el ejército sandinista, éstos últimos matan a 20 personas en Quilalí, Nueva Segovia. Eran miembros de su familia: su madre, hermano... Por rabia y venganza se pasa a la Contra y sigue la guerra donde quedará inmerso por 10 años. En la guerra tuvo que curar roturas de pies, heridas de metralla, realizar mutilaciones, “no lo pensaba dos veces”. Lo desmovilizarán con el gobierno de Violeta Chamorro. Pero mafias internas del ejército lo señalarán, lo perseguirán, lo torturarán, y gracias a la Iglesia sale a México exiliado. Irá a Estados Unidos en varias ocasiones que desperdicia ya que no tramita sus papeles allí. Se la pasa viviendo por diferentes lados, ciudades, albergues, instancias, denuncia a COMAR y a ACNUR. Estuvo en la Casa de Mambré en Ciudad de México. Por su manejo de las burocracias ha ayudado a muchos extranjeros del mundo. Le gusta y sabe de béisbol, así ha encontrado trabajo y ese campo es el que busca en Guadalajara. Sin embargo tiene muchas incapacidades físicas que le impiden el esfuerzo de correr, moverse, manejar los brazos y las articulaciones. Uno de sus sueños guajiros es lograr una pensión como

discapacitado de parte de Naciones Unidas que podría alcanzar los 2.500 dólares.

Las desavenencias

Por supuesto las relaciones no se producen solo entre estas tres parejas, hay muchas más personas a su alrededor. Pero las competencias se producen entre ellos: personas adultas que cuentan con papeles legales de residencia por lo que no les correspondería mantenerse en una casa de migrantes. Por ello tratan de ganarse el espacio y permanecer en el albergue siendo esta situación de incertidumbre y dependencia lo que les empuja a comportamientos desconcertantes.

En el principio las relaciones fluían en el cotidiano. Cada una de las parejas disponía de un cuarto propio, suficientemente autónomo. Lisbeth y Harri estaban satisfechos encargándose de la cocina y los tres tiempos, siempre en coordinación con el comedor popular. Keisy y Manuel colaboraban con las tareas que surgían en el albergue como los macrooperativos que se dieron entonces en el patio con la clasificación de montañas de zapatos, tenis, ropa, chunches diversos que salieron de las bodegas, algunos ya en estado de pudrición por las humedades. El niño la pasaba jugando, con Manuel detrás de él. Rossana y Omar en un principio son vistos como de un nivel social y educativo diferente: son educados, amables, colaboradores, tienen conocimiento del escenario mexicano y mundial, aunque se quejan de la comida y se mantienen como apartados.

A principios de junio Keisy trata de colgarse en un intento de suicidio. Fue al mediodía, ellos no habían salido a almorzar al comedor con todos. Ese día llegaba con Heriberto, así que les convencimos para ir a una consulta psiquiátrica al Instituto Jalisciense de Salud Mental, SALME. Vamos nosotros dos, Keisy, Manuel y el niño. De ahí nos envían a revisarla a la Cruz Verde Norte donde hay Ministerio Público para hacer un parte de daños físicos. Ellos cuentan con Seguro Popular y les reciben sin problemas. Mientras está en consulta, Manuel confiesa desbordado que ella es complicada, pero que no la ha querido dejar a pesar de tantos

problemas que le ha dado. Que han estado en Saltillo y Monterrey, y que ella ha tenido otros episodios parecidos con pastillas.

Volvemos al SALME y una doctora de atención a suicidios la recibe. Al rato nos avisa y nos comenta que ella tendría que internarse porque tiene un cuadro de depresión profunda, que son unos días y que eso puede funcionar o no, según ella ponga de su parte, pero que al menos se le puede dar un mejor diagnóstico y evaluación. Keisy no quiere por ningún motivo. Así que la doctora ofrece que busquen una cita y se comprometan a seguir el tratamiento con 2 o 3 visitas al psicólogo y psiquiatra por el tiempo necesario. Le pide a ella que escriba porque no quiere internarse y Keisy lo hace. Keisy pregunta por qué está así, y la doctora la explica que es un duelo de migrante, de haber dejado todo atrás, estar sin dinero, sin casa, más los episodios de violencia que ha sufrido y ella le ha contado. La señala que es normal pero que necesita ayuda. Luego le da un antidepresivo para que tome una media pastilla por la mañana seis días y luego una completa. De salida Keisy desprecia la consulta, se queja de que ya la han visto en muchos sitios y no hacen nada.

En el camino de regreso al Cerro por el Anillo Periférico, vemos los perfiles de los edificios muy altos de la lujosa zona de Andares, Keisy anda más platicadora y se interesa por ellos; le contamos que es la zona rica, que allí se graban las telenovelas. Entonces se entusiasma y dice que quiere llegar a conocerlo. Siento que son fantasías por verse en un mundo distinto al conocido, un mundo soñado. Luego vemos otras posibles excursiones: a Chapala, a Unidad Deportiva y las albercas, queríamos animarla y crearle expectativas. Cuando llegamos ya noche, Florentino abre la puerta, Keisy sale disparada. No se despide.

Los roces no tardan en darse y Lorena, siendo mujer y siendo la persona responsable más involucrada en la operación del día, será el centro de las disputas. Lorena viene de una situación parecida: entra como “migrante” a la casa, no es de la colonia: su familia está en Morelia y sus dos hijas están a cargo de una tía allí, procede también del desarraigo y el desahucio. Está en el pendiente de reconstruir su vida y, entretanto, el albergue es un buen lugar para posicionarse.

El seguimiento de Keisy es complicado: Lorena controla los medicamentos para que los tome correctamente. Keisy afirma que ella no quiere saber nada de tratamientos porque lo que quiere es irse de este mundo. Se le busca lugar en el Centro de Atención Integral de msf en Ciudad de México, pero no la aceptan. El Padre pide ayuda a una vecina psicóloga para que la atienda.

Las habladurías están a la orden del día alimentando las teorías y los chismes sobre Keisy y Manuel: que si él, celoso, fue el que intentó matarla o, al revés, que ella es la celosa y la que violenta a Manuel o que se maltrata porque el niño es producto de una violación, no es hijo de Manuel, y ella no lo supera. Se dice que le dan nalgadas, que lo chancletean, aunque nadie lo ha visto y, cómo dice Keisy, con lo blanco que es el niño se le notarían los moretones. Omar y Rossana contarían un mes más tarde que oían muchas golpizas al niño y entre la pareja; que creen que realmente fue él quien intentó ahorcarla en sus relaciones violentas. Omar asegurará que están vinculados al crimen organizado porque en Monterrey ella era pareja de un zeta y de Manuel al mismo tiempo y que tuvieron que huir de allí. Y que aquí también intentaron extorsionar diciendo que eran zetas a varias personas migrantes que se fueron porque les pedían un tercio de sus sueldos.

Otros exponen que un día Keisy enceló a su esposo y que este se cansó y “la zorrageó”. También se involucra el exotismo de Rossana que provocaría a Manuel porque sale del baño con toalla, Keisy dice “desnuda”, algo que tiene que hacer para llegar a su cuarto que se encuentra lejos del baño de las mujeres.

A pesar del trabajo diario de la vecina psicóloga, a diario Keisy se levanta de malas maneras: para el 15 de junio, se atravesó porque le habían servido de desayunar al niño, entonces le cae el enojo a Harri, después carga sobre Manuel.

Se suceden las rencillas y susceptibilidades entre las parejas, como cuando a Harri, por su colesterol, le dan pollo en vez de barbacoa y él desconfiaba de que le hubieran puesto veneno al pollo. O posturas incómodas como otra vez en que a Harri se le consigue un trabajo para hacer

una estructura para una bodega y fue un día y ya no quiso volver porque “no le gustó cómo le habló el ingeniero –dice Lorena–. Y que sus derechos y que no le daba el tiempo de una hora de comer. O sea, mucho muy delicado”. O se inventan que “la venezolana” y Omar se han emborrachado y se han caído de las escaleras.

Sarahí se enfrenta a todos, les reclama el fin de los chismes y les anima a aportar para la convivencia del conjunto. Pero el domingo 8 de julio se produce el “merequetengue”.

Lorena: su versión de los enredos migrantes

Yo me he mantenido pensando que son personas que vienen con problemáticas muy fuertes, que la han pasado muy mal, sobre todo el caso de la señora Keisy, con una cuestión de polaridad. Yo así la siento. Está contenta y al rato está que estalla. Yo quedé en el medio y de repente me volví en el centro de ataque. Porque fue frontal el ataque directo conmigo, tanto por la familia de Lisbeth y el señor Harri, que los tenía yo aquí en la cocina, como de la señora Keisy.

Déjame decirte como ocurrió. Todos estábamos muy bien, muy contentos y todo. Pero ellos desde un principio empezaron a atacar a la pareja de Venezuela y de Nicaragua, a la señora Rossana y al señor Omar. Ellos también jugaron por su parte, yo no pongo las manos por nadie, cada quien hace sus cosas.⁷ El señor Harri y la señora Lisbeth ya los conocían de Mambré, o sea ya había antecedentes. La cosa es que se notó que el ataque iba con ellos. Primero alegando que la señora se le metía por ceja y oreja al esposo de la señora Keisy. Y la señora Lisbeth avalando eso: ‘Que ellos fueron y agarraron esto, que fueron e hicieron esto, que no sé qué’.

⁷ “Con ella [Rossana] tengo una relación cordial, no soy amiga ni nada, pero por lo menos no me causan ese tipo de problemas ni nada, respetan la autoridad y respetan las reglas, excepto esa de que metieron alimentos ahí y ya dijeron que no lo iban a hacer otra vez. O sea que hasta ahorita se han alineado y han entendido ¿no?”.

Hubo una ocasión en que yo me fui un sábado, regreso en la tarde noche, y me dice ‘queremos decirle que la señora Rossana se metió en la oficina, se agarraron el plato, se subieron y lo guardaron en su cuarto’. Esto cuando les había dicho que no se podía meter alimentos ni cigarros en los cuartos. Pues ya fui y le hablé a Sarahí. Para esto no estaban el señor Omar ni la señora Rossana, estaban en la iglesia, porque fue un grupo de adoración nocturna. Y ya me metí, y efectivamente, encontré lonches, jugos, galletas y todo. Entonces ya lo saqué. Le digo a Sarahí, ‘Sabes qué, lo que yo hice con esto, lo voy a hacer con todos’ Todos coludos y todos rabones. Y también tenían naranjas, tenían botellas, tenían galletas, cosas de las que les habían dado. Pero cuando entré allá, ‘No, que como es posible, que nosotros somos los que estamos haciendo un bien, y ahora nos tratan así’, la gran indignada. Harri es una persona sumamente mecha corta, cree que todo mucho está en su contra. Que si yo le toco con el pétalo de una rosa, él dice que ya lo agarré a trancazos, y que casi lo quiero medio matar. Bueno así, sentido sentido sentido. Y siempre dice que se va y no se va. ‘Y mañana búsquese quién les sirva, porque mañana nosotros no vamos a poder estar en la cocina’.

Y como Florentino y como Juan [el Cholo] han sido como mis brazos fuertes en la cocina cuando están aquí, pues el ataque fue conmigo y fue contra ellos. Y empezaron las intrigas y las calumnias. Decían que yo y Florentino somos pareja. Que nos vieron besándonos. Bueno a grados de jurarlo por Dios y por sus hijos, yo me quedé así, ¡Dios mío! si son capaces de decir mentiras y aparte de jurarlo. Todo porque en la noche siempre me quedo hasta las 11 o 12, y nos funcionó muy bien porque así erradicamos el problema de la fumadera. Y pues a Florentino ya lo conocían desde antes y también él ya les conoce. Desde México ya se conocen.

El caso de [proceso de refugio de] la señora Lisbeth es muy difícil, prácticamente imposible, y en el caso del señor Harri está en el último recurso por el abogado de revisión. Pero no han podido.

Yo no tengo ninguna relación con Florentino, claro de amistad y de trabajo, y si fuera así, yo no hubiera tenido ningún inconveniente desde el principio de decirle al Padre, ‘pues me sucedió esto’. Pero les digo, ‘no hay problema, tenemos cámaras, podemos checar qué es lo que estamos haciendo en la sala o donde sea. Pueden revisar, yo estoy tranquila’. ‘Pues nosotros se lo podemos asegurar, y aunque pongas acá, usted no es lo que representa, nosotros le vamos a desenmascarar’.

El sábado ahí fue ya la guerra sucia. Empezaron a atacarme y atacarme. Entonces como Juan [el Cholo] empezó a ayudarme, también la agarraron en contra de él y al rato van a decir que hacemos un trío, yo creo. Harri amenazó a Juan como se querían pelear, y todo eso.

Nos dieron naranjas [de una donación] y ‘vamos dándoles naranjas’. Mala suerte que les van tocando unas naranjas malas. ¡Uy no! y ya en el momento se las cambié. Al rato sube Keisy por unas naranjas, esas naranjas que yo digo que aparentemente estaban mal, yo las retiré y las puse en una bolsa acá en la cocina. El caso es que ellos se me adelantaron y efectivamente tomaron unas naranjas podridas acá. ‘Pues mire Padre, estas naranjas son las que nos dieron’. Y yo le dije ‘esas naranjas no son. Esas las sacó Keisy’. ‘No, pues la señora anda diciendo que yo he sacado unas naranjas cuando no es cierto’. Y Manuel como que también ya estaba harto, le dijo: ‘Sabes qué Keisy, ya basta. La verdad, ya. Todavía nos están echando la mano y nosotros causando problemas, no sé trata de eso’. Así bien prudente. No, pues la otra se alteró. ‘Si así es como me vas a defender, yo me voy ahora en este momento, y quédate con tus dos mujeres, quédate con esta y quédate con ella. Y ya yo me voy’. Y fue y agarró y sacó todas sus maletas y según ella se fue. Pero en realidad solo se fue a dejarlas con la psicóloga, a la vuelta.

Pues ya se puso aquí afuera y a cuanta gente veía le decía que en esta casa maltratamos a los migrantes, que la habíamos corrido. Y luego que fui yo la que me había robado la credencial. Primero acusó a Florentino directo, porque como le presto las llaves en la noche para que el cierre y por cual-

quier cosa. Después Keisy aseguraba y perjuraba que había escuchado a la señora Rossana aquí en la cocina decirle a su esposo que ella tenía su credencial. Ellos se crean fantasías y ellos las creen. Porque ya después no fue ni Florentino ni Rossana, era yo la de la credencial.⁸ Y para eso ‘Deme en este momento mi credencial’. Y estuvo ahí todo el día. Yo me salí, como era sábado, yo me salí un rato. Ah, pues cuando regresé, me dice Marín, ‘qué bueno que te fuiste, porque vino la señora Keisy con una patrulla preguntando por ti que porque le robaste sus documentos’. Marín le dijo al policía, ‘lo que tiene extraviada esta señora es su credencial y efectivamente nos dio a guardar los documentos, pero ya el Padre habló con ella de que se le va a reponer y vamos a pagar nosotros’. Entonces, dice la policía, ‘Señora, si ya hay un acuerdo, pues ¿cuál es el problema? ¿Cuánto tiempo tiene aquí?’, ‘No, pues mes y medio’. ‘No, señora, antes agradezca, ya se han pasado de ayuda con usted’ le dijo el policía. ‘Esto es una casa de paso, y a usted le están apoyando y se están haciendo responsables de que le van apoyar. Aparte le voy a decir una cosa, los documentos son responsabilidad suya’. Entonces ahí ya se sintió frustrada, pero se quedó afuera.

A eso se empezó a dar la noche y el frío y con el niño enfermo y sin suéter. ‘Y no y no voy a regresar. Mañana voy a ir a Televisa y TVAzteca, y voy a decir la clase de personas que son aquí, que maltratan a los migrantes, que les roban las cosas’.

El caso es que ya era de noche, y que llegó el Padre y habló con ella. ‘Aquí hay un cuarto donde puedes estar, donde puedes dormir y cuidarte, fíjate que el niño está enfermo’. ‘No, pues yo no entro mientras usted no saque esa muchacha de esa casa’. Y el Padre le dice ‘Es que tú no eres quien para decirme que corra a gente del personal. Si quieres quedarte aquí, aquí quédate’. Entonces todavía más berrinche.

⁸ Sarahí después nos cuenta que ella la tiene y que se encontró en el baño la tarjeta de seguro popular de Keisy y que también la tiene guardada en espera de que la reclame en algún momento.

Ahí fue cuando tuvimos que llamar a la psicóloga, no estaba pero sí estaba su hermana que también tiene estudios y hablando con ella tratando que al menos al niño lo dejara dormir con Manuel. Porque Manuel estaba a favor de sus otras mujeres, según su fantasía. Y ya llegó y tardó como hora y media la psicóloga con ella y nomás no. 'Ay, sabes qué ya, ya bájale, ni tú ni el niño pueden estar aquí, ya está haciendo frío, así que ya bájale. Metete y vete a dormir y ya mañana'. Y Manuel la agarró la metió y cerró la puerta. Así se metió hasta el cuarto, y ya no me dijeron ni pio ni nada.

Y el domingo se levantaron, desayunaron, como si no hubiera pasado nada, más tarde fueron por las maletas, se organizaron, y ya el Padre les dijo que tenían que irse. Todo chantaje, 'es que nosotros ya nos vamos, pero no tenemos dinero y necesitamos que nos dé dinero'. Todo esto es armado obviamente para sacar provecho económico. El Padre dijo que él les iba a dar la mitad, pero que ellos consiguieran la otra mitad. Y en lo que conseguían la otra mitad, aquí están. Anteayer se fueron a charolear, se supone que pidieron un dinero, y ahí se la están arreglando.

Con los días me fijo en el niño que es muy activo. Quiere acercarse a la perra Duquesa, pero para pellizcarla y golpearla. No interactúa con normalidad sino en la agresión. Lorena también hizo sus propias reflexiones:

la han pasado tan mal, tan mal, tan mal, que cuando de repente llegan a un lugar donde de repente les tratan bien, se les hace raro. Les cuesta trabajo aceptarlo, dirán algo quieren. Les da miedo aceptar el afecto, el cariño... están acostumbrados al maltrato, a eso. Y yo lo noto en el niño, él de repente llega y me da el golpe, pero noto que es más de que quiere acercarse. Y luego me da la mano y me lleva de la mano, o a veces llega y me da un beso. Dices 'es es es', es que no habla, no sabe comunicarse si no es violento.

Desenredos

Para mitad de julio las cosas empiezan a tranquilizarse, Keisy y la familia han salido para Tapachula y, de ahí, para Honduras, lo que ellos mismos confirman a la semana comunicándose con el Padre desde allí.

A Lisbeth y Harri el Padre les ofrece quedarse en un cuarto de la Parroquia, incluso les permitía mantener el negocio de las pupusas, pero no les parece y piden otra oportunidad, decían que ya no iban a causar problemas. Pero a fines de julio, después de otro conflicto en torno a un candado y las llaves, de nuevo se puso muy tenso y cargaron otra vez contra Lorena. Sarahí les ordena irse y salen con lo puesto diciendo que van a poner una denuncia a fiscalía y a la CEDHJ. Al cabo de unos días llegan y llorando le piden que los acepte que no pusieron ninguna denuncia y que no tienen donde quedarse –aunque se fueron con una gente que conocían en la colonia El Vergel. El Padre les permite recoger sus cosas, llegan con un pickapito y lo llenan con mucha ropa, trastes... Quisieron forzar hasta el final.

Rossana y Omar se mantienen en el albergue. La salida de las otras dos parejas les supone un reposicionamiento en la Casa. Justo después de que salen Lisbeth y Harri recuerdo ver a Rossana lavando en la pila cantando boleros muy alegre con música de su celular. Se hacen más comunicativos y se involucran con responsabilidades en su funcionamiento: serán encargados de preparar las despensas; a veces les toca preparar el desayuno y limpiar que frijoles, que lentejas. Omar se encarga de lavar las cobijas y las sábanas, y entregar ropa, insumos de aseo, toallas a los que recién ingresa, numerar las mochilas. Recordemos que esta segunda mitad del año ve un repunte importante en la llegada de personas antecediendo las Caravanas y después de ellas. El trabajo se intensifica con ello.

A Sarahí le duele la situación y termina de estas tensiones con una contractura en el cuello. De Keisy le llama la atención que era muy ordenada, tenía el cuarto limpio y cosía a máquina, considera que a pesar de su ira era muy manipulable. Piensa que fue Lisbeth quien, como “amarra-navajas” provocaba desde la sombra. Al cabo Keisy y Manuel no tenían

reportes de Monterrey, mientras Lisbeth y Harri sí y habían salido mal de todos los lugares. Sarahí piensa que “cavan su propia tumba”.

Lorena también trata de elaborar lo ocurrido.

La consigna era hacer la guerra sucia y desbaratar el equipo fuerte que somos poquitos. La idea era, definitivamente, quitarme a mí y a Florentino, quitar a Juan para ellos poder quedarse y mantener su estancia. Y ahí fui con Sarahí y con Joel, les dije ‘La situación está bien complicada, y nosotros nos tenemos que poner bien unidos y bien comunicados porque esta gente da otra cara’. A alguien que estuviera ahí le iba a caer, así que no me lo tomo personal, porque ellos tienen muchos problemas, trato de ser lo más ecuánime, prudente, ético, o sea hacer realmente, ser un respaldo bien para el Padre.

Lo que vemos son situaciones dramáticas para personas que con todo y papeles, en algunos casos tienen dificultades para encontrar trabajo por su edad, pero también son personas dañadas que se ven entrampados, sin salidas, atoradas y que se sujetan desesperadamente a las ayudas que, según entienden, les deben diferentes instancias. Por ello manejan y exigen desde el lenguaje de derechos convirtiéndolo en chantaje sabiendo que poco pueden alcanzar con ello. Son los “enredos” del *habitus* (post) migrante que continúan aun con los cambios de categorías.

Ambiente previo a las caravanas masivas

Rossana y Omar se caracterizan por la necesidad de estar activos. A Omar le hubiera gustado convertirse en un trabajador reconocido del albergue y, como veremos, de alguna manera lo fue cuando meses más tarde consigue hacerse responsable de su tan deseada cocina. Rossana, con inquietudes, además de apoyar en la cocina cuando se requería y de encargarse del rezo de gracias antes de las comidas: siempre tenía entrevistas de trabajo que la llevaban a puntos distantes de la metrópolis y siempre se le negaron los trabajos dignos. Busca hacer cursos de fisioterapia, de flores de Bach, de acupuntura y medicina china a través de Cáritas. Trata de aplicar sus conocimientos sobre las personas migrantes que vienen con malestares:

tan pronto les prepara infusiones curativas, como les da masajes, como los escucha y da ánimos. Uno de sus proyectos es montar una sala de masajes y terapias en la cabaña de madera que está en el patio y que funciona como bodega. Para ello se hizo con una camilla y con aceites esenciales, aunque no pudo lograrlo porque no consiguió el apoyo del albergue para hacerse con este espacio. También quiso hacer proyectos de arte: dibujar un tren migrante por las paredes del albergue donde ir poniendo fotos de las personas que han pasado y dibujos simbólicos como unas manos o un colibrí. Otra ocurrencia es montar un huerto urbano en la terraza de arriba. Para Rossana en el albergue ha encontrado “la paz”.

Imagen 25. Arreglando una bodega



Para final de agosto, Rossana logra que su hijo Julián de 19 años, recién salido de la Prepa, alto y espigado mulato con rasgos achinados, pueda salir de Venezuela por Cucutá, entre en Colombia y logre agarrar un avión en Bogotá, tras pasar tres días en el aeropuerto, y arribar a la ciudad de México donde ACNUR debía esperarlo. El caso es que llega y será un miembro más del albergue. También se pondrá a buscar trabajo, siempre en la explotación, por ejemplo en una bodega de insumos de

pastelería, por 100 pesos al día, donde entra a las 7 de la mañana y sale a las 9 de la noche.

Poco a poco Omar y Rossana alcanzan puestos de confianza: a principios de octubre tendrán la responsabilidad de hacer el inventario de las donaciones y pasar el parte a Joel, además de tener la llave de la bodega y poco a poco es Omar quien se encarga de preparar las comidas. Entonces Lorena tiene que salir del área de cocina. Además aparece por un tiempo una nueva figura de control en el albergue que es Manuel, hermano de Alejandra y Sarahí. Todo esto creará recelos en Lorena que se van acentuando. Rossana se queja de bulling y acoso de su parte, “es un coño de su madre”.

Hobos y otros profesionales del camino

Y siempre siguen llegando personajes al albergue. Como hemos visto en el camino migratorio ya no se mantiene la unidireccionalidad Sur Norte. Muchos arriban del revés. En junio aparecieron tres sujetos que vienen huyendo de Nogales y del control mafioso que hay allá. Dos son profesionales del camino, mayores y platicadores de mil y una aventuras. Ambos se quejan de los malos tratos de policía y ejército, de la mafia y sus trabajos forzados en plantíos y en cargar mochila en Sonora. Uno es un chileno que vivió muchos años en Estados Unidos y que tuvo varios líos con mujeres. Es muy güero, gastado, pequeño y fibroso y habla con vocabulario mexicano –Lorena asegura que este viejo parlanchín no es el chileno que fantasea ser. Tiene un gran bulto en el vientre que le molesta. Dice que ahora está de regreso hacia Sudamérica que son países más tranquilos. Dice que va a no sé qué puerto a tratar de enrolarse en un pesquero que le lleve a Colombia o Ecuador.

El otro es un tipo largo, flaco, con barbita que fue de las fuerzas de élite de Honduras, solo que recibió un balazo de parte de las maras y quedó físicamente tocado. Pero el aprendizaje le ayuda mucho ahora en el nomadismo, sabe hacer bombas del extinguidor, cócteles molotov, sobrevivir en el desierto. Va también de vuelta a Honduras donde tiene a su familia, aunque él va y viene. Anualmente llega a México a hacer trabajos

para mandarles algo. Son perfectos conocedores de la geografía de este país, de sus posibilidades de trabajo. No les gusta llegar a albergues solo vienen a bañarse, cambiarse, comer e irse. Son como los *hobos*, esos trabajadores itinerantes que deambulaban por la geografía de Estados Unidos a finales del siglo XIX y principios del XX, vinculados a una economía en expansión con escasez de mano de obra y a la construcción del ferrocarril. Eran colectivos que tenían su cultura y normas propias y una resistencia a integrarse al sistema y a la vida sedentaria.

Y les acompaña Nelson, un muchacho que había conocido en el albergue de FM4 Paso Libre y que aparece en el informe de “Atrapados en el movimiento” (ver FM4, 2018: 51-52) donde se le describe así: “Nelson es la imagen del desamparo. Tenía 17 años –ahora tiene 19– cuando las pandillas de San Pedro Sula se fijaron en él y tuvo que salir con un razonamiento ético aplastante: ‘A aventurar pues, no tenía otra opción más porque la verdad no me podía quedar ahí... El problema es que ellos me dijeron que les sirviera vendiendo droga, pues cosas que a nadie le gustan, andar delinquiendo, andar robándole a la misma gente de uno, es por eso que uno sale pues’”. En el viaje todo son desgracias, pierde al amigo con quien sale, le corretea migración, le asaltan en Tenosique, Tabasco y se asume como vulnerable: “me asaltaron y me robaron todo, cosas que pasan pues, desde que uno sale de su país sabe a los riesgos que va a enfrentar uno en el camino, no hay por qué dar vuelta atrás... nadie le gustaría estar fuera de su patria, de su familia, pero son cosas que pasan pues”. Han intentado pasar a Estados Unidos por el desierto y después de siete días los agarra migración, “di gracias a Dios porque no llevábamos nada, ni agua, los labios resecos, flacos, todos hundidos de aquí [se toca el pecho], me sentí desorientado. Cuando me llevaron a la estancia de migración, me sentí como derrotado [llora], tanto sufrimiento que pasa uno aquí en el camino”. Luego lo intentó otra vez solo, lo agarran y pasa varios meses encerrado, además ha sido deportado de Coatzacoalcos, Veracruz; Palenque, Chiapas; y Culiacán, Sinaloa.

Tiene un hermano en Estados Unidos pero nunca ayudó a la familia y él se siente responsable por su madre, “yo quiero dar la cara por la familia.

Mi mamá tiene que lavar ajeno los sábados y los domingos para poder mantener...”. En su madre se concentra su drama, cuando ha llegado deportado a Honduras: “No puedo llegar a ver a mi mamá, nomás llamo y tal vez ella llega a la Terminal ahí a verme y con las mismas me vuelvo a regresar. Todos los viajes los he hecho así, yendo, llegando a Honduras y regresando, es que no puedo estar allá”.

Desde septiembre del año pasado ha estado en la frontera de Algodones, “pero se mira bien dura la pasada, hay demasiada gente de nosotros en la frontera y pues unos andan haciendo cosas buenas y otros andan haciendo cosas malas... Ahorita vengo hacia el sur, voy a Monterrey, a ver si busco trabajo, quiero establecerme y ver si le puedo echar la mano a mi mamá”. Y Nelson sigue su recuento de tristezas: “Mis pertenencias me las despojaron, no traigo nada, no traigo mochila, me robaron aquí en Culiacán, Sinaloa”. Se quedó sin documentos y dice: “la verdad en estos caminos no se puede andar sin ningún papel, nunca se sabe, una desgracia ¿va?, Y sin ningún papel ni de dónde soy ni de dónde vengo”.

En esta ocasión dice que quiere ir a Honduras y llevar un regalo a su mamá a la que no ha podido llamar por el día de la madre. Lorena me cuenta que ya ha venido varias veces en los últimos meses, llega un rato y se va. No tardarán en salir los tres hacia el sur, Nelson quería llegar a encontrarse con su madre en Tenosique, cerca de la frontera. Su idea, dijo, es volver por Guadalajara porque le han ofrecido trabajo.

A mitad de agosto aparece un joven moreno y alto con barbita y tatuajes en los brazos de ‘hondureño 504’, lleva una cruz y junto a ella a la Santa Muerte con unos ojos rojos, platica tranquilo y es divertido.⁹ Estaba en la línea, en Mexicali, donde la gente se avienta a cruzar sin más: pasa un grupo que se deja agarrar y por el otro lado pasan otros. Viene para “abajo” preocupado por su abuelita que acaba de morir, pero luego dice que “ni modo ya está muerta” y piensa volver a intentar pasar. Ya pasó por el Río Bravo, en Laredo, cuando todavía no estaban los Zetas. Lo deportaron. Luego por Sonoyta, con la mochila, fueron 11 días y lo dejaron

⁹ 504 es el prefijo telefónico de Honduras.

en Phoenix y le dieron 500 dólares. Pasó dos años y medio en Phoenix hasta que lo deportaron hace unos 2 años después de 11 meses en la cárcel. Ahora quiere intentarlo por Algodonales donde tiene que cruzar una acequia, para después agarrar el tren a Los Ángeles. El problema está en que esa acequia te absorbe y te puedes ahogar. Dice que ahora “no hay mochila” por el clima y porque se ha bajado el tráfico. Dice que los cárteles de la frontera no se meten con los migrantes, solo cobran, pero no llegan a los trenes ni secuestran, sí lo hacen las pandillas en Mazatlán y Culiacán. De hecho en Mazatlán acaban de matar de un grupo de tres a un guatemalteco con una pedrada. Este muchacho acababa de pasar hace una semana por este albergue.

Los consejos de Noé, militar experto en sobrevivencia

También en agosto tendremos a otro militar o ex-militar en el albergue que presume de sus capacidades de agente secreto y de formación para la supervivencia. Un miércoles encontramos Heriberto y yo a Noé con una mujer que dice ser su esposa. Acaban de llegar del tren y cuentan que se confundieron y tomaron la ruta a Manzanillo y que, en su perdida, se vieron con hambre y encontraron cangrejos, los asaron y los comieron con mayonesa, “Dios provee”. Además pudieron sacar más de un bidón de agua de coco y encontraron mangos riquísimos en un palo. Su deseo es llegar a Algodones porque por ahí es fácil burlar la migra y es temporada de remolinos: “Ahorita estamos a fecha buena. Está corriendo mucho viento, está haciendo mucho calor. ¿Qué pasa cuando hace mucho calor? El calor proviene de una masa térmica que es entre frío y calor. Cuando estas dos chocan levanta mucha arena, porque hacen remolinos, entonces es donde se puede aprovechar”.

Como cuenta muchos detalles de estrategias para burlar la migra, le pedimos una entrevista y se anima a darla.

Noé tiene 28 años. Su padre es mexicano del norte y su madre hondureña, ambos se conocieron en Estados Unidos. Se crió en San Diego hasta que con 17 años fue a conocer Honduras. De ahí cuenta muchas historias inconexas regadas de secuestros, de pandillas, del cártel de Los

Cachiros de Honduras y la organización antimaras de Los Olanchanos, de los diferentes tipos de marihuana...¹⁰ Se medio entiende que ha sido parte de un cuerpo de élite de la “Army”, por eso sabe de armas y de explosivos y de técnicas de sobrevivencia, de drones, de tecnologías: “los kaibiles para nosotros no son nada. Nosotros estamos entrenados para sobrevivir ahí donde estemos. Nosotros podemos armar un c4 desde un teléfono donde queramos”. Al mismo tiempo sorprende su discurso religioso, cómo cuando todo va mal, Dios se va a aparecer, pero hay que sufrir para verlo. Resulta que de niño su familia era de la Luz del Mundo, conoce el Templo en Guadalajara y sabe los nombres de sus líderes.

En el último año parece haber estado mucho tiempo en Honduras, donde se encontró a esta mujer que conoció por Facebook cuando él estaba en Estados Unidos y ella en España, con tanta casualidad que van y se casan. Dice que no necesita dinero y desde hace dos años ya no trabaja y que tiene una casa con alberca en Dallas, pero resulta que viajan en el tren porque él tiene la nacionalidad, pero ella cuenta con dos deportaciones. En estos años parece que ha viajado mucho: conoce bien la frontera norte y todo México, Honduras y Estados Unidos, Belice, Colombia, Panamá, Costa Rica.

El caso es que la mujer está muy cansada y le duelen los pies, pero él quiere continuar camino porque es el tiempo de las tormentas de arena y de agua que inutilizan los radares de los gringos. Noé no parece una persona migrante, tiene una mochila muy grande y va impecable: es joven y guapo, con las uñas muy largas, algo atarantado en el hablar porque es

¹⁰ Los Cachiros son una importante organización criminal dedicada al transporte de droga que se genera a principios de la década de 1990 por un grupo de ladrones de ganado en los departamentos de Colón y Olancho. Sus líderes extraditados a Estados Unidos han involucrado en sus testimonios como colaboradores en sus operaciones al expresidente de Honduras, Porfirio Lobo, y al hermano del presidente actual, Tony Hernández. Los Olanchanos son también un grupo criminal dedicado al narcotráfico y las extorsiones en el área de San Pedro Sula, enfrentándose en este nivel más local a otros grupos, entre ellos, las maras 18 y Salvatrucha.

muy rápido pero inconexo y queda como incompleto lo que cuenta. Va con una camisa vaquera de manga corta y vaqueros. Cuando van a salir del albergue vemos que se cambia las chanclas por unas Nike negras y que recoge su celular Samsung ya recargado, se pone sus lentes buenas y hasta se echa perfume. En el bolsillo de la camisa vaquera lleva un aparatito con dos botones, como el de abrir y cerrar carros, sin llaves y con una lucecita verde. Como si estuviera monitoreado, no parece que vaya a treparse a un tren, incluso llevaban cobijas y las dejaron. Ella se mira más sencilla, de vaqueros, pelo chino recién lavado y camiseta de tirantes.

En definitiva cuenta muchas novelas. Se refiere con amabilidad a los migrantes, ve legítimo que vayan a buscar “el sueño”, dice que quiere ayudarlos pero que son impacientes y no conocen los pasos. Aquí voy a rescatar algunos conocimientos que Noé considera importantes para poder colarse por la frontera de Estados Unidos sin problemas: cómo hacer agua en el desierto con una bolsa plástica y la evaporación, cómo hacer para que los perros no te huelan untándote pimienta como jabón por el cuerpo, cómo usar papel de aluminio para los rayos gamma, cómo tomar azogue-mercurio para no sé qué, cómo una bala de M16 es buenísima para cauterizar las heridas, cómo no dejar huellas, cómo ir siempre camuflajeado y oscuro, cómo no se deben mirar los drones porque los ojos reflejan algo y el dron echa fotos si lo divisa, el atún es bueno pero mejor en bolsa, cómo ahuyentar los coyotes rascando dos piedras finas porque les molesta los tímpanos... hasta de la pasta de dientes Colgate se puede hacer un explosivo.

En octubre Lorena me llama para contarme que ha regresado Noé. Dice que se ha separado de la mujer y viene con un grupo de gente. Parece coyote y lo va a echar.

El grupo de Santa Bárbara

Y antes del arribo de la Caravana y sus cientos de personas, se descuelgan grupos que quieren adelantarse a la misma. Una mañana llegó un grupo de 17 personas. La mayoría son de primer viaje y vienen de Santa Bárbara (otros dos son salvadoreños y, entre ellos, también un mexicano). Vienen

con un guía muy joven, tienen entre 20 y 25 años, son albañiles y campesinos, hay uno de 16 y uno de 44 que es contable. Todos vienen muy cansados y deshidratados, los ojos rojos irritados, la piel “como de garrobo” dice uno de ellos, otro con anemia diagnosticada de Ixtepec, uno trae una brecha, otro la rodilla machucada. Hay dos con los zapatos inservibles y no hay recambios. Uno, gracioso y pícaro, mientras se le registra bromea que él no terminó la secundaria porque la profesora no le quería con ese pelo “y el pelo no estudia”, un día ella lo golpeó, él rompió un pupitre y le echaron del colegio público. La mayoría quiere ir a Denver, Colorado. Se van a tirar por el desierto algo a la brava. Otros van a esperar ayuda de familiares de Estados Unidos. Otros no tienen la menor idea, quizás van a Tijuana; dos van hacia Ciudad Juárez pero no saben cómo. Uno dice que le han robado su visa humanitaria y que quiere reponerla, pero que piensa que lo va a hacer en Tijuana. Hay varios que no quieren pasar a Estados Unidos porque ya han sufrido varias deportaciones y tal vez se quedan en Tijuana o en Ciudad Juárez. En la plática, uno recuerda que en Ciudad Juárez llegó a tener patrón y morra, pero “por pendejo” lo dejó para probar el paso y lo agarraron: ahora quiere recuperar su lugar allí. Contaban como anoche en Irapuato les cayeron los federales con dos perreras de migración porque unos estaban fumando mota: ellos se escondieron.

Las mochilitas empapadas son patéticas. Ahí tienen sus cositas. Uno guarda las galletas que le regalaron anoche.

Un hombre muy nervioso –Santos, guatemalteco– llega en septiembre, dice que ha perdido el contacto con su mujer, cuando esperaban el tren hacia el sur en Hermosillo hace ocho días. No pudieron pasar a Estados Unidos y querían buscar trabajo en Guadalajara porque él le hace a la mecánica. Ella se fue a comprar algo de comer y no regresó. La gente le dijo que se había subido al tren. Nos ponemos en contacto con otros albergues, en FM4 Paso Libre tienen el registro de ambos cuando pasaron en marzo y decían que iban hacia Chihuahua. La foto del registro le va a servir a Santos porque quiere echarse al camino y mostrar su imagen al preguntar por ella. Ella no se ha comunicado con su familia de Guate-

mala. Él no logra dormir y Marín le da homeopatía. Son de San Carlos de Alzatate, Jalapa. Tenían cultivo de café y les iba más o menos, pero les agarraron envidia y creían que tenían más de lo que tienen. El dos de diciembre mataron a su padre y trataron de matarlo a él en febrero. Así que decidieron irse a probar suerte. Ya tienen unos meses de viaje. Él la pasa muy solícito haciendo todo tipo de trabajillos: descargando los muebles, yendo a por las tortillas, buscando estar activo para no pensar. A los días sale de nuevo a buscarla. Ya no supimos más de ellos.

Mientras, Jairo es un hondureño gordo, moreno, despreocupado y muy charlatán de La Ceiba, 34 años. Le gusta vestir una enorme camisa de baloncesto. Parece contento de que su mujer esté en Madrid tramitando sus papeles y los de su hijo –nos enseña la foto de una rubita de 24 años– mientras que él prefiere probar suerte en Estados Unidos. El año pasado llegó con el Viacrucis migrante, salió de mochilero con otros 19 cargadores y tuvieron muchos problemas, tenían que parar a cada rato por la presencia de drones y vigilancia. Se tardó más de un mes para cruzar el desierto. Dice que eran más de 36 kilos, unos 30 de la mochila y unos dos galones de agua. Él no llevaba camuflaje, otros sí, calzaba las botas especiales pero son incómodas porque resbalan al bajar los cerros. Fue muy duro, comían serpientes cascabel y se quedaban con la colita para venderla después. También asegura saber mucho de sobrevivencia, cómo encontrar agua y otras cosas. Pero lo agarraron. No quiere ir a España porque apenas hay trabajos para hombres y discriminan por el color, a los oscuros no los quieren.

La impostura de El Jarocho

También en estos tiempos, antes de la llegada de la caravana de octubre, hace su llegada al albergue “El Jarocho”. Su presencia y su ascendiente sobre Lorena lo posiciona en el área de entrada del albergue, donde maneja las llaves, con el control que dan sobre el paso a la Casa.

Los agravios por parte de Lorena hacia Rossana y Omar se multiplican (y supongo que al revés). En mis apuntes del 24 de octubre anoto: “según Rossana, Lorena ha cambiado de personalidad y la ataca sin piedad. La

descubre como alguien taimado de doble cara que le comunica a Sarahí cosas falsas para dejarla mal a ella. Está muy dolida porque todos los días le tenía preparado su depurativo y su agua con limón, también ‘micro-dosis’ y agua de canela con jengibre, y le hacía de veterinaria de su chucho Rocky que tiene cáncer en la cara. También le han prestado dinero cuando estaba ‘alcanzada’. Además se molestó también con Rossana por los cobros de los envíos de dinero de las personas migrantes, parece ser que ella les cobraba una buena cuota –200 y 500 pesos–, mientras que Rossana les pide lo que ellos quieran darle: ambas lucran con el cobro.

Imagen 26. Alimentando las gallinas



Omar describe todas las “felonías” y robos que hace sistemáticamente con las donaciones de ropa nueva, con las bandejas de pan bueno de pastelería, con un bote de más de diez litros de detergente que desapareció, con las medicinas caras de la farmacia, con la comida que llega, con las tortillas que manda comprar. Que sacaba bolsas, cajas, maletas con las cosas. Ellos la vieron desde la ventana y tenía una mujer cómplice a la que le llevaba las cosas. Rossana cuenta que una vez le escuchó una frase sospechosa: “Yo sé que yo no soy eterna y estoy buscando alternativas”,

dice que es maquiavélica y que hasta a Marín quiso echarlo. Además que ha dañado a mucha gente sacándoles del albergue sin razón, y les desinforma con que no se pueden hacer papeles... Ahora pierde los papeles porque no tiene control sobre los donativos que llegan y que Rossana y Omar tienen que anotar y guardar. Señalan que el otro día solo había frijoles de cena, pero a última hora llegó uno con hambre y Omar le pasó un plato con unos tacos dorados y ensalada, ella se lo quitó furibunda y le dio solo los frijoles, pero todo el mundo lo vio y se asustó. También se quejan de que abandona el trabajo los sábados y domingos.

Rossana señala que está muy celosa por los regalos que ella recibe de las bienhechoras porque ya la conocen y le traen ropa y otras cositas, y que hasta lo ha prohibido. Lorena se quejó tres veces a Sarahí porque la gente llega preguntado por Rossana y no por Lorena: “esto no es su ONG”, la decía.

Y en todo esto aparece Julio César García, El Jarocho. Al parecer ya llegaba cuando estaba doña Raquel, le permitían alojarse mientras se hacía pruebas médicas en el Hospital Civil. Tuvo cáncer intestinal y tiene diabetes y otros achaques. Pero se mira bien, lleva Levis de marca, y se le ve como intelectual –parece saber de todo– y más arreglado que el resto de la población. Viene de Nayarit. Se maneja como un conocedor de la Casa. El Padre le deja que se hospede por los días que necesita. Para muchos se da el fin de las alianzas de Lorena con Florentino. Parece que este le compraba para sus cosas íntimas: cremas, jabones y más, como que estaba enamorado de Lorena. Pero El Jarocho lo desplaza.

No será alguien querido por quienes se hospedan aquí. Se entromete en todos los asuntos y termina censurando relaciones entre las personas migrantes, impidiéndoles hablar, burlándose de ellos, ofreciendo dinero a una mujer hondureña para enamorar a un joven autista, Ricardo, que el Padre ha metido al albergue para tenerle ocupado. El 17 de octubre la Universidad Panamericana invita a todos los hospedados a una fiesta en sus instalaciones y llegan a trasladarlos con autobuses. Tendrán comida, pastel y mariachis. A Julián, el hijo de Rossana la venezolana, le celebraron su cumpleaños de 20 años. Pero de lo que todos se carcajean es

que El Jarocho “se llevó su regalo”: le dieron un golpe muy fuerte con una pelota en la nariz y cayó al suelo sangrando y hasta se fue en camilla a la enfermería. También remedan sus gestos gays, Rossana cuenta que ella notó que Omar le gustaba y venía a buscarlo “Ooomaaar”, cuenta a risas.

Dorotea y Grecia, historias de coyotaje

A principios de septiembre Desarrollo Integral de las Familias (DIF), y la Procuraduría de menores envían al albergue a dos mujeres guatemaltecas cada una con una hija de 8 años. Las señoras nacieron en enero y las niñas en febrero, se ríen de ello. Tienen entre 35 y 40 años. Dorotea y Grecia son de Samayac, Mazatenango, y salieron juntas de allí. Contrataron un coyote para cruzar y llegar a Estados Unidos. Eran varios grupos de personas con sus coyotes respectivos. El de ellas estaba conformado por 9 personas (cinco varones y ellas cuatro mujeres), entre las cuales se dieron cuenta que había gente conocida, entre ellos un cuñado de Dorotea.

Vienen sin esposo ni hombre protector. El de Dorotea está en Washington desde hace unos 8 años, tiene problemas con él y con los siete hijos de ambos. Éstos se han casado pero siempre la están presionando por el dinero que supuestamente manda el padre. Hay dos que ya salieron a Estados Unidos con él: uno está trabajando con el padre en un buffet y otro está estudiando.

Viene de un ambiente violento y pobre. Alguna de sus hijas se ha casado con 14 y 15 años. Ella criaba animales para venderlos. Pero se juntó con otro hombre y de ahí viene el enojo y los celos del esposo, que quiere vengarse en ella o matarle a él. Le dijo que fuera a Estados Unidos con la menor y que le ponía el coyote.

Para entonces ya conocía a Grecia. Ella tiene dos hijos y el marido le pasaba para el gasto pero se puso a trabajar de doméstica porque no le daba. A él no le gustó y se fue con otra mujer. Quedó sola, por eso se aventó a este viaje. Cuenta que tiene una tía en Estados Unidos que la va a ayudar. También una tía en Durango.

Dorotea tiene dientes de oro, unos 33 años, dice que su madre hablaba quiché y ella lo entiende. Es una mujer lista y de carácter difícil. Grecia

parece más joven y es gordita de cara, calmada y presumida con sus dos churritos de pelo que le caen por la cara. Las niñas –Saskia y Dulce– van bien vestidas, son muy espabiladas y simpáticas.

Cuentan que ha sido un viaje muy duro y de muchos maltratos. En algún punto el coyote quiso abusar de ellas en un cuarto de hotel y no lo consumó por la intervención de las niñas y del cuñado. Vinieron en combis y autobuses siguiendo la ruta de occidente. Adelante de Tepic, Nayarit, fueron detenidos por Migración. Ellas creen que fueron delatados por otro de los coyotes ya que habían tenido diferencias en el viaje. Les trasladan a la Estación Migratoria de Guadalajara. El grupo es deportado pero a ellas las retuvieron junto con sus hijas, porque el coyote las acusa de ser sus cómplices. Ahí les despojaron de sus documentos.

Pasaron 18 días detenidas en el sótano del Palacio Federal. Se quejan de los funcionarios y personal de la institución porque les daban trato de delincuentes. Detallan que la comida era escasa, el arroz estaba crudo, las verduras también y el huevo estaba mezclado con el cascarón; en la noche les daban solo media taza de té. La encargada de la guardia de la noche no las dejaba salir al baño. Dormían en colchonetas. No les entregaron toallas y no tenían acceso a un lavadero para asear su ropa. Les dieron ropa íntima usada que no recibieron.

Con la investigación que las hacen, el Delegado de Migración les ofrece: “si ustedes denuncian al hombre, yo les voy a dar papeles mexicanos” en tres semanas. Ellas se animaron y dieron sus testimonios.

Pero los coyotes andan amenazando a sus familias y madres, mandan mensajes de que van a matarlas, ya no pueden volver. A la mamá de Grecia le dijeron: “si abren la boca van a aparecer envueltas en nylon”. Ellos tienen toda su información y sus fotos porque se las exigen antes del viaje. Además recibieron amenazas del coyote durante la detención. Tienen miedo. De hecho el 13 de septiembre aparece un muchacho de 25 años que ellas reconocen como del grupo. La foto de registro muestra un cachetoncito sonriente y con pelo corto. Es Julio Dimas Hernández Juárez, de Mazatenango, con enfermedad de chagas y con problemas de corazón, dice que quiere hacerse seminarista. No queda claro que fuera

el mero coyote, como que era su primo o cercano. Llegó limpio y sin mochila. Se le expulsa y por unos días los Misioneros Scalabrinis se llevarán a las mujeres y las niñas a su casa de seguridad.

Para el 19 de septiembre arriba al albergue un señor que es la pareja de Dorotea. Le llamamos Zapata por el bigotón, viene de Tapachula y tiene visa humanitaria. Sus comportamientos extrañan al equipo: ambos se la pasan hablando por celular con los auriculares puestos. Ella repite “manténgase en línea, no me cuelgue”. Cuando Lorena fue a retirar dinero para ella eran unos 7.000 pesos. Dice Lorena que la familia de ella, sus hermanos e hijos no quieren a Zapata. Pero ella le compra ropa y le entrega dinero de lo que envía el esposo. Entretanto este también habla continuamente y exige a Dorotea que le compre su móvil a la niña para hablar con ella sin intermediación.

Para principios de octubre la situación de estas mujeres se va resolviendo. Ya tienen los papeles de regularización. Grecia se fue a Torreón con su hija en avión. Mientras que Dorotea con su Zapata y la niña han salido a un rancho a trabajar recomendados por el Padre. Aquí no duran mucho, no tardan en regresar y se ponen a alquilar en la ciudad. Un año más tarde, en octubre del 2019, nos enteramos que ambas con sus hijas están residiendo en Estados Unidos. Al mismo tiempo el abogado de la Comisión de Víctimas está buscando a Grecia y a Dorotea para devolverles el dinero por el juicio ganado.

La caravana de octubre

El segundo momento de 2018 en que se producen movilizaciones masivas organizadas se produce entre los meses de octubre y diciembre. Supone un salto en términos del número de personas y la forma de movilizarse al constituirse por múltiples grupos de personas desplazándose de manera simultánea, a lo que se denominó caravanas de migrantes.

La convocatoria por redes sociales en Honduras de octubre de 2018, llegó a reunir a varios miles de hondureños a los que se les fueron sumando otros contingentes según avanzaba la caravana por Guatemala y México. De una forma más o menos espontánea se produce una organi-

zación colectiva frente al peligroso cruce por el territorio mexicano. Esta estrategia de autoprotección recibió una cierta coordinación de parte de ciertas organizaciones activistas una vez entra a México y fue atendida por múltiples instancias oficiales –con su ambigüedad entre la obstaculización y la aquiescencia– y no oficiales, generando en principio una amplia simpatía de la población y una cobertura extensa por parte de los medios. Parecía tener una estrategia y un destino definido: Tijuana.

La composición heterogénea de estas movilizaciones rompía con el masculinizado patrón de los migrantes “irregulares” por México, con una novedosa alta presencia de mujeres y niños como parte de segmentos familiares, grupos organizados de transgénero y LGTB, y adultos de 35 y más años entre muchos hombres jóvenes, lo que generó necesidades diferentes. Posteriormente esta modalidad masiva se va desagregando por su difícil gestión operativa interna y externa. A su interior se desgajan grupos que no corren con la misma suerte en los jalones, por ejemplo, o que requieren otro ritmo de avance o que exponen liderazgos propios; también por los contingentes que se suman o que se hacen autónomos manejando su propio orden; y por las acciones institucionales con sus apoyos u omisiones; por ejemplo, con el transporte. De tal manera que quizás es más factible hablar de oleadas de migrantes donde se dan diferentes modalidades: los gruesos de población, identificados como “caravanas”, y sus fragmentos y otras formas de arribo.

A pesar de las vinculaciones que se le conjeturaban a esta primera convocatoria de caravana con confabulaciones políticas relacionadas con las elecciones intermedias en Estados Unidos, la involuación desestabilizadora para el presidente Trump del magnate Georges Soros, o con la intervención de narcotraficantes hondureños, en el sentido común fue entendida como un movimiento de explosión social ante la insostenibilidad de la vida en los países centroamericanos que buscaba protegerse de los abusos del crimen organizado en el territorio mexicano.

Esta marabunta humana desestabilizó el panorama político a nivel continental. Irrumpió como la expresión y la acción de los desheredados

mostrando el nivel de urgencia de su fuga, exponiendo las deficiencias, omisiones y ambigüedades de las políticas migratorias de México y Estados Unidos, el fracaso de todas las iniciativas, planes y proyectos de desarrollo que se han diseñado y financiado, así como la perversa indolencia de los gobiernos centroamericanos ante las condiciones de expulsión de sus “ciudadanos”.

El primer contingente que ingresó a México el 19 de octubre, fue el más visible y el que aglutinó un mayor número de personas; le siguieron por lo menos cuatro grupos más de diversos tamaños, entre 250 y 2.000 personas cada uno.¹¹ La Comisión Nacional de Derechos Humanos estima que en total se movilizaron alrededor de 10.000 personas entre octubre y noviembre de 2018 (CNDH, 2018).

En la Zona Metropolitana de Guadalajara los tres contingentes más numerosos cruzaron en diversos momentos y formas la ciudad. El más numeroso, y el único al que se le dio albergue por parte de las autoridades, fue de 6.000 integrantes y llegó entre el 11 y 12 de noviembre (CEDHJ, 2018: 19). Posteriormente, las caravanas se fragmentaron y se movilizaron en grupos más pequeños, avanzando de diversas maneras, lo cual les permitió a varios de ellos arribar al albergue de El Refugio. Se estima que en total 2.000 personas se movilizaron por la ruta occidente en esta segunda etapa (CEDHJ, 2018: 28).

Los gobiernos estatal y municipal se encontraban en un periodo de transición. El nuevo gobierno del municipio de Guadalajara tomó posesión el 30 de septiembre, el de Zapopan y Tlaquepaque fueron reelegidos (el segundo ciclo inició también el 30 de septiembre); y el del estado de Jalisco saliente (cuyo partido perdió el control de la gubernatura), continuaba en el poder, pero se encontraba en la etapa de entrega al nuevo gobierno, ya que el cambio de poder se realizó el 6 de diciembre. Estos cambios de autoridades tienen efectos en las formas y el interés en la atención a las caravanas.

¹¹ Observatorio COLEF del 5 de octubre de 2018 al 30 de enero 2019. <https://observatorio.colef.org/infograficos/cronologia-de-la-caravana-centroamericana/>

Los gobiernos municipal y estatal –tanto con el gobernador Aristóteles Sandoval (PRI), como con el actual Enrique Alfaro (Movimiento Ciudadano)– se muestran desconcertantes con acciones simultáneas de humanitarismo y criminalización, de visibilizar a las caravanas como de invisibilizar el fenómeno. Para ello han recurrido a diferentes maniobras, la más explícita y eficaz ha sido recibirlas en la carretera de entrada a la ciudad para depositar a sus integrantes en las casetas de la autopista en la salida hacia Nayarit.

Dentro de este escenario tirante, complejo y desbordado, la “sociedad civil” de Guadalajara, organizaciones civiles y religiosas, se ha mostrado sensible y capaz, pero limitada por su composición compleja y sus posiciones diferenciadas respecto a la colaboración con el Estado. La sociedad está dividida pero la oposición visceral contra el pobre, migrante, extranjero empieza a posicionarse peligrosamente con la complacencia oficial y de los medios.

En Guadalajara será el Instituto Jalisciense para Migrantes (IJAMI) quien lidere la estrategia de atención en la ciudad a las caravanas. Para el viernes 9 de noviembre, el secretario de Gobierno Roberto López Lara, Protección Civil, representantes de FM4 Paso Libre y otros confirman que se albergará a los migrantes en el Auditorio Benito Juárez, ubicado en una colonia céntrica de la ciudad.

Se acuerda que el punto de recepción será la caseta de La Joya (ubicada en la entrada sur-oriente de la ciudad, en la autopista que viene de Ciudad de México). En ella se despliega un operativo, donde están presentes las diversas policías, autoridades municipales, servicios de salud, CEDHJ y CNDH, entre otros, para recoger a las personas migrantes que arriban en diferentes tipos de transportes para dirigirles al Auditorio. Aquí la recepción está bien organizada, con todos los servicios: colchonetas y cobijas, baños y regaderas, área de comedor, acceso a internet y fuentes de luz, área de ropería, área de lavado, pantallas de televisión y presencias de instancias oficiales, como organizaciones civiles y voluntarios que ofrecían servicios de cortes de pelo, actividades recreativas para menores,

servicios religiosos, entre otros. Sin embargo se producen ciertos malentendidos y quizás no hay experiencia de trabajar con esta población con lo que se dan tensiones en el control de tantas personas y con los vecinos.

El gobierno se disgusta y en la asamblea de la noche del lunes 11 de octubre avisa que se termina el apoyo y que se movilizará a las personas para que salgan del Auditorio en autobuses a las 6:30 de la mañana del día siguiente. Se produce caos en la información que no llega igual a todos los albergados. La salida se complica por los turnos, pero los autobuses que pone el gobierno incumplen lo prometido: no les dejan en el límite estatal con Ixtlán del Río, Nayarit, sino en la Caseta del Arenal de salida de la metrópolis, 85 km antes. Ahí les obligaban con amenazas a bajarse de los camiones. Los primeros en llegar avisan de su situación y comienzan a salir del Auditorio caminando. El gobierno del estado determina el cierre del Albergue a las 14:30 del martes 13 y no volverá a habilitar ni este ni ningún otro recinto para dar albergue y asistencia humanitaria a las personas migrantes.

Esto genera una gran preocupación por parte de los medios de comunicación, sociedad civil y las Comisiones de Derechos Humanos. Viendo las condiciones en que se encuentran las personas migrantes en El Arenal, donde es difícil encontrar *raid* para todos, varias de las organizaciones de sociedad civil, de iglesia, CEDHJ y representantes de universidades proponen la alternativa de buscar autobuses. A la mañana siguiente son recogidas en la madrugada del día 14 en 22 autobuses organizados por Cáritas; los hermanos Scalabrinianos; la CEDHJ; la Federación de Estudiantes Universitarios (FEU); la Universidad de Guadalajara (UDG); y el ITESO, que los transportan a Ixtlán.

El domingo 11 llego al Cerro y ya hay presencia de gente avanzada de la caravana. Hay mucha más gente de lo habitual. Afuera hay presencia de policía, gente de la secretaría de salud, de medios y televisiones. En el registro hay cola para llamar por teléfono. En el jardín, personal de la CEDHJ arenga a las personas para invitarles a trasladarse al Auditorio Benito Juárez en unos busitos, aseguran que no van a ser entregados a

Migración, hay desconfianza. Algunos se van con ellos, pero la mayoría se queda, incluso uno medio enfermo y una pareja que tienen a una niña bien enferma. Uno que dice no venir en la caravana es el más político, se queja de los gobiernos, a él lo deportaron de Estados Unidos y estuvo encerrado y va por su cuenta a Tijuana.

Imagen 27. Niño y futbolito



En la cocina están Omar y Rossana y un grupo de voluntarias. Hay un señor inspector de salubridad que está revisando las condiciones y las fuentes de agua. Omar me comunica que se dieron problemas de nuevo con Lorena porque el agua no está subiendo y tenían que bajar a los lavaderos de la ropa a limpiar el cacharrerío. Lorena se enfadó y ya no les dejó lavar así, de modo que tuvieron que subir el agua con cubos.

El 13 de noviembre, martes, el albergue se mira tranquilo. El Auditorio ha sido cancelado, pero las personas están en la caseta del Arenal. Hay mucho trabajo en ropería de ordenar y clasificar el revoltijo. Han llegado dos familias con niños y un bebé que se instalan en el cuarto de los refugiados. El resto son jóvenes y un señor mayor que se van a duchar y al poco salen de nuevo a las vías.

Serán días de trasiego de personas y mucho trabajo. Una semana más tarde todos están enfermos: Sarahí, Joel, Rossana, Lorena. Hay unas 45 personas en el albergue.

El jueves 15 de noviembre, el gobierno del estado de Jalisco dispone establecer 9 puntos de atención humanitaria por la ruta que atravesarían las personas migrantes que apenas funcionan. Al mismo tiempo sociedad civil se coordina con Pueblos Sin Fronteras para la movilización de los grupos en autobuses. Los esfuerzos de todas las partes se concentraron en la caseta de La Joya, lugar que había designado sociedad civil para que las personas llegaran de raite y abordaran los autobuses. Hay presencia de Protección Civil, la Fiscalía, policías federales, estatales, municipales y de movilidad, de la CNDH y CEDHJ, del DIF estatal, de ambulancias y paramédicos, personas y grupos de la sociedad civil y religiosa. Se destaca la coordinación por el Padre de la Rosa de Cáritas en diálogo con las autoridades presentes y con Pueblos Sin Fronteras.¹²

También, por encima de todo, personas migrantes siguen llegando a los albergues. Hay 3 autobuses de la Ciudad de México que llegan en la madrugada al albergue de El Refugio con 160 personas. El gobierno del

¹² En el “Informe Éxodo Centroamericano” quedará constancia del desalojo con uso de violencia por parte de la policía del estado de las personas migrantes de autobuses en la caseta del Arenal poniendo en riesgo el derecho a la vida y a la integridad física (CEDHJ, 2018: 32); del cierre del Auditorio Benito Juárez que obligó a más de 1.500 personas a desplazarse caminando; las personas quedaron varadas en la caseta y el estado fue omiso en brindar alimentación, techo y servicios de salud adecuados (CEDHJ, 2018: 33); y, finalmente, de cómo se dieron transgresiones directas del derecho a la vida; a la integridad y seguridad personal; a la salud; al libre tránsito al trato digno (CEDHJ, 2018: 33-34).

estado presiona para que no los reciban, pero el Padre Alberto, su coordinador, expresa que no puede cerrar sus puertas a quienes solicitan ayuda, y continúa recibiendo a quienes llegan en pequeños grupos.¹³ El Refugio recibió alrededor de 600 personas entre el 16 y 19 de noviembre (CEDHJ, 2018, 27).

La vida sigue

La caravana y las minicaravanas que la continuaron requirieron un esfuerzo intensivo de parte de todos que obligó a posponer los conflictos personales. Para final de octubre Omar, que se ha estado acostando a las doce y una de la noche y levantándose a las cinco por tener frijoles para el día siguiente para tanta gente, se siente ofendido por Lorena porque en una reunión ha dicho que no trabajaban, cuando lo hacen todo: lavandería, cocina, limpieza de cuartos, cobros, oración, recogida de los platos... Más con la llegada de tantos migrantes.

Siguen las rutinas del barrio. El teporocho del vecindario, Paniquis, joven mestizo con un zapato de un tipo y otro de otro, se arrima a la puerta tocado por el alcoholito y quizás por las drogas, habla mucho pero no se le entiende, dice que su padre es el dueño de “la Corona”. Pide a Marín un pantalón y éste le trae uno; luego le pide calcetines y le da y, al fin, logra entrar porque quiere ir al baño. Marín le permite porque es del barrio, sabe que se droga, pero es tranquilo. Lo trata de lujo. El Paniquis suele interrumpir en las reuniones de los lunes cuando pasa por la ventana de la luminosa sala de juntas. Invariablemente le pide dinero al Padre, e invariablemente éste le contesta que lo siente pero que solo de 20.000 tiene.

¹³ “El Pbro. Alberto Ruíz Pérez, director de El Refugio, recibió una advertencia por parte de personal que dijo pertenecer a la fiscalía, en donde amenazaron con detener los autobuses y a las personas que vinieran en ellos, ya que tenían información de que venían personas integrantes de una pandilla identificada como “maras”; no obstante, la mayor parte de las personas eran mujeres, niñas y niños” (CEDHJ, 2018: 27).

Jacob e Israel, juventud e inestabilidad

Y Jacob e Israel siguen en su amistad. Como amigos, ellos han intentado vivir compartiendo, pero luego se han separado y cada uno se busca la vida con muchas dificultades en este escenario. Este año es Israel el que sale del albergue para hacer vida conyugal con una menor –miembro de una familia de madre sola conocida por ser usuaria del comedor popular. Conocen relativamente la ciudad y no les da miedo ir sin documentos, aunque se cuidan. Trabajan en lo que les ofrecen, en general trabajos rudos, y lo hacen con ganas, pero se ven mal pagados y no soportan el abuso laboral, en este sentido, son orgullosos. Son buenos para el comercio y venden ropa, celulares, bicicletas, el “bisnes” los saca del apuro del día a día, demostrando la capacidad de adaptación al contexto social. Digamos que se mueven en el filo entre sus impulsos autodestructivos y el contexto que no les ayuda, es decir, se mantienen en la inestabilidad y la irregularidad migratoria. Su ventaja es que son personas conocidas para los vecinos de la zona que los entienden como parte del colectivo, a pesar de que el sentimiento de Jacob e Israel es que les “ven mal”.

Cuando Israel sale del albergue, el carpintero de la vecindad le ofrece trabajo, también por unas semanas ayudará a un albañil que le paga 1.200 a la semana, pero tiene una hernia que a veces le molesta. Después se le aceptará de nuevo como parte del equipo de trabajo del bazar, como persona de confianza de Joel y de Sarahí que le dan otra oportunidad. Así regresa al entorno del albergue y se reinserta a sus dinámicas y sus oportunidades de empleo desde la seguridad de su espacio y fuera al mismo tiempo. Es divertido como negocia su afición a la marihuana: consigue la aceptación de Sarahí siempre que no llegue colocado al trabajo ni fume en el mismo. Ellos afirman que la ciudad que habitan: El Vergel, Los Cántaros, Lomas del Cuatro, otras colonias de Tlajomulco, son muy peligrosas y tratan de salir los domingos, pero “en las noches ni pares, está feo”, dice Israel. La presencia del Cártel Jalisco Nueva Generación les impone respeto.

Enganchadoras

Y así como había entrado el “coyote” a controlar a Dorotea y Grecia, en octubre se infiltra una “enganchadora”. Erika es una joven hondureña, que no tarda en sentarse con nosotros a platicar en el comedor. De 25 años, es guapa, pelo largo recién lavado con una camiseta blanca con blusa negra y pantalón vaquero y un celular. Es de Santa Rosa Copán, donde vivían en un ranchito y tenían café. En un momento su padre les abandona a la mujer y a los 6 hijos y se van todos a vivir con la abuelita que los trata muy bien. A la madre la machetea un familiar que quiere quedarse con sus tierras y se cura con pomada de boa. Siempre trabajó en la pizca de café. Tiene dos hijos de 7 y 3 años que dejó con su madre. El primero es de un vecino con el que se juntó, resultó mujeriego y mejor lo dejó y volvió con su madre. No le puso el nombre del padre por más que lo pidió él. Conoció al padre del segundo de sus hijos en una peregrinación al Cristo Negro de Esquipulas, en Guatemala, era taxista y se fue a vivir con él a Chiquimula por 4 años. Era muy buen hombre, nunca la golpeó, muy cumplido y aun hoy envía dinero al niño. Se separó y volvió a Copán porque se cruzó entre ellos una bruja, ‘la Mugre’, que hizo sus hechizos para enfermar al niño. Salió hacia Los Estados sin despedirse de nadie, iba con una amiga de la infancia, pero en algún momento se separaron porque ella se emparejó con un coyote y ya está en Estados Unidos. Ha tenido mucha suerte en sus 23 días de viaje, siempre agarró el tren desde abajo y los hombres no han abusado de ella, algunos han sido muy amables. En un albergue conoció a una mujer embarazada a cuyas compañeras ha sabido que violaron y mataron y tenía escrito un cuaderno con muchas páginas contando la historia.

Nos cuenta que en los días pasados llegó al albergue una mujer muy gorda, al parecer con un hondureño. Se metió al cuarto de mujeres y cuando se estaba bañando, ella vio que tenía credencial de aquí, aunque en el registro dijo que no cargaba identificación. La señora buscaba sonsacar a Erika y le ofreció un trabajo de fichera en un bar de cervezas, le dijo “¿quieres trabajo?”. También le dio un número de teléfono y una dirección de Facebook para que conociera a su familia y viera que la iban

a cuidar tan bien como a una salvadoreña que tenían. Erika no se fio y le contó a Lorena; al poco el señor Marín sacó a la señora y al hondureño que se fueron muy enojados y alegando. Había un hondureño con la quijada rota que la reconoció como una que le robó el celular. Por los datos de Erika el Face está a nombre de Federica Contreras Contreras (La Bandida). Sale la foto de su madre toda pintarrajeada y con un gran escote. También sale una hija y una foto con otros hombres, aparece la Santa Muerte, diositos y vírgenes y cursilerías mil, pero no hay referencia a un lugar concreto, ni nombres, ni nada que delate la posible trata. Ella dijo que era de Manzanillo.

Deby y su familia (I)

Hay personas de las caravanas que se vienen quedando. Así llegan dos amigas con sus hijas, una de ellas se enfermó en enero, se desmaya cuando está lavando en la pila y llegan las enfermeras del puesto de salud. Tiene la tensión alta, además ella notifica que tiene daño renal nivel 2. Van a sacar el seguro popular para hacerse exámenes. La amiga nos explica que en sus familias ya no las querían, por eso se vinieron en la caravana con sus hijas. Ellas no tardarán en seguir camino.

Otro grupo familiar que se va a quedar es el de Deby, una joven salvadoreña que llega embarazada de 6 meses. Se compone de ella de 18 años y su pareja, Fabián, de 17, los suegros, el abuelo de él y otra hija de los suegros que tiene 11 años. Salieron de El Salvador de la noche a la mañana porque mataron al hermano de Fabián y amenazaron a la familia. Vienen traumatizados.

A Deby el bebé la molesta en las noches, desde el albergue se la remitirá a hacerse las pruebas y a preparar el parto y su hospitalización. Su pareja es como un niño consentido y en el albergue se le conocerá por parte de todos como alguien “haragán” e “irresponsable” que le da mucho trabajo a Deby con sus antojos. Hay mucha violencia entre ellos: peleas, discusiones, golpes. Sarahí trata que no entren en tantos conflictos, aunque entiende las tensiones que traen. Se dedican a salir a charolear mientras viene el bebé.

Deby es muy viva, ella nos contó el trayecto de la familia en la caravana. Cómo había un hombre y una mujer líderes de Pueblos sin Fronteras a quienes se les tenía respeto, pero si no estaban era un desmadre, y no estaban presentes en largos momentos porque “ellos iban hasta adelante y nosotros éramos los últimos”. Cuenta cómo entre ellos se formaban “grupitos” para acompañarse, para “refugiarse”, y se daban acciones solidarias, pero se daban también tensiones entre nacionalidades. El grupo de Deby creyó que iban a encontrarse con la caravana de salvadoreños, pero dieron con la de hondureños y tuvieron que ocultar su procedencia si no querían verse maltratados. Los varones todo lo querían, como eran mayoría ganaban las votaciones en las asambleas. Siempre tenían prisa pero no respetaban a mayores, niños, mujeres, embarazadas y hasta se subían primero a los *raids*. Siempre iban al final de todos, eran los más atrasados, a veces no llegaban a las comidas, pero David de Pueblo Sin Fronteras les compraba tacos. Las mujeres se quejan de cómo “cuando decían ‘mujeres y niños primero’, parecía que dijeron ‘subanse todos los varones’. No respetaban nada, nada. Y decían que inflaba mi panza –estaba embarazada– para que él [su esposo] subiera, que él no venía conmigo” (ver CEDHJ, 2018).¹⁴ Los niños de 2-3 años no se querían levantar en las madrugadas, tenían frío, estaban cansados y no querían seguir. Se enfermaban. Las madres llevaban muchas maletas y “los varones querían salir rápido y se desesperaban. Desde las 2 ya estaban ‘vámonos, ya es hora’”. En las regaderas los hombres las espiaban por todos lados y al final se duchaban vestidas. Los baños eran otro problema, “cuatro o cinco para mil. No había privacidad para bañarse, nosotras [éramos] más aseadas y los manteníamos bien, pero cuando los varones ya todo sucio lo dejaban... entraban donde las hembras. Ellos no lo miran”. Despertaban desde las dos de la mañana y ellas y los niños ya no podían más. En un momento se separan entre ellos y se vienen a juntar aquí en el albergue. Cuenta muchas cosas y buenas sobre el camino, el niño que espera, su

¹⁴ En este sentido, en la caravana, pese a unos flujos de composición novedosa en términos de género y etarios, prevaleció un escenario patriarcal que mantiene su hegemonía.

novio y cómo juega con el bebé, su familia en El Salvador, que se pelea con el suegro y abuelo.

Ella presiona para que no sigan el camino y se queden en México. Josué y Gisela, del Grupo especializado en personas migrantes de la CEDHJ se han hecho cargo de sus solicitudes de refugio –por delegaciones de la COMAR–, además Deby va a tener un hijo mexicano. Aunque ella es la que tiene mayores problemas en los papeles por ser apátrida, no tiene ningún documento oficial, ni acta de nacimiento.

CAPÍTULO 7

2019: las caravanas. El desborde y la reinvención

Este año establece otro parteaguas más respecto a las condiciones de las personas migrantes que se movilizan Sur global-Norte global. Las caravanas vienen a detonar las contradicciones del sistema migratorio mexicano y decantan de forma radical las medidas que se toman por la obstaculización y criminalización de los expulsados. Si antes habíamos visto el incremento de disposiciones en esta dirección, ahora las prácticas van a ser terminantes y los sistemas de deportación serán inflexibles, mientras en Estados Unidos se restringe progresivamente el derecho al refugio. Las posiciones más o menos laxas de México se deciden por la militarización y la contención activa y agresiva. Como señala Amarela Varela, México transita de frontera vertical a configurarse como un confin migratorio y como un país “tapón” (Varela, 2019: 49).¹

Desde el 24 de enero se establecen los programas “Quédate en México” o “Programa de Protección a Migrantes” que obligan a las personas a esperar sus turnos para el proceso de asilo y la cita en la Corte de Estados Unidos en México en una práctica definitiva de externalización del refugio que este país acepta por “razones humanitarias”. No por ello el Estado mexicano asume garantizar los derechos de las personas

¹ Confin migratorio como una forma de gobernar las migraciones en que las prácticas legales y policiales confinan a migrantes y refugiados en zonas donde se suspende el estado de derecho (de Campesi en Ruiz Lagier y Varela, 2020).

migrantes, de nuevo delega esta acción sobre ellos mismos como una manera de presión para que desistan y regresen a sus países de origen; o a la sociedad civil, Iglesias y voluntarios que se ven desbordados. Introduce también una nueva disposición para contener a los solicitantes de asilo: los Centros Integradores para Migrantes se crean en Ciudad Juárez, Tijuana y Mexicali gestionados por la Secretaría de Trabajo y Previsión Social. Son unas enormes bodegas de gran capacidad pero escasa ocupación y enorme opacidad (Bojórquez *et al.*, 2020).²

La “desprotección” estatal caracteriza la situación en ambas fronteras de México. En las ciudades de la frontera norte –desde 2019 y hasta finales del 2020 en que termino esta crónica– el desborde de personas devueltas de Estados Unidos y sin posibilidades de paso legal crea una presión enorme a los albergues. Trata, violencias, xenofobia, abusos y crimen organizado afectan de forma directa a las Casas. El sur también se ve desbordado y es un lugar delicado como ya señalé. Sin embargo, para muchos es un espacio conocido y están cerca de sus países, sus familias, sus gentes, sus redes, además allí están las instituciones que en Guadalajara se asientan hasta ahora: ACNUR a fines de 2019, y COMAR tendrá oficina en el Palacio Federal hasta mitad del 2020. En el sur, en especial en Chiapas, los centroamericanos tienen más posibilidades de circularidad y de reunificación familiar (Winton, 2018). En este año veremos casos de personas que optan por regresar no a Centroamérica, sino a Chiapas, por estas razones.

La externalización del refugio se extiende a Guatemala como tercer país seguro, cuando Estados Unidos le lleva a firmar el Acuerdo de Cooperación de Asilo en julio de 2019 –también lo harán El Salvador

² En el CIM Leona Vicario, en Ciudad Juárez, hay cabida para 4.000 personas; en Carmen Serdán, en Tijuana, para 3.000; hay uno más en Mexicali y se espera la apertura de otro en Matamoros. De forma inquietante se asemejan a los *hotspot* creados por las agencias europeas en los bordes con África y Asia que son centros militarizados de refugiados donde se ven segregados espacialmente y, con ello, inmovilizados y dependientes de las “ayudas”.

y Honduras aunque no se llegó a implementar por la pandemia de COVID-19. Con ello las personas migrantes que atraviesan otros países antes de llegar a Estados Unidos deben solicitar su asilo allí, de manera que nunca podrán ser aptos para ello en este país. Es una negación unilateral de protección por el país con más posibilidades y responsabilidad en el desplazamiento. Todos ellos, con México, son a su vez sujetos de sucesivas y continuas alertas de viaje dirigidos a los ciudadanos de Estados Unidos.

La Guardia Nacional, el nuevo cuerpo de seguridad de México, se crea por decreto el 26 marzo 2019, y dedicará buena parte de sus esfuerzos a la detención de migrantes especialmente en el sur del país. Es la profundización de la precarización de las vidas de las personas desplazadas y la conversión progresiva de México de un territorio de espera a un territorio de desesperación.³

Ante las drásticas penalizaciones de cárcel en Estados Unidos y las dificultades en el paso hacia su territorio, y ante la actitud de México, se disparan las solicitudes de refugio. Muchas personas migrantes las asumen como una estrategia de espera para mantenerse protegidos en tanto cambian los aires políticos: “al cabo Estados Unidos no se va a mover”, como dice uno de ellos. También aumentan las personas que desean el retorno asistido claudicando de su opción de fuga –aunque el Instituto Nacional de Migración también jugará con ellos a la dilación y hasta a la negación de esta asistencia– y quienes quedan deambulando por este país; entre éstos últimos también deportados mexicanos. Los deportados llegan a entrar “en un ciclo permanente de movilidad interrumpidos por periodos de encierro en cárceles, estaciones migratorias o centros de detención y periodos de trabajo informal en algunas ciudades de México o de Estados Unidos. Se vuelven nómadas de la globalización y del neoliberalismo” (París, 2017: 121).

³ Las detenciones de centroamericanos por la patrulla fronteriza crecen exponencialmente: de 223 mil en 2018 a 607 mil en 2019 (Coubès *et al.*, 2020: 2).

Las caravanas nos desnudan las problemáticas de familias enteras y fragmentos de familia, de menores, adolescentes, adultos mayores, de centroamericanos pero también de cubanos, venezolanos, africanos, asiáticos, desprendidos por los desplazamientos neoliberales en el orden mundial. Un orden que hace oídos sordos a un drama del que es responsable. En octubre de 2019 sale por primera vez un avión mexicano hacia India con 200 deportados.

Para los albergues y casas de migrantes todo este contexto y las desbordantes realidades son un nuevo reto: ¿quiénes son las personas “migrantes”? ¿quiénes los refugiados? ¿quiénes los rechazados de la posibilidad de refugio? ¿quién es la población “de calle”? La función objetivo de los albergues del camino dirigida a la figura de un migrante de tránsito hacia el norte se desdibuja y entra en cuestionamiento, México ya no es un territorio de paso sino de circulación (Juárez, 2021).⁴ Pero además, los albergues se convierten en una amenaza para el Estado por tratarse de un testigo y un actor incómodos de las trágicas consecuencias de sus acciones.

Las caravanas de febrero de 2019⁵

El año inicia con otra convocatoria a conformar una caravana y ésta va a ser definitiva para la imposición de unas medidas que buscan poner fin a esta modalidad de movilización colectiva por la protección de la vida porque México y los países de Centroamérica boicotarán su paso.⁶ A continuación me centro en la oleada de caravanas que se dan en torno a

⁴ Los albergues de la frontera norte, más desde las caravanas, ya no solo reciben personas deportadas o en tránsito, sino que tendrán que abrirse hacia solicitantes de asilo del MPP a Estados Unidos y para solicitantes a México.

⁵ Basado en el artículo de Camus, Vega y Martínez (2020).

⁶ A pesar de las dificultades no van a dejar de producirse iniciativas desde Honduras durante la pandemia; para septiembre de 2021 se conforman caravanas desde Tapachula integradas por los “atrapados” en el sur de México. Son haitianos, cubanos, centroamericanos...

la que se considera el gran jalón que sale el 15 de enero de Honduras. Se trata de entender qué significan, y qué significan desde los efectos en el albergue: un cambio en el número de personas que arriban, pero también en el perfil de las mismas y en unas nuevas condiciones de estar y pasar modificadas radicalmente por las medidas antiinmigrantes de Estados Unidos y de México.

Ante la necesidad y ante la percepción de que la caravana de octubre habría resultado exitosa, se produce un nuevo llamado a conformar una caravana en San Pedro Sula el 15 de enero bajo el lema “Buscamos refugio, en Honduras nos matan” e inicia su recorrido con 1.000 sujetos. A esta salida le irán siguiendo otros contingentes.⁷ Y aparecerán, algo novedoso, inmigrantes de nuevas nacionalidades que poco a poco se van haciendo más numerosos y protagónicos: cubanos, haitianos, africanos de diferentes países del continente, brasileños... Los gobiernos centro-americanos endurecen sus posiciones, en Honduras tratan de retener a sus ciudadanos que no tienen papeles, también detendrán a un presunto organizador.

Las caravanas de enero se producen en un contexto con cambios significativos en México.

El 1 de diciembre inicia el gobierno del López Obrador, cuya propuesta es supuestamente un cambio radical de las políticas neoliberales con la Cuarta Transformación: su énfasis es una mayor redistribución de los recursos con políticas sociales más significativas. En términos de política migratoria muestra un cambio de actitud respecto al régimen mexicano ambiguamente deportador. Aquí el discurso, acompañado del nombramiento de Tonatiuh Guillén, un respetado académico, como comisionado del Instituto de Migración, asegura una política migratoria basada en la regularización de la migración, el ingreso ordenado y el trán-

⁷ El 16 de enero salen 200 personas de El Salvador; el 20 serán 2.000 de Honduras; incluso el 25 de marzo, cuando las reglas de juego han cambiado ya, sale una caravana de 1.500 de Tapachula. Y el 30 de marzo lo hace una insólita con 600 cubanos y 200 centroamericanos.

sito seguro siguiendo el compromiso firmado por México en el Pacto Mundial de Marrakech sobre las Migraciones en diciembre de 2018.⁸ Estas tres características, una migración segura, ordenada y regular, serán el mantra que repetirán los funcionarios del gobierno. En apariencia un giro humanitarista y amable respecto a la contundente contención de los migrantes centroamericanos del gobierno anterior con el Plan Frontera Sur. Y añade el ofrecimiento de trabajo a los centroamericanos en los megaproyectos del Canal interoceánico del istmo de Tehuantepec y del Tren Maya, y la promesa de incidir en los países centroamericanos expulsores de población a través de un plan de desarrollo para la región con diseño de la Comisión Económica para América Latina y el Caribe, (CEPAL); algo que presentará sin mucho éxito a Estados Unidos y a países europeos para su financiamiento. El gobierno no calibró lo que estas actitudes y acciones iban a provocar.

También hay cambios en los gobiernos estatales. En Jalisco entra Movimiento Ciudadano y el proyecto de la “Refundación” ciudadana con Enrique Alfaro como gobernador. En este caso su apuesta es la modernización administrativa y supone toda una serie de reformas institucionales, entre ellas de las instancias de labor social. La caravana agarra al gobierno en el inicio de su mandato con un proceso de cambios administrativos fuertes como la creación de la Secretaría de Igualdad Sustantiva donde se recogen todas las problemáticas sociales. Al hacerlo finiquita, por ejemplo, el Instituto Jalisciense de Migración o el Instituto Jalisciense de las Mujeres. Actualmente sujetos migrantes, Pueblos Indígenas, discapacitados, diversidad sexual, menores, han pasado a ser parte de una subsecretaría de Derechos Humanos dentro de la Secretaría General de Gobernación, mientras las políticas de género se han constituido en

⁸ Aunque no es vinculante, Estados Unidos y otros países de Naciones Unidas no lo firman. Incluye compromisos concretos como medidas contra la trata y el tráfico de personas, evitar la separación de las familias, usar la detención de migrantes solo como última opción o reconocer el derecho de los migrantes irregulares a recibir salud y educación en sus países de destino.

la Secretaría de Igualdad Sustantiva entre Hombres y Mujeres. Este gobierno de Jalisco evade la problemática de la movilidad humana que le ofrece pocos réditos políticos de cara a la población.

Desde inicios de año muchos miembros de las primeras caravanas, y otros que no se asumen de las mismas, se extienden por las ciudades de la frontera norte, también por el país, y se inician procesos de refugio en niveles nunca conocidos. Por el lado de la sociedad mexicana el arribo de tanta población a la ciudad de Tijuana empezó a despertar la xenofobia y a voltearse la solidaridad recibida en la oleada anterior.

Por el lado de Centroamérica, las causas de expulsión y la desidia de sus gobiernos se mantienen, pero se agudiza un proceso de sequía prolongada y, en el caso hondureño, los indicios de privatización del sector salud y educación exasperan más a su población.

El nuevo gobierno de López Obrador, condescendiente, pone el acento en la lógica del registro. Colocan brazaletes para que hagan cola los que quieren pasar a México y ofrecen darles una visa humanitaria para el libre tránsito y la CURP para poder emplearse. En la frontera los reciben agentes del Instituto Nacional de Migración con equipos médicos. Los gobernadores de Chiapas, Oaxaca, Veracruz, Ciudad de México, muestran su disposición a facilitarles apoyo y el paso con transporte, algo que cumplen.

Sin embargo se producen conatos de conflicto, por ejemplo cuando el alcalde de Ayutla, Tecún Umán, de Guatemala, Erick Súniga, El Pocho,⁹ azuza a los vecinos para que expulsen violentamente a los caravaneros del parque y, al mismo tiempo, la falta de dinero, el calor, el hacinamiento, lleva a que entre 1.300 y 2.000 migrantes (otras cifras hablan de 3.000) se crucen a México sin registrarse. La policía les deja pasar.

Para el 22 de enero hay ya 7.800 solicitantes del paso libre a México.

⁹ Este alcalde, involucrado en el tráfico de drogas era reclamado por la DEA y se entregará para su extradición en diciembre de 2019, buscaba que no calentaran su “plaza”. Morirá en Houston el 18 de abril de 2020 por cáncer de páncreas. Es una buena muestra de la institucionalidad política de Centroamérica, en este caso de Guatemala.

A partir de esta fecha hay un giro en la actitud del gobierno que se va endureciendo con el tiempo. Comienza con el aviso de que las tarjetas humanitarias concedidas son una medida excepcional.

Estados Unidos provoca una enorme presión sobre México y la población afectada. El presidente Trump continúa amagando con la necesidad de construir el muro pero, además, como veremos, resolverá unilateralmente el 25 de enero la externalización de su frontera: los migrantes deberán esperar en México la resolución de sus trámites de asilo, en una estrategia de delegar y acentuar el problema de la asistencia sin tanto costo para su administración; algo que México acepta tácitamente y que explica el giro de las medidas que se van a tomar por el gobierno. Las voces de las autoridades fronterizas del norte exigen al gobierno que se haga cargo de estos expulsados. Y es que, como señalé, los nuevos contingentes ya no se dirigen únicamente a Baja California, se diversifican los caminos y se dispersan y serán otras ciudades de la frontera norte: Ciudad Juárez, Piedras Negras, Ciudad Acuña, las que empiezan a recibir a estos colectivos.¹⁰

La situación también se le revuelve al Presidente Trump. Antes de que saltara la oleada de caravanas de 2019, en diciembre del 2018 se dan las primeras muertes de niños migrantes en manos oficiales norteamericanas: Jackelin Caal y Felipe López.

El giro definitivo se produce cuando a principios de febrero acompañantes de Pueblos Sin Fronteras son aprehendidos y poco después policías golpean a dos mujeres activistas en la Ciudad de México: es la criminalización de la ayuda humanitaria. En menos de un mes algo se ha roto. Ya no se van a tramitar más tarjetas, se han entregado 13.270 pases (también en Ciudad de México y en Coahuila). El paso libre ha sido breve.

¹⁰ No se sabe por qué razón esta caravana decide cambiar el destino, quizás porque empieza a enrarecerse el ambiente y se opta por dirigirse a la frontera México-Texas. De hecho quienes se fueron por estas rutas contaron con el apoyo de los gobiernos con servicios y transporte.

De ahí se propagan los bulos de una caravana madre que viene con 30.000 almas desde Colombia y, con ello, la idea de la llegada sin control de criminales y la necesaria persecución a la trata de personas. Todo ello exagera, como en Estados Unidos, un imaginario de oleadas invasoras que despiertan miedos atávicos y recelos en la población mexicana, que no entiende por qué los recursos se dirigen a no mexicanos. Esto facilita las nuevas medidas que se toman de abandono del apoyo a los migrantes por las autoridades y de clara obstaculización a quienes se encuentran en tránsito con detenciones y deportaciones masivas por las fuerzas de seguridad y el Instituto Nacional de Migración en diferentes estados. Por el sur sigue fluyendo la población que busca dirigirse hacia la frontera norte mientras los albergues del corredor humanitario se ven colapsados.

La situación de El Refugio Casa del Migrante

Las caravanas provocan drásticas transformaciones por las reacciones “desde arriba” de parte de las políticas antiinmigratorias de los Estados y con la presión “desde abajo” por la agencia de los expulsados de Centroamérica.

Hay dos grandes efectos de las caravanas sobre el albergue y su funcionamiento. Por un lado, se produce la conciencia de la necesidad de ponerse al día con su formalización hacia una atención más integral, más de cara a esta multiplicación de perfiles y de otras necesidades de la población expulsada de Centroamérica.

Por otro, se toma también consideración de la constitución de las trayectorias de vida de las personas migrantes como destinos evenenciales o imprevistos y de cómo México se convierte en un territorio de espera no deseado y sin mayores oportunidades. Serán más y más atrapados en la movilidad, más y más trayectorias inconexas de prueba y error, y vidas desgastadas en idas y venidas por la geografía de la zona gris de mesoamérica-norteamérica. El conflicto que marcará el día a día en la institución será el que se produce entre quienes se encuentran de paso y quienes se encuentran estacionados en la casa o en proceso de solicitud de asilo. El drama de la producción de proscritos no refugiados por el

abandono sistemático de los procesos de asilo es otra realidad que supera las posibilidades de albergue.

Desajustes en el equipo: “el albergue está embrujado”

A principios de año se produce una recomposición del equipo cuando estallan las estafas de Lorena. Omar cuenta que ella había contraído deudas con varias gentes. A Florentino le debe unos 5.000 pesos, a Omar unos 2.000. También hay quejas por los cobros excesivos a personas migrantes que le daban dinero para que enviara a sus familias.

Y en estos días se expulsa a El Jarocho. Y, más sorprendente, es la noticia de que El Jarocho es el esposo de Lorena ¿será? Ahora Rossana se encuentra apenada por Lorena, ¿cómo se fue a enamorar de ese señor y cómo se enredó para sacarle y ofrecerle recursos mal habidos, dineros, robos al Albergue y a los migrantes? Y se apena de los dos perros que tiene ¿quién los va a cuidar? ¿Cómo era que Lorena la daba recomendaciones sentimentales y ahora...?

Rossana se entristece porque Florentino la llegó a pedir en matrimonio. Ella no aceptará porque su vida, le dijo Lorena, se la va a dedicar a sus hijos y ya no a hombres. Meses más tarde, señalarán que el despecho y el regreso a la calle y al trago de Florentino se produce porque “su inspiración” es Yaneth, y a una broma de Sarahí agarró furia y hasta quiere denunciar con el Padre Solalinde.¹¹

Para el 7 de marzo las noticias son que Lorena se encuentra en Morelia y que no pagó a nadie.

Una vez que Lorena sale, entra como la autoridad Zoraida, una muchacha muy joven, atractiva y siempre maquillada que no tiene conocimiento de las dinámicas de una casa de migrantes, es novia de Eder el Sonora –el albañil que presenté al principio como parte de la población satélite al albergue. Es un momento de tensiones y de profusión de bulos, acusaciones, chismes.

¹¹ El Padre Solalinde es un conocido como activista y defensor de los derechos de los migrantes, director de la Casa de Hermanos en el Camino, Ixtepec, en Oaxaca.

Omar que se encuentra confuso y enojado es un nodo de creación de maledicencias y, pensando que no le dan la confianza que debería tener, carga contra Zoraida. Según él las cosas se han puesto mucho peor. Las habladerías dicen que amenaza a las mujeres, que están desapareciendo mochilas, cinchos, zapatos. Además se producen agresiones y golpes entre personas migrantes, Omar cree que porque se mantienen las adscripciones y lógicas de las maras y su poder y la toman con contrarios o supuestos contrarios.

A mediados de febrero, aparece en el albergue otro hijo de Rossana, David, que vive en la Ciudad de México. Viene con un amigo y quiere ver a su hermano que hace 10 años que no se encuentran. Esta llegada supone un giro radical en la vida de Rossana y Omar. Ellos estaban a cargo del registro de donaciones y del comedor de migrantes en esta época de fuerte arribo de personas, pero saldrán a probar suerte con las promesas que les hace el amigo del hijo que les invita a habitar una casa que tiene en un lugar de Hidalgo. Ya cansados de ver la falta de salidas desde el albergue y en Guadalajara se animan a salir a lo siempre incierto.

Y a principios de marzo hay mucho movimiento, siguen llegando grupos grandes. Para Zoraida que haya 50 personas y 22 que han salido a trabajar, es decir, 77 albergados, es “tranquilo”. Pero Zoraida no dura mucho tiempo, para primeros de abril se va una semana de vacaciones y ya no vuelve.

Las diferentes salidas de este tipo de encargados de confianza del albergue y las descomposiciones que significan, llevan a valorar que “el albergue está embrujado”.

También, como ya apunté en el periodo anterior, Maye dejará el comedor popular después de muchos años de trabajar de cocinera. Había muchas quejas por sus descuidos en el cocinar y en la falta de higiene. Se había enojado, porque otra mujer, Araceli, se estaba ocupando de la cocina del albergue a raíz de estas quejas y la sustituye en el comedor comunitario, de lunes a viernes acompañada de su bebé y, a veces, de su hija. También llega Norma, una mujer grande y acogedora, a la cocina del albergue por dos días a la semana.

El equipo del Albergue se renueva. Aparece un joven vecino, Bryan, que es parte del grupo pastoral juvenil. Vendrá a apoyar a Marín en puerta y para acompañarlo llegarán dos estudiantes de la Universidad de Guadalajara en Tonalá que hacen su servicio social: Magdalena y Fernanda, que se encargan también de las redes sociales.

Es importante la entrada de la abogada María Casanova, conocedora de los trámites de las personas migrantes por llevar años colaborando con FM4 Paso Libre y con este albergue. Después llegarán Tenoch Torres, del Programa Casa Refugiado, apoyado por ACNUR, y Zayra Mendoza, como abogada voluntaria, quienes se harán cargo de esta área jurídica indicándonos la apuesta de ACNUR por posicionarse en Guadalajara. Yaneth estará a partir de marzo colaborando de forma continuada en el comedor popular y con las despensas y el bazar.

Sarahí se mantiene como la coordinadora del albergue, pero su cansancio la lleva a dedicarse más al funcionamiento y gestión del comedor popular, aparece en la Casa a tomar decisiones en casos graves. Mientras Joel va adquiriendo más protagonismo, no solo sigue haciéndose cargo de la proveeduría, las donaciones, el funcionamiento del bazar, sino en la administración y operación del albergue.

La llegada de las caravanas a Guadalajara

Por Jalisco pasarán dos grandes secciones de la caravana que se decidieron a seguir esta vía de Occidente hacia Mexicali. Ambas van a llegar cuando el gobierno federal ha entrado en la fase paranoica de control y presión sobre los flujos migrantes.

Entonces el gobierno de Jalisco solicita a El Refugio Casa del Migrante y del Refugiado que se abra a recibir la caravana en curso, y ofrecen el completo apoyo por parte de las instancias del gobierno, que al mismo tiempo afirman que van a mantenerse por decisión propia en un perfil bajo.¹²

¹² En la caravana anterior este albergue no había sido considerado por el gobierno estatal.

Ante ello el albergue se prepara también en términos de coordinación interna. Se crea un grupo de Whattsap que incluye al Padre y al equipo operativo de El Refugio.

El primer contingente

El grupo que comanda El Chele llega el día 18 de febrero por la tarde. Integraba a 326 personas –con más de 50 niños– que contaban con visas humanitarias. Su liderazgo se daba desde la salida de Honduras, pero en la ciudad de México adelanta su contingente y se suman a su llamado 400-500 para partir a Mexicali, en el camino saldrán del grupo los inconformes.¹³ Si el paso de las caravanas por el sur del país había sido más o menos fluido, al entrar esta de El Chele al centro comienzan los tropiezos porque los apoyos de transporte vendrán a escasearse por la obstaculización oficial. Arriban a Jalisco caminando y son sus municipios los que se hacen cargo en este estado de movilizarles hacia Guadalajara. Llegarán a Zapotlanejo y de allí, su municipalidad los dirige a El Cerro del Cuatro.

Y el albergue colapsa. Las ayudas y donativos que se recibían de la población disminuyen, como disminuye la información de esta caravana en los medios de comunicación y, sobre todo, la ayuda prometida por el gobierno no llega como debiera. “El gobierno se hizo pato”, comenta un observador. Pero también se dio en todo momento un amplio y diverso servicio de voluntarios que trabajó intensamente con el reparto de comida y de ropa y útiles, en la limpieza, con el orden en las duchas donde apenas caía agua (pronto se vaciaron las pipas de agua que además se tardaban en llegar, tampoco el gobierno ayudó en este aspecto primordial).

¹³ José Luis el Chele, el líder –presuntamente autónomo– que organiza este fragmento de caravana que avanza sobre el resto desde el albergue de Ciudad Deportiva de Magdalena Mixhuca en la Ciudad de México, es salvadoreño y tiene 26 años. Aunque dice no conocer la ruta, parece que se coordinaba con el celular con gente del INM que les iban identificando los albergues, los buses y el apoyo de los municipios. En el trayecto y aun en Mexicali se sirvió del apoyo de sus redes evangélicas.

Imagen 28. Alojamiento de caravaneros en parroquia, noviembre 2018



El lunes, Joel, ante el inminente arribo, había hecho un listado con las necesidades que se envió a toda instancia de gobierno y no hubo respuesta. De los 8 baños solicitados –que los proveedores no querían dejar porque el gobierno les adeuda– trajeron 4 y uno no funcionaba, las duchas nunca llegaron. No hay servicios médicos, se cuenta con una ambulancia municipal, pero no se atienden casos más que en el Centro de Salud. El albergue con su pequeño equipo y los voluntarios se aventaron a atender y acomodar a tantas personas: a registrarlos, darles baños, ropa, comida, acoger a tantos niños enfermos...

Anoto:

El día 19 llega el grueso de personas, previamente se descolgaban que 50, que 70. Afuera se han puesto toldos para cubrir mesas y sillas para el comedor y se han puesto a la salida de la entrada al comedor una mesa larga para repartir comidas. A las 9:30 están desayunando: un plato de duroport con totopos, frijoles, salsa, queso y crema y pan. Hay café y vaso de leche para niños y mujeres. En el equipo que está sirviendo se encuentran Israel,

Araceli, Zoraida y unos muchachos de una parroquia. En la cocina también hay un equipo de mujeres voluntarias. Mujeres y niños de la Caravana piden pastillas para la diarrea y, sobre todo, un lugar para bañarse. Se organiza esta posibilidad en los baños y duchas del sector de refugiados. Hay problemas de agua, ya había llegado una pipa en la mañana, pero se consume mucha. Israel lo revisa y piensa que hay agua bastante para empezar ya que viene otra pipa en camino. Sale muy poca agua de las regaderas y es intermitente porque en las pilas, las mismas mujeres que quieren bañarse, quieren lavar ropa y no hay ni para una cosa ni para la otra. Al final se cancela el lavadero.

En la cola del baño que se encuentra en el patio hay buen ambiente. Mujeres de toda Centroamérica cuentan cómo les ha ido en el camino que agarraron hace ya un mes, están contentas con su líder porque se ha portado bien. Eran un grupo mayor pero los más quejosos y poco colaboradores se han quedado atrás, probablemente van a llegar seguido un grupo de 1.500 donde se encuentran estas gentes. Dicen que vienen de Celaya y van esperando en los lugares hasta que encuentran buen jalón en las carreteras. No saben adónde van: Tijuana, Mexicali... Estuvieron en Tecún Umán cuando el alcalde mandó a la población contra ellos que estaban en la plaza, fue feo cómo se tuvo que salir pero reconocen que se hizo “cochiquero” y hasta se tenían “relaciones” en la plaza. La pasaron mal también en Tapachula porque la población local estaba muy agresiva. La mayoría tiene visas de las que dieron en el sur. Su proyecto es entregarse a la migración en Estados Unidos pero no se enteran bien de cómo está la situación. Son muchos los niños, más de 50. Hay uno que con 8 meses no para de caminar.

Los integrantes de la caravana pasan dos noches. El Padre, director del Albergue, abre la Parroquia y el Templo de donde se retiran las bancas.

Para el día 20 de febrero la caravana inicia su partida. Cuando llega la hora de la salida se entregaron camisetas y shorts de deportes que envía el gobierno de una liga wirarika, sucios y embarrados, también mochilas con logos oficiales. Han dado cobijas muchas de ellas usadas y raídas por las ratas, que eran las que quedaron de la caravana en el Auditorio Benito

Juárez. Pero no hay agua para darles. Al final se preparan mochilas para todos del Partido Verde con dos botellas de agua –de las reservas del albergue–, unas calcetas y una camiseta, que se entregan a las personas mientras empiezan a subirse a los buses que han sido financiados por el Servicio Jesuita al Migrante. El sol está muy fuerte, pero se les ve alegres a pesar de ello. En el barullo nos despedimos de Hugo el Pollero que vuelve a abandonar la venta del pollo asado y a probar suerte, está lloroso y huele a guaro.

Imagen 29. Colas para recibir comida, caravana de febrero de 2019



Se les transporta a La Venta del Astillero (a donde El Chele quería llegar) y los integrantes tienen que caminar hasta la Caseta del Arenal. Se hace tarde y allí quedan estancados a pesar las denuncias de la sociedad civil mujeres, niños, jóvenes sin comida, sin ambulancias, sin acompañamiento. Posteriormente el gobierno estatal justificaría esta falta de atención por presupuesto insuficiente. Solo está presente la Policía Federal y Protección Civil Nacional. Estos hechos los resumirá Hugo el Pollero a su regreso, “aquí no hubo apoyo, aquí solo los botaron de la ciudad, como quien dice ‘váyanse!’”.

Al día siguiente tienen que ver por qué medios avanzan y cada cual busca su raid o paga su camión, otros caminan. Se fragmentan. En Nayarit, el gobierno opta por subirlos amontonados y apenas con agua en camiones de volteo donde no permitían que se tomaran fotos. De madrugada arriban al límite con Sinaloa, donde tardan en aparecer los cuerpos oficiales y donde los van a trasladar en autobuses hasta el siguiente Estado de Sonora “de un solo”, dice Hugo el Pollero.

En una rueda de prensa del día 22, El Refugio Casa del Migrante y Refugiado saca un comunicado y anuncia que no recibirá futuras caravanas “debido a la falta de apoyo y compromiso por parte de las autoridades correspondientes que no cumplieron con los acuerdos para el apoyo, recepción y estadía de la caravana. La decisión surge ante la necesidad de atender a los y las migrantes dignamente, trato que no se les pudo brindar en su totalidad por la falta de insumos y mobiliario para su estadía”. El Refugio, expone, tiene una capacidad de 120 personas y continuará con las actividades normales de atención a personas migrantes en su tránsito por Guadalajara. De hecho en los meses siguiente seguirán llegando grupos numerosos de unas 30 a 60 personas que fluyen de forma continuada. Esta declaración supuso un fuerte posicionamiento de parte de una casa de migrantes por la inacción y omisión de las autoridades ante una problemática grave que minimizaron.

El segundo contingente

Ante este operativo fallido por parte del gobierno que delega la gestión y el esfuerzo al albergue, despreciando a la población migrante, y ante la inminencia del arribo de un contingente bastante más numeroso, las estrategias del gobierno se modifican.

Este segundo contingente, ya con una coordinación más institucional de Pueblo Sin Fronteras, está formado por unas 1.500 personas. Vienen acompañados por el Instituto Nacional de Migración, que lo monitorea, y por Protección Civil Federal. Ante las críticas recibidas por sectores civiles y religiosos como el albergue o la CEDHJ, el gobierno de Alfaro opta por ningunearlos y dejarlos fuera de la jugada y hasta de la observa-

ción de estas instancias.¹⁴ Por esta actitud poco comunicativa el gobierno del Estado recibe una medida cautelar de parte de la CEDHJ.

La llegada se produce el sábado 23 de febrero. Sorpresivamente, sin avisar a las diferentes instancias de sociedad civil, se abren las instalaciones del Parque Solidaridad en Tonalá.¹⁵ Las 50 personas que se encontraban en el albergue esperando esta caravana porque eran parte de ella no pudieron comunicarse con su gente.

Efectos de las caravanas (I). El plan de desarrollo institucional

Como consecuencia de las caravanas, el albergue va a derivar en su reinención. El desgaste del reducido equipo ha sido fuerte y gracias al apoyo del equipo del Programa de Asuntos Migratorios (PRAMI) del ITESO se pone en marcha un proceso de institucionalización y de conformación de un modelo de atención más ordenado. En junio del 2018 se inicia con la elaboración de un Plan de Desarrollo Institucional. Esto se suma a que las caravanas han posicionado al albergue en el espacio público y las agencias nacionales e internacionales involucradas en la movilidad empiezan a ver en Guadalajara al albergue, junto con FM4 Paso Libre, como una institución significativa en la atención a estas poblaciones. Por aquí voy a empezar.

¹⁴ Como señalé la CEDHJ tiene un Grupo de trabajo especializado en la agenda de derechos de personas migrantes y refugiados dentro de la Dirección de quejas, orientación y seguimiento. Este grupo ha tenido una presencia muy activa en el monitoreo y acompañamiento de las caravanas y en los cuestionamientos a las instituciones de gobierno y, como insisto, en el apoyo a los procesos jurídicos que lleva el albergue El Refugio.

¹⁵ El Parque Solidaridad en Tonalá, el oriente de sectores populares del área metropolitana, es un pulmón de la ciudad y un amplio espacio de 110 Ha dedicado a la recreación con canchas de fútbol, de béisbol, auditorio, terrazas comedor, pista de bicicross, servicios sanitarios.

Un diagnóstico: ventajas y problemas del albergue

A lo largo de los capítulos he descrito algunas de las características del albergue: su marco en una colonia de sectores populares donde forma parte del programa de la pastoral social de la Parroquia lo que produce su asociación con la población del vecindario, y la forma llana y franca en el trato que genera “un espacio familiar” que se asemeja al ambiente social del que proceden las personas migrantes. Las instalaciones y servicios que ofrece son sencillos, pero cuenta con la posibilidad de asomarse al barrio, al tianguis y a sus tienditas y hacia dentro cuenta con un patio y una cancha que dan luz, aire, cielo y algunas plantas que ofrecen color y vida. Pero sus problemas también son muchos.

En marzo el Programa de Aplicación Profesional o PAP de migración del ITESO, que son prácticas supervisadas de sus alumnos requeridas para su graduación, propone realizar un proceso de reorganización y de repensar el modelo de atención que El Refugio quisiera ofrecer. Se empieza por un diagnóstico de su situación actual que se mantiene en un estado de urgencia continuo, para después detectar los problemas y proyectar las soluciones. Se establecen reuniones todos los lunes y el profesor Felipe Alatorre e Iliana Martínez guiarán la deconstrucción de los problemas y fortalezas del albergue y sus servicios y la construcción de lo que se desea que sean los servicios y acompañamientos, algo que se resume en institucionalización y profesionalización. Dos meses más tarde, El Refugio podrá contar con un Plan de Desarrollo Institucional y, sobre todo, con una conciencia de equipo que facilite las operaciones del día a día.

Las limitaciones de la Casa son muchas. La precariedad de las instalaciones y los servicios de agua y luz, la dependencia de donaciones no fijas y no siempre útiles, la falta de sustentabilidad de las personas del equipo operativo por la informalidad en términos laborales, la confusión entre las áreas y sus autoridades, la inexistencia de ciertos profesionales claves en salud y salud mental, en el campo jurídico, en la contaduría... Todo ello, en conjunto, limita lo que puede ofrecer y también su capacidad de autosuficiencia. Pero sobre todo cómo quiere entender a la población

migrante: en el asistencialismo o la atención integral de acción humanitaria, entre considerarla como víctimas o como agente activo, más cuando este colectivo se viene complejizando con nuevos perfiles, necesidades y problemáticas: mujeres, menores, familias, adultos mayores...

Imagen 30. Reunión de equipo con el maestro Felipe Alatorre



Las necesidades materiales son continuas para la reproducción de la Casa y su atención: desde los gastos fijos de servicios de agua, luz –aunque se colocaron paneles solares–, gas, que muchas veces se mantienen en adeudos; hasta los insumos para las personas migrantes de ropa, alimentos, mochila, útiles de aseo; el servicio de lavandería y de mantenimiento de limpieza: lavadora, jabón, cloro, trapeadores, trapos; la cocina con todos sus útiles, ollas, insumos, aparatos refrigeradores, platos, cubertería, estropajos; el equipo de primeros auxilios y el dispensario médico con medicamentos básicos, camilla, sueros, cremas hidratantes, vendas. Hasta cuidar el gallinero, a las perras, a los conejos. Además del material de dormir: camas, frazadas, almohadas. Otra necesidad es la renovación del mobiliario que se desgasta y queda afuncional; así como tener al

día las computadoras, el sistema eléctrico y de internet. La necesidad de construir nuevos espacios, por ejemplo, un cuarto para los voluntarios.

Todos estos gastos y su mantenimiento son responsabilidad del Padre que los obtiene de diferentes fuentes de bienhechores: Comunidad de Cristo Sacerdote, la señora Ashida, Fundación Stella Vega y de sus propios fondos. PROVIASO AC no es donataria y no pueda generar facturas lo que impide que pueda recibir más apoyos de donaciones o financiamientos de proyectos. Es urgente para el futuro del albergue constituirse una nueva Asociación Civil. La falta de entradas monetarias aseguradas y sistemáticas obstaculiza la constitución de un equipo con profesionales: médicos, psicólogos, abogados, contables, que cuenten con contrato y prestaciones de ley y permitan ofrecer una atención integral. Es decir, impide la sustentabilidad del proyecto y su institucionalización. Así se mantiene a golpe de “divina providencia”. El flujo de donaciones es sorprendente, pero como también se analizó en este proceso, muchas veces no llega lo que se requiere o es inútil y tiende a almacenarse sin sentido. También se mantiene con la dirección carismática del Padre Alberto, que es la última palabra y que llega a provocar tensiones cuando se producen decisiones encontradas con quienes operan en el día a día.

De parte de las personas migrantes también se produce desencanto por la falta de:

- trabajos dignos. Aunque se tienen ciertos empleadores más o menos fijos, siempre hay abusos en las condiciones de trabajo. Es preciso el tener una bolsa de trabajos más amplia.
- servicios psicológicos, médicos y jurídicos. Todos ellos son urgentes y fundamentales para construir proyecto de vida.
- actividades de esparcimiento, deporte, juego.
- talleres y capacitaciones de electricidad, mecánica, carpintería, computación que les resulten útiles, apenas reciben algunas clases de inglés.
- una atención específica hacia mujeres, adolescentes, niños...

Además hay otros problemas que inciden en la calidad de la atención: falta de comunicación interna entre los miembros del equipo; falta de redes con otras instancias, falta de formación para atención a ciertas poblaciones, mejores remuneraciones, falta de transporte propio, crear un voluntariado más amplio y preparado...

Con el plan empiezan a crearse protocolos, manuales, reglamentos, una mayor organización interna, señalética, una operación sobre las donaciones. Toda la parafernalia de la cultura organizacional.

El objetivo central se definió como: El Albergue cuenta con un equipo profesional, con procesos institucionalizados que le permiten desarrollar un modelo de atención integral a las personas migrantes y solicitantes de refugio; y sabe gestionar los recursos necesarios y suficientes.¹⁶

Es una meta que está lejos de haberse logrado. Son los costes de realizar un trabajo a contracorriente del Estado y del estado de Jalisco.

El equipo que se conforma para septiembre y se mantiene hasta mayo de 2020 cuenta con Sarahí, tres hermanas Misioneras de la Eucaristía: Margarita Vega, Gisela Aviña y Anastasia Monjaraz, Tachita, desde septiembre, y siempre el señor Marín, que están a cargo del albergue en el turno de la mañana; Yaneth y Araceli operan desde el comedor popular; y Joel sigue a cargo de la administración, el bazar y las donaciones. Del equipo de acompañamiento estamos Heriberto Vega y yo. El equipo jurídico cuenta con Tenoch Torres de Casa Refugiado y con tres miembros del grupo de migración de la CEDHJ: Josué Gómez y Gisela Centeno, que han estado presentes en el albergue desde 2017, y Giovanni; Zaira Mendoza se retirará para final del 2019.

Otra cara del fortalecimiento institucional en la colonia se produce con la nueva oficina que se monta en comodato para la CEDHJ, donando el albergue su espacio. Allí se trabajarán casos de personas migrantes y todo tipo de denuncia de parte del vecindario. Llegarán dos mañanas

¹⁶ Debe contar con manuales de procedimientos, un protocolo de donativos y programa de sustentabilidad financiera que faciliten el funcionamiento de un modelo de atención integral a las personas migrantes y solicitantes de asilo.

por semana a atenderla. También se intensifican las relaciones con los consulados. En octubre se recibe la visita de los cónsules de Honduras, El Salvador y Guatemala, algo inusual.

A principios de diciembre llega el colectivo de *Pez Nocturno* a proponer un proyecto de fotografía “On the road” para sensibilizar sobre la migración de centroamericanos. Es un *performance* en que algunos de los hospedados que aceptan participar se visten como gringos en un escenario compuesto por una troca donde viajan y tienen sus six y su parrilla de carne asada. En el lateral se escriben sus nombres y su historia. Es un “todos somos iguales”. Para el tiempo del confinamiento por la COVID-19, en abril de 2020, esta iniciativa pondrá en venta las fotos para apoyar con los ingresos al albergue.¹⁷

En estas mismas fechas las realidades que imponen las políticas migratorias se explicitan cuando el 10 junio, justo previo a estas reuniones de equipo de los lunes, aparece una señora con su hija de 15 años. La señora lleva en sus manos dos papeles oficiales de migración de los que se rellenan y entregan al entrar al país y unos legajos con un agarrador: son la confirmación de encontrarse en proceso de refugio en Estados Unidos y la cita para presentarse en agosto en la Corte. Vienen de Mexicali y la señora quiere regresar a Honduras porque tiene otra hija enferma allí y quiere informarse por el regreso asistido. La hija, que fue violada de camino al norte, no quiere volver. Ellas destapan por primera vez la situación de las personas “quedadas” en México por decisión unilateral e ilegal de Estados Unidos: ¿van a poder esta mujer y su hija volver a territorio mexicano si salen? ¿cómo podrían hacer si quisieran llegar a su cita en la Corte? ¿tendrán acceso a salud y trabajo en México?

¹⁷ Ver: https://www.instagram.com/p/B_QkgU9D0dn/?igshid=v7km4dkyvx5d <https://www.behance.net/gallery/90403281/On-The-Road?fbclid=IwAR2OyJKftrNvpnn-Q3IHiiinvPkkyk3jP9lA8-MYip3JJnU5vqlWSKTQxcn8E>

El apoyo del ITESO: los PAPS y el Festival de la hospitalidad

El apoyo del ITESO es crucial en esta etapa. El PRAMI –Programa de Asuntos Migratorios– del ITESO dirigido por Sofía de la Peña y por Iliana Martínez, siempre cercano al albergue, se anima a apoyar con los Programas de Aplicación Profesional –PAP– del ITESO. Semestre a semestre hasta el fin de esta crónica en 2021, llegarán maestros y estudiantes que colaborarán en la resolución de cuestiones puntuales dentro de los campos de migración, ingeniería, relaciones internacionales, psicología, comunicación.

Todo este empuje inicia en la ardua elaboración del Plan de Desarrollo Institucional, en la de manuales de operación –que se continuó en el primer semestre del 2020.¹⁸

El grupo de ingeniería a cargo del profesor Ricardo Ruiz se dedicó a cuestiones técnicas como el acondicionamiento del espacio: lograron limpiar de forma profesional las bodegas de ropa acumulada por años y de trastos inútiles el área del jardín y patio, buscaron una empresa de certificación para darles el último tratamiento a lo inservible; además ante la necesidad de administrar las donaciones elaboraron una guía para el donante.

La profesora de psicología y sus alumnos iniciaron los martes actividades y pequeñas terapias y capacitaciones de contención, estrés y prevención de crisis con la población migrante y con el equipo. Se trataba de que los chicos aprendieran a escuchar, a manejarse sin expedientes, sin proceso terapéutico y sin pruebas psicológicas.

En el proyecto del encuentro cultural del Festival de la Hospitalidad a celebrarse el 23 y 24 de noviembre, los alumnos de Sofía de la Peña hicieron un intenso trabajo previo de entrevistas y reuniones y talleres con mujeres de la colonia recogiendo testimonios de sus historias migratorias a Estados Unidos. Se proyectó la película documental *La cocina de*

¹⁸ Para 2020, quedará definitivo el manual de procedimientos que sistematiza el funcionamiento de las áreas del albergue, las tareas del personal, horarios, que servirá para capacitar a voluntarios, colaboradores y personal del albergue.

Las Patronas, con la presencia de Norma Romero y Zuleyma Tinoco, de Las Patronas de Amatlán de Los Reyes. Hubo mucho público y expectación por gente de la comunidad, migrantes y amigos del ITESO. El toque surreal lo pone la misa de 15 años que se está celebrando como para una princesa y su séquito que aparecen en un Hummer gigante.

Imagen 31. Festival de la hospitalidad



Al día siguiente se montó en la placita un espacio de convivencia. Grupos de vecinos y de personas del albergue participaron con comidas y bebidas para el público, se hicieron baleadas hondureñas y pupusas salvadoreñas. Elaboraron materiales de videos y clips de vecinos y de personas migrantes que luego se expusieron públicamente en un mural de la memoria de la hospitalidad en forma de tren donde se recogían retazos de testimonios, dibujos, explicaciones que pudo ser seguido por cientos de personas. Los niños tuvieron cuentacuentos y, en un cuarto oscuro se proyectaban los videos del Padre Uribe en sus recorridos de intercambios entre las familias del Cerro y sus familiares en Estados Unidos. También hubo un taller de hospitalidad, donde se exponían experiencias y, en la

noche, los jóvenes disfrutaron de la música de un grupo local: los Stronge Warriors, y de una exhibición de Parkour.

Como herencia de toda esta labor del PAP de Migración se elaboró un mural con los jóvenes estudiantes del ITESO y con los jóvenes de San Juan Bosco de la comunidad en el anfiteatro cercano a la Parroquia.

ACNUR: estacionar migrantes en México

Como mecanismo institucional internacional para paliar las medidas draconianas contra los sujetos migrantes, aparece en México el Alto Comisionado de Naciones Unidas para los Refugiados, que tiene a su cargo asesorar los procesos de acompañamiento a estos desplazados que Estados Unidos condena a quedarse en México. Después de muchos años de ausencia, ACNUR y OIM toman presencia en el país en el apoyo a COMAR y a los albergues.¹⁹ Traen oficinas, funcionarios, proyectos, hay dinero para proteger el *status quo* impuesto por la política norteamericana que no reconoce el desplazamiento centroamericano como algo sistémico, mientras que al venezolano se le aplica el principio de *prima facie*. ACNUR pone la cara amable a la negación de movilidad y de refugio, su misión es empujar el sistema de asilo, aparentar que funciona y que es posible y, como consecuencia del otorgar refugio, fomentan proyectos de “inserción” al país en el afán por estacionar a las personas en movimiento, de contenerlos provisionalmente, ya que no hay programas de apoyo de parte del Estado mexicano.

¹⁹ A nivel internacional las instituciones que velan por la gestión de la movilidad humana son la Organización Internacional para las Migraciones (OIM) y el Alto Comisionado de Naciones Unidas para los Refugiados (ACNUR). Ambas son parte de Naciones Unidas. La primera protege el *status quo* del orden internacional: financia repatriaciones, se encarga de los mutilados del tren, atiende a deportados. La segunda fiscaliza el cumplimiento de los tratados y es acompañante de procesos, por eso: fortalece los albergues, ofrece asesorías, financia proyectos. También entran al escenario: UNICEF, OACNUDH, OIT, ONU Mujeres.

Durante este año ACNUR va haciendo presencia en el albergue y empieza una fase de apoyo e interés en las dinámicas que se producen en el Cerro del Cuatro y en las iniciativas del albergue por el fortalecimiento del equipo jurídico y los procesos de asentamiento social. Le llama la atención la idea del Padre, a medio ejecutar en términos de la construcción y puesta en marcha, de “Las Casitas” o Hábitat El Refugio. El 11 de junio, un equipo de ACNUR llega a visitar los avances realizados, expresan que no han visto otra propuesta igual en México ni en los 60 albergues con quienes colaboran. Hay disposición de su parte, escuchan interesados las posibilidades de terminar los 30 departamentos, los huertos urbanos, la cooperativa de abastecimiento, el jardín orgánico, las granjas de pollos y demás sueños. Pero PROVIASO A.C. sigue sin ser donataria y falta un equipo administrativo que pueda responder a estos proyectos; tampoco ACNUR habrá materializado ningún aporte a inicio de 2021 cuando termino el recuento.

El 14 de noviembre, arriba el jefe de la nueva oficina que ACNUR abre en Guadalajara, Aldo Morales. Guadalajara y otras ciudades del Bajío tienen industria y son “tierras de oportunidades”, además se encuentran alejadas de las fronteras y permiten descongestionar estas áreas. ACNUR y COMAR visualizan la metrópolis de Guadalajara como un espacio donde fomentar la inserción de tantos refugiados obligados a quedarse en México.

Las caravanas han provocado la visibilización del drama del desplazamiento y expulsión de las personas de Centro y Sudamérica, el Caribe y otros lugares del mundo y la activación de instancias nacionales e internacionales que mediaran esta expulsión. Las contradicciones y las paradojas continúan, lo irresoluble de la situación de crisis también.

El servicio jurídico del albergue

Las caravanas y las minicaravanas que se desprenden de ellas traen muchas personas y muchas necesidades de acompañamiento jurídico. Las políticas que se han ido imponiendo en México y el desborde de las capacidades de las instituciones encargadas de la gestión migratoria

han ralentizado los trámites y son meses muy intensos por la llegada de muchos grupos. El arribo de la profesional María Romero Casanova como encargada del área jurídica en marzo supone la puesta en marcha de nuevo de un servicio que cada vez se hace más significativo y más solicitado.

La dinámica del albergue consume las energías de todos los que están involucrados en su funcionamiento, porque satura y supera las labores asignadas en un principio. Eso ocurre también con María que en su horario de 9 a 3 de la tarde –cuando se cumple– tan pronto está repartiendo la ropa, como registrando, atendiendo a los voluntarios, dando llamadas o acompañando a los enfermos a las consultas médicas, además de encargarse de preparar las carpetas de los solicitantes, ir a migración, negociar con COMAR y con ACNUR. Una carga muy fuerte para el medio tiempo que ella puede dedicar y que la obligará a dejar el cargo.

Imagen 32. Charla de CEDHJ sobre el derecho al refugio



En este tiempo se integran dos nuevas personas al equipo jurídico. Tenoch Torres, que llega de parte de Casa del Refugiado de Ciudad de México, financiado por ACNUR, en el apoyo a los albergues en Guada-

lajara; y por un tiempo Zayra Mendoza, estudiante del ITESO, interesada en el campo de los derechos humanos. Son un apoyo externo que ilustra el nuevo escenario de presencia e intervención de instituciones internacionales en la gestión de las movilidades y del refugio. También se mantienen cercanos el Grupo especializado en atención de Personas Migrantes de la CEDHJ con Josué, Gisela y Giovanni.

A lo largo del tiempo se han llevado diferentes procesos con muchas dificultades, unos más sencillos como los retornos asistidos y otros que son trámites migratorios como solicitar constancias de nacionalidad, regularizaciones, reposiciones de tarjetas de visitante por razones humanitarias, prórrogas o, ya ligados al sistema de protección internacional, las solicitudes de condición de refugiado y reaperturas o traslados de la misma.

Apenas se han dado solicitudes de naturalización para quienes han tenido familia en México o llevan muchos años residiendo. En estos casos, la lucha está en el elevado coste de la “multa” que personas de sectores populares no alcanzan a cubrir, aunque se les considere su nivel de ingreso. La única oportunidad es que se les condonen sus pagos al Instituto Nacional de Migración o les pongan plazos más asequibles: el índice de vulnerabilidad que aplica el DIF les hace aparecer como solventes y pretenden que paguen 19.000 pesos ganando 3.500 al mes.

A continuación muestro cómo la restricción legal implica la negación social de sujetos y colectivos inmigrantes. Y este cuerpo jurídico antiinmigrante es un dispositivo de poder en términos de Foucault que alcanza una dimensión global. A esta maquinaria se enfrentan las casas de migrantes y las instancias de Derechos Humanos, que tratan de devolver lo que resta de la vida negada a estos sujetos y colectivos criminalizados desde el derecho y la ley.

Efectos de las caravanas (II). Destinos evenenciales

En El Refugio Casa del Migrante venimos observando lo que llamamos los destinos evenenciales o imprevistos (en Vega y Camus, en edición). Antes, con el tránsito unidireccional, era más fácil perder el rastro de las

personas, ahora podemos seguir, aún fragmentado, ese rastro que resulta desalentador.

Empiezo el recuento con lo que he apuntado como intentos de asentamiento, siguiendo lo que ya señalé en una fase precursora en años anteriores cuando observaba que los sujetos se mantenían en la órbita del albergue y algunos, como don Winton, eran más autónomos y estables.²⁰

Es un fenómeno “nuevo” que expresa las formas del tránsito alargado de destinos evenenciales en este espacio del Cerro del Cuatro. Luego seguiré tomando el pulso a otras facetas del mismo proceso con una serie de sujetos atrapados en la movilidad que no llegan a hacer el esfuerzo de probar a asentarse, pero que de nuevo son parte de estas trayectorias de vida de expulsión y de bandazos de un lugar a otro.

Las personas migrantes se mantienen en situaciones de alta precariedad y sujetos a un destino evenencial y desdibujado. Evenencial porque en cualquier momento modifican sus perspectivas de vida por una oportunidad o una casualidad que les lleva a otro lugar a reanudar el esfuerzo persistiendo en un “tránsito” alargado donde el proyecto migratorio ha quedado difuminado, quedando en el sobrevivir día a día (FM4, 2018). El evento tiene que ver con “la singularidad, la contingencia, el accidente, la irreductibilidad de lo vivido” (Morin, 1982).²¹ Esta lógica evenencial o de lo imprevisto no significa la eliminación del orden-sistema-conservación-causalidad, sino que se establecen en relación. De ahí que en el caso de las personas migrantes en procesos de asentamiento se

²⁰ Entiendo inserción social como una situación estabilizada de asentamiento en la ciudad con techo, trabajo-empleo y, quizás, con una configuración familiar, una situación que se puede considerar como mantener una cotidianidad, un rehacer la vida con sus rutinas dentro de un tejido social y cultural —ocio, amistades, relaciones vecinales, laborales—, lo que se puede considerar un cierto proyecto de vida en el tiempo.

²¹ En un esquema mecanicista, estadístico y causalista, que busca los rasgos constantes, regulares, repetitivos, la singularidad del evento no tiene cabida. En este sentido el evento “en su estado puro”, hace relación a aquello que no puede ser “lógicamente concebido o estadísticamente pensable” (Morin, 1982: 137).

tenga una combinación entre algunos procesos estables –que no lineales ni graduales, sino con ajustes y pruebas– y al mismo tiempo situaciones evenenciales, esos caminos que pueden tomar en un momento dado sin una explicación desde nuestro punto de vista.

En el Cerro del Cuatro se constatan ensayos por establecerse que muestran prácticas de vida cotidiana en común al formar parejas con personas de la colonia, vivir entre ellos, tener reuniones espontáneas y/o periódicas (fumar, beber, etc.) o jugar al fútbol con locales y paisanos. Muchos de ellos alcanzan el papel de nuclear en la comunidad incipiente, son referentes para el resto de quienes arriban, les ayudan en la búsqueda de vivienda o de trabajo, se juntan a platicar.

En este sur empobrecido de la metrópoli, de trabajadores informales y condiciones precarias, las personas migrantes encuentran, como la población residente, poco acceso a oportunidades laborales y a condiciones de vida de calidad. Lo que encontramos es, como señalé, un contexto de recepción (Portes y Böröcz, 1989) peculiar por su nivel de marginación y pobreza y, al mismo tiempo hasta hoy, por su empatía hacia los centroamericanos. Las personas migrantes que arriban no son tan “diferentes” de los habitantes de estas colonias, en términos de su extracción socio-económica no cuentan con estudios o capacitación en oficios. Tampoco en términos de la “diferencia cultural”. Unos y otros proceden de ambientes sociales semejantes, hablan una lengua compartida y la cultura mexicana tiene una proyección fuerte en Centroamérica.²² Ambas poblaciones soportan niveles altos de confluencias de violencias: de género, familiar, estructural, interpersonal, y saben de pandillas, narcomenudeo, ejecuciones y desapariciones, prostitución; quizás la figura de la extorsión no

²² Los centroamericanos señalan diferencias en la comida: aquí no hay yuca, el nopal les parece “ligoso”, comen poco arroz y la sazón es otra, pero son más los alimentos compartidos: los frescos, la tortilla, los tamales, el mole, el pollo, los huevos. Las baleadas hondureñas y las pupusas salvadoreñas no son tan distintas a las gorditas mexicanas. Comparten su cultura de base mesoamericana y colonial “española”.

ha alcanzado aún la categoría de régimen implacable que rige en Centroamérica. Mientras aquí se impone la soberanía implacable de “la plaza”.

Como contraparte a este perturbadora presencia de la mafia, para las personas migrantes que buscan establecerse en el Cerro del Cuatro es crucial el referente del albergue El Refugio Casa del Migrante, que por sus redes sirve como apoyo, por ejemplo para conseguir trabajo más o menos estable o para informarse de los requerimientos migratorios y de regularización.²³ Pero, sobre todo, el albergue ofrece varios servicios útiles e informales para los centroamericanos del vecindario cuando requieren apoyo en salud, una recomendación, una llamada. Además, mientras están montando su casa pueden acceder, como el resto de los vecinos al bazar, obtienen crédito para comprar que una licuadora, una televisión, un mueble, un colchón. Le tienen confianza al Padre y a él acuden, como fue el caso de Jorge, cuando necesitó un préstamo para el parto de su bebé; de Leslie, cuando no tuvo donde dormir, a ella además le guarda sus ahorros; presta la plancha de gas cuando quieren probar a vender pupusas u otras comidas; además ofrece apoyo de medicinas.

Por el lado de los “papeles” no se encuentra –hasta ahora– un obstáculo definitivo, dado el contexto de informalidad laboral que existe también en la población del Cerro del Cuatro.²⁴ Unos y otros recurren a tramitadores locales que de formas irregulares arreglan la inscripción al Seguro Social o consiguen la licencia de manejar. El intento de asentamiento se está acompañando crecientemente de la solicitud de lo que se conoce como “visa humanitaria” o de la condición de refugiado en una estrategia de

²³ Recordemos que en El Refugio hay un interés por las personas que deciden quedarse –sea en situación migratoria regular o irregular–, y se gesta un proyecto para ofrecer vivienda temporal y un proceso de inserción sociocultural en la comunidad del Cerro del Cuatro.

²⁴ También lo observa Guerra en las familias mixtas hondureño-mexicanas que residen en Ocotlán. Para ellas obtener la residencia oficial “no dota de mayor seguridad y movilidad para el inmigrante”, sí lo hace en cuanto al derecho a la identidad y nacionalidad de sus hijos y al no ser deportable (2015: 114).

facilitar el acceso al trabajo, de protegerse de la deportación y/o de poder realizar el viaje al Norte con más tranquilidad. Muchos han podido ser solicitantes de refugio o han conseguido una visa humanitaria, pero en general se mantienen irregulares: porque “no pegó” la visa, por abandono de procesos, por denegación de permisos, por falta de interés y/o de posibilidades de obtenerlos y por una política de desincentivación que dilata y dilata los procesos y los hace fracasar. Algunos que obtuvieron visa humanitaria y un número de CURP y pudieron obtener Seguridad Social en algún trabajo mantienen estas ventajas mientras pueden, aunque no terminan de estar regularizados.

Incluso con la regularización que abre la concesión del refugio hemos encontrado, como Dolores París, que “no garantiza la protección legal ni el derecho al trabajo, ni siquiera el derecho de niñas y niños de asistir a la escuela... los empleadores y la mayor parte de las autoridades (incluidos los directivos de las escuelas) desconocen el documento de estancia de los refugiados” (2017: 74-75).

Las personas que tratan de asentarse en el Cerro no parece que manifiesten miedo a la detención (en Jalisco se registran en un bajo nivel), en parte porque en términos de su presentación social se acomodan y camuflan, tratan de ir con ropa limpia y a la moda, matizan su acento y se apropian de términos mexicanos. Van conociendo la ciudad a través de los trabajos, paseando los alrededores de la colonia y acercándose al centro histórico. Es un aprendizaje problemático sobre todo por los horarios restringidos debido a trabajos intensivos y cansados.

Además de las complejas composiciones familiares en Centroamérica, las familias de los centroamericanos que encontramos en Guadalajara están diaspORIZADAS y/o fragmentadas –por ejemplo Güicho, a quien describo más adelante, es un salvadoreño de casi 50 años que tiene hijos en Miami, Estados Unidos y en El Salvador, madre y hermanos en Dallas, mientras él se ve obligado a quedarse en México–. Cuando se trata de sujetos hombres y mujeres individuales de diferentes nacionalidades como se ven en El Refugio se encuentran reconfiguraciones familiares que dan nuevos sentidos a las relaciones sociales, geográficas,

culturales en una parentalidad flexible que redefine y cuestiona la institución familiar enmarcada en el derecho y las leyes, así como enfrenta el derecho de vivir en familia con las políticas migratorias (Vatz *et al.*, 2016). Esto es algo que Fernández Casanueva observa como un importante factor estabilizador en el caso de los inmigrantes hondureños en Chiapas (2017).²⁵ Diferentes autoras señalan cómo las mujeres tienden a quedarse más en México ante una oportunidad, normalmente al dar con una pareja mexicana. Sin embargo, también señalan cómo estos asentamientos no resultan exitosos y terminan volviendo al incierto camino por abusos sobre ellas (Willers, 2017; Camus y Eguía, 2018; Mata, 2019).

Hombres y mujeres “solteros” encuentran contrapartes mexicanas, pero suelen haber tenido previamente parejas, son separados, divorciados, madres solteras. No parecen darse rechazos por situaciones de historias conyugales anteriores, muchos de ellos tienen nuevos hijos. Sin embargo, en su vida cotidiana ninguno parece entretener aún relaciones de amistad, ocio, solidaridad con población mexicana de manera profunda.

Expulsados de los órdenes social, político, familiar, nacional, los centroamericanos que arriban a Guadalajara no son personas politizadas. Son parte de una diáspora conectada a través del Facebook, pero aún no se ven organizaciones, clubs, reuniones sistematizadas. En ello juega su propia idiosincrasia muy independiente, sus propios miedos y ansiedades, su situación de desarraigados y exiliados.

Otro factor que Fernández Casanueva rescata como facilitador de la inserción y que también lo hemos encontrado valorado en Guadalajara es el poder y el derecho de compra (2017). Cuando esta investigadora solicita a los inmigrantes el ejercicio de que tomen fotografías de su entorno, una mujer hace una composición con tarjetas y credenciales: de la tienda Coppel, de Elektra, del Banco Azteca, de envío de remesas, que simbo-

²⁵ Esta autora identifica como factores estabilizadores para quedarse: contar con pareja sexual sentimental local; haber procreado un hijo y/o darse procesos de reunificación familiar; contar con medios de subsistencia y, en su caso, el hecho de sentirse cerca de su país de origen.

lizan que se es miembro activo de la sociedad y, con ello, la pertenencia a México como complemento a su transnacionalidad. Es una legítima inserción subordinada al mercado laboral y de consumo que ellos llaman “tener sus cositas”.

Una barrera importante es, más allá de los bajos salarios, la discriminación y el trato desigual en términos del mercado laboral que se da a las personas migrantes (FM4 Paso libre, 2020).²⁶ Por ello, se repite el tópico de los abusos en los trabajos por su situación migratoria y de extranjeros: no hay contrataciones formales, se dan despidos no justificados para no pagar, los sueldos son menores, les amenazan con denunciarles a migración. Además buena parte del “mercado laboral” es ofertado por el crimen organizado: como narcomenudistas, halcones, lavacoches. Esto es algo que se recoge también en la investigación de Rodríguez sobre las comunidades transitorias de centroamericanos en Veracruz (2018: 140-141). Y es algo importante porque, como ya señalé, tratándose de sujetos dañados por las violencias, esta continuidad de la presencia contundente del orden de terror de grupos criminales no les ayuda.

Las aspiraciones que expresan son sencillas y factibles en apariencia: quieren encontrar mejores trabajos y poder ir y venir a sus países para visitar a sus familias. Al mismo tiempo, la parte evenencial está siempre presente, siguen a merced de las circunstancias y “oportunidades” marcadas, por ejemplo, por el trabajo; y la idea de poder llegar a Estados Unidos en un mejor momento no se les quita de la mente. El sueño americano es un importante elemento simbólico, consideran que podrán empezar de nuevo en el país de las oportunidades con acceso a salarios, a consumo, a calidad de vida en la nación más poderosa para nuestra región.

Habría que preguntarse si el proceso de asentamiento, de dejar de estar en “tránsito continuo”, y la posibilidad de superar los “destinos evenenciales” no exigiría una ruptura con el propio sistema de creencias

²⁶ También el problema de la vivienda es crítico, sin embargo no lo es tanto en la zona del Cerro del Cuatro, donde hay acceso a cuartos y la confianza en el personal de la Parroquia, facilita su renta.

en donde está colocado el “sueño americano”; no solo se trata de enfrentar de forma realista la posibilidad de establecerse en Guadalajara como un proyecto de vida de manera que se puedan recuperar ciertas formas de ser y hacer que se han perdido entre violencias, tránsitos, desajustes, destinos aleatorios, sino de romper el imperativo utópico de ese golpe de suerte que les va a cambiar su lugar subalterno en el mundo, de ese viaje redentor que les va a compensar de tanto sacrificio y sufrimiento (Vega y Camus, en edición). O, por el contrario, si esta fuerza deseante precisa mantenerse como la utopía que mueve la vida social, y el despojo de estos deseos supondría el fin del encantamiento, la nuda vida, la muerte social (Parrini, 2018).

La caja de Pandora y el duelo migratorio

Un tema tabú por ser políticamente incorrecto para las organizaciones defensoras de personas migrantes, es el alto nivel de adicciones a la droga y al alcohol que tiene la población centroamericana, así como sus problemas de salud mental: ansiedad, miedo, traumas, paranoias. Para Yaneth, “beben mucho. Lo que les pagan lo gastan en bebida. Cerveza sobre todo. Y van a barras donde venden a litros. Y toman mucha cerveza”.

También la marihuana es otro problema. El consumo de droga facilita la vida en la extrema precariedad, permite enfrentar y olvidar el frío, el hambre, el abandono social, la memoria, porque arrasa con todo, también con la propia existencia: “al inhalar la droga, el sufrimiento aspirado termina por aspirar a los sujetos... La droga es el pase hacia la fuga del tiempo, con ella se vive en estado de flotación, de suspensión, de desmemoria” (Makowski, 2010: 74-75). Es parte de los procesos de destitución y desacreditación identitaria por el sistema, consumir les permite a los sujetos sentirse bien en una violencia autoinfligida que oscurece el impacto de las políticas y las fuerzas económicas, y les lleva a subordinar la vida propia y la social (Bourgois, 2009). Hay grupos de jóvenes que del albergue pasan a vivir en la calle –por ejemplo al ser expulsados y tratar de mantener los procesos jurídicos que han iniciado– y, con el tiempo se

“descomponen” porque se gastan lo poco que consiguen en droga y se descuidan. Los vecinos se molestan y reclaman y el albergue expone que no responde por ellos. Un colaborador dice: “es una bolita de nieve que puede generar problemas gordos después a la comunidad y al albergue”. Este tipo de comportamiento los pone en relación con otros jóvenes de la colonia que son “la tentación”, con quienes comparten el contar con pequeñas chambitas y ser consumidores de marihuana. Esto veremos que se expande con la pandemia de COVID-19 en 2020.

Mientras se mantienen en el camino estos comportamientos se encuentran contenidos, pero reaparecen en el asentamiento como una caja de Pandora. Achotegui se refiere al síndrome de Ulises, “un cuadro reactivo de estrés ante situaciones de duelo migratorio extremo que no pueden ser elaboradas” (2009: 168) como: la separación forzada de los seres queridos; el sentimiento de desesperanza por el fracaso del proyecto migratorio y la ausencia de oportunidades; la lucha por la supervivencia; el terror que viven en los viajes migratorios; la indefensión por carecer de derechos. Todos estos factores se potencian entre sí y pueden hacerse crónicos (*ibid.*: 168). De una manera experiencial, el poeta Juan Gelman expresa que el exilio que le tocó vivir “produce una honda sensación de desamparo, de vivir a la intemperie”, y profundiza “La necesidad de auto-destruirse y la necesidad de sobrevivir pelean entre sí como dos hermanos vueltos locos. Guardamos la ropita en el ropero, pero no hemos desecho las valijas del alma” (2009: 5 y 11).

Sus procesos de adaptación son difíciles por las condiciones de vulnerabilidad y riesgos latentes que enfrentan las personas migrantes como la “amenaza del vicio”, la mendicidad, el reclutamiento por el crimen organizado, las trabas institucionales, los abusos de los patrones. Un cuadro que, viendo las condicionantes que existen en el caso de los centroamericanos, es posible que se agrave porque cargan miedos e incertidumbres y su complejidad está tejida tanto de orden como de desorden. Las personas migrantes con experiencias de violencias extremas llevan encarnado el miedo como una constante que media el proceso de reconstrucción de

sus vidas, sus interacciones con el régimen de la migración forzada y sus relaciones con la sociedad receptora (Riaño, 2008). Como expresa Darcy, una desplazada salvadoreña: “[Me han pasado] cosas graves, algunas cosas que no recuerdo porque tanto tiempo en la calle, tanto tiempo de preocupación, tantas cosas que tengo en la cabeza, ya ni sé cuál recordar, pero sí he sufrido mucho, he sufrido mucho a causa de no poder vivir en mi país”. Y se refiere a las “vidas de humillación” (FM4 Paso Libre, 2018: 41 y 42), exponiendo la necesaria normalización y negociación de las violencias como parte de la capacidad de sobrevivir.

A esto se añade que Guadalajara no era parte de sus proyectos cuando partieron de sus países de origen. Esto dificulta ese estado mental y anímico que se precisa tanto o más que otros aspectos tangibles y materiales como condiciones de vida, acceso a empleo, derechos para que se produzca el asentamiento (Düvell, 2006). Achotegui refuerza esto al plantear cómo a menor consistencia y elaboración del proyecto migratorio, más difícil será la integración, más si la salida es involuntaria y repentina (2009). Lo que estamos observando en Guadalajara, en consonancia con otras geografías de la república, es que “las circunstancias de la vida cotidiana superan las capacidades de respuesta del individuo”, y ésta es una constante que se está acentuando entre estas poblaciones de atrapados en la movilidad y en el abandono (Bojórquez, 2019: 1).

La descripción de seis familias formadas por nacionalidades mixtas centroamericanas y mexicanas “establecidas” en Ocotlán, Jalisco, es impactante. Se vinculan entre ellas como usuarias del Comedor San Francisco de Asís y también coinciden en que tres de las mujeres proceden de la misma colonia de Irapuato cercana a las vías del tren. Son sujetos altamente móviles que viajan por ferrocarril por México para dar con trabajos en la agricultura u otros, viviendo por temporadas más o menos largas en diferentes lugares. Hombres y mujeres de una u otra nacionalidad comparten historias de abandono y orfandad, pobreza y violencias física y sexual, drogadicción y alcoholismo. Se encuentran entre ellos en espacios públicos. Tienen hijos en la pareja, pero además han tenido

descendientes en otros momentos que de alguna manera también han abandonado. Coinciden en el estigma social que recae sobre todo el grupo familiar: todos son vistos como migrantes irregulares aun siendo mexicanos porque recurren a las “prácticas propias del migrante: subirse a “La Bestia”, vivir en la calle, pedir dinero, etc” (2015: 70) y se mantienen en la ilegalidad y la exclusión de los servicios básicos por desconocimiento y miedo a las autoridades: sus hijos quedan invisibles también para las instancias oficiales. Así las experiencias entre todos no son diferentes, son vidas precarizadas “en la pobreza, la violencia, la drogadicción y el abandono” (Guerra, 2015: 111).

El enrarecido contexto del Cerro del Cuatro

El ambiente de Guadalajara y de los barrios populares donde se insertan los centroamericanos los engulle y la presencia del Cártel Jalisco Nueva Generación en la zona es implacable imponiendo sus códigos. Yaneth cuenta un caso interesante.

Una vez tuvimos un guatemalteco. Él era un señor normal, así lo veía. Recuerdo cómo que estaba muy triste por la familia. Cuando una tarde bajo unas dos cuadras y me acompañan dos de aquí y vemos al señor en una casa muy bonita. Me acuerdo que me acompañó Leonel y se detuvo a platicar con él. Después Leonel me platicó que uno le ofreció vender droga y traerse a la familia con la condición que él trabajara aquí. En el Cerro del Cuatro hay muchas personas que se dedican a eso. Y el señor se quedó ahí. No sé qué fin tuvo ese señor, pero él quería traerse a la familia. Y así los enganchan y se exponen al crimen organizado.

Los hechos de violencia: enfrentamientos entre pandillas, asaltos, actividad intensa de narcomenudeo, desapariciones, ejecuciones, violaciones siempre han estado presentes en este escenario. Hay muchas casas de seguridad que son centros de tortura, cadáveres destazados. “La plaza”

implanta sus formas de ejercer justicia e imponer sus reglas.²⁷ El horror se ha acentuado desde los registros hechos por Strickland (2019).²⁸

Desde el mes de octubre nos percatamos, quizás se daba previamente y no lo registramos, de unos mayores niveles de agresiones hacia el albergue y hacia las personas migrantes que arriban al mismo. El día 21 son golpeados Rigo y Félix, dos albergados, cuando salen a sacar dinero al oxxo y seguramente se quedan chupando en algún lugar donde terminaron en gresca. Les dijeron “que no se metieran a su territorio”.

A la mañana siguiente recibimos en el chat de El Refugio la noticia del asalto durante la noche en la casa parroquial del Padre. Previo a ello, se había dado una llamada de extorsión que logra que la cuidadora de la madre del Padre entregue 40.000 pesos que guarda el Padre para obras de la Parroquia. Ya en la noche cuando el Padre llega, hay una pareja esperándolo en la puerta de su casa. El hombre expone que su mujer –que está con él– quiere divorciarse de él por marihuano –de hecho huele a mota– y que vienen a jurar por la iglesia que van a recomponerse. El Padre les comunica que los va a atender con la puerta cerrada, pero le dio pena la mujer y abrió la puerta, entonces se abalanzan seis hombres con pistolas. La chica ya no entró. Al Padre lo tiran al suelo, lo golpean, le “cortan cartucho”. El que dirige va con cara descubierta y tiene una gran pistola plateada. Ya lo han visto en otras ocasiones. Es un hombre robusto, de tez blanca, camiseta blanca. Los demás tienen unos 20 años. Les dicen que entreguen todo: cadenas, celulares... luego no se llevan nada. Entran al cuarto de la anciana madre y saben buscar el dinero: hay 20.000 pesos. Ya

²⁷ Ver: <https://pagina24jalisco.com.mx/2019/11/13/local/las-casas-del-terror-son-modus-operandi-del-narco/>

²⁸ A principios de marzo se dieron una serie de crímenes de cinco jóvenes narcome-nudistas. A dos de ellos es probable que los mataran los vecinos de El Vergel porque, al parecer, a su vez habían asesinado a alguien y los encontraron en el Oxxo cercano al macrobús. A la dueña de una licorería la mató el grupo contrario de los que venden en su establecimiento.

no suben a las habitaciones de arriba. Fueron ocho minutos muy largos. Revolvieron todo el cuarto y solo se llevan el paquete de dinero.

La policía llega cuando el Padre conecta a un comandante que acelera el proceso. No encuentran huellas aunque no quisieron llevarse una bacha de un cigarro de marihuana, no hicieron retratos aunque la cara del jefe se podía describir, dicen que no encontraron pruebas. Tampoco dejaron la declaración.

¿No fue suficiente la extorsión de la mañana? ¿Cómo sabían que había más dinero? ¿Es “la plaza”? ¿Por qué buscan al Padre personalmente y no solo el robo? ¿Quieren amedrentar? ¿Se vincula con el trabajo hacia las personas migrantes?

Además esa misma noche, a las 2 de la mañana, un grupo de migrantes que recién ha llegado desde las vías se ve perseguido por unas gentes que les llegan a disparar, unos se esconden y llegarán hasta el día siguiente, otros alcanzan a cobijarse en El Refugio.

Se deciden promover medidas cautelares de DH para mayor protección de la Casa y del Padre y familia y se hace un comunicado para difundir. La rueda de prensa no se da porque la Iglesia no quiere que interfiera en sus otras actividades. Se suspenden una semana las actividades de estudiantes en el albergue y se empiezan los trámites con el Mecanismo de Defensores de Derechos Humanos para solicitar escolta al Padre, la que arribará ocho meses después.

Se recibirán apoyos y pronunciamientos del Colectivo de Defensores de Migrantes y Refugiados (CODEMIRE), de REDODEM, del Centro de Justicia para la Paz y el Desarrollo (CEPAD), o del Programa de Asuntos Migratorios (PRAMI). La policía municipal aparecerá unos días haciendo rondines, luego no los continuarán. De la fiscalía regresan a ampliar la declaración, pero no modificaron su versión de robo simple, ni siquiera se tomó en cuenta que fueran gente armada y que habían estado llegando toda la semana. Se estudian medidas de seguridad: poner luz en la placita, interfon en la puerta de la Parroquia y en la del comedor comunitario. Todavía no se ha hecho.

Al mismo tiempo de esta realidad que dificulta el arraigo de los centroamericanos, encontramos otras facetas como su aceptación a través del fútbol. Este deporte ha sido un mecanismo de integración de los centroamericanos en la colonia, aunque por la falta de disciplina de los equipos, éstos no se sostengan. Se juega en los campos de fútbol reglamentarios en la unidad deportiva cerca de la punta del cerro los domingos en la mañana. El conjunto Cerro del Cuatro llegó a “fichar” a tres hondureños que ya viven en las colonias; y hay otro equipo que también cuenta con hondureños. Se les considera jugadores “muy buenos”, dice el señor Marín.

Intentos de asentamiento

A continuación ilustro con diferentes casos esa tensión entre los intentos de asentamiento y los destinos evenenciales. Como señala Winton, el drama de los desplazados del Norte de Centroamérica no termina porque su proceso se caracteriza por el encadenamiento de desplazamientos en una creciente inseguridad y una creciente precariedad social y personal: “estos re-desplazamientos no se tratan de paradas (que serían parte normal de un viaje más largo), sino de intentos fracasados de asentarse” (Winton, 2018: 14).

Hugo el Pollero (continuación)

Habíamos hecho referencia a Hugo el Pollero y vimos que de pronto se sumaba a la Caravana dirigida por El Chele y salía a lo incierto, agüitado y emocionado. Para final de marzo, el Pollero está de regreso. Cuando le preguntamos por su aventura en la Caravana, nos dice que todo fue un desastre. Aquí los dejaron en la Caseta de El Arenal y caminaron como 13 km. Al cabo tuvieron que dormir donde pudieron y del gobierno nadie les ayudó. Llevaba mil pesos, así que pudo agarrar un camión a Tepic con otras 30 personas de la caravana. Allí se reagruparon y las autoridades les sacaron de madrugada a la frontera con Sinaloa en tres grandes volquetes “como animales”, sin comida. Al llegar solo había una patrulla, aunque

después aparecieron unos buses que les cruzaron Sinaloa, únicamente les dieron agua y los niños lloraban. Se sintieron muy abandonados.

Imagen 33. Actividad para las personas del albergue



Ya en Mexicali se fueron dispersando. El Chele llevó a quienes quisieron a una iglesia cristiana donde no había nada. Sabe por el Whats que algunos están ahora en Monterrey buscando trabajo porque no pudieron pasar la frontera. Otros se quedaron en Mexicali y como tenían papeles y CURP les dieron trabajo en las maquiladoras. Él se fue a Tijuana y de ahí a Ensenada. Nos enseña su foto en el muelle de Ensenada. Dice que se movía solo porque no se fía de la gente. Al fin pidió ayuda al Padre que le contactó con una parroquia y le facilitaron regresarse. Ahora debe dinero, pero está bien en este lugar, pobre, pero bien. Sigue asando pollos, aunque vende poquito. El Padre le volvió a prestar el asador que pintó de naranja. La mesa y el aparador aún los conservaba. Ha vuelto a la casa de su mujer. Y se le ve contento contando sus aventuras en su estilo parco.

A las pocas semanas Hugo el Pollero desaparece dejando sus tili-ches. No sabremos nada de él en un buen tiempo. Nos enteraremos que

empezó a tomar, la familia de la mujer lo echó e intentó ir de nuevo al Norte. A mitad de septiembre, el Pollero vuelve a dar señales de vida. Lo deportaron a Honduras y ahora se encuentra en Chiapas, pretende que el Padre le envíe 10.000 pesos para llegar de vuelta. El Padre le dijo que ya le prestó mucho y nunca le devolvió, tampoco el asador, las mesas, ni el toldo.

Poncho, el de la cadera operada

Otro habitual del albergue ha sido Poncho, aquel hombretón que se rompió la cadera al estar podando un árbol y pasó muchos meses en recuperación en El Refugio.²⁹ Para junio de 2019 nos encontramos con él, le han permitido quedarse otra vez en el albergue para que no se mantenga en la calle. Ha estado trabajando de guardia de seguridad. Parecía que iba a lograr hacerse autónomo y romper con la dependencia del lugar, pero viene a solicitar una asesoría jurídico laboral porque ha pasado cinco meses de guardián y no le han pagado ni un día. No tiene posibilidad de reclamo porque nunca firmó nada, solo confió en la buena voluntad de los contratantes. Asegura que la señora de la empresa es cristiana y espera que en algún momento le va a pagar algo. No le ha ido bien. Ha pasado en la calle varios meses, duerme en cartones en los Oxxo y mendiga. Ya le cortaron el cuello con una botella rota para quitarle el celular. También le han detenido porque para defenderse lleva una navaja y un machete afilado que tuvo que entregar a la policía. No lo echaron del país porque dijo que era de Guerrero. Le han ofrecido chambas pero todas con la mafia como patrones: le querían llevar a vigilar una finca de aguacates en Michoacán; también de wachiman o halcón a La Barca; o a controlar el paso a un coto de ellos; también que las hiciera de narcomenudista. Y como él todos tienen varias anécdotas del mismo corte, buena parte del “mercado laboral” es ofertado por el crimen organizado.

A los pocos días lo llaman de una funeraria donde por 200 pesos en la noche, debe atender los cafés y vigilar un callejón donde aparcen las

²⁹ Su operación costó 14.000 pesos que pagaron el Padre y el patrón de donde se cayó.

visitas porque les han robado carros y motos, necesita una camisa blanca y un pantalón negro.

Güicho, un salvadoreño con refugio

Güicho es un hombre de casi 50 años con una cara angulosa y fuerte. Aparece desde principios de año y hasta ahora se mantiene en la colonia. Es el centro de muchos hondureños, guatemaltecos y, de sus paisanos, los salvadoreños a quienes ha dado cobijo en su departamento sin barreras nacionalistas. Le gusta invitar en la azotea y preparar pollo asado. La señora que les renta tiene buen trato con ellos, no le dice el Salvadoreño sino don Luis.

La presencia de Güicho en México se explica por su doble expulsión: primero la deportación de Estados Unidos y después la salida forzada de El Salvador. A los 12 años entró a Estados Unidos con coyote a encontrarse con su madre en Dallas. Se hizo ciudadano, pero a los 19 años lo detuvieron por estar involucrado en un accidente donde fallecieron dos personas. Su sentencia fue de 15 años. Aprovechó la cárcel para capacitarse en diversas actividades: arreglar lavadoras, plomería... Cuando sale a los 35 años, le “tiran a El Salvador” donde tiene que empezar la vida. Se acompañó con una mujer que ya tenía tres hijos “y yo le crecí los niños. Allí están mis criaturitas”. La señora consiguió llegar a New Jersey con la niña menor, el resto quedaron con la hija mayor, a quien la envía dinero semanalmente. “Yo tengo tendida comunicación con ellas. Pero pues ahorita perdió su celular, ha perdido contacto”.

Él salió también hacia México por la presión de la extorsión: era piloto de buses y le amenazaron con quemarle la unidad con 55 personas dentro.

Y a pura súplica y súplica y mentira yo le dije ‘Mira, déjame llevar a esta gente, lo que vas a hacer no está bien, aquí van niños y van los ancianos, creo que no es justo, yo no soy el dueño, soy el empleado que me ando ganando el pan de cada día como cualquier otra persona para mantener a mis hijos’. ‘No, que nosotros estamos informados que tú eres familiar del empresario’. Y sí, era primo del patrón, pero éste no contestaba las llamadas desesperadas. Le

dejaron ir, bajo palabra de pago y “me asustó cuando me dijeron que sabían en qué camioneta andaba, sabían dónde vivía, sabían hasta los nombres de mis niños y mi compañera. Dije ‘no, pues no, con eso no ando jugando’”. Al poco pasaron con “un Honda negro con vidrios oscuros y tiraron arma ‘pum, pum, pum’ avisando que ahí andaban. Pero yo ya no estaba ahí, ya me había venido.

En México logró tramitar su asilo y tiene sus papeles de refugiado y su CURP. Al principio se quedó en la Ciudad de México (Huixquilucan y Texcoco) mientras se lograban sus papeles. Estuvo de valet parking, después colocando paneles solares y en la carpintería. Incluso pasó tres semanas colaborando en el rescate cuando el terremoto del 2017, “yo estuve ayudándole a los topos aztecas, mandando despensa, ropa víveres para todas partes, para Oaxaca, Puebla, para todas partes. Ahí me tenían de encargado y yo cuidaba, yo recibía y me agarraron confianza”. Pronto se acompañó de otra mujer también con dos hijos. Ella era de Guadalajara y la idea era que una vez arreglara sus asuntos con su ex-esposo, se vendrían a esta ciudad. Güicho se adelantó, era octubre del 2018, y ella ya no vino.

Güicho se propuso asentarse en esta ciudad. Primero llegó, con la ayuda de ACNUR, a uno de los albergues de la ciudad. Trabajó lavando campanas de cocinas en los hoteles, pero “me dijeron a mí que iba a hacer de dos a tres servicios por noche y por cada servicio me iban a dar 400 pesos. Oye, me desvelaba, me iba yo como a las 8 de la noche y regresaba a las 9:30 de la mañana. A la hora del pago me salen con 200 pesos por noche. Por toda la noche. Entonces le dije, ‘oye, ese no es el trato que hicimos’, y todavía me quedaron debiendo tres turnos, que no me los pagaron”. Y en estas estaba cuando le llega la noticia de la muerte de su hermano, “me descontrolé porque padezco de los nervios y yo me llevaba así con él, desde niños”. Se salió del albergue 2 días mientras pasaba su crisis y al regresar lo habían expulsado. Su familia le había enviado unos dólares y cuando va a cobrarlos al Western Union del Soriana de Niños Héroes, le “cayeron 4 chamaquillos con cuchillo, me robaron el dinero...

Y me quedo en la calle con mis cosas. Y me dice una muchacha ‘hay un albergue en el Cerro del 4’. Y ella habló a un Uber, le dio la ubicación y ya el hombre me trajo para acá”.

Con su buena disposición, Guadalajara le parece más limpia y con menos delincuencia que la Ciudad de México. En unos días Güicho buscó salir del albergue, dar con un trabajo y un cuarto.

No hay como estar uno en su casa. Ya agarré esa casilla ahí, ando buscando una cama, no tengo cama y dormir en el piso está duro. Ya agarrando mi cama así ya, la cocina ya la compré. Una cocina completa, la compré. Me la dieron en \$700. De a poquito me voy haciendo de mis cosas. Así como en el DF amueblé todo mi departamento. Entra primero de guardia de seguridad en una urbanización cerrada cercana dando a terrenos sin urbanizar y solo tenía que levantar la pluma y apuntar al que pasaba y “Nomás me dicen ‘Oye seguridad, cuando mire que ando en mi troca y viene una caravana atrás, déjemelos pasar’. ‘No, sí, seguro’. Y los dejo pasar. Yo creo que tienen gente allá arriba, no sé. Dejé ese trabajo, por una parte porque el dinero no me lo pagaban puntual porque les quitaron ese servicio y se lo dieron a otra empresa. Entonces me querían llevar a unos condominios que están haciendo arriba. Es una empresa de maquinaria la que hay allá. ‘Te vamos a dar arma’, porque dicen que llegaban a robarles el combustible de la maquinaria. ‘No –dicen– ya se han metido y han querido hasta matar’. ‘No –dije, yo mejor me voy’. Y me metí a otra empresa a trabajar de seguridad. Estaba en una fábrica bien tranquila. Lo que hago es anotar cuando traen los tráiler, contar las esquivas, cuántos colchones hay y hacer los bisnes. Y así tranquilo, no me meto en problemas. Imagínese allá que por salvarle el combustible a una máquina me vayan a dejar el pecho todo agujerado por balazos.

Güicho no quiere meterse en problemas, sabe que hay mucha venta de droga en la zona, pero “yo no ando en eso”. Una vez en el fraccionamiento se le acercó El Wero, “un gordito él. Me dice ‘Oye seguridad, ¿cómo le hace para aguantar el sueño?’, ‘Puro café hermano. ‘Oye ¿y no le gustaría otra cosilla para que levante, para que le bote el sueño?’. ‘No, le digo, yo

no le hago a eso. Y me enseñaba la bolsa así, mire. Hacer trato con ello o así, tarde o temprano vas a salir mal. Así es que mejor tranquilito, con mi cafecito, más tranquilo”.

Para mayo, Güicho se acompaña de Fanny una mujer hondureña que vino en la caravana de febrero, ella tiene varios hijos pequeños en Honduras que la empujaron a salir.³⁰ Llegó hasta Mexicali pero estaba difícil y peligroso, trabajó en una tortillería de harina. Güicho la enviaba mensajitos y mensajitos y luego dinero para que volviera en el bus. La convenció para estar con él.

Imagen 34. Aprendiendo a tatuar



Aunque no descarta volver a Estados Unidos “cuando cambien al presidente”, especialmente porque su madre y hermanos están allí, Güicho quiere naturalizarse, hacerse mexicano. Su madre, una anciana de más de 80 años, llegó a visitarlo en junio pasando dos semanas en su departamentito. El Padre le lleva al aeropuerto a buscarla. La señora vive en

³⁰ Ella está solicitando la visa humanitaria, pasa algunos miércoles apoyando en el bazar y trabaja un tiempo en una juguetería.

Dallas, trabajó en casas y tiene a cuatro hijos con ella, todos con papeles. Es diabética y le duele la rodilla.

Aunque sabe inglés, está capacitado y puede manejar –no tiene licencia–, Güicho trabaja en un turno 12 por 36, apenas tiene tiempo de pasear la ciudad, pero no tiene mayores ambiciones, está contento y es uno de los que lideran la incipiente comunidad, estando al tanto de todos los centroamericanos que están recalando en el barrio. Quizás con apoyo de su familia de Estados Unidos pueda tener un capital para montar algún negocio de comida con Fanny: aunque se la pasan bromeando sobre el rechazo de él a las baleadas hondureñas y de ella a las pupusas salvadoreñas.

En el tiempo que pasa en el albergue, Güicho deja un buen recuerdo por su disposición y buen humor. Incluso ya autónomo, el Padre lo lleva a conferencias y reuniones para que dé testimonio de su vida. Ahora va a salir en un libro que está preparando la FEU de la Universidad de Guadalajara sobre las personas migrantes.

El gran logro de Güicho es comprar en julio una enorme televisión. Le gusta ver las noticias para saber cómo está la frontera. Ella la pasa viendo novelas. Pero se realiza aún más en 2020 cuando nos enseña la furgoneta Ford que se ha comprado y con la que gasta más de 100 pesos solo para ir y volver al trabajo. Se siente soñado y reivindica el modo de vivir norteamericano en el sur empobrecido de Guadalajara. Hasta para ir a la tienda, a unos 30 metros, él agarra el carrote. Tiene su lugar para el six de cervezas.

Leobardo el Chele

Leobardo el Chele apenas ha cumplido 19 años, es de Lempira, y allí trabajaba en la venta ambulante de productos plásticos, los cargaba con un carro y salía a venderlos a aldeas y caseríos en la montaña. Hasta que le tocó pagar renta o extorsión y en varios lugares donde entraba y la empresa no se hacía responsable de ese pago.

Me bajaron del carro y o sea me golpearon. Y me dijeron que si no pagaba pues... Y en ese momento nos tocaba entregar 1.000 lempiras cada uno, porque andábamos dos, el chófer y yo. 2.000 lempiras nos quitaron. Porque ya habíamos tardado un mes que no pagábamos, ya estaban enojados y dijeron ‘La neta si no lo pagan, pues ya verán’. Y me fueron a buscar a la casa donde yo estaba. O sea, no me encontraron, pero los vecinos me dijeron. Me salí de la ciudad y me fui a otro lado. Y siempre se dieron cuenta donde yo estaba. Y llegaron a buscarme. Pero en el barrio donde estaba, se cuidaban las bandas. Allá estaba la mara 18. Y allá no pueden entrar los desconocidos. Ellos me protegían. Pero ya no podía seguir así porque lo primero que iban a decir los de las bandas es ‘¿de qué te andas escondiendo aquí en nuestro territorio?’. Fue cuando tomé la decisión de salir para acá.

Al principio estaba confuso sobre si llegar a Monterrey, a Estados Unidos o si sacar los papeles en Guadalajara. Y dice: “aquí me está yendo bien”. Trabaja en seguridad privada con los contactos del Padre. “Ya ahorita me están pagando 2.850 quincenales. En quincena me pagan. Yo también ayudo a mis padres desde acá. Mando dinero quincenal, estoy juntando para mi casa, pero un arte. Depende de cómo vaya con mi dinero. A veces le mando 2 mil quincenal, a veces 500. De modo que no me quedo sin mandarle dinero, como tengo 4 hermanas. Y no es porque me estén presionando. Es mi propia voluntad”.

Trabaja muy lejos del Cerro del Cuatro. “Mi trabajo es organizar toda gente que llega. Por ejemplo, le pregunto dónde va, a qué oficina va y con quién. Dice voy a tal oficina, por ejemplo dice ‘voy con Alejandro Fernández’, y me lo tiene que anotar en una libreta los datos, todo. Luego me preguntan dónde está la oficina. Luego digo, tal oficina, tal lugar, qué número. Y ahí digo en la recepción que viene con tal persona... y ahí se pasan”.

Ya va conociendo la ciudad aunque sale poco, sobre todo se mueve en la colonia:

Por lo que veo, es mejor acá, porque acá es un poco más económico para rentar. Mientras que si me voy a Bulevar Puerta de Hierro, saca hasta los frijoles. Aquí conozco mucha gente. Si me voy aquí por abajo, luego ya me conocen. Luego me voy al Oxxo, me dicen qué onda, cómo estás. Aquí abajo en Miravalle conozco personas, ya tengo confianza, me conocen. Luego ahí en la colonia San Egidio tiene muchas personas que ya han venido acá, que traen comida, y ahí tengo una confianza que en algún día me digan ‘Ven a comer a mi casa’.

Leobardo se refiere a la mafia de la colonia:

No me gusta andar saliendo. La neta no. A veces solo voy a comprar aquí, voy al Oxxo, y hacer mis mandados. Y luego regreso y ya. La ventaja de no tener ningún vicio. Lo que me dijeron que aquí ya no hay mucha pandilla, porque el cártel los levantó a todos. A todo malandrino... Porque aquí dicen que hace unos días aquí andaban unos jodiendo con la gente, robándole. Vino el cártel levantó como a ocho. Pusieron más tranquilidad. Es que el cártel nunca se mete con la gente. Se mete con la gente que lo busca. Es que uno se busca... Los desaparecen. No se sabe a dónde se los llevan. Es que allá hay unas zonas donde hay narcos, y los narcos no permiten ladrones. Los levantan y no te das cuenta dónde te los van a meter. Hay que andar mucho cuidado.

Leobardo vivió un tiempo con Güicho el Salvadoreño que le dejó un cuarto, entonces había emparejado con Zoraida. Pero cuando él no estaba en el cuarto, ella metía a Eder, el Sonora. “No puede estar una mujer de uno a otro”, dice Güicho. La cosa no funcionó, ella regresó con Eder y él alquiló otro lugar en las cercanías con otro compañero. Solicita la condición de refugiado que le conceden meses más tarde. Está contento con su refugio y quiere arreglar sus papeles del seguro social.

Milton, asentado con mujer mexicana

Milton es otro de los que ya tienen un buen tiempo en la colonia, son tres años viviendo en el Cerro y su tirada nunca ha sido llegar a Estados Unidos. De Catacamas, un pueblo ganadero de Olancho, su primera salida migratoria se da por problemas familiares con 14 años, a Costa Rica, de donde lo deportaron confundiénolo por nicaragüense. Trabajaba en madera para barcos y le fue tan bien que pudo hacerse una casa en el pueblo. De vuelta se juntó con una mujer y tuvo dos bebés, pero se separó de ella porque regaló en adopción al segundo bebé a unos familiares de ella que vivían en el “gabacho” para que tuviera papeles americanos. “Dejé todo, mi casa, mis cuentas se las dejé a nombre de mis hijos. Me fui ya de ahí ya definitivamente, me salí de ahí de mi barrio fue a los 18 años, era mayor de edad. El plan mío era quedarme aquí en México la verdad. De hecho peleé papeles y nunca me los han dado. Por un simple error. No me interesa Estados Unidos porque no tengo a nadie allá. Y otra es a qué voy a Estados Unidos si lo que puedo hacer allá, lo puedo hacer acá”.

Anduvo en distintos lugares: en Piedras Negras, en Monterrey, en Mexicali, en San Luis Potosí, hasta que “esta morra que tengo ahorita aquí, la conocía de las redes. Hacía mucho tiempo [unos 9 años].³¹ Y haz de cuenta que ella vino, ‘Hey ¿sabes qué?, yo estoy aquí en Michoacán. Si gustas ven aquí a la casa’. Ahí anduve en Michoacán visitando a los padres y la madre y pues sí, nos hicimos novios. Duramos como unos tres meses de novios, y ya luego yo la convencí y me gusto más aquí”. Ella era nacida en Guadalajara. Trabajó en limpieza y por 22 días vivió en el albergue. Él pronto rentó una casa. “Era un poco más libre porque tenía novia y todo eso. Y decía yo, ‘No, ya con mi novia necesito más tiempo’”. Se quedó dentro de la órbita de la Parroquia y el albergue porque “haz de cuenta que como nosotros no tenemos seguro, ni nada, con una enfermedad... Haz de cuenta que si nosotros caemos mal, ya venimos al Padre

³¹ “Haz de cuenta que nos decíamos amor y todo y no nos conocíamos. Nomás nos mensajeábamos”.

y le decimos que nosotros así, así y así, yo sé que él no nos va negar la mano. Entonces ya lejos tengo que ver por mí mismo. De hecho el otro día me puse malo, y él me mandó con una carta y llegué al Centro de Salud y ya me atendieron. Por esos motivos estoy aquí cerca de la Casa”.

Guadalajara le gusta por el clima y, porque siendo de un lugar rural, le gusta la ciudad y la conoce, sabe sus rutas de camiones urbanos, aunque ahora la recorre en bicicleta; a veces salen al cine o a la discoteca. Su mujer trabaja limpiando las canastas del tomate por López de Legazpi y él encontró el suyo:

me anduve pidiendo hasta que llegué a la Central [de Abastos], y me quedé viendo ‘aquí tiene que haber trabajo’. Y ya no me puse a pedir, sino que a buscar trabajo, de bodega en bodega. Hasta que me hallé un señor que me dijo ‘¿Quieres trabajar?’ ‘La verdad que sí’, ‘¿Has manejado diablo?’, ‘Sí he caminado en diablo muchas veces, en Monterrey caminé diablo, no tan cargado, pero sí he manejado’. Y ya me empezó a dar y a dar el trabajo. No me pagaban bien de primero. Me daba 200 pesos. Pero le trabajaba de 4 de la mañana a 2 de la tarde. No ganaba nada casi. Entonces hubo otro muchacho que es el patrón que tengo, y vio cómo trabajaba, el interés de avanzar que tengo. Entonces él me dijo, ‘Yo te doy trabajo, pero no por un día, aquí va a ser permanente’, y yo digo, ‘No, no hay problema, depende de la paga’, porque ni yo le iba a decir cuánto me estaba pagando el otro. Me dice, ‘Te voy a empezar a dar 400 al día’. No, pues eran 200 más, ahí nomasito me di vuelta. Entonces ya me puse a trabajar con él y ya tenemos 14 meses. Ya me tiene confianza”. Mueven col, cebolla, ejote. Incluso entre todos los trabajadores juntan las propinas y son unos 500 pesos más a la semana.

Su interés en continuar en Guadalajara lo expone cuando dice: “la ilusión es poder sacarle una casa a mi esposa. Y de hecho ya le prometí a ella, y sí ya tiene todos los requisitos para poderla sacarla [por Infonavit]”. Y añade, “hace falta un niño en la casa”. Ahora le preocupa sacar los papeles porque reconoce que “solo yo sé cómo es andar buscando trabajos sin papeles aquí. En todo México es difícil. Lo primero que te

preguntan ‘enséñame tu credencial o tu seguro’”. Sabe también los abusos que se viven cuando los patrones no pagan a los migrantes. Una vez uno le quedó debiendo dos días, “a otros les quedó mal con dos semanas”.

Milton se comunica con otros hondureños a través del celular: “Yo tengo muchos amigos por Face, que están aquí, en el Distrito Federal, otros aquí en Guadalajara, allá otros en Piedras, otros acá en Mexicali, y otros en Caborca”. Él reconoce ser parte del pequeño grupito que se vienen asentando: “De hecho, sí han llegado muchos y se han quedado. En esta cuadra tenemos seis inmigrantes. En esta cuadra, entre Constitución, el Cerro de las Campanas y la Calpulalpan. Tenemos muchos aquí entre salvadoreños, nicaragüenses y hondureños”. Y es parte del núcleo de formación de comunidad, se reúne con su gente, permite que Hugo el Pollero le deje sus bártulos en la casa...

Está pensando en casarse por la Iglesia, “Ya fui al registro, y me dijeron que tienen que hacer llegar un acta de nacimiento que venga estampillada. De que se puede se puede, nomás un poco más complicado”.

Las mujeres que arriban con las caravanas

Estas trayectorias de vida en la precariedad y la incerteza se redimensionan cuando nos referimos a las mujeres. En ellas la inconstancia y la extrema dependencia que se crean con algún acompañante masculino produce que sus mayores esfuerzos por asentarse se vean frustrados y entren en una espiral de violencias que las impulsa a una movilidad sin fin.

En estos días vemos que las caravanas levantan las expectativas en Centroamérica y también en México. Yaneth misma mira con envidia la salida de tantos y tantas y le dan ganas de arrancar con su amiga Yasmin o con otros amigos que ha hecho y que la invitan a llegar con ellos. Ella sueña ir. Está preocupada por cotizar para poder tener prestaciones como acceso a vivienda. Pero también querría ser valiente como su amiga la hondureña y tirarse por Estados Unidos y anda calibrando la forma: si solicitar visa, si con coyote, si entregándose (pero es mexicana). Allí Yasmin la recogería y la introduciría al trabajo. Elucubra si se iría con sus

hijos, pero la niña no quiere y el padre no daría el permiso del niño. Está “hecha bolas”, pero la idea de los Estados para hacer dinero como los hondureños la atrae.

A continuación recojo varias historias de mujeres que llegaron con distintas Caravanas, y retomo la vida de Rossana y Omar desde que salieron del albergue.

Andrea, una mujer k'iche' en la Caravana

Conozco a Andrea el 19 de febrero, en la cola de los baños para que las mujeres se ducharan y arreglaran. Es de Quetzaltenango y su familia es k'iche', le pregunto por la campaña de las elecciones en Guatemala. Ella ha estudiado varios semestres de derecho en la Universidad de San Carlos de Guatemala y ha trabajado en la municipalidad, su voto sería para Sandra Torres porque con ella tendría más posibilidades de tener trabajo. Al día siguiente la despido cuando salen hacia los autobuses. Sin embargo en la caseta del Arenal, Josué Gómez, de la CEDHJ, la convence para probar suerte en Guadalajara y se regresa al albergue.

En otro encuentro, Andrea cuenta cómo ha sido la experiencia de la caravana. Tiene dos hermanos en Canadá ya con papeles, se fueron con la guerra por involucrarse en el movimiento estudiantil del Centro Universitario de Occidente (CUNOC), también tiene una hermana que se quedó con sus dos hijas: una de 16 y otra de 12. Ella tiene 37 años, estudió unos cursos de derecho pero tuvo que dejarlo al tener a las niñas y ponerse a trabajar. Le gusta organizar eventos, pero es trabajo fijo. Nos cuenta las dificultades para conseguir trabajo en Guatemala, la miseria de los sueldos y cómo desde la primera caravana se le metió el gusanillo. Un gusanillo que se le despertó con esta grande. De repente se sumó a la misma sin pensarlo mucho y sin despedirse (aunque hizo un ritual maya en el cerro). Dos amigos le dieron jalón a Tecún Uman. Pasó días en las colas aprendiendo cómo funcionaban las cosas y logró pasar, que le pusieran su brazalete y le dieran su visa. Cuenta el calor, la deshidratación, los llantos de los niños... el caso es que ya en México pierde el contacto con los demás y se agarra un bus para la Ciudad de México. Allí

un taxista la lleva a Ciudad Deportiva. Tenía planeado recibir un dinero y llegar a Tijuana en autobús, pero como no llega el dinero prometido, decide irse en la caravana de José Luis El Chele, un salvadoreño evangélico, que ha decidido dirigir a la gente aunque supuestamente no conoce el camino. El Chele maneja las comunicaciones y logra coordinarse con uno del Instituto Nacional de Migración que le va consiguiendo albergues, buses y el apoyo de los municipios. Andrea se acuerda de una señora hondureña con la que estuvo en el DF que la dio una pulserita roja con la virgen de Guadalupe. Esta señora iba con hijas, una de ellas de 13 se metía con los hombres. Uno de ellos le cuenta a Andrea que la niña era una experta en el sexo, más que una de 20 años. Esto le duele a Andrea.

Ella hasta recién ha avisado a su familia. Sus hijas se han ido a apoyar y a vivir con su abuelo viudo, que tiene más de 80 y está recién operado y enfermo, y sus hermanos de Canadá van a ver cómo hacer para primero llevar a una niña para allá, luego a la otra y de último a ella. Dice que va a aprovechar lo que Dios parece señalarle.

A principios de marzo Andrea sale a hospedarse en la escuela de Arco Iris que el Padre Flor de María Rigoni ha puesto en la zona industrial para dar cursos y capacitación a personas en refugio de manera que luego puedan emplearse. Va a recibir un curso de cocina y después uno de computación. Luego nos contará que le ofrecen chamba en Laboratorios Pisa, haría el curso virtual por la mañana y el de Pisa por la tarde.

Pero las cosas se tuercen. Andrea estuvo unos días en Arco Iris –donde no cumplían lo que prometían– y luego se fue por su cuenta a vivir con un tipo: termina hospitalizada por la golpiza que recibe de este señor.

Gracias a Josué y Gisela, de la CEDHJ, en agosto me entero que Andrea se mejoró y que está trabajando en un restaurante argentino. Después trabajará en el Hotel Hilton. Antes de que se le venza la visa, le van a hacer papeles y con los contratos que tiene van a poder regularizarla. Ya manda dinero a sus hijas, dicen que igual se juntó con un hombre. Pero que está bien.

Para la pandemia en 2020. Andrea se queda sin chamba, la “descansan” y se queda sin recursos. Vive alquilando a una señora donde antes vivía y

pagaba con su pareja, pero el hombre parece que se fue y ella está sola con la señora y no puede pagar la renta.

Lucky y Mafer, sororidad en el Cerro

En marzo nos enteramos que a la vuelta del albergue hay una familia que tiene a una hondureña viviendo con ellos. Es una tienda de ropa, maquillaje, zapatos de tacón, pintada de verde manzana, enfrente está la vivienda del mismo color. Allí hay una mujer pechugona y rubia platino, de camiseta de manga corta con flores, pantalón vaquero apretado y unas uñas espectaculares pintadas de azul marino con diamantes. Es muy simpática. Nos presentamos, se llama Mafer. Apenas estaba hablando por el celular con Lucky. Ella es una hondureña, “buenísima persona”, de 26 años que tiene dos niñas que dejó en Honduras. Llegó con la caravana de noviembre y se quedó con la familia de Mafer. Pero con la caravana de febrero, decidió irse porque conocía a uno de los líderes. Los hermanos de Mafer la acercaron al Parque Solidaridad. Pero todo le fue mal: la maltrataron las mujeres desde el inicio por no estar en las listas, el líder no la defendió, hasta la dejaban sin comer y sin poder entrar a las carpas, le robaron su maleta y su dinero... Un día la golpearon mucho y se fue al tren con unos muchachos. Mandó un video y fotos de su viaje en el tren. Ahora está en Mexicali en un albergue abarrotado y deseando regresar porque la tratan muy mal. Por 500 pesos que le han mandado desde Honduras, resulta que la persona que la ayudó le cobró 200. Ahora iba a charolear para juntar para venirse. Se ha enfermado porque es muy estreñida y le ha dado “peritonitis”, dice que bebió de un arroyo. Ella quiere que vuelva, porque cómo es posible que “la propia raza sea tan mala”. La ofrece trabajo. Lucky está dispuesta hasta a venirse en el tren.

Cuando una semana más tarde paso a saludar por la tienda, Mafer me dice que Lucky está juntando dinero y que se viene, que está muy triste en Mexicali.

Quince días después Mafer está regando el jardín de su madre, nos comenta que desde el viernes de hace una semana no ha vuelto a haber comunicación. Lucky había mandado un videíto con ella muy sonriente y

un muchacho arriba del muro diciendo que va a intentar pasar a Estados Unidos. Desde entonces no tienen noticias y están muy preocupados por lo que puede haberla pasado. La animamos: igual está detenida en los Estados.

Siguen sin saber nada para el día 10 de abril. En esas ponemos un Whatss a la hermana que nos contesta inmediatamente: Lucky está arrestada.

Más tarde nos enteramos que después de un mes en la cárcel, Lucky se ha ido con su hermana a Miami. Ya ha mandado fotos desde allí con el mar y unas grandes casas de ensueño. Cuenta que se va a poner a trabajar duro. Le han dado un papel mientras se presenta a la Corte. Está muy contenta y muy agradecida. Mafer dice que su hermano estaba muy agüitado ya que la había animado a irse “porque tenía que cumplir su sueño”, ahora está contento porque le fue bien y lo logró. Dice que en cárcel lloraba emocionada porque el colchón que tenía llevaba escrito el nombre de Mafer y se acordaba de ella.

Historia de Deby y su familia (II)

El 4 de marzo nace el hijo de Deby en el Hospital General de Zapopan, le llaman Alex Ryan, igual que el hijo que perdió la familia salvadoreña que había quedado descolgada de la caravana de noviembre del 2018. Deby hubiera querido llamarlo Yahir. Desde la CEDHJ ayudan a registrar el niño.

Poco más tarde la familia sale a una casa en la carretera de Chapala, cerca de Ixtlahuacán de los Membrillos. A los hombres: abuelo, padre e hijo les ofrecen unos trabajos allí.

Pero la familia sigue sumida en la depresión y entran y salen de los trabajos, abandonan las ganas de salir adelante y se encontrarán al borde de la pobreza extrema. El bebé también se enferma, primero Deby sufre de mastitis, luego tendrá desnutrición. Como que están paralizados: no van a las despensas del DIF que les dijeron; no se vinieron a una casa en la ciudad que se les consiguió; tampoco Ivanka, la suegra de Deby, acudirá a un trabajo en Zapopan de 8.000 al mes por limpiar una casa de lunes a

viernes. Deby, apátrida, quiere fugarse con su bebé, parece que su pareja la golpea, pero el bebé es reconocido por México y la buscarían por secuestradora. Además Ivanka se ha quedado con sus papeles por si acaso. El abuelo, que es algo tirano, es el que tiene la autoridad en la familia.

Para octubre, la familia completa viene a habitar en unos cuartos cerca del albergue donde habita Güicho el Salvadoreño, vendrán a comer al comedor popular y recibirán despensas. Los hombres entran a trabajar en la juguetería. Ellas, a veces, entran a apoyar al bazar y están buscando otras chambas. De nuevo están pensando en preparar pupusas para el barrio.

Rossana y Omar en el Estado de México

En el seguimiento a los destinos evenenciales quiero continuar las historias de Rossana y Omar por el inframundo mexicano.

Antes de salir del albergue a principios de marzo, Rossana me confiesa que la relación con Omar fue forzada por las circunstancias. En un principio le agradece la ayuda que ha sido para ella cuando aprendía a moverse en las burocracias institucionales en la ciudad de México. Pero al llegar al albergue a él se le hizo cómodo pasar como pareja y ella no supo reaccionar, se dio por hecho que eran pareja y tuvieron su cuarto propio y ciertas consideraciones. Pero ahora no sabe cómo deshacerse de él, lo ve como un lastre. La encela y la controla el celular y su cuenta de banco y quiere mantener relaciones sexuales... cada vez se muestra más agresivo con ella.

El amigo de su hijo Cristian, el que les incita a probar suerte de nuevo, parece que está enamorado de este, por eso les ha ofrecido tantas oportunidades. Julián irá a vivir a su departamento en Chalco donde lo pone a cargo de una purificadora de agua que está abajo del mismo. Ellos irán a una casa que tiene este joven en Tolcayuca, Hidalgo.

Julián se quejará que apenas le paga 200 pesos en la semana. Rossana no para de urdir posibilidades para ocuparse: vender seguros funerarios montando su propia empresita –algo que ya hizo en Venezuela–; dar masajes en el pueblo en cuanto yo le envíe la camilla que dejó en Guada-

lajara. Lo que encuentra de chambas es trabajar para un pulpero abusivo que es el rico del lugar por ser el prestamista que luego, si no logran pagar, se queda con las propiedades de los deudores. La pone a cargar y descargar por 130 pesos al día, algo que Rossana no tarda en abandonar por el desgaste físico.

Omar consigue un par de clases de béisbol en fin de semana en Pachuca, sueña con un trabajo que le ofrecerían en ACNUR que nunca va a llegar. Y hace su coraje por haber salido del albergue con estos arreglos tan precarios.

La falta de posibilidades en este lugar del mundo hace que se trasladen a Portal de Chalco, más cerca de Julián, que pronto ennovia con una joven cuya familia se dedica a la venta de verduras en el barrio.

En abril, Rossana inicia otra cruzada en la búsqueda de trabajos: consulta con la Muni poner un servicio de masajes, se presenta en un colegio donde luego no la quieren pagar aprovechando que le faltan no sé qué papeles y se entusiasma con entrar como guardiana al metro donde la ofrecen 8.000 de lunes a viernes de 8 a 4. Aquí la vuelven loca con la papelería, las huellas, los antecedentes policiales, se va a preparar físicamente para poder aguantar estar del pie tantas horas, pero le dan largas. Y en esas la vida se le complica más cuando aparece su madre de 87 años de Estados Unidos y muy enferma. Ahora tendrá que encargarse de ella, sacarle el seguro popular, hacerle análisis, más cuando sufre una caída. Aparecerá poco después su hermana, también desde Estados Unidos, que llega a ayudarla, pero es muy pasiva: nunca sacó papeles allí, no sabe defenderse sola y Omar debe acompañarla para todo. Su presencia la permite volver a la búsqueda de chambas y de delirios: tiene el deseo de poner en la calle un trailercito que tiene el amigo de Cristian y dedicarlo a la venta de comida “delicatessen”, lo adornaría con las banderas de México y Venezuela. Omar apenas da una clase de béisbol por la que obtiene 200 pesos a la semana y la está sometiendo a un acoso extremo, de manera que Rossana busca apoyo en diversos grupos de mujeres y en la fiscalía pero no logra sacar a Omar de su vida. Para colmo su madre y su hermana defienden a Omar por ser el hombre de la casa.

La extensa familia de Rossana en Estados Unidos, España, Colombia, ya no le envía ayuda económica para cuidar de su madre. En un golpe de suerte, la madre regresa en septiembre a Estados Unidos –tiene visa– a casa de una sobrina. Su hermana decide probar suerte en Monterrey donde un primo le ha prometido lugar para quedarse y trabajo en su restaurante de comida colombiana, es muy buena cocinera. Éste nunca le pagará los dos mil pesos mensuales y la tiene durmiendo en el sofá de la sala. Medio año más tarde, para el 2020, la hermana piensa en volar a España con otra pariente y volver a probar suerte, pero en eso llega el parón del coronavirus.

En Portal de Chalco, Rossana desarrolla su don de gentes y mantiene mucha relación con el vecindario por sus consejos de hierbas, masajes, y terapias, por su paciencia para escuchar. Tiene fama de “psíquica” y otra mujer con poderes de la comunidad la busca para que colabore a encontrar desaparecidos por el Estado de México. Incluso llegó a tener una clase de zumba que Omar le arruinó por montar un escándalo en ella. No logra deshacerse de él, que tiene llaves de la casa, la espía en todo momento y hasta le roba dinero, la amenaza con ser un sabueso que la va a buscar si se escapa y que la va a matar con un cuchillo. Rossana le tiene miedo por su amenaza de matar a Julián.

En noviembre refuerza su dedicación a la elementoterapia: un nahual vegetal que permite la conexión de poderes con las plantas. A través de ellas puedes pedirles que realicen curaciones. Para ello hay que cuidarlas y dedicarlas rituales especiales. A su mamá la curó así, ella les llama “duendes”. Quiere tener un terrenito para tener sus plantas, cultivar, criar animalitos. Piensa que el soñado trabajo en el metro le va a permitir poder adquirirlo.

Para las navidades, siendo que el trabajo de guardiana del metro se aplaza y se aplaza, Rossana entra en Aurrerá en la sección de pinturas. Allí tiene que igualar las pinturas y venderlas, de ahí le dan una comisión. Al final de navidades, logra ser la que obtiene mayores ventas, pero en la continuación del contrato aún la ofrecen menos ingresos. Lo deja.

Tensiones en el cotidiano del albergue:
los que se quedan y los que están de paso

En el albergue se suceden los días y se configura una cotidianidad gracias a sus rutinas, como cuando llega Norma, la cocinera, o la Comunidad de San Egidio con sus desayunos abundantes, o las voluntarias que hacen juegos, o los estudiantes que dan terapia. También el peluquero, que pasa la tarde de los sábados y les hace cortes modernos con mucho éxito, o con el buscar la tortilla a diario, el sacar la basura que se acumula, incluso la atención del gallinero es un entretenimiento gustoso para quienes también han tenido sus animalitos o tantas tareas que se suceden inacabables.

La llegada de las Hermanas Misioneras de la Eucaristía en septiembre es muy positiva porque logran dar una continuidad, una familiaridad al día a día de tantas personas en convivencia. Cada una aporta sus buenos haceres: Margarita, la superiora, con su sentido común y su profesionalidad, es química y maneja, como Marín, la homeopatía y sabe de primeros auxilios, inyecciones, curaciones, lo que resulta muy útil para tantos con sus dolores, enfermedades, heridas; Tachita con sus manualidades y sus artes como cocinera y Gisela con su desparpajo, capacidad de relación y costumbres sorprendentes: todos los miércoles de tianguis compra sus buenos kilos de cebollas que una vez partidas coloca por todos los alfeizares, esquinas, mesas del albergue para higienizar el aire. El señor Marín logra transmitir su filosofía de la tranquilidad y la escucha como hombre en paz.

Otra persona significativa en este equipo es Diana Chavolla, de la Iglesia Anglicana e involucrada en grupos interreligiosos de ayuda social. Doctora en historia ha hecho del servicio su motivo de vida, también por el desempleo que sufre, y pone mucha dedicación en la operación del albergue. También está presente Óscar, estudiante de la Universidad de Guadalajara y Alejandra, voluntaria ya profesional colaborando en Casas desde hace años, será quien lleve las redes sociales.

Y son pequeños sucesos que se dejan pasar en las novedades de cada día: cuando se rompe la tubería porque se tira la comida a la pila y se

atasca oliendo a madres dos días hasta que se arregla y se pone un filtro de agua que es un alivio para la cocina y el ahorro de garrafones; las perras que no se acostumbran al nuevo envoltorio de plástico de los sillones de la entrada donde a ellas les gusta acomodarse; las fumigaciones de alacrán, mosco, chinche y de las ratas que proliferan a pesar de las perras que son buenas cazadoras; que otra vez se coló a las instalaciones, Paniquis, el consuetudinario alcoholizado de la colonia; o la consecución de posadas para las navidades con sus comidas, regalos y entretenimientos. Para 2019 se sumaron la de Cristo Sacerdote para ancianos y niños y otra para migrantes; la de las Siervas de la Santísima Trinidad; la que celebra una Hermana carmelita; también llegan a compartir los alumnos del Diplomado del ITESO; otra es una convivencia con los maestros del Colegio de la Vera Cruz. Hay que señalar la fiesta que se produce con la donación de medio cerdo por la señora Angélica que todos los años se destina a preparar pozole.

Una estancia alargada

Y siempre están llegando otras personas migrantes y grupos sean cuales sean las circunstancias del contexto. Unos llegan por el sur, pero también, es importante no olvidarlo, desde el norte o desde cualquier punto del país. Según pasa el tiempo es más difícil distinguir el patrón tradicional que atendían las casas de migrantes: jóvenes muchachos que pasan raudo buscando el norte. Ahora, en la circularidad intermitente, arriban personas expertas en los caminos que se confunden con quienes se consideraban “personas de calle”, son centroamericanos que ya viven en el país por meses como población móvil y que los albergues no consideran que sean sus usuarios porque no son “migrantes”. Además quienes entran se van a quedar más tiempo hospedados, las personas, aun de paso, tienden a agotar sus días de estancia o a hacer pequeños favores que les permita tantear la colonia y las posibilidades de la Casa. Solicitan más días para trabajar, por estar enfermos, por estar pendientes de una comunicación.

Como he insistido, se crean dos poblaciones básicas en principio: los que están a la espera de algún proceso jurídico y quienes están en tránsito

o en tránsito alargado.³² Pero entre medias se constituye un significativo sector de inclasificables; así como pronto arribarán muchos deportados mexicanos de Estados Unidos con la moral muy decaída en su caso. Y cada uno de estos dos grandes grupos –que, insisto, no son los únicos– tiene requerimientos diferentes y entre ellos se dan tensiones en la convivencia. Cuando duran más tiempo se hace más complicado manejar el albergue porque las dinámicas se tuercen, como en las casas de vecindad se produce una apropiación de los espacios, se asumen unos derechos adquiridos y unos pequeños poderes que hacen valer sobre el resto, se activa el chisme y los infundios, de personas acomodadas y serviciales pasan a ser agresivos y desconsiderados. Hay afectaciones menores del cotidiano que se pueden convertir en problemas graves de coexistencia como cuando los de proceso se quejan que los de tránsito les roban sus ropas y hay que separar los tendales. Llega a ser una mezcla explosiva juntar a las poblaciones más provisionales con las de estancia alargada.

Uno de los retos más significativos, especialmente para la población que viene quedando en estancias más largas, tiene que ver con su necesaria colaboración en la reproducción del albergue y en la convivencia. Las personas deben responder al trabajo colectivo del albergue, como sostener los espacios limpios. Es clásico que debajo de las camas se encuentren restos de cigarros, comida, empaques o papeles botados. Hay quienes colaboran y trapean y limpian y otros muchos no lo hacen, tiran la comida, pueden ser maleducados. Entre ellos hay quienes se mantienen en la casa sin buscar trabajar y se imponen sobre el resto por ser asiduos

³² El equipo del PAP de psicología del ITESO observó comportamientos distintos entre los de paso y los que se encuentran en algún proceso jurídico. Constatan que los primeros vienen con estrés muy fuerte y es precisa la intervención en crisis y escucha primaria para bajarles la ansiedad. Ellos tienen fe que van a llegar, pero no piensan qué puede ocurrir si hay problemas. Observaron a las mujeres más desconfiadas, ellas se encierran en sus niños o en sus acompañantes y no quieren participar. Mientras a los que entran a llevar algún proceso les cuesta mantenerse en el mismo porque se desaniman, entran en problemas con el trabajo y tampoco tienen la confianza en ellos.

ponen la televisión sin respetar los horarios, pasan más tiempo en las computadoras sin permitir que otros las utilicen, no dan las gracias y todo son exigencias.

Imagen 35. Tianguis de los miércoles



El estar más personas más tiempo en la Casa supone cambios en la intendencia porque se producen más gastos. Supone también que se plantean nuevas actividades que algunos voluntarios, como la estudiante de la Universidad de Guadalajara, Fernanda, ponen en marcha como realizar excursiones al centro de la ciudad para conocerlo y explicar su historia o entregarles los teléfonos más importantes. También los seminaristas jesuitas traen talleres lúdico reflexivos y clases de inglés práctico.

Con estas situaciones se revisan los reglamentos que se hacen más estrictos que cuando la población tendía a fluir. Se supone que ello facilita la convivencia, pero también la dificulta, porque no siempre se ajustan a la realidad que requiere cada caso y también hay resistencias a aplicarlas de parte de las personas migrantes y de parte de quienes operan el albergue. Veremos que nunca llega a implantarse un sistema rígido por ejemplo con horarios para lavar, ver la televisión, talleres obligatorios, más bien se

establecen unas franjas de horarios y una permisión flexible. Así como no termina de fijarse un límite en el número de solicitantes de refugio que la Casa puede sostener, que siempre se supera hacia arriba.

Para disminuir las tensiones entre las personas de paso y las que residen, se decide no permitir entrada de bebidas o comida para que no se den envidias entre quienes se lo pueden permitir y quienes no. Por ejemplo, algunos llegan con dos litros de Coca-Cola en la cena y no reparten. Quienes comprenden estos productos tendrán que consumirlos fuera del albergue. Aunque con la ampliación a Casa del Refugiado se consideraba la separación de espacios, esto no se practicó y la indistinción entre poblaciones se producía también en los cuartos donde se veían mezclados. El reordenamiento de la asignación de cuartos tenía que ver también con el entendido de que “los de refugio” requieran ciertos espacios para sus cosas que van acumulando y que no deben quedar tampoco en la ropería. Otras medidas tienen que ver con un control mayor de las salidas y las entradas, deben registrarse en el cuaderno al salir y firmar al llegar.

La normativa se dirige a romper el asistencialismo y el victimismo y tratar de facilitarles una autonomía, especialmente a quienes están más establecidos. La situación óptima para los establecidos es que puedan acceder a un empleo que les mantenga ocupados y les permita una entrada de dinero. Se promueve que traten de juntar unos ahorros y que lleguen a pagarse sus útiles de aseo, sus ropas, tenis. Algo a lo que muchos ponen mala cara. Y así como se fuerza el que salgan a trabajar hacia los solicitantes, se suaviza hacia las personas en tránsito porque si realizan actividades laborales puede llegar a saturarse el albergue.

Se busca crear una bolsa de trabajo. Hasta ahora las oportunidades se dan a través de las conexiones personales del Padre y los arreglos que se requieren para la Parroquia de pintura, suelos, herrería. Hay dos o tres empleadores más o menos fijos que no siempre funcionan bien por su misma precariedad. La empresa de seguridad, la juguetería de Douglas, donde ensamblan juguetes de plástico, es la más estable, especialmente en los meses previos a la Navidad, y unos señores que vienen a buscar

personas para talar pinos en Tapalpa y otros que hacen reparación de refrigeradores, pero luego no les dan buenas condiciones de trabajo, incluso les dejan sin pagar.

El ocuparse es clave para el proceso de solicitud, les da seguridad en sí mismos y les permite contar con ingresos. Pero en el contexto del sur empobrecido es una fatalidad. Los abusos son tan enormes, los “patrones gandallas” son tan abundantes, que hay que llevar de parte del albergue un control sobre las ofertas laborales y una necesaria formalización de la relación laboral: comprobar que se les paga, que hay unos horarios, que no se les maltrata. Las agencias de seguridad privada y otras empresas o emprendimientos como reparto de garrafrones, construcción local, están interesadas en esta mano de obra sobre la que no hay responsabilidad porque son “sin papeles” y extranjeros. Y los centroamericanos se cansan de batallar y terminan prefiriendo quedarse en el albergue sin desgastarse. Hay solicitantes que no quieren salir a trabajar por depresión, también otros establece el “mito del trabajo”, dicen que van a trabajar y “andan de vagos”.

El reglamento más terminante es el que se refiere al consumo de droga y alcohol, que seguramente es la problemática más delicada, porque prácticamente todos son consumidores. Sin embargo, los tomados y los “pachecos” o “motorolos”, como dicen en el barrio, pueden generar problemas de seguridad al interior de la Casa con riñas, peleas, conflictos, por eso no se permite el ingreso de estos productos ni de las personas que los han consumido. Para la expulsión del albergue se han de acumular tres faltas al reglamento e introducir bebidas o droga son motivos suficientes para ser desalojado. El querer entrar en la Casa borracho o enmarihuinado se considera como una falta y no podrá ingresar la persona hasta que se le pasen los efectos. También se dan avisos en casos de violencia verbal y expulsión en caso de golpes.

Estos consumos se multiplican en estas nuevas situaciones de estancias largas, por eso con el tiempo se realizan registros más intensos en la entrada, incluso se hacen controles aleatorios en los cuartos y pertenencias.

cias de las personas alojadas porque en ellos se han encontrado cuchillos, marihuana, pipas de cristal, hasta un *dealer* que vendía adentro, o quienes fumando en el cuarto amenazan al compañero que a su vez los amenaza: “no tengo las manos mochas”...

La expulsión, cuando son solicitantes de refugio o tienen algún trámite en marcha, suele suponer el abandono del proceso, aunque éste se pueda continuar desde afuera. Así tomar o fumar mota, muy vinculados a la angustia, la ansiedad y otros problemas de salud mental, se convierten en un problema grave ante el que el albergue debe tomar decisiones difíciles. Ellos dicen que “no controlan sus adicciones”. De parte de la institución no hay capacidad para atenderlos, solo para ofrecerles referencias y alternativas de desintoxicación que no desean. Este es uno de los dramas que nos implican y duelen: porque con la expulsión se deja sin recursos legales a mucha población.

La interrogante es si las casas de migrantes están preparadas y deben atender el problema de “los quedados” en México y, con ellos, el proceso de una posible inserción a la sociedad mexicana sin apoyos y sin responsabilidades de parte del gobierno, más con la entrada de ACNUR y su agenda. ACNUR, como instancia internacional financiada entre otros países por Estados Unidos, está en la apuesta por estacionar a las personas migrantes en México y en Guadalajara como metrópolis. Con estas políticas, proyectología, financiamientos ACNUR genera un *modus operandi* y un *modus vivendi* que las casas de migrantes parecen asumir naturalmente, como el gobierno, por “humanitarismo”.

El abandono de los expulsados del sistema de asilo: los no refugiables

El esfuerzo por acompañar las solicitudes de refugio y otros trámites en El Refugio es arduo y desalentador por el alto nivel de abandono de los mismos siendo que las personas centroamericanas tienen argumentos suficientes para ser solicitantes y para ganar sus procesos. Pero los criterios de COMAR han sido rígidos a pesar de que la ley de asilo, protección complementaria y refugio de 2011 busca armonizar con la Convención

de Ginebra de 1951 y de Cartagena de 1984 firmadas por México.³³ En el caso de los centroamericanos, el desplazamiento masivo y su necesaria protección internacional no es reconocido como tal por ninguno de los Estados de la región por razones políticas y de intereses económicos.³⁴ En Sudamérica los procesos de desplazamiento en Colombia y en Venezuela han sido atendidos –mal que bien– por instancias internacionales y organizaciones humanitarias. La geoestrategia en que se inserta Centroamérica con los poderosos intereses de Estados Unidos en la región impiden transformar la situación.

Por ello cuando esta población entra en México no se toman medidas de detección, de información ni de protección hacia estos sujetos, por el contrario es una población atemorizada y con miedo a los agentes del Estado que opta por no acudir a sus espacios denunciar las agresiones de que son objeto, menos a solicitar el refugio. Al involucrar a flujos mixtos y complejos de situaciones y perfiles variados, aun cuando buena parte de ellos deberían acceder a un sistema de protección, éste no se explicita de parte del Estado mexicano, más bien se oculta y se niega. Y se asume que van a buscar el camino de la frontera norte y el paso irregular a Estados

³³ La Convención de Ginebra de 1951 se producía en el marco de las enormes movilizaciones humanas a consecuencia de la Segunda Guerra Mundial y reconoce el deber de las naciones de dar asilo y el derecho de las personas de ser recibidos desde el temor fundado de persecución por raza, religión, nacionalidad, pertenencia a determinado grupo social u opiniones políticas y el principio de no devolución. Mientras la Convención de Cartagena de 1984 se adecuaba al contexto sudamericano y amplía estos criterios incorporando la violencia: agresión extranjera, terrorismo, conflictos internos, violaciones masivas a derechos humanos. Asume que las causas son multifactoriales y difíciles de determinar y considera la situación general del país y no el caso particular de una persona.

³⁴ Dolores París Pombo también enfatiza este punto: “estas expulsiones raramente son reconocidas como migraciones forzadas por la comunidad internacional, por los gobiernos o incluso por la academia” (2017: 45); incluso afirma cómo Estados Unidos en la década de los 80 mantuvo que el exilio de salvadoreños y guatemaltecos era económico.

Unidos porque es la dirección histórica inducida cultural y económicamente que se identifica como “migraciones económicas o laborales”. Así los sujetos y familias en huida se consideran perseguibles y deportables.

Como señala Domenech (2020) es preciso preguntarse en qué momento naturalizamos las categorías propuestas por organismos internacionales “humanitarios” como OIM o ACNUR y los estados-nación se apropiaron el falso antagonismo de ser refugiados *versus* ser migrantes: refugiado como migración forzada y una figura de protección y victimizada y el migrante económico-laboral como una migración voluntaria que supone una amenaza y a quien se le niega la ciudadanía.

Sumado a esta evasión de responsabilidad, el proceso de solicitud de la condición de refugiado es pesado y lento y exige una ayuda jurídica que el Estado de nuevo no facilita y es la sociedad civil y religiosa quienes se hacen cargo de ello a través de albergues de migrantes, ONGs y otras instancias religiosas y de derechos humanos. Hoy, para 2021 se ha consolidado la presencia de ACNUR en Guadalajara y en México.³⁵

En los últimos años, COMAR ha tenido que ponerse en acción pero carga con graves problemas en la atención que ofrece. No hay oficinas suficientes, no responden a tiempo las solicitudes, el tiempo de respuesta de INM y COMAR es muy lento para trámites específicos como la emisión de constancias nueva cuando ha sido robada o extraviada; la reapertura de trámites; las solicitudes y traslados de expedientes; las modificaciones

³⁵ El COLEF (2020) ha realizado un primer y novedoso informe que recoge la situación de los solicitantes de refugio a través de entrevistas en 11 ciudades de México realizadas a fines de 2019. Rescatan el crecimiento exponencial de casos en los últimos años; el rezago en las resoluciones (en 2019 solo se resolvieron el 20% de las más de 7.000 solicitudes; las resoluciones positivas marcan diferencias entre países: para los venezolanos es del 99%, mientras para los centroamericanos no se superaba la mitad, algo que se modifica en 2019 cuando para los hondureños alcanza casi el 80% y para los guatemaltecos un poco más del 40%; los abandonos del proceso han sido altos, en 2018 lo hace casi el 20%. El refugio en México es hoy un proceso en cambio, habrá que darle seguimiento.

o correcciones a la emisión de constancia. Y el tiempo es importante, es una carga para los albergues y para los solicitantes, y pasan meses y meses, lo que genera incertidumbre total, indignación, frustración, vulnerabilidad y desgaste.³⁶ Además, según el panorama político nacional se dan criterios cambiantes: a veces piden una documentación y a veces otra, a pesar del conjunto de normas, protocolos, leyes cada delegación migratoria entiende lo operativo a su manera con lo que el debido proceso es desigual por estados e injusto en su totalidad.

En 2020, FM4 Paso Libre incide en el desinterés por el problema de los refugiados que refleja el pobre presupuesto asignado a la COMAR. Para 2019 Fundar reportó que el presupuesto para la COMAR era “el más bajo que se plantea desde el Ejecutivo desde el 2011, con menos de 21 millones de pesos, equivaliendo al 0.03 por ciento del presupuesto total de la Secretaría de Gobernación mientras que el presupuesto propuesto para INM asciende a 1,330 millones de pesos” (FM4 Paso Libre, 2020: 59).

Obtener asilo en México ha sido hasta ahora a cuentagotas porque se deniega el reconocimiento de la condición de refugiado a personas con necesidades de protección internacional, sobre todo provenientes del TNCA (MSF, 2020: 34). Esto resulta incoherente cuando menos del 1% de la población de México es extranjera y la mayoría de éstos son estadounidenses.

En el 40 aniversario de COMAR el 24 de julio del 2020, Alejandro Encinas de la Secretaría de Gobernación expone que con la primera oleada de solicitantes de refugio en 2018 alcanzó casi 30.000 peticiones; en 2019 el acumulado es de 70.600, y en el primer trimestre de 2020 son unas 80.000. La tendencia creciente se detiene con la pandemia.

³⁶ En el informe de FM4 Paso Libre de 2019 se denunciaban procedimientos, prácticas y resoluciones que no cumplen el debido proceso, las entrevistas vía telefónica o sin traductores, los intentos del personal de COMAR e INM por disuadir a los solicitantes de prescindir de sus representantes legales, la extensión del proceso hasta por un año (o más), y cómo el sismo del 2017 afecta la infraestructura de la Comisión (2019).

Cuadro 4. Solicitudes de personas de los países al norte de Centroamérica (NCA), desglosados por año, tipo de resolución y estatus de la solicitud

Año	Solicitantes NCA	Refugiados	Protección complementaria	Negativo	Abandono	Desistido	Pendiente
2013	886	213	28	389	145	111	0
2014	1769	419	64	697	355	234	0
2015	3138	881	150	1181	627	299	0
2016	8060	2842	688	2161	2093	274	2
2017	8658	1407	1564	1957	2983	174	573
2018	11808	586	629	458	2013	85	8037
Total	34319	6348	3123	6843	8216	1177	8612
Porcentaje	100	18.5	9.1	19.9	23.9	3.4	25.1

Fuente: Elaboración propia con información obtenida de los boletines anuales de la COMAR de los años mencionados (FM4 Paso Libre, 2020: 60).

En México ocurre, como en otros regímenes deportadores, que las instancias de protección exigen un quisquilloso reclamo de “verdad” y esperan escuchar por parte de los afectados unos discursos monocordes y sin incoherencias, que no permiten la sospecha de la “falsedad” o el fingimiento. Los desplazados forzados deben demostrar que se merecen la caridad del estado de recepción. Esto produce una disputa sobre las narrativas y discursos de las personas migrantes que, como vimos proceden y se mueven por escenarios de zona gris expuestos a un estado de excepción y a un habitus migrante. En esta querrela política y estratégica los Estados nacionales y otros agentes políticos buscan imponer sus protocolos, regulaciones jurídicas, burocracias y políticas de sospecha lejos de un marco terapéutico y de comprensión y apoyo que requerirían

las personas desplazadas.³⁷ Dudar de la veracidad de sus testimonios y narrativas de traumas, violencias, represión es dejarlos en el abandono y permitirse negar desde el marco de la “legalidad” su necesidad de refugio y asilo (Das, 2007).³⁸ Quienes pasan por situaciones traumáticas no pueden transmitir su dolor con las palabras por haber sufrido una destrucción conceptual y comunicacional si no es a través de la distorsión: “Las víctimas nunca pueden transmitirnos su dolor y su sufrimiento de otra forma que no sea la distorsión de la palabra, la imagen o el sonido” (Norsdtrom y Robben, 1996: 12).

Generar la carpeta de los casos con su investigación y testimonio, dirigirla a las instancias, que se ponga la huella, se obtenga el CURP, la visa humanitaria... es algo dilatado y los solicitantes se cansan y desesperan al no ver avances, muchos de ellos lo dejan en el primer mes.³⁹ En medio de la espera Romina Paz Brito (2019) observa en algunas solicitantes un ‘quiebre abrupto’ tras pasar el primer o segundo mes de haber solicitado refugio. Entonces las personas comienzan a darse cuenta que a pesar de todas las cosas que el Estado mexicano o el ACNUR les puede ofrecer, siguen sintiéndose inestables económica y laboralmente y confundidos en decidir si seguir o no esperando la respuesta de la COMAR; siguen sintiendo esa inseguridad a causa de la persecución sufrida y el que en México también

³⁷ Los discursos y prácticas especializadas, por ejemplo en el campo de los informes jurídicos, generan un lenguaje técnico que tienden a expropiar la experiencia personal de la expresión del sufrimiento (Ortega 2008: 37), reduciendo a migrantes y refugiados a rutinas administrativas los invisibilizan y les impiden ser sujetos de su historia.

³⁸ Además los filtros son limitados en extremo, por ejemplo en la COMAR no se reconoce el régimen de extorsión sistemática en Centroamérica: la exigencia a servicios y comercios del pago puntual de la renta o impuesto de guerra “por protección” a maras u otros grupos criminales o la muerte o ejecución si no se cumple con esta imposición, como un motivo fundado de temor a regresar al país de origen. Y este es uno de los motivos principales del desplazamiento masivo.

³⁹ Por ello el albergue implementó un plazo de quince días para asegurarse que las personas solicitantes se acomodan a la vida del albergue.

existen altos niveles de violencia. Sus decisiones cambian y en muchos casos desisten o abandonan el proceso con la COMAR para seguir y continuar su trayectoria migratoria hacia Estados Unidos donde se encuentran sus familiares, buscando ahí su refugio.⁴⁰ Al pasar el tiempo se vive un proceso liminal donde la solicitud de refugio se va transformando en una estrategia de protección temporal para estar resguardadas mientras toman la decisión de quedarse en la Ciudad de México esperando la resolución de la COMAR o seguir con su proyecto migratorio y migrar hacia Estados Unidos, donde se encuentran sus redes familiares que pueden facilitar la contención y la estabilidad. En este sentido estamos viendo la práctica social como comunidades transnacionales y el principal objetivo de estas personas desplazadas: la reunificación familiar. De hecho cuatro de las cinco mujeres que acompañó Brito en su investigación cruzaron la frontera para encontrarse con sus parientes y defender su asilo allí.

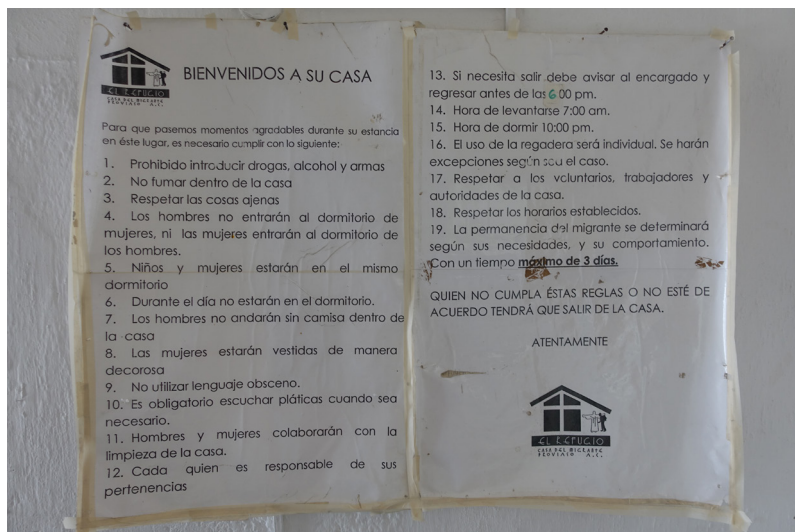
En esta situación esta misma autora identifica cinco elementos que vivían estas personas en el proceso de solicitud de refugio: el factor económico —elemento central para la estabilidad de cada persona— ya que, a pesar de la ayuda de ACNUR en un inicio, no logran obtener un trabajo y un lugar para arrendar lo que les causa desesperación; siguen sintiendo presentes la persecución real o imaginada, siguen sintiéndose inseguros, con miedos, con temores; la solicitud de refugio provoca tiempos de esperas extensos, tanto en las citas con las instituciones, como del proceso mismo de solicitud que se alarga por muchos meses y provoca incertidumbre y confusión que, a su vez, se une a la falta de recursos; las firmas semanales ante la COMAR o INM supone hacerlos entrar en un proceso de evaluación constante ya que no pueden dejar de firmar porque si no se convierten en casos abandonados. Y, por último, hay una ambigüedad del

⁴⁰ Quienes desisten se acercan a la COMAR para entregar un escrito mencionando que están renunciando al proceso y quienes abandonan ya no se presentan para firmar, ni dejan estipulado los motivos por el cual ya no seguirán el proceso de solicitud de refugio. La COMAR considera ambas acciones un acto unilateral de parte de los solicitantes, sin cuestionarse más (Brito, 2019).

propio Estado. La COMAR, vela por los Derechos Humanos de quienes huyen de su país de origen por amenazas de muerte y debe brindarles la oportunidad para que soliciten refugio. Pero el INM, a través de amenazas o presiones, los incitan a desistir del proceso de solicitud de refugio causando una confusión sobre el mismo proceso (Brito, 2019: 155-156).

Por parte del equipo jurídico que se involucra en el caso, cuando los solicitantes desaparecen, se produce mucha decepción porque sienten que su esfuerzo fue en vano: las personas salen muchas veces sin avisar y sin reconocer el trabajo realizado por los abogados.

Imagen 36. Reglamento de El Refugio Casa del Migrante



Son muy pocos los casos de obtención del refugio. Lo lograron Lidia y su familia, que venían canalizados desde Tapachula. También lo consiguieron Leobardo El Chele, la pareja de salvadoreños Ramón y Dinora, la familia de Deby. Lograr la “papelería”, que “pegue la visa” o el refugio es de cuentagotas. Son muchos los problemas que se conjugan en el abandono de los procesos jurídicos de obtención de “los papeles” de la regularización de un estatus ciudadano en este país. México es un territorio

de espera y desesperación para las personas migrantes por sus procesos lentos, engorrosos y retorcidos que conducen al desestimiento de los solicitantes porque pierden la paciencia, se sienten “enjaulados” en los albergues que son prácticamente su único apoyo, no encuentran motivaciones en las ciudades, con sus ofertas laborales indignas, y se desgastan; también se sienten presionados por las normas de estos espacios.

El proceso de la espera, como señalé en la introducción hace recaer el “esfuerzo emocional” sobre las personas solicitantes en un tiempo espaciado y lleno de incertidumbre que subordina y humilla a quienes buscan acceder a la justicia y que suele terminar en su desestimiento (ver Guevara, 2018 y Wurtz, 2018). La espera en estos casos es “una experiencia relacional de sufrimiento arbitrariamente impuesta por el ejercicio estatal e intergubernamental que estratifica y categoriza” (Córdova, 2017: 87) y, como señalé en la introducción, es parte de las tecnologías del poder precarizador neoliberal imponiendo la sumisión y dependencia al orden arbitrario del Estado de las personas vulnerabilizadas (Auyero, 2011).

Los albergues son un *impasse* de reconstitución de las personas pero además son quienes regulan la espera, esa dimensión cotidiana de la exclusión (Wurtz, 2018), y lo hacen desde sus reglas. En este sentido es un fuerte reto para ellos contener las emociones de los solicitantes y sostenerles la esperanza. Su cuota de poder se encuentra en su régimen de expulsabilidad, en su capacidad de sacar de su espacio de protección y sostenimiento a sus hospedados. Echarlos a la calle significa prácticamente condenarlos a la pérdida de las posibilidades de regularización y de acceso a un estatus ciudadano. Los solicitantes en la espera deben cumplir las reglas y tener un buen comportamiento. El Estado y sus agencias, también los albergues, les reclaman constituirse como “buenos refugiados”, muchas veces, como vemos a lo largo de estas historias, esto es insostenible: las cargas emocionales, sus expectativas, las exigencias de sus familias y dependientes, la espera, la falta de autonomía y agencia, la suma de decepciones y de falta de trabajos dignos, sus propias inconsistencias... no se lo permiten.

El abandono de los trámites refiere a otro enorme sector de población que no se produce solo por este proceso, pero podemos pensar que lo engorda. Son esas personas que quedan deambulando por la geografía mexicana en situación de desarraigo en grandes ciudades, campos agrícolas, vías del tren; trabajando en la pizca, bodegas, seguridad, reciclajes, charoleo y entrando en contacto, y a veces, formando colectivos coyunturales con otras poblaciones mexicanas como jornaleros, campesinos, “informales”, indígenas descampesinizados que ya no retornan a sus lugares de origen, deportados, desplazados internos y otros que pueden mover juntos y se traslapan entre ellos.⁴¹ Conforman una población con situaciones, experiencias y trayectorias sumamente diversas en quienes se incrementa la existencia precaria y el sufrimiento social.⁴²

Esta población de nómadas o profesionales del camino que están atrapados en la movilidad deben adecuarse a realidades y entornos cambiantes, pero “poco a poco van perdiendo asideros para lograr sus propósitos migratorios al carecer de visas, tener expedientes penales pendientes en uno o ambos países, perder contacto con sus familiares, o la posibilidad de insertarse en algún trabajo. Aunado a ello, muchas veces empiezan —o continúan— con prácticas de adicción” (FM4 Paso Libre, 2019: 12).

Quiero resaltar lo que supone la experiencia extrema de vivir a la intemperie en una economía de “la calle” y en el espacio de “la calle”, una situación de “abandono” a la que remiten diferentes autores: Parrini

⁴¹ Los centroamericanos pueden encontrarse ya mimetizados entre la población mexicana, hablan la misma lengua y algunos ya se sienten mexicanos después de años de moverse en estas tierras o bien se han juntado con cónyuges mexicanos (FM4, 2018; también Guerra, 2015).

⁴² Esto ha sido observado en Tijuana por Del Monte, allí se refiere a los atrapados en la frontera donde los deportados están insertos en procesos transfronterizos y de precarización y suma de las violencias, que provoca que estos sujetos devengan habitantes de calle y entren al consumo de drogas (2019).

(2018), Bielh (2005), Reyes (2019), Makowski (2010).⁴³ Todos ellos coinciden en señalar cómo los sujetos y colectivos se ven orillados a vivir al margen del orden social y político, en la indiferencia y la muerte social en lo que Agamben llama una situación de excepción (2010, II).⁴⁴ Reyes (2019), desde un enfoque biopolítico, entiende que lo que lo distingue no es la naturaleza del espacio físico, ni la identidad, ni la cultura, sino esta situación de excepción: el viviente es abandonado por una ley que lo incluye mediante una exclusión, el abandono supone que son poblaciones cuya condición de humanos es puesta en duda.⁴⁵ La calle, al vivir en ella, es lo que resta del espacio público cuando se reduce a un lugar de supervivencia biológica, ya no remite al espacio público urbano con una función de encuentro, de acción política, de democracia. Estar en la calle carentes de un hogar social, como poblaciones desechables y superfluas, es estar “a merced de todos”, expuestos y abandonados a una vida insacristificable, ser objetos de humillación y matables. Se trata de una población hipervisible, más para los aparatos sociales y estatales (Parrini, 2018); y a quienes se les atribuye la responsabilidad de su propio desahucio (Parrini, 2019; Bourgois, 2009). También hay que revisar esto desde el reto que encontramos como investigadores sociales con estos colectivos combinados en la creación de nuevos grupos sociales móviles, con otras identidades y nuevas formas de socialidad.

⁴³ Rodrigo Parrini se refiere a la conformación de una antropología del abandono (2018). Este estado de abandono es fácilmente alcanzable en el caso de los inmigrantes clandestinos, también de otros sectores de población.

⁴⁴ Vivir en las vías es expandir la itinerancia propia de la vida en la calle más allá del espacio de una ciudad, ya que a través del tren pasan de una ciudad a otras. También supone una confinación mayor al espacio de la vía y sus alrededores, los sin papeles están sometidos al temor de una posible deportabilidad; si salen de los espacios asignados, buscan no ser demasiado visibles y alejarse de los uniformados.

⁴⁵ Un enfoque biopolítico refiere a otros conceptos: desechabilidad, superfluidad, supervivencia, nuda vida, excepción. Estar a-bando-nado, no es estar fuera de la ley sino abandonado por ella (Reyes, 2019).

Un ejemplo de identidad asociada al estigma y al abandono, reelaborada con orgullo, es la de Alejandro, de 28 años, de Tocoa, Honduras, que sale de allí con 14 años y, después de mucho movimiento entre México y Honduras (cuenta con 17 intentos de cruzar a Estados Unidos y 42 deportaciones), se une a una mujer de Tijuana con la que tiene dos niñas y viven en Ocotlán, aunque toman el tren para moverse por México en la busca de trabajo. Él manifiesta: “Nací para ser ilegal, ni con los papeles, ya sabe, la calle es para mí y mi familia, no hay problema, nos la rifamos” (Guerra, 2015: 140).

Otros expresan los estragos del abandono y el encontrarse atrapados en la movilidad, como el testimonio del mexicano Luis Lun que apareció en el informe de FM4 Paso Libre (2017).⁴⁶ Él residió en Estados Unidos donde se encuentra su familia y por mentir al ser detenido y ser confundido con un delincuente perseguido es expulsado de Estados Unidos y no puede regresar. Su situación actual muestra los estragos que puede tener la deportación: una vida errante, expuesto a adicciones, enfermo y despreciado, sin un futuro laboral estable, como si estuviera siempre de paso. Luis subsiste llegando a iglesias y lugares de asistencia y a albergues de migrantes donde se mimetiza como uno de ellos. Ahora Luis siente: “no hice nada... Ahora me siento más débil, más viejo, más obsoleto que en otros tiempos... Entonces, el aspecto físico ya no es el mismo, ya la dentadura, no tengo un diente, se te sume el labio, los pies pues ya son débiles y dices bueno pues... porque ahorita estoy en situación de calle”.

Otro caso ilustrativo es el de “El Flaco”, hondureño de 32 años, quien medio abandonado de niño ingresa a las maras y es tatuado de la ms; por meterse en problemas, su madre paga un coyote para que lo lleve a Estados Unidos. A los 18 años lo deportan, a partir de ahí su vida es un ir y venir por el corredor Honduras-México-Estados Unidos. Lleva cinco años en la periferia de San Luis Potosí –territorio de espera (Díaz, 2017: 102)– de forma intermitente y se dedica al performance de la “industria del charol”, se hace parecer un recién llegado en el tren para soli-

⁴⁶ La información está tomada de FM4 Paso Libre, 2017: 47-54.

citar en los cruceros: “una moneda para este catracho que se va pa’ la USA” (*Ibid.*:16). Junto a otros como él, crea redes efímeras y construye su vida cotidiana en la rutina del charolear: beben, se drogan, aman, sufren, descansan, comen, se asean, pasan los días “mientras esperan un golpe de suerte o dinero de algún familiar o amigo” (*Ibid.*: 95). En esta situación de zona gris, este ex-pandillero y sus iguales se sienten perseguidos por su misma gente “porque a nosotros siempre hay alguien que nos está viendo, gente mala, deje usted la migración, pandilleros, delincuentes, algunos de nuestra misma gente que casimente (*sic*) por diversión nos persigue como animales” (*Ibid.*: 22). El Flaco siempre tiene en mente llegar a Estados Unidos, pero se queda en la indecisión; hasta que tuvo que salir de San Luis porque la ms lo ubicó allí, intentó cruzar la frontera por Arizona, pero lo detuvieron y encarcelaron.

Los habituales

A continuación vemos algunos residentes habituales que están esperando sus trámites porque ellos exponen mejor las situaciones que se encuentran en el albergue en este año.

Espender el tatuador

Espender será uno de los habituales durante el 2019. Solicitante de refugio, este joven robusto y espabilado será alguien de confianza del albergue donde colabora en las actividades y trabaja en lo que sale. Tan pronto está poniendo stands los fines de semana por 350 pesos, como afila los cuchillos de las cocinas. Deportado de Estados Unidos le fascina dibujar tatuajes y encuentra la felicidad cuando un estudiante del CUAAD le trae todos los útiles para tatuar. Entonces se convierte en el tatuador de la Casa. Bryan, encargado de la mañana y del grupo juvenil San Juan Bosco, que está en puerta en el albergue ciertos días, lo invita a su peluquería masculina a desarrollar su arte.

Israel y Jacob, los jóvenes inestables

Israel ha vuelto a conflictuarse con el equipo que formaba con Joel y Sarahí. Sin embargo, mantiene su presencia en la zona con su gesto de esquinero altivo. Guapo, muy delgado, con su arete en la oreja y muchas veces fumando mota y con una chela en la mano, es alguien conocido en la colonia. A veces colabora en un puesto de frutas del tianguis, otras el carpintero le ofrece trabajillos y hasta arreglar la chapa de una camioneta que tiene, el trabajo que él aprendió en Honduras. Lijó toda la camioneta, compuso sus golpes y la pintó de rojo. Una obra de la que estaba muy orgulloso. También a las 2 de la madrugada acude al mercado de abastos a cargar, pero le cuesta levantarse y no mantiene el ritmo.

En septiembre Jacob busca a Sarahí para que le ayude con el registro de su bebé que tiene dos semanas, le hace falta una constancia de origen para poder hacerlo. Y buscaba a Yaneth para que le diera permiso de llamar a su madre, ya que Yaneth tiene el número de ella y de sus hermanas. Pero a final de 2019 Jacob se ha separado de su mujer y ésta no le deja ver a la bebé, se ve muy desaliñado, ha alquilado un cuarto cerca del albergue, aunque parece que tiene trabajo.

Romario el fantasioso

Otro consuetudinario durante 2019 es Romario, salvadoreño de poco más de 30 años y siempre vestido con bermudas tropicales. A Romario le gusta matar el tiempo en la cocina del comedor popular con Araceli donde se pasa horas picando papas, chayote, zanahoria. Se caracteriza por sus proyectos fantasiosos. En su plática insiste en la necesidad de ser legal y de tener la residencia permanente, nada de visas ni de refugios. Vino en las caravanas de febrero y consiguió el pase de López Obrador, pero busca tener regularización y para ello debe tener papeles que muestren que está trabajando y lo hace en un lugar de plásticos que queda a una hora andando y donde el patrón le ofrece apoyarle. Le gusta trabajar y así lo hizo el año y pico que estuvo en los Estados, presume que sobresalía frente a los demás y lograba ganar más.

Desde siempre le dio consejos a su hermano. Pero a éste le mataron recién el 26 de agosto. Tenía 13 años y era repartidor de pan, se metió por una frontera “invisible” entre las pandillas en Coatepeque, Santa Anita. Le gustaba Daddy Yankee y pasear presumido y Romario le decía que tenía que disimular para que los de las maras no le fueran enganchando que “veme a traer una coca”, “llévame esto allá” porque seguido luego “lo brincan” y pasa a cobrar extorsiones. Los cementerios están llenos de muchachos entre 10 y 18 años, dice. Lo mataron, él lo quería traer para acá. Ahora piensa en su madre.

En otras ocasiones, mientras corta jitomate para una sopa, asegura que va a escribir un libro sobre su vida para ganar dinero; en otra, comiendo una buena raja de sandía, tiene la certeza que el negocio redondo es la crianza de gallinas, va a poner una granja en Chiapas para tener huevos y pasarlos a vender a Guatemala.

El Güero, un arrepentido

Como ya comenté las personas están llegando con muchos dolores y problemas de adicciones y de salud mental al albergue que no tiene herramientas para poder acompañarlos. Un sujeto que ha sido imposible sacar del albergue aunque no le corresponda el estar aquí es el Güero, un nortño mayor, muy nervioso y paranoico que debería estar en tratamiento psiquiátrico. En julio contaba que era de Tijuana y que venía huyendo de su propia familia, desde los 13 años estaba sembrando marihuana, llevaba cuernos de chivo y camionetas, vendía droga, la consumía, chupaba e hizo muchas cosas malas por estar con el demonio. Parece que él era mula por la frontera desde joven, e incluso torturó. Luego entró a la conversión y se bautizó evangélico y quiso dedicar su vida al Señor y, dice, ya no consume nada. Asegura que desperdició su vida, que ya no tiene dónde ir. Él mismo se califica como un fracasado, un bueno para nada, un arrepentido. Es un atrapado en la movilidad pero también en su mal sueño-realidad.

Pero cada vez maneja narrativas diferentes. Da dos nombres, no aclara si es de Baja California, de Sinaloa o de Sonora. Afirma que no tiene

papeles. También parece claro que se está escondiendo. Para octubre el Güero empieza a estar mal porque no toma los medicamentos, dice que no duerme y que no tiene hambre. Sarahí cuenta que un médico le dio pastillas de Clonazepan y luego un botecito de gotas de Rivotril, pero éstas no le gustaron y se las encajó a otro amigo del albergue, ante lo que una de las Hermanas comenta: “con razón me lo encontraba durmiendo en cualquier esquina”. Sin embargo, para otros, lo que hace es engañar, porque se le ve comer bien y está bien. Cuando ve que su actitud le puede suponer la expulsión, sorpresivamente empieza a dormir sin pastillas como un ángel y a comer sin chistar.

Quisiera ser “refugiado centroamericano”, y se refiere a los “pinches centroamericanos” porque a él “no le ayudan igual”.

En septiembre tenía dinero como para pagarse un pasaje al norte en uno de los buses piratas que hay en Los Portales de la Central Nueva, donde salen a Sinaloa por 400 pesos. También se le ofreció ir, como alguien “de calle” a los servicios DIF, Procuraduría, CADIPSI. No ha habido forma, se resiste a salir del albergue.

Luego se aferra a que le ayuden a conseguir su papel de inexistencia. Cuando se la consiguen querrá su partida de nacimiento. A principios de diciembre asegura que nació en Guadalajara. Dice que él es de Dios, el resto del Diablo, a veces tiene broncas con algunos.

Como tantos otros, el Güero tiene fuertes cargas emocionales que requieren ayuda psicológica y psiquiátrica y rehabilitación.

También Florentino es problemático, se le terminó el plazo de su tarjeta humanitaria y volvió a caer en el alcohol y llegaba a pedir dinero al Padre para chupar, mientras el Padre le permitía entrar a dormir y descansar a la sacristía. Después le buscó un centro de rehabilitación en Zacoalcos llevado por otro sacerdote, pero no hubo manera. Terminó saliendo a Tapachula a dizque arreglar sus papeles.

Samir, un deportado “de vacaciones”

Samir es un hombre hondureño de unos 50 años, largo y flaco. Llega en el mes de noviembre. Recientemente fue deportado de Estados Unidos

después de pasar toda una vida de 30 años en Nueva Orleans. Tiene su familia allí. Le iba muy bien con su empresa de poner techos. Enseña fotos de él con su tacuche, sus lentes verdes y sus buenos carros. El caso es que le detienen por una cosa menor y lo expulsan porque su nombre correspondía a otra persona a la que no tomaron huellas en una suplantación de identidad. Él se quejó y ahora quiere poner una denuncia en la que reclama por malos procedimientos 20 millones de dólares. Según él va a ganar y va a reconstruir el albergue con 4 pisos, entre otras cosas. También quiere viajar a España, a Tailandia... A su familia no les dice que está aquí, aunque saben que está bien. Ahora, dice, se lo toma como “de vacaciones”.

Pocas semanas después el Rhizome Center se hace cargo de su caso. El *Rhizome Center for Migrants* o Centro Rizoma para Migrantes es una organización que apoya y defiende a las personas desplazadas y desarraigadas en el mundo. A través de la tecnología y las redes transfronterizas ofrecen servicios directos, promoción y desarrollo social a las comunidades migrantes como una clínica de asistencia legal al sur de la frontera enfocada en proporcionar servicios legales a la población deportada y en fortalecer su reintegración. En 2018 se asocian con Casa Scalabrini de Guadalajara para ofrecer representación legal y asesoramiento a migrantes deportados, como ayudar a familias separadas a valorar sus opciones de reunificación. Algunos de los apoyos legales que dan es obtener la clave única de identificación o CURP, acta de nacimiento, revalidación de estudios, credencial para votar, registro/solicitud de actas de registro civil.

Samir es un sujeto protagonista en el albergue, colaborativo y parlanchín que sabe hacerse presente. Para tener su dinerito se acerca por los comercios del centro vendiendo unas rosas sintéticas con una bandera hondureña pintada en cada mejilla declarando su extranjería. Dice que es un reclamo que funciona, porque las personas entienden que al menos busca ganarse la vida. Pero se cansa mucho y le dan fuertes dolores de cabeza. Samir se mantiene en la Casa como un habitual, con cierto empoderamiento por el tiempo que tiene. Para la pandemia será parte de quienes queden confinados.

Los de paso

En marzo me encuentro con un hombre de frontera, en este caso del sur. Jonathan es de la ciudad de Huehuetenango, Guatemala, de pequeño recuerda que viajaba cómodamente con su abuela a Guanajuato a comprar sombreros. Ahora tiene que viajar en “el tren maldito” donde ha visto de todo, cómo dos muchachos se cayeron del mismo donde viajaban unas 300 personas y a uno de ellos el tren le cortó el tronco, cómo les disparó la guardia privada y cómo les hicieron bajar a mujeres, niños, todos, unos 150. Todo es cruel. Ha llegado con la clavícula rota, en Irapuato por ayudar a una mujer a subir el tren cuando llegaba muy recio le jaló y quebró la clavícula, él no creyó que estuviera rota y continuó camino, con tan mala suerte que se confundió de tren y fue a dar a Manzanillo. Se ve cansado.

Antes era chofer de Coca-Cola subiendo a la Sierra Los Cuchumatanes, pero los sueldos bajaron muchos y por eso se vino. Conoce bien el sur de México y ha viajado al Norte por la ruta de oriente.

Para julio hay un señor mayor que es cubano. A Néstor la policía le robó todos sus papeles en Cuba. Es de Holguín. Tiene a sus hijos en Seattle, ya son americanos, él también. Luego se juntó con una mujer de Uruapan y vivió como 10 años en Michoacán, también tiene papeles de aquí. Total que quiere renovar sus papeles y por eso está en el albergue. Se desespera por trabajar para poder tomarse su lechita y su soda. Es simpático, dice que se ocupaba del mantenimiento de unos apartamentos y sabe hacer de todo, le gusta contar sus historias sobre Fidel y Chávez. Obtendrá su acta de nacimiento y se logra recuperar su IFE. El viejo pasará sin problemas a Estados Unidos.

Por estas fechas también llegará Dioselina, una mujer morena y guapa de Tocoa, Colón, con su esposo, un señor mayor, y con cuatro hijos. Una niña como de 6, dos varones y un bebé de un año que no camina y anda enfermo. Apenas descansan una noche y los encuentro de salida para agarrar el tren con unas bolsas poco funcionales, Dioselina viaja con un bolso de mano rosa. Llevan sus frazadas que también abultan mucho. Una señora del tianguis, conmovida, les ha regalado a los niños una bolsa

de dulces, mientras le dice a su hija: “ellos van muy lejos”. Les entrego una tarjeta de FM4 por si no logran subir al tren en las vías del norte de la ciudad. Quieren entregarse en Tijuana. Llevan un mes en el viaje y nunca les molestó la Guardia Nacional.

Como señalo, están arribando muchas personas con problemas psiquiátricos que el albergue no tiene capacidad de atender. Don Pedro que está en proceso de sacar su papelería de regularización, se escapó el 12 de septiembre de El Refugio con paranoia, dice que le persiguen. Habían llegado 60 personas al albergue y quizás se asustó por ello. Se fue a la policía de Miravalle porque allí está más seguro. Seguramente ha mezclado alcohol con los medicamentos. Un médico del psiquiátrico lo va a evaluar. Sarahí cuenta que despierta a las personas en la noche cuando se pone a darles pláticas sobre la Biblia.

Imagen 37. El señor Marín atendiendo a unas mujeres



Mateo Miranda es guatemalteco, de San Miguel Dueñas, llevaba mucho tiempo viviendo por temporadas en Estados Unidos. Lo han deportado varias veces él sabe colarse, ya se acomodó allí. Le dan 28 o 30 días, la última vez fueron 3 meses, pero según él, es la suerte. Va solo y sorteando los retenes gracias a su ingenio y a que no se fijan en él. Es un

hombre bajo y rechoncho, de cara ancha, ojos listos muy negros y vivaces. El río Suchiate dice que lo atravesó bien vestido. Después ha venido en bus sin problemas. Va a Tijuana, cruzará por el desierto. Conoce gente y lugares donde sea: Chicago, Iowa, Omaha, de todo, especialmente en Nuevo México. Siempre trabaja. Su idea es dirigirse a Nueva Jersey donde está su novia. Una vez que pase, en San Diego solicita su carnet, compra un carro por mil dólares y se va para allá. Es lo mejor, donde menos retenes se encuentran es yendo por la carretera.

Para diciembre Johny acaba de llegar al albergue. Es un cholo guatemalteco ya mayor que fue deportado hace muchos años y se instaló con su familia en Tijuana. Hace “mantenimiento de carros”, es lavacarros. Viene porque entró en depresión. Resulta que ella y sus hijos son ciudadanos estadounidenses y pasan a diario a San Diego a trabajar. Le echan en cara que el dinero que él aporta no vale lo mismo, lo ven de menos. Además encontró a su mujer con otro gracias al Facebook del celular, se encabronó y se fue. En estos meses ya se le ha pasado el coraje y quiere volver bien sea a Tijuana o a Ensenada y seguir allí que es el escenario que conoce y que le gusta. Guadalajara le parece una ciudad muy desagradable porque la gente lo mira mal a uno. También quiere renovar la FM3 que perdió hace años pero la multa es de 18.000 pesos. Está lavando los carros del Padre, quiere conseguir dinero para volver en bus. No tardará en irse.

Los grupos grandes

En la resaca de las Caravanas continuarán llegando grupos grandes a lo largo del 2019. Sorprende la cantidad de personas que logran atravesar el sur tomado por la Guardia Nacional, además constituyéndose en grupos numerosos muchas veces. Cinco garífunas que llegan el 18 de noviembre dicen que “en el sur todo es pagar mordidas, incluso a la Guardia Nacional”.

Para el 20 de marzo arriban 24 hondureños muy fatigados. Yo ya los encuentro duchados con la incombustible camiseta del partido verde. Ellos, como Jonathan, también confundieron la vía y dieran hasta Manzanillo. Allí hasta les ofrecieron trabajo, pero prefirieron volver al camino.

Uno de ellos dice que vivió en Estados Unidos unos 15 años y que, cuando se regresó a Honduras se entera que ya no tenían sus papeles, que ya no era de allí. Total ahora que ya no es de ningún sitio, dice que aquí le gusta, aunque quiere brincar por Mexicali. Ellos y tantos otros expresan cómo el camino está muy violento. Especialmente les asustó cómo les han bajado del tren disparándoles al aire unos guardias de negro como a dos horas de Guadalajara. Algunos se habían hecho daño al tirarse. La impunidad de los guardias de Ferromex y su obsesión por bajar a las personas se mantiene.

En junio subo a El Refugio y hay mucha gente, ha llegado desde madrugada un grupo de 30, andan con la ropa, el registro y demás. Ya desayunaron. Hay dos mujeres de Guatemala, una de Puerto Barrios y la otra de la ciudad. Un muchachito de 15 años, chapín, se echa miles de litros de perfume, dice que no se habían bañado en 4 días. Hay un señor mayor que dice que es diseñador. Van a salir al rato de nuevo al tren, quieren llegar a Tijuana. Conmueven.

El 5 de junio encuentro a unos 20 que vienen llegando mugrientos, cansados y tan hambrientos que lo primero que se hace con ellos es que pasen al comedor a desayunar. Buscan llegar a burrear a Caborca. Ese día se juntaron para comer 70 personas.

También se encontraban un par de mujeres que vienen con sus esposos; llegaron el día anterior. Es curioso que ellos han vivido en Tijuana y para allá van. Uno de ellos dice que pasó años, se especializó en hacer muebles de cocina y su patrón lo está esperando.

Para el 14 de octubre, que llego a una reunión, además de los solicitantes (hay 18) hay unos 50 albergados y acaban de llegar 8 más. Uno de Tegucigalpa expone que cuesta pasar por el sur porque hay muchísima guardia y policías y de todo, quiere llegar al norte y cruzar por el desierto. Subo a cocina y encuentro a una mujer rubia con dos niñas de pelo muy chino: parece que venían con coyote y éste las dejó en Irapuato y las robó todo, por eso tuvieron que subir al tren y venirse. Muy aliviada, sin embargo, tiene puesta su bocina con música en inglés y andan bailando mientras prepara unos huevos para las 8 personas que acaban de llegar.

CAPÍTULO 8

2020: la pandemia de coronavirus

En este año continúan en el albergue los avatares que desbaratan los procesos de institucionalización que, a pesar de ello, persisten con esperanza y se renuevan en la improvisación, la creatividad y el tesón. Continúa el fluir de gente insólita y las tensiones dentro y fuera del albergue siempre están ahí, además se darán drásticas readaptaciones con la llegada del COVID-19. Y se sigue para adelante.

Impresiona cómo el tránsito tradicional continúa y siguen llegando jóvenes centroamericanos que se estrenan en su salida-huida a Estados Unidos y además, como venía ocurriendo, los días de estancia en el albergue se alargan. No se produce la salida inmediata después de un día de descanso, se quedan los 3 días reglamentarios y a veces más. También se siente la llegada de sujetos de reingreso, gente que ya han pasado en tiempos previos por el albergue y repiten el viaje; y de muchos que se han quedado en México después de tantos intentos de cruzar a Estados Unidos sin conseguirlo y, entre ellos, son de distinguir hombres ya mayores de 40 años, desarraigados y maltrechos. Y aparecen menores y mujeres con niños. Continúan quienes buscan solicitar el refugio, entre ellos quienes lo toman como una estrategia de alargar su estancia con ciertas condiciones de vida mientras cambia el panorama en Estados Unidos y en México y puedan optar al cruce. Pero, así como vimos que hay más solicitantes, también se mantienen los abandonos ante la desesperación del equipo jurídico que se esfuerza en sostener los casos.

Desde diciembre empiezan los vuelos con deportados mexicanos a Guadalajara que se supone son originarios de la región, ellos añaden otras problemáticas. Quienes llegan al albergue lo hacen solo para tomar respiro y volver a dirigirse al norte, a su hogar. Las políticas de deportación alimentan y sostienen la continuación de vidas móviles en los esfuerzos de reemigración. Otros hacen intentos por quedarse en la ciudad, pero no duran en este empeño. Una parte se dirigirá a sus lugares de origen. Cuando están en la Casa, la abogada del Centro Rhizoma para los Migrantes viene a ofrecerles asesoría.

Siempre en la urgencia

Las tensiones y conflictos siguen siendo recurrentes. A pesar de los intentos de reglamentar y definir las funciones de los trabajadores del albergue, esto requiere el apoyo de las personas migrantes que tendrán puestos de “confianza” y de responsabilidad que ocasionan disputas por supuestos y reales “privilegios”.

El equipo se mantiene, así como las reuniones de los lunes, lo que hace que se trabaje en articulación y en comunicación. A veces se dan roces por no respetarse las jurisdicciones de cada espacio como entre el comedor popular y el albergue, cosas menores que tienden a resolverse platicando. Esta forma de trabajar será crucial en la llegada del confinamiento por el virus SARS-COV-2 a finales de marzo.

El equipo operativo se mantiene en un principio: el señor Marín, las Hermanas Misioneras de la Eucaristía, Diana Chavolla, así como voluntarios y vecinos de la colonia, como Omar que estará un tiempo como velador y de apoyo en el día. Luego lo sustituye Randy, un joven hondureño que se encuentra en el albergue desde mediados del 2019. Joel, continúa en proveeduría, pero se puede decir que funge de hecho como un coordinador operativo del albergue como del bazar; y como, ya señalé, como profesional en salud pública, en las conexiones con el campo de la salud, algo cada vez más necesario para la población atendida. El equipo jurídico compuesto por personal de Casa Refugiado y de

la Comisión Estatal de Derechos Humanos de Jalisco alcanza una mejor coordinación y eficacia en los trámites y el acompañamiento. En el inicio de año andan un tanto desesperados porque de diez sujetos que estaban haciendo trámites de solicitud de refugio, seis de ellos han abandonado. Del resto, uno está fuera del albergue y solo tres ya tienen constancia del trámite.

El equipo de asesoría y de investigación, dirigido por Heriberto Vega, será otra pieza clave en la toma de decisiones con el equipo, el Padre e instancias cercanas como el ITESO. Mientras Sarahí continúa haciéndose cargo del funcionamiento del programa del comedor popular retomando el apoyo del Estado de Jalisco y los puntillosos requisitos respecto a la población objetivo. El programa de gobierno –Jalisco por la seguridad alimentaria, con la pandemia renombrado Jalisco por la nutrición– aún no envía el dinero y Sarahí mantiene las comidas pero ya sin carne: por ejemplo sopa y papas cocidas con queso o “soya al pastor” y pasta y fresco de limón con pepino.

También se encuentran entre el comedor popular y el bazar Araceli y Yaneth. Ambas cargan con sus propios y acuciantes problemas. Araceli me habla de sus papás y sus enfermedades, con 60 años la señora tiene diabetes y está muy afectada de la vista, el riñón; el papá ha “enflacado” mucho y padece de tensión. Al poco su mamá se cayó en un rancho y se rompió la cabeza y la tuvieron que coser. Días más tarde su hijo se enfermó de sarna. Después será ella quien se enferma con una hernia en la espalda y pasará a hacer limpieza y aseo. También Yaneth tendrá problemas familiares con los arrebatos de su hija adolescente, le aparecen problemas de espalda y, cuando surgen las complicaciones físicas de Araceli, será reubicada para septiembre del 2020 en la cocina.¹

La eterna lucha contra las ratas y las chinches se reanuda porque en marzo reaparecen unas ratas enormes que salen en las noches y no dejan dormir mientras se pasean a sus anchas por el jardín y por la basura. Les

¹ Para marzo de 2021, Araceli abandonará el albergue por sus molestias sin obtener su finiquito por la falta de contratación.

echan el veneno que trae don Ramón, de la comunidad de Cristo Resucitado –quienes los lunes llegan a realizar actividades educativas con los niños de la colonia al exterior de la Parroquia–. También la perra Frida colabora en acabar con ellas durante el día, en la noche no se atreve con ellas. Para la pandemia será Juan Luis, encargado de cuidar las plantas, quien tratará de contener esta plaga. Por fin, para las navidades del 2020 habrá un equipo de fumigación que llegará cada 15 días.

El albergue ya es un espacio referente en la atención a personas migrantes en Guadalajara. ACNUR estará en comunicación permanente, que se acentúa en la pandemia. Guadalajara se promueve con Puebla y Querétaro como ciudades de “integración” para los refugiados. Aparece en el escenario la cooperación alemana que se interesa en el albergue y en el proyecto de Las Casitas, así como en la peculiar relación con la comunidad. Su programa PROFIL busca facilitar la integración social de refugiados y solicitantes de asilo.² Unos y otros están interesados en realizar diagnósticos de inserción y acogida.

Por otro lado el Comité Internacional de la Cruz Roja llega el 3 de febrero para ver las posibilidades de construir los cuartos para voluntarios encima del cuarto de mujeres y del dispensario. Y FM4 Paso Libre también se acerca con donaciones como un refrigerador aparador o un montón de kilos de salmón que llegarán con la pandemia. También se acercan muchos voluntarios que traen actividades.

Esta presencia de instancias internacionales y de cooperación viene de la mano de las políticas transgubernamentales de securitización, criminalización, militarización, externalización de la frontera. En México se acentúa el discurso y el régimen humanitario con estas instancias emergentes internacionales a la par de medidas antihumanitarias.

² El proyecto PROFIL (Proyecto para el Fortalecimiento de la Integración Local de personas refugiadas, solicitantes de asilo, desplazadas internas y migrantes en una situación similar de vulnerabilidad en México) inició formalmente en octubre de 2019. Es un esfuerzo conjunto de la Cooperación Alemana para el Desarrollo Sustentable –*Deutsche Gesellschaft für Internationale Zusammenarbeit* (GIZ México)– y el ACNUR.

Dentro de los apoyos del ITESO se mantienen dos PAPS hasta mayo. Uno de ellos es el de psicología. Gabriela Castro Soto, maestra de psicología del ITESO está interesada en que los estudiantes continúen sus aprendizajes y conozcan las realidades de las personas migrantes. Ofrecen talleres de contención, de recreación, de decisiones y manejo emocional, además de capacitar al equipo con módulos de contención y trabajo con niños, familias. Y, como el semestre anterior, realizan perfiles de las personas de estancia larga registrando su comportamiento, su iniciativa, su perfil laboral y de habilidades para un trabajo que les sea útil para que mantengan el proceso cuando pidan refugio. La pandemia les impedirá estos acercamientos pero llegan a elaborar unos manuales de atención en crisis y especializados hacia menores y mujeres. Otro PAP trabaja en completar los manuales de procedimientos. Para la pandemia se producen otras iniciativas de parte del PRAMI del ITESO que siguen alimentando al reforzamiento institucional vía virtual, como recojo más adelante.

Continuación de historias evenenciales

Lo evenencial tiene que ver también con el cruce de las historias de vida con nuestras historias de vida. Cuando el 10 de marzo encuentro a Yaneth en el bazar me cuenta que Estuardo, un sujeto migrante que viene de Mexicali, la interrumpió ayer para pasarle su celular y que platicara con ¡Lupita! Yaneth conocía a Lupita porque ella había venido una vez a buscar y saludar a un primo suyo que estaba en el albergue camino al Norte. Heriberto y yo conocimos a esta mujer hondureña en El Salto, donde vivía con su pareja mexicana y tres hijos y quería tener su papelería y la de sus hijos en orden. Ahora está en Washington D.C. Consiguió pasar a Estados Unidos con su hijo pequeño. En Mexicali el grupo Beta la acercó a la frontera donde se entregó y los oficiales la encerraron por tres días. La obligaban a tomar duchas heladas a las 3 de la mañana, pero luego la entregaron con un primo suyo que se había prestado a recibirla. Ya está trabajando cuidando un bebé. Se ha separado del esposo porque era muy agresivo y ha tenido que dejar a los dos niños, pero va a ver cómo se los lleva. Estuardo la encontró en Mexicali porque viajaron juntos, pero

cuando ella sale no pudo despedirse de él y por eso lo llama y por eso da con Yaneth y conmigo.

Voy a dar una pincelada de la continuación en este año de las vidas evenenciales que ya se han expuesto previamente. Rossana, la venezolana refugiada, sigue en la desesperación de no dar con un trabajo ni medio digno. Sigue, como dice, “peinando la calle” y acumulando agravios. Hace un gran esfuerzo a principios de año por solicitar la convalidación de su certificado de estudios en la esperanza de que ello le va a suponer mejores oportunidades en el campo de la educación. En estas búsquedas encuentra un colegio que se encuentra a más de una hora de su casa. Tiene 11 alumnos en extremo problemáticos de unos 8 años. Uno de ellos, Diego, hijo de una policía federal es un psicópata que no siente empatía por los demás, dice que el Diablo es su amigo y que los va a matar a todos. Lo tienen medicado con químicos psiquiátricos desde hace años. A su hermano menor lo tiene tan violentado que ni habla ni escribe, le dice que lo va a decapitar. La directora promete hacerle un contrato a Rossana, pero pretende que llegue a las seis para ir a traer a los niños en el transporte del colegio y que limpie las clases para salir como a las 4 de la tarde. Tanta complicación le quitan la energía y abonan a su fibromialgia. Tendrá que desistir.

Luego, activa como es, entra como becada a un diplomado en tanatología que le supone viajar los miércoles desde Portal de Chalco hasta el Ángel de la Independencia. Pero le entusiasma, dice que le ayuda a explorar su ser mujer. Este curso, en que le prometían ocuparse pronto con pacientes, se cortará con el inicio de la pandemia.

Al mismo tiempo Rossana empieza a elucubrar con las posibilidades de salir de México y probar suerte en España, donde tiene una prima en el trabajo doméstico que cuida ancianos. Su hermana, desde Monterrey, también está estudiando esta salida.

El 24 de abril hablo con ella. Ha trabajado tres días en una taquería pero han cerrado por la contingencia. Previamente me dijo que encontró una chamba de limpiar departamentos, y cuando fue había un hombre que le dijo que podía ganar mucho dinero con él: la quería para prosti-

tuirse, estaba especializado en mujeres inmigrantes. Se escapó, aunque el señor tenía un guarura vigilando. Tiene un fuerte dolor de estómago y no sabe si es Chikungunya. Está tratando de escribir a ACNUR por un seguro de desempleo que ofrecen, pero no hay manera, la página no le acepta seguir la inscripción. Seguirá saliendo a peinar la calle.

Espender, el tatuador, es uno de los casos que afectan a todos en el albergue por ser parte de sus gente de confianza. Alguien servicial, con humor, querido, con autoridad, va cambiando su carácter conforme pasa el tiempo. Le urgen sus papeles porque en su trabajo de la Central de Abastos le prometen Seguridad Social. Por el atraso de los mismos busca culpables y considera responsables del atraso a cualquiera de los integrantes de los diferentes equipos jurídicos. Empezará a tomar alcohol y a buscar peleas dentro y fuera del albergue. En tres incidentes golpea a diferentes personas. El día antes de una reunión para la entrevista de elegibilidad en migración, Espender desaparece y no llegará a la cita. Le vuelven a arreglar otra cita para febrero pero ya será en vano tratar de conectar con él. Ha tirado la toalla después de un año de espera. A finales de febrero sabemos que habla con su madre, no para volver a Sonsonate, sino a otro lugar de El Salvador. A principios de marzo, se cuenta que a Espender ha venido a buscarlo “la plaza”, parece que golpeó a un oaxaqueño en sus violencias. Para agosto vuelve a hacerse presente por las calles cercanas a la Parroquia.

Historia de Deby y su familia (III)

El miércoles 22 de enero encuentro a Deby y su hijo en carriola junto a la suegra y su hija que se ve contenta porque va a quinto de primaria en la escuelita. Están viviendo en el nivel de arriba de donde viven Güicho y Fanny. Deby viene a ayudar en el bazar y los hombres de la casa dice que trabajan en seguridad.

Cuando el mes siguiente llegamos a visitar esta casa de vecindades donde se encuentran unos y otros, empezamos saludando a Güicho y Fanny. Él se encuentra en el trabajo de guardia de seguridad –ahora de un condominio–, así que Fanny es la que nos invita a pasar al departamento.

Ella nos enseña sus uñas y su bolsa llena de esmaltes de todos los colores. Ya tienen su televisión y su mesa de cocina está llena de chunches, pero recogida. Nos cuenta que está tranquila, que habla todos los días con su hijo pequeño, que sus papeles van lento pero van, que casi no sale porque a Güicho no le gusta. También nos habla de la familia salvadoreña de Deby que son vecinos, parece que tienen tensiones sobre un préstamo de dinero. Fanny nos trata muy bien, nos quiere preparar caldo de res o tamales, dice que quiere poner algún negocio y que la madre de Güicho mandaría un dinero.

Nos impresiona el cuarto donde duermen y hacen la vida. Tiene un fuerte olor a moho y, de hecho, encima de la cama hay unas enormes manchas con hongos. Nos enseña un cuarto lateral donde hay dos camas-tros. Aquí han traído a refugiarse a muchos centroamericanos. Hay un cuarto de baño común que tiene una pila. Todo está húmedo, viejo y destartado. La mampara plástica que rodea el wáter está quebrada y no cierra. No es un espacio digno. Pero el departamento de arriba de apenas dos habitaciones donde se encuentra Deby y su familia, es aún más cerrado y miserable. Y son varios los cuartos de alquiler en el pequeño espacio de la casa. Enfrente de su puerta hay una pila pero, sobre todo, un encharcamiento de agua verde que hace insalubre todo el ambiente. Deby nos recibe un momento. Su bebé Alexander se encuentra todo piqueteado de chinches porque “la de abajo no asea”. La hija está tirada en el sofá, y se ve un colchón sin sábanas todo roto. Se huele a cerrado. Quedamos en verla otro día. Luego la encontramos toda cambiada camino al albergue, va repintadísima y sexi para ir a comer al comedor popular.

Las huellas por México: trayectorias revueltas

Aquí quiero mostrar cómo están apareciendo en los albergues personas que ya tienen trayectorias migratorias tan largas que muchos de ellos cuentan con redes de amistades y/o familiares en México. Algunos ya superan la media de edad “tradicional” y son personas entradas en años y en el caminar. Jaime Estuardo es un guatemalteco de 42 años que llega desde Tijuana y busca trabajo; a Ezequiel, también en los cuarentas, lo

canalizan desde CADIPSI pero ya había estado previamente en El Refugio y había sido expulsado por mal comportamiento; Miguel es mexicano, estuvo “en calle”, a él también se le pide que se retire porque amenazó a las personas migrantes centroamericanas.

Y este perfil de personas en situación de calle se repite. Adrián es lavacarros y tiene muchos años de vivir en México, no sabía que existía el refugio y ahora quiere hacer una solicitud extemporánea. Pero no van a encontrar su registro en el Consulado de Honduras. Él llegó con todos sus trastos de lavar carros, no tardará en volver a su *modus vivendi* ya en calle.

Otro ejemplo es el de una pareja que llega en su cuarto reingreso y que siempre han demandado mucho, solicitando medicinas, por ejemplo. También salen pronto, se sospecha de ellos que se dedican al hurto de otros migrantes porque las veces que han estado desaparecen dinero y celulares. Seguramente se trata de gente que ya reside en la ciudad.

Darwin, con VIH

A principios de año reaparece un hombre de 36 años con VIH, se le había ayudado para entrar a un programa y tener su medicación y desapareció hasta ahora, años más tarde. Se encuentra mal, quiere llegar a un albergue especializado que se encuentra en Tijuana y necesita ayuda. En El Refugio había renuencia a ayudarlo porque ya lo hicieron. Pero Darwin es listo y al poco tiempo tomará su bus a Tijuana. Consiguió presentarse en una Parroquia de Puerta de Hierro, la zona adinerada de la ciudad, y que una bienhechora lo ayudara con 500 pesos.

Atender en el albergue a personas migrantes con VIH es un proceso complejo y delicado. En general, ellos no tienen paciencia, se “desesperan” y se van a otro lugar y así “agotan sus recursos”, dice Sarahí. Los que han iniciado sus protocolos con VIH con Coesida o con el Seguro Popular y han tenido acceso a tratamiento sorteando la quisquillosa burocracia, lo pierden cuando ya no están asentados en un lugar.

Hermanos en la deriva

A principios de año aparecen unos extraños hermanos hondureños. Al principio se les vio como pareja porque tenían apellidos diferentes, luego aclaran que son hermanos del mismo padre pero que este papá mató a alguien, lo encarcelan y la mamá le pone al recién nacido el apellido de su abuela. A ella viene a buscarla otro hermano que está en Guadalajara y se la lleva con él, pero regresa porque el hermano la estaba explotando pues la obligaba a lavar la ropa de todos los que viven con él. Decide probar trabajando en una frutería, pero le hacían descargar mucho y se volvió al albergue. Ya aquí, con su hermano, se ponen en contacto con una amiga de la madre que vive en Irapuato y salen hacia allá.

Dimas y Beatriz, una familia nómada

Otra pareja conformada en el desplazamiento y el nomadismo es la de Dimas, su mujer, Bea, y su hija chiquita. Él es guatemalteco y su mujer es hondureña con papeles de refugio en México, pero tuvieron a la hija en Honduras. En la bitácora, cuando se les recibe, se escribe “no tienen destino, piden ayuda para trabajar”. Dimas, adicto a la marihuana, ha sufrido golpes y habrá que llevarlo al Centro de Salud porque sentía vértigos y taquicardia cuando llegan el 18 de enero. Dimas y la niña podrían regularizarse por vínculos familiares, pero tendrían que pagar una multa de 7.000 o 10.000 pesos y, para ello, quiere trabajar, pero no tiene CURP y no se encuentra bien. Harán por llegar a Tijuana donde hay oficina de COMAR para ver cómo resuelven su caso. Saldrán el 31 de enero.

Charlie el Garífuna

Charlie, negro garífuna de Honduras alto, flaco y guapo, quiere renovar su visa lograda en la caravana de enero. Yo lo había conocido previamente en FM4 Paso Libre. Durante este año pasado Charlie, que tiene estudios y capacitación en marina mercante y sabe soldar, refrigeración y otros conocimientos técnicos, ha pasado por trabajos en talleres y con ingenieros distintos, pero también en recaídas constantes por el alcohol. Vive en la fantasía, tan pronto va a comprarse un bochito para sacar a las chicas

a pasear por Chapultepec, como le rompen la cara en las vías por andar borracho y enojado con los “chumagus” –mestizos–.

La población garífuna no gusta de ir a los albergues, rechazan la disciplina y no tardan en salirse o ser expulsados, prefieren buscar cuartos baratos en algún lugar de la ciudad. Así había hecho Charlie con otros compañeros garífunas y no le iba mal, hasta que se viene abajo y lo pierdo de vista. Lo encuentro en enero en el albergue y me sorprende que está muy bien portado y no lo han encontrado pacheco, ha hecho varios arreglos a aparatos eléctricos del albergue y sus chistes caen bien a las personas.

La capacidad de Charlie me asombra, un día lo encontré con unos audífonos pegado a la computadora de la sala revisando un tutorial de circuitos de una lavadora automática que no logra reparar. En febrero me dice que está muy ilusionado porque se quiere casar. Va relimpio y elegante con sus bermudas y su playera café. Me enseña la foto de su pretendida, una mujer que quiere divorciarse de un marido medio chueco con el que tiene un niño y que se dedica a vender préstamos a jubilados. Para final de febrero sale a vivir con su señora a la zona de Tetlán, está contento, dice que ella lo cuida mucho y que le da de comer. Ahora quiere solicitar el refugio y quiere darse a conocer: se va a hacer una tarjeta de presentación con sus habilidades para repartirla.

El 13 de marzo, ya en la pandemia, la mujer con la que Charlie vivía se comunica con Yaneth, le cuenta que él se puso muy agresivo con ella e incluso la golpeó. El 14 Charlie llegó por la mañana al albergue con un grupo, pidió una cobija y se fue.

Los insólitos

Y siempre aparecen sujetos inclasificables.

De Jamaica

También hizo su estancia un muchacho jamaíquino, Brandon, con una historia confusa. Había llegado a Guadalajara invitado por un amigo. Es reservado y caprichoso, pero habla bien español y otros idiomas.

Pretende que su embajada lo repatrie. Cuando al fin lo consigue, se pierde del albergue, regresa y ya sale por fin con un montón de chivas como si hubiera estado de turismo.

El Nica

Erick había llegado al albergue a fines del 2019. Es un chico nicaragüense de apenas 21 años, extremadamente delgado y con una manera de relacionarse que choca porque siempre está en la demostración de su sabiduría geopolítica. Se adapta a lo que piensa que el otro quiere escuchar. Trata de defenderse en un escenario en el que seguramente no se encuentra a gusto y ya carga con una larga huida de un año y varios meses. Decía que venía escapando del comunismo. Su apellido es ruso porque su padre era soviético. Alardea de tener amigos muy importantes, entre ellos uno que trabaja en el aeropuerto de México propietario de muchas casas por el país, una de ellas en el coto más renombrado de Guadalajara: Puerta de Hierro, por eso él se va a ir con él en breve.

Es un joven con estudios que ha salido del país como tantos otros estudiantes con el levantamiento al régimen de Ortega y la dura represión sobre ellos. Erick no suele explayarse sobre esta experiencia, su verbo lo utiliza para explayarse en sus delirios de grandeza, quizás es la misma necesidad de no contar con recursos ni redes, aunque presume de su padre ruso y espía y de amigos de mucho dinero pero de la mañana.

Al mismo tiempo que busca hacerse útil en el albergue, tiene actitudes como el escupir la comida de la gente o no querer levantarse de la cama. Sus contradicciones son constantes dice que le robaron su tarjeta de residente, y aseguran los que lo rodean que no es así, seguramente él piensa que ACNUR igual le ayuda con dinero. Luego pasará en el albergue las navidades y empezará a entrar en desgracia cuando se vanagloria de engañar a los encargados de la Casa al introducir botellas de alcohol y marihuana unas catorce veces sin que se dieran cuenta, colaborando con los consumidores, ya que él ni bebía ni fumaba. Aparece en el reportaje fotográfico de *Pez Nocturno* y señala que mataron a sus amigos de la universidad por estar en contra del gobierno de Ortega: “No tengo

familia, todos están muertos: 26 de noviembre del 2018. Yo voté por la persona que le dio piso a mi padre” (*Pez Nocturno*, 2020).

Hansi, el alemán, y Carolina, la sospechosa

Por último, como curiosidad y con un final inquietante, está Hansi Schultz, un rubicundo y fornido joven alemán. Un señor lo trae al albergue para el 8 de febrero. Anda buscando vías para regresar después de más de un año dando vueltas entre Guatemala y México. Habla un buen español coloquial y dice que en su embajada no lo quisieron ayudar. Ahora llega desde el norte, Nuevo Laredo, después de sufrir un desencanto amoroso. El problema es que estando en El Refugio Hansi se enamora de una mujer de Sinaloa, Carolina, que tiene una niña pequeña. Ella ya ha estado en el albergue en otras ocasiones acompañada de su pareja que se dice que es coyote –busca personas para llevarlas a Sonoyta. Hace un año llegó llorando por el secuestro de su marido; y hace 3 o 4 meses parece que robó celulares a las mujeres con las que compartía cuarto. Ahora, alguien del equipo, asegura haber visto en las escaleras de la Casa a su “esposo” pero que no entró. Se extrañan que llega al albergue con lo mínimo. Hansi le ofrece llevarla con él a casa de un amigo en Hidalgo, porque ella le ha contado que no tiene familia, y después irá con él a Alemania, donde su abuelo. Se le explica lo que se sabe de ella y de su pareja y se le recomienda tener cuidado. Ella busca hablar con él, se lo lleva al patio y ya no regresan más ni ella, ni la niña, ni Hansi. El previamente nos había cantado “Adiós amor, me voy...” de Christian Nodal.

El empoderamiento del territorio de la espera

Como hemos visto a lo largo de la historia del albergue, cuando las personas duran más tiempo en el mismo y entran a hacerse cargo de diferentes tareas se generan confianzas y desconfianzas, posicionamientos, empoderamientos, celos. Entonces un contexto de convivencia entre iguales puede derivar en privilegios y de consentimientos diferenciados en la realidad y/o en el imaginario. Y, como dice Heriberto, en los albergues se empodera hasta quien queda encargado del papel de baño y producen dife-

rencias al ejercer su pequeño poder y profundizar la distancia entre ellos mismos. Estallan los chismes de las preferencias, que en parte son mitos que ellos crean en su hipersensibilidad y susceptibilidad. Esto se combina, por supuesto con los poderes de los encargados y voluntarios, que también manejan su autoridad y sus emociones. Y finalmente está el poder –muchas veces arbitrario– que la coordinación del albergue tiene de decidir quién se queda y quién sale, ese ambiguo régimen de verdad del albergue y sus “normas”: un estado de expulsabilidad que, como la deportabilidad (de Genova, 2002) impone a los acogidos angustia y disciplina a la vez.

Los espacios de disputa son muchos, pero en especial son codiciadas la cocina y su acceso a alimentos y café y el poder que dan las llaves y el control de la entrada al albergue. También participar en el traslado y guardado de los donativos que se reciben, permitiendo el acceso y apropiación de ciertos objetos, como ropa a su gusto. Las modalidades son muy diversas. Por ejemplo, el Güero quiere tener como su propiedad el lugar de sentarse en el comedor, mientras el resto se molesta con su maña.

Federico el Argentino

Un problema continuado de supuesto empoderamiento, de envidias y de discriminación activa se produce con Federico el Argentino, también inclasificable. Se trata de un hombre de unos 60 años que llega al albergue gracias al internet después de muchas vueltas por México siguiendo, como gigoló, a mujeres que le han mantenido por ciertos tiempos. Había salido de Río Gallegos, al extremo sur de Argentina hace unos años para llegar con su amante a Veracruz. Durante un año tuvo su permiso de turista, ahora está sin papeles de estancia legal y busca encontrar una vía, quizás como adulto mayor (se le recomienda que vaya a Ciudad de México a COMAR a buscar apoyo, no lo hace). Es un hombre separado, parece que salió de allá decaído por este divorcio. Sus hijos, aunque se comunica con ellos, no saben que se encuentra en un albergue, son trabajadores muy pobres que no pueden echarle una mano y a quienes le da pena contar su situación. En Buenos Aires no tiene a nadie.

Federico es chef, en ese campo es en el que busca trabajo. Al principio llegaba al albergue cada 15 días. Serio, con lentes, bien vestido, con su computadora portátil, resultaba un personaje distinto. Cuando ya se instala en el albergue porque se queda sin recursos, este señor diabético e hipertenso, ya no sale a buscar trabajo. Colabora con la Casa con sus habilidades: su conocimiento de programador le permite instalar en las computadoras una modalidad de resetearlas diariamente de forma que las máquinas no acumulen todo lo que las personas bajan con sus búsquedas en el día. Así no se saturan. Pero, sobre todo, le gusta la cocina.

El Padre le estima y le pide en varias ocasiones preparar asados para alguna celebración familiar. Hace unos panitos con hierbas horneados muy ricos, dice que guisa por terapia y sabe hacer varios tipos de pizza y de carnes. En el albergue se le facilita la entrada a la cocina para algunas de estas preparaciones.

Un día de febrero había preparado unos panes, algunos eran para el común y había unos especiales que había hecho para el Padre. Espenser, el tatuador, llegó por la cocina, los vio y se comió una parte de estos panes especiales. Federico se enojó y lo encaró y Espenser le contestó feo: “a mí qué me ves? ¿Te gusto?”. Se ofendió tanto Federico que decidió irse de una vez al Instituto de Migración y ver cómo llegar a Argentina.

A la mañana siguiente había preparado un paté de hígado que repartió en galletitas en la zona del bazar. Estaba preparando su despedida y el Padre le había encargado que hiciera 10 conejos asados en la parrilla. Mientras cuidaba el fuego y preparaba el chimichurri me comenta que se va peor de lo que llegó. Me cuenta que había puesto un negocio, pero que le extorsionaron y por ello se tuvo que refugiar aquí. Está triste, “*los chicos*” no le han tratado bien.

Siempre no se fue, y durante varias semanas más y hasta en la contingencia, Federico se mantiene en el albergue. El agravio de los panes expuso “las libertades” en el espacio de la cocina donde los albergados pueden llegar a tomar café, a prepararse un té, a buscar una fruta, a agarrar algo de las refrigeradoras.

Como se necesita a alguien en la cocina, se decide que tres días por semana el Argentino será quien se haga cargo y tenga la llave del cancel de la cocina. Cuando Federico entró a este espacio, la tensión estaba servida.

Imagen 38. La cocina del comedor popular



Federico también tiene poca sensibilidad hacia ciertas transgresiones menores y necesarias entre tanta población. Al legitimarse como “dueño” del espacio de la cocina no permite a los muchachos pasar a tomarse sus cafés, no acepta ninguna sugerencia ni colaboración de parte del resto de las personas albergadas. Cuando llegan unos racimos de plátano macho, un alimento deseado para los centroamericanos, unas mujeres hondureñas querían prepararlo a su manera, pero Federico no acepta esta posibilidad por mucho que ellas dicen que le gustan fritos con un poquito de margarina y jugo de naranja: “a la Gloria”. Se los queda y los sacará cocidos.

Norma, la cocinera voluntaria que llega dos días por semana, por el contrario, es amiga de contar con ayudantes de cocina hombres y mujeres, de chiquear a quien llegue a visitarla. Son modelos distintos de “hacer

cocina”. Cada uno de ellos guarda sus espacios: Araceli no quiere que Federico venga a su cocina de abajo y ella no sube a la de él. Norma además está preocupada porque piensa que le va a quitar su trabajo.

El 2 de marzo se coloca una puerta enrejada y enllavada en la cocina para tener un mejor control de los alimentos y de la higiene de la cocina. La fabrica un salvadoreño que vive en el barrio, se ha unido a una mujer de aquí y hace herrería. El Padre le ha comprado el equipito móvil de soldar y se lo deja para que lo trabaje.

Si ya se daban envidias por la computadora portátil de Federico y su manejo de los programas, ahora los chismes se disparan y Federico concentra las maledicencias y la maldición de todos. Se riega el dicho de que no se baña y algunos no van a querer de su comida. También que revuelve los alimentos y mezcla las cosas que sobran: a las lentejas les echa pasta; el arroz lo junta con las verduras. Le señalan que goza de cuarto propio, así que se le acomodará en el cuarto de los que tienen más tiempo. Otra acción que se exacerbó en su contra es su dominio de la tecnología que se interpreta directamente como que el Argentino quizás les está grabando a los de la Casa cuando se están cambiando o en las duchas.

El Argentino tampoco deja claro qué quiere hacer, si quedarse, irse a Argentina o qué, entretanto se descuida y se ve mal afeitado, mal vestido, sin ducharse. Está deprimido. En el equipo se le tiene consideración porque es colaborador. Para Joel sus excentricidades se muestran cuando solicita ingredientes que no están en las donaciones: aroma de vainilla, leche condensada, canela molida, como que no aterriza a la realidad de un albergue con necesidades y sin recursos. Las Hermanas opinan que su primer pecado es ser argentino, hay xenofobia entre ellos.

Pero también hay una dimensión cultural en la sazón de su cocina. Acostumbra a poner mucho ajo, condimenta demasiado, no da frijoles ni huevos en el desayuno, es más de arroz con leche y pan dulce.

Las reglas deben ser flexibles y las Hermanas lo entienden bien al atender a los migrantes de la mejor manera. A pesar de que no se puede introducir bebidas ni comidas, ellas colaboran para entrar comida de contrabando: naranjas y leche para los niños, productos específicos para

personas enfermas o con alergias. También ellas permiten que se calienten bebidas en la cocina. Facilitan que la vida fluya un poco más al gusto de cada cual y de todos.

Las tres hermanas hondureñas y la violencia de género

Las hermanas hondureñas Sánchez son otro caso más que expone la crudeza de las violentas relaciones de género en Centroamérica. Las tres escapan de lo mismo: sus parejas masculinas. Las tres traen a parte o a todos sus hijos y huyen a través de la caravana de enero de 2019. Su referente es una prima que logró llegar a los Estados con la primera caravana y ya está sin grillete. Para cuando ellas se ponen en marcha se tuercen las políticas mexicanas que optan, entre otras cosas, por militarizar el territorio con la Guardia Nacional. Ellas se mueven como un grupo. Son siete personas: tres mujeres, tres niños pequeños, una muchacha de 13 y un adolescente de 17 años. El tren que les lleva atravesando el Estado de México para ante un gran reten de personas uniformadas que hacen bajar a todos los encaramados, los golpean, detienen y algunos huyen por un pantano. Ellas logran huir, pero se pierden entre ellas. Tras muchas vicisitudes de terror lograrán encontrarse en un albergue de la Ciudad de México. Allí se replantean qué hacer. No quieren renunciar a su sueño de llegar a Estados Unidos, pero han agarrado mucho miedo al tren y la situación en la frontera y el programa Quédate en México están poniendo muy difícil el paso.

Mujeres solidarias de la Ciudad de México les facilitan apoyo para viajar en bus porque deciden ceder a la invitación de un conocido que las invita con él al municipio de El Salto en Guadalajara, un lugar difícil conocido como “el infierno ambiental” y con fuerte presencia del cártel Jalisco Nueva Generación y otras criminalidades. Allí llegan en autobús en junio. Las tres encontrarán trabajo en una granja de pollos por 2.400 pesos a la quincena. Con ello apenas pagan el alquiler de dos espacios y malviven varios meses.

A principios de enero las hermanas Sánchez se comunican de nuevo con sus contactos en la capital. El hondureño que las había recibido tan

desinteresadamente es pareja de una de ellas y la está maltratando y ha tirado los celulares de las hermanas al excusado. Entran en pánico, quieren salir huyendo pero ¿cómo y a dónde? Se les aconseja llegar a alguna casa de mujeres maltratadas, pero la casa de la fiscalía no es confiable por su trato, más que son hondureñas y que llevan a un chico ya mayor de edad con ellas. Se deciden por el albergue El Refugio que las acepta. Renuncian a su trabajo, salen a escondidas y en un taxi llegan en la tarde del 23 de enero.

Al día siguiente las encuentro muy atareadas: lavando ropa en la pila, ayudando en la cocina, trapeando el comedor. Se las ve tranquilas. Maritza, que trapea con mucho ímpetu, me cuenta que ya se ha adaptado aquí, que ella no es como su madre que solo podía dormir en su cama. Los niños están jugando en el futbito descompuesto. Se las ve muy dispuestas, pero todavía no se aclaran, no quieren solicitar asilo porque su objetivo sigue siendo alcanzar la frontera norte. El Padre se acerca a saludarlas y a tranquilizarlas: “pueden quedarse el tiempo que quieran”, entiende los problemas con el compañero sentimental de Yamilet, como “conflictos diplomáticos”. No indaga más. Las tres aceptan preparar baleadas el domingo para 15 personas.

Con los días se van acomodando a la vida del albergue y aprovechando ciertas oportunidades. Se revisan en el puesto de salud ellas y los niños. Traen muchas dolencias: dolores de estómago, problemas en los pechos, la garganta, molestias en la espalda baja, infecciones vaginales.

También con el correr del tiempo las expectativas de salir a Tijuana se difuminan. Dos de ellas entran a trabajar en una lavandería y en una fábrica de bolsos, Maritza se hace cargo de los menores y del mayor cuando ellas salen. Y el equipo jurídico las entrevista y las asegura que tienen argumentos suficientes para poder obtener el refugio. De hecho, Casa del Refugiado se hace cargo de su caso. Las hermanas se mueven en la indecisión. La hija de Maritza que quedó en Honduras –y que tiene una hija a su vez– dice que solo viajará con ella si es a Estados Unidos, a México no. Javi, el hijo mayor de edad, está fascinado por los muchachos

como él que ve pasar tan alegres camino a Estados Unidos en el tren, pachequeando y vacilando.

Para finales de febrero COMAR llega a hacerles una entrevista y el proceso está en marcha. Maritza acepta, paciente, el quedarse en el albergue y se anima a arreglarse su boca y la de los niños haciéndose varios empastes. Y continúan sus revisiones de salud especializadas cada una de las hermanas. Tienen sarpullidos en la piel, molestias estomacales y como alergias al gluten, dolores de cabeza, bajadas de presión y vómitos. Deben hacerse cultivos, exámenes, mamografías y acudir a otros centros especializados, como a Zoquipan, también a médicos particulares. Joel se encargará de dar todos estos pasos de mediar con las autoridades de salud y la atención gratuita. Siempre mantienen malestares viejos o nuevos, son mujeres pequeñas y muy delgadas, como frágiles. Se miran tranquilas pero acumulan muchas tensiones. Me divierte ver que en cuarto tienen como en altar dos pequeñas planchas para su ropa, siempre se mantienen arregladas.

Tendrán sus más y sus menos con la cocina del Argentino o con las chinches que picotean a Yamilet; también entre ellas se dan tensiones. Poco a poco, con las diferentes salidas por uno u otro motivo van conociendo la ciudad.

Los niños se suman sin problemas a la escuelita de los lunes de Cristo Sacerdote y se entretienen pintando y haciendo manualidades. Pero para marzo, Maritza se avienta a solicitar el ingreso de los niños y lo logra: los tres pequeños serán escolarizados. Va a apuntar a la mayor para la secundaria que empieza en septiembre. El director dijo que les va a dar papeles de curso terminado cuando tengan su CURP que está en proceso.

Crónicas del confinamiento en El Refugio Casa del Migrante

A lo largo de la narrativa he mostrado cómo El Refugio se adapta a los vaivenes de los efectos de las políticas migratorias que buscan controlar los flujos de sujetos expulsados por el orden económico global y sus violencias constitutivas. En este sentido el movimiento ya no es unidireccional y las dificultades del paso se traducen en poblaciones que pululan

buscando sobrevivir por el territorio mexicano. Si tradicionalmente se atendía a la población dañada por un tránsito clandestino y criminalizado, en su mayoría hombres, desde hace unos años el desafío es asumir a una población por tiempos más largos y que queda atrapada en una movilidad circular intermitente (Juárez, 2021). Se trata de hombres jóvenes, pero también aparecen familias, mujeres con niños, hombres adultos. Después de la crisis de los niños en 2014 y con las caravanas desde 2018, las medidas se han dirigido a profundizar la externalización y la delegación del control de la frontera y del asilo de Estados Unidos a México.

Se puede decir que los albergues se han convertido además de lugares de rehumanización para una población de paso con ilusiones, en espacios de la espera, lo que exige un esfuerzo adicional en la atención de personas por tiempos largos y, en muchos casos, más desesperanzada.

Y, por si fuera poco, se presenta un reto más: la pandemia del virus SARS-COV-2. Con ella, de nuevo por sí mismos, los albergues se recomponen para atender a la población más vulnerable y menos deseada que ahora es vista como “apestada” —ya que los cuerpos migrantes van a cargar el virus en el imaginario político y social—, es decir, continúa precarizándose en todos los términos con el argumento de la salud pública y del por “el bien de todos”. Es el “atrapamiento dentro del atrapamiento” (Bojórquez *et al.*, 2020: 10).

La pandemia pone en evidencia la fragilidad de la sociedad y sus individuos a nivel global, pero las medidas de los gobiernos serán de estrechas miras nacionalistas. Mientras que todas las instancias de recuperación y acompañamiento a las personas móviles entran en acción y se van a constituir en red, a integrarse con aportes de la sociedad civil, religiosa e internacional (Cáritas, ACNUR, REDODEM, PRAMI, Instituto para las Mujeres en la Migración, Alianza de Movilidad Inclusiva en la Pandemia...) y a coordinarse e informarse virtualmente a través de foros, webinarios, talleres, capacitaciones. Aunque buena parte no va a tener la capacidad ni los recursos humanos ni económicos para poder poner en práctica lo recomendado, ante el desbordamiento de las necesidades y las dificul-

tades de operación, se arreglarán con dificultades, pero con creatividad y generosidad.

El virus y la movilidad de las personas

La expansión global del virus SARS-COV-2 inicia a fines de 2019 en China y llega a México en marzo de 2020. Las medidas internacionales para combatir su propagación en el mundo occidental son básicamente las mismas: el confinamiento, la sana distancia y medidas de higiene como el uso del cubrebocas y el lavarse las manos con frecuencia. El virus paraliza la vida social y económica de los países y, mientras los estados-nación se centran en sí mismos y sus nacionales: cierran fronteras y repatrian a sus ciudadanos en el extranjero, para las poblaciones en movimiento, esto supone un desafío específico.

El gobierno de México no sabe cómo proceder con las personas migrantes quienes se encuentran en una mayor exposición e incertidumbre cuando la situación los agarra en el camino, en las estaciones migratorias o en los albergues. Ante la ineficiencia a fines de marzo se dan levantamientos de las personas migrantes encerradas en las estaciones migratorias de Tapachula, Chiapas, y Tenosique, Tabasco, que provocan que el gobierno se decida a abrir sus puertas.

La COVID-19 justifica el portazo definitivo para el derecho de asilo en Estados Unidos y para dejar a los móviles clandestinos abandonados a su suerte en México. Muchas personas en el camino optan por regresar a sus países solo para encontrar las fronteras cerradas y el pánico de sus paisanos ante su regreso en el imaginario de que regresan contaminados. Las instancias de migración y la COMAR se cierran para el 23 de abril y el territorio de la espera que ya era México se convierte en una más afinada versión del limbo institucionalizado: los “papeles” se reciben pero no se procesan.³ Durante meses también se clausuran las oficinas “humanita-

³ Ya no se realizarán las firmas mensuales, se paralizan las entrevistas de elegibilidad, no habrán tarjetas humanitarias, ni renovaciones, ni resoluciones de refugio, ni trámites de regulación migratoria.

rias” internacionales como ACNUR, hasta junio-julio empiezan a desperezarse con el arribo de la “nueva normalidad”.

En los países de Centroamérica se cierran las fronteras y se repite la reacción de sus poblaciones y comunidades a expulsar y fronterizarse frente a sus propios paisanos que retornan de su experiencia migratoria o que son deportados. El acuerdo del CA-4 de libre tránsito para los ciudadanos de los países de Guatemala, El Salvador, Honduras y Nicaragua se limita –Guatemala exigirá prueba de PCR o antígeno para entrar a su territorio–; mientras seguirán recibiendo vuelos con deportados por Estados Unidos que son trasladados sin medidas sanitarias, e incluso infectados, y que son recibidos igualmente sin protocolos eficientes.

Etapa I: El confinamiento en El Refugio:

“Primero fue el miedo” (marzo-junio)

La llegada del SARS-COV-2 obliga a tomar decisiones sobre la operación del albergue. Son medidas comunes a otras Casas de Migrantes en que se primó el confinamiento duro. En El Refugio se decide seguir los lineamientos de la Casa de Saltillo y su director Alberto Xicotencatl, que son los de todas las casas de migrantes. Para poder abrir los albergues será preciso que se alcance el semáforo amarillo en todos los estados según la Secretaría de Salud Federal.

En la reunión de equipo del lunes 16 de marzo se cierra el albergue y quienes se encuentren alojados en este momento tendrán que decidir entre quedarse o salir para no poder volver a entrar. También se corta la llegada de voluntarios y de personas que residen fuera del albergue. No se va a aceptar el ingreso de ninguna persona migrante que pueda arribar a la Casa. Los hospedados que estaban saliendo a trabajar deben hablar con su empresa o patrón y decidir si prefieren mantener el empleo desde el exterior o perder el trabajo al confinarse. Pronto llega la información de que no se esperan más vuelos de deportados, Estados Unidos anula temporalmente los vuelos hacia Guadalajara, que no hacia otros lugares de México y países de Centroamérica.

Solo tienen acceso al albergue quienes se hacen cargo de su operación diaria. Ellos se constituyen como los héroes de esta temporada sobre los que se carga el peso de su gestión, de las tensiones del encierro y de la atención a los necesitados de puertas adentro y los de puertas afuera. Son el señor Marín, las Hermanas Misioneras de la Eucaristía: Margarita, Gisela y Tachita, el Padre y Joel León. Randy, un muchacho hondureño que se encuentra en solicitud de refugio, queda como velador y será clave en el apoyo en las actividades del mantenimiento del albergue. Heriberto Vega es otro colaborador que se expone llegando a la sala de juntas los lunes para coordinar con el resto del equipo esparcido en sus casas las reuniones de zoom por computadora. También se mantiene comunicación a diario a través del grupo de Whatsapp.

Las medidas se toman de forma intuitiva y de repente, sin darse cuenta, el pequeño equipo tendrá que soportar la responsabilidad durante meses ante una situación imprevista, única, exigente y desgastante. Unas 50 personas resultan en aislamiento a su interior. De pronto se genera una nueva sociedad: los hospedados y el pequeño equipo, un nuevo espacio de vida: una territorialidad de la espera en el confinamiento y un nuevo tiempo marcado por un nuevo cotidiano; todas las dimensiones de la vida se ven drásticamente reducidas. Hay que acomodarse a convivir entre desconocidos en una socialidad forzada por las circunstancias; lo que facilita una mayor apropiación de los espacios que se ven delimitados entre quienes quedan encerrados.

Este colectivo en confinamiento es de perfiles diversos. Están las tres hermanas hondureñas, con sus cuatro hijos menores y con Javi que acaba de cumplir la mayoría de edad. Son 8 los que conforman este colectivo. Hay varios señores de más de 45 años y muchos jóvenes; son de distintas nacionalidades, predominando los de origen hondureño. Varios de quienes quedan en el aislamiento tienen problemas de salud. Hay un señor con VIH que tiene un comportamiento veleidoso y al que habrá que estar vigilando constantemente. Otro, Andrés, tiene un problema cardíaco y uno más es diabético.

Sabiendo que ya no van a poder ingresar más sujetos se reordenan los espacios.⁴

El cuarto amplio de refugiados queda para las mujeres y niños, es decir, para la familia de las hermanas hondureñas; los cuartos de la planta alta para quienes son solicitantes de refugio; los de la planta baja para los de tránsito, ahora inmovilizados. El que era el cuartito de las mujeres, que tiene un baño interno, queda en reserva por si se requiere el aislamiento de alguien. Y se establecen normas como el poder salir a la tienda dos veces al día –a las 11:30 y a las 4:30– y que una sola persona realice los recados del resto.

Dado que el proyecto pastoral también se compone del reparto mensual de despensas, el bazar de los miércoles y del comedor popular, los encargados de estas actividades o “el equipo de abajo”, debían pensar en mantener este servicio dirigido a todo el vecindario y a varias docenas de ancianos y familias necesitadas. En un inicio se plantean cerrarlo por el riesgo que suponía para quienes cocinaban y repartían la comida; lo mismo ocurre en el bazar ya que concentra a muchas personas en un espacio estrecho. Pero la necesidad era mucha y se reinventó su funcionamiento con medidas de seguridad. La comida se siguió entregando a los beneficiarios del programa pero de puertas afuera. El bazar se canceló por unos meses y se reabre a finales de junio también con otra lógica de operación. Las despensas nunca dejan de entregarse, urgen a la población como nunca. En estas actividades participarán las personas migrantes de múltiples maneras y en este periodo quienes se integran de forma más asidua conforman “el equipo de Joel”. De la misma manera, las Hermanas llevan comida a algunos adultos mayores y acompañan también a los migrantes confinados.

⁴ A fines de marzo, ya en la pandemia, se hace el operativo de colocar todas las literas y colchones nuevos donados por ACNUR. Serán como unas 5 literas por cuarto quedando holgadas entre sí. Con el reordenamiento, la capacidad del albergue que era de unas 60 camas, se eleva a 75-80.

Asegurar la convivencia: atención hacia dentro

En la conciencia del “toca quedarnos”, las Hermanas y Marín deben pensar cómo lidiar con tantas personas desconocidas entre sí en un espacio pequeño. “Fue –dice Margarita– tratar de integrarlos, tratar de entretenerlos, ver cada una [de las Hermanas] según su creatividad qué podíamos hacer”.⁵

Las Hermanas van a hacer enormes esfuerzos para hacer comunidad con las personas que quedan en aislamiento.

Cuando iniciamos la cuarentena veíamos que era necesario que ellos colaboraran más, se hizo una gráfica de equipos para que todos participaran en servir la comida, lavar la loza, el aseo de los baños, llevar comidas para los de fuera, preparar el desayuno en las mañanas –explica Tachita. Así ellos saben que hay cosas que hacer estemos o no estemos, que no hay que esperar órdenes, ni pedirles, ni que se les olvide. Son iguales, no hay diferencias porque haya mujeres.

Esto facilitó mucho la convivencia y la coordinación para el resto de las actividades, creando cierto sentimiento de colectivo. Además, se ríen las Hermanas, el lugar ha mejorado mucho en limpieza, “está impecable”.

Mientras, las Hermanas, también se organizan entre ellas. Las tres participan en las dinámicas que se establecen y se turnan en los diferentes puestos: en cocina, en recepción, atender enfermos, medicamentos, acompañarlos a algún requisito. “Estar en todo, da la oportunidad de conocer a los muchachos en diferentes aspectos y la carga es más ligera” –asegura Margarita–.

Las actividades son optativas, son gustos diferentes y los confinados rechazan las imposiciones. Una de las dinámicas son las manualidades: hacen estropajos de rafia, tejen pulseras de hilos de colores, cosen agarradores de cocina. También se pintarán muros, arreglarán puertas,

⁵ Entrevista a las Hermanas, 26 de junio 2020.

se limpiará el patio y se realizarán torneos de fútbol donde juegan los hombres.

Cuando platicamos con Javi en junio, el joven hondureño de 19 años, nos cuenta el transcurso de estos primeros meses. Para que se le pasara el tiempo más rápido se queda haciendo lo que sea, incluso “ayudando a las Hermanas a tejer mantitas para las ollas calientes”, en tres bordadas se le iba el día. También las acompañaba a cortar verdura, las papas, a rallar en la cocina.

Del gallinero se ocupa una de las mujeres hondureñas, Yamilet, ella ha trabajado en plantas de pollos y le relaja ocuparse de las gallinas: limpiarlas, alimentarlas. Juan Luis, un hombre mayor, encuentra su lugar en el cuidado del exterior, de sus plantas, el huerto, la cancha.

Los hombres también se preocuparán por hacer sus rutinas de entrenamiento físico: abdominales, pechadas, con un pie... algo que realizan cada uno por su cuenta. Llegaron a construir unas pesas hechizas. También las mujeres. Maritza realiza ejercicios todos los días: 20 minutos en la mañana, 40 minutos en la tarde con sentadillas, abdominales, tijera... Se siente bien y saludable con ello. También para sudar pone “a Selena Quintanilla, me encantan las cumbias, sobre todo, ‘Carcacha’”.

En los días de la Semana Santa las Hermanas montan una representación del *Vía Crucis* dedicada a los migrantes que han muerto en el camino y a los conocidos cercanos de todos los albergados. El Padre organiza misas solo para las personas que están en el albergue –habían quedado prohibidas en la cuarentena-. No todos los confinados eran católicos pero salían y consideraban “salir” como una palabra clave, aunque fuera enfrente a la Parroquia.⁶

Cuando llega el día del Niño, prepararán piñatas con forma de Coronavirus que cargarán de dulces y se traerán pasteles. Se celebran los cumpleaños: se cantan las mañanitas al cumpleañosero, se corta el pastel si hay de donación y, si no, Tachita reparte “que un Gansito, un Panquesito”.

⁶ Luego, cuando crece la desconfianza y el cansancio, se dieron problemas cuando los que iban a misa se quejaban de que los que se quedaban les robaban.

También pasan el tiempo con juegos de mesa, como las cartas del UNO, y se contrata el servicio de Total Play de televisión por iniciativa de Joel que tiene posibilidad de programar y de escuchar música por Youtube. Les gusta poner reguetón, electrónica, trap, rock. Toma el control quien llegue primero pero esto no fue motivo de peleas, porque se aceptaba que cada quien escucha lo que quiere y si a alguien no le gusta se retira y espera otro momento.

Los programas de televisión favoritos son películas de acción y violencia y de espantos, miedo y terror; también ven los chistes de Pepito y Jaimito y alguna novela.⁷ A Maritza le gusta la serie de Narcos porque aborda la trata de personas: “Es la vida real. Como llega el hombre a conquistar a la hembra para venderla”, y así Suyapa aprende que no hay que fiarse de los hombres. Los niños ven caricaturas, la más pequeña –Denly– es fans del *Pájaro Loco*. Rudi, de 8 años, es inventor, en la computadora ve páginas de aprender a arreglar aparatos electrónicos. Hizo un ventilador con su motorcito y una bocina móvil. De la escuela no se recibe comunicación respecto a los cursos que llevaban de primaria estos dos menores, pero les entregarán sus certificados de haberlo realizado.

Marín cuida que los adultos dejen a los niños estar en la sala sin molestarlos. También permite que estos menores puedan estar en el cuarto de oficina para leer, dibujar, pasar el rato. Los encargados son conscientes de que se trata de una población de riesgo y es preciso darles su espacio –lo poco que se puede– a ellos y a las mujeres, que se ven rodeados de adultos y hombres que imponen su presencia.

Gisela expresa: “Compartimos nuestros corajes, nuestras ganas de llorar, compartimos el día, lo que vivimos, lo que comentan, hasta el fútbol con ellos. Ves diferentes panoramas. Vemos las películas con ellos, esto les une”. A la hora de estar viendo “La Gaviota”, la misma Gisela les pone a todos a pelar tamarindo.

⁷ Para julio, uno de los confinados contrata Netflix y disfrutarán ampliando la oferta de series.

También fue significativo el funcionamiento del servicio de llamadas, el uso del internet en las computadoras y los celulares: eso les permitió a todos estar en contacto con sus familias y al tanto de la marcha del virus en Centroamérica y Estados Unidos.

Imagen 39. La bocina elaborada por Rudi



Una curiosidad que fascina a todos es la preparación de microdosis de buscapina, paracetamol, naproxeno, loperamida, aunque en momentos les faltará material para su elaboración. Y todos los días por varios meses las Hermanas darán en la mañana y en la tarde las gotas de una “vacuna” homeopática que ellas han manufacturado con el señor Marín. Éste dice que se puso de acuerdo con las hermanas: “ellas pusieron el naturismo y yo la homeopatía”. Gisela mantiene su costumbre de colocar cebollas cortadas por cualquier esquina del albergue para que limpien el aire.

Las personas comprometidas en la preparación y entrega de la cena en la semana, continúan con la labor. Los lunes llega doña Blanca del *Movimiento Familiar Cristiano*, que desde hace 10 años trae su comida. Los miércoles llega Celia Guzmán de la colonia vecina de Guadalupe ejidal.

Los jueves y viernes se ha apuntado recientemente una señora que vive tres cuadras arriba, la señora Salustia. Don Marcial y sus hijos lo hacen las tardes del sábado

Se ha logrado cierto ambiente de convivencia, Margarita dice que “un ambiente familiar”. Pero veremos cómo también se producen fuertes tensiones con el tiempo, las Hermanas dicen que pasar al albergue era entrar a “una licuadora”.

El “equipo de abajo”: el comedor popular y bazar

Como señalé, las actividades dirigidas a la población de la colonia tendrán que modificar su operación con la llegada del virus. El comedor popular se mantiene las dos primeras semanas, pero se cambia la forma de entregar la comida. Ahora se realiza en los trastes que las personas tienen que traer para que lo lleven a sus casas. Dos semanas después se cierra por proteger a sus trabajadoras, pero es tanta la necesidad que vuelve a abrirse. Araceli y Yaneth son quienes quedan a su cargo y, cómo llegar en autobús suponía mucho riesgo de contagio para ellas, el Padre entrega una de sus camionetas a Yaneth para que recoja a Araceli y así viajen seguras a lo largo de los 16 kilómetros que deben recorrer de ida y luego de vuelta. Él pone el gasto de la gasolina cada semana.⁸

Con la contingencia muchas personas quedan sin sus medios de vida al cerrarse espacios laborales o encontrarse prohibidos, por eso se elevan las necesidades y el número de personas que acuden a comer o a solicitar apoyos y despensas: eran más de 80 las personas que llegaban al *Programa de Comedores Populares*, para agosto, se aumentó el número de personas que reciben alimento. Hay un momento de pánico cuando se observa cómo los ancianos que llegan a recoger sus alimentos se prestan las mascarillas entre ellos entendiendo que son un requisito para obtener el apoyo, pese

⁸ Será una buena herramienta para el transporte seguro, pero también tiene sus inconvenientes por la necesidad de arreglos de taller: que si un manguito de gasolina viejo, que si falla la luz de freno, que si se quedó sin aceite que, por pena, solventan con sus exiguos ingresos, mientras sufren reclamos por su uso “privilegiado”.

a que diario se les reparte mascarillas a cada uno. Entonces habrá que enfocarse también en su educación y en poner turnos con horario.

La campaña y las donaciones

Con la contingencia se activan las donaciones. Ante las crecientes necesidades de los vecinos se puso en marcha un operativo para repartir las despensas habituales, más las que se recibían de parte del gobierno del Estado y de otras iniciativas privadas como *Jalisco Sin Hambre*.

El Padre y Joel tendrán que solicitar, recoger y distribuir todas estas ayudas. En todo ello, la colaboración de los confinados fue muy significativa para cargar y descargar, ordenar, repartir, controlar las colas. Este equipo que recoge los donativos realiza pequeñas salidas que les alivian el encierro al salir a otras Parroquias en una furgoneta Suburban. Cargan y descargan y reciben un pago y el despejarse del “encierro”.

La señora Ashida, una bienhechora principal del albergue, adelanta su donativo. Son 20.000 pesos de abastos: sacos de lentejas, frijoles, papel wáter...⁹ Tampoco abandona el apoyo la señora Lolita que todos los martes sigue haciendo llegar el taxi con verduras. En los primeros días hay personas variadas que llegan con costales de pepinos desde el Mercado de Abastos, otra con un galón de gel, otra con varias cajas de huevos. La celebración de la Semana Santa pone en marcha las redes católicas. El arzobispado envía 80 cajas de donas. Las Teresianas pasan un lote de trastos de cocina. También colaboran Cáritas, Casa Loyola, Farmacias Guadalajara. De Santa Anita llega un refrigerador y despensas. Sofía de la Peña colabora con cubrebocas. IMUMI ofrece gel, detergente, jergas, juegos didácticos, mascarillas. Y muchas personas anónimas que no dejaron de llegar. El señor Marín recuerda entonces que se recibe menos ropa y más comida. Hay una familia que viene al albergue tres veces a la semana con tacos al vapor y tacos dorados. La donación de alimentos fue muy variada, incluso llegó una partida de salmón de parte

⁹ Esta señora empresaria, relacionada con *Cáritas* y con una parroquia por Plaza del Sol, nunca ha fallado en su apoyo y se dispuso a incrementarlo con la contingencia.

de FM4 Paso Libre que tuvo mucho éxito por no tener espinas y servirse doradito con limón.

Pero además, el equipo de migración del ITESO con los alumnos del PAP, ponen en marcha una campaña de donaciones en especie y monetaria en las redes sociales. Además otras iniciativas también lo publicitan como ¡*Tómala!* y su *Donatón*.¹⁰ En Facebook se expone semanalmente la situación del albergue y el número de personas que han sido apoyadas. A lo largo de 4 semanas se alcanza a recibir 70.000 pesos, más otros abastos que llegan hasta el albergue.

Entonces se reciben los fondos de un proyecto solicitado a ADVENIAT y aparece la posibilidad de tramitar uno de CitiBanamex –en junio– para el fortalecimiento de albergues en México. Ambos, con sus requisitos, suponen el empujón para la formalización de la Casa con la creación de una nueva AC donataria. Para ello pedirá el acompañamiento de Servicios para la Confianza y se inicia el proceso para constituir “El Refugio. Espiritualidad y Acción Social”.

ACNUR se hace presente con algunos apoyos.¹¹ En el año 2020 éstos se dejan sentir con diferentes donaciones: 50 lockers; 8 extintores de fuego; literas con 60 camas y colchones nuevos. Y, con la pandemia, comunican distintos programas para facilitar la crisis sanitaria: fondos para desempleados, apoyos para consultas de salud, carpas de aislamiento... que se tardan o no llegan a materializarse porque no integran al albergue en ellos. El albergue realizará una solicitud y recibirá la ropa de cama y almohadas para las literas; útiles de cocina: ollas, platos, vasos y botes de pintura e impermeabilizante, calentadores solares, cobijas. Imponen la

¹⁰ ¡*Tómala!* es un colectivo de Guadalajara que surge en 2012 para monitorear y transformar la ciudad. Organizan la campaña del *Donatón* en abril para promover donaciones rápidas y masivas dirigidas a aliviar el impacto del COVID-19 en los sectores más vulnerables.

¹¹ ACNUR no considera a El Refugio con el recurso de rentar cuartos de hotel para el confinamiento de personas solicitantes que quisieran ingresar al albergue, ni darán opción a que solicitantes puedan acceden a apoyos de desempleo.

recepción de unas carpas para aislamiento por los contagios masivos para las que no había lugar para su instalación y un lavamanos para lavarse las manos que se ubicará en el comedor comunal.

El ITESO seguirá colaborando vía virtual con varios PAPS, en línea con la construcción de institucionalidad: se crea una nueva base de datos para el registro de las personas migrantes; se elaboran unos manuales o guías de atención a mujeres y a niños niñas y adolescentes; se plantean otras estrategias de comunicación y redes sociales; y se crea un nuevo logo de los proyectos de la Parroquia del Refugio coincidiendo con la decisión y la puesta en marcha de la nueva Asociación Civil.

Dinámicas principales

Son muchas las situaciones que se producen en estos primeros meses. Para ordenarlas describo lo que ocurre al interior del albergue y después continúo con el desarrollo de la atención de puertas afuera dirigida a la población que no puede acceder al albergue por el confinamiento.

El albergue y las “fugas”

“Primero fue el miedo” –señala el señor Marín. Había temor que pudiera llegar alguna persona migrante enferma y la incertidumbre sobre el virus hizo que en un principio el colectivo tomara bien su encierro, “aguantaron bien la primera semana y la dos”. Pero cuando vieron que no llegaba el brote esperado, varios decidieron que “no hay nada” y que mejor salían a buscar trabajo y a alquilar un cuarto en el vecindario. Nadie imaginaba que iba a durar tantos meses. Un encierro tan radical y entre tantas personas en un albergue lleva a que se produzcan tensiones y ansiedad.

Hay jóvenes inquietos que se enfrentan por sistema a quienes entienden como “autoridades”; unos son más colaboradores; los hay adictos a la marihuana; otros a la televisión. Con el encierro, dice Javi, “hay gente que se le suben los humos a la cabeza y andan de malas ganas, contestan mal y a uno se le sube también... Mejor me les aparto, mejor no les hablo... Le hago huevos para no pelearme con nadie”.

El Argentino, que tantas tensiones generaba, queda encargado en las primeras semanas de la cocina, pero luego saldrá del albergue y hacer el desayuno para los de adentro y para quienes se encuentran afuera funcionará con los turnos de los equipos. Maritza disfruta contando el desayuno actual de frijolitos, huevos con jitomate y cebolla, con salchichas; ahora dice estar “hasta pasadita de libras”. Las comidas de Federico “eran inco-mibles, le echaba mucho orégano y mucho ajo y laurel”. También deben cocinar de sobra para poder servir a quienes llegan a diario a solicitar en la puerta, así cuando hay huevos se hace cartón y medio.

Sofía se encuentra medio peleada con sus hermanas. En esta inquietud se acerca a Tomás y se juntan en un grupo donde se desahogan en el rezo, según la Hermana Margarita es más una terapia que un acto de devoción. Son sesiones de oración, pero en una de ellas le da a Sofía un ataque de nervios o un trance y como que le surge el don de lenguas y “se le mete el diablo”... dicen. Las Hermanas la restregaron con alcohol y la regañaron.

Progresivamente las personas que se encontraban en aislamiento deciden irse. Para el Domingo de Ramos, 5 de abril, Sofía sale del albergue con Tomás y su hijo pequeño, Andrés sin despedirse. Ella abandona a su hijo mayor Javi y a sus hermanas y sobrinos. Ambos dejan sus procesos: de refugio de ella, de reclamos por deportación indebida de él. Ella decía que quería realizar su sueño y “Dios me dice que no debo estar aquí”. Parece que quieren llegar a Tijuana. Sabremos que toman el tren y llegan a Ensenada. Él tratará de entregar a ella y al niño en la migra de Estados Unidos, pero les retachan con lo que ya sabían: los procesos de refugio solo los pueden hacer en México y todo está cerrado. Entrarán a trabajar en el corte de fruta. El Padre describe esta situación como protones y electrones que andan libres buscando aleaciones.¹²

¹² Los protones, neutrones y electrones son elementos del átomo; los dos primeros se encuentran en su centro y los electrones rodean al núcleo. Protones y electrones son de igual tamaño pero opuestos en su carga, positiva para unos y negativa para los otros, por ello se atraen.

Unos salen a trabajar, como Federico el Argentino al que ofrecieron ocupación en un restaurante de Tlajomulco, o como Marcos con muchos meses de permanencia en el albergue por su proceso de solicitud de refugio que marcha con un patrón al centro de la ciudad, o Romario que trabaja en una fábrica de bolsas. Muchos iban a buscar recursos por la presión emocional que ejercían sus familias ante la crisis por la pandemia, pero ni sabían dónde y se encontraron con que los posibles espacios laborales estaban cerrados. El Padre se compadece de ellos y permite a algunos que se alojen en los departamentos de “Las Casitas”, en adelante denominadas por las Hermanas como “La Sucursal”. Se crea así un grupo paralelo que, como otros, acude al albergue a recibir comida al mediodía o en la noche porque aseguraban que iban a esforzarse en encontrar una chamba, algo que pocos cumplen.

Pero la mayoría de quienes salen de El Refugio toma el camino del tren hacia el Norte.

Para mitad de mayo el número de personas al interior del albergue ha descendido a 20. Los equipos creados por las Hermanas se ven reducidos y se reacomodan.

Estallan las dolencias

Las dos mujeres y sus hijos llevarán el proceso del encierro con bastante paciencia, y sienten que los niños disfrutan y jugar sin agobiarse, pero serán sensibles a diferentes dolencias: si no es el estómago, son los pulmones, los ovarios o los pechos o las muelas o artritis en las rodillas. Tendrán que hacerse diferentes estudios, tomografías, chequeos. A Yamilet le aparece en la tomografía un quiste benigno en el pecho, tiene que cambiar alimentación, autoexplorarse, cambiarse el brassier y ponerse una pomada y tomar una medicina. También la van a checar el estómago. Su hermana sufre unos días de artritis en las rodillas y en otra prueba le aparece un quiste en los ovarios. Ambas irán a Tonalá a una consulta de una homeópata que le ha recomendado la hermana del Padre. Yajayra tendrá que revisarse porque resbaló y cayó de espaldas.

Y es que afloran las “enfermedades” en los aislados, además de los que ya estaban con problemas, como el que tiene VIH o el problema de corazón. Hay una persona que se operó en enero en Honduras, en febrero cruzó a México para tomar el tren y ahora está sufriendo dolores: hay que hacerle un ecosonograma. Otro solicitará arreglarse la dentadura porque le faltan los dientes de arriba.

Hugo, de Guerrero, que tiene VIH, era un caso delicado y complejo, porque se le veía compartir su vaso, se masturbaba públicamente, veía películas pornográficas. Cuando entra en depresión, el Padre le deja dinero para que llegue a la consulta psiquiátrica a Zoquipan. Ese día llegó muy tarde y pasó comprando cristal, la droga sintética. Al poco se puso loco, estuvo bailando, se encueró en el patio y llegó a golpear al Padre. Termina saliendo.

Otro caso complicado es el de Adalí, con problemas de esquizofrenia y fuerte tendencia a la depresión. Piensa que todos los animales le atacan: chinches, gusanos, hasta el ciempiés y a principios de mayo se le produjo una crisis paranoica. Se le cambia de cuarto y tendrá su dormitorio propio. Ya en julio decide irse y al cabo de dos semanas regresa al Cerro. Una tarde dos jóvenes hondureños la agarraron a golpes con él y volvió a desaparecer.

Para estas consultas y exámenes se cuenta con el apoyo de la incondicional doctora Teresa a través de su contacto con Joel, Alejandra y Sarahí. Ella, de la Oficina Central de la Secretaría de Salud del Estado, siempre encuentra la forma de tratar a los migrantes con problemas graves a quienes refiere ya con cita y especialista al Hospital Civil, a Zoquipan. Se ocupa de atender a personas migrantes cuando nadie de las instancias de gobierno quiere verlos.

Se supone que ACNUR va a hacerse cargo de los gastos médicos, pero los trámites son engorrosos y no fluyen, menos cuando las oficinas están cerradas.¹³ Mientras tanto los gastos son financiados por el Padre.

¹³ Humberto Mendoza es el encargado de este programa en Guadalajara.

Los cuidadores

Las relaciones entre los confinados no son fáciles, las Hermanas observan que son muy susceptibles a las supuestas jerarquías y hay un fuerte orgullo individualista. Apenas se dan grupitos de afines. Las fricciones no se producen entre las diferentes nacionalidades, aunque hay una tendencia entre hondureños y salvadoreños de pensar los primeros que los segundos son creídos y poco sociables, mientras se llevan mejor con los guatemaltecos porque entienden que son más respetuosos.

Marín, Joel, el Padre y las Hermanas quienes tienen que lidiar con las personas y los conflictos. Con el tiempo se iba descomprimiendo el albergue con los que salían, sí, pero menos gente supone también que se concentra el ambiente y los roces se hacen más definidos. Saltan las chispas por ese encuentro intenso entre pocos, “se fue haciendo una olla de presión”, señalan las Hermanas. “Lo difícil fue a medida que se alarga el tiempo –cuenta Margarita–. Llega un momento en que buscan una manera de meter droga o de salir a tomar o meter bebida y se fue haciendo más pesado, hay más reclamos”. Entonces tienen que esculcarles al llegar y al salir, pero siempre hay picaresca y se sabe que han entrado cervezas y otras bebidas.

Los cuidadores también requirieron de cuidados que no tuvieron. Marín reconoce que

Estábamos todos tensos. Trato de no llevarme lo de aquí y relajarme al llegar a la casa porque si no, me peleo con mi esposa o con mis hijos. Mis hijos son jóvenes y tienen energía, están estudiando por internet, a veces los noto cansados. Mi hijo se metió a deporte por internet y pone la rutina y saca todo. Mi esposa es activa y yo soy pasivo y eso me ha servido. Mi esposa es de acción. En el albergue están haciendo pesas los muchachos, ejercicios con el fútbol, las manualidades, porque a veces están tensos y se enojan por nada. Están sin un cinco y sin trabajar y sin poderse mover, el encierro y todo eso, se desesperan. Pero no han habido golpes y con los que hay ahora como que el grupo que ha quedado es más de confianza, más de convivencia familiar.

Uno se levanta y empieza a barrer y trapear sin que haya que decirles, la mayoría ya agarran conciencia. Yo les digo ‘es su casa, somos una familia’.

Las Hermanas asumieron el reto, pero ya se encuentran cansadas y dolidas porque personas a las que han cuidado y consideran cercanas las han gritado feo cuando están borrachos y se ponen impertinentes. “Personalmente –dice Gisela–, sí entramos en conflicto”. Ella usa buenas palabras “mis amores, bomboncitos’, pero al revés bien feas palabras, esperaría ser correspondida y no. No sé qué les pasa, yo tampoco me dejo. Emocionalmente me desgasta, ya no sé cómo actuar con esa persona. ‘Le hablo, no le hablo, le digo buenos días...’”.

La atención hacia afuera

Y en todo el tiempo de la pandemia y el confinamiento en el albergue, el flujo de personas migrantes en tránsito no se detiene y ello llevará a preparar su atención aun de forma precaria.¹⁴ Diariamente llegan desde Las Juntas en donde estacionan los trenes que vienen de Irapuato entre 10 y 15 personas, hay niños y mujeres entre ellos; duermen en el corredor a la puerta del albergue y se les entrega cobijas, comida, ropa, mochilas. Suelen quedarse unos días pero resulta complicado ofrecerles agua, duchas, baños para su aseo y sus necesidades físicas, ya que no pueden ingresar a las instalaciones.

El señor Marín sufre mucho con esta situación. Ve que se complica el atender a todos porque el equipo es reducido y a veces se acumulan las personas y “paciencia, los voy a atender –expone Marín–. Llegaron familias con niños y desgraciadamente no podemos meterlos, pero les damos lo que podamos. Me llevo eso, porque a veces no puedes ayudarlos. Me

¹⁴ Por ejemplo, aparecen en los medios estas noticias: <https://www.milenio.com/internacional/estados-unidos/eu-reporta-detencion-50-mil-migrantes-frontera-mexico> y <https://www.milenio.com/politica/comunidad/coronavirus-jalisco-continuan-arribando-migrantes-refugio> y <https://www.informador.mx/jalisco/Migrantes-continuan-su-paso-al-norte-20200516-0087.html>

sentía dividido al principio, qué vamos a hacer con toda esa gente que llega sin bañarse, sin comer”.¹⁵

Imagen 40. Personas en la noche a la puerta del albergue



El señor Marín opta por sacar unos baldes y ollas de agua y, con el tiempo, el Padre dispone poner una manguera en el patio a la par del Teatro hundido, mientras se solicitan baños portátiles por todos los medios: al DIF, al Ayuntamiento de Tlaquepaque, a ACNUR, lo que no se consigue a pesar de la intermediación de la CEDHJ. Finalmente, a principios de junio, se decide botar la pared del albergue para construir un baño, algo que realiza Marlon, un albañil guatemalteco que está en confina-

¹⁵ “Este es mi barrio, aquí viví, mi papá estaba enfrente de la Primaria. Toda la gente me conoce desde niño” —cuenta el señor Marín. Los habitantes de la colonia le tienen confianza por él. Mientras la Hermana Margarita le expresa: “mis respetos” porque es una persona de autoridad moral que se gana el cariño de los migrantes. A la vez sirve de intermediario con los vecinos.

miento. Es un pequeño cuarto con inodoro y lavamanos para que puedan acceder las personas y familias que no paran de arribar y las que están más permanentes. Luego lo usarán los vecinos en el día de tianguis y lo utilizarán las personas migrantes para bañarse con cubos de agua e incluso lavar la ropa. Para enero del 2021 estará muy deteriorado y habrá que repararlo completo de cara a los nuevos grupos de desprendidos de las nuevas caravanas.

La formación del campamento

El confinamiento inicia para el 16 de marzo.¹⁶ A partir de aquí las personas al interior del albergue pasan de 50 internadas, a 24 el primero de mayo y a 13 el 6 de agosto. La forma de registro se va a modificar con el confinamiento puesto que ya no se van a producir ingresos cotidianos. Desde entonces el recuento se hace de los alimentos entregados y no sobre las personas que ingresan a la casa.

En los datos se observa que el consumo de alimentos disminuye hacia la población de puertas adentro, para aumentar en la población de puertas afuera, dado que hay confinados que optan por salir al exterior y es creciente el número de sujetos en la calle y en la Sucursal.

Las dificultades de transitar México con la pandemia y las escasas posibilidades en la frontera norte y en el soñado cruce a Estados Unidos hace que a estas personas que llegan “en tránsito” se sumen otras que van y vienen por el país, que bullen por la ciudad, pero también personas “de calle” —entre ellos mexicanos— que buscan apoyo, así como ancianos y personas con adicciones de la colonia. Así, a la vez que fluye, también se concentra una población en los alrededores del albergue porque cuenta con cierta amplitud de espacio público, se entrega comida y se ofrecen unos servicios mínimos. Son personas, parejas, familias que duermen a la

¹⁶ En los meses de enero y febrero se atendieron 129 y 157 personas respectivamente. En estos números no se ve la permanencia de las personas migrantes, esa espera alargada. Por ello es importante señalar que en enero el 25% de las personas se quedaron todo el mes en el albergue; esto aumentó al 35% en febrero.

intemperie o debajo de algún arbolito o en las jardineras o en la entrada del Templo circular que tiene un pequeño techadito y una verja donde el Padre les permite estar mientras no haya misas porque es un lugar más protegido. En este escenario se encuentra Shaggy, un muchacho hondureño querido por todos que parece autista: sonríe pero no habla, por ello también se le conoce como Sonrix; o Paniquis, el teporocho de la colonia, junto con el Diablo y el Caltzontzin, denominado así porque no lleva calzones; o la pareja mexicana que ha puesto unos nylon en un baldío cercano.

Cuadro 5. Alimentos entregados de junio a octubre de 2020

Mes	Comidas adentro	Comidas afuera	Total
junio	1484	663	2157
julio	1186	1170	2356
agosto	1005	1281	2286
septiembre	1100	1397	2497
octubre	1193	1609	2802

Fuente: Registro de la bitácora. Elaboración propia.

Pero además se añaden muchos de quienes salen desesperados del aislamiento en el albergue y no se animan a seguir y aventurarse en el tren y tienen la esperanza de poder lograr estar autónomos con techo y trabajo y tratan de rentar cuarto o quedan en “La Sucursal” o en la calle. Todos se ven en la dependencia con el albergue. Lo que vemos repetirse es que “Salen y de pronto están en situación de calle, porque todos los que salieron de aquí, los tenemos para comer: El Güero, Óscar, El Nica... Se van sin irse”, dice Margarita.

A estas personas se suman algunos que habían salido previo al encierro y buscan volver a entrar y ya no pueden, como el garífuna Charlie, el especialista en refrigeración. Conoció a una mujer y se emparejó con ella,

saliendo a vivir por el barrio de Tetlán. Pero terminó mal con la señora y llegó “bien cruzado –dice Marín–. No comía, yo le daba de comer. Al principio traía dinero, billetes de 200, lo que pasa es que se durmió y se lo robaron, no tuvo ni un cinco, el Padre le dio para que se fuera. Repartía también el dinero. Era bien trabajador cuando estaba aquí, sabía de todo y tenía clientes. Parece que golpeaba a su pareja, y él decía que es que me controlaba que por qué no comía, que dónde comía y explotó él porque le encelaba mucho”.

O don Ernesto, un señor salvadoreño deportado y una de las personas que ha quedado desarbolada al salir. La Hermana Margarita cuenta con tristeza cómo don Ernesto adentro era el íntegro que señalaba a los demás porque fumaban o tomaban, “siempre él de fariseo, de modelo”. Al rato sale y lo ven borracho pidiendo la comida. “Ve uno su mejor parte y su peor parte, ha sido una constante. Es muy estrujante. Quedan en la calle. Estaban aquí, tenían lo necesario y, en aras de una falsa libertad, pierden lo poco que tienen. De tener cama, alimentos, protección... a quedarse en cero”. Marín también cuenta de don Ernesto porque lo ve y lo atiende día con día:

Se fueron, a nadie le echamos, querían trabajar. Algunos sí consiguieron trabajo, otros salieron a emborracharse. Uno de ellos fue don Ernesto y todavía sigue por aquí. Viene a desayunar junto con otros y no le puede no dar. Él puede de traductor [de inglés], yo le decía ‘Échale ganas, tú sabes inglés’. Ya es grande de 49-50 años, pero tiene ese don. Traía sus papeles y los perdió. Quiso irse a Las Casitas, pero se emborrachó y vino a hacer pleito aquí y el Padre ya le echó. No arranca, duerme en la calle.

Son las contradicciones. Los que están fuera que llegan por primera vez, añoran estar adentro, ellos dicen a las Hermanas “es que madre, aquí no hay seguridad, se escuchan balazos...’. No te puedo meter. ‘Pero yo vine hace tanto tiempo’. ‘Pero ahorita no es lo mismo’. Y es que llega gente que ya ha pasado 5 veces por allí. Los de adentro añoran estar fuera y quisieran salirse con los privilegios de estar adentro”. El Padre bromea:

“El albergue está como chiquero de puercos: los de adentro quieren salir y los de afuera entrar”.

Estos “residentes” externos llegan a solicitar alimento en las mañanas, al mediodía y en la noche. Por ello se estarán entregando dentro y a la puerta del albergue hasta 50 comidas por tiempo, que se suman a la entrega más institucionalizada del comedor popular que ha visto ampliar sus asociados, preparando unas 110 raciones diarias.

Son situaciones novedosas sobre las que se crean dilemas respecto a cómo actuar. Siendo una Parroquia y tratándose de personas consagradas en el caso del Padre y de las Hermanas, las decisiones pueden estar en conflicto con su vocación religiosa. Se decide no entregar comida a quienes residen en Las Casitas y no trabajan, porque “si tienen para vino y droga, también tienen para comer”. Tampoco se les va a entregar a quienes llevan más de tres días, de manera que no se genere una población residiendo en la intemperie en las puertas del albergue y de la Parroquia. Son cosas que se quisieran aplicar, pero que no se cumplen.

Refiriéndose a Tijuana, el Colegio de la Frontera Norte observa la misma situación, una mayor cantidad de personas migrantes, deportadas y en solicitud de refugio en Estados Unidos y en México que, con la pandemia, pierden empleos y ven dilatarse sus procesos. Devienen habitantes de la calle y pueden convertir a Tijuana en un “campamento de refugiados informales” (Del Monte y McKee, 2020: 22). En Matamoros el campamento cerca del puente fronterizo contiene unas 1.500 personas en espera que se defina su solicitud de asilo.

Conflictos en las orillas del albergue

En este contexto de sujetos en abandono se producen conflictos, peleas, agresiones entre ellos, hacia los vecinos y hacia el personal del albergue. Se consume alcohol y drogas y se producen peleas en las que quedan como “Santoscristos”. En una ocasión la gresca se produjo porque un recién llegado le dijo algo inconveniente a una muchachita casada que pasaba por la calle y el marido “se dejó venir”.

Marlon, el albañil que construyó el baño y quien se ha convertido en persona de confianza, también va a alcoholizarse con un compañero del albergue. Habían salido con permiso para hacer una obra a una vecina que la requería con urgencia. Debían laborar en “zona segura” y regresar a dormir a la Casa. Aprovechando esta “libertad” pasan a la tienda a tomar una cerveza, pero ésta se junta con otras. Cuando ya venían de regreso “les echaron pleito” en un lugar donde venden droga, algo dijeron y les golpearon y robaron sus celulares. Les produjo tanta vergüenza el incidente, que mandaron a sacar sus cosas del albergue, ni se despidieron. Dicen que se fueron a Monterrey.

Con este y otros casos, a Gisela le entra impotencia de ver, cómo cuando ya tienen algo seguro porque se les había ofrecido espacio y trabajo en la Parroquia, “de repente, de la nada, se echa por la borda todo”.

Y mientras esto está ocurriendo en las cercanías del albergue, en esta zona de las colonias de Miravalle y Las Juntas, el cártel Jalisco Nueva Generación se reposiciona y desarrolla una sistemática “limpieza social” desde sus lógicas de exterminio y muerte supuestamente contra los rateros de la colonia. Por ejemplo el 12 de abril aparece a una cuadra de distancia el cuerpo despedazado de una joven en una carriola. Poco después dejaron también cerca una hielera con pedazos de tres cuerpos. El 11 de septiembre matan a 4 jóvenes que estaban cheleando a la entrada de las viviendas de Fovissste y el 9 de diciembre aparece dos ejecutados en esta zona del Cerro del Cuatro, uno de ellos de nuevo entre la calle Leocares y Teatro de las Américas.

Estos son los que he recogido, son muchos más en una matanza que no cesa.

Todo esto crea un ambiente enrarecido que afecta la convivencia barrial. Del vecindario habrá un sector menos receptivo al albergue, mientras surgen gestos como el de la familia que en plena tormenta de temporada de lluvias se lleva a un grupito a una cocherita que tienen. Otros vecinos reclaman al albergue que permita que entren los que quedan afuera, pero por la pandemia eso no es posible. El señor Marín señala “ya ves que hay gente que no cree en la pandemia”.

Los asentados en el entorno

Otro sector que queda desprotegido y precarizado con la nueva situación de pandemia y desempleo es el de los centroamericanos que se encuentran en procesos de asentamiento en la colonia. Así Israel, el joven hondureño que convive con una vecina, se acerca con Marín para que les dé aunque sea un taco. Se miran muy flacos. Güicho, el salvadoreño con refugio, junto con Fanny, su pareja hondureña, parecen con problemas: se quedó sin su empleo de guardián y se enfermaron con gripe y nervios; además la dueña del cuarto les dice que tienen que irse y les ha subido el alquiler, ahora pagan luz y gas aparte de los 1.800 pesos. Con todo, en ocasiones se llevará a compañeros migrantes a que duerman en la cochera de su casa. Güicho se comunicará con ACNUR por sus promesas de apoyo a “descansados”, pero no logró ninguna ayuda. En junio le encuentro que había estado sacando arpillas de pepino de dos camiones torton en el Mercado de Abastos de a 36 kilos de peso: tiene el brazo y la orejas quemados por el material de la arpilla. Le dieron 300 pesos y ni un agua. Y quiere regresar a ver si da con mejores condiciones o con algún lugar donde pudiera vender café y lonches en Abastos pero la policía no lo permite. También busca un puesto de seguridad con turno de 12 horas, ya no aguanta de 24. Ella ha entregado solicitud a una fábrica de cartones en la calle Ciprés. Le urge ganar dinero, se deprime de estar en la casa y no tener nada que mandar a su hijo chico. Ésta será una problemática compartida en México: la angustia de no poder enviar las pequeñas remesas de apoyo a sus familias.

También la familia refugiada salvadoreña de Deby con sus 7 miembros, llegará con su tuper a buscar comida y medicinas homeopáticas que les provee Marín.

La ruptura del confinamiento estricto

La regla del confinamiento de no permitir la entrada de nuevos albergados se rompe por dos vías. Hay casos de urgencias que la Casa debe asumir y pasan al cuarto de aislamiento al interior de El Refugio; y hay otra modalidad más informal en que el Padre abre las puertas del Templo

y sus salones y permite que las personas puedan pasar la noche a resguardo e incluso guardar cuarentena. Como apunté, aquí COMAR nunca apoyó con habitaciones de hotel para quienes se dispondrían a pasar un aislamiento y el Padre encuentra una vía para facilitar el pase al albergue. Los abundantes salones de la Parroquia van a servir como cuartos de confinamiento, si las personas cumplen ciertos requisitos en el encierro. Las comidas se llevan a quienes se aíslan desde el albergue y hay un baño disponible al interior de la Parroquia.

Así aparecen dos chapines enviados desde Veracruz por Las Patronas. Bruce y Adolfo estrenan una de las vías de entrada al albergue, previo aislamiento de dos semanas en alguno de los salones de la Parroquia, allí las Hermanas y Marín les llevarán la comida y, al cabo, pasarán a hacer vida al interior de El Refugio en abril incorporándose a los equipos.

Para mayo entra Wilmer, extremadamente delgado, una enfermera lo envía en taxi desde el Hospital Civil. Allí lo habían operado del fémur que se quebró al caerse del tren. Wilmer pasa al cuarto de aislamiento, el que era el cuarto de las mujeres. A los 14 días se integra a ver la televisión y jugar a las cartas, con ganas de comunicarse, pero tiene que revisarse en el Hospital Civil y a su regreso deberá volver al aislamiento. Ante ello Wilmer opta por irse con unos amigos que dice tener por el Anillo Periférico Sur. Marín le da para el camión y así se va con sus muletas y nada más.

También se recibe en esos días a un hombre en silla de ruedas que envía de Casa de la Misericordia. Es hondureño y su mamá está en España, quiere irse no se sabe cómo ni adónde. Perdió las piernas en el tren hace años y es residente permanente por ello. Es colaborador y muy autónomo. Finalmente saldrá a la Ciudad de México. Y se acepta en aislamiento a un hombre lesionado de un pie, pero éste no tarda en salir cuando solicita meter a una mujer con él en el cuarto. Cuando se le niega decide marcharse. Otro hombre herido ocupará la sala de consultas donde hay una camilla, por su gravedad vendrán a atenderlo y a llevárselo al hospital de la Cruz Verde. Todos ellos producen una recarga del trabajo.

Imagen 41. Dentista atendiendo a solicitante de refugio



Esta vías se van institucionalizando a lo largo del año: habrá quienes entren al albergue cuando hay cuartos disponibles para el aislamiento o quienes pasen dos semanas de reclusión primero en los cuartos de la Parroquia.

Otro tipo de movimientos son las salidas de los confinados para el esparcimiento, bien a pasar la mañana, jugar al fútbol y hacer comida en la grama de la Unidad Deportiva del Cerro del Cuatro, como invitados a carne asada a la casa de Joel en Tonalá, algunos al Palacio Federal cuando abren los trámites, pequeños alivios que disfrutan y relajan el encierro.

Etapa 2. La nueva normalidad (julio-octubre)

Los confinados esperan nerviosos la reunión de equipo de los lunes, esperando que ya se abra la Casa. El jarro de agua fría se produjo para el primero de junio: el confinamiento se va a mantener indefinidamente. Javi lo expresa bien: “Me sentía bien, pero ya últimamente, cuando el Padre nos dijo que íbamos a estar otra vez encerrados pues ahí... me desanimé”. Y como él, el resto. Ya todos estaban haciendo planes para cuando salieran: ir al Centro para comer algo por su cuenta, ir a buscar trabajo. Quieren salir a pasear, al zoo, al centro, al estadio Jalisco, a los prostíbulos del San Juan. Otros quieren continuar el camino y probar suerte en la frontera.

Pero este momento de decepción también es un momento de transición a un nuevo estado de cosas. De parte del gobierno de Jalisco el 11 de junio se extiende la apertura de actividades económicas y se advierte a la población la entrada a la fase de “la responsabilidad individual”. Los contagios por la COVID-19 quedan establecidos en una meseta de donde no descienden: ésta es la normalidad en Jalisco, donde según los datos del gobierno del Estado las cifras de fallecidos y contaminados será alta sin llegar a saturarse el sistema de salud.¹⁷

Otro indicio de cambios se produce cuando a mitad de junio se reinician los vuelos de Estados Unidos con deportados al aeropuerto de Guadalajara, de quienes se harán cargo los misioneros scalabrini. COMAR vuelve a retomar sus actividades en México.

El mes de julio muestra la adaptación a la situación de parte de toda la población del país al virus con la anuencia del gobierno de Jalisco y la delegación de la protección al virus a la “responsabilidad individual”.

¹⁷ Mientras según las cifras oficiales la ocupación hospitalaria se mantiene en un 30% en el mes de agosto, la tasa de contagios por cada 100.000 habitantes supera los 300 –llegar a 400 supone activar el “botón de emergencia” por el gobernador con el cierre de todas las actividades y el regreso al confinamiento radical–, en octubre está a más de 350, el día 18 alcanza 364.2.

Parte de esta nueva normalidad es el mantenimiento del Programa Jalisco Sin Hambre donde participan organizaciones de la sociedad civil, la iniciativa privada y el gobierno del Estado que entregan despensas para paliar el hambre. Lo que empezó como algo coyuntural se plantea mantener en el tiempo a manos del Banco de Alimentos y Cáritas. Desde el gobierno lo entienden como un eje articulador de la asistencia social. Para agosto señalan que se han entregado 260.000 despensas a 1.2 millones de jaliscienses. Santiago Orendain, coordinador del Programa, se atreve a afirmar que “el balance de operación es muy positivo” (*El Informador*, 18 agosto 2020). Es un ejemplo más del gobierno de la precariedad: en la normalización de la desprotección se gestionan las necesidades urgentes cuando se desborda la crisis. Como decía Lorey: “El arte de gobernar consiste hoy en equilibrar ese umbral” (2016: 18), no en resolver la situación extrema de las personas, sino en mantenerlas “exitosamente” con despensas.

Otra caravana de migrantes realiza el intento de salir de San Pedro Sula, Honduras, para el primero de julio pero será disuelta por la policía. Son unas cien o doscientas personas. Se dice que buena parte de los caravaneros son recién deportados de Estados Unidos y que la población se ha empobrecido más con el COVID-19.¹⁸ Se dará otra salida de caravana el primero de octubre, también en pandemia, esta vez llegaron a entrar por la fuerza unas 3.000 personas a Guatemala –ya se había abierto la frontera en septiembre– y algunos alcanzaron la frontera con México, pero la oposición de parte de los gobiernos y las fuerzas de seguridad fueron contundentes y tampoco encontraron mayor apoyo en la población, disolviéndose como tal iniciativa colectiva.

Para agosto se presenta el informe de la OIM (2020) sobre los efectos del SARS-COV-2 en la movilidad respecto a personas centroamericanas en México y a personas centroamericanas en sus países. Un hallazgo impor-

¹⁸ Ya había habido un intento con más integrantes el 15 de enero de este año y para final de enero, México deportó a casi 2.000 personas a Honduras. Las presiones de la expulsión que evidencian las caravanas son extremas.

tante señala que las restricciones y el confinamiento solo han atrasado las posibles salidas: el 84% que pensaron migrar retomarán el viaje cuando se normalicen las cosas. Mientras, los establecidos en México tienen dependientes económicos y el 82% de ellos han tenido que reducir sus envíos, el 51% ha perdido el empleo, y el 44% ha visto mermada su jornada laboral. Además el 59% reporta afectaciones en su salud mental con estrés, tristeza y angustia.

La situación para las personas migrantes-desplazadas en el mundo sigue torciéndose con los regímenes de deportación como mecanismo para gobernar las migraciones (Peutz y De Genova, 2010). El 23 de septiembre, después del incendio del campo de refugiados de Moria que vuelve a desnudar las condiciones de los miles de refugiados contenidos en Grecia, la Unión Europea lanza el Nuevo Pacto por la Migración y el Asilo. Sus resoluciones no suponen un alivio de las condiciones de los demandantes de refugio, sino la expulsión más efectiva de los no elegibles y, de nuevo, medidas más intensas en seguridad fronteriza.

La entrada a la normalidad en el albergue

En el albergue el afuera-adentro se hace más liminal, poco a poco las actividades se retoman y se entra en la “nueva normalidad”. Esta situación supone la asunción de una mayor exposición al virus por el aumento de los movimientos de todos los involucrados.

Las instituciones de migración y otras internacionales empiezan a retomar sus diligencias y para las personas que se encuentran dentro del albergue la llegada para mediados de julio de Tenoch Torres, de Casa Refugiados, supone el regreso de la esperanza porque retoma los trámites y el contacto con las personas migrantes que llevan meses sin ver avanzar los procesos jurídicos. Prácticamente todos se mantenían en encierro en la esperanza de retomar sus trámites. Diana Chavolla se integra a su equipo jurídico, mientras Giovanni de la CEDHJ, va a salir del mismo por otro compromiso. Se empieza a entregar constancias de refugio, a tomar entrevistas, a ir a huellar a migración. Entonces se descubre cómo

parte de la población del “campamento” exterior son personas que han obtenido su refugio, incluso algunas fueron canalizadas por el Programa de Integración del ACNUR, pero han quedado orilladas a “la calle” por falta de trabajo, de vivienda, de alimentación. Algunos han extraviado su tarjeta o se la han robado. Así el trabajo para el equipo jurídico se multiplica porque se suman otros sujetos que buscan solicitar esta u otras papeleerías. Tenoch les ofrece asesoría para que puedan realizarla ellos mismos. Por otro lado, la pandemia paralizó los procesos pero, a quienes los habían abandonado, les permite contar con un colchón de unos dos meses para poderlo retomar.

La entrada en junio de un cargamento de productos que Cáritas ofrece para su venta a precios económicos a los vecinos es el motor que impulsa a reabrir el bazar de los miércoles. A fines de junio se reinstala con reglas estrictas colocándose una mesa larga de mostrador en la cochera donde se expone el género y el precio. La gente pide los productos y ellos entregan. Se establecen los puntos con distancia para la cola y todo el conjunto de medidas de seguridad: gel antibacterial, máscaras plásticas, cubrebocas obligatorio. Lo que no se abre es el sector donde se colocaban enormes mesas con ropa porque implica mucho movimiento de personas. Además, los donativos tradicionales del albergue que llegan por parte de personas voluntarias: con huevos, ropa, juguetes, se puede decir que aumentan en el mes de agosto, a los que se suman instancias religiosas como Parroquias, empresarios allegados y organizaciones civiles.

La población flotante vinculada al albergue y a sus ayudas crece y se producirán tensiones. Como el Padre insiste: “lo anormal sería que no se dieran problemas”, asumiendo las problemáticas. Veremos cierta pérdida de confianza de unos hacia los otros en todos los que componen las dinámicas de la Parroquia y el albergue, en buena parte causada por el cansancio, las dificultades y las incertidumbres generadas por el confinamiento. Las disputas entre sectores de las distintas poblaciones se mantienen y en ocasiones se dan golpes y agresiones entre ellos. Pero también llegan a producirse amenazas a trabajadores del albergue, lo que

obliga a pensar en la necesidad de protocolos de seguridad, una necesidad que se diluye cuando en agosto aparecen los oficiales a cargo de la seguridad del Padre Alberto por parte del Mecanismo de Protección para Personas Defensoras de Derechos Humanos y Periodistas.¹⁹ Con ellos presentes en la zona, se da cierta tranquilidad para el albergue. Pero siempre se mantiene la presencia del Cártel y sus ejecuciones y dado el consumo de alcohol y drogas en esta población que se mantiene en la calle se teme su infiltración. Así se dan novedosas situaciones entre las amenazas latentes del virus y las del Cártel.

Los nuevos proyectos

Las renovadas relaciones con FM4 introducen a ambas instancias en un proyecto conjunto de AVSI –cooperación italiana con fondos de la Unión Europea– dirigido a la población de niños, niñas y adolescentes dentro y fuera de los albergues con un enfoque educativo y asistencial y la elaboración de un manual de buenas prácticas. Su duración es por dos años.²⁰ Se puede decir que es un paso más a la institucionalización de El Refugio y a su inserción dentro de la oenegización de sus servicios.

De parte del ITESO continúa su apoyo a través de los PAPS, ahora avanzando sobre el uso institucional del logo; la ampliación de la base de datos del registro a otros aspectos (habilidades laborales, carpeta médica, registro de trámites jurídicos...); la elaboración de una página web (elrefugiogdl.org.mx); el establecimiento de las funciones de los puestos y la creación de nuevos manuales de atención. A final de julio, un profesor del ITESO, Gerardo Cano, presenta su proyecto de Haciendo Barrio. Las tres acciones de este PAP son: regularización de la propiedad, mejoramiento urbano y mejoramiento de vivienda. Se prioriza recuperar el espacio

¹⁹ Este servicio se solicitó a raíz del asalto armado que sufrió el Padre Alberto en su casa en octubre de 2019. Son un equipo de cuatro personas en turnos de dos, para las 24 horas del día.

²⁰ Lo coordina Thalía Robles y se lleva a cabo también en Hermanos en el Camino, Ixtepéc, Oaxaca, y otro en la ciudad de Oaxaca, y en Jalisco en FM4 y en El Refugio.

público con proyectos comunitarios de investigación acción participativa con grupos vecinales, el objetivo es hacer un corredor de convivencia tomando el Teatro Hundido, el corredor y la calle que rodea a la Iglesia y que está sin terminar (llamado “El Paraíso”), que pueda ser utilizado por todos: tiangueros, grupos de danzantes, catequistas, personas migrantes, familias... Además el Padre aprovecha para solicitar asesoría respecto al proyecto de El Refugio Hábitat y la regularización de varios predios cedidos en la colonia por el Padre Virgen con lo que se involucrarán en el proyecto de un Centro Cultural en un edificio que tiene el Padre en la colonia y en el diseño del proyecto de construcción del Hábitat El Refugio completando la proyección de lo que serían los edificios de apartamentos, de áreas comunes y recreación, la zona de huerto comunitario.

Mientras, desde la municipalidad de Tlaquepaque aparece un proyecto también dirigido a la colonia y sus habitantes. En julio entran a montar una estructura para techar el Teatro Hundido. Hay muchas expectativas de parte de las personas en tránsito, es época de lluvias y las bancas del teatro pueden ser un buen cobijo para ellos, pero es hasta octubre que terminan de poner el cubrimiento. El Teatro Hundido es del municipio pero la Parroquia se lo ha apropiado y ahora el municipio piensa que es de la Parroquia. Aquí es donde se hizo el mural para el Festival de la Hospitalidad con apoyo del ITESO, el grupo juvenil y los migrantes. Es un espacio donde se celebraban pastorelas, teatro, el día de la madre y el del niño y otros.

El adentro

En estos meses aumenta la accesibilidad para voluntarios, personas del equipo del albergue, donadores, visitas en general. En el día del Refugiado, el 20 de junio, se inaugura la primera actividad de tipo lúdico de voluntarios cercanos dentro del albergue, luego se traerán equipos de teatro, proyección corporal y de escritura creativa y rima. Los jesuitas inician en septiembre sus llegadas en fin de semana y traen actividades de deporte y ejercicios. Algo que agradecen mucho los internos porque se necesita bajar lo que llaman “la panza Covid”.

Para la descompresión del confinamiento, los “de adentro” participan, con cierto control, en actividades externas. El Padre decide poner en marcha la construcción de cuatro departamentos más en Las Casitas, para poder ocupar a los hombres en confinamiento y alivianarlos su encierro con trabajo y pago. En el caso de las mujeres, Maritza acudirá a cuidar a una anciana de la colonia recién operada de los ojos y sin familia por dos semanas; ella y Yamilet acompañarán para julio por turnos a la madre del Padre Alberto en la Casa Parroquial. Como señalaba las Hermanas, la cosa es “salir”. Y Maritza también señala: “es muy bonito, es bonito salir”. Además se intensifica la involucración de los albergados en los programas de apoyo a los vecinos del Cerro del Cuatro: despensas, comedor, bazar –que se reinstala los miércoles con reglas estrictas.

Los quebrantos de salud siguen entre la población que será atendida por diversas afectaciones en el puesto de salud y en consultas privadas: dentistas, estomatología, ginecología, terapias psicológicas. Maritza tendrá sesiones virtuales de terapia psicológica, algo que la cambiará el semblante y la esperanza.²¹

También Araceli y Yaneth, trabajadoras del comedor popular y del bazar, tendrán días de baja por problemas con la espalda, por ello se dan reacomodos en el “equipo de abajo” y Yaneth pasará a cubrir el trabajo de Araceli. Por otro lado, junto con sus males, estas mujeres se encontrarán en una crisis laboral y de desconfianza de otros respecto a sus labores, pero con la reorganización del trabajo de ambas, la situación se normaliza, se mejora el quehacer y ambas se sienten más relajadas.

Las clases del curso escolar inician el 24 de agosto a través de sesiones en televisión, como señalé Denly y Rudi obtienen su certificado de haber completado sus cursos de primaria. Rudi debía acceder a la secundaria

²¹ Las herramientas que se le propone practicar para que su proceso migratorio le sea más llevadero son: hacer de la respiración algo consciente, tratar de no tomar decisiones impulsivas, identificar sus derechos y aprender a identificar la violencia que viven y que no quieren volver a vivir, aprender a cuidar su corazón, pensamientos y emociones, etc.

con Suyapa, pero la aceptación a la misma llegará hasta octubre y solo a Rudi.

Y las medidas de seguridad por la pandemia se continúan en El Refugio: seguirán sin poder entrar a descansar quienes arriban en el tren, mientras que tampoco podrán salir libremente quienes se encuentran dentro. Pero hay una liberalización entre ambas prohibiciones. Van a entrar y salir unos y otros, oscilando entre 10 y 20 los hospedados a lo largo del año.

Con el filtro de pasar un aislamiento previo, entra a la Casa una mujer colombiana, Maribel, conocida del Padre a través de vinculaciones casuales en actividades religiosas. La mujer se ha quedado sin trabajo y no tiene los papeles en regla y pasa la cuarentena en el cuarto de las mujeres, donde se instala. Ella se integra a colaborar en los trabajos de mantenimiento, limpieza, cocina como un miembro más de los equipos. Es una mujer muy religiosa que sostiene por internet rosarios virtuales.

También son varias las familias que tienen la oportunidad de pasar al albergue. Así lo hace una familia salvadoreña con tres hijos que están esperando un trámite de sus papeles de refugio y que no tardan en salir hacia Tijuana una vez resuelto su problema. Son niños menores que por unos días hacen la felicidad de los niños de la familia Sánchez. Otra familia no llega a pasar la cuarentena porque no les gustan las condiciones del albergue. Sí lo hace una pareja de mexicanos que, aunque no cumplen el ser personas en movilidad o en solicitud de refugio, son considerados por su condición vulnerable. Ella se integra a las actividades del albergue, él entrará al equipo de construcción de El Refugio Hábitat. Luego tendrán que acomodarse de nuevo en la Parroquia, por ella tiene que salir a diario a la fiscalía y puede ser un foco de contaminación. Ninguno de estas personas se quedará por mucho tiempo.

Encontramos que algunos que salen con la expectativa de encontrar trabajo, al poco regresan a solicitar su paso al interior. También se dan salidas definitivas como la de Mencho. Este joven se había caracterizado por su enorme apoyo en la cocina del comedor comunitario, pero su familia logró reunir dinero para su paso clandestino a Estados Unidos

y se fue a San Luis Potosí a encontrarse con su coyote. A los pocos días mandó mensaje de que ya estaba del otro lado, en Brownsville, Texas. Luego lo detendrán en McAllen, vuelve a entrar y logrará llegar a Nueva York. O la de Olvin Fernando que llegó con la Caravana de 2019 y la visa humanitaria de entonces que está a punto de caducar. Este joven, campesino taciturno y bloqueado quiere renovarla para ir a Veracruz donde está su madre y su hermana. ACNUR le concederá el traslado de su proceso a este estado y saldrá feliz del albergue en mitad de la pandemia.

Las Hermanas también se relevan entre ellas. Gisela sale a final de julio y Margarita en agosto. Llegan Teresa, que ya conocía el albergue, y Lourdes. Adoptan el sistema implantado por las Hermanas en el confinamiento y se colocan gráficas con las funciones asignadas a cada equipo y sus turnos.

Las Casitas

A lo largo de la pandemia vimos como Las Casitas o “La Sucursal” se pueblan por sujetos que estaban en el albergue y solicitan salir a trabajar. En su apoyo el Padre les ofrece el alojamiento en alguno de los cuatro apartamentitos. Así se mantiene una población que desarrolla sus arreglos entre ellos y se acomodan en estas viviendas a medio terminar (no tienen cocineta y alguna ni taza de baño, se cuenta con una fosa séptica provisional). A partir de ellos se suman otros sujetos que llevan un tiempo en el albergue y sus alrededores y dependencias, son “los satélites”, los viejos conocidos... y, dicen, algún otro al que han alquilado puntualmente el dormir. Aquí se han incorporado por ejemplo Servando, un muchacho dibujante hondureño que desde hace tiempo tenía su cuarto en la colonia, y Polo, el joven que había vivido hace tiempo en el albergue hasta que se unió a una chica de la colonia –chiapaneca– y se fueron a probar suerte a Mexicali. Él trató de cruzar, pero lo detuvieron y lo deportan a Honduras, con lo que tiene que hacer el viaje de vuelta a Guadalajara. Para entonces tienen un bebé. Con la pandemia vuelven a Guadalajara y al Cerro y terminan viviendo en Las Casitas. Polo es problemático, dicen

que amenaza a las personas por el conocimiento que tiene de los de “la plaza”, también llegó a golpear a un compañero del albergue.

La fama que tiene en el vecindario es de un lugar desmadroso, pero con el inicio de la obra en agosto tendrán que colaborar en la construcción quienes no tienen otro trabajo y se verán con mayor control por la presencia diaria del jefe de obras de la colonia y el mismo Padre. Las Casitas se verán más aseadas y ordenadas.

Imagen 42. Construcción de Las Casitas



Etapa 3: Estalla la "normalidad" con nuevas circunstancias (noviembre-enero)

Cuando todo parece acomodarse a la nueva normalidad se suceden nuevas circunstancias. Noviembre es un final de año que llega agitado e incorpora muchos cambios. El 3 de noviembre son las elecciones en Estados Unidos y esto genera incertidumbres y esperanzas entre amplios sectores de población del circuito mesoamericano migratorio. Ganará la presidencia Joe Biden que, en principio supone el fin de las políticas de

tolerancia cero del presidente Trump. Y a inicios de noviembre se suceden dos fuertes desgracias que vuelven a incentivar el inacabable motor del desplazamiento forzado desde el sur de México a Nicaragua: los huracanes Eta y Iota –este alcanza las islas de Providencia y San Andrés para entrar a Centroamérica por Nicaragua–. Anegan regiones completas de Honduras y Guatemala, provoca deslaves, destrozos de puentes y carreteras, acaba con siembras y ganado. Esto se suma a quienes están esperando el relajamiento de las medidas impuestas por el virus (OIM, 2020): la bomba de la salida sigue encendida.²²

En el albergue se encuentran en octubre 14 personas y se continúa atendiendo a la población circulante y a la establecida en puerta. También se mantiene el comedor popular para más de 100 vecinos y el reparto de las 300 despensas mensuales. Pero mostraré cómo este cotidiano entra en tensión a final del año.

La contradictoria institucionalización

La identidad del albergue sigue oscilando entre las soluciones informales ante retos repentinos donde la acción del Padre es determinante y con decisiones personales y urgentes de otros miembros del equipo y de los esfuerzos de una operación más institucionalizada y racionalizada desde una dirección colectiva-colegiada. En la segunda línea se suceden muchas iniciativas. Las que se impulsan desde los PAPS del ITESO que continúan en sus avances: ya hay logo, se pone en marcha una página web, el sistema de registro se amplía y se instala –aunque no habrá a quien registrar–, los proyectos de “Hacemos barrio” suponen que ya se cuente con planos para su desarrollo futuro: el andador, el centro cultural y Las Casitas. El proyecto de CitiBanamex destinado a la renovación de interiores –cocinas, baños, dormitorios– y a financiar algunas contrataciones por un año es aprobado y va a ser apoyado en su gestión financiera por FM4

²² De hecho según la Oficina de Aduanas y Protección fronteriza de Estados Unidos en octubre y noviembre del 2020 se detuvo a 140.591 personas, una cifra un 60% mayor que la del mismo periodo de 2019. De ellos 82.979 eran mexicanos.

porque aún no se ha terminado de constituir la AC.²³ Esta AC, Espiritualidad y Acción Social, ya tiene su acta constitutiva aprobada y está a la espera de tramitarse en la Secretaría de Administración Tributaria, SAT –algo muy difícil por el bloqueo de su sistema de atención y citas–. También, junto a FM4 Paso Libre, continúa el proyecto dirigido a niños, niñas y adolescentes migrantes financiado por la cooperación italiana de AVSI.

En noviembre se recibe una capacitación para prepararse ante un brote del virus SARS-COV-2 por Médicos Sin Fronteras. Esta consideración del albergue para iniciativas de organizaciones reconocidas es parte de su incorporación a redes significativas en torno a las estigmatizadas movi- lidades en México.

Y, como no, está la creciente vinculación con ACNUR que desde hace meses busca posicionarse más claramente en Guadalajara –desde hace dos años mantiene un programa de integración de refugiados con FM4. Ahora quiere establecer convenios con la Universidad de Guadalajara para facilitar el acceso de las personas solicitantes de refugio y refugiadas a la educación pública de prepas y universidad y aportar con sus clínicas jurídicas, sus servicios de salud, sus capacitaciones, sus medios de comunicación, sus investigaciones. Y esta apertura de relaciones se conjuga con el programa de la cooperación alemana GIZ, y con establecer relaciones con otras instancias de acogidas de personas en movilidad como es FM4 Paso Libre con quienes tiene ya una estrecha vinculación a través de programas conjuntos, y con El Refugio.

Los trámites jurídicos

Con el fin de año en el albergue se dan cambios tanto en las tramitaciones jurídicas como en el equipo jurídico. Por un lado hay una resolución del Tribunal Supremo de Justicia sobre el Instituto Nacional de Migración para que haga sus procedimientos más eficaces. Esto se traduce,

²³ A fines de marzo de 2021 la cita sigue pendiente y son ocho meses de espera en la ilusión de constituirla la Asociación Civil.

por ejemplo, en que, cuando el INM recibe la constancia de solicitud de refugio por la COMAR, entrega en un día la tarjeta de residencia por razones humanitarias, la fotografía y la firma se hacen de forma instantánea. Es un gran avance. Sin embargo COMAR fluye muy lentamente. Por otro apenas discurren los procesos y, de hecho son varias las personas del albergue que levantan queja –con el apoyo del equipo jurídico– al INM y a COMAR porque están a la espera de la entrevista de elegibilidad o ya la han pasado y siguen sin información.

Tenoch Torres, quien se encarga de los procesos en el albergue de parte de Casa Refugiados y ACNUR, ya advierte que se va a producir un ascenso en las solicitudes de trámites por una esperable llegada de desplazados de Centroamérica.²⁴ Inicia también un trabajo de acercamiento, registro y asesoría a las poblaciones que se encuentran al exterior del albergue.

Posteriormente, a principios de diciembre, este abogado advierte de su salida y el albergue debe prepararse para asumir el acompañamiento jurídico de una forma autónoma propia y sin dependencias. De nuevo el albergue queda desmantelado, mientras se espera que Casa Refugiados continúe el apoyo a El Refugio.

En este cierre de un periodo, Tenoch Torres presenta los datos de su trabajo de acompañamiento jurídico en El Refugio y ofrece el siguiente cuadro que muestra el alto nivel de actividad y la complejidad de la misma y la reducción drástica de acceso a la personalidad jurídica que supone la llegada de la pandemia. En este sentido la pandemia tiene un efecto contundente en el proceso de acceso a derechos que se venía instalando en el país y en El Refugio, profundizando la producción de ilegalizados y de no refugiables.

²⁴ De hecho en el informe del COLEF (2020) muestran que de 1.296 solicitudes de refugio en 2013; suben a 70.609 en 2019.

Cuadro 6. Reporte de acompañamiento de casos
en El Refugio Casa del Migrante en la solicitud de reconocimiento
de la condición de refugiado, trámites migratorios y acceso a derechos

	marzo 2019– abril 2020	mayo 2020– diciembre 2020
Personas atendidas	129	20
Perfiles	109 hombres y 9 mujeres (11 menores entre ellos)	12 hombres y 4 mujeres (4 menores)
	Nacionalidades: Honduras 96; Salvador 19; Guatemala 11, Otros 3	Nacionalidades: Honduras 14; Salvador 1; Guatemala 4; Colombia 1
Tipo de atención jurídica		
Procedimiento de reconocimiento de la condición de refugiado (PRCR): nuevos procedimientos, reaperturas, traslados, representaciones	45	5
Trámites migratorios : regularizaciones, ampliaciones, cambios de condición, reposición de tarjeta de visitante por razones humanitarias y regularización de residencia permanente	21	5
Atenciones (pueden ser varias por persona): registros, notificaciones, incidencias, canalizaciones, asesorías, acompañamientos, entrevista de elegibilidad, solicitud certificado nacionalidad...	425	107
Quejas a la Comisión Nacional de Derechos Humanos		8

Fuente: Casa Refugiados. Marzo 2019-diciembre 2020.

Los vuelos con deportados

He señalado cómo desde finales de 2019 empiezan a llegar desde Tucson, Arizona, de forma sistemática vuelos al aeropuerto de Guadalajara con deportados (“repatriados” oficialmente) de Estados Unidos. La orden de los Scalabrinis en Guadalajara se organiza para recibirlos y, en acuerdo con el INM, ponen un módulo de atención en el aeropuerto. Para ello contarán con el apoyo de El Refugio que recibirá a algunos de ellos. Esta acción suponía la reanudación del Procedimiento de Repatriación al Interior de México (PRIM) para facilitar la llegada de estas personas a sus lugares de origen y “garantizar la repatriación de personas de manera segura y ordenada”, según la Secretaría de Relaciones Exteriores y la de Gobernación.²⁵

La llegada de la pandemia interrumpe este arribo de aviones en marzo, pero en junio regresa esta medida unilateral de deportaciones exprés de Estados Unidos aceptada por México. Entonces serán los scalabrinianos quienes se hagan cargo de estas personas rotas, ya que El Refugio se mantiene en confinamiento estricto. Les ofrecen alojamiento y trabajo si quieren quedarse en Guadalajara.

En noviembre los scalabrinianos solicitan el apoyo del albergue porque siguen llegando dos vuelos semanales y se han visto saturados porque hombres y mujeres tienden a quedarse por más tiempo en sus instalaciones –que han renovado para una mejor recepción– a la espera que sus familias les envíen ayuda monetaria para reencauzar sus vidas, y no se dan abasto. Sin embargo, para el final de este recuento ello no se había producido porque los misioneros pudieron asumir estos arribos por sí mismos.

El Padre Juan José Cervantes, coordinador de la Casa del Migrante Scalabrini de Guadalajara, describe que muchos de los que arriban son indígenas jornaleros agrícolas de Guerrero, Chiapas, Oaxaca... que han sido detenidos al atravesar la frontera de Estados Unidos y que han sido

²⁵ Este procedimiento ya se había dado previamente hacia la Ciudad de México y se había interrumpido en 2018, parece que por dar prioridad el Departamento de Seguridad Interna de Estados Unidos a las deportaciones de centroamericanos.

deportados de forma inmediata sin que tengan conocimiento de sus derechos y sin medidas de sana distancia, uniformados de pants grises y playeras azul y esposados de pies y manos.²⁶ Señala que vienen con una fuerte carga emocional, humillados y estigmatizados ya que el discurso oficial nacionalista los invisibiliza. El Padre Cervantes denuncia que el PRIM –Procedimiento de Repatriación al Interior de México– es un programa que apenas ofrece información y que es hermético respecto a sus acuerdos con Estados Unidos. Hoy, afirma, se están enviando dos vuelos semanales con 135 personas cada uno a diferentes ciudades de México: Guadalajara, Morelia, Puebla, Villahermosa, Querétaro, Cuernavaca, Ciudad de México... aunque buena parte es de lugares lejanos pues buscan desalentarlos de volver a intentar la salida. En octubre calculaba que habían deportado por esta vía a unas 13.000 personas.²⁷

El 21 de enero, el recién nombrado Presidente Biden ordena suspender las deportaciones por 100 días, con excepciones –luego un juez se lo impide. También paraliza la construcción del muro y revertirá el programa Quédate en México –algo que resulta temporal.

La cambiante situación de El Refugio

En el cotidiano del albergue también se producen sucesos que vaticinan cambios. El más simbólico es la salida de las hermanas Sánchez. El 20 de octubre las hermanas Sánchez pasan la entrevista de elegibilidad de forma virtual y al día siguiente les dan sus tarjetas por razones humani-

²⁶ La información la ofrece el Padre Juan José Cervantes en un conversatorio “Retos en la agenda migratoria en la ZMG”, recogidos después en un reportaje de ZonaDocs en octubre de 2020: <https://www.zonadocs.mx/2020/10/04/en-vuelos-expres-y-sin-pleno-respeto-a-los-derechos-humanos-llegan-miles-de-mexicanos-indigenas-deportados-desde-eu-a-seis-estados-del-pais/>

²⁷ Según la Unidad de Política Migratoria del INM, entre enero y julio del 2020 han sido registrados 103.644 eventos de repatriación de mexicanos, entre ellos 6.540 de niños, niñas y adolescentes acompañados y no acompañados y 91% hombres (en ZonaDocs 2020).

tarias y, cuando se espera que en una semana les llegue el reconocimiento de su condición de refugiadas, ellas deciden salir para Tijuana con la idea de entregarse en la frontera donde “con la fe en Dios” se las va a recibir. Su sobrina, hija de Sofía, que se encuentra en Texas, insiste en que su abogado les recomienda pasar ya antes de un cambio de gobierno, en este impasse. De manera que toda la familia: Maritza con sus dos niños, Rudi y Denly; Yamilet con su hija Suyapa, y Javi, hijo de Sofía, salen el 4 de noviembre en el autobús hacia Tijuana. El sábado incursionan en territorio estadounidense, las detendrá la patrulla fronteriza y las trasladarán de vuelta a la estación migratoria de Baja California, México. No las deportan a Honduras porque tienen sus visas de México y pasan a aislamiento a un hotel en Tijuana antes de volver a ingresar a un albergue.

El vacío dejado por la familia en El Refugio es muy grande. Hasta Duquesa, la perrita, se deprime y se encierra y duerme en el cuarto vacío de los niños. Se tienen que replantear las dinámicas del día a día: los desayunos, la limpieza de los trastes, las trapeadas... Y este es el inicio de una serie de cambios en el operar del albergue hacia adentro y hacia fuera.

En contrapeso el equipo apoya a Shaggy, el muchacho hondureño con problemas mentales, pacífico y ensimismado. Se bañará, vestirá y no tardará en disfrutar viendo la televisión. Ayuda con todas las labores de aseo y mantenimiento, pero ya no quiere asomarse a la puerta, quizás por el temor de regresar a la calle.

El largo confinamiento y las apropiaciones del espacio de la espera

Las tensiones al interior del albergue son diversas. Unas tienen que ver con los problemas de larga data entre el personal del equipo: desvaloración y control del trabajo, bajas remuneraciones, decisiones arbitrarias, disputas en las prestaciones en especie, espinitas que quedan incomodando las relaciones en el cotidiano y que de pronto estallan. Otra está relacionada con el comedor popular, Sarahí, después de tener a su bebé, se incorpora en noviembre a la coordinación del albergue y, sobre todo, del comedor popular que sufre mucha presión por el programa de gobierno y por la COPRIJAL –Comisión para la Protección Contra Riesgos Sanita-

rios del Estado de Jalisco— que quiere imponer unas medidas higiénicas muy estrictas, cuando los fondos que se reciben son de apenas 220.000 pesos que llegan muchos meses más tarde y con obstáculos ilimitados.

Mientras, dentro de los albergados, siempre se producen disputas por la apropiación del territorio de la espera que han alcanzado otra dimensión por el largo confinamiento. Los trámites de refugio o migratorios no avanzan —apenas en el caso de la familia Sánchez—, las posibilidades de salir a reiniciar la vida son mínimas. La condición de la espera se ha extremado. Hay envidias de unos frente a los que tienen algún ingreso por trabajar en la obra, en el cuidado de la Casa Parroquial, en el bazar, o con el ser velador, como Randy, que además es criticado por tomarse licencias frente al resto.

A estas zozobras entre las personas albergadas se añade una desidia por las tareas internas y el malestar de las Hermanas por los comportamientos naturalizados de los residentes, ya no se “acomiden”, y se ven sobrepasadas por el manejo familiar y empoderado de los espacios y de los materiales del albergue por quienes ya tienen más de siete meses de encierro, les incomoda que si sus comidas no les parecen, algunos se permiten salir a comprar la suya frente al resto. Se señala que los cuartos ya parecen “minisúper”. Muchos salen sin avisar y sin tomar las precauciones, todos afirman que el Padre les ha dado permiso, saltándose a los encargados de turno.

Quienes manejan dinero se permiten romper las normas de no introducir comidas o bebidas o de salir a comer o de compras. Hay disputas por el Netflix, lo que había sido un acceso desinteresado por quien lo contrataba, ahora se vuelve un asunto de negociación: películas y series a cambio de dinero o de cumplir turnos en los trabajos de equipo. Maribel, la colombiana fanática de la religión, acentúa las disputas. A ella le cuesta aceptar el relajo del resto de las personas y trata de hacer vida aparte, el resto la ve como “deschavetada”. Javi Sánchez, recién llegado de la aventura de cruzar la frontera y estar confinado con la familia en Tijuana, sigue actuando con la libertad que tenía afuera.

Se multiplica el “robo hormiga”, esos pequeños hurtos de productos de donaciones que llegan a El Refugio de pantalones, chancas, comida, jabón, medicinas, sueros. Las pocas personas que acogidas en el albergue conocen bien las dinámicas de recepción, almacenaje, turnos y tienen acceso a estos bienes que se ven desaparecer por el equipo y/o pasar a sus manos. Habrá que reforzar las puertas de oficina y cocinas con candados y cerrojos: son menos los albergados, pero las necesidades de la comunidad se han multiplicado, las bodegas se han vaciado y hay que aprovechar mejor lo poco que se tiene.

Además las Hermanas se quejan de que hacen “fuchi” a la comida, ya no quieren las calabacitas picadas con tomate, ni los chilaquiles, ni tacos, ni tortillas de harina, jamás el nopal. Un confinado expresa “no soy chanco para comer verduras”. Lo que les gusta es su huevito revuelto en el desayuno. Entienden que esa comida que ellos rechazan debe ser para “los de afuera”. Para ellas son comportamientos poco solidarios y poco agradecidos.

El uso del limpiador “Fabuloso” para los suelos es un ejemplo de las disputas que tienen un carácter de gasto económico. De parte de los encargados del albergue hay una insistencia en una utilización más moderada de este detergente que es máspreciado y más caro. Señalan a los albergados las formas de utilizarlo: unos lo riegan por el suelo derrochándolo cuando debería echarse en el cubo del agua para gastar menor y aprovecharlo mejor. Para los confinados de Centroamérica el “Pinol” y sucedáneos no huelen igual ni da la sensación de higiene y, sobre todo, de prestigio y elevación del nivel social. En realidad se trata de un símbolo cultural.

Marvin que salía con Roberto a la obra de Las Casitas por ser un joven trabajador y de confianza, entra en crisis un día que toma alcohol, se pelea con uno de los habituales de afuera que reside en Las Casitas, se le nubla la razón y comete unas trastadas que luego le dan mucha vergüenza. De esta manera termina su estancia y sus trámites y sale hacia el norte con otro compañero guatemalteco. Otros también chuparán en estos días,

pero no será motivo de expulsión, se entienden estos escapes siempre que no se produzcan hechos de violencia interpersonal.

Éstas y otras tensiones normales después de una convivencia estrecha e indeseada por tantos meses implica la multiplicación de enredos por los rumores, acusaciones, quejas por y entre los albergados que fatigan al equipo que se ve inmerso en los mismos. Al mismo tiempo –con sus bajas y expulsiones– se supera en el día a día, especialmente cuando desde la azotea ven arribar a tantas personas y en tan difíciles condiciones.

Con la reestructuración por la salida de la familia Sánchez, pasan unas primeras semanas en que serán muy pocos los habitantes del albergue y se arreglan ellos solos en los desayunos con la guía del señor Marín. Después empezarán a cambiar las dinámicas de nuevo.

El fin del campamento

He señalado las tensiones provocadas por el campamento que se ha ido conformando en el exterior del albergue y la Parroquia. Cada vez se junta más población y más diversa que parece conformarse como campamento con su situación de calle, por su consumo de alcohol y drogas, los conflictos con los vecinos por riñas y problemas entre ellos, lo que produce más trabajo para su atención y tensiones con los pobladores de la colonia. El cotidiano se viene complicando. Y de nuevo se toman medidas para el beneficio general en el método de prueba y error o acierto, pero en la intención de facilitar servicios también se producen apropiaciones y aprovechamientos por unos pocos.

A mediados de octubre se da un ascenso en la llegada de personas en tránsito. Por unos días El Refugio se abre para dar entrada al albergue a las personas para bañarse. Es una población numerosa necesitada de ropa limpia y una ducha y se inicia la operación para darles esta oportunidad. Se procede con los baños que se encuentran al interior del albergue, para lo que se requiere cruzar la sala de estar: de computación y de televisión. El 12 de octubre encuentro a un grupo enorme contento de pensar que van a poder ducharse y ponerse ropa limpia, llevan dos semanas sin tocar el agua y uno, cuando sale irreconocible, me dice riéndose “ya me

he quitado la mitad del peso que traía”. Para ello su “tirada” es Caborca, como desde hace tantos años, a cargar la mochila y probar el paso por la frontera. Después de los riesgos que entraña esta experiencia primera, el equipo se decide a trasladar las duchas a los baños de la zona del bazar y poner un horario por la tarde cuando ya se han terminado las labores de cocina y entrega del comedor popular. Esta medida se contempla para situaciones de urgencia, pero poco después se observa de nuevo el peligro de contaminación del virus que conlleva y las pocas posibilidades de desarrollarlo con el escaso equipo con que se cuenta, así se abandonó este proyecto.

Imagen 43. Jacales en el Teatro Hundido



Entonces se decide una salida genial, construir unos baños externos en un lateral de la Parroquia y dando hacia el Parque Hundido. En un tiempo récord con los albañiles de la colonia y alguno de los albergados se coloca una pila y una ducha y un baño para hombres y una ducha y una baño para mujeres, todo esto aprovechando una salida de agua de la municipalidad. Por fin las personas en tránsito podrán al menos bañarse y cambiarse de ropa, dignificarse para volver al camino.

Y es que en la Casa apenas son seis los albergados y esta escasez de mano de obra tiene implicaciones también sobre la entrega de la comida y el lavado de los trastos que se ocupan hacia las personas que se atienden hacia afuera de El Refugio. Algunos trabajan en la obra de Las Casitas o se encuentran apoyando en el “equipo de abajo”, otros son personas mayores de 50 que ya tienen delimitadas sus tareas. Por ello se decide suspender los desayunos y cenas que se ofrecen en el exterior.

Este corte de alimentos y otros apoyos supone un cambio en los registros que se hacían sobre la entrega de alimentos y el descenso brusco del número de comidas como se había estado haciendo cuando vimos que en octubre se alcanzaron casi los 3.000 almuerzos entregados. Esto resulta un alivio para la cocina del albergue y la del comedor popular donde la intensidad del trabajo había llegado al límite para sus mínimos equipos.

En pocos días la población del campamento externo se reduce y ya no se verá a quienes esperan por apoyos día y noche en estos espacios. Mientras, se continúa atendiendo cuando es población de tránsito, personas que día a día están arribando con el tren. Se les entrega comida, sopas Maruchan, sueros, ropa, leche caliente, galletas.

Al mismo tiempo las preocupaciones del equipo hacia los posibles necesitados se acentúan porque inicia con fuerza la temporada de frío y porque se puede esperar un aumento de los flujos desde el sur. Se decide arreglar y ampliar el baño externo; ofrecer frazadas a quienes llegan en tránsito para que puedan dormir en la intemperie pero bajo el toldo del Teatro Hundido, se piensa en mantener expedito el Templo que es más resguardado, y el Padre hasta propone abrir hacia afuera otro salón de la Parroquia para que funja de dormitorio externo del albergue. Ésto último no se realiza por la falta de vigilancia que tendría y porque, a pesar de la liminalidad, los espacios y dinámicas del Templo y del Albergue deben mantenerse separados.

El espacio previo a la sacristía que fungía de dormitorio también se cierra: se habían dado dinámicas extrañas como de venta de narcome-nudeo y se opta por su clausura. El albergue sigue extendido al Templo, pero solo para unos pocos de más confianza: Leslie, una pareja de mexi-

canos que no tardan en salir hacia Tamaulipas, Deyvi y sus dos perros; y alguno más. Todos ellos irán abandonando este espacio con el paso de los días.

El puesto de pollos

Vemos que la decisión terminante que se planteó en las reuniones de equipo de negar el alimento a la población estacionada en el exterior de El Refugio nunca se puso en práctica hasta que surge la dificultad de gestionar este servicio. Pero en ello se produce simultáneamente otro detonante.

A principios de noviembre, Güicho y Fanny instalan un puesto de pollos asados en la banqueta entre el albergue y la Parroquia, en el mismo espacio en que lo tenía su antecesor Hugo. Han invertido, gracias al apoyo de la familia de Güicho, en un asador y un toldo grandes, tienen una vitrina, una mesa y sillas. Además pondrán ambiente al lugar con música. Da pollo con arroz, salsa y tortillas, a 50 pesos el medio pollo que han preparado con adobo previamente y asan al carbón. Tienen el proyecto de aumentar la oferta con tajaditas de plátano, fruta picada y otros productos. De nuevo se organiza un punto de reunión para los centroamericanos del área.

Pero se darán peleas y envidias por esta acción. Israel, celoso, se peleará machete en mano con Güicho porque Alba Luz, su mujer, entra a ayudar en la dinámica del puesto. Este encontronazo deriva sorpresivamente en la llegada de la Guardia Nacional a esta área despertando la susceptibilidad de los consumidores y traficantes de droga de la zona. También este conato de violencia lleva a la decisión de sacar a esta pareja y otros muchachos de los espacios del Templo donde dormían. Incluso la policía municipal llegará a botar unos pequeños jacales que Servando y otros habituales del espacio habían levantado dentro del Teatro Hundido. Y con estos sucesos esta ubicación y negocio de los pollos es vista por muchos como la confirmación del nexo de Güicho con “la plaza” y el narcomenudeo: es el mejor lugar para un halcón. Las insidias de la zona gris vuelven a aparecer en este escenario propicio para ellas.

Para las navidades, las medidas de no ofrecer comidas a quienes conformaban el campamento en la zona les han sacado del espacio. Mientras los intentos de conformarse caravanas continúan. A principios de diciembre y a mediados de enero, con los desastres ocasionados por los huracanes de noviembre y las expectativas de nuevas medidas hacia la migración de parte de Joe Biden que asume el 20 de enero la Presidencia de Estados Unidos, se convocan estas iniciativas colectivas de la desesperación, como caravanas de “damnificados”. Ambas serán desarticuladas violentamente.

La segunda caravana es la más numerosa desde la de finales de 2018, se calcula que salen en ella 7.000 personas. Será infiltrada, acosada y duramente reprimida con la connivencia de todos los gobiernos de la región. Se prohibió que se les apoyara a los caravaneros con transporte o en la venta de alimentos y agua en las tiendas, se les desgastó haciendo caminar 45 kilómetros hasta Vado Hondo en Guatemala a quienes habían perdido todo en los huracanes, muchas mujeres con niños, para allí golpearles, echarles gas lacrimógeno, tirarles piedras. La pandemia fue la excusa perfecta para negarles la vida. Había una ausencia de organizaciones de la sociedad civil y de derechos humanos.²⁸ Además estas reacciones exponen la nueva posición política y operativa que toma Guatemala como nueva guardiana de “la frontera sur”, ahora de cara a los países “hermanos” de Honduras y El Salvador. La frontera vertical se amplía.

El nuevo año 2021 se deja venir sobre El Refugio y sus dinámicas entre la sempiterna incertidumbre sobre las diversas poblaciones que atiende y que han visto agravarse sus condiciones, el limbo para el proceso de constitución de la AC o de los servicios jurídicos que quedan pendientes del apoyo de Casa Refugiados y ACNUR. En esta transición a nuevas expectativas propias de la temporada el virus SARS-COV-2 arrecia, ahora sí, con la

²⁸ Ver: <https://contracorriente.red/2021/01/23/de-regreso-de-la-caravana-con-los-suenos-golpeados/>

activación de contagios y el desencadenamiento de muertes en la colonia del Cerro del Cuatro y en Jalisco y México.

Cuando el 16 de enero se decreta el botón de emergencia por el gobierno de Jalisco, las numerosas y diarias misas de difuntos pasan a ser clandestinas. Los nueve albergados se ven obligados de nuevo al confinamiento estricto, no habrá salidas ni a la tienda, la espera alarga su sombra.

Se produce una explosión de espantos: en la cocina una voz de mujer les pide a Yaneth y Araceli permiso para pasar y luego no hay nadie; las gallinas se alborotan en la noche sin motivo y hay ruidos de personas y voces según afirma Roberto. También Israel y Juan Carlos se asustan con movimientos y golpes inexplicables en el pasillo del bazar y buscan romero para hacer una limpia. Otros cargan limones en los bolsillos por precaución. Sarahí sabe que los aparecidos se han dado desde siempre, por eso cuando se queda sola en la oficina y tiene que ir a la cocina ya en la tarde, va aplaudiendo para no encontrárselos. El albergue es un espacio de confluencia de muchas personas, mucha energía y muchas tensiones.

Empiezan a aparecer pequeños grupos que reconocen venir expulsados por los huracanes. El equipo de El Refugio sufre por la imposibilidad de abrir sus puertas, su función de acogida ha sido desmantelada por el virus y limitada a un pequeño apoyo en alimentos, el cierre de sus actividades de rehumanización (baños, cama, comida caliente en comedor, comunicación) y de acceso a servicios jurídicos, lo que desempodera a los albergues frente a gobiernos omisos. Pero al mismo tiempo trata de abrir hacia los huidos resquicios de oportunidad: el cuarto que inició siendo el de los refugiados se establece como de aislamiento por si hubieran personas que deseen pasar al albergue; y se proyectan dos baños completos (para mujeres y para hombres) hacia el exterior desde el muro de la Parroquia al Teatro Hundido para poder cubrir las necesidades de los grupos que se descuelgan tras las frustradas Caravanas.

Vida y muerte, picaresca y tragedia continúan activando este escenario popular. Los procesos empezarán a fluir; la vacunación en la colonia se inicia el 8 de marzo y, entre las personas mayores de 60 años, será incluido Chente, un señor guatemalteco que solicita refugio; El Refugio

Casa del Migrante y otros albergues se preparan para la reapertura; las reformas migratorias del gobierno de Biden generan muchas expectativas y promueven el camino al Norte para los menores –que llegan de nuevo masivamente a Estados Unidos–, para las familias, para los estancados en las ciudades del norte, para los centroamericanos y expulsados en general... entre ellos los mexicanos que rompen la tendencia decreciente de su movilidad al Norte y retoman el paso clandestino desplazados por grupos criminales y/o empujados por la pandemia y la falta de salidas.

Y, entretanto, se mantiene la esperanza con la iniciativa de Las Casitas. Las obras se terminan a fin de año, quedan trabajando el fontanero, el electricista y el que coloca los pisos. Son una generosa puerta a la utopía de fomentar y acompañar desde la comunidad del Cerro del Cuatro posibles proyectos de vida.

Reflexiones finales

Hemos visto cómo, cuando El Refugio abre sus puertas en 2012 recibiendo flujos diversos de personas migrantes, aún predominan las procedentes de Centroamérica en un paso más o menos rápido hacia el norte. En unos pocos años la transformación es fuerte y el albergue se va convirtiendo además en un territorio de la espera (Musset, 2013 y 2015). Son muchos los sujetos y familias que se esfuerzan en identificar un proyecto de vida que pasa por la obtención de un estatus legal y fuentes de trabajo porque el paso de la frontera a Estados Unidos se ha penalizado y obstaculizado en formas contundentes. Esto genera nuevas problemáticas y exigencias en la atención y funciones del albergue.

Después de tantas páginas de exponer fragmentos de vidas quebradas por el régimen de gobierno de crear precariedad observadas desde el micromundo de El Refugio Casa del Migrante, quiero terminar con algunos comentarios respecto a la producción de no refugiables y su abandono y sobre los retos de los albergues en su trabajo y en la gestión de la espera.

Las nuevas situaciones del albergue

El albergue de El Refugio es hoy un enjambre por la confluencia de trayectorias y expectativas diversas. De todas ellas destacaría dos grandes experiencias. Un sector lo forman quienes tratan de solicitar alguna modalidad de regulación migratoria. Estas personas y fragmentos de familias tienen una menor experiencia de viajar por México. Algunos

buscan la oportunidad de hacerse con un resquicio en la sociedad mexicana; otros quieren acceder a la seguridad de moverse y trabajar con los papeles en regla y sin la presión de la expulsión inmediata, logrando un tiempo de respiro mientras siguen esperando el golpe de suerte que les permita alcanzar Estados Unidos.

Dentro de esta intención de mantenerse en México y, en este caso, en Guadalajara, están también las personas que se mantienen como “población satelital” a los espacios del albergue. Buena parte corresponde a personas irregulares en una inserción muy precarizada, pero ya de larga data, a la vida de la metrópolis. Los vemos sostenerse con mucha dificultad entre trabajos informales y de autoempleo como limpiacarros o cargadores en el Mercado de Abastos; por temporadas guardias de seguridad; a veces en servicios ocasionales para grupos criminales. Están habitando cuartos en vecindades donde ni colchón tienen, por temporadas durmiendo en la calle, también conocen instituciones de asistencia como el CADIPSI, el San Juan de Dios, la Casa de la Misericordia. A veces, con problemas de salud física o mental o con adicciones al alcohol o a alguna droga. Poncho el operado de la cadera, Leslie la apátrida, los inconstantes Israel y Jacob, Eder el Sonora... rondan el albergue que les ofrece ciertos servicios y les ha dado cierta pertenencia y reconocimiento en este espacio. Son relaciones de dependencia pero que muestran su esfuerzo por no caer en una situación “de calle” y abandono completo, pero en esa frágil frontera.

El segundo gran grupo son quienes tienen múltiples viajes a Estados Unidos, deportaciones desde allí y/o desde México y que deambulan de ciudad en ciudad, de albergue en albergue, yendo y viniendo de un lugar a otro, algunos ya profesionales del camino y la itinerancia en una sucesión de desplazamientos que conllevan una creciente precariedad social y personal. Estas personas han perdido la oportunidad de solicitar documentos, sean visas humanitarias o el refugio. Son parte, como los satelitales, de los no refugiados, esos desechados por los procesos de expulsión por el capital y por las leyes que les conducen al abandono. Los deportados mexicanos, cuando son arrancados de su contexto de vida social

y familiar en Estados Unidos y sin referentes suficientes en México, se suman a este grupo del desencanto y el desarraigo. Sin apoyos ni acompañamiento de parte del gobierno mexicano entran al peregrinaje que desemboca también en el creciente abandono.

El régimen humanitario: los refugiables y los no refugiables

La ley establece y legitima estas situaciones que suspenden la vida de los sujetos, condenándolos al limbo jurídico y a la excepción. Los albergues en México se ven involucrados en coadyudar y participar con el régimen humanitario que hoy prioriza el asilo y la gestión de la espera.¹

Refiriéndose a la isla de Lesbos, en Grecia, donde Europa ha instalado campos de refugiados para su selección, Córdova concibe el régimen humanitario como “un amplio crisol de organizaciones humanitarias heterogéneas no-gubernamentales, ampliamente desiguales en términos económicos así con posicionamientos y prácticas ético-políticas disímiles, cuyas finalidades principales son: socorro médico, apoyo material y legal a personas en necesidad de ayuda para sobrevivir y acceder al derecho de asilo” (2017: 23) y que se constituyen en un orden de autoridad donde dejan a las personas en el pendiente de la expulsión o deportación. La ayuda humanitaria va de la mano con la vigilancia militar de los campos de detención. Este autor señala cómo tiene un carácter paternalista y de tutelaje y solo si se es víctima y el refugiado se muestra como tal se accede a su asistencia. Lo que vemos en México son variaciones sobre una base semejante con otros contextos y actores: como parroquias e iniciativas católicas, iglesias protestantes, asociaciones civiles y ONGS nacionales e internacionales. Aquí se produce el mismo doble discurso y práctica, donde la cara humanitarista es contraparte de la cara represiva y antiinmigratoria: la COMAR tiene su INM; el Estado cuenta con los albergues; se

¹ El régimen humanitarista es una de las caras del gobierno biopolítico, mientras que la expulsión de los países y los no refugiables, los que no van a ser tocados por el beneficio de la ley, son parte de la aplicación necropolítica (Estévez, 2020).

concede el reconocimiento a ciertos refugiados o migrantes permitidos, mientras vemos la producción masiva de no refugiables.²

Y éstos no refugiables indeseables se pueden asimilar a la figura del proscrito —el expulsado como enemigo público del Estado— y a la figura del *homo sacer* de Agamben: esa persona que se encuentra dentro del orden jurídico a través de su exclusión y queda a merced de cualquiera que puede quitarle la vida sin consecuencias (2010).

El discurso humanitarista que ahora privilegia el gobierno mexicano y la lógica neoliberal eficientista y gerencial de las organizaciones no gubernamentales que ofrecen la cara “humana” de estas políticas de delegación de las funciones estatales ha sido analizado y criticado por diferentes autores. Didier Fassin señala su paradoja por tratarse a la vez de un discurso moral basado en la responsabilidad hacia la víctima, como de un recurso político que sirve a determinados intereses para justificar una acción considerada a favor de otros expuestos al peligro en nombre de una humanidad común (2010: 239). Esta combinación de la acción al vulnerable por ser humano que al mismo tiempo se ve limitada al tratarse de una excepción políticamente útil, queda más clara con Miriam Ticktin. Ella se refiere a los efectos nocivos que tiene el bien intencionado discurso y práctica humanista cuando, por su asociación con lo emocional y los sentimientos, sustituye la justicia y los derechos humanos de los emigrantes, algo que interpreta como nuevas formas de legitimación de la exclusión (2015). La compasión humanitaria establece jerarquías de humanidad entre las víctimas necesitadas de salvación frente a los migrantes económicos embusteros y aprovechados, así se restan derechos en nombre de la minoría. La compasión, señala, remite a sentimientos y no a derechos, por eso las excepciones humanitarias son

² En 2020, México otorgó residencia a más de 87.000 migrantes, 33.400 personas obtienen la residencia temporal y más de 54.000 la permanente según Gustavo Pineda, director de investigación del Centro de Estudios Migratorios de la Unidad de Política Migratoria, Registro e Identidad de personas (ver: <https://www.eluniversal.com.mx/nacion/en-2020-mexico-otorgo-residencia-mas-de-87-mil-migrantes>).

excepciones a la ley, se centran en individuos y no en realidades estructurales, son un ejercicio de caridad con algunos y no de justicia con las personas migrantes.³ La distinción entre los genuinos y permitidos y los postizos o no permitidos es consustancial, la condena y la criminalización de los segundos permite justificar el reconocimiento a los primeros.

Un ejemplo de las imposiciones del régimen humanitario hoy en México es el otorgamiento de refugio a los merecedores en un país donde los desplazados no quieren quedarse, porque lo saben como un *continuum* de las condiciones de violentamiento que han sufrido en sus países de origen. El caso de las hermanas Sánchez ejemplifica el drama de los refugiados obligados a estacionarse en un México igualmente violento y sin expectativas, donde el Estado no toma medidas para acogerlos. Después de muchos meses de espera, de vivir la pandemia en el confinamiento, de tantas inquietudes y expectativas frustradas, su proceso de solicitud de refugio les resulta favorable y les otorgan sus visas humanitarias en octubre, pero abandonan el resto del proceso, ya no esperan la inminente llegada de la resolución con la que pueden solicitar en el INM la residencia permanente. Como mostraba Brito (2019), en el proceso de la espera se produce un quiebre cuando los solicitantes comienzan a darse cuenta que, a pesar de todas las cosas que el Estado mexicano o el ACNUR les puede ofrecer, siguen sintiéndose inestables económica y laboralmente, en la inseguridad por los altos niveles de violencia que se viven en México y confundidos en el decidir si seguir o no esperando la respuesta de la COMAR. Y en muchas ocasiones sus decisiones se orientan a continuar su proyecto migratorio hacia Estados Unidos donde se encuentran sus redes familiares, en este caso también de mujeres, buscando ahí su refugio, la reunificación y la estabilidad.

³ Para Ticktin se trata de repensar la acción política y la justicia para todos, reivindica los derechos humanos y el derecho a la movilidad y a la apertura de fronteras y eliminar conceptos como “migrante”, “refugiado” y “ciudadano” porque sus significados están enraizados en ideas excluyentes de pertenencia (2015).

Las agresiones y humillaciones, la violación de una de ellas, los salarios de miseria, los intentos de secuestro que han vivido las hermanas una vez en México, las presiones de los hijos que quedaron en Honduras, la deseada reunificación familiar con la sobrina que les alienta al cruce desde Estados Unidos, el sueño de vivir en paz, de llevar a sus hijos a la escuela sin peligros acechando, la idea de aprovechar las elecciones de Estados Unidos como un momento de despiste en la frontera... Las dos hermanas y los tres niños y Javi tomaron el autobús hacia Tijuana el 4 de noviembre. Dicen tener mucha fe en Dios y que van a lograr cruzar la frontera.⁴

Y es que el refugio en México no es la restauración de la justicia por lo sufrido. Como señala Bernadette Eguía (comunicación personal), “la reparación del daño conlleva identificar qué sí era justo, qué no, conocer los derechos y acceder a ellos y tener un proceso de integración en un lugar ameno. Conlleva muchísimo más que llegar al país destino y tener una tarjeta. Eso lo único que les asegura es tiempo, que es mucho, después de haber visto tu vida en riesgo el tiempo es un tesoro invaluable. Pero eso no garantiza que vas a tener una vida digna”.

Mientras otros, igualmente con estatus de refugiados, deben quedarse en México por las consecuencias penales que cargarían en Estados Unidos si buscaran cruzar o bien porque así lo han decidido. Vimos con Güicho el salvadoreño y Fanny, con la familia de Deby, con Leobardo el Chele, la persistencia del duelo migratorio y los traumas vividos, las tensiones por el sobrevivir día a día en trabajos duros y efímeros, el ser parte de familias recompuestas transnacionales imposibles, sin lograr un sentido de comunidad y afinidad ni entre la comunidad de vecinos ni entre ellos mismos. De nuevo para ellos, El Refugio y quienes lo componen son su punto de referencia, de apoyo, de reconocimiento.

⁴ Y en esos increíbles giros de la vida, ellas, que habían iniciado su solicitud de refugio con acompañamiento jurídico para pedir refugio en Estados Unidos, lograrán ser aceptadas y cruzarán la frontera en julio de 2021 para ser recibidas ellas, sus hijos y su sobrino, Javi, por su sobrina en Arizona.

Por otro lado, este régimen humanitario es reinterpretado de forma transgresora por los mismos solicitantes y refugiados que le atribuyen otros significados. Por ejemplo, Casa Refugiados es una organización que se ocupa de acompañar a las personas migrantes en su solicitud de asilo colaborando con el ACNUR que potencia y financia sus actividades. Sin embargo los rumores que se extienden sobre ella por los mismos solicitantes la asocian con el tráfico de órganos. Sus decisiones son interpretadas por la población afectada por la institución desde la resistencia a las mismas. He escuchado voces que aseguran que algunos escogidos por Casa Refugiados son canalizados a otros espacios y desaparecen. Lo que se considera por quienes no son admitidos como refugiados como un privilegio, al mismo tiempo es la evidencia de un secuestro perverso con connivencia de las mafias de Tepito y La Lagunilla bajo una cobertura humanitarista. Estos rumores o discurso oculto –lo que no se puede decir abiertamente– son una expresión de rebelión a la arbitrariedad del poder para quienes ven que sus procesos no avanzan en su resolución o se revocan de formas que para ellos son opacas, algo que enfrentan desconfigurándolo. Al mismo tiempo estas versiones exponen esta pertenencia a la zona gris de espacios aparentemente ajenos que se develan paralelos y afines.

El abandono: la condena a la inseguridad

El Refugio y tantos albergues asumen múltiples y contradictorias funciones, con una serie de dificultades en su gestión por ser parte de esa zona gris que se extiende en México.⁵ Como señalé, los albergues ofrecen

⁵ Recordemos que la zona gris, ese espacio de interrelaciones humanas ambiguas dentro de condiciones extremas de opresión, se extiende por los paisajes de seguridad neoliberales que son transnacionales desde los países del norte de Centroamérica hasta Estados Unidos (Primo Levi, 2005 y Zilberg, 2005). Las fuerzas y agentes de la opresión se modifican según los contextos, también se complementan: agentes de seguridad y funcionarios de los Estados, grupos criminales y de delincuentes variados, cárteles, colaboradores de la población civil.

la cara amable de México frente al drama de “los indocumentados”. Y los albergues acogen temporalmente a estos sujetos en un espacio donde quedan al pendiente de cuándo será la salida o la expulsión. Las casas de migrantes son parte del devenir de las personas migrantes atrapadas en la movilidad que tienden a entrar en el proceso de abandono social mientras que el Estado mexicano se deslinda de su atención (Bielh, 2005).

La palabra abandono es una de las más repetidas en el documento; contiene un enorme abanico de sentidos según diferentes niveles, espacios, situaciones, pero siempre es demoledora porque es la expresión de la precariedad del ser humano dictada desde el mismo ser humano. Nosotros como parte del pacto social, nuestras leyes, nuestros Estados, somos quienes abandonamos. Migrantes, atrapados en la movilidad, refugiados, deportados son expulsados del orden social sumándose a otros expulsados y desbordando el contenedor de clase social. No tienen territorio definido, ni instituciones, ni normas, ni una identidad común, se definen en la experiencia de su desahucio, en compartir la trayectoria del abandono, la experiencia de la calle y de la caridad. Son destituidos del sistema legal, pobres, racializados, proscritos, subalternos, desciudadanizados, *homo sacer*. Transnacionales y globales comparten la picaresca y la desobediencia civil al abandonar los procesos jurídicos resistiéndose a la espera y a las formas establecidas en la lucha por su vida y por la esperanza. El estigma facilita el abandono y la indiferencia social y muestra cómo se produce la desigualdad desde la clasificación que deriva en una identidad terminal que agrupa a las demás identidades definiendo negativamente la condición de la persona como una camisa de fuerza. Se puede proponer que están conformando sociedades en las grietas del sistema.

En la estancia alargada los que esperan una forma de regularizarse deben observarse colaboradores, conformes, aceptando ser parte de la comunidad de espera.⁶ Pero la espera intensifica las experiencias de sufrimiento (Córdova, 2017) y, al mismo tiempo, sienten que el espacio se

⁶ Algo que se exagera con la pandemia que en los inicios de 2021 no termina para quienes se encuentran confinados.

reduce (Musset, 2013), lo que acentúa la angustia. Los sujetos se encuentran envueltos en la incertidumbre, los traumas, el enojo por la injusticia y la falta de expectativas y entran en una espiral de enredos, errores, adicciones que les expulsan del espacio de acogida. También muchos deciden movilizarse de nuevo continuando su itinerancia hacia otros albergues para migrantes, a otras instancias de asistencia oficiales, civiles o religiosas, a diferentes espacios urbanos y rurales entre la visibilidad y la invisibilidad, durmiendo en cartones en las esquinas, baldíos o parqueos o a la orilla de la vía.

Aún no se ha llegado en este país –hay que seguir de cerca la operación y la expansión de las instalaciones del gobierno en la frontera norte o Centros Integradores para Migrantes en México– a la instalación de los campos de refugiados, *hotspots* o centros de control e identificación de refugiados situados en los puntos de mayor arribo o de paso de personas migrantes en Europa, África, Asia, Australia.⁷ En estos espacios de confinamiento forzado los desplazados deben cumplir un proceso burocrático para la aceptación de su asilo –que puede demorar hasta 3 años– o para su expulsión. Esta arquitectura institucional es parte de la banalidad del mal que contiene la externalización de la frontera en que los países hegemónicos y paladines de los derechos humanos delegan y financian a otros países las acciones ilegales y violentas que ejercen sobre los desplazados.⁸ En los campos de refugiados quedan encerrados y aislados de la sociedad, dependientes de apoyos humanitarios y no de su trabajo. Este humanitarismo encubre como una gestión “ordenada” y “segura” una operación antiinmigrante impidiendo el derecho de movilidad y encubre la brutalidad de las expulsiones que no son “ordenadas” ni “seguras”.

⁷ En Estados Unidos encontramos el complejo carcelario privado donde recluyen a los detenidos en el cruce ilegal o residentes irregulares antes de su deportación.

⁸ También hay espacios de internamiento dentro de los países de arribo como los CETI –Centros de Estancia Temporal de Inmigrantes– o CIE –Centro de Internamiento de Extranjeros en España–, que pueden considerarse como cárceles por sus largas, ilegales e injustas reclusiones.

Las casas de migrantes en México son parte del régimen humanitario pero tienen sus formas autónomas de operar y de entender la problemática de la atención a poblaciones excluidas.

Hernández Sánchez muestra a inmigrantes varados y deportados en Mexicali sometidos a “la intemperie”, condición que considera una forma de necropolítica dirigida al lumpen para despojarlo de su valor (2020). Describe de forma cruda cómo, relegados por el Estado, estos sujetos caen en una intrincada red de beneficencia que los sostiene con vida, pero sin salir de la condición de intemperie mientras van degradándose física y mentalmente, en la inclemencia del calor insoportable y el frío congelador, consumiendo heroína y mariguana para poder seguir vivos. Parte de las instancias que ejercen la caridad son organizaciones evangélicas o protestantes que ofrecen comidas y albergue por un tiempo, a la vez que los desprecian y condenan su opción de migrar desde su supuesta superioridad moral. Pero esto no es lo que ocurre en El Refugio, ni en muchos otros albergues de México.

A pesar de tener que seguir unos reglamentos para la convivencia de los colectivos a quienes abren sus puertas y a pesar de su capacidad de expulsar a quienes ingresan y requieren su apoyo, los albergues son a la vez lugares de acogida, de cuidado, de rehumanización, de espera y de esperanza que median entre tantas vidas que se cruzan en el espacio con sus necesidades, demandas, expectativas y deseos, conductas y personalidades diferentes. En este sentido, el albergue de El Refugio y otras casas son un contenedor de sufrimiento social en todas sus gamas.⁹

En el caso de El Refugio se comprueba cómo ofrece el reconocimiento hacia el otro con todas sus implicaciones y dificultades, cómo lo concibe desde la vulnerabilidad compartida y otorga cierto sentido de pertenencia e identificación porque genera dinámicas integradoras y referenciales. Por ello vemos cómo muchas personas que han recalado en el albergue

⁹ Sufrimiento social como resultado de los efectos del poder político, económico, institucional que daña a las personas y colectivos en lo subjetivo y lo corporal (Kleinman *et al.*, 1997).

mantienen el contacto por Facebook, Whatsapp, llamadas con Yaneth, el señor Marín, con Sarahí, con el Padre, conmigo. Este albergue además es parte de un proyecto pastoral de la comunidad del Cerro del Cuatro. Esto le da unas características especiales de simbiosis con su población y con otras acciones sociales. Y le ofrece un aura de seguridad por esta función de acompañamiento espiritual católico que le permite ser considerado –hasta ahora– como un “santuario” respetado por las autoridades civiles y por “la plaza”, más en un espacio creyente como es Jalisco donde es característica la fuerza del ámbito eclesial.

La infiltración de la zona gris

Otra dimensión con la que tienen que lidiar todos los implicados en el proceso de expulsión de las personas de sus lugares de origen que se encuentran circulando por México es la presencia perturbadora de la zona gris. La zona gris atraviesa de forma inevitable las vidas de todos y, en el caso del albergue, su quehacer y su estar. Su escenario tiene múltiples dimensiones y actores: desde quienes se infiltran en el mismo en la venta de droga, en la intención de enganchar personas para el coyotaje o para trata sexual u otros; “la plaza” local que se mantiene acechante sobre la población de la colonia y sobre quienes se vinculan al albergue; la que se ha filtrado al interior de cada uno de los albergados constituyéndolos a través de sus experiencias de vida, formando parte de su habitus.

¿Cómo ofrecer y dar hospitalidad en la zona gris cuando su presencia inmanente fluye entre la población dificultando la comunicación y facilitando los malentendidos, cuando quienes operan El Refugio también son parte del colectivo y han de moverse y negociar entre enredos de los sujetos y de ellos mismos? Se trata de un mundo complejo donde en muchas ocasiones nada es como parece, entre jerarquías, ambigüedades, intereses, imaginarios, preferencias, arbitrariedades, engaños, rumores... donde la mayoría ha recibido y recibe violencia pero también la produce, donde es difícil mediar y mantener una postura ética incólume.

Quienes son parte del equipo y “la autoridad” –también entre estos hay jerarquías y tensiones–, deben enfrentar el desgaste y tratar de ser

ecuanímes. Como señalaba doña Raquel, la legendaria encargada de El Refugio en sus inicios, no tenemos derecho a juzgar sus decisiones, errores o caprichos. De parte del equipo se es consciente del necesario esfuerzo por saber estar sin imponer, de respetar las decisiones que toman las personas migrantes aunque no siempre se esté de acuerdo, de no generar dependencias y de asumir los errores.

Y ahí siguen la Casa, el Padre, el señor Marín, Joel, Sarahí, Yaneth, las Hermanas, Araceli, Heriberto... con acciones que parecen simples pero exigen enormes esfuerzos: se dan pañales a los bebés que son un gasto que no procede de donaciones, se abren muros para facilitar un baño a quienes llegan en el tren con la pandemia, se organizan excursiones a Chapala, al complejo deportivo, a hacer carne asada a la casa de algún amigo o de Joel por el gusto de obsequiar y convivir, se facilitan las consultas a dentistas, ginecólogos, laboratorios con el apoyo económico del Padre o de los que trabajan o gracias a los contactos de amistades, se recogen chuchos que se han dejado abandonados o maltratados. Como señalaba, El Refugio es más que caridad y asistencia porque no reduce a la persona migrante a víctima pasiva, aunque no logra establecer una acción humanitaria sistemática e integral con un sostenido acompañamiento jurídico ni psicológico o servicios suficientes. Tampoco facilita procesos de politización como colectivo de los albergados.¹⁰ En la urgencia cotidiana es difícil: todos los procesos se mantienen a medio terminar. A veces encaminados, a veces desarbolados. Al mismo tiempo El Refugio desborda estos parámetros por lo inclasificable de sus relaciones con las personas migrantes, que es una relación de tú a tú.

En el inicio señalaba la importancia de todas estas historias revueltas y sin resolución que se han expuesto, con grandezas y bajezas, miserias y

¹⁰ Los procesos de refugio individualizan a los sujetos y anula la acción colectiva. Garelli y Tazzioli exponen cómo los libios después de la “primavera árabe” solicitaron asilo en Italia exigiendo a Europa que asumiera su intervención en la guerra y su contribución a hacer este estado vulnerable, así entraron como “sujetos gobernados” y no como víctimas a proteger (2013: 1017).

dichas, llenas de telarañas que entorpecen su acción muchas veces creadas por los propios sujetos. Decía que mostraban la riqueza de las interacciones cuando tendemos a tratar a las personas migrantes como sujetos individuales; lo mezquino de las etiquetas nacionales; la fuerte movilidad en que se sumen sus vidas que se traduce en desarraigo y desprendimientos, pero también en reconfiguraciones familiares y otras conexiones; lo delicado del ser identificado como “migrante”.

Las enseñanzas que nos ofrecen pueden parecer intrascendentes, pero Yasmin no ha olvidado a Yaneth y ha obligado a sus familiares a darse una gran vuelta para pasar por Guadalajara, ello los hizo estar presentes en nuestras vidas y esforzarnos por apoyarlos en su secuestro. Mientras Otoniel es un ejemplo de los desmanes de las guerras: primero los coletazos de la guerra fría en la década de los 80, después la impuesta por las pandillas; también de los desmanes de la ley cuando Estados Unidos lo expulsa de forma arbitraria. A pesar de sus habilidades y de su sensibilidad social, su vida quedó destinada al sufrimiento y la “locura”, a la inconstancia, al olvido, a la soledad. Las hermanas hondureñas con sus hijos, que arriban como el paradigma de los devastadores efectos de la violencia de género, saldrán después de muchos meses –buena parte de ellos de pandemia– con el reconocimiento del refugio pero, sobre todo, reconstituidas y habiéndose ganado el cariño de todos. Rossana y Omar, después de dos años de haberse ido a continuar su vida en la ciudad de México, llaman semanalmente para saber cómo van las cosas por el albergue y preguntar por el estado de las personas que conocieron. Al mismo tiempo nos informan de las trayectorias de otras personas migrantes: quien logró cruzar a Estados Unidos y se regresó por tener un cáncer; quien fue deportado y luego ejecutado en Honduras manejando un *tuc tuc* o mototaxi; que si Erika regresó a Honduras para retomar la huida hacia el norte con sus hijos, pero que fueron secuestrados en Nuevo Laredo con su grupo de viaje y vio asesinar a sus compañeros, y que su familia logró pagar varios miles de dólares vendiendo sus tierras y ahora se encuentra con su mamá en el ranchito, donde han puesto una tiendita, y que nos manda saludar.

Mbembe se refiere a las capacidades proteicas de los esclavos que, a pesar de estar sometidos al patrón eran capaces de crear con su cuerpo música como una forma de defensa y de resistencia (2011). Así cada una de las personas que he recogido muestra su competencia para rehacer la vida y los hilos que la tejen, la reterritorialización y la generación de nuevos lazos sociales y afectivos que enfrenten el desarraigo.

Bibliografía

- Achotegui, Joseba (2009). "Migración y salud mental. El síndrome del inmigrante con estrés crónico y múltiple". *Zebbit-zuan*, 46, pp. 163-171.
- Agamben, Giorgio (2010). *Homo sacer*. (Vols. I-III). Valencia: Pre-Textos.
- _____. (2007). *Infancia e historia. Destrucción de la experiencia y origen de la historia*. Buenos Aires: Adriana Hidalgo editora.
- Aguiar, José Carlos G. (2019). "¿A quién le piden los narcos? Emancipación y justicia en la narcocultura en México". *Encartes Antropológicos*, 2, no. 4, <https://encartesanropologicos.mx/justicia-narcocultura-mexico/>
- Alexiéovich, Svetlana (2016). *La guerra no tiene rostro de mujer*. México: Editorial Debate.
- Álvarez Velasco, Soledad (2016). *Frontera Sur Chiapaneca. El muro humano de la violencia. Análisis de la normalización de la violencia hacia los migrantes indocumentados en tránsito*. Ciudad de México: Universidad Iberoamericana y CIESAS.
- Argueta, Otto (2016). "Transformaciones de las pandillas en El Salvador, Guatemala y Honduras". En M. Navarrete (ed.), pp. 111-135. *Reconceptualización de la violencia en el Triángulo Norte*. México: Heinrich Böll Stiftung.
- Asakura, Hiroko (2013). *Salir adelante. Experiencias emocionales de la maternidad*. México: CIESAS.

- Auyero, Javier (2001). "Introducción: claves para pensar la marginación" en Lööc Wacquant, (coord.), pp. 9-33. *Parias urbanos: marginalidad en la ciudad a principios del milenio*. Buenos Aires: Mananatial.
- _____. (2011). "Patients of the State: an ethnographic account of poor people's waiting". *Latin American Research Review*, 46(I): 5-29.
- Barja Coria, Joselin (coord.) (2015). *Derechos cautivos. La situación de las personas migrantes y sujetas a protección internacional en los centros de detención migratoria: siete experiencias de monitoreo desde la sociedad civil*. México: Frontera con Justicia A.C. (Casa del Migrante de Saltillo), Centro de Derechos Humanos Fray Matías de Córdova A.C., Dignidad y Justicia en el Camino A.C. (FM4 Paso Libre) Instituto de Derechos Humanos Ignacio Ellacuría, S. J. de la Universidad Iberoamericana Puebla, Sin Fronteras IAP.
- Bastos, Santiago y Manuela Camus (2020). Los Cuchumatanes: Dinámicas territoriales y movilidad humana desde una perspectiva socio-histórica (Informe de Investigación). Guatemala: Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD Guatemala).
- Bauman, Zygmunt (2005). *Vidas desperdiciadas. La modernidad y sus parias*. España: Paidós Estado y Sociedad no. 126.
- BBVA Research (2020). Mapa 2020 de casas del migrante, albergues y comedores para migrantes en México. (Informe 2020 Observatorio Migración México). Recuperado de: <https://www.bbvaresearch.com/publicaciones/mapa-2020-de-casas-del-migrante-albergues-y-comedores-para-migrantes-en-mexico/>
- Betts, Alexander (2013). *Survival Migrations. Failed Governance and the Crisis of Displacement*. Ithaca and London: Cornell University Press.
- Bianchini, Flaviano (2016). *El camino de la bestia. Migrantes clandestinos a la búsqueda del sueño americano*. Logroño, España: Pepitas de calabaza, Colección Americalee.
- Bielh, João Vita (2005). *Life in a Zone of Social Abandonment*. Berkeley/ Los Angeles: University of California Press.
- Bigo, Didier (2002). "Security and Immigration: Toward a Critique of the Governmentality of Unease". *Alternatives*, 27, pp. 63-92.

- Bojórquez, Ietza, Olga Odgers y Olga Lidia Olivas (2020). *Atención psicosocial a migrantes ante el COVID-19 en albergues de la sociedad civil en Tijuana* (Documentos de contingencia no. 6). Tijuana: El Colegio de la Frontera Norte.
- Bourdieu, Pierre (2007). *El sentido práctico*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.
- Bourgois, Philippe (2009). “Treinta años de retrospectiva etnográfica sobre la violencia en las Américas”, en López García, Bastos y Camus (eds.), pp. 27-62. *Guatemala: Violencias desbordadas*. Córdoba: Universidad de Córdoba.
- Brito Pacheco, Romina Paz (2019). “Experiencias emocionales de mujeres centroamericanas en su proceso de solicitud de refugio en la Ciudad de México”. (Tesis de maestría). CIESAS: Jalapa, Veracruz.
- Bruner, Jerome (1996). *Realidad mental y mundos posibles. Los actos de la imaginación que dan sentido a la experiencia*. España: Gedisa Editorial.
- Butler, Judith (2006). *Vida precaria: el poder del duelo y la violencia*. Buenos Aires: Editorial Paidós
- _____. (2010). *Marcos de guerra. Las vidas lloradas*. Buenos Aires: Editorial Paidós.
- _____. (2016.) *Prefacio en Estado de inseguridad. Gobernar la precariedad de Isabell Lorey*. Madrid: Traficantes de sueños.
- Calva Sánchez, Luis Enrique y Rafael Alarcón Acosta (2018). “Migrantes mexicanos deportados y sus planes para reingresar a Estados Unidos al inicio del gobierno de Donald Trump”. *Revista mexicana de ciencias políticas y sociales*, vol. 63, no. 233. DOI: <https://doi.org/10.22201/fcpys.2448492xe.2018.233.62603>
- Camus, Manuela (2012). “Fronteras, comunidades indígenas y acumulación de violencias”. *Desacatos*, vol. 38, pp. 73-94.
- _____. (2014). “La acción política de las viudas de pilotos en la Ciudad de Guatemala”. *European Review of Latin American and Caribbean Studies*, vol. 97, pp. 7-24. DOI: <http://doi.org/10.18352/erlacs.9793>

- _____. (2019). "Narrativas de migrantes desde la experiencia en la zona gris", en Reyes Pérez y Camus (coord.), pp. 75-111. *Testimonio, sobrevivencia y sujeto*. Guadalajara: Universidad de Guadalajara.
- Camus, Manuela y Bernadette Eguía (2018). "Condiciones del desplazamiento forzado de mujeres en Mesoamérica". *La Ventana*, vol. 47, pp. 251-311.
- Camus, Manuela, Heriberto Vega e Iliana Martínez (2019). "Tensiones en la gestión de las Caravanas migrantes por Guadalajara". *Entre Diversidades*, vol. 7, no. 1, pp. 62-91. <https://doi.org/10.31644/ED.V7.N1.2020.A03>
- Camus, Manuela y Vega Villaseñor, Heriberto (2019). *Prácticas micropolíticas de sostenimiento de la vida. El caso de El Refugio Casa del Migrante*. Guadalajara: El Colegio de Jalisco.
- Candiz, Guillermo y Danièle Bélanger (2018). "Del tránsito a la espera: el rol de las casas del migrante en México en las trayectorias de los migrantes centroamericanos". *Canadian Journal of Latin American and Caribbean Studies*. vol. 43, pp. 277-297. DOI: 10.1080 / 08263663.2018.1467533
- Carretero, Reyna y Emma León (2009). *Indigencia trashumante. Despojo y búsqueda de sentido en un mundo sin lugar*. Cuernavaca: Centro Regional de Investigaciones Interdisciplinarias, Universidad Nacional Autónoma de México.
- Castro Neira, Yerko (2020). "Fabricar a personas ilegales por medio de la ley. El gobierno de las migraciones en la frontera de México con Estados Unidos". *Condition humaine / Conditions politiques. Revue internationale d'anthropologie du politique*, vol. 1. <http://revues.msh-parisnord.fr/chcp/index.php?id=122>
- Castro Soto, Oscar Arturo (2010). *Mujeres transmigrantes*. México: Centro de Estudios Sociales y Culturales Antonio de Montesinos e Instituto de Derechos Humanos Ignacio Ellacuría de la Universidad Iberoamericana de Puebla.
- CNDH, (Comisión Nacional de Derechos Humanos) (2018). Participación de la CNDH en la Audiencia Regional: Situación de derechos

humanos de las personas que integran la Caravana de Migrantes ante la Comisión Interamericana de Derechos Humanos (Informe Especial). Recuperado de <http://www.cndh.org.mx/sites/all/doc/Informes/Especiales/inf-cndh-cidh-caravana.pdf>. Consultado el 18 de enero de 2019

Comaroff, Jean y John Comaroff (2013). *Teorías desde el sur. O cómo los países centrales evolucionan hacia África*. Buenos Aires: Siglo XXI editores.

Córdova Morales, Edgar (2017). “Voces desde los agujeros negros de Lesbos. Una etnografía fronteriza sobre regímenes humanitarios en los márgenes del Mediterráneo”. (Tesis de maestría). Ciudad de México: CIESAS.

Coubès, Marie Laure, Laura Velasco y Óscar Contreras (2020). *Migrantes en albergues en las ciudades fronterizas del norte de México* (Documentos de contingencia no. 2). Tijuana: El Colegio de la Frontera Norte.

Dary, Claudia (2016). *Cristianos en un país violento. Respuestas de las iglesias frente a la violencia en dos colonias del área metropolitana de Guatemala*. Guatemala: Universidad de San Carlos de Guatemala.

Das, Veena y Arthur Kleinman (2001). “Introduction”. En Das (*et al.* editores), pp. 1-30. *Remaking a World. Violence, Social Suffering, and Recovery*. Recuperado de: <https://california.universitypressscholarship.com/view/10.1525/california/9780520223295.001.0001/upso-9780520223295-chapter-1>

_____. (2001). *Remaking a World*. Berkeley: University of California Press.

Das, Veena, A. Kleinman, M. Ramphela & P. Reynolds (2000). *Violence and Subjectivity*. Berkeley: University of California Press.

Das, Veena (1995). *Critical Events: An anthropological perspective on contemporary India*. New Delhi: Oxford University Press.

_____. (2007). “Commentary: Trauma and Testimony: Between Law and Discipline”. *Ethos*, vol. 35, Issue 3, pp. 330-335.

_____. (2008a). “Rehabitar la cotidianidad”. En Ortega, Francisco A., editor, pp.15-71. *Veena Das: sujetos del dolor, agentes de dignidad*.

- Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana y Universidad Nacional de Colombia.
- _____. (2008b). “Trauma y testimonio”. En Ortega, Francisco A., (editor), pp. 145-171. *Veena Das: sujetos del dolor, agentes de dignidad*. Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana y Universidad Nacional de Colombia.
- De Genova, Nicholas P. (2002). “Migrant ‘Illegality’ and Deportability in Everyday Life”. *Annual Review of Anthropology*, vol. 31, pp. 419-447.
- De la Torre, Renée (2008). *Ecclesia Nostra. El catolicismo desde la perspectiva de los laicos. El caso de Guadalajara*. México DF: FCE y CIESAS.
- _____. (2019). “Las transmigraciones en México. El cruce de los caminos de la fe y los derechos humanos”, en Giménez Béliveau (compiladora), pp. 229-259. *Espiritualidad, poder y sociabilidad en América Latina*. Buenos Aires: CLACSO.
- Del Monte Madrigal, Juan Antonio (2020). Entre políticas migratorias endurecidas y medidas sanitarias extraordinarias: migrantes atrapados en ciudades fronterizas durante la pandemia. *Nexos, Observatorio Migrantes*. Recuperado de: <https://migracion.nexos.com.mx/author/juan-antonio-del-monte-madrigal/>
- Del Monte, Juan Antonio y Robert McKee (2020). *Personas migrantes en Tijuana frente al COVID-19: impactos y consecuencias de las medidas sanitarias desde la perspectiva de los actores* (Documentos de contingencia no. 6) Tijuana: El Colegio de la Frontera Norte.
- Díaz, Alaidde María (2017). “Vivir la cotidianidad en tránsito”. (Tesis de maestría en Antropología Social). Colegio de San Luis: San Luis Potosí.
- Domenech, Eduardo (2020). “Refugio y refugiados”. *Discrepancias, Encartes*, no. 05, pp. 238-255. <https://encartes.mx/domenech-belan-ger-dolores-refugiados-politicos/>.
- Durand, Jorge (2020). Migrantes Desarraigados. Mesoamérica laboratorio migrante. En *Movilidad en la frontera: Tijuana como espacio de (re)construcción de la vida*. Brasilia: CSEM – Centro Scalabriniano de Estudios Migratorios.

- Düvell, Frank (2006). "Crossing the fringes of Europe: transit migration in the EU's neighborhood", (Working paper, no. 33). Center of Migration, Policy and Society. Recuperado de: https://www.compas.ox.ac.uk/wp-content/uploads/WP-2006-033-D%C3%BCvell_Fringe_Migration.pdf.
- El Colegio de la Frontera Norte (2020). Perfiles, dinámicas y perspectivas en torno a la situación de las personas refugiadas en México. Informe. Tijuana: EL Colegio de la Frontera Norte y FM4 Paso Libre.
- Elias, Norbert y John L. Scotson (2016). *Establecidos y marginados. Una investigación sociológica sobre problemas comunitarios*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Epstein, A. L. (1978). *Ethos and Identity. Three Studies in Ethnicity*. London: Tavistock Publications.
- Escobar Urrutia, Gabriela y Orantes, Diana (2004). *Juventud, pobreza y delito en Guatemala. Informe de investigación*. Guatemala: Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, Guatemala.
- Espinosa Damián, Gisela (2012). "Una mixteca indocumentada en la frontera. De sueños, exclusiones y derechos". En París Pombo (coordinadora), pp. 249-297. *Migrantes, desplazados, braceros y deportados. Experiencias migratorias y prácticas políticas*. México: Universidad Autónoma Metropolitana Xochimilco, El Colegio de la Frontera Norte y Universidad Autónoma de Juárez.
- Estévez, Ariadna (2017). "La repolitización de los derechos humanos frente a la gubernamentalidad neoliberal del sufrimiento social: una lucha de contraconducta". En Estévez y Vásquez (coordinadores), pp. 181-209. *9 razones para (des)confiar de las luchas por los derechos humanos*. México: FLACSO México y Universidad Nacional Autónoma de México.
- _____. (2020). "Biopolítica y necropolítica: ¿constitutivos u opuestos?". En Varela Huerta (compiladora), pp. 13-45. *Necropolítica y migración en la frontera vertical Mexicana. Un ejercicio de conocimiento situado*. México: Instituto de Investigaciones Jurídicas.

- Fassin, Didier (2010). "Inequality of lives, hierarchies of humanity: moral commitments and ethical dilemmas of humanitarianism". In Feldman y Ticktin editors, 238-256. *In the Name of Humanity: The Government of Threat and Care*. Durham: Duke University Press.
- Fernández, Carmen (2017). *La vida en una orilla del sur. Inmigración hondureña en dos ciudades de la frontera Chiapas-Guatemala*. México: CIESAS.
- FLACSO, Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (2013). *Historia general de Centroamérica*. Tomos I-VI. San José: Costa Rica.
- FM4 Paso Libre (2013). *Migración en tránsito por la Zona Metropolitana de Guadalajara: actores, retos y perspectivas desde la experiencia de FM4 Paso Libre*. Guadalajara, México: Prometeo Editores.
- _____. (2017a). *Travesías migratorias. Testimonios de vida en torno a la migración y la solidaridad*. Guadalajara, México: Prometeo Editores.
- _____. (2017b). *Sin lugar en el mundo. Desplazamiento forzado de mujeres por Guadalajara*. Guadalajara, México: Prometeo Editores.
- _____. (2018). *Atrapados en la movilidad. Nuevas dinámicas de la migración y el refugio en México*. Guadalajara, México: Prometeo Editores.
- _____. (2020). *La movilidad en contraste: rostros de la vulnerabilidad de personas centroamericanas en México*. Guadalajara, México: Prometeo Editores.
- Fontes, Anthony W. (2016). "Extorted Life: Protection Rackets in Guatemala City". *Public Culture*, vol. 28, núm. 3, pp. 593-616.
- Foucault, Michel (1992). Verdad y poder. Entrevista con M. Fontana en *Rev. L'Arc*, no. 70.
- _____. (2007). *El nacimiento de la biopolítica*. México: FCE.
- _____. (2010). *El coraje de la verdad. El gobierno de sí y de los otros II*. Curso en el College de France (1983-1984). México: FCE.
- Galcerà, David (2014). "Primo Levi y la zona gris". (Tesis en Filosofía contemporània y estudis clàssics). Barcelona: Universitat de Barcelona.

- Garelli, Glenda y Martina Tazzioli (2013). "Arab Springs making space: territoriality and moral geographies for asylum seeker in Italy". *Environment and Planning D: Society and Space*, vol. 31, pp. 1004-1021.
- Gelman, Juan (2009). *Bajo la lluvia ajena*. Barcelona: El zorro rojo.
- Giddens, Anthony (1997). *Modernidad e identidad del yo. El yo y la sociedad en la época contemporánea*. Barcelona: Ediciones Península.
- González Arias, Adriana (2015). "Migrantes centroamericanos en tránsito por México: trayectorias, redes y riesgos". (Tesis de doctorado). Guadalajara: ITESO.
- González Arias, Adriana y Olga Aikin Araluce (2017). *Procesos migratorios en el occidente de México*. Tlaquepaque: ITESO.
- Guerra Hernández, Miriam Anahí (2015). "Las familias mixtas establecidas en Ocotlán, integradas por centroamericanos y mexicanos: Problemas sociales y redes sociales". (Tesis de licenciatura en Psicología). Universidad de Guadalajara, Centro Universitario de la Ciénega: México.
- Guevara González, Yaatzil (2018). "Inmovilidades en tránsito: Vida cotidiana de migrantes irregularizados y personas refugiadas en Tenosique, Tabasco". En Arriola y Coraza (coord.), pp. 53-76. *Ráfagas y vientos de un sur global: movilidades recientes en estados fronterizos del sur-sureste de México*. México: ECOSUR.
- Guillot, Sandra (2012). "Poder y violencia en la 'zona gris'. Un análisis de la situación de los niños salvadoreños migrantes en los espacios sociales transnacionales desde la antropología de las emociones". (Tesis de licenciatura Antropología Social). Universidad Autónoma Metropolitana Iztapalapa: México.
- Harvey, David (2004). "The 'New' Imperialism: Accumulation by Dispossession". *Socialist Register*, vol. 40, pp. 63-87.
- Hernández León, Rubén (2012). "La industria de la migración en el sistema migratorio México-Estados Unidos". *Trace*, núm. 61, pp. 41-61.
- Hernández Sánchez, Ernesto (2020). "Hombres a la intemperie: un análisis de la relación entre el calor y la cultura callejera en Mexi-

- cali” en Varela Huerta compiladora, pp.13-45. *Necropolítica y migración en la frontera vertical Mexicana. Un ejercicio de conocimiento situado*. México: Instituto de Investigaciones Jurídicas, Universidad Nacional Autónoma
- Herrera, M. & Molinar, P. (2010). “Vio-grafías, la reproducción de la violencia intrafamiliar en Valle de Chalco Solidaridad”. *Anales de Antropología*, vol. 44, pp. 211-237.
- Hess, Sabine (2012). “De-naturalising Transit Migration. Theory and Methods of an Ehtnographic Regime Analysis”. *Population, Space and Place*, vol. 18, pp. 428-440. <https://doi.org/10.1002/psp.632>
- IDMC (Internal Displacement Monitoring Committee, Observatorio de Desplazamiento Interno) (2020). Informe Mundial sobre Desplazamiento Interno 2020 (GRID, 2020). IDMD/Consejo Noruego para Refugiados.
- Jimeno, Myriam (2008). “Lenguaje, subjetividad y experiencias de violencia”. En Ortega, Francisco A., editor, pp. 261-293. En Veena Das: sujetos del dolor, agentes de dignidad. Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana y Universidad Nacional de Colombia.
- Juárez, Elizabeth (2021). “No hay más; uno tiene que quedarse acá o seguir el camino”. Movilidad intermitente, el caso de los migrantes hondureños y salvadoreños en México, un territorio de circulación”, en Autora editora. Las zonas grises de la migración Centroamérica-México-Estados Unidos. México: El Colegio de Michoacán.
- Kleinman, Arthur, Veena Das y Margaret Lock (1997). *Social Suffering*. Berkeley: University of California Press.
- Levi, Primo, (2005). *Trilogía de Auschwitz*. Barcelona: El Aleph.
- López Rodríguez, Fabiola Esmeralda (2018). “Identidades de familia: el chisme en la construcción y negociación de pertenencias”. (Tesis de doctorado en Ciencias Sociales con especialidad en Antropología Social). CIESAS Occidente: Guadalajara, Jalisco.
- Lorenzen, Matthew (2018). “Tendencias, características y motivos de la migración irregular centroamericana hacia y en tránsito por México

- (2011-2017): un análisis basado en el enfoque de las migraciones mixtas”. En Cruz, Rodolfo, Ivy Rieger y Martha Judith Sánchez, (coords.), pp. 717-742. *Migraciones y transmigraciones. Vol. VI de Las ciencias sociales y la agenda nacional. Reflexiones y propuestas desde las Ciencias Sociales*. México: COMECOS.
- Lorey, Isabell (2016). *Estado de inseguridad. Gobernar la precariedad*. Madrid: Traficantes de sueños.
- Makowsky, Sara (2010). *Jóvenes que viven en la calle*. México: Universidad Autónoma Metropolitana Iztapalapa-Siglo XXI.
- Martínez Óscar (2010). *Los migrantes que no importan: en el camino con los centroamericanos indocumentados en México*. México: Colección Cuadernos de crónica, Edición Icaria.
- _____. (2016). *Una historia de violencia. Vivir y morir en Centroamérica*. Ciudad de México: Penguin Random House.
- Mata, Itzelín (2019). “El camino nunca acaba. Una perspectiva de género para construir el campo de la migración en tránsito de las mujeres centroamericanas en situación de vulnerabilidad social”. (Tesis del Doctorado en Estudios Científicos-Sociales). ITESO: Guadalajara, México.
- Mbembe, Achille (2011). *Necropolítica*. España: Editorial Melusina.
- Mendoza, Natalia (2017). *Conversaciones en el desierto. Cultura y tráfico de drogas*. Ciudad de México: Centro de Investigación y Docencia Económicas, CIDE.
- Montes, Verónica y María Dolores París Pombo (2019). “Ethics of care, emotional work, and collective action of solidarity: the Patronas in Mexico”. *Gender, Place and Culture*, vol. 26, núm. 4, pp. 559-580. DOI: 10.1080 / 0966369X.2018.1553854
- Morales Gamboa, Abelardo (2007). *La Diáspora de la Posguerra. Regionalismo de los migrantes y dinámicas territoriales en América Central*. San José: FLACSO Costa Rica.
- Morin, Edgar (1984). *Ciencia con consciencia*. Barcelona: Anthropos, Editorial del Hombre.

- Musset, Alain (2013). Habitar los territorios de espera, una nueva dimensión de la geografía social. [VIDEO] Conferencia en El Colegio de la Frontera Norte. (7 de octubre de 2013). Recuperado de: <https://www.youtube.com/watch?v=GxKLABKzXco>, consultado en 15-11-2020.
- _____. (2015). “De los lugares de espera a los territorios de la espera. ¿Una nueva dimensión de la geografía social?”. *Documents d’anàlisi geogràfica*, vol. 61, núm. 2, pp. 305-324.
- Nájera, Jéssica y Luz Helena Rodríguez Tapia (2020). “Vínculos demográficos y factores de emigración en los países de la región norte de Centroamérica”. En Villafuerte y Anguiano (coord.), pp. 27-75. *Movilidad humana en tránsito: retos de la Cuarta Transformación en política migratoria*. CLACSO, CESMECA y UNICACH. Recuperado de: http://biblioteca.clacso.edu.ar/clacso/se/20200402045757/movilidad_humana.pdf.
- Nelson, Diane M. (2009). “Los efectos especiales de los ‘mecanismos del horror’”, en López García, Bastos y Camus editores, pp. 153-183. *Guatemala: Violencias desbordadas*. Córdoba: Universidad de Córdoba.
- Nordstrom, Carolyn y Antonius C. G. M. Robben (1995). “Introduction”, in Nordstrom y Robben, editors, 1-25. *Fieldwork under fire*. Berkeley: California University Press.
- OIM (Organización Mundial de las Migraciones) (2019). *Informe sobre las Migraciones en el Mundo 2020*. (Informe sobre las migraciones en el mundo 2020). Recuperado de: https://publications.iom.int/system/files/pdf/wmr_2020_es.pdf
- _____. (2020). *Efectos de la COVID-19 en la población migrante* (Principales hallazgos. Sondeo en América Central y México). Recuperado de https://reliefweb.int/sites/reliefweb.int/files/resources/sondeo-efectos_de_la_covid-19_junio_2020_final.pdf
- Olivas Hernández, Olga Lidia (24 de junio de 2020). El traslape en las experiencias de espera. Buscadores de asilo bajo el programa MPP ante la contingencia por COVID-19. Nexos, Observatorio Migrante. Recuperado de: <https://migracion.nexos.com.mx/2020/06/el-traslape->

- en-las-experiencias-de-la-espera-buscadore-de-asilo-bajo-el-programa-mpp-ante-la-contingencia-por-covid-19/
- Ortega, Francisco A. (ed.). (2008). "Rehabitar la cotidianidad". En Autor. *Veena Das: sujetos del dolor, agentes de dignidad*, pp. 15-69. Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana y Universidad Nacional de Colombia.
- Oslender, Ulrich (2008). "Another History of Violence. The Production of "Geographies of Terror" in Colombia's Pacific Coast Region", *Latin American Perspectives*, Issue 162, vol. 35 no. 5, 77-102
- París Pombo, María Dolores (2017). *Violencias y migraciones centroamericanas por México*. Tijuana: El Colegio de la Frontera Norte.
- París Pombo, María Dolores y Emiliano Ignacio Díaz Carnero (2020). *La externalización del asilo a la frontera Norte de México: protocolos de protección al migrantes* (Migraciones en México, fronteras, omisiones y transgresiones, Informe REDODEM 2019). Recuperado de https://redodem.org/wp-content/uploads/2020/09/REDODEM_Informe_2019.pdf
- Parrini, Rodrigo (2018). *Deseografías. Una antropología del deseo*. México: Universidad Autónoma Metropolitana, Iztapalapa.
- _____. (2015). "Biopolíticas del abandono: Migración y dispositivos médicos en la frontera sur de México". *Nómadas* n°42, pp.111-127.
- _____. (2016). "Falotopías Indagaciones en la crueldad y el deseo". En Ruth N., Pinilla E. y Cecilia Olivares, pp. 27-29. *Falotopías: masculinidades erectas y violencias social en México*. México: Universidad Nacional Autónoma de México / Programa Universitario de Estudios de Género / Instituto de Estudios Sociales Contemporáneos [Universidad Central].
- Pedernizi, Carla, Fernando Riosmena, Claudia Masferrer y Noemy Molina (2015). *Tres Décadas de Migración desde el Triángulo Norte Centroamericano: Un Panorama Histórico y Demográfico*. Guadalajara, México: Canamid. Central America-North America Migration Dialogue.
- Pérez Domenech, R. (2015). Mujeres maras y su realidad en las pandillas centroamericanas. Zócalo. Recuperado de: <http://www.zocalo.com>.

mx/seccion/articulo/mujeres-maras-y-su-realidad-en-las-pandillas-centroamerica-nas-1449640249

- Peutz, Nathalie y Nicholas de Genova (eds.). (2010). "Introduction". En Autor. *The Deportation Regime: Sovereignty, Space, and the Freedom of Movement*, pp. 1-30. London: Duke University Press.
- Pinillos, Gabriela (2020). *Precariedad y vulnerabilidad tras la experiencia de deportación en el tránsito por México* (Migraciones en México: fronteras, omisiones y transgresiones Informe REDODEM 2019). Recuperado de https://redodem.org/wp-content/uploads/2020/09/REDODEM_Informe_2019.pdf
- Portes, Alejandro y Böröcz, Jozsef (1989). "Contemporary Immigration: Theoretical perspectives on its determinants and modes of incorporation". *International Migration Review*, vol. 23, no. 3, pp. 606-630.
- Red de Documentación de las Organizaciones Defensoras de los Migrantes, (REDODEM) (2015). *Migrantes invisibles, violencia tangible*. (Informe 2014, REDODEM). Recuperado de: <http://redodem.org/wp-content/uploads/2019/07/Informe-Redodem-2014.pdf>.
- _____. (2016). *Migración en tránsito por México: rostro de una crisis humanitaria internacional* (Informe, REDODEM). Recuperado de: <http://redodem.org/wp-content/uploads/2019/07/Informe-Redodem-2015.pdf>
- _____. (2017). *Migrantes en México: recorriendo un camino de violencia*. (Informe 2016 REDODEM). Recuperado de: <http://redodem.org/wp-content/uploads/2019/07/Informe-Redodem-2016.pdf>
- _____. (2019). *Procesos migratorios en México. Nuevos rostros, mismas dinámicas* (Informe 2018 REDODEM). Recuperado de: <http://redodem.org/wp-content/uploads/2019/09/REDODEM-Informe-2018.pdf>
- _____. (2020). *Migraciones en México: fronteras, omisiones y transgresiones* (Informe REDODEM 2019). Recuperado de: https://redodem.org/wp-content/uploads/2020/09/REDODEM_Informe_2019.pdf
- Reséndiz, Nelly (2017). "Mujeres, pandillas y violencia en Guatemala". *Cuadernos Inter.c.a.mbio sobre Centroamérica y el Caribe*, 14 (1), 50-75.

- Reyes, Martín Gabriel (2019). “La ‘situación de la calle’ desde una perspectiva biopolítica”, en Reyes y Camus (coord.), pp. 133-149. *Testimonio, sobrevivencia y sujeto*. Guadalajara: Universidad de Guadalajara.
- Riaño, Pilar (2008). “Trayectos y escenarios del miedo y las memorias de las personas refugiadas y desplazadas internas”. En Jaramillo A., Ana María (eds.) pp. 383-418. *Poniendo tierra de por medio. Migración forzada de colombianos en Colombia, Ecuador y Canadá*. Medellín, Colombia: Corporación Región y The University of British Columbia.
- Ríos Vargas, Aldo Damián (2014). “En mis pasos las huellas de la violencia”: Cartografía de la violencia en la migración de tránsito indocumentada por México”. (Tesis de maestría en Antropología Social). Universidad Iberoamericana: Ciudad de México.
- Rivas, Jaime (2011). “Bienvenidos al sueño mexicano. Centroamericanos en Puerto Madero, Chiapas”. (Borrador de tesis del doctorado en Ciencias Sociales). CIESAS-Occidente, México.
- Rodríguez Chávez (2016). Migración Centroamericana en Tránsito Irregular por México: Nuevas Cifras y Tendencias. (Policy Brief Series CANAMID PB#14). Recuperado de: <http://www.canamid.org/publication?id=PB01>
- Robledo, Carolina y Susana Garrido (2017). “Vidas precarias en tránsito: sin tierra para el llanto”. *Desacatos* 53, pp. 150-167.
- Rodríguez, María Teresa (2018). “Estar de paso. Trayectorias centroamericanas en el centro de Veracruz, México”. En Odile Hoffman y Abelardo Morales (eds.), pp 161-189. *El territorio como recurso: movilidad y apropiación del espacio en México y Centroamérica*. Costa Rica: FLACSO, Universidad Nacional de Costa Rica, Institut de Recherche Pour Le Development.
- Ruiz Lagier, Verónica y Amarela Varela (2020). “Caravanas de migrantes y refugiados en tránsito por México: el éxodo de jóvenes hondureños que buscan, migrando, preservar la vida”. *Entre Diversidades*, vol. 7, núm. 1, pp. 92-129.
- Savenije, Wim (2009). “¿La seguridad nacional en juego?: Las transformaciones de las pandillas callejeras o “maras” en Centroamérica”. En

- López, Bastos y Camus, pp. 299-338. *Guatemala, violencias desbordadas*. Córdoba: Universidad de Córdoba.
- Sanjurjo, Liliana, Eduardo Domenech y Bela Feldman-Bianco (2020). “Desplazamientos, desposesión y violencias”. *Historia y Sociedad*, 39, pp. 7-23.
- Sassen, Saskia (2015). *Expulsiones. Brutalidad y complejidad en la economía global*. Buenos Aires: Katz Editores.
- _____. (2020). “Un nuevo tipo de migrante: ¿escapando del “desarrollo”? *FORUM. Revista Departamento Ciencia Política*, 18, 124-144. <https://doi.org/10.15446/frdcp.n18.82102>
- Scheper-Hugues, Nancy (1997). *La muerte sin llanto. Violencia y vida cotidiana en Brasil*. Barcelona: Ariel.
- Scott, James C. (2000). *Los dominados y el arte de la resistencia*. México: Ediciones Era.
- _____. (1976). *The Moral Economy of the Peasant: Rebellion and Subsistence in Southest Asia*. New Haven, Conn: Yale University Press.
- Sieder, Rachel (2015). “Soberanías en disputa: justicia indígena, violencia y efectos de estado en la Guatemala de posguerra”. En Camus *et al.* Editores, pp. 197-221. *Dinosaurio reloaded. Violencias actuales en Guatemala*. Guatemala: FLACSO-Guatemala y Constelación.
- Strickland, Daniella (2019). *Jóvenes, miedo y violencia: la (in)seguridad en el Cerro del Cuatro*. Zapopan: El Colegio de Jalisco.
- Ticktin, Miriam (2015). “Los problemas de las fronteras humanitarias”. *Revista de Dialectología y Tradiciones Populares*, vol. LXX, no. 2, pp. 291-297.
- Valencia, Sayak (2010). *Capitalismo gore*. España: Editorial Melusina.
- Varela, Amarela (2016). “Luchas migrantes en contextos de tránsito migratorio, el caso del movimiento migrante centroamericano”, *REMHU-Rev. Interdiscip. Mobil. Hum.*, Brasília, año XXIV, no. 48, pp. 31-44.
- _____. (2017a). “La trinidad perversa de la que huyen las fugitivas centroamericanas: violencia feminicida, violencia de estado y violencia de mercado”. *Debate feminista* 53, pp. 1-17.

- _____. (2017b). Las masacres de migrantes en San Fernando y Cade-reyta: dos ejemplos de gubernamentalidad. *Iconos. Revista de Ciencias Sociales*, núm. 58, pp. 131-148.
- Valencia Caravantes, Daniel (2014a). "La locura de El Malvado". En El Faro (ed.), pp. 176-192. *Crónicas negras. Desde una región que no cuenta*. Ciudad de México: Aguilar.
- _____. (2014b). "El hombre que quería vender sus recuerdos". En El Faro (ed.), pp. 317-334. *Crónicas negras. Desde una región que no cuenta*. Ciudad de México: Aguilar.
- Valencia, Roberto (2014). "Yo, violada". En El Faro (ed.), pp. 15-27. *Crónicas negras. Desde una región que no cuenta*. Ciudad de México: Aguilar.
- Valenzuela, José Manuel (2015). "Remolinos de viento: juvenicidio e identidades desacreditadas". En Autor (coord.). *Juvenicidio. Ayotzi-napa y las vidas precarias en América Latina y España*. Barcelona: COLEF, ITESO y NED. pp. 15-59.
- Vatz, Michèle, Jossiane Le Gall, Claudio Bolzman y Lilyane Rachédi (2016). Reconfiguraciones familiares y relaciones intergeneracionales en las redes transnacionales. Familias en recomposición, ¿familias alternativas?, en Vatz (dir.), pp. 57-76. *Redes transnacionales. Perspectivas entrelazadas Norte-Sur*. México: El Colegio de Michoacán y Universidad Alberto Hurtado.
- Vega, Heriberto (2018). *Migración de tránsito y acción humanitaria*. Guadalajara: Universidad de Guadalajara-Centro Universitario de Tonalá.
- Vega Villaseñor, Heriberto y Manuela Camus (en edición). "Intentos de asentamiento de centroamericanos desde El Refugio Casa del Migrante", en González Arias y Aikin (coords.) *Diversidad migratoria en Guadalajara y Chapala. Historias de arribo, asentamiento y procesos de transformación*. Guadalajara: ITESO. pp. 67-86
- Wacquant, Loïc (2007). "La estigmatización territorial en la edad de la marginalidad avanzada". *Ciências Sociais Unisinos*, vol. 43(3), pp. 193-199.
- Williams, Brackette (1989). "A class act: Anthropology and the race to nation across ethnic terrain". *Annual Review of Anthropology*, no. 18.

- Willers, Susanne (2017). "Migración transnacional, género y violencia: mujeres centroamericanas en tránsito por México". (Tesis de doctorado en Ciencias Políticas y Sociales). Universidad Autónoma de México: Ciudad de México.
- Winton, Ailsa (2011). "Grupos violentos en Centroamérica: la institucionalización de la violencia". *Desacatos*, 37, 111-124.
- . (2018). *Desplazamiento por violencia en el Norte de Centroamérica: historias de supervivencia*. Madrid: Observatorio Iberoamericano sobre Movilidad Humana, Migraciones y Desarrollo.
- Wurz, Heather (2018). "Las dimensiones afectivas en el proceso de la espera. Experiencias de las migrantes centroamericanas inmovilizadas en la frontera sur". En Arriola y Coraza (coord.), pp. 77-106. *Ráfagas y vientos de un sur global: movilidades recientes en estados fronterizos del sur-sureste de México*. México: ECOSUR.
- Zizek, Slavoj (2016). *La nueva lucha de clases. Los refugiados y el terror*. México: Anagrama.
- Zubieta, Carlos Heredia y Jorge Durand (2018). *Los migrantes, los gobiernos y la sociedad civil en el sistema migratorio norte-mesoamericano*. Ciudad de México: Centro de Investigación y Docencia Económicas (CIDE)-Programa Interdisciplinario en Estudios Migratorios (CIDE-MIG).

ANEXO

Procesos históricos, flujos y políticas migratorias

Años	Flujos	Políticas Estados Unidos	Políticas México	El Refugio Casa del Migrante
Desde 80s guerras en El Salvador y Guatemala. Honduras plata- forma militar de Estados Unidos	Exilio y desplazamiento. Refugiados en México, Estados Unidos y Canadá	1986. Immigration Reform and Control Act (IRCA). Masivo programa de legalización de inmigrantes irregulares	Recibe el sur del país a más de 40.000 refugiados guatemaltecos. 1980. Creación de la COMAR. 1993. Se funda el INM dentro de la Secretaría de Goberna- ción. 1994. TRATADO DE LIBRE COMERCIO DE NORTEAMÉRICA	

1995-2005 Posguerras en Centroamérica y construcción del Estado neoliberal Huracanes Mitch 1998 y Stan 2005 Terremoto en El Salvador en 2001 Desde principios de siglo instalación del sistema económico extractivista en América Latina	Salida masiva desde el norte de Centroamérica después de procesos de paz	1996. Ley de Reforma a la Inmigración Ilegal y la Responsabilidad del Inmigrante. Dificulta los procesos de regularización migratoria en Estados Unidos y permite a los agentes policiales fungir como agentes de inmigración. Aumentan los motivos de deportación. Se incrementan inmigrantes indocumentados y deportaciones. 2001. A partir del atentado de las Torres Gemelas se refuerza la seguridad nacional ligada a la migración ilegal. 2005. Alianza para la Seguridad y la Prosperidad de América del Norte: Estados Unidos, Canadá, México.	2001-2006. Gobierno de Fox 2001 Plan Frontera Sur. Se crean “cinturones de control”
--	---	--	--

2006-2009 Crisis financiera global por burbuja inmobiliaria en Estados Unidos	Descenso en flujos por crisis financiera	2007 Iniciativa Mérida hacia México y Centroamérica para combatir el crimen organizado y crear la frontera del siglo xxi contra movildades indeseadas.	2007-2012. Gobiernos de Bush y Calderón por el control de la frontera sur de México. 2008. Aumenta el negocio criminal sobre los cuerpos migrantes. Inician las Fiskalias especializadas en atención de migrantes. No serán eficaces	2012 Entra en funcionamiento El Refugio Casa del Migrante
2010-2014	Progresivo ascenso de las salidas y mayor diversidad de perfiles. Son flujos mixtos. México en transición migratoria: decae la salida de sus nacionales Matanzas de personas migrantes de San Fernando (2010) y Cadereyta (2012) evidencian la presión de los grupos criminales sobre ellos	2009-2017 Gobierno de Obama	2011 Ley de Migración y Ley sobre Refugiados y Protección Complementaria 2013-2018 Gobierno de Peña Nieto	

2014 “La crisis de los niños”: punto de inflexión en prácticas antiinmigrantes	El arribo masivo de menores migrantes no acompañados desborda a la guardia fronteriza de Estados Unidos y a su capacidad de asistencia	La política migratoria de Estados Unidos se endurece: deportaciones masivas e indiscriminadas y la externalización de la frontera con los gobiernos de Obama y, más extremo, con Trump	2014. Se establece el Plan Integral para la Frontera Sur por la “seguridad de las personas migrantes”. Se militariza el sur del país y se impide la subida al tren; se dan persecución, detención y deportaciones sistemáticas. El paso se hace más peligroso	
2015-2018	Intensificación del número de personas migrantes y desplazadas y diversificación: más mujeres, niños y familias, pero también de otros países del Caribe y otros continentes	2017. Entra el gobierno de Trump y las políticas de tolerancia cero	2015. México supera las detenciones y deportaciones de la Patrulla Fronteriza de EEUU. 2017. México empieza a perfilarse como país de refugio ACNUR reaparece en México.	2017. Entra en funcionamiento la Casa del Refugiado

2018-2019 “Las Caravanas”	La explosión de la salida colectiva y de autoprotección de Las Caravanas y la continuación de intensos flujos mixtos Los solicitantes tendrán que quedar en las ciudades de la frontera norte esperando su cita en la Corte norteamericana en condiciones de espera indefinida.	2019: En mayo amenazas de Estados Unidos de elevar aranceles a México si no contiene la llegada de centroamericanos a su frontera. Inicia el programa <i>Remain in Mexico</i> o MPP – Protocolo de Protección a Migrantes-. México consiente la externalización del asilo de Estados Unidos.	2019-2024. Gobierno de López Obrador: – Crea Guardia Nacional y se despliegan 6,000 efectivos en la frontera sur para bloquear el paso de personas migrantes. – El MPP supone el desborde de la capacidad de atención a “los quedados” en las ciudades de la frontera norte. – Ascienden las detenciones y estaciones migratorias por encima de su capacidad.	2018 Inicia la construcción del proyecto Hábitat El Refugio 2019. Inicia proceso de institucionalización
2020 La pandemia: el <i>impasse</i> Noviembre: huracanes Eta y Iota barren territorios desde Costa Rica a sur de México	Se frena temporalmente la llegada de desplazados. Hay intentos fallidos de conformarse Caravanas. Con el triunfo de Biden se intensifica el flujo, en especial de familias y menores no acompañados	Gana la presidencia de Estados Unidos Joe Biden y se proyectan “cambios” en política migratoria	México sigue aceptando vuelos de deportados y deportando a su vez	Proceso de creación de El Refugio. Espiritualidad y Acción Social A. C.

Circulación de vidas precarizadas.
El Refugio Casa del Migrante, Tlaquepaque, Jalisco
Se terminó de editar diciembre de 2021
en Trauco Editorial
Camino Real a Colima 285-56 Antares 1
Tlaquepaque, Jalisco, México

Corrección y Diagramación: Trauco Editorial

Este libro recoge los relatos de las vidas precarizadas de quienes construyen El Refugio Casa del Migrante. Se trata de un escenario popular situado en la colonia Cerro del Cuatro, al sur de la metrópolis de Guadalajara, donde la parroquia y sus vecinos acogen a los expulsados de Centroamérica, México y otros lugares del sur global que buscan alcanzar Estados Unidos.

Hoy, esta Casa del Migrante está enfrentando el reto de convertirse en un conflictivo territorio de la espera, por el creciente número de sujetos y grupos familiares que requieren formalizar su situación migratoria. Por otro lado, quienes no quisieron optar por la burocracia o pierden las posibilidades de obtener algún estatus legal, están generando una nueva categoría: los “no refugiables” que, ante el bloqueo del paso a Estados Unidos, quedan destinados al abandono y al desarraigo en México. Entre tantos recuerdos se enfatiza la extraordinaria labor de cuidado y de dignificación de los precarizados hacia los precarizados.

Abandono, insostenibilidad de la vida, régimen humanitarista, atrapados en el movimiento, zona gris del espacio del tránsito, habitus migrante, destinos evenenciales, personas no refugiables, son herramientas que ayudan desentrañar la trama de la circulación de estas vidas precarizadas.